RICARDO T. RUSSO



LA AZAROSA BÚSQUEDA DE ALGUIEN EN BUSCA DE SÍ MISMO

EDICIONES LITERATURA NUEVA

RICARDO T. RUSSO

LA AZAROSA BÚSQUEDA DE ALGUIEN EN BUSCA DE SÍ MISMO

Una de las noches, en efecto, soñó como punto central y detrás aparecía un macronudo y, más hacia el fondo, mirando furtivamente, ella, la mujercita. Era blanca como un narciso. A su vez, la apartaba con una mano pero volvía cual una flor desconocida brotada en el momento. El día siguiente, de frases y dichos que pudo recoger, dedujo que estaba enferma. Más tarde, de noticias muy frescas, que era fiebre alta. Y por fin, le llegaron versiones de que se había pedido una consulta de facultativos y que se reunirían cuanto antes. Con esta información a medias, pero encima de él como un enorme peso, al llegar a la oficina, pues es asunto de las últimas horas, no tiene ganas de nada. Está ansioso de conocer quiénes serán los médicos, aunque no dura sobre esa curiosidad: lo absorbe de pronto una visión. En ella campea el bendito moño. Sus manos, ajenas, sólo revuelven la papelería del escritorio, como si fueran manos de un autómata y mala la programación. El moño lo divisa bajo la sábana, muy limpia. Sube y baja agitadamente, como si fuese la enferma. Ahora, sin embargo, en el sello en seco, de forma oval, en el lado útil de un documento de los extendidos sobre su mesa, se le forma la cara de la maestra y esos ojos lustrosos y afiebrados lo observan y lo reprenden. ¡Pobre muchacha, después de todo! ¿No podrá ese mal llevársela? Experimenta una fuerte desazón y de los papeles que tiene delante por más que se esfuerce no entiende nada, ni puede leer todas sus palabras y menos con precisión las cifras. ¿Y si realmente la moribunda lo está llamando? ¿Puede continuar pegado a la curul como un animal feroz? Está justo entre el sí y el np; pero, abandonándose en manos del espíritu que a su parecer lo está mandando, deja todo abierto o como está, y se apresura a volver a su casa.

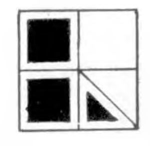
Llegado a la esquina, a unos pasos de la meta, se paró para determinar si había algún movimiento desusado, anticipo creíble de una tragedia reciente. Pero debe suponer que no hay para tanto: dos niños de la vecindad están en la acera, delante de la entrada que lo aguarda y juegan a los bolos. Ya en el umbral, siente el olor, más intenso que por la mañana, a desinfectantes; al subir la escalera,

RICARDO T. RUSSO

LA AZAROSA BÚSQUEDA DE ALGUIEN EN BUSCA DE SÍ MISMO

RICARDO T. RUSSO

LA AZAROSA BÚSQUEDA DE ALGUIEN EN BUSCA DE SÍ MISMO



EDICIONES LITERATURA NUEVA

Diseño de la tapa:
Carlos Messuti

Cuidado de la edición:
Manuel E. Solís

ISBN 950-99355-0-6

Hecho el depósito de la ley 11.723

Pacheco 2223 (1431)
Buenos Aires - Argentina

PRÓLOGO

Introducir una novela en el panorama actual de la narrativa implica determinar cuáles intenciones y qué miras ésta viene encarando para, así, poder señalar cómo, dentro de renovados enfoques y con calibrada información y formación, el autor asume adecuada significación.

Escribir para presentar estados de ánimo o consideraciones filosóficas acerca de las cosas del mundo, con altisonantes pretensiones de hacer sociología o afirmaciones dogmáticas sobre temas psicológicos, nada sería objetable si cada uno, con sus medios, con la propia capacidad intuitiva, abordara descubriendo o explicando, actos, hechos, sucesos, según es natural para todo ser humano por su concepción de la vida y su pulsación ante el vivir.

Ricardo Tomás Russo nos entrega esta novela enriquecida, como se verá, su valoración estética y artística por su dominio del género. Una novela que supera las cuatrocientas páginas, resulta grata cuando como aquí, nos confronta con un autor que sabe escribir y obtiene mediante comunicativa versación y dominio de la expresión, presentar novedad en la forma, estudio agudo de caracteres, problemática de la realidad actual, examen de las situaciones que perturban al hombre, a la sociedad de hoy.

Esta novela enriquece las expectativas del lector y lo aprisiona mediante enlaces ajustados con entretelones de ironía que, enfocando las alternas vicisitudes del protagonista, sirven para escudriñar la realidad de ideas e instituciones. Consigue tal resultado dosificando convenientemente certeros hallazgos de observación psicológica, desentrañando del medio ambiental las malezas de la estructura social, develando los partis pris, los prejuicios de la forma mentis, analizando las situaciones que, en la secuela de oportunas y vivaces descripciones, conducen el desarrollo de la trama.

Novela donde la peculiaridad del protagonista y de los otros personajes que confluyen en configurar el cuadro vivaz del conflicto, la convierten en una sinfónica pintura de las singulares características de ese "alguien en busca de sí mismo". Un "alguien" producto de su propia idiosincrasia y de los resortes de su personalidad sumida en enredijos donde ilusión, verdad de realidades paradojales, incongruencias y falacias de la convivencia, multiplican los insos-

pechados recovecos del trajín humano. Trajín que en esta novela sin localización geográfica, se revela por estados de ánimo múltiples en matices ricos en circunstancias, donde un aliento de sazonado humor y adecuadas pinceladas con ribetes de grotesco, sorprenden la imaginación del lector, aguzan su interés y lo entretienen provocándole un continuo solaz. Esto sucede porque se ve en la sociedad contemporánea, se descubre en sus propias dudas, máscaras y absurdos, se presiente en sus conformismos, se halla descubierto en sus insustancialidades y peripecias caricaturescas, todo lo cual exteriorizado a través de innúmeras finezas entraña risueña compasión y secreta disfrazada angustia común en el cotidiano hacer.

El autor consigue de tal modo darnos una visión del mundo como realidad actual compleja en matices contrastantes y sabe resolver en amenidad "sin concesiones fraudulentas", el problema novelístico dentro de una significación literaria, indagaciones psicológicas y sociológicas, pero sin caer en la rigidez de lo especulativo sino con una hermosa y continua perspectiva —razón con la cual mantiene despierta e inquieta la atención por realidades vivenciales y ambientales, logrando novedad ejemplar en la factura de su obra.

Inclusive mediante un reexamen insistente que no rehúye los temas esenciales: desde la fe religiosa al agnosticismo: desde las ideas conservadoras o reaccionarias al progresismo en sus diversas facetas, mitos y desencantos. Ponderación en la que el autor, sin parcialidad en favor de tiros o troyanos, ni caer en el escepticismo frívolo, levanta con brillo el pendón de la relatividad y fragilidad del entero conocimiento del hombre.

Duilio Ferraro

CAPITULO I

La oficina se la ve como de costumbre: envuelta en la paz de un martes cualquiera. Se relaja expandiéndose en la silla: conserva la idea de tener que armarse un plan inmediato. Y a despecho de alguna incertidumbre, esa necesidad lo pone en ascuas. ¿Pero cómo y con qué orientación? Y en lugar de seguir abandonándose, tras algunos someros preparativos para el trabajo habitual extiende los brazos y se sostiene, con los dedos contra el borde de su pequeño escritorio,hasta el umbral del dolor físico. Frustra así el hábito de los primeros momentos aquí, de inclinarse lateralmente para un sueñito final. . . Alineación dulce, es cierto; y hermosa por fraudulenta: la Firma le paga ese tiempito improductivo. Pero como el sueño, frecuentador suyo a estas horas desde hace años, lo continúa buscando y empequeñeciéndole los ojos, quién sabe por qué absurdo con mayor insistencia que nunca, apenas está por irrumpir lo echa a un costado junto con la parte de su mente no propensa al revés de su voluntad a conservarse firmemente alerta. El alerta que le impone el Hecho a punto de corporizarse, que habrá de arrancarlo del hoyo en que está metido desde hace quince años largos. Pues de su condición de empleado raso, no estaría por salir de no haber mediado las palabras, con el gesto confirmatorio que las acompañó, del miembro del Consejo de Administración de la empresa, quien vino anoche como si trajera un estuche envuelto en papel para regalo en el que estaba acurrucadita su promoción a jefe. Cargo en puerta, al que se siente ya tan consubstanciado como para pensar si no tenía sin saberlo, en su alma cándida, tentáculos y garfios en espera de recoger un ofrecimiento de ese porte. Pues él lo miró a ciegas, sin espantarse ni asombrarse.

Para prueba de que aquí en la A todos ignoran lo que se viene, observa escrupulosamente los semblantes: los mismos que se le escapan de la mirada y recobra en su esfuerzo por mantener los ojos de par en par, comprometido como está de nuevo en franca lucha contra la costumbre, que le tienta los párpados y de a ratos consigue entornarlos.

En estas caras, reina la hostil taciturnidad del comienzo del horario. El común fastidio por haber tenido que dejar el lecho cuando es más acogedor y amoroso y pareciera querer atraérselo a uno con un largo abrazo. Con ese calorcito y con tanta intimidad. Y mientras la espina dorsal, en ese último guarecerse de ella debajo de la sábana, se entretiene con estremecimientos y meneos alegres, y el sueño, larguero por sí mismo, está primorosamente di-

rigido, y uno junto con él, a un paseo dentro de un túnel. Como se arrastraban sobre el tablón, los gusanos de seda. Y en ese paseo, sentirse voluptuosamente crisálida a punto de convertirse en la mariposa.

Esta vez, sueñito de pocos segundos o un minuto entero; como de rebote por haberse quedado pensando en esas larvas en la tarea de hilar sus capullos en la gusanera, en la buhardilla de la casa paterna. Sueñito imprudente; pero no tanto como el otro grandote que todas las noches lo aparta de golpe del estado de vigilia sin dejarle un ojito o un oído por si una araña, para no hablar de mayores riesgos, se descuelga de la pared resuelta a picarlo gratuitamente.

Se sacude enojado: ahora por un sueño brevísimo en el que ha tenido larga cabida, más conspicuo que en la realidad, el aguijón de una avispa; quedándole tan viva impresión, que ya muy despierto busca instintivamente indicios entre el vello de sus piernas donde se le agudiza la sensación agregada, de una culebra serpenteando allí como en el pasto según un recuerdo de infancia todavía muy lúcido.

Echa un vistazo prolongado a su alrededor, para obligarse a evitar otras recaídas. Poco para ver: éstos también procurando con dificultad un buen comienzo. En pugna con los propios ojos, forman en conjunto una sociedad escuálida y disgregada y no el grupo de empleados bien definidos, cada uno con una personalidad a la vista. Es la obra disolvente de la pereza aún asentada en las coyunturas y la fascinación que tarda en desaparecer, de los chorros de la ducha matutina. La que en esta ocasión ha salteado por completo, arrebatado por los efectos del Gran Hecho. Ese agachar la cabeza y sentir el agua derramarse sobre ella y vivificarlo a uno hasta los pies, mientras la cara se dilata violentaménte. . .

También rige a la redonda, la prolongación de la resonancia de la toalla sobre la epidermis soñolienta; sin contar el sonido supérstite, en lo hondo de los oídos, del glo glo de los sorbos de la copa de agua bebida con la boca todavía pastosa, en un acto de cada uno consigo. De ahí las gotitas que después brillan en las solapas, al meter la cara en el espejo para comprobar que se la sigue poseyendo. Cuando, muy abiertas las pupilas porque la hora manda cuadrarse, uno se despierta otro poco, aunque ofuscado por el brote de un resentimiento a causa de la levantada forzosa. Desdén a la vez por el orden universal, al no haber concedido un modo de dejar la cama, alegre y libre de presiones.

Por fin se reconoce en el justo equilibrio y aun los demás muestran un buen contacto con lo que los circunda. Todos listos, en una oficina dispuesta. Se alzan las plumas más arriba de las narices, por si hay algún pelo de los que afean un número en el acto de inscribirlo, con un voladito caprichoso. Fatiga aquí dentro muy aburrida, reiniciada a la tarde: la tarde interminable. En especial si por merma accidental del trabajo, hay que quedar con las manos en las manos viendo las horas amontonarse divididas en minutos y éstos largos y agobiantes. Y siempre con el cargo ineludible de tener que seguir así hasta el

momento de ser soltados, que es cuando a menudo se siente necesidad de darse una sacudida, como el perro que estaba a cadena. Y obviamente, por fin la noche cual parte importante de la receta diaria. Ella que le corre cortinas muy espesas, evocadoras de amenazas, a quien, llegando a las horas pequeñas hundido en la lectura, distraídamente mira hacia la ventana de su cuchitril y ve asomarse lo indescifrable lleno tal vez de verdades desconocidas o de consejos ininteligibles o mera anticipación socarrona de los palos para uno en la próxima jornada. . . ¿Qué es el paréntesis que le sobreviene cuando el libro o el opúsculo caen del atril formado en la cama por sus rodillas? El inicio de un azaroso viaje emprendido sin uno darse cuenta, raptado por un sueño que antes quita la conciencia y del que algunos no vuelven para la mañana después. Por el avieso empujón que endereza hacia el paraíso, para tedio de los demás elegidos al hablarles nada más que de cifras bien asentadas, la única lección completa aprendida a lo largo de una entera vida. O arroja al infierno, donde quemar sin ser jamás reducido a ceniza. Por lo tanto, ni siquiera muerto uno, por ese rabillo del pecado original arrastrado por todos lados no poseer la gracia de dormir y dormir. . .

Se agita con fuerza para que sea la última rendición. Por suerte tampoco estos tontos están cabalmente insertados, por más que se muevan de un lado para otro. Los hocicos los ofrecen con la mirada todavía vítrea.

Pero algo demuestra esta tardanza general, acostumbrada pero no menor esta mañana, en alcanzar el ritmo debido: el miembro del Consejo de Administración ha respetado la palabra. Ese señor que anoche repitió varias veces: 'Sea Ud., Andriolli, el que desfonde. Será más amigable para la sensibilidad de ellos'.

Todo lo acontecido lo guarda en su vista y en los oídos, fresco y punzante. Empezando por la entonación seca que el señor Páoli dio a esa exhortación por la forma pero orden explícita por la sustancia.

También le captó entera la expresión voluntariosa en las quijadas, donde a ese mandón el querer algo a su gusto y medida le aparece más manifiesto y con muestras de perversa e irreductible resolución.

Digno todo de sopesarse de la a, a la zeta. . . Se había quedado solo en la oficina, en este puesto suyo en esta habitación distinguida de las otras con la letra A. Eran pasadas ya las diecinueve y estaba metido con el pensamiento cual si fuera lo único pensable, tras una descarada diferencia debida a un 72 que, como lo determinó por fin, había copado el sitio correspondiente a un alegre 27. Ya conocía con certeza esa usurpación, cuando oyó que golpeaban.

El insólito visitante y tan a deshora, en el breve instante suyo de encontrarse con una cara difícil y reconocerla como la del señor Páoli y por lo mismo hallarse en deber de sonreírle, ha de haberle visto un mal talante por durarle el fastidio por ese error y consiguiente defecto en cuenta de importancia. Por suerte no ha de haber sido repulsivo ese semblante suyo, mitigado como estaba su ánimo al tener ya la pista y faltarle tan solo una confirmación última.

Aparte de seducirlo la personalidad que de tanto estar con ellos, le conoce a cada número: así, siente la agilidad y la índole agradablemente nerviosa del 27, frente a las características del 72 el que siempre encuentra caviloso, engreído y semejante a un desconocido que viera hace tres o cuatro años y, según lo recuerda, de formas y perfil fuera de la realidad y con bastante de una figura de Di Chirico.

Tras excitarlo con tal presentación después de esos llamados histéricos con los nudillos martillando en la parte alta y baja de la puerta, y dirigirle una mirada severa de superior con reproches para hacerle mientras a la vez guarda silencio como ofendido, el señor Páoli cambió, se llenó de alegría, se hizo hablador, juguetón, listo para sonsacarle confidencias y comunicarle lo propio y por sobre todo tomarse una familiaridad chacabana. Así fue que le rozó la nuca con una cachetadita de aprobación por una respuesta acerca de un dato secundario, que por nada justificaba una alabanza. Pero justo a la siga del festejo, como si quisiera quitarle ese premio, echó la contestación que le había elogiado sobre una mesa operatoria, la sometió a disección y finalmente la puso en duda aunque admitió que 'la aritmética no es una opinión'. Bien a la vista surgía que agregaba a su favor la razón de superior jerárquico, pretendiendo que prevaleciera también en las cabezas ajenas. Además de concluir, que 'la fuerza lógica está más con este muy buen señor que a Ud. le está hablando'. Por suerte no recurrió a la sarta de reproches que usa inclusive al que se ha dejado llevar sin ponerle la menor objeción. Por el contrario, lo congratula animadamente 'por tan desesperada resistencia que acaba de hacerme'. Por su lado sabe muy bien de haber permanecido pasivo como la mayor parte de los empleados frente al señor Páoli, pero nada vale el terreno cenagoso de las palabras reducidas a su valor semántico, cuando fuera de los confines del diccionario las emplea un hombre voluble que tiene razón ante toda otra razón. Alguien que puede ser, no solo el único ofensor sino simultáneamente el defensor de sí mismo, por confutaciones salidas de su propia boca y adjudicadas teatralmente al pobre interlocutor que desde el momento crítico ya ni respira. ¡Pobre si abriera boca! Con los ojos como dos tizones encendidos, lo tomaría de los hombros y lo arrojaría de la habitación.

Por eso, anoche, mientras el señor Páoli conducía ese ejercicio aparatoso acerca de temas varios que elegía, él no paraba de pensar en la arbitrariedad de un ricachón que tiene a muchos jueces alrededor de su mesa y se ufana de brindarles muy suculentas y sabrosas comidas. Al escucharlo con visible atención, se cuidaba de no emitir su propio parecer que el señor Páoli le reclamaba constantemente, por extravagantes que le resultasen las afirmaciones de ese hablador sin freno. Hostil además a los empleados como clase y al dependiente como expresión individual por pertenecer a ella. Sin preguntarse ese sátrapa, si no se participa solo por imperio de las circunstancias. Pues gregario uno no nace. Se termina encontrando en ese caldero enorme, nada más. Sin quitar que si hubiera intentado salir, lo hubieran empujado aún más adentro, empe-

zando por la mano del señor Páoli y con la complicidad del plan universal que una vez encasillado un cristiano, le obstaculiza todo camino que pueda depararle perspectivas más promisorias.

Conducta nueva de ese señor, que él no se explica tampoco en este momento, tras una noche cavilando acerca de ello. De este Páoli bastante sucio, pues le sientan bien tanto las muy feas como las primorosas, las de dieciséis como las sexagenarias, las de tez blanca o piel negra, las estudiantes, profesionales o mujeres para todo trabajo manual según el aviso económico en busca de empleo. Y con el apetito sexual en aumento, por todas las vías toleradas por el convencionalismo social; sin que falte técnicamente el delito, pero en una forma que haga imposible la prueba. Dejar indicios, para el señor Páoli sería inclusive de mal gusto.

Señor que, en visita reciente, intimó que la sección contable que funciona entera en este lugar ocupando todo el quinto piso de edificio en el que hay escritorios y residencias familiares, se prescribiese el deber perentorio de incrementar las utilidades de la Firma. Por lo que todos quedaron, al oírlo, en estado de confusión mental, incapaces de reordenar las ideas, si bien a la postre se llegó a la conclusión de que tal pedido incluía un evidente reverso: el de que se perfeccionasen las formas para defraudar aún más el Fisco. Es verdad que los empleados gozan individual y colectivamente con burlar a los inspectores de impuestos, pero estando ya a criterio de ellos en el límite, esta vez se acordó dejar caer el asunto.

Anoche sobre esta tecla no volvió. Hizo referencia en cambio a Malacarne, con cierta dulzura y nostalgia, llamándolo cariñosamente 'el monstruo insustituible'. Y de golpe, palmeándole la cerviz como un maestro de antaño con un escolar de duras entendederas, se la largó. Esta mañana está todavía bajo el fuerte efecto, aunque hayan pasado varias horas y se acerque la de plantar el árbol y ver cómo prende en esta oficina. Se la espetó con un aire que era un aire y cara de santo. Y a la vez, la sonrisita de un burlón bien intencionado. Fue tras haberlo llamado 'algo afín a mí mismo' y aceptar un 'nexo importante' entre ambos, 'visto que todo lo que Goethe escribió sobre las afinidades, en un setenta por ciento goza de buena salud'. Al oírlo con ese poeta en baile olfateó una broma; pero como si le hubiese leído en la cara esa vacilación, tras explicarle que cualquier invitado a conducir hombres por ese solo motivo está encaminado a volverse un afín suyo, soltó: 'Nos llegaremos a parecer, señor Andriolli. . . gracias al ejercicio en común de la autoridad, si bien entre un monarca y el jefe de una teneduría de libros haya un mar lleno de olas de gruesas y sutiles diferencias. Mire, inclusive el animal que encabeza la manada participa en muchos de los atributos incluidos en la definición de la palabra autoridad'.

Salvada de ese modo por el señor Páoli su propia altura, que para él ha de ser la que tenía el coloso de Rodas; por su lado, llevado por el impenitente Andriolli que ha sido y continuará siendo mientras viva, empezó a dudar de

las reales intenciones del personaje. Dudas que esta mañana están limitadas a una ligera desconfianza final, sobre todo por esa mención de 'la torta de la autoridad, que en adelante repartiremos los de arriba con usted, aunque en diferente proporción'. Se sabe minúsculo en el trato con los demás. En el fuero íntimo, se considera una cosa digna de ser estudiada minuciosamente, pero que si la toman del cabo justo, siendo él una madeja comprimida puede dar kilómetros de hilo óptimo y no el común de algodón. Siempre que el cabo de donde tirar aparezca; lo que hasta el presente. . .

'No me la haga hacer muy larga. . . Se ha resuelto que Ud. sea incontinenti el reyezuelo aquí dentro, en la misma forma y alcances atribuidos a Malacarne hasta su muerte. Como ve, la noticia tan grata para todos se la acabo de disparar a quemarropa. Reaccione ya, diciéndome que acepta sin condiciones'.

Por respuesta inmediata, se sacudió; luego, repitiéndose en los oídos ese anuncio que más cerca de su mente significaba lo mismo que había tomado al vuelo, lo asaltó la idea de escapar. Pero no por temor. Para tener tiempo de meditar acerca del ofrecimiento, evaluarlo, gozar en pleno de lo que comportaba y darse puñadas en la cabeza por la felicidad que lo inundaba. También saber objetiva y maduradamente quién era él en sí mismo, en un adecuado análisis... por no haber jamás soñado con un ascenso de tanta importancia... Por de pronto no era probable, sin ser inverosímil, que sólo lo hubiesen elegido por antojo. Por suerte y para su sosiego, esta vez se encuentra con sus pensamientos dóciles, que le dan la casi seguridad de haber sido extraído de una bolsita con los nombres de todos los empleados con sede en la A y según las formas solemnes de un sorteo. Pero como la mente no para de indagar, aun confusa como la sigue teniendo esta mañana por lo inesperado de la nueva, acaba por preguntarse si tras sopesar méritos, y no por mero capricho o azar, no le habrá tocado la palma por reconocimiento de virtudes personales, inclusive descuidadas por él mismo como valores dignos de ponderación. Por tenerlas muy encima y verles las infaltables arruguitas (las que, sondeando, tiene toda excelencia, incluso la atribuida a los santos). Ceguera respecto de sí, brutal en quien como en su caso por naturaleza es el masoquista estúpido que como hace un rato, mientras se vestía, se destruye y lo que es peor sin encontrar el consabido placer morboso al hacerlo. Todo por temor a las risitas maliciosas; sin caer en la cuenta de que son de gente, como éstos de la A, a la búsqueda constante de la mejor plaza ya en la vida social, o en la política, o en la cola frente al mostrador de un negocio de comestibles. Por eso, ya tan inminente, tendrá que copar el cargo como si se tratara de recibir para sí el mundo entero. . .

Sin embargo hubo anoche una pequeñez muy molesta, quizá por razones protocolares y no otras. La obstinación del señor Páoli en que tenía que ser el elegido, quien comunicara la novedad al personal que pasaba a sus órdenes. ¡Absurdo! Pretender que Jaime Andriolli, hijo del difunto Jaime e importado de extramuros, sea de pronto, delante de quienes siempre se lo han figurado simplote e inofensivo, el que asume el papel del más zorro, del sabelotodo y

del gran arrogante en cierne, como si la astucia, la sabiduría y lo altanero se hubiesen convertido en una exclusividad suya. . . es doblemente sin ton ni son. Corre el riesgo de una vivaz protesta en voz alta. Que le griten en la cara, que apenas dos meses antes declaró que se consideraba nacido para obedecer exteriormente, pero seguro de ser más dueño que ellos del fuero íntimo. Dominio del que siempre se ha jactado, al pensar en que hay generales buenos para gobernar con mano firme ejércitos de valientes, pero dentro de sí embrollo de pasiones incontroladas. Los que, y no han faltado, en cierto momento tienen que postergar un deber reverenciado porque una pantorrilla los arrastra a treparse por una escalera obscura e ir a parar desnudos en una cama sucia para cumplir el ejercicio más común que existe pero en la forma elemental y sin poesía de un cabro.

Para mayor desdicha, esta oficina está llena de mediocres de mente burocrática. Los hechos lo demuestran: desde años rige un orden estulto de presuntos iguales, los que forman el llamado Complejo, al que él también pertenece y que ocupa esta habitación A. En contraposición, el resto del personal está recogido en forma apretada en la B, bastante más amplia en dimensiones y lo componen muchos e inútiles sujetos de menor rango y de escasa inventiva, además del excedente ubicado en cualquier otro sitio.

Por ello insistió anoche en pedir al señor Páoli que la comunicación fuese por la vía oficial. Aquél pareció acceder. Comprendía que la luz no se desprendió sola de las tinieblas. 'Muy cierto, pero ambos estamos fuera de la Biblia y consiguientemente le toca a Ud. actuar. Prepárese con un bastón para abrirse camino en este nido de víboras pero con escaso poder ponzoñoso. Tres palabras suyas que sean un mazazo en tres tiempos. La empresa le regala la promoción honrosa, este Paóli que lo está observando a fondo se la trae en bandeja. . . ¿qué más puede exigirnos?'

Ahora con tamaña tarea con que abrir la mañana, solo le resta maldecir a sí mismo por no tener aún el plan de acción inmediata. Desde anoche ha estado malgastando su tiempo, por la estúpida pretensión de lograr adormecerse; como si tantas resonancias de una incomparable noticia, cupieran en una noche del montón y no quisieran una noche brillante. Por eso fueron sueñitos desordenados, en medio de largas esperas a ojos abiertos y con él, en lo más íntimo del cerebro, lanzado tras fantasías montadas en la grupa del pájaro muy plumífero del porvenir. Antes, ¡oh ironía!, de habérselo asegurado para un viaje exento de peligros y sorpresas. . .

Le falta determinar inclusive lo relativo a la cara y la actitud. Le habrá tocado al propio Napoleón cuando, pasado de Buonaparte a Bonaparte con el juego tan simple de una 'u' en menos, resolvió coronarse emperador indígeno de los franceses. En la ceremonia en Nôtre Dame al son de la musiquita de Paisiello, ¿habrá conseguido los pasos exactos requeridos por el personaje interpretado? Porque, en su caso particular, son ilusos si pretenden ver de entrada a un jefe perfecto de aquí a unas dos o tres horas. . . No tiene un

guión para echarle un vistazo, ni apuntador, régisseur o previas pruebas de escenario; y falta el ensayo de la luz interior adecuada. Cabe agregar el convencionalismo exigido en cuanto al uso de las manos y la expresión del pie que avanza hacia el lugar de la consagración.

¿Dónde hay un rey u otro dignatario al que le sea permitido comportarse en forma distinta de la acreditada durante años? Para el jefe de oficina que de él esperarán, no ha podido concurrir a ningún teatro o cine, de haber alguna pieza en la cartelera que pudiera ayudar. Nada pues del señorío de Malacarne, que en años de ejercicio llegó a ser un profesional de la jefatura, al desempeñar su parte como la gente la desea por ser la manera como cada uno se acostumbró a verla. Dejen pues el ojo crítico para más adelante. Su recitación inaugural no será la de un jefe bien sazonado. Le faltará dominio en todo: su solemnidad aparecerá demasiado cargada y la voz le saldrá imperfecta. Que antes de alcanzar él el arte verdadero, lo aguanten extraviado exteriormente respecto de la personificación a asumir, por más que en su interior estará adelantado en tratar de cambiar cuanto antes su propia índole. El arte brota de la repetición y de innúmeros ensayos delante del espejo, hasta conseguir como en las vueltas de una caligrafía resultados casi inimitables. Llegará así al jefe convencional acorde con la verdad del público; pero ya bien digerido el personaje que se le demanda. Por ahora no tiene siquiera una hojita con las instrucciones sumarias. Arrastrará inevitablemente los coturnos como chancletas.

Aquí están éstos, ignaros como guijarros, de la gran tormenta: a veces dándose un aire a pirámides y todos con el absoluto mutismo acerca del Hecho en puerta, de quien, por ignorarlo, vive sin pensar en que desde hoy, el día no será como los días del ayer: habrá una pared divisoria insuperable. Y por su parte, para acabarla, está a punto de empujar el cancel hacia el futuro y así ellos y él quedarán afectados por ese envión. Del mismo modo como al llegar a la parada de los medios de transporte cerca de la pensión, tras su paseo dominical siempre por los mismos lugares requeteconocidos, corresponde a sus piernas y no a las de otro, bajar y encaminarse.

La Firma no envía al trompetero que rompiendo el hielo de esta ignorancia asfixiante, le allane el paso al descarado sin experiencia que debe a todos una entrada espectacular como montado en un corcel. Lo cierto es que la vida es un compromiso cambiante: de repente se es actor, por ser llevado con fuerza sobre el escenario delante de una platea llena de curiosidad, tras haber sido espectador impenitente y aburrido durante años.

Y como para él, el cambio significa ocupar el proscenio y con deber de triunfar, empuñará el estoque que le entrega la Firma, sin importarle quien cayere atravesado de lado a lado. La herida de punta consistirá en la palabra adecuada. . . '¡Tiemblen!', un imperativo que se hará valer. '¡Ríndanse!', otro que puede tener igual éxito favorable. En cambio, 'entiéndanme. . . comprendámonos. . . colaboremos juntos. . .', expresiones todas muy lamentables. Al

combate, entrar rebosante de confianza: con un optimismo que le chorree de los cabellos y le riegue el cuerpo (no como lágrimas de un afligido sino con la vehemencia de un alegre diluvio postdiluviano). La asociación de ideas con las lágrimas y con la lluvia, dobla en el subconsciente los corazones endurecidos; quizá por el placer estético que despierta. Pero a la vez, hay que despeinarse y despeinar, haciendo resplandecer un comportamiento romántico. Y para total extravío de ellos, mezclar en una confusión tremenda y en verbo de político de barricada, el agua, el fuego, la tierra, el aire, el cielo, Lucifer, el sexo, la virtud, la derecha y la zurda, la verdad y la mentira, la risa y la pena; y así con cualquier cosa, revelada adrede en sus lazos con la contraria cual negación polémica de tantas delimitaciones ficticias al estar todo metido en el mismo recipiente angosto: la cabeza individual. Eficaz también la acción de efecto retardado, que saltea los días y las noches y perdura incandescente: piensa en esas palabras mágicas que se incrustan en los cerebros. Algunas de entre ellas han servido para encumbrar a un político para siempre. A menudo una frase ha sido suficiente para vencer en una guerra. Otra, descolorada por el tiempo, aun así lanza a un joven a dejarse destrozar por la boca de un cañón. . . Ya las tiene: que brotan, que fascinan, que llenan de confusión. . . '¡Arriba, muchachos, trabajen, para bien del concepto que le merecemos y que es nuestra mayor garantía para un buen futuro con la Firma!'

O mejor, anteponer a tal orden el ritual 'señores', para que resulte un claro 'señores muchachos, trabajen' y en el tono de un comisario de policía. En suma, charlar juntos, respirar el aire en compañía con ellos pero al primer abuso despidos sin vueltas, sobre todo con los del Montón. Y nada de prestar oído a lamentos cuando la máquina haya entrado a funcionar. El malhadado pagará por sus pecados nuevos y viejos, incluidos los abusos de años ha. Hablar en cambio vagamente de una 'ganga' para todos y sobre esa frase quedarse a bordar con cuidado, será el arma secreta tanto que el cielo aparezca con pocas nubes o esté totalmente cubierto. Y si el curso de los eventos reclamara mañas heroicas, sí señor, abrirle paso a la volanta de las mentiras perfectas. ¿No lo aprendió de mamá, con esa experiencia campesina heredada de padres a hijos. . . el valor de la mentira si ayuda a lograr una finalidad legítima y a la vez no lesiona? Atención. . . no el fin justificando los medios aunque consistan en crímenes. . . No, la mentira honesta. 'No exhibas tus pies llenos de excrecencias', recomienda mamá, 'cuando tu derecho no es enteramente inobjetable y conservas la posibilidad de calzar con la mayor frescura zapatos de raso; o sea miente con hermosas palabras'. Lo dice ella que no se pierde una novena ni un triduo. Pues bien, sabiendo usar esos zapatos coquetones, la batalla será suya. Con mamá en el corazón, no se le escapará la victoria. Aparte de que tendrá trompa u hocico para contestar a algún argumento válido, aquéllos ante los que se rinde un caballero: 'Señores, los dueños son ellos y yo, a ustedes un muy buenos días'.

Por tener que empezar de una vez, piensa que la roca más fácil de trepar

sea Trani, el empleado del Complejo con más antigüedad en la oficina; a quien siguen por el mismo concepto, en orden decreciente, Zama, Lolo, Carovino, él mismo (un mesito más tardío que Carovino) y a distancia notable, primero la Torcida y cerrando la lista, la Recta. Dos mujeres de la A, que es como si no tuvieran nombre y apellido por haber sido rebautizadas.

En cuanto a los del Montón o Grey o Grupo, por el tono inferior de todos ellos no le cabe tenerlos en cuenta respecto del paso que está por dar. Sólo han de interesarle sus pares hasta este momento, o sea los de la A.

Tampoco sabría, en el revoltijo de la B, distinguir en cuanto a personalidad un tipo de otro. Por de pronto aceptan formalmente el predominio del Complejo. Son a la postre diferenciables, es verdad: no coinciden en rasgos, voz y estatura: las hembras las hay apetitosas y varias sin méritos sexuales. Pero con eso basta. Fueron durante el reinado de Malacarne, sus fieles y obsecuentes servidores y muy raras las muestras de dignidad. Y hoy, muerto el tirano y no habiendo mediado la elevación de un sucesor, siguen luciéndose como inclinados a la anarquía pero sin consecuencias para el trabajo común que continúa desenvolviéndose por inercia. Un Malacarne no muerto del todo, ni para ellos, ni para éstos de la A y cuyo espíritu avasallante subsiste, siendo la única explicación de un equilibrio en este piso quinto semejante al que gobierna silenciosamente y sin que caigan, el movimiento de los cuerpos celestes en su respectiva zona de influencia.

Gentuza, la del Montón, que saluda si previamente lo hacen con él y a la que ha tratado siempre de no deberle ni un fósforo. A lo sumo, de su parte, una respuesta cortés y ningún agregado. Desobedientes dándose el aire de buenos cumplidores, si necesitan; de lo contrario suelen rezongar por vicio y pudiendo trabajar de buen talante, no paran de quejarse de la empresa acusándola de chuparles la sangre. Inclusive cuando ciertos reflujos del electorado en las elecciones generales, demostraron en ella un principio de arrepentimiento. ¡Pues ladrona es! Y de una refinada crueldad, al pretender que sea él el que comunique urbi et orbi la gran nueva. Le recuerda a Andriolli pequeñín, de ocho o nueve años, empeñado en atar un poroto a una mosca y quedarse viéndola en el esfuerzo por alcanzar con ese remolque unos granitos de azúcar. También a él le asignan desplazar este peso considerable, de la comunicación directa por su propia boca. Este tener que afrontar en minutos más, a unos cuantos gritones y nada pensantes. Simple chusma si la A llega a darle cabida a la B. Pero no chusma, dos de las pollitas de la segunda: la que parece nacida para cualquier número de varones, por esas piernas como columnitas de mármol color lácteo siempre delante de su mirada de buen conocedor; y la otra, con una infortunada aventura matrimonial a cuestas y todavía así, con una propuesta sexual nada opaca. Chusma por partida doble, en cambio, los dos mandaderos, par de borricos de pura cepa, buenos para nada. Y otro tanto, el viejo encargado de la limpieza de fino, ya que lo grueso está confiado los viernes a una empresa del ramo. El que cumplía para Malacarne ciertos

menesteres muy reservados y dudosos. Sexagenario que se jacta de que si perdiera la paciencia, bien sabría enfrentar a la misma República corporizada y, él con el gorro frigio ladeado en la cabeza, tomarla de un brazo y sacudirla. Tipo que con lo que se avecina, puede hacer más ruido que un bombo.

Abordará finalmente a Trani. Le depositará la noticia en un oído. No los tiene sucios de polvo ni de grasitud, pues es detallista. El solo pensar que debe dirigírsele formalmente, le junta los nervios como en una red alrededor de la cara, a la vez que se le forma un haz independiente a la altura de las piernas. ¡Indigno de un jefe! Por lo que sorteando dudas y puesto que posee voluntad y sólo es cuestión de convocarla a un solo fin, está a punto de arrollar al presumido, con la estupenda nueva. Pero debe detenerse, y aplacar su corazón que late más de lo adecuado: podría traicionarlo en el momento crítico. Por suerte no tendrá cabida alguna en lo que ahora se avecina a pasos pesados, a un ritmo que le resuena en los tímpanos o lo que fuere.

Sí, agarrará a Trani por el lado de atrás y, de esa manera poco leal y sin preámbulos, le susurrará: 'Apóyate para no caerte. Dentro de media hora, el Consejo completo vendrá a sentarme en el sillón de Malacarne para que yo ejerza esos mismos poderes. Ríndeme pleitesía y ocúpate de que nadie chille. Puedo serte un enemigo peligroso, o beneficiarte con un aumento'. O sea, en prevención de un contragolpe, esa falaz promesa. Luego, tras el decano, respetando el orden de antigüedad, algo por el estilo con los restantes de la A. Minutos, en total; y, simultáneamente, una mirada como las que se ven en libros de antropología criminal. Hablarles en el oído tiene la ventaja de que cuando el sitiado se recobre de la sorpresa y trate de reaccionar, lo peor ya habrá sido escupido y su infinita vergüenza no podrá jugarle cualquier mala pasada. Ya será el héroe, listo para ser izado en el pedestal y con la noción íntima de tener con que permanecer bien firme a esa altura, al abrigo de tontas vacilaciones de última hora. Pues con la seguridad sujeta a él como un perro lobo a la traílla, disfrutará de los goces del cargo casi como por un acto pasivo. Lo grave está en este tiempo del estreno, así rodeado por una jauría. En cambio después, todo vendrá a pedir de boca, aun con esa timidez suya que continuará procurando echarle todo a perder. Pero el dilema de esta hora es claro: o él adelante, o su timidez y de nuevo en el hoyo. Y si con sus navajazos en todas las direcciones surgiera lo mismo un gran escándalo; pues, lo que haría mamá con su intuición femenina: gritarles en plena cara la frase secular de tan seguro efecto: 'quien no lo soporta. . . salga por la puerta grande con sus petates y sus ilusiones. . .' La invitación a un asalariado para que emprenda la ruta incierta, es más antigua que las Pirámides. Y si no bastara, una seguidilla de frases como dispara sus balas un arma automática. Y hasta la ironía de mal gusto: 'Ya volverás, amigo, triunfante. Pero después de vencer ustedes en las elecciones nacionales y llegar al gobierno totalitario del País. Pero hasta ese día escarlata, aire y agua fresca'.

Trani está a un paso, todavía con la cabeza en la luna. Para abordarlo hay

una última dificultad: el abrirse repentino de esa boca de comedor de huevos duros enteros, a un profundo bostezo: la cara que se apronta para ese rito: el bostezo que se redondea y el fondo de esa garganta con mucha similitud con lo que se vislumbra en el pico abierto de un pajarraco, en las tardes de un domingo paseando por el zoológico. Es el final de ese sueño, más intenso y espectacular que el de cualquiera en la A.

Y que nadie debe interferirle, debiendo todos abstenerse de cualquier gesto o palabra. Práctica observada celosamente, pues para Trani, los varios bostezos que preceden el bostezo 'ustorio', como él mismo lo llama, que lo introduce definitivamente en la actividad diaria y quema, de ahí el nombre, los sobrantes previos devolviéndolo a la lucidez plena del buen empleado que es; le obtienen, según lo explica, en cada uno de esos actos con la boca extendida, un placer semejante al del sexo, por lo que hay el que se pregunta si por algún vicio de la naturaleza, ese cosquilleo quizá más que el de un glande, no será el de un clítoris. Pues Trani bien podría ser un hermafrodita bostezante, con el lado femenino prevaleciente en la glotis. . .

Este hombre que a partir del Ustorio, distribuye y recibe disciplinadamente nuevos saludos, más completos que el mero gesto suyo sin dirección y con igual magra respuesta unánime,a su ingreso matutino en la A. Y ya sin tropiezos, aborda con responsabilidad la tarea acostumbrada: cumplir con la máxima precisión y sin omisiones, pero sin añadir nada de su costal por ínfimo que pudiera ser. Y mientras tanto no escatima charlas con equidad pues las distribuye en cuotas parecidas para cada uno; aun con quien está en determinado día con pocas ganas de seguirlo y por lo tanto no le contesta sino con muecas o meros asentimientos. En tal caso es frecuente que ante la pasividad de tal interlocutor, tome como tema y para estimularlo, sus propias intimidades o fantasías del instante. De ahí que todos están al tanto de que a la mujer siempre la trata en dinero, por resultarle más expeditivo y a su juicio resguardarle mejor su libertad plena. Sin dejar de reconocer, por más que también eso lo rebaje ante los ojos de sus oyentes, que el acto sexual desde sus primeros escarceos a los veintidós años cumplidos, solo lo lleva a cabo una vez por semana.

Estas divagaciones suyas a esta altura de los acontecimientos, le han insumido una cantidad de segundos, nada más. Pero continuar, es abrirle paso al absurdo para que asuma arbitrariamente la situación: si no se resuelve, llegan primero los consejeros, y por no haber encaminado la nueva les parecerá un pusilánime. Con gente que no vacila en cambiar lo resuelto y borrarlo antes de ponerlo en funciones, colocando a cualquier otro del Complejo al timón. Con la agravante que el afortunado, con el látigo en la mano no tendrá reparos extraídos de la constitución nacional; en especial con él que, justo es reconocerlo, es un valor desacreditado. Juicio inmerecido pero unánime. Por no haberse hecho propaganda y tenerle respeto y vergüenza hasta al aire. Y no haber infringido muchas normas librado **in pectore** de algunas demasiado

opresivas, como hacen muchos. Lo habrían llamado cualquier cosa; se habría producido cualquier alboroto si, por ejemplo, se hubiese presentado aquí dentro desnudo. Pero después habrían tenido razones para reflexionar acerca de él como caja de sorpresas. Y en estas cabezas tendría hoy crédito de imprevisible, lo que para uno es buen capital. Quien puede jactarse de poseer cara de lata no perecerá nunca por falta de autodefensa, pues halla cómo hablar sin detenerse y alegar a su favor aun en las más escabrosas circunstancias.

Muy poco en su activo para un paso tan grande. Lo que ha sumado en estos años, que es casi nada, a no ser que rinda sentirse de pronto una flor silvestre conservada cuidadosamente a la manera de un cartucho explosivo. La tarea próxima sin embargo tiene un encanto: el de intentar una utilización inteligente de fuerzas vagantes en esta A. Las de hombres reducidos a la inercia por hacer siempre lo mismo en igual forma. Esta atmósfera cargada de ambiciones frustradas, metas no alcanzadas, tramos de juventud o restos de ella tirados diariamente por las ventanas. Por eso ante la falencia colectiva, cabe ya mismo salir al ataque con la lanza tendida y ver en qué va todo a parar. Puede marrar los lancetazos. Justificada pues la demora: lo que cuenta es que sea prudencia y no vacilación. El miedo es una jugarreta de la fantasía. Y lo negativo, hay que acallarlo ante una realidad con un vencimiento inexorable. O ahora mismo o casi de inmediato, o llega la empresa. Por suerte no habrá fotos del acto, por lo inesperado de la ceremonia. Tampoco mostrarían nada: al no brindar la voz, muy poco aportarían cuando muy encimados se forcejeara. En una foto o en los ojos de un observador neutral, solo queda encuadrado en un gesto de temor quien, el miedo, lo tenga o no en las tripas, lo deje transparentar en los rasgos de su cara. En la suya, está resuelto, primará la contracción de los músculos de la voluntad, regulables por la cabeza.

¡Absurdo esperar más! ¡Al abordaje, al abordaje! Su blanco es siempre Trani. Más ahora que lo ha saludado, en apariencia por creer que él no le ha visto el ligero gesto augural de hace muy poco. Señal que se declara despierto y por lo tanto empieza la larga jornada de charlatán suelto. Le contesta con un gesto cordial y Trani queda satisfecho ya que le sonríe con esa forma que tiene de hacerlo, semejante a una millonésima ola en la superficie de un mar removido por la brisa matutina. La fatua sonrisa de este hombre, que es como esperar algo perfecto de la cara blanca de la luna llena. Escasez marcada, de sugerencias. Por lo menos para este Andriolli en llamas. Pero sonrisa que le echa un puente no demasiado firme aunque le viene bien atravesarlo. Conviene tan solo, que primero el tipo se seque las lágrimas que un nuevo bostezo (¿qué le está pasando esta mañana?) le ha juntado en esos ojos de poca monta. Debe haber gozado otra rebanada de felicidad con la culebra que se habrá desperezado, en su garganta o por el lado de afuera, como en la propia cueva. Como come felicidad al echarse en la boca el trozo de pan, cada vez entre las dieciocho y las diecinueve, por sentir languidez en el fondo del estómago, según propala por esa fruición de contarles a todos sus cosas. O sea,

para algunos la felicidad consiste en comerse el universo, es decir en lo imposible, y para Trani en conducir a puerto unos bostezos singulares o masticar libremente un poco de algo. Pues sobre tan ínfimas delicias, consigue construirse un estado de beatitud que defiende como un privilegio personal. Sale ganando el prójimo: Trani es un comensal que la porción gruesa de la torta común la deja a los demás. (Elogiable candidez si se tiene en cuenta que casi todos están a cualquier hora hambrientos, en desmedro del hambre ajena).

Un pequeño minuto pues, para los últimos preparativos. Lo importante es que a éste será fácil encararlo. Los segundos perdidos no son nada, habiéndole servido para crearse un abordaje más discreto.

Lástima que ande rondando, a la espera de pescar algo disimuladamente, el 'respetable' Carovino (siempre José en el trato dentro de la oficina y no un simple Pepe, a no ser quizá entre sus allegados). Auténtico pajarraco al estilo de los que pasan volando en las selvas inexploradas: algunos pares de pelos rubiones, con el aspecto de matitas de hierba secadas por el sol estival muy fuerte, que hacen resaltar su avanzada calvicie. Pero bien acomodadas por sus pequeñas manos, en el vano intento de cubrir lo incorregible. Esas manos que según pretende, saben acariciar a las hembras en sitios ignorados por el común amador, en ocasión de los 'asuntos muy clandestinos' que serían de su prerrogativa (si bien nunca ha dado una razón creíble, a una oficina con sobrado tiempo para atender a un relato circunstanciado, y capaz de diferenciar pruebas serias, de un mero vanistorio). La disposición anatómica existe: labios juntados en forma de corazoncito (virtud que a él Andriolli le suscita una risa interior de fondo burlón: cruel sí pero muy a tono vistas las restantes circunstancias). Tipo en suma sugerido a sus hacedores por algún loro de media edad. Pero, cabe reconocerlo, con mucha habilidad para apropiarse de una exterioridad que a veces aminora o casi borra tantas pasividades. Milagro repetido que se debe al esplendor de las palabras que administra, en su conversación con quienquiera y sobre el tema que fuere, y al espíritu que pone en ellas y con el que evade de la vulgaridad que de otro modo lo aplastaría. Además de extraer cierta energía sin par, cierta soltura y el mejor rendimiento, hasta de lo más deplorable de su perfil básico de regordete rubicundo. En suma, por esa tenaz voluntad de vencer tan manifiesta fealdad, es de repente casi bello en su fiereza: la eterna línea difícil de trazar entre los contrarios. Amén de que posee una intuición muy particular para esas brujerías en el momento preciso. Así, con tan sabias combinaciones, casi sin trucos corrientes no siendo las elaboraciones con sus contados pelos supérstites, desde hace años su falta de armonía física casi no cuenta ni para definirlo ni para entenderlo a fondo. Sigue en cambio mal vestido con trajes y corbatas envidiables: rojas o azules pues detesta otros tonos.

¡Caramba!, sin darse cuenta, quizá desde veinte o treinta segundos, está en franco diálogo muy privado, con Trani. Y en instantes entrará animosamente en tema, con la voz firme que no encuentra pero ya vendrá en su auxilio. Le

comunicará que el señor Páoli, servicial como nunca, le ha traído educadamente la jefatura dejada vacante por Malacarne al fallecer.

Pero Carovino se detiene a pocos pasos, con un fútil pretexto. Lo peor es que habiéndole transmitido a esta altura el grueso, todavía el otro no contesta ni sí ni no. Al contrario, le echa una mirada neutra a la que sigue el esbozo de un encogimiento de hombros, sin que esos ojos aflojen en la creciente dureza acercándose a la de dos puntas de hielo. Y de ahí en adelante, Trani construye una sonrisa pero como si con ella ladrara, si bien los perros que han de habérsele soltado en el alma los continúa manteniendo sujetos pues de los labios no le salen ni frases ni gruñidos. Ciertamente protesta sin protestar o de una manera que no es la conocida en un individuo de este siglo, y, por si no bastara todo eso, lo secundan arrugas nuevas cerca de las comisuras de esos labios. Labios que guarda apretados, aun siendo el gran hablador de toda la vida, en lucha visible por frenarse las palabras. Por lo que de su parte necesita arreglar momentáneamente la cosa; para lo cual agrega a lo dicho consideraciones vacuas, a la vez que ensaya toques con sus dedos en la cara del interlocutor, como si su propósito entre consciente e inconsciente fuese el de contenerla para que no siga dilatándose, y a la vez devolverla al estado habitual de expresiva y acorde con el alma de un hombre que él conoce como de buena índole. Y pase lo que pasare, ahora los dedos se los apoya en la parte alta del pecho, casi rozándole el nacimiento de la garganta. Le alisa también el chaleco, que Trani no deja ni tampoco en el día de verano más cálido que pueda imaginarse: allí donde ostenta los botones en una hilera de abajo hacia arriba y viceversa, y le está faltando uno. ¡Desgracia del hombre prudente. . . tener que tranquilizar un alma, en este momento de criado en librea! También le palpa el relleno de la chaqueta en las hombreras, además de observarlo con fijeza. Todo en señal de amistad y hermandad, como se lo ha visto a los mafiosos en los filmes. Y cual conclusión, ya lejos Carovino, le arranca el compromiso de no ejercer oposición si el resto de la A acepta los hechos. Pero lo oye reservarse 'el empleo de cualquier arma ofensiva', si el asentimiento no es unánime. Y debe acceder a un plazo máximo para esa tregua: veinte minutos exactos, sin prórroga.

Se prepara pues, ante la perentoriedad del término, a vérselas con Zama. Este socialista 'disidente', según el tipo se define, que reconoce ser heterodoxo respecto de la doctrina socialista integral: no en ideas que acoge con sumisión sino por sus propios sentimientos estables que juzga él mismo muy chatos frente a una causa tan noble.

Con la defección de Trani que era su carta segura, al intentar con este otro se considera ya medio perdido: el plan inmediato está en crisis y de los veinte minutos algo bastante debe haber transcurrido. Si se mirara en un espejo se vería con la vista de una oveja nostálgica: esa languidez ocular que la gente le reprochaba en su adolescencia. Pupilas incapaces de hipnotizar si serán las del momento de la ceremonia. Y peores que en cualquier otra ocasión, así como

se las está sintiendo muy poco representativas. Dignas de la mirada de poseso, de su abuelo, tenida en la familia como una desgracia y tal vez llamada a reaparecer en la descendencia.

Pero por sobre todo ¿no es él un títere? Y ningún títere jamás ganó una batalla. Podrían lograrlo los robots, pero Andriolli está desconectado de un comando a distancia que lo oriente. . .

Concentra fuerzas y se abre con este Zama. Tiene fama mal adquirida de moderador. Pero hételo que estalla tras las primeras palabras directas. Se le han puesto encendidas las mejillas y empieza a levantar la voz sin que acceda a atemperarla. '¿Con lo que acabas de venderme, cierto o falso. . . te crees todavía hombre honrado?' Y al decirlo, el socialista busca las caras más cercanas a ambos. Pero como vienen varios a la carga, el propio Zama se turba. Sólo los ojos de la Torcida parecen aguardar algo tan solo gracioso: tal vez la revelación de una intriga amorosa. No así Carovino, arrogantemente apartado esta vez, quien tiene otro enfoque. No le admite una ganga que su buen olfato no haya podido oler: la sospecha de una prebenda consistente, no perdura en su cabeza. A lo sumo le concede algún trabajo extra, pero tan poca cosa no lo incomoda: personalmente está por encima de tareas serviles o por el estilo. Enciende pues un cigarrillo, sin retirar la mirada de tantos desocupados a las nueve y media rodeando a 'la joyita', que para su intuición ha de estar metida, fuere la que fuere la ventaja, en uno de los tantos enredos que le dan tan floja notoriedad. La de pobre diablo. . .

Entran ahora a actuar juntas, la Torcida y la Recta. Plantadas en el centro de la A, fingen interesarse por un papel de la oficina. Actrices del montón, piensa él; a la vez que hace un recuento, con la vista en una breve pasada, de tinteros y 'objetos-proyectiles', en abundancia por doquiera. Con los que, si las cosas se ponen feas, pueden someterlo a una lluvia y dejarle algún chichón. Tantos enemigos serán mayor gloria individual, pero como la historia la escriben los vencedores, millares de valientes fueron a parar a fosas comunes en toda época y lugar. Se ve próximo a ser fusilado, pues la diferencia en aspectos no altera la sutil identificación, harto acertada si profundiza, entre una muerte física y la muerte civil. Con la facilidad como la gente pasa de la realidad al juego, éstos, dentro de instantes, pueden solazarse a costillas de él, imaginándolo el derrotado en un campo de batalla, con ellos en su persecución. Y en los hechos, reducido al Andriolli de siempre, hete a sí mismo buscando refugio ante semejante lluvia, acurrucado detrás de algún escritorio.

Con anticipaciones lógicas de tanto peso, la conclusión forzosa es la de mandar todo al demonio. No siendo así, Carovino hará oír su voz grave de los momentos cruciales diciendo por ejemplo: 'Como indemnización éste pierde a partir de ahora su cueva en la A'. O tomándolo de ambas solapas y cara a cara: 'Por los siglos de los siglos, aquí dentro no podrás hablar más si uno de nosotros no te interroga expresamente'.

Situación alarmante. Y todavía peor, con lo mal que le está yendo con

Zama. Entrevé que muy pronto sólo le quedará rehacerse el mundo a la medida de un Andriolli totalmente acobardado. Por haberles descubierto su cuota de la razón universal, y sin una lógica ajena que se haya impuesto a la suya, dejar que estos se la arrebaten como simple botín de guerra, sin una guerra verdadera.

El temporal avanza rápido. Trani se ha puesto a la cabeza de un grupo faccioso en el que se han infiltrado siete u ocho tipos del Montón, como si la barrera entre las dos habitaciones ya no contara. Y dirige una insistente mirada, con señas de estímulo, a varios remisos en acercársele. Son los que en la A permanecen en sus escritorios aunque ávidos de saber algo más concreto. Quiere que todos los presentes salgan al pasillo, dando a entender con una ojeada halagadora que es para algo serio. Y ahora con las manos, trata de representar quizá un canasto de ropa para el lavado, lista para clasificar o contar. Los cargos que ha de tener en contra de él. . .

Solo, ahora, en la pieza, se siente un apestado o un cachorro que ha sido golpeado y que mientras se relame la patita herida, mira entre rencoroso y nostálgico al que con él ha prescindido de la relación llevadera de siempre. Aun así, está dividido entre la rabia de estos momentos, la que quisiera desatarse de la peor forma en contra de todos, y su simpatía de años hacia algunos, que le aflora bajo la forma de un extraño sentimiento de piedad por este modo de ponerse pesados.

Hay ya una concentración numerosa, según lo está observando a través de la puerta, ahora de par en par. Y en la que participan, dándose tono por ser muchos frente a los seis del Complejo, los peores del Montón. Fusión creciente por deseo de guerra y de diversión, aunque signifique comprometer la distancia entre la crema y la morralla. Y en el conturbenio, varios en los dos grupos que se obstinan en mirarlo como si inconscientemente quisieran mantener en pie el parecido con el perro en desgracia. Algunos sin embargo vacilan, pese a sus caras sombrías; por más que bien puede acontecer, que desde donde están, teniendo en cuenta la disensión espiritual surgida respecto de él en tan escasos minutos, lo divisen no el acostumbrado sino con las diferencias esenciales del desconocido. Vacilación entonces por una impresión muy personal y no signo confiable de fisuras en el despliegue de los adversarios. Al fin y al cabo le acontece lo mismo: mirando de golpe, lo que aprecia frente a él, allí en el pasillo, es un alternarse de ignotos por entero, o ignotos por partes. Los malos tipos de cualquier día, pero más encendidos y los mansos mudados por el diablo de una sola vez para que le muestren una absoluta intransigencia.

Trani habla vivazmente, procurando que él por su lado no capte ni un párrafo. Lo interrumpe la Torcida, que con su aparición gana ojeadas que le recorren el semblante como una novedad y tratan de colarse en su escote. Pues para decirle a Trani, más bajo, algo ingente en un oído, se inclina demasiado aceptando con un mohín de benevolencia que a esos indiscretos les abre el

camino, que así de refilón pero sin echársele encima puedan prudentemente buscar algún tesoro oculto a lo largo del valle de sus mamas. Es una escéptica que toma las apariencias como tales, sin preocuparse por hallarles un fondo distinto en cuya validez no cree del todo. Por lo cual ha de considerar que formalmente no malbarata sus senos bien grandes, y que dejar mirarlos no significa consentir lo que exceda de la curiosidad prudentemente tolerada en vista de la impetuosidad del varón bien construido. El Andriolli no entiende renunciar al festín, pero las rebanadas que debieran tocarle se las comen los ojos ajenos pues con unos cinco metros por delante y tantas cabezas inútiles de por medio, sólo le queda suponer esos senos, y que la fulana esté diciendo cosas de mayor gravedad que al comienzo de ese cotorreo que no termina. Trani se muestra asombrado al escucharla y por ser fatuo, también asombrado de sus propias respuestas; a la vez que muchas orejas tratan de ubicarse mejor entre las espaldas de los ahora agolpados, para no perder el hilo del relato o la verborrea de la mujer, aunque Trani, manifiestamente incómodo, con las manos insiste en conducir las cabezas así infiltradas a sus sitios anteriores, mientras con gestos promete que después informará. Pero las mismas orejas vuelven a adelantarse: todo en un desarrollo mudo, a la manera de una arruga que alisada vuelve a presentarse con la misma pertinacia.

Por suerte a él también le corresponde finalmente, a través de un portillo fugaz que se abre de pronto en esa junta cada vez más compacta, una visión en profundidad de dos frutas bastante sueltas, color nata batida, moviéndose de un lado para otro como dos péndulos suspendidos de una misma línea. Ajena a la incursión, la Torcida, sin librar aún el oído del empleado se enoja de una búsqueda tan generalizada; pero como si confutara que se le traten como objetos raros, dos apéndices a los que cada uno estuvo alguna vez prendido como lactante.

Trani, sobrevolando esos racimos a menudo metidos casi debajo de su prominente nariz por la forma como la Torcida se agacha repetidamente, pero tal vez justo por pensar en ellos y no en lo que la dama continúa soplándole tan de cerca, coquetea haciendo muecas y sonrisitas y ya no ensaya respuestas como hasta hace poco. Aun así, cada tanto sacude la cabezota como para advertirle que ella le inunda la mente con esas palabras, y al colmo, por la cara que expone, de la admiración hacia sí mismo y en el estado psíquico del que se observa en el espejo y se siente votado a grandes destinos aun permaneciendo el burrito que él solo puede medir con exactitud en una introspección sincera, se prepara y sin dar tiempo a nada chilla: 'Andriolli se nos ha desnudado y tiene eso que bastarnos para correrlo de aquí con el escobillón o un martillo'.

Ante esas expresiones, la impaciencia allí fuera llega hasta la pared del pasillo, la que enfrenta a la A, reflejada por una sombra larga que se mueve a igual ritmo que los congregados más fogosos: gente que, partiendo el núcleo visible desde su punto de observación, en dos o tres alas confluyentes, discute con

Trani empujada hacia una babel donde alguno grita y a la vez procura cambiar el grito por algo más razonable y en palabras simples, a fin de llegar más convincentemente.

Ante lo cual, algún otro, con cuidadosa solicitud sigue por pedazos el nuevo giro a causa del afán del que está con la palabra; pero a la espera de transmitir lo que escucha, al que tenga más próximo si también está interesado. Transmisión sucesiva indispensable, por ser un trato recíproco en voz muy queda, de nuevo para que a él no le llegue nada. O lo poco que aun así logre captar, perdido en una repetición que termine por confundirlo.

Lo único que se augura es que no logren un acuerdo. Pero mientras tanto. . . ¿qué haría la Firma cuando en cualquier instante ingrese por la puerta del departamento? ¿Abrirla de par en par y aguantárselas? Todo pues, yendo hacia lo peor.

Zama está de retorno en la A y se ha sentado en su sitio. Pero solo revuelve papeles o los ordena por sus medidas o alguna otra insignificancia. Se levanta por fin y alargando la sonrisa habitual, vuelve al pasillo y allí se planta como un árbol, a la vez que sacude la cabeza como a punto de contar un chiste. Al verlo, la mayoría lo rodea, en especial tipos del Montón: éstos con la despreocupación de pájaros en vuelo. Explicable por estar en juego algo al que son ajenos: títulos y aspiraciones que no podrían atribuirse, por lo menos mientras la empresa no pierda los sesos. Es cierto que en la B hay algún candidato para formar parte del Complejo a fuerza de acumular méritos, prodigar sonrisas y ganarse el corazón de los 'elegidos', pero de allí a saltar con las piernas recogidas, del piso a la curul, sería como creerse papa y quedar esperando para trasladarse, la silla gestatoria. Nadie regala cargos para administrar su haber, si no es por eficiencia del candidato o por un segundo propósito. . . (Curul. . . el nombre puesto a su sillón ostentoso de jefe, por Malacarne. En verdad sin ninguno de los detalles de la 'curul' de los magistrados romanos. Lo ha comprobado leyendo informaciones históricas al respecto).

Así, en medio de sus aduladores, Zama es como un cura en el confesionario: da la impresión de que será más lo que habrá de oír, que lo que agregue de su parte. Únicamente que la cara es la de un fresco; como si al tomar cada tanto la palabra sólo acudiese a chistes o bromas. En efecto, confirmando que ese farfullar suyo, ininteligible desde el lugar de la A donde por su lado sigue aislado, giraría alrededor de un argumento risueño y de poca monta; como si la hora no corriese para todos y hubiese que desclavar por un tiempo largo la puerta de ingreso al departamento y por ello cómo recobrar el aire apropiado cuando la Firma llame para entrar; estallan alrededor del socialista unas risotadas. A las que siguen risas lejanas o escondidas, por mera imitación. Lo grave es que en medio de esa hilaridad tan contagiosa pues los propios labios de él Andriolli está tentados, todos los que lo enfrentan desde el pasillo lo miran como si ya no fuese el Andriolli con el que han convivido por tantos años. ¿Qué los pondrá contentos? ¿Que esta mañana él aparezca quizá un milíme-

tro más ensanchado y con dos microbios de yapa sobre la piel de la cara? ¡Muéranse de tanta risa!

El socialista se pone serio y la frente se le cubre de arrugas, lo que provoca alguna actitud reflexiva y hace afinarse un par de bocas en un pico de ave extraña: todos recogidos tan de pronto, alrededor de un problema que Zama desarrolla cada vez con más agitación en su cuerpo. Por su lado, sigue sin asir un sentido cualquiera, tras una serie de vocablos que le resultaron comprensibles y unidos hacia un punto de llegada. Y hete que nada menos que uno del Montón, tiene el descaro de dirigírsele y amenazarlo con el puño. Ignora si está bien hacerlo, pero le replica con una mueca. El otro porfía mostrándole una lengua en punta,del color de una lengua bovina servida en día festivo. Diferencia esencial por lo tanto, entre hombre y bestia. . . todavía por demostrar. Lo mismo que entre 'piernas' y 'patas', pues aunque las primeras a veces rehúyen por pudibundez el contacto natural con el aire libre, otras veces están en exhibición infundiendo temores, al hacer el paso de ganso en un desfile militar.

Los examina y exclama en su interior: ¡Hipocresía, señores empleados! Lo que están ustedes haciendo con este despliegue, es ilusionarse de tener verdades para repartir. Y lo que es más vidrioso, a través de la pérdida de tiempo de la conversación; creídos que las palabras sean el camino para desprenderse de la bestia, mientras lo que se rasca en el fondo de la cháchara más suntuosa (con circunspección y hasta con caridad en los dichos respecto de la Patria, tratándose de algunos politiqueros al gobierno) es una demasiado frecuente conducta de gallinas. Sí, empleados, doquiera alboroto de corral, aun con una vida encima de cada uno, esencialmente transitoria. ¿Acaso enseña algo la Muerte? Pues si el grano se lo han arrojado a Andriolli, dejen que se lo trague o sepan arrebatárselo en un juego limpio. Eso sí, terminen de invocar como parecen estar haciéndolo por esas caras que hablan, el grado de civilización alcanzado. . . ya que por más que se emplee la lengua en teorías, nadie llegará a la esencia de nada. Ustedes también saben darle largas a todo, mientras las leyes naturales permanecen insensibles y rige olímpicamente el destino, el que a la postre lleva adelante todos sus antojos cayendo sobre los proyectos humanos como el halcón sobre su presa. Y si las esencias no se arrebatan, ni se seducen, ¿con qué cara está uno seguro de ser el mejor o el más meritorio? Hagan la prueba de aportar una demostración absoluta: ¿qué puede acreditarse no siendo alguna relatividad expuesta a venirse abajo peor que una pared apuntalada? Tomen pues, empleados rebeldes, el día como viene para cada uno. O también, al último ¿no tendrán el estremecimiento de un pollo y todo habrá concluido? ¿Posterga esa solución final, haber comprado esa misma mañana un boleto para un viaje de un mes? Ella llega y barre los compromisos tomados, cual enseñanza para los ilusos de una vida programable a distancia. Ustedes no me comprueban nada en forma definitiva respecto de ninguna cosa, hasta las insignificantes. Tampoco son individualmente inalterables. ¿O lo son

más que un rayo de luz, que cambia de graduación a medida que avanza la jornada? Así como varía la lucidez de la inteligencia en la medida de lo que tenga para iluminar. Luego, ¡burros todos! Sólo que la subida fatigosa el asnito la toma con mayor ímpetu, aunque pierda después la ventaja cuando el ascenso se alarga; mientras el burro viejo ya, por un buen tramo el último de la hilera, a la llegada supera los demás por su paquetito de experiencia. Cualquiera tiene en suma, en alguna ocasión, una fisonomía distinta de las anteriores y una calle, entre tantos senderos y desvíos, que no todos recorrerían con semejante vocación. Por eso un desconocido de treinta y cinco años y la yapa, hételo dentro de muy poco, protagonista de ciertos hechos.

A la voluntad del Hado, ¿qué pretenden oponerle? ¿Detalles propios en más, en comparación con la bestia corriente? Aunque así fuese, no pisan tierra segura con esta protesta del pasillo. ¿Hay quien pueda enumerar las ventajas de uno respecto de otro? Hacer recuento de las virtudes y los defectos de cada cuerpo y su alma, es pretender anotar todas las olas de un mar tormentoso. Pues sólo cabe limitarse a las calificaciones. . . 'aparentemente bueno, aparentemente de ingenio, aparentemente solitario, aparentemente sociable'. Y si tras esta denuncia siguen sin convencerse, mírense en el espejo y vean si todavía les es posible con el aire a las espaldas, la mano de ella en la nuca de ustedes, afirmar: 'sí, soy buena persona'. (A menos que olviden a los que han matado dentro de sus almas, es decir en lo más próximo a ustedes, hasta por pequeñeces. . .) O díganse: 'soy sabio'. Repítanselo en el momento en que los domina un aspecto de gansos: el que, de tanto en tanto, toda persona se nota en el vidrio de una ventana o al ver la calle envuelta en neblina y que los que aparecen son monigotes que nos empeñamos en llamar conciudadanos. Sí, en ciertos instantes nuestros ojos captan esquemas humanos muy empobrecidos. Dirán ustedes que es meramente un efecto óptico distinto. Pero, mis señores. . . y los de la luz plena ¿no son también efectos para los ojos? Por lo tanto conocemos juegos visuales que llamamos piedras, aire o agua. . . ya al sol o a la sombra; pero sin saber tras tanto tiempo de mirar alrededor de nosotros, si la piedra existe con prescindencia de varias condiciones mentales, o si con su fisonomía ordinaria es tan solo juego de luces. . . Por lo que es posible que el entero conocimiento sea un gran embuste. . .

La Recta, con la carita a veces hacia él y otras, vuelta a éstos que quisieran despellejarlo, pelarlo o descabezarlo, está pendiente de los labios de Zama, donde recoge palabras como si fueran perlas para un collar (hasta el extremo de que se acaricia inadvertidamente la garganta con coquetería, como si de ese decir hubiese obtenido ya el collar y jugase con él inclusive llevándoselo a la boca). Media virtuosa, llena de curiosidad, como si su cabecita de pajarillo comprendiese lo recóndito de lo que le escucha al socialista, siempre algo críptico en las expresiones. ¡Múdate mejor la prenda más íntima y confórmate con tu parte de bella cosita pues otra misión no te tocó al venir a este mundo!

Ahora, por algo que el tipo ha manifestado, se murmuran insultos como letanías y cada uno tiene el propio repertorio destapando su botella interior de vinagre fermentado. Lo que él comprende es que ya no comprende nada, si, haciendo la suma de lo acontecido, ha bastado un Hecho en cierne, que como tal podría no verificarse. . . para que Complejo y Montón se hayan soldado tras la insalvable separación hasta las nueve de esta mañana. Algunos reciben en sus caras, muy complacidos, y otros sólo lateralmente, ese verbo; formando entre todos un abanico desplegado que se mueve en torno del orador reducido a una máquina que muele palabras inaudibles tomadas de una alforja bien escondida. Pero, a su criterio, desde unos minutos exhausta o bastante desinflada.

Él como sí mismo. . . cada vez más a precipicio hacia su ruina. Lo más absurdo es que ni con Trani ni con Zama, los únicos a quienes ha confiado directamente la nueva, ha sido demasiado explícito. No les dijo que la jefatura estaba en su bolsillo. Se limitó a hablar de una instigación a favor de su nombre y apellido, pero recomendando que no se diera el asunto por definitivamente resuelto. Y para ser más convincente y apagar el fuego primero en el semblante de Trani y más tarde en el de Zama en forma casi igual, estrechándose a la falda de su madre había aclarado a ambos en la respectiva ocasión, que tal 'instigación', palabra que repetía por juzgarla un acierto, atendía al propósito, como vía de escape transitoria y revisable por la Firma mil veces... de atajar una corriente en seno del Consejo de Administración y a favor de 'cierto hijo de papá' como sucesor de Malacarne pero con facultades más extensas; lo que sería traer a la oficina el viento y la jactancia de la nueva generación con esa lógica hostil que la distingue en lo relativo a las personas ya maduras. 'Como si el gran progreso científico desde los años treinta', había agregado con mucho énfasis, 'no fuese crédito de cumplidos cuarentones; habitualmente anteojudos por miopía precoz, algunos luciendo pobremente una vieja armazón más que un cuerpo; dedicados a los números y a la probetas y con el entusiasmo de continuar la investigación rigurosa para quitarle a la ciencia la presunción de envejecida, por tozudez de una larga tradición que prevalecía todavía a principios de este siglo, pese a los esfuerzos por la buena senda de parte del positivismo'.

Pero interrumpiéndole esas vueltas, Trani, el primero en oírlas y reaccionar, lo había agredido diciéndole: 'Este es dulce de tu cosecha, no de la mochila de tu señor Páoli. . . De ese deportista sin marcas ni medallas, es lo concreto, o sea que circula tu nombre. . . ¿Qué haces desde anoche con él, el amor sodomita?'

Tampoco Zama mordió ese anzuelo. 'Basta Andriolli, de seguir componiendo. . . Zama con su proverbial franqueza, te acusa de mentiroso y desleal. Estás en ilícitos tratos con el tipo y te absuelves llamándolo señor Páoli. . . Adulas el capital y te premia promoviéndote a capitán nuestro. Aquí donde ya son varios los jefes en expectativa, por autoascenso. En un gallinero, no es fá-

cil subir a la percha más alta y pensar en poder dormitar. Tendrás picotazos desde todos lados'.

Por eso, si con Trani tuvo que llegar a un pacto de no beligerancia sujeto a un plazo brevísimo, que aquél tampoco respetó, con el socialista ningún acuerdo. 'No por tener aspiraciones que no poseo. Por esta traición tuya, la única explicación de disparate tan enorme tratándose de capitalistas que no se equivocan y saben distinguir al pusilánime que se vende por treinta dineros, del empleado recuperable como los demás de la A y de la B, obviamente tras un baño de vida nueva al surgir la sociedad ideal del futuro. Tu honestidad se ha acostado con la empresa y ahora es la de la mujer pública'.

Así, con diferentes alternativas y por el remanente de la mañana, se encontró en el centro de una fuerte repulsa. Luego, hacia el mediodía, estando el Complejo más calmo y entero en su habitación, se oyó el teléfono que está colocado sobre el escritorio de Zama y que comunica con la calle. El empleado lo deja resonar por un par de minutos, como en una actitud de resistencia pasiva. Por fin descuelga con un gesto de despecho, escucha lo que le dicen desde el otro lado del cable enrevesado, apoya todo lo que tiene en sus manos, se levanta lentamente de pie y sin mirar a nadie en particular, en voz muy alta como para ser oído también en el resto de la oficina, pide atención.

El viejo de los mandados y de la limpieza de fino, ocupado en sacar telas de araña del cielorraso (su sobrenombre es Cometelasdearaña), se paró en la escalera de mano. Zama lanzó una última ojeada, esta vez más cabal. Su formalidad es la de los momentos importantes: él que inicia la jornada en la oficina, regodeándose con su guardapolvo cándido y sin arrugas. Además, con los botones muy firmes. Y ya con su voz corriente, hace saber: 'Han informado oficialmente que en seguida viene el **presidium** en pleno. Aguardemos y por ahora como personas educadas. Luego veremos juntos, todo desde el principio y hasta un desenlace histórico'.

Capítulo II

Estando todos amontonados, por convocatoria expresa, en la habitación que perteneció a Malacarne vita natural durante, muy incómoda para tanta gente; uno de los miembros del Consejo de Administración, de los dos que han concurrido pues no está el organismo entero, a la vez que toma en seguida la palabra, él de quien se rumorea que desde un año atrás al tener que representar a la Firma en todo acto relativo al personal, entre otros acentos y levantando la mirada del discurso escrito, suelta trozos de alguna poesía de su reciente creación, ahora no echa mano de nada preparado y en cambio sigue improvisando la cháchara y al hacerlo se distingue por una insólita sonrisa.
"Buenos días, señores" —había empezado, para agregar, entre otras frases: "No diré lo acostumbrado en circunstancias como ésta. Seré expedito. Son ustedes bastante más de lo necesario para la tarea y yo les quito a Andriolli, pero para restituirlo a esta oficina aquí mismo e incontinenti, cual jefe de ustedes, para felicidad de todos y de cada uno en particular. Le confiero, en este acto y a la vista unánime, la autoridad que él ejercerá en forma ejemplar, por cuenta de nuestra empresa. . . esta nave en mar peligroso que en su cubierta nos hospeda. Digo bien: la autoridad. . . o si lo prefieren, esa entidad de cien caras, de regla descuidada en el vestir, a la que se somete, pero como una hijastra siempre algo rebelde y llena de caprichitos, la así llamada sociedad civil. Desde el tiempo en que por no haber pasado aún Cristo por este valle de lágrimas, con su legado. . . la conciencia dolía asaz menos en el fondo de las conciencias".

Todos permanecieron tiesos. Sólo él Andriolli intenta una reverencia, pero la retira lo mejor posible, en la duda de que esté fuera de lugar.

De repente el consejero le roza el hombro diciéndole:
"Anda, anda anda. . . y te sobre esta exhortación en su oralidad dinamizante, equiparable a un empujoncito con mi mano, para ponerte, a todo efecto inmediato, mediato o casual, en esta silla de comandante que aquí te mira como aguardándote ansiosa".

Él agradeció y quedó erguido. Está seguro de que sentarse y cumplir los primeros actos de autoridad desde ese asiento, que en efecto está con los brazos acogedores tras haber servido de trono a su antecesor Malacarne, es asunto para después, cuando estos consejeros se hayan ido.
"En lo referente a Uds. "—prosiguió el directivo, haciendo la voz menos solemne y más democrática— "queridos míos, compórtense. . ." —se interrum-

pió, los observó genéricamente, luego clavó sus ojos de inspirado, en cada uno—" compórtense, para bien de Uds. y felicidad de la Firma. . . como si Andriolli, en esa silla con las alas, según cabe representar poéticamente el asiento del que manda y de repente se alza hasta las estrellas. . . así lo proclamo porque la música dirá Rosita y yo digo Chiquita. . . estuviese ubicado con alto peso específico, desde el arranque de los tiempos. . . no sé cuántos millares o millones de años ha".

Los empleados pertenecientes al Complejo, según habían convenido entre ellos escuchaban sin expresar sentimiento alguno: al contrario, robustecían la seriedad ficticia, en sus caras, de los primeros instantes: lo que los mostraba según lo deseaban, rigurosamente formalistas y con prescindencia individual del Hecho. Se conservaban además bien estirados. Entre los del Grupo o Grey, en cambio, si algunos exhibían semejante indiferencia, para atenerse a la consigna recibida del Complejo; otros, impresionados por la presencia de tan señalados consejeros, faltaban a esa orden y observaban al que hablaba, con las respuestas propias colgadas de los labios sin producirse. Como si escuchasen a un maestro y en su verba bebiesen profundas verdades. Y hasta había alguna oveja que en plena confusión mental, lo atisbaba a él Andriolli y estaba inquieta por temor de que se equivocara al dar los primeros pasos de jefe en presencia de superiores de tanta entidad.

La Torcida, molesta de no haber tenido tiempo para arreglarse el pelo, a fin de desaparecer se ha confundido con los del Grupo, quienes, según la inveterada costumbre, ceden la primera línea alrededor de los consejeros, a los integrantes del Complejo para que la disfruten con comodidad por ese derecho de preeminencia usurpado originariamente pero ya admitido desde años.

El otro Grande, es notorio por su debilidad por las ciencias políticas y sociales; y a causa de ciertas herejías se ha ganado el apodo, que mucho lo halaga, de 'sacrílego'.

"Siendo antipático si bien inevitable. . . que hombres libres estén la tercera parte de su día bajo una manus. . . o sea un poder o autoridad atribuidos a extraños, para propio desmedro. . ." —dijo en efecto sonriente, al tocarle intervenir.

Pero ahí se detuvo sin acabar el pensamiento.

Por esa interrupción arbitraria, varios dieron muestra de impaciencia y algunos miraron a Carovino, tal vez instintivamente. Pero éste aparece serio. Por lo que la Torcida, desde el lugar impropio donde se encuentra, se adelanta para observarlo muy extrañada; aunque al advertir que el suyo ha sido un acto demasiado visible, se resguarda tras el pañuelo de seda que tiene en las manos y le sirve para esconderse la cara, pero siempre a medias ya que deja un trocito al alcance de los demás para que se sepa que también está en la barricada.

"Señorita. . ." —comenzó el sacrílego— "Señorita, se lo pido".

La mujer no se sustrajo a esa invitación galante y aun haciéndose la vergon-

zosa por una manchita que les muestra a todos, en su blusa, reordenándose lo mejor posible los cabellos avanza muy coqueta hasta ubicarse en la primera fila. Para facilitárselo, Trani y Lolo se han corrido, pero con la pesadez de dos objetos de un quintal desplazados por una fuerza exterior, como si las piernas de ellos hubiesen estado obrando sin intervención de sus almas rebeldes.

"Achiquemos lo que se quiera la cosa. . . mas esto de sentirse en una mano ajena, es cobrar la certeza de que otro nos gira la cabeza hacia donde le place. . . aunque muy adentro nuestro cerebro muela en la dirección opuesta. Pues siendo la obediencia elogiada como una virtud, nos toca describir el movimiento de la testa nuestra, en la forma que otro nos impone. Sin embargo no hay otra libertad que la obediente. . . la única que rige para el hombre civilizado. Por lo cual, Andriolli, emplee respecto de estos amigos, la amable benevolencia con que un señor usando su derecha ensortijada conduce en dirección al que está con la palabra y que por urbanidad debe ser escuchado, la cabecita rizada de un imberbe distraído. Sólo en nuestras mentes, nuestra libertad puede caer en el libertinaje. Todos gobernados desde afuera, en toda clase de relaciones. Ya entre particulares, o del privado con la autoridad pública; sujeción en distinto grado y manera. Pues mi libertad es mayor que la del nuevo Andriolli y mayor que la de ustedes y la de Andriolli juntas, pero la de un príncipe en funciones, a la vez es superior a la mía"

Y tomándole las dos manos con calor, le recomendó:

"Manéjese, Andriolli, frente a la empresa, para que aquí no falte el trabajo ordenado y productivo que ennoblece al individuo y que nos ha civilizado. A mi parecer, antes de lo que pueda haber previsto el 'Dios-poeta' de nuestra adolescencia, al crear un ser y luego tomarse un descanso. Tengo una muy elaborada teoría al respecto, pero aquí estamos por Ud., Andriolli. Tengo otra, esbozada en torno a la Creación y sus carriles originarios, también de mi personal cosecha".

El restante consejero sonrió sin revelar su parecer acerca de tales pertenencias del colega. A su vez, exhortó:

"Manéjese, manéjese, dése amplitud Andriolli para que no falte sustancialmente a estos amigos, la justa merced a fin de que puedan tirar ordenada y decorosamente, en este valle de. . .".

El 'decorosamente' hizo fruncir el entrecejo de Zama. Las pupilas de Carovino se dilataron un instante. La Torcida sonrió con el consejero que lo ha pronunciado: no es la primera vez que se entienden a distancia o sus miradas se encuentran como al pasar y tras una vacilación se apartan educadamente.

"En este valle de. . ." —insistió el consejero, con aspecto de ido.

Carovino mueve los labios como si musitara un amén.

En el Montón hay varias caras satisfechas de haber comprendido que aludió al Valle de Lágrimas en la versión desde el púlpito, como mal común para todos los hijos de Dios, al igual que el año, los días, las horas, los minutos y los segundos, buenos o malos y no otra cosa.

Lolo piensa en la pequeña iglesia de su infancia, pero tan solo para complacerse de los partidos de fútbol, en el patio enfrente de la sala para los fabriqueros. El Andriolli se siente abandonado a sí mismo con dos caracoles pegados a sus oídos, uno para cada uno de ellos, y que lo aturden.

"Gracias, señores" —dijo alegremente el consejero-poeta, por la acogida a su Valle de Lágrimas.

Los dos representantes inician la retirada. Para los varones, como a la venida, un apretón de manos o una palabra o una frase breve, con los de la primera línea conservada con firmeza por el Complejo, esta vez entero. Por añadidura, una pregunta a Lolo: si el color de su traje es amaranto verdadero o amaranto comercial; que le formula con aire enigmático el consejero con la poesía en los tuétanos. El interpelado contesta con una sonrisa, por sentirse incapaz de figurarse el amaranto comercial y menos aún el 'fingido', adjetivación con la que el mismo superior trata de ayudarlo.

Con las mujeres de la A y de la B, los dos hacen una inclinación de cabeza, propia de lugares más distinguidos; luego apelan a un tirón de manos, para algunas de ellas más desprejuiciado que para las demás y por fin hay un comentario muy individual en cada caso, que es más largo y pensado que el usado con los hombres de la A. La Recta recibe inclusive, de ambos, una ojeada dirigida a su abdomen, por lo que se acomoda la pollera en un gesto de timidez formal que hace resaltar demasiado esa pequeña coquetería.

La Torcida, según contó más tarde, tuvo que aguantarse 'para evitar mayores cosas', que el del Valle de Lágrimas le reclamase, muy cerca de un oído, 'el simpático desorden de su cabellera, para no tener que depredarle otras pertenencias suyas tan femeninas y buscarle con los ojos las más recónditas. . .'

El saludo fue en cambio misérrimo para cada uno de los hombres del Grupo: un fugaz roce de manos, consistente en agarrarlas muy de pasada y soltarlas muy secamente con un ritual 'muy bien, muy bien', por el apuro de continuar con el siguiente empleado; todo ello en un ciclo rapidísimo. Y las sonrisas también de poca monta: una mueca prolongada que como una serie de golpecitos es colocada en las caras de los destinatarios pero sin valorar la tarea.

Concluida la ceremonia y repasadas las miradas por si alguien ha quedado excluido, con un porte de insatisfechos se quitan de los semblantes todo resto de esas sonrisas que habían parecido pegadas allí; desmontan sus músculos más vehementes y ahora con mayor espontaneidad se vuelven a él. A su disposición hay, en efecto, un saludito y una sonrisita; que agradece con un gracias. . . gracias. . ., aunque está sufriendo por ignorar si no le corresponde tenderles la diestra o de quién es la iniciativa de un apretón de mano.

Tampoco atina a comprender por qué en lugar de esas concesiones en la despedida, no lo tratan más militarmente, o por lo menos no se valen de un saludo burgués y franco. Por lo que no consigue una cara que lo secunde para mostrarse realmente conmovido hasta los recovecos de su alma, por haberse

ellos molestado en venir a ponerlo en funciones.

Los consejeros, mientras tanto, le demuestran que desean removerle el aire alrededor de su fuego debilucho, para que él se reanime: le comentan, robándose las frases mejores pues cada uno quisiera tomar la delantera con esa anécdota, el caso de un coronel al asumir la jefatura de un regimiento. Ese militar apareció durante todo el acto, pensativo y enmarañado, pero sin dejar de mirar de soslayo las piernas de la esposa del alcalde de la ciudad, la cual desde un sitio en alto infundía color con su prodigalidad llena de encanto.

Lolo, Trani y Carovino, con el aburrimiento en todo el cuerpo, se intercambian ademanes poco tranquilizantes.

"No sean los tres, irrazonablemente injustos; ni permanezcan desganados y juntando enojos" —reclamó el consejero-poeta, que los ha pescado in fraganti.

Les echó un par de miradas imprecisas y tras un silencio estudiado, agregó:

"Muy bien; Andriolli no es Julio César, pero la Firma tampoco lo paga como haría con ese dictador ad vitam. El nuestro asciende a jefe de una oficina, para estos tiempos de anarquía: subversión difundida en todas partes. Por eso no me fastidio con ustedes tres".

Y como el trío, simulando haber entendido que los regañaba por no volver al trabajo, se mueve hacia la salida con ese propósito a la vista, el mismo consejero continuó:

"No me consta a mí tampoco. . . que nuestro brillante sucesor de Malacarne, para evadir de la desdicha de una asunción tan formal y cargada de hastío. . . haya tenido las extremidades y las coqueterías de la ropa interior de la mujer de alguien, al arbitrio de su mirada. Doy en cambio por admitido, señores, que Andriolli obtendrá nuestro, en la empresa, y el de ustedes, en este lugar, pleno, leal y solidario sostén. . . además de mi personal simpatía. Pues en su habla descubro bellas, realmente bellas aliteraciones".

Luego, como si cantara, pero en tono burlón o mofándose tan solo de esas figuras retóricas, entonó según un motivo de moda:

"He escuchado de sus labios, una aliteración ejemplar. Y en mi participar, un hablar por hablar. . .".

El Andriolli se ha prefijado de no dudar nada. Sobrevuela esos comentarios y hasta corresponde con una sonrisa como si ese tono festivo lo reconfortara. Al fin y al cabo si éste quiere solazarse, están igual, pues en su fuero interior también tiene motivo de burlarse de las extravagancias de estos dos delegados del Consejo, muy delegados y muy como una varilla cuando no se la puede estirar a voluntad, y sabios demasiado sabihondos.

De pronto el consejero-poeta metiéndose los dedos en su espesa cabellera, pero como el actor que sabe provocar los aplausos sin merecerlos, se pregunta públicamente y afligido:

"¿Cómo fue?. . . ¿Cómo?. . . Por nuestro señor Jesucristo. . . el hecho intacto es que nos olvidamos de un aplauso cualquiera. Pasemos y en seguida, ordenadamente, a uno muy cerrado, para nuestro Andriolli. Sea también para mí y

mi salud, y para ustedes y el equilibrio psicofísico que deben salvaguardar en todo momento. Y por lógica implicancia, a favor de la salud de la Patria, madre también de los enfadados nacidos en su territorio. Aplauso que nos una, no de los venenosos; y apartando las dudas que dividen a hermosas familias. Por lo mismo hagan volver a los que se han ido en estos minutos. Los quiero a todos con el compromiso de batir las palmas con sinceridad, como en los hermosos años de la primaria".

Y mientras los que se han ausentado vuelven como arriados, los escudriña uno por uno con aire socarrón:

"Unir o dividir valiéndose del aplauso" —empezó, tras apreciar con una recorrida de la vista que debían estar todos— "o el aplauso para la concordia o para suscitar la desunión, es el tema que enrostré en una poesía cuando, años atrás, muertos ahora como las hojas de otoño, componía bastante mejor que un simple poeta chupatintas de los que asoman en las antologías: pequeños pequeños por el asunto, las palabras que emplean, la almita ínfima que encierran en sus pechos, de escaso desplazamiento por respiro exiguo. Nunca fui demagogo, por eso no he publicado nada. Verdadera poesía no es la que trasciende en letras de imprenta. . . Es la otra, la poesía vivida y por lo mismo inefable, que permanece encerrada en el vate, para sus soledades íntimas. Quien se ilusiona de poderla verter en gotas de tinta, esparce una poesía rebajada, adocenada, categóricamente distinta de la que queda adentro. La luz más radiante permanece siempre encerrada entre cortinas impenetrables desde afuera".

Sacudió la cabeza y es sincero como no lo ha sido hasta ahora. El colega, en señal de aprobación de la propuesta, acerca sus manos como dos conchas para que coincidan y primero en un choque breve, después en otro más extenso y luego en etapas sucesivas, endereza y sostiene el aplauso. Pero el golpeteo de conjunto resulta pobre y cansado, salvo el de la Torcida quien se halla, al hacer el suyo, a ritmo con el consejero que, según ella, en una segunda versión posterior a la precedente y corregida, le había solicitado 'el peinado en una bandeja, como con la cabeza del profeta' (es decir faltando las alusiones procaces). Y al aplaudir tan junto con él, era como si ahora charlase vivazmente con el superior, pues mientras golpeaba una contra otra las palmas de sus bellas manos y el consejero con igual juego le respondía, se miraban sonriendo, en un entendimiento de subentendidos que dejaba de lado a los circunstantes y en alguno despertaba un mal pronóstico.

A la postre desentonaron tres o cuatro aplausos supérstites y por el sonido, se parecieron al alejamiento de un pelotón a caballo o a las pisadas de quien en ese preciso momento estuviese subiendo por la escalerilla de madera que conducía al granero, en su casa familiar.

Tras ese crujido demorado, se extendió por la habitación un gran hueco que, después de un paréntesis, vaciló ante un improviso chac chac insistente pero de manos solitarias. Y por fin todo quedó tranquilo.

Pero hete que dos o tres golpecitos rompen tanto hielo y son de sus propias manos ya que las toma en flagrante: inesperadamente han hecho un aplauso que también a sus oídos les ha resultado igual al chac de una bolsa de agua al encontrarse de golpe con una mano. Varios lo miran y se siente confundido por esa distracción que lo llevó a aplaudir, en lugar de conservarse tieso por ser el homenajeado. Tal vez lo haya inducido la mención de la Patria por el consejero, bastante antes, pero que tardó en acomodarse en su mente. Una bobada y muy grande; por lo que en estos minutos finales será cauteloso, muy prudente y circunspecto y permanecerá muy alerta, pero sin exceder la medida para no parecer de magras iniciativas o poco emprendimiento o carente de la sagacidad genérica que a los consejeros ha de gustarles mucho. Un contratiempo, de verdad, tener que buscarse un justo equilibrio respecto de tales virtudes que se le requieren y que ni conoce a fondo ni intentó jamás poner en práctica delante de examinadores tan estrictos. Pues los frescos de este tipo; aquí que se visten por burla,de la mentalidad de los patrones de la primera mitad del siglo pasado; tan pronto dejan el lado jocoso y se enfrascan en el lado serio, son los jueces más inflexibles que pueden imaginarse.

El primer caso que demanda sabio ejercicio de la sensatez, atañe a sus partes posteriores. Empujado ahora por los consejeros hacia la curul; pues ya toca con los riñones el fatídico sillón, a sus espaldas como una persona nerviosa; el hecho se agrava por cuanto el delegado-poeta, de nuevo hablador sin freno, lo comprime en tal forma que si ese benemérito se dilata algo más, por su parte caerá en plena curul cual una vaca con las patas para arriba.

Por suerte logra zafarse de esa mole de cuidado, sin afectar al que dentro de ella actúa como valioso copropietario de la Firma. Alguien a quien no se atreve a juzgar en ningún sentido, inclusive por estar aquí para entronizarlo. Aun así, a las calladas repudia el cuerpazo de este consejero-poeta. Pues si sabe vestirse de persona gentil, le queda la armazón de la que se ufana, tan símil a la de un soldado de ventura y que demanda excesivo espacio,para una pieza de tan limitadas proporciones como ésta, cual si los demás tuviesen cuerpos míseros (aun no siendo para todos así), que se presten a ser ubicados en intersticios.

Se ha sustraído al ventrón y puede mirar libremente la curul, que está como si aprovechara la oportunidad y lo tentase. No; no se sentará en ella hasta que no quede un alma, para no exponerse a errores. . . Comenzando por los de su trasero que, acomodado allí, puede expandirse sin garbo o arrellanarse sin exageración pero todo de una vez. Realmente grave sería el efecto de una sentada en público sin las indispensables pruebas: las cien y una del actor antes de mostrarse ante una platea. De una mala sentada puede derivarse la imagen de un tipo ficticio en ese sillón. . . Es muy fácil perder el estribo apareciendo, sin ayuda de compensaciones previamente estudiadas, que sobra en forma ridícula respecto del plano del escritorio al que accede, pues podría

juzgarse ese remanente una asquerosidad frente al torso de Atlas del que se vanagloriaba Malacarne.

Mejor pues postergar para luego; y entonces, de cara él a la habitación; impertérrito pase lo que pasare. Habitación como en una presentación de armas para rendirle honores. . . pues para los entes materiales no cuenta quién sea el usufructuario. Y con el espíritu muy en alto, obtener una sentada larga y agradable, sin testigos de carne y hueso. Y por sobre todo, obrando a gusto sin condicionamientos externos. Elevándose una vez por todas, a pacífico dueño, así en plena soledad, de sí mismo.

Al verlo que mira hacia ella y por turbarse en un acto de simple autodefensa ante el temor de haber cometido algún nuevo yerro, los dos consejeros creen que esté anhelando tomar posesión de ese trono.

"Realmente real" —dijo el consejero-poeta"— no podemos tomar honestamente las de Villadiego delante de qui esxpectant, de los que esperan. . . sin ponerlo en cátedra".

Esta vez, más que del peligro de sentarse neciamente, que de todos modos no depende de él evitar, desconfía de los motivos que puedan tener estos dos para divertirse tan abiertamente. Lo han hecho desde el principio, pero cada vez es peor: como si el acto de su instalación conllevara una creciente vis cómica. Pero más in pectore que hasta ahora, la voz del Buen Augurio lo consuela sugiriéndole la idea de que probablemente este par tenga la chifladura de la representación en sí. Ha conocido tipos por el estilo: declaman en lugar de hablar y hacen de cada cosa, inclusive de lo trágico diario, una comedia. A su criterio, son actores desviados del escenario por circunstancias adversas; por lo que, a falta de un libreto con la exposición ordenada de la trama, cometen errores, aun groseros, gastando una fuerza espontánea, impetuosa, inculta, pero valuable como una sincera inspiración. Y lo que más cuenta. . . no dirigida a producir daño, como hecho intencional o pura maldad, al que tenga que sufrir las consecuencias de tal actitud, si más no fuera por simple proximidad física. Es decir, en estos dos consejeros, torpeza de actores fallidos y no otra cosa peor.

La finalidad se cumple inexorablemente. Los dos lo empujan hacia la curul; y contra sus deseos, se halla situado en ella pero con bastante holgura como para moverse y guardar una permanencia como se debe, y honorablemente según su estimación. Tiene pues como pensar, al levantarse quién sabe demasiado de golpe, y en oposición a tantos peros que lo asaltan, que si la ganó Napoleón en su trono (más bajito el corso por varios centímetros), su aventura en esta catedra ahora que puede retirarse, ha sido muy transitoria como para temer que los asistentes hayan notado los pequeños defectos habidos. Y como nadie demuestra tener reservas, cuenta con la prueba de las pruebas de haber sido una sentada muy natural. ¡Cómo si estuviese predestinado a estos hechos nuevos y relucientes y a sucesivos destinos!

Ambos consejeros están por irse y por más que les deba gratitud, ello le

devuelve todo el aliento: a nadie le caen bien cuatro ojos encima que registran todas las pecas de la persona externa y luego son capaces de agrandarlas ante el Consejo.

Esta segunda despedida es rápida; muy distinta de los saludos discriminatorios de hace un rato, pues es parecida a un apresurado ¡chau! ¡chau! para todos. Sin hacer ya diferencias: como si los del Complejo y los otros del Montón, para ellos fuesen de pronto una sola pasta que por habérseles pegado a los dedos se estuviesen desprendiendo de la mejor manera. Y lo que es peor, esa nivelación inesperada es postrera, al hacer la cuenta última. . . por lo que equivale para el quinto piso a ser echados todos, al tuntún, en la misma bolsa.

Zama; lejos de esas sutilezas, que para él Andriolli son de tener en consideración si quiere llegar a las grandes conclusiones y obrar en consecuencia, y no a tontas y locas como en su pasado y peor aún sin método como en toda su vida; está tan inmerso en la frivolidad, que los detiene para pedirles 'audiencia por un instante'. Lo suficiente para atraerse algún mal grande, sin necesidad; piensa él. Y lo que es más serio. . . sin darse cuenta de que dos lobos mandones como éstos, se echan a perder cada vez más, a medida que transcurre el tiempo: de entrada, la autoridad sólo la hacen notar, pero una vez adaptados a las caras que los rodean, abusan de ella de la manera más irritante. Y por lo que le atañe, tampoco está seguro de si no le toca oponerse, por estar ya en posesión del cargo. Por lo que observa al imprudente, con una cara suya llena de despecho acrecentado adrede. Si el tipo tiene algo valedero para encarar, podría abrir boca cuando retirados los dos fulanos, por su parte no tendrá este entorpecimiento repentino de una jurisdicción recién conseguida, que por lo mismo cabe hacer valer espectacularmente, en lugar de estar ignorándola, por la presencia de semejantes peces gordos. Una jurisdicción y una competencia que para verse floreciente querrá la injerencia suya en los dichos y actos de sus subordinados y cuidar que no se pretenda ladearlo yendo ellos por vías directas a las fuentes. Estos empleaditos, desde hoy tendrán que desviarse como el agua que escurre y se encuentra con un impedimento. El flujo se detiene y luego toma un caminito estrecho marcado por el obstáculo, o rebasa y al último se lleva el tropiezo. Sólo que para el agua es salir del recorrido y para éstos, el riesgo, en la elección, de meterse en los senderos peligrosos de la indisciplina patente. De cualquier manera y para no llegar a mayores, la política consistirá en entretenerlos, sin provocar, por excesiva resistencia suya, ningún gran desborde. Pues de tensión en tensión precipitan hasta las monarquías seculares. Lo que en cambio no puede, no por el problema jurisdiccional, es superar el aturdimiento que lo ha tomado en este acabóse: más de una treintena en la habitación (grandecita, es cierto, como para haber hospedado a un Malacarne grandote, tan sobresaliente en todo. . .) gravan sobre un ambiente cada vez más asfixiante, por tanto olor a encierro y a pomadas para el pelo, como para terminar, si esto continúa, en no encontrarse más consigo ni con éstos, sino sobre una nube. Todo por el pulmón del consejero-

poeta quien mencionando una afección bronquial, al llegar ordenó cerrar en un día tan pesado, puertas y ventanas de todo el piso. Y aun después, se ha estado quejando de demasiadas hendijas no tapadas, diciendo asemejarse a un piano respecto de las corrientes de aire.

El socialista, erguido delante del consejero-poeta, sigue a la espera del permiso de hablar y los empleados respiran con él. El delegado, apartándose hacia atrás por altivez mal disimulada, mira al importuno de pies a cabeza; luego, pasado un minuto inacabable, golpeando con el meñique el vidrio de su reloj de pulsera, uno muy pequeño, como de mujer, y de ahí en adelante en un crescendo, se disculpa de no poder acceder al pedido 'de ese minuto', por ser mediodía 'casi a mitad camino'.

"No sólo eso. . ." —previene— "Si se trata de problema subsistente, pasa de pleno derecho a las manos nuevas y todavía vacías, de nuestro común Andreolli".

"Intuyo que es el porcentaje de la otra vez" —dijo el sacrílego— "Nos sujeta el mal. . . o sea la sociedad grande. Que yo, asumiendo la responsabilidad de la calificación, llamo 'el error humano'. Pues sólo es ataduras y privaciones de libertad. Le debemos esta confusión mental, por la que uno no sabe quién tiene razón. . . si el propietario en defenderse, o el dependiente al agredirlo. . . Por lo cual soy nostálgico discípulo de Rousseau, pero proveyéndome subpreticiamente también en lo de Hobbes. Culpo en primer lugar, de nuestras recíprocas maldades, esta vida en sociedad que nos hace lobos uno del otro. Mi insigne compañero" —y acarició el hombro de su par, a la manera de cumplido— "y yo, su honrado acompañante. . . tampoco somos las personas con competencia para un regateo respecto de remuneraciones. . ."

"En materia" —intervino vivazmente el consejero-poeta— "en absoluta buena fe me permito aconsejarles que den una fuerte sacudida a la empresa en sí. La llamo el Minotauro con su laberinto, horrorizado como estoy de ese conjunto inacabable de vueltas, indebidas preferencias y accesorios. . . como para tenerles miedo, en ese maremagno mental perteneciente de yapa a empleados como ustedes. Alguien se preguntará. . . ¿pero entonces, qué consejeros son éstos que tenemos parados aquí? Reflexión razonable. . . pero sepan que somos dos entre los siete más que se requieren para el quórum. De cualquier manera, volviendo al caso de esta oficina, es respetable lo que Zama nos ha develado sólo con la mirada y mucha zozobra en la cara. . . sentimiento justificado, harto justificado y que hasta aplaudo. Lo hago en contra de mis intereses. La competencia asignada, por ejemplo, al jefe de personal; por necesidad de un orden y una estructura estables; es una regla a la que no podríamos sustraernos ni siquiera nosotros dos. . . O sea, las mismas trabas que ustedes odian. . . tenemos que enfrentarlas nosotros mismos. . . Si tuviese a un hijo para acomodar respecto de alguna sinecura dentro de la empresa. . . sólo me quedaría trabajarme a ese señor: en sus dominios, monarca absolutista. Lo hemos puesto en ese lugar y ahora tenemos que aguantarlo. Acontece con el elegido por

el grupito, para ponerlo a cargo del gobierno de facto. . . Al poco tiempo se convierte en el dueño del poder y en gran medida del cuartelazo que lo llevó a esas alturas".

"Las paradojas a las que llega por vicio ingénito, la vida en sociedad" —remachó el rousseauniano con Hobbes a los calacañares.

Tomó aliento, esperó a Zama en vano y recomenzó, pero mirándolos a todos con cansancio elegante:

"Les indicaré el camino. . . pero quede entre nosotros. Enviarán una cartita bien redactada y con buena ortografía, al jefe de personal y la inicialará Andriolli. Asunto anterior, pero por fuerza tiene que respaldarlo él, y con vehemencia en las negociaciones que seguirán necesariamente. Con la misiva y el trámite hecho de anillas bien articuladas como en la estructura de una serpiente de cascabel, hete que poco a poco. . . los cascabeles avisan a los burócratas dormidos, que tienen que abrir paso. . . Es decir, inclusive con las infaltables demoras, por fin serán los vencedores si mantienen el camino correcto y no se dejan tentar por los falsos atajos. Nosotros dos seríamos el peor: lo confieso. ¡Juro que ganarán! Eso sí. . . perseverancia y jamás desesperar. . . No caer en la depresión ni por un segundo. Por lo demás, en una economía inflacionaria, el día de la mejora salarial llega solo y allí ustedes al acecho para que el aumento sea abundante. Llega, si más no fuera, en los términos de la ley de bronce de los salarios. De lo contrario, se acabarían los brazos productores y se detendría la Nación. ¡Denle a la empresa, sin tregua! ¡Por Dios, es justo, muy justo el pedido!"

"Quien golpea y golpea, un mismo clavo, logra meterlo: es una ley física" —dijo el delegado-poeta, en apoyo del compañero.

Este a su vez continuó:

"El que está puesto arriba y con más razón el gran directivo, muy raramente es hombre perverso. Ya lo tiene todo y las más de las veces no sabe qué hacer con lo suyo. ¿Más de veinte hembras? ¿De doce autos? ¿De una vacación anual? ¿De ver siete veces el Arco de Triunfo en París? Concurre, obviamente, eso es cierto, un tira y afloja. . . siendo racional que si ustedes reclaman, ellos tengan que regatear. . . Pues si les dieran todo de una sola vez. . . muy pronto ya no quedaría nada para repartir. . . y la inmovilidad en un puesto o en una retribución. . . es agobiadora. En cambio con el forcejeo de los dos lados. . . hasta hay juego que divierte. Pero que para ustedes, a la larga e inevitablemente, les reportará una ventaja pecuniaria. Por lo que proclamo que estas peleas encierran una filosofía vital. Algo de filosofía ayuda a comprenderse. Mucha, confunde a grandes y chicos".

"No desesperen nunca, por caridad les pido, buena gente. . . si es demasiado formal llamarlos buenos señores. . ." —exhortó el consejero-poeta y por lo que parece abarcar su vista a través de la puerta vidriera hacia el balcón, es como si estuviese por salir allí de un arrebato y en estado de euforia, respirar libremente la luz que llega del exterior.

En la atmósfera recalentada del mediodía, ya no ha de sentir las puntas de aire de las hendijas. Y mientras Zama está al borde de estallar, prosigue: "Todos dedicados a empujar la solicitud dirigida al jefe de personal, con la fuerza que entraña desear juntos que llegue a buen puerto. . . Parecerá ingenuo, considerando que lo único que tendría que ser decisivo es un balance próspero, del que estamos tan lejos. Sin embargo, aun en un estado de semiquiebra, muchos que anhelan lo mismo contemporáneamente y con el corazón sincero, obtienen la ayuda celestial: tal vez por conmoverse Dios en su infinita piedad".

"Exquisito pudor, el de mi amigo" —comentó el otro representante— "al no querer recostarse únicamente en la voluntad de los hombres, siempre algo egoístas y apelar a un dios que en el momento adecuado empuje. . . y mientras tanto, aquí y en el resto de las dependencias porque todo beneficio debe ser general y no un privilegio para cuarenta benjamines. . . ¡trabajo, supertrabajo! Rodeen discretamente a este Andreoli, pues donde hay rosal no faltan espinas. . . Flanquearlo, aunque en ciertas ocasiones se lo viera renquear. . . ¡Al contrario, de ser así. . . con más razón!"

El consejero-poeta interrumpió bruscamente al que hablaba, mostrándole la hora en su propio reloj de pulsera.

"Si todos deseamos lo mismo con igual firmeza y honradez" —se obstinó el otro con un gesto de cabeza, resuelto a concluir su pensamiento— "o sea sustraídos a la codicia propia. . . nadie piense en que no constituya una fuerza en libertad, capaz de derribar cualquier manifestación de obstruccionismo burocrático que pueda haberse infiltrado en estos años en las zonas altas de la empresa, sin saberlo el Consejo, que, por desgracia, no posee la omnisciencia. ¡El gran ignaro de siempre! Ese es el problema. El to be or not to be en terreno práctico".

"No sólo no podemos ver toda la podredumbre. . . Estamos faltos de energía y copados por la hidra, como para declarar la guerra conjuntamente al director de personal, al gerente general y aun a algún miembro del Consejo demasiado irreductible y quizá más cuerdo que nosotros dos, que sólo quisiéramos distribuir a manos llenas. . . Yo, por lo menos, entregaría en casos excepcionales hasta las puertas de la empresa. . . pero, aceptemos, es una liberalidad de botarates" —concluyó el consejero-poeta.

"Y socialmente hablando. . . a veces es criminalidad culposa" —reflexionó el otro— "Pues prescindir de puertas y ventanas para reducirlas a dinero con que acrecentar los sueldos, es facilitar la entrada o la escalada a los ladrones de afuera. Miren que hablo metafóricamente, no como un bobo. Y. . . pregunto. . . cuando la Firma sea dueña tan solo de lo que se dejó llevar y por esa entrega de posiciones a la competencia estuviera ahogándose. . . ¿qué resolverá el Estado a través de sus leyes? La liquidación por patrimonio evaporado. Y así, ustedes, nuestra familia sustituta pues ambos somos solteros sin prole natural, ¿de qué vivirán. . . del buen aire? Se requiere un sentido pater-

nal cuando se es dueño de una gran empresa que alimenta a tanta gente como para llenar un pueblito. Y no digan que hablo como el capitalista de principios del siglo pasado. Es verdad, los de ahora tratan de no recurrir a tantos discursos; pero sabiendo ahondar, los tienen en sus cabezas aunque tal vez con formas de expresión más modernas. En todo lo actual, la historia se repite: palabras cambiadas respecto de la misma pasta. Perdura, diría, la misma pasta de antes. . . en el trasfondo de la barricada social".

"Formas viejas o formas nuevas, jamás soy antropófago" —aclaró el poeta haciendo el gesto de lavarse las manos.

"Por todos los Santos. . . ¡nos vamos, nos vamos, muchachos!"

Y tras esas palabras, el diletante de las ciencias políticas y sociales, sin mirar más a nadie escapó literalmente, seguido por el otro en igual forma. Y al volcar uno de ellos una mesita en el camino, no se preocuparon de levantarla. También dejaron abierta de par en par la puerta del departamento. Conjunto de hechos sucesivos, que su ojo equipara a la estela profunda de una nave pirata y fugitiva. Pero se desembaraza de esa imagen vivaz y trata de alcanzarlos, por necesidad de aclarar algo. Eso que determinó con precisión en sus términos reales, en el acto mismo de encontrar en el rellano del cuarto piso, al consejero-poeta. El otro ya anda por el último tramo de la escalera, desde donde sube el estrépito de ese descenso precipitado, como la aventura alegre de un escolar.

Permitiéndose la licencia de acariciarle un brazo, con una sonrisita y un hilito de voz se impone el deber de corregirle, siendo un error que puede entrañar otros de mayor fuste, que los empleados del quinto, incluido él mismo, son exactamente treinta y tres.

"Y nosotros hablamos de una cuarentena. No se preocupe. Considere mejor, que allá arriba hemos dicho palabras y nada más. La tierra cumplirá varias rotaciones antes que el pedido del decano dé flores y frutos en semejante medida. . . ¿Ignora que cuando no puedo comprarme un cuadro, tengo paciencia? Cada uno haga lo mismo en su propio círculo: aguardar disciplinadamente hasta el día de la concreción de las fantasías del cerebro. . . Por lo que a Ud. se refiere, lo hemos atado a nuestra barca. . . ¿soy claro? Por lo mismo responda a las insistencias, repitiendo que el aumento está ya en el umbral. Es decir, optimista por táctica, aun a riesgo de parecer un obstinado, un teórico o para ciertas mentes descreídas, un cínico. . . Pero cuando por fin llegue el maná. . . reclame para Ud. todo el mérito. En ese momento las peripecias pasadas se olvidan y el jefe de la oficina es para todos una joya. Los políticos enseñan desde hace más de tres mil años. Lo cual no quita que llego a la Central y obtengo el milagro. Soy hombre bueno. Un perrazo que ladra pero sólo muerde raramente. Tremendo, el que ya está en la planta baja y me llama con ese silbido atroz. Por tanta prisa, no ha considerado el riesgo de rodar y estropearse del todo esa narizota. ¡Ya parece un clown!"

Y con un gesto cualquiera, lo plantó y se lanzó por la escalera, mientras el otro, cansado de esperar, golpea las manos en señal de impaciencia.

Al subir el tramo de vuelta, piensa si no lo habrán nombrado para que les sirva de pararrayos. Pero reparando en la buena sangre que ambos se han hecho, inclusive a su costa, ha de parecerles a esos importantes importantísimos una mascota (como hacía de porte-bonheur una perrita, en las viejas expediciones al Polo Norte). Lo que no puede quitarse de los ojos, es el cambio de semblante del poeta, al despedirse de él ahora mismo en el rellano del cuarto: de pronto tan altivo, tras esas confidencias segundos antes realmente de autoridad a autoridad y pronunciadas en ese tono cordial. Es cierto: los encaramados fueron y serán las mismas porquerías aun con el avance de las ideas y sea que administren lo suyo o tengan el oficio de funcionarios gubernamentales. Estos, además, todavía peores. . . Creen tener la propiedad ad vitam del cargo y ser el cerebro y las manos faltantes al Estado. En definitiva, quien hace el bueno o el mal tiempo, según su ubicación y la oportunidad, o es un capitalista o un agente público. Semejantes como dos gotas, pues a la primera dificultad en sus caras aparecen los cielos encogidos que amenazan tempestades. ¡Cielos de los mares del Norte!

¡Linda manera de los dos, de descargarse de los problemas! Y que por su parte, en su pequeño mundo a las puertas, copiará en lo posible. ¿O no se vive para imitar, además que para ir hacia la Muerte, o lo que haya o no, más allá. . .?

Para volver a la ex habitación de Malacarne, ya dejada atrás la parte del ingreso y resistida la tentación de echar un vistazo en la A y la B, el camino libre en el último tramo del pasillo le es obstaculizado por un grupo de empleados. Por lo que debe abrirse paso; seco en la persona y con los dos granos que desde una semana le han salido en la nuca pero el aire guerrero que le proporciona su mente; entre Carovino que en seguida lo mira como si quisiera comérselo crudo y la Torcida quien emite un gritito. Nada lo obliga a darse por enterado de tales excesos, teniendo tan próximo su refugio donde meditar y aprontar en todo caso una contraofensiva (pero a su tiempo y con las armas válidas). Dio pues pasos largos al extremo y en línea recta, y se encontró encimado a su nueva puerta. Se halla, delante de ella, librado de todo mal aun antes de entrar, pero a la vez es como si lo alcanzara una granizada y le cayeran verduras y plumas para escribir, por lo que de prisa se coló por una lumbre de esa hoja entreabierta, que quiso muy estrecha para burlar a la Torcida que lo ha seguido hasta el umbral con un ritmo de danza exótica. Cerró de un tirón, dio vuelta la llave con una mano que trabajó a sus espaldas con impericia, y al levantar la vista del suelo donde ha observado cuidadosamente por alguna insidia, es embestido por la luz brillante de la pieza. Golpeado en las pupilas, permanece con los ojos momentáneamente enceguecidos pero con una sonrisa a flor de labios: predomina un resplandor plateado y muy movido, en este mediodía inmóvil y en este espacio que nota singularmente en-

grandecido al reaparecer libre de tanta gente que lo había colmado de ese modo. Luz que se refleja en su alrededor como desde un espejo salpicado de agua. Un sol encerrado, produciendo chorretadas en las cuatro paredes. Y en gran exhibición, semejante a un rocío, polvo espeso esparcido sobre cada mueble u objeto, en algunos lugares escogidos de la pieza y todavía con esa blancura quizás desde la muerte de Malacarne. A contraluz, en cambio, el mismo polvo recuerda una nevada grisácea con especial resalte en sitios graciosos o inaccesibles y asomadas extravagantes o estultas a lo largo de uno de los costados del armario para la papelería y la documentación importantes. Allí, además, forma una tira muy fina, a la que sólo le falta la borla para asemejarse a una cinta ceremonial.

Se sienta en la curul. Pero no toca el piso sino con la punta de los zapatos vuelta hacia abajo. Para apoyar por lo menos un pie con toda la planta, le es necesario torcerse, lo que le da la sensación de adquirir el aspecto de un jirón de tela colgando. No saber sentarse los hará reír. . . ¡Maldición! Sopla la tabla del escritorio y si todo es polvo o volverá a serlo al final, que éste, como una harina, y que al levantarse en el aire revolotea alrededor de su nariz y de sus mejillas, lo cubra entero como en un baño. Es lo que se merece quien, por tener piernas tan cortas y cuerpo desproporcionado, no consigue sentarse como un señor. Polvo. . . exactamente como en la carretera, allá, al término de su villorrio natal, cuando el trazado se arrastra sin serpentear entre las últimas casas puestas en un cuadro muy logrado, a ambos lados. . . También lo recubría metiéndosele hasta en los oídos. Y en medio de esos remolinos al pasar varios vehículos en fila, echaba alaridos cargados de alegría, la hermosa alegría de un adolescente; luego reabría feliz sus párpados aunque con alguna fatiga, e inclinaba el semblante hacia la derecha y hacia la izquierda para limpiarse de los granitos establecidos tan recientemente en el fondo de las arrugas, entonces muy frescas aún. Y se sentía rehecho, tras esa ducha divertida y tan terrosa. . .

Hay similitud: también esta vez se reencuentra enteramente nuevo, tras el juego ingenuo de hace un instante. Está establecido en esta habitación cuadrada, a las órdenes de ella, en esta hora de esplendor; y de la puerta toda vidrios que da inquieta hacia el balconcito y deja penetrar luz a discreción, quizá más vigorosa que en los últimos minutos. Debajo del salidizo, oficialmente con atribuciones de balcón, corre la calle que en estos instantes ha de estar muy concurrida: un cortejo de desconocedores de lo que en este piso ha causado tensiones y subvertido almas. Ignaros tantos peatones, que ha sido elevado a los fastos una especie de rey constitucional: hombre honrado y con la madre viva, desprovisto de propósitos de golpes de Estado para abolir la constitución y sin humos en la cabeza de obrar por derecho divino. Muy democrático en cambio.

Atrae a sí el cajón del medio del escritorio: es como si hubiese levantado la tapa del baúl de la abuela, que la viga demasiado baja en aquel rincón, allá arriba en el desván, cada vez le impedía abrir enteramente. Este tampoco no

viene hasta el extremo. Quizá la madera hinchada por la humedad ambiente de la última quincena. Busca con la mano, en la imposibilidad de mirar. Toca el contorno de un clavo con la cabeza gruesa; luego formas de gotas toscas, tal vez cola de carpintero endurecida. Huele con la nariz vuelta todo lo posible hacia la parte invisible: el mismo hedor a encerrado, tintura de yodo y tortícolis que recibió en sus fosas la primera vez, desde aquel baúl, a los ocho años aproximadamente. . . Igual ráfaga rara, improvisa y misteriosa. Repone el cajón en su sitio, seguro de encerrar con él y muy ajustado, a Malacarne. Es como si simultáneamente hubiese bajado la tapa del baúl y la del ataúd, de la abuela Lucía.

En la mesa del escritorio, como por hambre canina cumple actos desordenados de toma de posesión. Lo lindo es que todo lo que cae bajo su palma extendida, posee temperatura propia y a menudo una manera individual de condescencia; aunque ciertos objetos se le pegan a la epidermis de los dedos que arrebatan, no cual labios húmedos y frescos, como la mayor parte, sino en forma de ligeros mordiscos por rabia o indignación.

El problema será esta noche, o alguna otra, a hora avanzada, o simplemente por un otoño obscuro que, o se adelante al del calendario o coincida con él: sus manos vagarán de nuevo palpando, por el gusto tan suyo de ir a la búsqueda de sensaciones extrañas. ¡Y quién sabe si no se encontrará de repente sumido en un aire afiebrado, aire armado de dedos! ¿Qué clase de dedos?. . . Le aconteció en el desván y también en otras ocasiones, estando todo en un silencio perfecto pero con una quietud sólo convencional. Pues en su mente por lo menos, en tales instantes el silencio está surcado por invencibles sonoridades que hacen de él una malla muy intrincada; además de molestias, alaridos y gritos en reunión más allá de su oído pero perceptibles por algún sentido especial de otros alcances. En esos silencios, silencios alborotados y habladores, pesca silbidos y crujidos llegados de lugar de muertos; o lugar de vivos invisibles de a ratos, quién sabe sin que lo sepan: una categoría que se arriesga a proponer a su mente. Coge también las almas, como enjauladas. . . de aquello con que convive durante la jornada. Convive distraídamente, sin conciencia de cuáles otras relaciones recíprocas además de las usuales. En efecto al establecer la amistad inicial con un objeto, lo toma por lo que aparece observado de prisa y atribuido al respectivo nombre según el diccionario y además determina el género próximo y la diferencia específica, ambos que surgen espontáneamente y lo ayudan a ponerlo en la casilla de la clasificación pertinente, donde tendría que quedarse hasta el término de la vida útil. Por ejemplo, si es una silla hasta la sustitución por otra. Acontece, sin embargo, que al cultivar un trato diario con ella, se revele una especie de psicología individual, que se agrega, confiriéndole una personalidad, a la diferencia externa que ya posee respecto de otras sillas. O sea, una realidad ordinaria; y la intuición brillante de la coexistencia de algo más. . .

Él, como sí mismo, tiene obviamente razones conexas con el vivir sin pro-

blemas, para tomar esta pieza que hereda, y tenerla por buena y pacífica. Con todo, es cerrar los ojos a la variante nocturna cuando el espacio que ella encierra, el muñón para colgar el sombrero, la estera gastada y la capellada de sus zapatos. . . se reduzcan a sombras exclusivamente. Sombras replanteadas, noche a noche, bajo formas diferentes. Por lo que está en justo derecho de inferir que a plena luz el conocimiento no sea más que una visión huidiza de sombras blanqueadas, o sea quizá el no conocimiento. Pues sin presunción de filosofar, a él no se la venden que todo termine con el rojo de la llamada caoba con la que estaría hecho el llamado escritorio donde, según la interpretación usual, estaría ahora apoyando sus codos, que además serían codos y a la vez suyos. . . En suma, nadie intente infundirle la seguridad de que lo que se pretende que es y por tanto se afirma que existe, no se reduzca a los límites de una respetable tesis, que como tal esté todavía por desarrollarse y demostrarse a fondo, tras tantos siglos de humanidad pensante, y aunque sea tesis pacífica abrazada por miles de millones. Y no que él se esté haciendo estos escrúpulos por inclinación a la metafísica. Lo que acontece es que a la luz centelleante, el rojizo del escritorito que tuvo hasta ahora en la A, observado diligentemente no es sincero pues ondula entre el rojo definido y otras tonalidades afines, jaspeado como un clavel. Por donde la reducción de cada cosa a una definición avara, es agarrar un pájaro y meterlo en una jaula: no es prisionero entero sino tan solo con su libertad en lugar más restringido. Prueba de ello la inmovilidad inexistente: todos los colores que aquí lo rodean son ondeados: las paredes, mirándolas fijamente, se mueven como telas tendidas al aire libre: la punta de su zapato, aun manteniendo el pie tieso, bajo la capa de inercia absoluta tiene una ligera intranquilidad propia de un estado de nerviosismo. Pues, a hacer más tensa el aura extraña que aquí lo envuelve, concurre, además de lo restante en este lugar nuevo para él, la animación escondida dentro de los objetos inanimados, en especial los que tiene más cerca en este momento, en los que debe confiar aunque a veces parecieran acercársele para nada bueno. Es el movimiento que se niega a las cosas materiales, como si postularlo fuese botar una paradoja o un contrasentido, mientras de su parte, por larga experiencia adquirida, con algunas convive y dialoga, discute o se pelea. ¿No regaña, con apelación a la indignación más genuina, la mesita que lo ha hecho tropezar? Sí, todo está a boca cerrada, pero guarda una voz lista para hacer valer argumentos. Cada objeto, como cada hombre, tiene quejidos cambiantes según el que lo maltrate o choque contra él y conforme a la simpatía o rechazo respecto de quien de repente lo arranca de su torpor. Fuera de que cosas ocultas, él las desanida por centenares: cosas que no se imagina o de cuyos actos repentinos es testigo, si bien limitado a tomar nota aproximada, para afirmarse en su opinión cada vez más afianzada: la de que todo cambia. . . y que él mismo está desligado, de hora en hora y cada vez más, de ese Andriolli que, apenas acaba de ubicarlo en su interior, en el mismo acto de acercársele deja atrás sin retorno posible a iguales condiciones. Pues todo re-

posa sobre olas: imperios, instituciones, religiones, doctrinas y pareceres; y semejantemente. . . matrimonio, amistades, disensiones, odio, amor y culto de héroes. Mayor razón para quedarse definitivamente con el cargo que le han dado.

Para quien, como él, de la realidad ordinaria y al alcance de las manos, no está enamorado y en cambio bastante aburrido (por las cavilaciones que demanda corregirle ciertas arrugas), permanecer obstinadamente con ella es privarse del análisis excitante que revela apariencias más profundas.

Él duerme cuando está en la cama durmiendo y no si la invitación a desfondar la telaraña y atisbar algo de lo que haya al extremo del callejón cada vez más estrecho del conocimiento, es acompañada de prodigios. En los prodigios, ¡eh!. . . creía Julio César y cree Andriolli.

Y para sentir en este momento y lugar esas sensaciones, provengan de donde fuere, se yergue al máximo sobre las piernas endurecidas, apoyado su cuerpo en la puerta vidriera que sale al balcón. Ella lo toca con su cara vítrea y a su vez acaricia esos vidrios. Y es como si su cabeza estuviese por hacerles una abertura, por donde salir entero e irse a acodar sobre la baranda.

Firme y de puntillas, sobrevolando con la vista la obstrucción del saliente, consigue atrapar un tramo de la acera opuesta sin moverse de la pieza; y más acá, más encima de su persona, pedazos de techos de vehículos en circulación. Luego, reenviando el ojo hacia adelante, trozos de gente, de los hombros hacia arriba; y ahora, enteramente, a un señor que lleva a una niñita de la mano y a la que él le aprecia la cabeza adornada por una cabellera rubia, mientras la cara se le niega desde su punto de observación. Los dos han pasado sin prisa, rozando la pared de enfrente, pero sin señales de haber reparado en él.

Vuelve a la curul. Tiene otra necesidad instructiva: probar a sentarse en cada una de las cuatro butaquitas empujadas desde años atrás (por disposición del predecesor observada hasta hoy) hacia los rincones de la pieza. Cada una aparece recatada, a la manera de jóvenes muchachas bien sentadas por modestia aprendida o pudibundez de nacimiento. Hace en ellas sucesivamente una detención breve pero cómoda. . . como, atrás en el tiempo. . . en tal ocasión determinada o en alguna otra más resplandeciente, en butacas parecidas. Pero es en la cuarta, puesta a la derecha del que entrara en este instante por la puerta al pasillo, donde siente una réplica de la conmoción por la que pasó en la sacristía, en presencia del teniente cura, cuando gozó, en esa mañana distante, con ese estar maleducadamente en un banquito y poder confundirse con la quintaesencia de tan feliz y desprejuiciado abandono. Semejante el placer de ahora: de haber apoyado el trasero en las cuatro, especialmente en la última. Ha sido como beber despacio una copa de vino tinto algo asperillo. En cada una, como si tragara un nuevo sorbo abundante, se le ha repetido el estremecimiento en el cuerpo y una gana de cantar. ¡Lástima que no sea el lugar y que él desafine!

El mundo, visto desde varios asientos y por lo tanto nuevo desfile de apa-

riencias no concordantes; sin contar los voladillos y demás adornos introducidos por el cambiante observatorio. Sentadas que le han subvertido el alma, que, refugiada dentro de él, ha devorado, en saltos largos, los años transcurridos, para encontrarse como resultado y en su íntimo, una esencia inmutada que ha sobrevivido al tiempo y a las tempestades. Tal vez su única porción que atraviesa incólume las vicisitudes. La misma esencia que correspondió al adolescente con los pantalones cortos y una quemadura visible en una de sus rodillas descubiertas de esa manera inocente. ¿No hubiera sido preferible, todo considerado, haber permanecido en esa edad libre de sentimientos de culpa?

Una pieza en herencia, que si la mira bien pide ayudas. El revoque, en particular, ha terminado, al galope desde la muerte de Malacarne, en un tono igual al que vio en un charco, durante una excursión en su infancia a ese sitio solitario de la montaña; y que entonces se le presentó, lo recuerda aún lúcidamente, como la réplica de la parte interior de la boca abierta de una ballena, en una historia sagrada con ilustraciones. El mismo color que ostentaban los muros en la habitación de tío Mario. Color hasta ahora permanecido latente, el de esa pieza, sin reaparecerle entre los recuerdos y que de pronto, hace un par de minutos, se le ha venido tan encima para devolverle a la memoria cosas disímiles, atadas por el mismo piolín en una especie de envoltorio común: la mano afectuosa de la abuela, la rueda desvencijada del cabriolé de los vecinos que moraban frente a la casa paterna, y sí mismo de esa época, que aullaba, rojo en la cara, en el patio, junto con el perro tiñoso que le ladraba para declararse alegremente su compañero muy querido.

La madera de este parqué cruje bastante. Lado sonoro, por el que ensaya y vuelve a ensayar cómo dar los pasos de un jefe de oficina despierto y sin complejos. Pero cruje, como en la sala de espera de la escuela primaria: aquélla donde le tocó avanzar en profundidad, arrastrado por mamá, y presentarse juntos en esa otra sala sojuzgada desde el umbral por la mole del director. Había que explicar dónde él había aprendido la palabra 'yegua', la que papá esparcía con otros insultos sobre la cabeza de la mitad del sexo femenino, como si esas palabrotas hubiesen podido liquidar de hecho alguna docena de mujeres 'impías' como las tildaba mamá. Imprecaciones de su progenitor por haber vuelto la moda de la pollera más arriba de las rodillas. Y aunque papá sabía sacar provecho con miradas porfiadas; como cierta mañana, en el parque, donde había añadido la licencia de hacerle un guiño a una de verde edad, si él que espiaba vio lo que creyó ver. Fue cuando sintió despecho, como si de repente estuviesen en competencia dos machos para disputarse la presa. Hoy en cambio debe admitir que papá siempre estuvo más dentro del mundo, que él en cualquier tiempo. Y que las virtudes que papá tenía, eran de otra clase. O mejor, la verdad verdadera es que la virtud, referida al sexo, es siempre escuálida y contaminada por las mismas imágenes lúbricas que ella quisiera rechazar, todo por la fuerza ínsita en la hembra dirigida a tentar hasta los santos, por lo que en materia rige un collar de pecados que nunca se condenan del

todo con el debido convencimiento. Además enunciar esos pecados, no sólo no los derrota: los hace secretamente atractivos. Pintarlos feos tiene el efecto que en el momento de ponerle la cornisa a la figura torpe, aparezcan más gratos que nunca. Hay un dedito luzbélico de la naturaleza, que es la que pega el golpe traicionero. Y ya que está en tema, en lo relativo al sexto mandamiento, se dejará seducir en gran forma, sin aguardar el empujón del demonio, que, por tener tanta tarea, en estos tiempos, con pecados de esa clase, podría llegarle a deshora. La culpa será suya y sin atenuantes; o sea, placeres y responsabilidades conexas, a su exclusivo cargo. Por lo tanto un dulce o un agrio muy personales. Está hecho así. Cuando para contentar al teniente cura repetía las expresiones tajantes que aquél empleaba para infundirle aversión a las prostitutas, bajo cada una de esas palabrotas, que hacían brillar los ojos del clérigo, ocultaba el pellizco que al mismo tiempo y con gusto morboso él daba a esas infelices en los lugares más íntimos, reduciéndolas inclusive a una sola que para su imaginación las sintetizaba a todas. La lascivia en sí, provista de un cuerpo indefinible pero con un gran agujero donde introducir. . .

Desde hace un rato, a fuerza de pasear la vista por la habitación, revé cada cosa conocida bajo su primitivo aspecto, volviendo a sentir con cada una esa especie de alegría, o en cambio temor, de su primer encuentro con ella. Para mejor, aquí se añade vehemencia: es como si el parqué de hace unos momentos, los muebles y lo demás lo quisieran entusiasmar, en camino como parecen de adquirir más brillo y hasta hacerse cosas extraordinarias y maravillosas. Es que todo le está gustando con un placer en aumento, en este palacio real.

Esta historia de las apariencias que ciñen fuertemente al 'hombre iniciado', como decía el farmacéutico, la debe a ese señor quien en el pueblo pasaba por el de la decocción según el tipo de catarro, amén de sus clasificaciones auditivas llamadas a diferenciar un catarro de otro. Bastábale apoyar sus enormes orejas sobre el pecho del enfermo, si era varón, o hacerla hablar si era mujer (precaución ridícula hoy que el desnudo entero se afianza), para dar con el jarabe indicado. Pero lo que le interesa de esta rememoración, es lo que aquél opinaba de las apariencias. 'Comparar siempre; esto es, la última apariencia apartarla y volver sobre la precedente y del parangón quedarse con la más pegadiza'. O del mismo alquimista cuando resolvía retirarse de un diálogo con una estela de misterio, la otra frase: 'Lo existente es apariencia en la superficie de otras apariencias, pues, profundizando, son estratos sobre estratos y por lo tanto apariencia arriba y otra distinta, a veces abiertamente distinta, en lo más remoto que pueda alcanzarse'. Charlas y recuerdos para una vasija y una decantación.

Pues como jefe, vuelta la espalda, necesita con urgencia librarse de dolores filosóficos y aplastar los sufrimientos morales sentidos en el pasado, por ser todo ello infectante y que hace perder lo demás. De la tristeza, madeja difícil de desenrollar, sin permitirle la parte de dueña de él por horas enteras, guardará una porción para su uso. Podrá servirle de resguardo cuando el alma

esté por caerle en las mallas del yo excesivo y contraproducente. Porque un momento de repliegue hecho de pura tristeza, es consuelo reivindicante, de cierta entidad. Tristeza y alegría, dos caras de una medalla. Fuera de que sentirse triste por un rato, al igual que estar alegre por cierto tiempo, es salir renovado, reglamentado como problema y dirigido hacia otras vías donde ver y aprender cada vez un poco más. . .

Combatirá sin embargo al Andriolli agorero por sistema, respecto de sí mismo; por más que la desdicha y los percances son de algún modo consustanciales con su propia índole. Y justo para un Andriolli diferente; reconstruido tal vez en la forma de un mosaico con lo antiguo bueno aún para empleo (aunque la unión, con los agregados que le exija el cargo, resultase debilucha); quiere recoger el desafío de mamá. Cuando, arrancándolo del juego a la escondida que tanto le gustaba, y en el momento en que había terminado de contar para en seguida salir a buscar a los demás, le gritó: 'Vergüenza debiera darte, zanganote. Eres ya demasiado viejo para seguir haciendo el niño'. Pinchazo algo traicionero, que lo hirió profundamente pues antes de ese reproche duro, por su parte no había advertido aún la separación producida entre la última infancia y la nueva condición que la estaba sustituyendo sin aviso. Y en verdad, la neta división, realmente total y absoluta, no existe todavía. En efecto, a solas, en especial cuando tiene la cabeza hundida en la almohada, sueña con delicia en quimeras de una factura no muy distinta de los castillos en el aire con los que fantaseaba a los doce años. ¿Pero sería posible seguir firme con la vida, de no haber este refugio de los castillos en el aire? Para él son casi los de entonces; para otros serán ilusiones enmascaradas, de alcanzar el gobierno de medio mundo o de contar muchos dólares. Pero, fuere como fuere, sólo las quimeras ayudan a proseguir: ellas mucho más que el puro razonamiento. Por lo que haber llegado a jefe, está muy bien; pero pretender cambiar la naturaleza ingenua del hombre (tal el triste ejemplo de quien calza coturnos y declama en sociedad, iluso de la parte asumida en la vida real), en ese tan común error no caerá Andriolli. Lo que hará, respecto de su pasado, será como siempre pero en una más vivaz interpretación. Conservará en cambio para sí, en lo posible, al Andriolli que conoce o cree conocer. O sea el traje no lo hará el hazmerreír del traje. ¿O no ve a muchos, reducidos por el auto a hazmerreír del auto? Pues nadie venga a querer negarle que a la postre, rasca y rasca. . . bajo los oropeles uno no sea el mismo que en la pieza de baño: hombre en cueros que de pronto, cansado de su escualidez corporal, del frío en los tuétanos, de su vello, de los cojinetes de grasa y de ciertas ridiculeces en el trazado natural de su físico, se echa encima un traje adecuado y por varias horas convencionales es el terrateniente zutano o el juez Carletti o el sabelotodo de la calle de Las Chinches. Sí, señores empleados, disfrazados y nada más; pues en lo estable y firme se es tan sólo un animal racional, ambos términos ni siquiera bien parejos. Lo restante es simple bordado, que vale para la circunstancia o para el capricho de la época.

¿O no sabe él, que un ilustre alborotapueblos, nacido ayer hubiese sido un simple fatuo que hubiera hecho sonreír? Así defectos y virtudes son harina del mismo costal: cambia tan solo el grado, entre el grande de los grandes y la madre de Andriolli, una campesina envejecida (sin embargo con méritos más que suficientes).

Para hacer bien la nueva parte, le es indispensable 'andriolar' menos, o sea hacerse una cara para comportarse no con palabras vacilantes sino con hechos desprejuiciados. Y suscitar la presunción de un tipo granítico, capaz de llegar a la violencia: como le corresponde a un jefe de oficina de raza y no sólo de pleno derecho. O sea, jactancioso cuando yerre y que sepa arrogarse la condición de depositario de la verdad. Perder su vieja vergüenza; si bien en privado le tocará después sentirla por un tiempo y como propio atributo; rehuyendo con impudicia toda honorable aceptación ante los demás de la propia culpa o del propio error. El único inconveniente para este lado del programa, es que los de aquí dentro lo conocen con el otro traje, aunque lo compensa su tradicional reserva en todo tiempo, por la que siempre dio menos de sí que ellos de lo propio. En suma, adoptar el descaro y mantenerlo frente a ojos acusadores o tan solo escépticos o burlones, no será obra fácil. De cualquier modo, de llegarle a faltar fuerzas, tras una enconada resistencia en la que haya jugado todo el Andriolli en sus manos, ceder por lo menos dignamente. Pero también con alguna levantada, para que vean que no es rendición sino la filosofía práctica del león cuando da media vuelta y evita la lucha; y nunca la lamentable aflojada de un rey en vías de abdicar. Por enormes que sean las dificultades, jamás abdicará, ni siquiera si en la pelea haya quedado con el manto agujereado por los tiros (dialécticos obviamente). A solas, en cambio, podrá abdicar como el que llora para deshacerse de penas, pero a la vez se seca los ojos y vuelto a la sonrisa por saber recobrar la confianza en sí mismo, se inserta de nuevo en el desfile diario y afortunadamente lábil de memoria, olvida esas lágrimas de un llanto esencial y no excluye que es hombre feliz por tramos breves.

Es que desnudo delante del espejo y conforme hasta de su fealdad física como de un don de finalidad misteriosa, tratará de programar todo lo cómodo para sí. Luego nada ha cambiado, aunque una parte del día la entregará, en mayor cuantía que como empleadito, a reglas más presuntuosas y a mitos más complejos, subiendo, con esa mayor coparticipación, varios escalones de la vida civil. La diferencia, en definitiva, entre esta actitud tan asentada en él de quedar con una libertad salvaje, lo que siempre le demandó una renuncia enfermiza; y este pasar, con la cabeza bien erguida, a depender de normas sancionadas y por ende a la encarnación de un tipo prescripto, durante ocho horas cada jornada. Diferencia que acepta, sin ganas de otros comentarios. Pues en las dieciséis restantes, podrá muy bien volver a ser el viejo Andriolli ante alguna necesidad interior de 'andriolar', aunque tendrá que acontecer que finalmente consiga romper con el pasado y en una fase escindi-

da de la anterior, logre emborracharse con los vinos y los licorcitos que algunos saben extraer del vivir. Él, por lo menos, emborracharse principalmente de mujeres.

El programa, en este ínterin se ha ido esbozando en su cabeza y es factible. Con la condición de que eche a un lado la mala suerte y ellos sepan sacarse de encima a ese Andriolli acostumbrado, falto de sentido común: como cuando al asentar los números en los libros y papeles vertía en ellos los dolores que frecuentemente asoman en su almita tan solitaria, y ésta, entre suya y no suya, irrumpía hecha tan solo de congoja. No; no le será fácil deshacerse de esas fases. . . Almita que recoge los males pequeños y los grandes y se los clava en la parte viva de sí misma. De entrada, en cada caso, para quedar mansa y resignada; pero en cierto momento, acosarlo o hacer de él el crítico feroz de sí mismo, con imputaciones que significan achacarse los gañidos de la gente cuando, por alguna incoherencia de la vida, algunos vagabundean, como perros golpeados, por las calles. O tratarlo de responsable de la lluvia que además de caer pensativa ella también, toca los vidrios con rumor de nudillos; o del absurdo del contenido de la página que el sueño le retira noche tras noche de sus 'rodillas-atril'; o la ilogicidad de cuanto, agradable, temible o torcido le acontece, o simplemente acontece y contra el cual, como si fuera obligación suya hallarle remedio, con un sentido de culpa propia quisiera tener millares de brazos y millares de bolsas de monedas de oro para borrarlo. Pues bien, a este Andriolli falsamente imputado por Andriolli acusador, en adelante le cortará las salidas. Definitivamente. ¡Basta de culparse como si fuera la concausa de todo mal; o si le es manifiestamente extraño, igualmente reo por no saber ponerle fin! ¡Absurdidad de un alma absurda!

Todo muy allanado si realmente conseguirá un corazón constantemente en la boca por la suerte de la empresa; no por iniciativa propia sino como reverso de las prescripciones de las que pasa a depender. ¿No lo dijo anoche el Sr. Páoli? 'La Firma, se lo grabe en las neuronas si quiere jubilarse todavía en el cargo. . . jamás está satisfecha de sus ingresos al estar concebida como instrumento para lograr utilidades hasta un límite que teóricamente puede recaer en todos los dineros salidos de la casa de moneda, además de los tesoros sepultados aún en las profundidades de la madre tierra y del mar, o todavía a recoger del aire. . . 'Efectivamente es como el rico que mira el sobre con el sueldo, en manos del obrero, cuando el pobre está buscando su bolsillo interior para ocultarlo. Se lo arrancaría; no por avaricia sino por sentirse en deber de engrosar la cuenta bancaria de su empresa. Obsesión por cifras y cifras; no por un hermoso capital respirante como lo es una cabaña formada de seres inteligentes, con ojos para dirigir al propietario, o por un pinar sin confines casi y con pájaros y perfume de resinas y piñas. Números. . . es decir ni siquiera la pila de lingotes de oro reluciente, donde verse reflejados los dedos, y para saludar cada noche, en las horas pequeñas, con dichos de amigo íntimo. Él tendría como prevaleciente lo que abra paso a una calurosa relación. ¡No cifras

heladas!

Divagaciones, divagaciones. . . que por fuerza debe dejar para después. Corresponde tomar noticia de la novedad en acción: se halla instalado en la curul en la que ha subido distraído, con la suerte de haber encontrado por casualidad la manera artificial pero efectiva, de tocar en el suelo con todo el pie derecho sin torcerse demasiado visiblemente; ni riesgo de deslizarse con el cuerpo muy hacia abajo. El recurso no tiene que preocuparlo si basta para engañar el ojo de quien entra por la puerta, desde el pasillo y lo ve en la cátedra. Y de haber un precio a pagar, es mínimo. Eso sí. . . cuidar la forma de conservar la posición lograda, con un poco de habilidad; sin olvidar que un problema parecido, según ya se lo dijo a sí mismo, lo habrá tenido Napoleón. (¿Lo tuvo? Sus nociones de historia no alcanzan para responder con fundamento).

El que está en la pieza es Malacarne. Por haber pasado aquí más de veinte años, siempre con el cuello alto y ceñido. Y en las horas celestinas. . . a hacer el amor con el cuerpo todo desnudo. Está a sus espaldas, detrás de la curul. Bien lo sabe y le provoca un temblor en los riñones: el mismo de cuando empieza a nevar y los copos parecen deslizarse a lo largo del espinazo. Se recoge en su ropa, como para defensa. Como si estuviera por tocarlo sin frío animal pero dedos helados e inmateriales, de fantasma. Su condición se está haciendo incómoda: hace unos instantes, al olerse las manos apoyadas sobre el borde del escritorio, ambas tenían olor a úrea, tal vez proveniente de orinas de microbios aplastados por sus pulpejos al apretar éstos contra la madera. Que este muerto se quede mejor en su nicho. Y si tiene el alma, como cabe suponerlo, en alguna sima del infierno. . . no trate de compartir su pena eterna.

De la calle suben, ahora que aguza el oído, palabras confusas, entre las que, como si se desarrollara una manifestación, un grito ahogado; tal vez por alguna represión conducida por guardias pretorianas y que parecería expresar: 'Ha muerto el rey, ¡viva el rey nuevo!' Hermosas palabras y bien a tiempo, si fuesen creíbles. Pero aun prescindiendo de ellas, ¿de qué manera detrás de la curul puede reaparecer el predecesor. . . no siendo Andriolli culpable de usurpación?

Por desgracia su pasado él lo tendrá siempre entre los pies. . . y para pincharlo con malignidad o intención de burla. Es cuestión de su viejo oído, conservador obstinado, ese absurdo '¡viva el rey nuevo!' Como si entre él y Malacarne, se pudiese hablar de sucesión monárquica. . .

Son en cambio innegables, por lo que oye, el arrastre de pies, las voces ahogadas y las risas contenidas; junto con ruidos de muebles tironeados o quizá amontonados para barricadas hacia el lado de la salida al exterior. Los súbditos preparan el magnicidio. Seguirá indiferente: se apaciguarán solitos. Lo que interesa es la coincidencia iniciada con Malacarne. El espíritu empleado por el tipo durante su reinado, de agresor sistemático ante el primer viento

de fronda. . . es para copiarlo desde ahora y **ad litteram.**

Esta vez tira tan acertado que cede el cajón y puede quitarlo. En su fondo, al que no había llegado con el ojo, hay un cabo de la famosa vela que, según explicaba, le servía para dar sombras seductoras a las hembras, en el curso de los ritos nocturnos. Halla también un trozo del célebre lápiz azul, con el que escribía las cartitas encendidas que causaban finalmente la caída de las virtudes femeninas más inaccesibles. El azul le recuerda el livor especial de las mejillas de ese hombre, durante la enfermedad que rápidamente se lo llevó; sobre todo en su último día de vida. ¡Qué diferente de los carrillos regordetes y enrojecidos de los bellos tiempos! La cabeza lo vuelve al mes de verano del año último, cuando era aún floreciente y reinante. Está en esta pieza, se apoya en el escritorio y permanece a la expectativa. Acaba de darle un fuerte lavado de cabeza a los varones de la oficina; también esta vez, comprendiendo en la cuenta los errores de las empleadas pues según afirma son culpa del hombre por no haber sabido enamorarlas, la única manera, insiste con énfasis, 'de obtener todos los frutos de la huerta mujeril'. Los ha regañado sin consideración, quizá por no tener cómo zamarrear su perro que tal vez le haya cometido algún destrozo. Pues hace de ordinario como un jefe de policía: reprochar con más furia cuando en algún otro lado ha perdido una escaramuza. Fuera de que para él, contaba la sacudida periódica. Y como pretexto, le servía cualquier insignificacia.

Como esta espera de Malacarne tras la filípica, no es correspondida, pues los empleados esta vez se callan y varios están absorbidos por otros pensamientos, irritado por la misma mosca que desde unos minutos le gira alrededor de la cara, grita: 'Demasiada temperatura, demasiado encierro como para no creer que este díptero vulgar no ande alzado'. Pero al adivinar algún pensamiento socarrón en la cabeza de alguno de los presentes, se apresuró a aclarar: 'No calientes por mí, es obvio'. Y en seguida, maltratándolos, injuriándolos, con aire de querer arrojar a todos a empellones, arrancó con otra larga y retorcida deposición natural acerca de sus propios naturales desahogos.'Sin prisa alguna. . . hay otro santo trabajo para un jefe que tiene la mala ventura de ser hombre lindo', agregó a la extensa introducción, sin preocuparse del aspecto ficticio de empleados que estuvieran rindiendo cuentas delante de un superior, de aquellos a quienes se dirige en particular. 'Sin tener un serrallo, soy uno de los tantos. . .', se preparó con una pausa afectada a largar una gruesa cifra para que se le creyese más fácilmente, 'de los millares que, cual verdaderos sultanes de Occidente, ejercen a tontas y locas la profesión de polígamo'. Y en seguida, con cierto desdén, se explicó con más palabras que otras veces, respecto del mismo tema. 'Sin embargo', prosiguió, 'para evitarles la pregunta chismosa', y se paró para encontrar las palabras adecuadas que siempre era como si las escogiese de una bandeja delante de sus ojos, 'me considero un libertador de mujeres a través de una obra que, salvadas las inevitables diferencias, se asemeja a una colonización. . . Por otra parte, las muchachas ingen-

tes que me sirven de bocado, en cuanto a geografía corpórea son variadas como algunos países lejanos. Por lo que tras la mera conquista, hay que saber explorarlas a fin de que al conocer el alcance de sus secretos dones, estén pronto en condiciones de aspirar a su independencia definitiva del prejuicio'.

O en otra oportunidad, cuando dijo: 'Por cierto que envidio a quien en Roma, en los jardines, no envejecía jamás y con ese apéndice monstruoso asustaba a los ladrones'. Y rezongando, tras un respiro, continuó: 'Señores, el placer, es sabido, está perchado en cada rellano de una escalera conocida pero que nunca se aprende a subirla. Escalera etérea, si te has detenido, sin intentar seguir tras el primer tramo; pero que se vuelve larga y empinada si, sin reposar, emprendes el segundo; e imposible, casi vertical, si pretendes trepar por el tercero. A menos que recorras todo el trazado, escalón por escalón, y te tomes el tiempo para hacer de una tarde una misma cosa con la noche y quién sabe con la media mañana ulterior, tras haberte resignado a pasos enteros hacia arriba y medios pasos como retroceso inevitable. ¡Amor ladrón! En efecto, pregunto... ¿si por lo que aprecio ella no quiere trepadas seguidas, por qué como compensación Natura no nos aumenta el placer en intensidad? Nos deja apenas una antorcha, que tras el primer incendio se apaga a menudo por entero'. Todos comprendieron las analogías, pero en seguida quedaron frustrados al perder lo que por primera vez pareció una admisión, cuando Malacarne cortó secamente: 'Les he indicado a los vencidos por la escalera fatigosa, pero no pertenezco a ellos a menos que pensemos en mis años venideros. Presente y porvenir, dos gigantes que se aprontan para luchar tomándome como campo de batalla. Si bien el futuro sea siempre invencible decadencia respecto del pasado'. Y ya fuera de lo genérico y tocándose el pecho gritó: 'En cuanto a mi soltura para subirla hasta el tercero, antes de la puesta del sol, o el alba, según la hora de comienzo, merezco ser asentado en los libros científicos. ¡Toro y león juntos! A la vejez llegaré pues, más tarde que la mayoría, hoy que muchos jóvenes quedan paralizados a la mitad del primer tramo. ¡Cobardes!'

Y finalmente cuando destacó: 'Las novelas rosa no me rejuvenecerán' el espíritu. Y lo que cuenta es sólo él. Porque sin espíritu y favorecido de las maneras que hayan sido brindadas a cada uno por el propio destino... somos exclusivamente materia. Y en mi modesta opinión, si en el recipiente puesto sobre el cuello de cada uno, sólo hay arcilla que hierve... somos ollas en el fuego y nada más. Ni Dante ni Miguel Ángel. Quede entonces aclarado, que un ente como yo... por esta ansiedad que me fue adjudicada de derribar virtudes femeninas... no es un toro en celo. Es el alma compleja que me siento adentro, que cuando comete estropicios es porque en ella hierven juntos la vanidad, el egoísmo, el afecto por la vida y sus creaturas, el instinto de sobrevivencia, pero por encima de todo un sentimiento que no sé nombrar, que para mí es puro como la castidad casta. ¡Pues es una llama y la llama siempre es incorrupta!'

Repone en su lugar el cajón. Y echa a un lado, dentro de su mente, el muestrario de frases de Malacarne, que en esta media hora de inactividad se le ha abierto delante todo de una vez. Frases que ha odiado y a la vez admirado, por su temeraria apología del mal: mal de un jaranero, mal que no causa demasiado mal y regala placer a quien lo comete. Mal que ilusiona, estimula, no es sancionado por el código, es tolerado por las costumbres, envidiado e inclusive, a menudo, celebrado.

Por su lado, abrazado ya a esta hora el cargo (cargado hasta el borde de bellas promesas. . .), está a salvo en cuanto a todo lo objetable en el asunto de su ascenso, si toma a su favor la filosofía de Malacarne. Pero. . . del mal suyo o en general, asumirá tan solo el mal bueno, el mal delicado y sin egoísmo (no fáciles, lo acepta, de identificar); el mal dispuesto a retirarse si puede provocar llantos o entristecer un alma. En suma, el mal de Andriolli será el mal honesto. Y en caso de duda, antes la honestidad intransigente y después, el mal benigno. Por lo que frente a tanta diferencia saludable entre él y Malacarne, a este señor lo apartará netamente de su vida. Nada tiene que hacer ese ex tipo aquí dentro. Está resuelto a ocupar la pieza solo, sin sobresaltos (por lo demás absurdos para una lógica elemental y ridículos para un espíritu escéptico como el suyo. Un muerto, debe seguir siéndolo hasta convertirse en polvo).

Las frases, además, se las armara él; incluidas las necesarias para **épater** a estos **bourgeois** que, en este preciso momento, más allá de esta puerta que los enfrenta, han de estar procurando algo detestable, a juzgar por los ruidos y las voces apagadas que le llegan en aumento. Repara en ello ahora, pues no hace mucho, la Torcida, aprovechando que para no sentirse encerrado había descargado la cerradura, entró y le ocupó el escritorio con un montón de letras, acompañadas con la pertinente documentación e incluyendo, tal vez para embarullarlo, papelería relacionada muy lejanamente en virtud de un parentesco que en lo contable no interesa (contabilidad no es genealogía). Es el anuncio sutil de cuanto lo espera por años: permanecer sentado en esta curul, asiento extravagante que por más que ensaye no le permite apoyar enteramente ambas suelas por mucho tiempo.

No suceda que la designación le comporte en forma aproximada, una vuelta al banco del cuarto año de la primaria, con las piernitas colgadas en el aire, a sumar, dividir, etc. La edad alegre que le quitó ese brutal 'ya eres grande para siempre', que le aplicó mamá en la nuca, en la misma forma ruda como se mata un buey sin previo aviso. ¿O lo han cancelado ese tiempo, que llegó por algún rebrote hasta a flirtear con los diecisiete, estos treinta y cinco de ahora? Tiene sus dudas, ante ciertas arremetidas. Fuere como fuere, resabios de su adolescencia no vayan a jugar en el futuro con el efecto de aplacarlo excesivamente o condicionarlo tan solo a sentimientos buenos. Se asome esa edad, en todo caso, apenas para brindarle un baño periódico de poesía, quizá hasta ingenua, pero por lo menos desinfectante. Y en general, lo que de

sus diversas edades resulte para las conveniencias de este nuevo tiempo elemento negativo, tan luego sea manifiesto se lo echará de encima a la carrera. Lo que en cambio facilite la responsabilidad que acaba de tomar sobre sí, lo acogerá a ojos doblemente cerrados, pues de lo contrario no podría conservar la jefatura ni por una semana.

En cuanto a la responsabilidad profesional estricta, es grosso modo, la responsabilidad anterior: principalmente aritmética, que por lo mismo ya tuvo sobre sus hombros como soldado raso. Ayer cuentas suyas y ahora las cuentas de ellos. Por sus manos pasarán las mismas caras de números, asentados en papel por todo el alumnado. 'Niños', hubieran podido decir hace media hora los dos consejeros dándole vuelta al género de sus discursitos para el lado real, prescindiendo de la forma y optando por la sustancia. . . 'desde que las cuatro operaciones que les encargamos son útiles a nuestra Firma, cae el telón sobre la primaria y cada uno de ustedes actúa en el escenario como partícipe en la obra creadora'. Y los presentes hubieran podido contestarles: 'Nos imponéis el lado práctico del vivir: o asumir la parte que se nos asigna, obedientemente y según vuestro programa, o morirnos de hambre. Y bien, hace mucho que fuimos notificados que el juego había concluido, reemplazado por la prescripción de una serie de movimientos encaminados a una finalidad rentable. . . Trazada la sutil diferencia, si a través del acto de trabajar alguien continúa para sí el juego excluido brutalmente, ¿qué os importa, señores de la empleadora, si no decrece la cantidad de beneficios que ella espera para sus bolsillos?'

Por suerte, una mina, su yo; en la que siempre encuentra material apto para cualquier representación a que sea llamado. Con más razón ahora, que el optimismo le está prescripto cual deber inherente a su nuevo estado. Sabrá pues tener el ánimo levantado en las aparentes adversidades que acompañarán la jefatura; sobre todo cuando provengan de mala interpretación del papel que se le ha adjudicado, por no tener él conciencia activa de que gran parte de lo serio y de lo solemne conferidos a ciertos aspectos de la vida social (incluidos algunos condicionamientos a que se halla sujeto el ejercicio de un cargo para ser reconocido como aceptable), es 'bambolla', como no se hartaba de repetirlo Malacarne. Los escépticos lo demuestran. Y en las cosas importantes hay tanta que, tocadas en el punto exacto dan un sonido hueco apenas se emplea el martillito crítico; por lo que será aquí dentro el jefe formal en los gestos y en el ceño, pero a su cabeza frecuentemente le dejará recorrer en libertad los prados. En suma, si como dependiente nadie pudo impedirle las evasiones mientras cumplía el deber (como el que la escuela le daba para hacer en la casa) y si era necesario su alma llamada a colaborar se ponía en la tarea para reencauzarlo si la acción propia había caído en un estado de deriva; ahora que puede cerrar la puerta de una cueva tan personal y hacer su antojo, la empresa tendrá a un jefe aceptable pero que revoloteará a menudo en sitios distantes, como el águila soberana. Burócrata pegado a simples números

exclusivamente, no lo fue antes, ni lo será. No es un buey regido por el pesebre: tiene un cielo arriba de su cabeza y un horizonte delante que le ofrece una inmensa extensión de aire libre, que tampoco hoy reconocerá como privativa de pájaros y margaritas. Sería entregarse al aburrimiento de días iguales y 'contables' (adjetivación suya que siente llegarle a las vísceras).

Todo bello y bien argumentado. . . pero ¿no tendrá una recaída en el pasado paralizante o por lo menos fugaces recaídas periódicas? Sí y no. Por de pronto, el tedio liso y llano y la negación de los valores que juntándose entre sí forman el optimismo. . . no tendrán más demasiada cabida en su mundo personal, si, como lo espera, éste se ensanchará cada día, tanto dentro como fuera de sí. De cualquier modo, por precaución todo lo que pueda cambiarlo en melancólico estable, de dejarlo desarrollarse en las profundidades del alma, lo ahogará de entrada inclusive usando la tozudez en declararse alegre y satisfecho, sin serlo quizá. En suma, hacerse de algunos sentimientos y estados de ánimo, la idea de su obsolescencia y librarse de ellos apenas fastidien a un jefe obligado a convertirse sin tardanza en capitán de navegación y por el oleaje que pueda encontrar a nivel, en lobo de mar. Echar pues en un gran canasto sobrantes personales, como cuando al mudar de casa se deja lo superfluo.

El propio Malacarne obtuvo la reducción de todos los problemas que se le fueron presentando, esforzándose por acomodarlos en ese gran bulto pero muy manejable para él, de sus amores, ya que se lo veía tan liviano sobre sus hombros; y sea que estuviese realmente o sólo por obra de imaginación, enredado en tanto comercio carnal. El recurso suyo en cambio consistirá en mirar ensimismado pero con firmeza, por la ventana, como una declaración de libertad. En esos instantes el resto no valdrá nada. O sea, se doblará Andriolli externo, en medio como se hallará de las trabas convencionales, pero será imbatible Andriolli íntimo. Obviamente tendrá que asegurar la incolumidad de este último, pues será más real que el que actúe con la sola vestimenta de un empleado más.

¿Pero qué comporta volver tan frecuente hoy, al sultán de Occidente? Andriolli debe lograr una originalidad propia al ciento por ciento. O parecerá una inquietante prolongación de un muerto.

Inicia por el mismo motivo y con entusiasmo, la redistribución de los muebles, el primer paso para mudar el aspecto de la habitación. Pero de mayor peso será un color dominante más vivaz, por lo que la hará repintar de punta a punta. Su primer tira y afloja con la empresa, o mejor con los ogros de la oficina de suministros. Pero confía en obtenerlo: ostenta la fuerza del benjamín, como acontece al principio. En cambio transcurridos varios meses y peor aún tras algún año, se es gradualmente menos, como le sucede al cura que envejece, enfrentado al obispo. La ley es rígida: o consigue de los paniaguados de esa oficina todo de entrada, o perderá el tren del progreso. Él en cambio quiere viajar en primera. Escogerá el verde para las paredes para sorprender al visi-

tante y a los empleados, y marcar el confín con el pastiche heredado; pues la sucesión la acepta en cuanto a los bienes, lisa y llanamente, pero respecto de las ideas, con el beneficio del inventario. . .

De nuevo a la obra, sin más remilgos cambia de lugar las cuatro butaquitas sustrayéndolas a ese empujón hacia los cuatro rincones de la pieza cual si las relegaran allí las manos cadavéricas de Malacarne. Las reúne en el centro, ubicándolas como si conversaran entre sí. Remueve también el escritorio y, tras varias pruebas para una mejor perspectiva dominante desde distintos puntos salientes de observación, lo sitúa para que enfrente, en posición horizontal perfecta, casi encimado a la pared opuesta a la entrada desde el pasillo, justo este último. Es más satisfactorio para el ojo en parangón con la anterior posición añosa en diagonal, que el obstinado escogió así de oblicua, para someterse a la puerta vidriera hacia el balcón en sus explosiones lumínicas sólo faltantes en jornadas de cielo muy cubierto. Luz que por llegar sin moderación, fastidia al que lee y no simplemente habla de amores. Y ya como ventaja, con el cambio los objetos que cubren el mueble adquieren más resalto al no ser embestidos con tanta fuerza.

Tampoco corresponde guardar para tales objetos, el orden que ha conservado hasta hoy el viejo de la limpieza complementaria. Él, que mañana tras mañana, pasaba el plumero sobre todo eso, para que a las diez y cuarto, la hora augusta de llegada del monarca, todo estuviese en su exacto lugar y con la mejor apariencia. En especial, acabar con la manía de Malacarne de tener allí arriba una ciudad distribuida según un plan regulador; como si el tintero fuese una torre, la lámpara la cobertura convexa de un observatorio, la carpeta un parque, el vaso de las plumas un bosquecillo alegre; y el pisapapeles, el sellador, el cortapapeles y demás útiles, estrambóticos componentes de esa urbe a la manera de un escritorio bien cuidado. Y para marcar, de su parte, mejor la diferencia con ese voluntarioso, ahora despuebla sin miedo echando cosas en los cajones, a la vez que conserva sobre la mesa tan solo lo indispensable aunque mudándolo de sitio.

De la pared; que con la nueva posición del escritorio respalda, casi tocándole los hombros, al que está en la curul; quita una reproducción de un Goya, aunque en seguida opta por dejarla colgada como estaba, pero al revés para que no se vea esa escena que siempre, observando desde el pasillo le pareció de tono subversivo. Lástima que el mero cartón gris de ese reverso, sin el marco suntuoso a la vista degrade la innovación. Pese a ello, peor deponer el cuadro y dejar ese agujero antiestético.

Afronta en la pieza otros cambios, dentro de los límites que le impone el no poder tirar nada por la ventana o emprenderla a martillazos con alguna cosa por asociársele con un mal recuerdo, sin contar lo que está solicitando las manos acogedoras de un ropavejero. Pero el resultado final no le cae bien. Adelanta más el escritorio hacia la puerta de salida, para no aparecer como un confinado, pues la pieza, aunque cuadrada, por el espacio útil que deja el mo-

blaje resulta en los hechos más larga que ancha. La sustracción del verde amarillo del Goya, agrava la visión de conjunto, por lo que restablece la litografía al statu quo ante. Lo mismo hace con otros elementos, feos pero indispensables en esta habitación colmada de adminículos y petits meubles. Si él tuviese las dotes de un mago, en lugar de este mercado persa, de un soplo grandote haría el sitio más amplio y de una sopladita, caer desde el cielo un escritorio macizo con una carpeta y muy poco más. Sobre todo, reemplazaría este tintero que figura una vulva. El poco más, quedaría reducido al vaso para los lápices y las plumas, y algún otro detalle. Y por fin, con una ráfaga, haría de sus subordinados, tipos amables de destacado gusto artístico y todos bellos físicamente. En esa habitación espartana, quedarían como conspicuos: él, sentado en la curul y una silla enfrente de ésta, para el empleado bajo preguntas. O sea el despacho de un Primer Ministro.

Desordena una vez más todo lo posible, dentro de las estrecheces de la lógica para no ser tomado por demente. Pero de nada vale su firmeza: quizá por acostumbramiento del ojo a ciertas convenciones tontas, aun con los retoques este nuevo orden suyo al que llega por fin, no es sustancialmente la cosa muy diferente que él quisiera. Trabaja por fuerza con lo disponible y todo queda dentro de los límites queridos por ese fulano omnipresente, omnisciente y omnipotente. Que sin embargo expulsará aun a riesgo de un choque violento con el espíritu (alguna noche en que tenga que quedarse aquí por alguna diferencia no aclarada) de tan angustiante individuo, que mejor estaría, para sí y para los demás, muerto del todo y desaparecido de la plaza.

Se aproxima a la puerta vidriera, la empuja y sale al balcón. Tiene recelo pero se asoma por la baranda: es la calle normal. Mira las casas de enfrente: son casas. Observa a los que pasan por las aceras: son peatones vistos desde arriba.

Vuelve adentro como si lo persiguieran. Pues de pronto ha sentido su torpe vergüenza, pero esta vez completamente absurda, por haberse tenido que presentar solo. Sin embargo hay una razón no deleznable en ese sentimiento que le perdura: si un rey bueno no escapa a la desconfianza que suscita tras tantos siglos de desviaciones la institución monárquica, está aún menos salvado un jefe reciente cuyo predecesor fue quizá visto, por curiosos al acecho o hasta involuntariamente, metido en operaciones poco decorosas, pues el exhibicionismo debía de seguro formar parte de sus excesos amatorios. Reacción suya, por pudor, no temor. Pero a la vez con un estremecimiento grato; como al ponerse desnudo bajo un chorro de agua veleidoso, de una ducha descompuesta; por ser reconocido por tantos ojos en la flagrante condición de jefe muy normal. Y con la apariencia de recién exaltado al cargo. Todo eso que se capta indefectiblemente por una serie de imponderables que denuncian la novedad, como un relámpago con un trueno. Debe con más razón vencer esta defección, por lo que, recogiendo toda su voluntad, vuelve al balcón por algún momento, con una cara dura y varonil y el mentón algo echado hacia adelante como desafío a los siglos (no es que su historia será recordada; tan solo, pen-

sar en los siglos le otorga más resolución: es todo).

Aquél, disoluto y él resuelto y terminante. Y no porque el tipo fuese incapaz de firmes propósitos, sino por no ser virtud lo que se posee sin fatiga. Él, su energía la desanida, o sea la tiene pero le cuesta hacerla rendir. Para Malacarne era el traje de todas las horas, por lo que no era mérito.

Retorna a la habitación como si acabasen de aplaudirlo y a la manera de un actor tras un sexto llamado al proscenio. Cualquier cosa piense Andriolli dubitativo, este Andriolli nuevo y con la cara de lata, está triunfando. Y muy pronto el que ocupará el balcón será un jefe experimentado y recubierto de señales de una vida de jarana.

Al recorrer los detalles de la pieza, tras ese paso por el podio con un halo de victorioso, le caen bajo su mirada los cambios de hace instantes en su intento de desalojar todo recuerdo de un prepotente. Trabajo perdido. El viejo sillón maltrecho repleto de papeles y objetos desde unos ocho meses, que él sólo ha trasladado, con todo en equilibrio, algo más a la derecha, así como ha quedado a contraluz despierta la idea de un regazo del que partan dos muslos libidinosos. . . Mudar o no mudar, no extirpa la marca en señal de propiedad. Propiedad del muerto, no suya. Cada cosa mantiene relaciones vivaces con los hechos amatorios de ese narrador y las imágenes que surgían de sus minuciosas rendiciones, reaparecen al primer estímulo. Claro que son brazos de sillas y no extremidades cárneas ardientes de impudicia. Pero lo importante es que Malacarne de nuevo está siendo llamado, como si esta habitación tuviese que continuar siendo de él por la eternidad. No soplar ni tirarse de los pelos. . . por ser una sobrevivencia explicable: desde esa noche; que fue la última, ya que tres horas después instalado en su casa tuvo el vómito de sangre que inició su enfermedad final; en esta pieza nadie ha venido para una concienzuda sacudida del polvo (frecuente y mala después del desenlace, y sucesivamente por tiempo cada vez más abreviado, hasta reducirse en estas últimas semanas a una limpieza simbólica pero cuidando ese viejo nostálgico de dejar el museo intacto). 'Cosas de las Mil y Una Noches. . . Cada aventura mía se desarrolla en medio de un orgasmo conjunto y simultáneo de todo lo que, en el mundo animal, vegetal o simplemente de la materia inerte, me circunda y circunda a mi cómplice necesaria en el momento sublime', había sido una de las frases más interesantes, como para pensar en ella; pronunciada también delante de los varones llamados expresamente. O sea que aquí todo se mueve todavía y ondula excitado, por el simple hecho de rememorar una mente, esos instantes. . .

Hay una fuerza, con absoluta evidencia, en las frases ligadas al sexo. No se escuchan para echarlas en saco roto u olvidarlas. Quedan esculpidas. Bien mirado, no es tanto ese hombre muerto quien mantiene todo eso en pie, sino la materia con que trabajaba en el desempeño de su magisterio.

El verbo trabajar. . . lo reclama para su deber. Tiene aún poco tiempo antes del desborde para el almuerzo, a las trece y quince, según la regla. La oficina

queda vacía, salvo el caso de quien por razones varias tenga que guardar ayuno. Apenas, tantos hambrientos, que ya una hora antes piensan seriamente en la barriga, se hayan retirado, será ocasión propicia para dar comienzo, en una ligera ejecución inicial, al ejercicio concreto de la jefatura. Lo que cuenta es que con sus piernas un buen tramo más cortas (para no decir como debiera, con ocho centímetros menos), el cuerpo suyo viviente perfecto, sustituya al otro ya sepultado. Todos vieron cómo el cajón fue bajado en la fosa y él mismo provocó un ruido sordo, y otro de monedas escapadas de un bolsillo roto al pasar por un parqué muy sonoro, por haber arrojado sobre esa tapa un puñado de tierra y piedritas. (De repente, como vio hacerlo en el pueblo y haberle saltado ese antojo como un grillo cambia de lugar. . .). ¡Pues entonces, que ese falso inmortal se vaya al diablo! Bien hizo el sepulturero al llenar el hueco remanente con esas paladas a los apuros y apisonar el sitio con el revés del utensilio, para un cierre más compacto. . .

Lo que ahora importa, no son los muertos hipermuertos. . . sino arrancar bien. Adivinar, al cumplir el primer acto de autoridad. En el Génesis, el movimiento creador se inició con un **fiat** y no se ha detenido desde entonces. Quién sabe en qué idioma. Y que cayó en medio de las tinieblas como un relámpago, haciendo brotar una catarata de luz; incluida quizá la que ahora atraviesa la puerta vidriera y le inunda esta pieza, pieza exclusivamente librada a su soberano disfrute.

CAPITULO III

Al atardecer del mismo día, cuando estaba entrando en la pensión en esa manera furtiva de siempre (lo turba tener que saludar o no, a fulano y zutano del vecindario), alguien, por atrás, lo tomó nerviosamente de un brazo. Se volvió irritado: ciertos desbordes no le agradan.

Era la señora Carletti: se le había puesto a las espaldas y ahora lo comprime con el cuerpo, por lo que, al girarse él de golpe, chocan tan tontamente que su nariz le roza a ella la frente, en el mismo instante que aparece, regocijada por el encontronazo, con una risita torpe y mirándolo divertida.

Lo había estado esperando oculta en un rincón del ingreso, a continuación del umbral. El hecho era muy extraño.

"Andriolli Jaime, tan solo Andriolli Jaime. . ." —le dijo juguetona, tras haberse ambos desatado de un segundo entrevero.

Pues por casualidad o intención de la mujer, al encaminarse por el corredor se habían vuelto a confundir hasta encontrarse medio abrazados.

"Un abrazo decidido por el destino. . . algo grosero y por el momento demasiado prematuro. . ." —rezongó ella— "Antes de avanzar más por el mal camino, buenas noches".

Le contestó con un simple 'noches'. Quiere salirse de esta mujerona. "Tenemos que hablar tendido. Lástima que..." —y ella se mostró vacilante.

El tono es desacostumbrado y al chal multicolor que tiene en una mano le hace describir idas y venidas delante de él, muy coquetonas. Luego, de repente, lo toma por la muñeca y quiere que la acompañe a algún lugar. Constreñido a ceder para evitar un escándalo, se deja conducir al huerto. Y por más que trate de sofocarlas, sus pisadas, al igual que las de ella, hacen crujir la arena y pueden llamar la atención a algún curioso. En efecto, rodeada la casa con peligro de ser vistos desde alguna ventana de un edificio próximo que domina los alrededores, han ingresado en el huerto ubicándose en la parte posterior de la pensión, o sea en el lado opuesto respecto de la calle por donde él ha vuelto a casa sin esperarse una novedad como ésta.

Siendo las veintiuna, lleno este lotecito de árboles frutales, en derredor todo está muy obscuro, por lo que en lugar de la de moverse entre plantas, la sensación es de hacerlo entre gruesos paraguas extendidos; además de alguna figura rara, como de tipos acurrucados para nada bueno. Pero cuando aparece entre las nubes, en un cielo bajo y lluvioso, que si él mira hacia arriba de tanto en tanto larga gotitas, la luna se ve algo siniestra, aunque en las fugaces pasa-

das blanquee fatigosamente los troncos, las ramas, las hojas y a medias el suelo. Y si la claridad se hace más conveniente, en los ojos de su acompañante reconoce una expresión más extraña que la de hace un rato al deslizarse ambos por delante del farol que facilita el acceso a este mal lugar.

Un manzano, en su vestimenta extravagante, parece quererlo interrogar como si él pudiese dar razones por qué un ciudadano y una casada tengan que venir aquí a estas horas.

La luna no escapa a una nube y ésta la cubre, por lo que para verse las caras y acabar de una vez, hay que acercarse.

"Apretaditos uno cerca del otro" —le recomendó ella, como si le hubiese leído ese pensamiento.

Y con el enorme pecho lo empuja, como si en esos senos confluyentes hacia abajo, además del pañuelo allí albergado y al que ya ha acudido, escondiese algo para entregarle.

Sabe únicamente que no comprende qué diablos desee esta mujer y ello lo aturde.

"Para que no nos vean. . ." —exhortó la Carletti— "¿No puede una mujer de bien tener discretamente un amigo en regla?".

Es imperioso quitarla de esa frase equívoca, siendo mujer con marido.

"No abuse demasiado de las palabras" —le replicó secamente.

"Me habré equivocado con el diccionario" —le contestó con un aire ligeramente socarrón— "Hubiera tenido que decirle. . . un conocido con acceso a una familiaridad razonable" —agregó ambigua.

Sacudió con atención sus hombros; luego suspiró tontamente. Y asiéndolo de nuevo del pulso y pinchándoselo con una uña, a la vez que con los labios finge que tenerlo sujeto le cuesta un gran esfuerzo, dice canturreando:

"Estoy contenta de estar contenta".

La mira mal, dándole a entender que preferiría no oír más nada.

"Sí, usemos el tú sin más prórrogas" —expresó ella con energía.

De parte suya, piensa en unos tú a la manera de un par de patadas. La mujer aparece absorta y por fin añade:

"Me enloquece contradecirte".

También esta otra entrada con el uso descarado del mismo pronombre, traduce cierto arrebato agresivo, como si ella tuviese entre las manos un deseo contenido con esfuerzo, de pegarle un cachetazo. Le contestaría con otro, y hasta con ganas ya en sus dedos o entre ellos, de palmearla en la cola con toda su rabia. . .

La Carletti volvió a hablar de sí misma, incluyendo detalles que era insulso revelarle.

Y como sigue mudo, continuó con malicia:

"Insisto en esta experiencia nueva que dispone de nosotros, o sea la de dos pasos míos hacia adelante y cuando me obligas, un pasito hacia atrás. Estoy convencida de que los sordos en cierto momento comprenden todo el senti-

miento que como agua cristalina guardo en mi corazón, grandote y charlatán. . . Escúchalo de cerca: trata de comprobar lo que te estoy confesando muy avergonzada. . .".

Y le prodigó la parte superior del busto, para que sintiera bien esos latidos. Luego, realmente incomprensible, profirió excitada:

"Así que a tu entender. . . te he traído para que ambos. . . como si fuéramos el perro y la perra. . . Eres tonto si lo cobijas en tu mente y precipitado si ya te lo auguras. . . Demuestras no tener experiencia amatoria, con una algo madura. . . algo más que una jovencita. Esta dueña que tienes delante, quien posee virtudes y defectos buenos. . .".

Se detuvo, inclinó la cara y la acomodó para recibir mejor la claridad de la luna, ahora que desde allá arriba asoma tan de repente. Lo hace para que él la mire; en efecto murmura:

"Dilo, dilo, pero te equivocas. . . que soy una vieja. Te ruego, échame una mirada de macho combatiente y emite tu voto con absoluta libertad. Después serás dueño de depredarme sea para bien o para mal. . .".

Finalmente él se siente con una jefatura:

"No opino nada. Diríjase en todo caso a su cónyuge" —replicó con firmeza— "Disculpe, tengo algo corporal que despachar en mi pieza. ¡Impostergable!".

Justo ante esas palabras, ella le dio un tirón en un brazo para atraerlo a su propia realidad: realidad torpe que se muestra resuelta a tenderle delante, tal vez para después obrar con él a medio vestir, en algún intento de satisfacer violentamente su calentura.

"¿Te inhibe alguna mancha íntima?" —y le planta la vista hacia el lado que él no descubre en público— "¿Temes que me jacte de haberte visto desnudo?" —y ese ojo volvió a recorrerlo descaradamente desde la cintura para abajo.

¿Pregunta para un hombre de parte de una casada? Por lo tanto no le contesta, ignorando, ahora que la luna está de nuevo escondida, si ella le ha visto la mala mirada que le ha echado por instinto de autodefensa.

" ¡Vamos, alegría, muchacho! ¿O me rechazas como madre sustituta? Ni soy anciana, ni tengo patas de gallo. Tampoco arrugas feas en mi vientre" —y se lo frotó por encima de la ropa levantándose por esos movimientos la línea inferior de la pollera— "Sí, libre de fealdades" —declaró sin vueltas— "Libre la parte solemne y lisa como un hermoso espejo. . . Lo sabes por mi boca, pues soy exclusivamente de mi marido. . . por lo menos hasta el campanazo de hoy contigo".

"Legítimo que sea un vientre únicamente marital" —rezongó él sin ser atendido.

Y rabioso, queda con la boca cerrada. Ella entonces, apartando unas ramas y mostrándose mejor, favorecida por mayor filtración de la luna oculta a medias antes de desaparecer de nuevo, prosigue enigmática:

"¿Y tú, a cartas descubiertas. . . qué propones? Habla con empuje; mis oídos

han sentido pedidos de la peor clase. . . por lo que puedes darte el gusto. Propone lo que consideres deber tuyo, en esta situación nuestra y para tu óptica".

Él piensa que la palabra 'deber' es ancha como ciertas mangas y que sólo Andriolli ha hecho siempre de la obligación moral algo de cuidado, traducido en una conducta ejemplar. Pero las acepciones de ahora en adelante tendrá que tomarlas del diccionario de la realidad, no de su sistema de viejas utopías personales. ¿Siendo así, qué hacer en este momento?

"¡Cómo habré de odiarte!" —le dijo ella empujándolo contra unos arbustos espinudos de los que él recibió un pinchazo vivaz en una pierna.

Y reanudó:

"Pensionistas, sobran. Si no me están ustedes agradecidos por mi misión humanitaria, váyanse todos. Si quedan conmigo, especialmente tú. . . es demostración de que algún afecto tienen hacia este artículo. . .".

Quedó pensativa; luego se volvió y en tono de mando:

"¿Admites que caigo bien? ¿Que soy querida? En primer lugar. . . como se quiere a una madre".

Se escapa la luz y las nubes entretendrán la luna el tiempo suficiente. . . Y ya que no se irán con seguridad, aun tan cerca de ella se alienta y le notifica:

"Sí; con la franqueza que quiere de mi parte. . . dentro de un mes o quién sabe días. . . y por razones de mi incumbencia, dejo hospedaje y comidas" —le disparó como con un fusil y a quemarropa.

"¿Motivos que no puedo conocer?"

"Tonterías personales. . . Además de una condición económica mejorada de pronto"

"¿Quieres dejarme nostálgica?".

Aunque no le notaba los rasgos de la cara, el modo era bien irónico. Luego, tras vacilar, ella le dijo:

"Para alojarte en mi corazón amante, tienes zapatos muy toscos. Dime, con las cenas magras que te aguardan en otros lados. ¿la boca que entreabres cuando estás durmiendo, la llenarás de luz de estrellas?" —preguntó entre burlona y desconfiada.

Que duerme boquiabierto lo decía mamá. ¿De dónde lo sabe ésta? Por fuerza tiene que pensar en algo de olor carovinesco. Tal vez esté actuando por cuenta de esa víbora, en algún plan siniestro.

"Nadie se va de esta pensión en forma misteriosa, hombrecito mío" —dijo amenazadora, dueña de sí misma y con ganas de serlo también de él.

El diminutivo le cayó muy mal y estuvo a punto de gritarle cualquier cosa; a costa de sumergirse en el hedor aún insistente y situado entre él, ella y un salpicado periódico, de colonia mezclada cada vez más con otras aguas sospechosas. Y pronto son frascos de perfumes, malos y buenos olores, volcados sobre esos brazos gesticulantes, esa cara abierta a un claro desafío y las prominencias de esta cosa en movimiento convulso; todo en una fetidez como sínte-

sis, que se vuelve hacia la cara de él. Por lo que se le satura su olfato de hombre, no de aparato construido tan solo para oler; y en el remolino en que está envuelto, ya nada le toca las mucosas neutras y como machacadas.
"¡Hacer, hombrecito, no soñar!".

Pareció tener dudas pero fue por un instante, pues siguió:
"¿Me comprendes todo?" —y se le viene encima— "Te lo pregunto tan derechamente porque yo misma ignoro qué espero de tu parte. . . Lo único concreto es que de esta casa no te vas. Tengo un derecho específico".

Lo tomó por el cuello, hizo presión y pareció quererlo estrangular.
"Repito, derecho específico".
"¿Cuál?" —balbuceó, desligándose con esfuerzo de ese apretón histérico a sus yugulares.
"Haberte dicho las estupideces de hace un rato. . . me obliga en defensa del honor de mi marido. Te jactarías injustamente".

Y por un arrebato que no se entendió si era una demostración efectiva de un sentimiento amoroso, o de odio, refregó rabiosa una mejilla suya contra la mejilla de él. Por su lado sintió asco del vello de la mujer y dio un salto hacia atrás.
"Mira que soy una granada: dura por fuera y con los granitos rojos y jugosos en el interior. . . Si eres esquivo. . ." —y se paró poco convencida— "no conseguirás el fruto de una planta frondosa".

Él, en esta planta de nuevo inclinada hacia su cara, descubre dos receptáculos oblongos, semejantes a higos enormes impregnados de agua después de una semana, como la última. . . de sol y lluvias. Acuosos como para no apoyarles los labios de un regalón como él.
"Aprende del animalote de mi marido. . . Si tuvieras mujer, te la quitaría. Lleva pantalones para la primera que encuentra en la calle. . . Me ha cansado. No es romántico sino carnal".

Se mordisqueó un dedo y agregó:
"Esta mañana, tras una pelea terrible, dijo que me dejaba para uso 'del virginal que tenemos en el cuartucho. . .' Desde esa provocación, me siento tuya".

Quedó aturdido. Luego, resolviéndose, empezó a recular muy despacio en procura de zafarse, a la vez que sonríe para frenarla. Pareciera que no advirtiese que se está yendo o lo dejase partir. Y al ver que hasta le retribuye su sonrisa, ahora que la luna es muy lisa y clara le descubre algo no del todo desagradable. La llamaría, por gratitud, un conjunto de partes inarmónicas pero aguantables. Lo que sucede es que cada uno tiene alternativas y dilemas que afrontar, ya para propio sufrimiento o el de otros y según una presión que se recibe de afuera. En suma le consta que la culpa última no es siempre de uno: es lo que ha de pasarle a ésta. Y si argumenta con serenidad, como las nubes en lo que le están haciendo a la luna, también ella, en sus maldades, puede ser instrumento de responsables ocultos detrás de bambalinas allá muy muy arriba. Los programadores de un destino o de una suerte individual, donde es-

tán previstos hasta los menores detalles sin que aun en el caso del hombre libre quede posibilidad de cambiar nada. . .

Sigue aproximándose a esta otra salida, que, por cierto laberinto, después de un trecho lleva por fin a la calle sin que se tenga que volver a pasar por la pensión.

Ya ha hecho sin réplicas un par de metros abundantes y ahora, a los pasitos ínfimos sustituye, siempre en la forma como se mueve el cangrejo, unos extralargos.

" ¡Párate!" —estalla ella de improviso.

Por temor de un grito sostenido, obedece. Ella le toca la cara un par de veces para comprobar si está afeitado.

"¿Quién es la de los telefonazos? Pues esta decisión mía contigo, es por mi marido y por esa callejera. Faltándote tu madre es mi obligación salvarte de la chantajista. Siete llamados en tres horas. Te veo un pajarillo de la estación invernal, lleno de frío y necesitado de un ilimitado sostén. Iré a tu cama esta noche, como una madre pero libre de restricciones".

Quedó pensativa, luego afirmó:

"Sé perfectamente que quiere emplearte una extorsión".

Se calló como si analizara y hablara consigo. Luego se le dirigió:

"O no hacer el papel de madre con uno más joven que yo. . . Puede caber, aunque parezca contradictorio, un sentimiento algo físico pero ejercido con prudencia. ¿O le tienes miedo a un amor discreto con este ejemplar de mujer robusta? No soy joven ni bella, pero ¿no valgo nada? No seas cegatón".

Él asumió un gesto de esfinge.

"¿Sordo o no, comprendes el fin verdadero no el aparente? ¿Qué te parece si en pleno desarrollo con la del teléfono. . . sale de un armario un presunto marido y con una pistola en tu sien te obliga a firmarle una letra?".

Lo miró agitada por su propia fantasía y siguió:

"¿Nada diferente, entre una persona bien y la aventurera que pesca al pececillo?".

"De cualquier modo, parto y los libro a ambos, señores Carletti, de mis vicios torpes en terreno amatorio" —dijo él frunciendo el entrecejo, estimulado a hacerse tan duro por esos llamados galantes, ya tácitamente confirmados y que lo convierten en un Malacarne cadete por ahora, pero con perspectivas de un muy buen generalato en el futuro.

"¿Respetas, santito mío, a esta mujer con un marido, perdiéndote en tu cabeza con cavilaciones torpes por la manera como va tomando arruguitas de sátiro esa cara tuya ya nada virginal?"

Sin contestarle, se limitó a pedir que por favor fuera más explícita en cuanto a los llamados de la desconocida.

"No sé representar por la voz una cara. . . En amor me estás resultando un hombre perezoso en los movimientos y esa calidad extra atrae a algunas mujeres".

¿Aludía a sí misma?
"Tu diferencia es que te veo tímido".

Se interrumpió enojada, por haber él sacudido los hombros. Después, serenándose, intenta fortuna con una sonrisa que a él le pide ostensiblemente una definición. Y como no le resulta tampoco ese gesto, lo mira en silencio pero respirando fuerte. Y por fin lo hiere con la uña en el labio superior diciéndole:
"Te he marcado. Cuidado. . ."
"¿Qué hace? Déjeme salir. . ." —y se apartó porque ahora lo hurgaba debajo de la camisa.

Ella se hizo una pava cuando levanta las plumas; y con los ojos turbios. La luna está entera, invitando testigos.
"No creerá que haya venido a entregarme a un ridículo. Me divierte ilusionar pero cuando llega la realidad diaria, ¡cuidado! soy como sería su madre. Pero por sus sonrisitas, queriéndome dar a entender que es un toro suelto que simplemente no tiene ganas esta vez. . . le pegaría un cazote en la cara. Por un enojo, se acuerda, le eché una cucharada de sal de más, en la sopa. Así le harán en otros lados".

Sí, ella está convencida de que los empleados a quienes llaman 'castrados alargaexpedientes', no son fuertes en las lides amorosas. Pensando en eso, levanta los hombros y aprieta los labios para no hablar.
"Antes que con Ud., con los dos estudiantes y hasta con el vigilante con un chirlo en la mejilla" —y se empezó a comer una uña como suele hacer cuando la invade un mal pensamiento.
"Ya no pertenezco a la infantería" —dijo por un antojo que le saltó.
"¿Soy para la infantería?" —preguntó ella indignada, por no haber entendido la candidez de su declaración.

La cólera de esta mujer le causa espanto.
"Aguarde, aguarde. . . señora del señor Carletti" —logró decirle con un principio de construcción regular, rabioso a la vez consigo por la forma estúpida de dirigírsele.

Pero como va dominando sus nervios y ya sigue con frases mejores, ella parece dispuesta a escucharlo. Luego de repente, llevándole por delante las palabras le pregunta:
¿Lo seguirá saludando a mi marido? ¿Con qué cara de lata?"

Se detiene para hacer rechinar los dientes en forma audible.

Son blancuzcos como en una calavera, las noches de verano tras las rejas del osario.
"¿Y si todo el expediente se lo pasamos a él?"

Tomado en tal forma sin sentido alguno, carece de respuestas para darle.

"Sabrá que me roza en el corredor y me mira en el escote, por lo que he tenido que resguardarme con esta mantilla en una noche de calor. La mujer siempre gana".

Lo tomó del cuello y le hizo sentir una uñada en el cuero cabelludo.
"Cálmese, Ud. sabe bien que la respeto" –imploró.
"Ya lo veo cómo se volverá con su forma bestial de pensar. Te quebrará un hueso importante".

Le dio un empellón y se encaminó a la casa. Pero antes de un par de metros se paró para decirle:
"Eres inmaculado"

El adjetivo era del pensionista Cayo, al aludir al aceite genuino.
"Conforme" –rezongó desde esa pequeña distancia– "te tomé el pelo desde el principio. Pero si fuese mujer fácil. . . ¿qué pensar de tu actitud? Ni un elogio para mi físico, mi espíritu o mi inteligencia. Para ti no valgo un comino. ¡Pues tienes que pagármela!" –y acercándose, le arañó la frente.

Esperó que sus nervios la dejaran y le advirtió:
"Una segunda marca. Mi déspota verá que me he defendido como una leona o una gatita" –y se desordenó el pelo para crear otra prueba.

Y fuera de las casillas, se apresuró por la vía interna hacia la casa.

Asustado por esas amenazas y los aportes complementarios de su propia mente, salió también, pero por el lado opuesto, el del laberinto antes de la calle. Y ya en la acera, primero camina a paso rápido, luego cada vez más a la carrera y muy pronto como un desbandado. Y aunque la prueba de velocidad no continúa por mucho tiempo, pues por prudencia opta por un trote y tan solo por algún hecho inesperado un galope, no se detiene para recobrar aliento. Y en tal estado de fiebre psicológica y con la brisa ajustada a sus oídos, simultáneamente cumple una desesperada carrera interior dándose dentro de su cabeza a una fuga o girando entre las espiras de un vértigo creado por su fantasía, por sentirse una polilla pálida y sujeta, que pía como un pájaro en una tormenta.

A la vez, en la calle misma sigue alejándose, a menudo corriendo de nuevo como al principio y por cortos tramos si no tiene a nadie a la redonda. Sospecha a ese marido a sus calcañares y siempre a punto de asirlo del saco, pero logrando él soltarse cada vez. Aunque la impresión vaya creciendo y asimilándose a un hecho realmente en desarrollo, tiene conciencia de que sólo es una ilusión que le camina al lado y lo agobia en esa forma, si bien al perseguidor se lo encuentra repetidamente encima de sí mismo o muy pegado a sus lomos, sin que nada de eso sea cierto.

De los varios Carletti reducidos a un solo en un mismo tipo, al que más tiene ahora en su mente mientras se aleja tan disperso, es al apodado 'patrón-consorte'. Pues la corona la lleva ella, ya que además de la función de 'madre' de los pensionistas debajo de los cuarenta y de 'mamá' de su marido Atanasio Carletti, cuando el machismo de éste da signos de acobardamiento es por un motivo único: en esa casa, a despecho de las apariencias contrarias, es siempre visible una forma larvada de matriarcado, a cargo obviamente de ella. De ahí la filosofía simple del marido: 'La virtud de mi Carlota es suya. No puedo te-

ner la pretensión de vestirla con mi pudor en sustitución del que le pertenece: en verano sería una vestimenta encima de su glorioso descote y se sentiría acalorada; y de invierno, no creo que dos pudores, uno sobre otro, la protejan más que la piel de zorro plateado. De cualquier modo, ni el viento ni la malicia respetan a las mujeres, ni de éste ni del otro lado del río Rubicón'. Por supuesto no se trata de una transcripción fiel del pensamiento suyo, sino de una interpretación libre, aunque el Rubicón, sin que nadie sepa dónde pueda haberlo ido a encontrar, lo tiene en su lenguaje. Le sirve como línea divisoria entre la modestia y la falta de recato, en cualquier mujer. Lo cierto es que en la pensión hay todo un anecdotario en la boca de los que allí viven, acerca de la infidelidad de ella y la tolerancia de él pero con ciertas condiciones. Lo gracioso es que la propia Carletti difunde esos relatos, la mayor parte de ellos malintencionados. Lo hace para poder emplear sus mejores risotadas, ya que parece divertirse un mundo con la maledicencia que quisiera desacreditar aún más a esos dos cónyuges tan poco ejemplares. Para cualquiera de las habladurías, pero de regla la más reciente, tiene siempre la misma introducción en tono malicioso: 'Dicen que Carletti habría. . .' Y allí hétela que refiere las palabras atribuidas al marido, poniéndolas como entre comillas, pues pretende aparecer objetiva respecto de las expresiones inconvenientes que a él se le endilgan y que no lo dejan bien parado. Si bien hay como para desconfiar de ella cual reportera, siendo conocida su incapacidad de recibir con atención los dichos ajenos.

Lo importante esta noche es la aplicación respecto de él Andriolli, tan vilmente acusado por esa mala hembra, de la tesis del 'abogadito'. Se estaba hablando del fenómeno Carletti cónyuge, en una de sus más críticas manifestaciones: la práctica que se le conoce, de sumar en cabeza de un malhadado y a fuerza de puñetazos duros; obrando casi siempre a pedido de la adúltera consuetudinaria, pues es muy raro que lo haga por propia iniciativa; las bellaquerías de los que con anterioridad a ese chivo expiatorio, hayan recorrido las mismas montañas y ensenadas. Alguien se dirigió en esa ocasión a ese muchacho, el más joven de los pensionistas, al verlo en silencio y aún más oculto tras sus lentes, que otras veces. Le preguntó qué pensaba como jurista de toda la cuestión relativa a tan singulares cónyuges. Pareció satisfecho que se le requiriera su opinión y contestó: 'No sé si diré cosa razonable pero expondré mi teoría'. La entrada llamó la atención a todos. 'Primariamente, examinemos los elementos fácticos. Hay maridos, como Carletti, que, diría. . . se empudoran. . . el verbo me pertenece. . . respecto de ciertas travesuras de la consorte, únicamente si los sumandos son bastantes; y acumulan en un solo reo las panzadas y los atracos de quienes vinieron antes a la misma mesa. Es decir, una especie de sacrificio ritual llamado a producir la purificación. Pues el cochinillo expiatorio es un contrabandista que paga por los demás, o sea carga sobre sí los excesos de los usufructuarios habidos, tal vez sí o tal vez no, precedentemente. En cuanto al justiciero, obra bajo un ataque de la conciencia

moral, tan llena de reacciones inesperadas en todo tiempo y persona'. Y siguiendo con la exposición, fue construyendo una nueva teoría de la justicia, en nombre de una toma de posición propia, 'equidistante entre el espíritu y la carne, entre el dualismo faccioso y el monismo castrador'. Y aunque nadie entendía el alcance de tal distinción en semejantes términos, quizá simple relleno oratorio, prosiguió, asegurando que 'la tesis que sustento no se diferencia del principio que Carletti empíricamente aplica y yo introduzco en la ciencia jurídica'. Y ahí, ante la buena acogida, aclaró: 'Mi propuesta causará una batalla como la que motivó la representación de Hernani, en 1830. No sé si tendré prosélitos, pero de algo estoy muy convencido: tendrá consecuencias. Tal como la pintura salió de la figuración que la Naturaleza cumple de por sí, dando a cada cosa una sombra reveladora, maestra de perspectiva y de excelente trazado, hay en nosotros, los jóvenes, conciencia de tener que librarnos respetuosamente de un derecho romano-germánico que debe sepultarse por largo tiempo. ¿O los antiguos reían y lloraban de las mismas cosas, de la a a la zeta, por las que hoy hacemos una risa así y un llanto asá . . .? Toda época tiene sus llantos y sus risas, pero no siempre se le permite en los juicios, una lógica y un derecho diferentes. Volviendo a empezar, en muchos temas, desde una hoja en blanco, llegaremos a otros destinos y probablemente a un hombre distinto. Por la ley de la probabilidad, en efecto, aun tomando igual camino principal a la salida, cabe desechar que las desviaciones coincidan con las de las veces anteriores. Lo intentaría en seguida, si de mí dependiese, el nuevo viaje, en muchas cosas, desde el mojón cero. Para un mundo tal vez cuadrado, por un replanteo de la geometría'. Como era escaparse del debate y enterrar tanto, y demasiado de golpe, se le exigió la formulación directa de la teoría de la justicia. El 'abogadito' inspiró aire en abundancia y firmemente expresó: 'La justicia que hago ondear delante de ustedes, puede ser **envisagée** como el cobrador de impuestos, al que no interesa quién paga: lo que cuenta es el ingreso al Fisco. ¿Digan, alguien de estos tiempos, ha oído hablar a un **civis romanus**? ¿Hablar, reír y decir malas palabras? Admitamos pues, por lo menos como suposición. . . un acento distinto al nuestro. Acento cambiado, que corresponde a una esencia alterada: a una palabra que ya es otra: al mismo concepto que ha adquirido una proyección diferente. La criminalidad y la inmoralidad de ellos no son las nuestras, por lo menos enteramente. El abrazo afectivo nuestro, no es de seguro el abrazo afectivo griego o romano'. Y mirándose en derredor como si todos disintieran de él, pero luego cerrando los ojos para afirmar su resolución continuó: 'Lanzo a partir de este trece de abril, lo que llamo interpretación biológica de la justicia. . . Encontrada la denominación, todo se reduce en buena parte a extraer de ella lo restante. Dar con el nombre acertado, es como romper una nuez de coco en un desierto. . . brota el milagro. . . el agua, y por lo tanto la vida'. Y como ratificación, girando alrededor de esa palabra en la forma del que despliega una hoja y lee en ella, halló **in itinere**, según señaló alegre varias ve-

ces en puntos salientes, su teoría. 'Inspirémonos, por semejanza, en las entidades de la biología: la justicia es un hambre que padecen el Estado y los ciudadanos. La trouvaille es llamarla hambre. Basta esta asimilación para que empiecen a presentar rajaduras, estructuras caducas que ya ahogan. La gente es copada por la novedad, repito, por absurdos que tuviera. La vieja fachada de la justicia será más artística, más racional, pero el ojo está demasiado acostumbrado a ella'. Y aunque fuese una mera confirmación del concepto 'justicia-hambre', terminó por pisar los callos y levantar protestas cuando espetó: 'A la justicia pues, debe matársele el hambre. No como en la fórmula grosera de nuestro Carletti sino levantándonos por encima de sus frases primarias, en un vuelo más elaborado. ¿No es sacudir cimientos, que así como una comidita compensa de una sola vez varios ayunos seguidos, o la buena dormida el déficit de varias noches insomnes, la justicia se la deba tener por satisfecha por uno que pague su cuenta y las de los precedentes infractores? Es decir, extinción automática de la acción penal para los casos anteriores al **sub iúdice**, siempre que se trate de la misma víctima. El que cae primero, cierra la cuenta total hasta ese momento. El fin intimidatorio de la pena es logrado mejor que ahora, sin necesidad ya de atiborrar las cárceles de internados. Que yo pague el escote de todos a través de un rito severo que excite la imaginación ciudadana, disuadirá al delincuente todavía in pectore, respecto del delito que está maquinando. Obviamente, además de una única víctima, tendrán que ser delitos iguales en esencia y de los que surja una equivalencia de culpas, es decir que exista una armonía profunda por íntimas coincidencias a valorar por el juez. La nueva figura del chivo emisario que trasciende de sí mismo por obra de una institución querida por la ley, desencadenará al máximo el miedo disuasivo. No es lo mismo tener como al presente cómo regular la propia acción dolosa dentro de ciertos términos para limitar la responsabilidad de uno y el castigo; que verse sin previsión posible por desconocer la entidad del débito en espera, es decir todos los sumandos. . . y a raíz de ello quedar a merced de una instrucción interminable. Y dejo de lado las ventajas intrínsecas de una sola sentencia. ¡No más escándalos judiciales! Pero nunca en la forma chapucera de un Carletti. No, junto con un riguroso procedimiento respecto del reo convicto o confeso; y no por la mera acusación de una cónyuge voluble. Comprendan que expongo en líneas generales. . . La aplicación y la casuística alentarán las debidas correcciones. Entrego tan solo una antorcha. Lo bello, por ejemplo, ¿aspira a cubrir todas las cosas creadas o que puedan crearse? Por eso la justicia llegue a un **modus vivendi**, para bien de una solución práctica de sus problemas. En estos tiempos urge la revolución en todo y ella atenderá de por sí y en última instancia al perfeccionamiento, y a la lógica en sus exigencias. Hay de cualquier modo como reducir el riesgo que comporte mi innovación: eliminar ciertos hurtos del código; además de hacerlo con delitos que, o sobran o admiten las tijeras para limpiarlos de hojarasca. Y como de teorías, salen teorías. . . ya vendrá algún profesor de derecho a hacer procrear la mía,

sacando conclusiones de mayor interés y limpiándola de algún absurdo, inevitable en una primera formulación. Déjenla asentarse en los cerebros. Por lo demás, lo nuevo es habitualmente lo viejo lustrado: no me ilusiono de haber descubierto un continente. Y como veo entre ustedes alguna cara llena de reservas, los exhorto a mantenerse con medio cuerpo fuera de la razón, en la seguridad de que nuestra sociedad podrá quizá encontrar el orden que hasta hoy no noto que le haya procurado la razón'.

¿Y su teo instinto de ir siempre derecho? 'Eh, ¿no has visto a un petiso así y así. . .?' Y el infaltable testigo se regocijará de poder informar: 'Sí, pasó por aquí ahora ahora. . . Parecía cansado y en grandes apuros. . .'. Y al mismo tiempo, pero en su pecho para no envolverse en el asunto, hételo al mismo tal vez diciendo: 'Denle, denle. . . Dios quiera que se lo agarre pues si hizo algo malo ha de pagarlo. Además tenía las espaldas anchas y los golpes son mejor acogidos por una linda explanada'. Y por ese estímulo, llegado a sus oídos por alguna magia, el animal racional empudorado tras, detrás del fugitivo, con mayor empuje. . . Y dentro de un rato, lo tendrá encima. ¿Pero por qué no haber, como compensación por tantas cosas inútiles que uno tiene que verse a su alrededor, un asco disuadente respecto del acto en sí de golpear una cabeza pensante? O sea, una diferencia de actitud entre hacerlo con un clavo y obrar en desmedro de un cerebro que hierve de ideas no siempre de tono corriente. ¿Se dará cuenta Carletti, de que un puñetazo puede matar, aun preterintencionalmente, según explicó el alcance de ese adverbio el abogadito, o sea hasta sin proponérselo él. . . la personalidad A que hay en Andriolli y zampar en su reemplazo una personalidad B, C o D?

Luego, muy querido Andriolli cabeza de turco, si esta noche ha habido estallido pudoroso en la obscura psicología de Carletti, hete como la imperfección de las leyes y el perezoso conformismo del pueblo soberano, allanarán el camino a lo que ese legítimo marido quiera hacer de ti en cualquier momento, desde éste en adelante. ¿Qué le queda a quien por su estúpida inocencia y por lo mismo inocencia culpable, provocó a la hembra a la lascivia? Apenas la inviolable prerrogativa del fuero íntimo, de entrar a formar parte, con todo su bagaje, de la larga lista de descontentos sin fronteras. . . ¡Atención todos!

¿Y si en cambio, a ese marido se le han acabado los viejos humores malos y ha rehusado la tarea de vengador? Está quizá delante del televisor, con los pies inquietos si la escena en la pantalla es de violencia. . . O sea, tan civilizado como un profesor de arqueología.

El grosor de estos muros. . . hundidos en las tinieblas pues desde hace un rato se ha refugiado en esta enorme iglesia, recogido en un rincón y sin haber sido visto por el sacristán en la última recorrida, lo protege de su perseguidor, tipo más feo que un anacoluto y que tendría que mantenerse lejos de la casa de Dios. . .

CAPITULO IV

Abrió los ojos de par en par: la inmediata percepción, inmerso como está en las tinieblas, se entretiene en arrancarlo del sueño bruscamente interrumpido, y, costándole salirse de él, está fastidiado y rabioso de lo que lo rodea como si hubiese sido el circundante causa de su mal despertar. No coordinados los sentidos aún, la piel se la siente levantada en acto de defensa, y al rascarse viciosamente se encuentra encogido debajo de la ropa de calle que viste: estado primario que le sugiere una simbiosis suya con un puercoespín, al que está sustrayéndose en un despegue desganado a fin de reintegrarse a las cosas confusas que entrevé y retomar él y ellas, de la mejor manera, las más gruesas pertenencias respectivas. Todavía recostado y en posición extendida, se toca el cuello al azar, con una de sus manos: está mal insertado tras la fea noche y dolorido hacia la cabeza. Pero a ojo, ya es un Andriolli compendiado y su insatisfacción corporal difusa le sirve de elemento conectivo. Por fin, de pie sobre ambos pies, al dar algún paso pisando a ciegas pero hacia adelante, recobra atentamente porciones accesorias de su conjunto personal; y en especial, las vértebras, o algo que se les asemeja y que se le recompone reubicándose en el sitio de siempre o próximo.

Toquetea y reencuentra el banco donde ha cumplido la torpe dormida. Se estira mejor, hasta el término de su metro sesenta y pico y obliga perceptiblemente a la acción, haces de músculos, nervios y tendones, con igual retraso en actuar; cada uno, o viejo conocido o vagamente reconocible según su experiencia diaria. O localizado, pero innominado; o desde años, quizá apenas una ilusión. Morralla, en suma, que simultáneamente se distribuye por su cuenta, o con igual independencia se inserta o se enrosca, quién sabe para qué. . .

Ya fuera de discusión, que está despierto para un siglo. Y con ganas locas de escapar de este sitio. Pues ha superado los rodeos para una solución de compromiso, de hace poco, por intrusión de su pasado eclesiástico, el de los tiempos del oratorio salesiano. Y para crearse una reacción alérgica en este instante, respecto de este osario, olfatea con asco este olor agrio que lo envuelve desde anoche, a la búsqueda, además que del olor a agua bendita y santa, del hedor de flores marchitas ya: como de costumbre, pertenecientes al dispendio en vegetales para cumplir cualquier número de exvotos a los ídolos (tal el vocablo irreverente que lo encandila; por eso lo usa y amén). Para colmo, tiene encima los pinchazos de una necesidad en aumento que, en un esfuerzo por mantenerla en los intestinos, estimula en forma su recuperación total como unidad independiente.

Pero algo está también en revolución aquí, en derredor: desperdigados anuncios del alba, se han inscrito recientemente en garabatos a lo largo de superficies dudosas, una en especial. La que es, o anticipo de las paredes de esta iglesia, o el costado de un arreglo en su parte alta y que él tiene justo de frente. Y ojeando entre lo más espeso de las sombras, está seguro de un hueco extraño, sin formas pero bien entrante, que mirando fijo se alarga por un tramo indefinido y es tal vez el primer indicio de la nave mayor. Allí, en efecto, la obscuridad, todavía más intensa que en cualquier otra parte, comienza a degradar y hacerse una calígine penetrable, donde, buscando con ojos entrenados, hay un incipiente claror, por lo que al observar atento y no perturbándose con ideas propias, aparecen los primeros esbozos de muchas y disparatadas formas de cosas irreconocibles y sin embargo atrevidamente semejantes a cosas ciertas. En la pared frente a él, ahora bien distinguible como tal, rige una especie de actividad alrededor de un saliente que, como a pasos largos, se acerca grueso y malhecho y por fin, tras algún cambio parcial de sitio de la luz y de sí mismo, se aclara con la intensidad del blanco sobre el negro y aparece, cavado en ese lugar, lo que puede ser un nicho y que en efecto ya se hace ostentoso como tal y aprisiona, en sus adentros, como en un fondo remoto, una estatua confusa, primero rígida y de a poco que se proyecta con ese abdomen, también éste con un empuje propio hacia afuera. La misma figura, después de alguna actitud equívoca o de más, está claramente cubierta, por lo menos en la parte delantera, por un colgante o una sábana que el personaje, enmantado de la cintura hacia arriba, estuviese arrancándose provocativamente, como para ofrecerse dentro de poco todo desnudo. La luz se vuelve mucha, dentro y fuera del nicho, ahora casi oval y se hace visible, con asaz que aún le falta, un santo guerrero con la cara todavía harto arbitraria, soñoliento y con la palidez que le acrecientan las sombras vecinas. Guarda una posición hierática pero todo él en vías de reanimarse. Hasta se diría que ese brioso combatiente por la fe, estuviese en espera, espera muy ansiosa, de que se complete su progresivo y sostenido embellecimiento.

El alba recogida ya en otros lugares, exhibe ahora en sitio muy arriba una media ventana, sitiada por una luz incierta y que se abre encima de una pared contrapuesta a la del santo; y es apenas un trozo mural con aire de ficticio y aparentemente montado en un lío de sombras que, cada vez más intensas hacia abajo, le hacen de provisional y extravagante sostén.

La media ventana, bien agrandada ya, se asemeja esta vez a una ruina histórica alumbrada y la claridad que desprende produce a su alrededor un salpicado continuo de blancor, pero muy dudoso y de poco alcance pues llega no muy lejos.

Algo del día que está despuntando con más empeño, busca nuevos rincones en forma desordenada, a menudo como por un antojo, por lo que se agrandan aquí y allá nuevos contornos: algunos como de objetos tomados al revés y otros con el aspecto de malas cosas inútilmente embarazosas, de rara

fealdad y sin propósito dentro de las limitaciones del conocimiento. Sustanciales aportes recientes que se muestran en varios lados y se sobreponen, son indicio suficiente de las gruesas proporciones de un edificio genérico pues los atributos distintivos de una iglesia, para él que vino aquí dentro, anoche cuando todo estaba en sombras, no son aún visibles.

El guerrero y el nicho, que esta vez lo hospeda más graciosamente, casi terminados y en cuanto a estatura, aquél ya a punto, al igual que en algún nítido detalle. Pues posee el calzado bien visible y un mechón travieso en el pedazo de frente, aunque ésta hacia el extremo derecho no es aún determinable. Eso le confiere un aire pasajero de bribonzuelo, favorecido por un raro toque grisáceo alrededor de la sien a la vista. El conjunto del sujeto, en el resplandor todavía incierto que en parte lo ayuda y otro poco pareciera estar por englutirlo, es fabuloso. Para una mirada somera es como si estuviese en la proa incierta de un buque fantasma que avance en medio de una niebla, por lo que lo que más se destaca ahora, asomándose de a poco, serían las velas, los árboles y los tres puentes. Quitándose de esa comparación y dirigido su interés a otras cosas, en la visión concreta delante de sí es como si hacia lo alto y penetrando y perdiéndose muy pronto en la obscuridad plena, se desarrollara el primer tramo de una escalera, de peldaños mal distanciados, de los cuales algunos concluidos o que así lo parecen. . . Trepada para las piernas largas de un gigante con el encargo de mostrar una llegada espectacular muy cerca del empíreo. Sin embargo sujetándose a la vista más fragmentaria que tiene a sus espaldas por todos lados, hay lugar para suposiciones muy diferentes, pues de enormes enredos salen haces grisáceos o pálidos, que confunden y traban la fantasía.

Ahora expectante y nada más, en ciertos lugares percibe destellos insistentes de conjuntos de tono lechoso y mal articulados, alrededor de pajarracos o curiosos paños mal encogidos; así como con frecuencia, más pasajeros y a veces en forma precipitada, podrían ser meros efectos ópticos. Aunque ya mucho está mal colgado, ridículamente suspendido o con una rara inserción. Pero al mismo tiempo hay cosas a las que puede dar los primeros nombres, siendo objetos y útiles para el culto si bien con extrañas o sombrías deformaciones.

Mientras tanto, especiales reflejos por sus características, dramatizan las iniciales imágenes de santos o de figuras equívocas: algunas amenazantes, otras ilógicas en detalles. Pero sobre todo se impone un dragón, hecho aún más verosímil por una lengua hacia afuera, en la que está apoyado un rayo de luz a la manera de un pincelazo color café con leche. Y cerca del absurdo, la forma como están adornados ciertos rincones y el asomo en varias partes, de clavijas enormes, sin explicación: en especial en la nave que, ahora luminosa y virginal hacia adelante, más lejos parece acoger órganos monstruosos o sexuales, que cuelgan y la luz quisiera aclarar pero haciéndolo tan chapuceramente que resultan todavía más contrarios a la decencia.

Pero ese extremo ya se libera de esas obras diabólicas, que se convierten en

simples cosas o en espacios vacíos, y al mismo tiempo todo respira allí con menor afán y se perfila en el mismo lugar la bóveda necesitada de ser expuesta mejor, pues solo se insinúa una caja torácica con algunas costillas fracturadas. También hacia el altar, todavía en un antro brumoso, las sombras y las manchas están en progresiva retirada o se disuelven como humos regados habiendo alguna arremetida incierta hacia los conciliábulos aún más más adentro, en lo que tendría que ser el lado posterior del ábside donde las tinieblas, muchas y de acuerdo, cierran sus filas.

Con vacilaciones y tardanzas, en otros lugares hasta ahora soñolientos, es activa la 'aparición-desaparición', bajo formas cambiantes, de cosas y de efectos; con predominio de recientes pinceladas blancas o lácteas, zonas cándidas, cintas plateadas y ojos blanquecinos. Un revoltijo donde sobran paredes, en trozos, y otras se las ve en sitios indebidos para cuando sea día entero. Sin contar que hay más objetos gruesos o mínimos, de los que cabe suponer. Todas visiones importantes pero fugaces, o con una porfía tonta como si hubiesen de perdurar. En cambio está casi desplegado, si bien todavía esquelético, el ingreso con sus puertas. Distingue la mayor, la cual tiene a su derecha la puertita de ese lado pero como si estuviera ligeramente caída y donde luce falsamente, cual una gema enferma, lo que ha de ser un clavo de amplia cabeza. No así la puertita a la izquierda, por ahora con las formas de una cimitarra apoyada en el cuello de un caballo negro, aunque al expandirse vaya cambiando en buen sentido y acercándose a un aspecto normal cada vez más coincidente con el de la puerta congénere del otro lado.

Secamente indefinido, en el extremo de la nave hay un chorro de luz coloreada que induce a confusión acerca de un conjunto que podría ser un altar en una segunda nave; o en esta misma en que él se encuentra, un confesionario fuera de sitio y de proporciones. En la parte más próxima, en cambio, donde se ha abierto un buen monto del paso entre bancos, la fila de ellos que flanquean ese paso a ambos lados, los revela más toscos a medida que se alejan y los más distantes que vislumbra con trabajo arduo, están colmados de sombras sentadas o apoyadas y tienen sus figuras sin concluir.

En cuanto al pedazo de bóveda que por aquí ya cubre con firmeza, siendo ésta sin la menor duda o la única nave o la principal, lo que allá arriba se deshace tiroteado desde ventanas o ventanillas o agujeros aún algo tímidos como aberturas, compone una ilusión vivaz como de un paño soplado que ondee por partes al igual que un velo transparente; pues allende eso, su mirada buscando entre esos pliegues en movimiento, reconoce en un trasluz algún ornato u otros valores arquitectónicos. Más llamativas, allá muy arriba donde las tinieblas están desfondadas, distingue o las concluye cabalmente con la ayuda de su imaginación, nervaduras y arabescos, categóricamente eso, aunque muy cerca tiene a menudo figuras ornamentales fantásticas o detalles poco creíbles de un conjunto próximo que, escapando todavía a la lógica se le está sin embargo avecinando. Todo con bastante inconstancia, ya que con frecuencia, lo

que es exaltado aparece negado por la intervención de nuevas y mudables manchas que iluminan u obscurecen, según el extraño flamear del paño o velo llamado a sustraerle por algún tiempo más, a su propia realidad ordinaria, gran parte de esta enorme construcción.

De a poco, en base a un activo repaso que hacen sus pupilas ahora que ha recobrado la independencia respecto del reciente torpor suyo tras ese despertar tan de golpe y lo guía su razón (intacta y tan rebelde a lo que se sujetan los demás por costumbre o tradición), el grueso de esta iglesia y de su contenido, todo ello en vías de cobrar en momentos un cuerpo vigoroso, es una única y fugaz fantasmagoría donde muy bien puede ser ficticio la mayor parte de lo que le resulta identificable y por el contrario lo que era equívoco o lo es aún, significar tal vez un estado verdadero anterior al momento preciso en que los sentidos alterarían todo. Alteración que podría consistir en hacer de cosas probablemente falseadas, la realidad oficial: iluminada, reducida siempre a figuras definidas, implacablemente separadas en objetos y personas.

Por fin tiene más concretez y sinceridad, hinchado como si flameara al viento por tantas sombras que se desvanecen desde el suelo hacia arriba, el gran vacío que entrevió al comienzo de este amanecer lento: ahora en gran desarrollo y donde lo último último, hacia el fondo, está todavía fragmentado. Pues es determinable, por la forma como flota sobre una especie de ola, allá bien en alto y semejante a un barca dada vuelta, la cúpula hasta ahora faltante; no así una gran porción del ábside, que sigue siendo para adivinar aunque parezca simple resistencia a exhibirse. En cuanto al altar y el coro, lucen aún bastante escondidos. No así la nave principal: finalmente ella, pues a cada costado tiene la respectiva de las dos que la flanquean, se va extendiendo con más prisa y en su fondo lejano exhibe tímidas ventanillas iluminando un esponjoso nudo de trapos que, al desatarse y separarse en andrajos, pone en vista el altar mayor en un anuncio irrespetuoso: sí, donde se lo había estado imaginando, pero tosco y en porciones mal conexas.

Esta vez el día naciente con toda vehemencia, acomete desde toda dirección en nuevos despliegues de fuerza y donde no desaloja pedazos de obscuridad a medias, enciende fuegos deformantes de lo que simultáneamente avivan extraños faroles en movimiento que el alba está azuzando con fatuas lucecitas. Un alba ya muy risueña. . . Y así se producen, aunque en sectores remotos, lentos vórtices humeantes alrededor de nuevas estatuas, muebles y objetos varios o apéndices de salientes murales que rozan transitoriamente un orden de méritos superior al habitual, o distinto; a la vez que es casi general en el espacio que él enfrenta ahora, siempre más dilatado (y a la par encerrado sin contradicción casi, por las paredes aún etéreas), la disolución y las sustituciones en la calígine, en rápida retirada por obra de lo externo que irrumpe ya sin medida. Ceden en efecto y doquiera, en forma precipitada, la superchería y el fraude, y montones de sombras se repliegan aislados hacia los extremos lánguidos de la media luz en sus últimos reductos: también esos montones blan-

cuzcos o plateados.

Se afirma el altar y en una acción no detenida se yerguen entre su lado derecho enérgico y el izquierdo incierto, las primeras figuras, allí apresuradas por zafarse de las marañas aún sin desatar y de efectos novelescos o míticos. Figuras que se hacen reconocibles según una verosimilitud que ya no deja incertidumbre.

Quién sabe por qué, en un costado de la gran nave está ahora en vista, suspendida bellamente en el aire, una gran paleta; por la forma y ciertos detalles incluso el agujero exagerado, perteneciente a algún pintor de gigantescas medidas. Es de color blanquecino, el de un revoque a contraluz o que de algún otro modo reciba una luz falseada; y hacia su parte superior se diluye en un aspecto marcadamente apagado, como por deterioro allí donde debiera tener una terminación aceptable. Y mientras un fuego ilusorio le muerde aquí y allá los bordes más netos dejando incisiones caprichosas, hacia abajo, en lugar de apoyarse en un sostén válido, la misma tabla se inserta en una transparencia indecisa y de un jaspeado vivaz, donde para sus ojos. . . se mueven libremente tipos de los menos confiables y que de ningún modo cargan nada en sus espaldas; como negando que esa paleta pueda ser la parte inferior de la pared perimétrica del edificio, en ese lado. Pero de pronto lo es, con el pertinente apoyo resuelto, en el suelo. El agujero ha desaparecido, arrancado como el resto de la ilusión por un abanicazo de luz franca que, permaneciendo asentada en esa pared, en lugar de la paleta denuncia a un santo allí pintado que por el blanco lechoso que recibe en el semblante pareciera recién hecho al fresco. Y como paulatinamente se perfecciona, por la cabeza saliente casi escultórica se asemeja a una figura de Miguel Ángel en la Sixtina. Posee la aureola tal vez demasiado separada de la coronilla, y en ésta se revela un hormigueo de gemas blandas. Pero al cambiarse él de sitio, los reflejos se hacen ásperos, como si correspondieran a granitos de sal en un revoque.

Como por obra de un exaltado, en el fondo de la nave se completa bruscamente y de una vez por todas, el altar mayor, con las sustancias y las frivolidades; además de un ojo desagradable en el centro de un resplandor. Quizá éste de mal agüero. . . En la mesa sagrada, si bien con un ligero movimiento algunos de ellos y significados añadidos y para descrifrar, los objetos allí distribuidos, a distancia parecen los usuales para las ceremonias litúrgicas.

Mientras tanto, el púlpito está presente desde hace tiempo pero vacila en su sostén, que carece aún de una llegada al piso; por lo que en la combinación de sombras, más que a sí mismo se asemeja a una flor exótica con una gran corola de la que se desprenden ejemplos de insólitos pistilos. En efecto tiene esa forma y retocada para peor: lo que sin embargo destaca, en la obscuridad apretada y desconfiada que la rodea, toda esa obra para buenos y malos sermones. Pérdida de tiempo, quedarse a pensar en los predicadores, ahora que el día con cara tan reciente, deslizándose o gateando hace travesuras, además de empolvar el aire con pintitas blancas y poner doquiera otras figuras irreales.

Aunque él ha descubierto en sitios privilegiados, líneas y volúmenes por fin muy verdaderos: resueltos en más, respecto de los tamaños naturales. Pero para un último juego; pues con ritmo creciente, los ve enderezados hacia las exactas formas y medidas o encaminados a hacerse más hermosos, graciosos y razonables que en la realidad, la que se hará presente, ahora muy pronto, ruidosa, impetuosa y petulante. ¡Mejores de seguro estas líneas y volúmenes, que los perezosos de todo el año!

Algún enredo de reflejos, conllevando desparramados los primeros rayos del sol semejantes aún a tenues centellas de un pedernal, asciende hasta lugares difíciles o vuelve a intentar la subida fallida; aunque ya hay alguno ubicado en sitio estable (aún así, quizá todavía a medio camino pues no toda la iglesia está netamente trazada) en las partes superiores. En éstas justamente se han declarado sin más remilgos, porciones innegables de las vidrieras en alto, todas con una transparencia mejorada, resolviéndose el efecto espectral que se mantenía con extrañas sugerencias desde las primeras fatigas, en este parto difícil que le es dado presenciar.

Vez por vez, el aporte exterior, tras tantas pruebas estériles, se hace más incisivo al desbordar tanta luz, aún fría, desde esas vidrieras libres por fin de dudas. Y eso refuerza la bóveda entera, descubriéndose ahora su conjunto y su amplio desarrollo; a la vez que perpendicularmente esa intervención solar reaviva paredes, arcos y vacíos y en todo el ambiente reinante, denunciado al máximo, enseña agujeros luminosos (a menudo que recuerdan miradas falaces, entre las cuales algunas vueltas hacia abajo, con el aire de ojeadas ridículamente trastornadas).

Las vidrieras en general a esta altura se han echado todas más hacia atrás, como en brincos de vidrios soplados por un mago. Y de rebote, recogido con más comodidad en el centro de la nave mayor, trabando el paso y vuelto al altar principal aún algo refractario a términos claros por sombras en mora y a la vista, se levanta menos agorero que antes un grueso catafalco. El mismo importuno que al principio se le había antojado como un asomo incipiente del altar. Y en tanto, rayos en reunión después de los muy escasos y desparramados, han abierto nuevos frentes de luz, junto con la que se cuela como un líquido: la que proviene de inverosímiles hendijas, como si el edificio estuviese resquebrajándose por alguna compresión irresistible.

Del mismo modo, hacia la salida, por otra vivaz acción solar están resueltamente en pie, la puerta mayor y las acompañantes, listas las tres para ser abiertas y dar paso a una masa improvisa de otros rayos, en espera en el atrio de poder ingresar. La luz alrededor de ellas choca en el suelo, muy cerca, formando en él efectos curiosos; en especial en la parte baja de la pila del agua bendita, donde quedan sombras en diálogo pero bastante forzadas. Compromete además con el brío de su resplandor en aumento, los objetos y las superficies próximas, en cuanto capaces de reflejar; derivando de ello en toda la zona, un asalto compacto en medio de movimientos, acciones y reacciones y

un activo y contradictorio intercambio de volumen a volumen y de color a colores, con desbarajuste, transfiguración y cierto intento de causar ecos sonoros y tal vez en gran cantidad ruidos inaudibles. Y ahora alrededor de la puerta grande, los baldosones del piso por tramos irregulares forman hermosos dameros en los que recae un día blanco y concluyente. No así los enderezados por el ojo hacia el interior de la nave, o los otros allá en el ábside donde el ajedrezado a medida que se aleja es más difícil de seguir y cerca del altar se confunde con una ondulación como de mieses, en la que el claroscuro se las da de amo.

La llegada está muy próxima. Suplementos muy recientes de sol, de bocas hasta ahora secundarias o de nuevas hendijas, y aun el resplandor que solo se ha afianzado con luces dispersas aquí y acullá, exhiben la capacidad casi total, de la iglesia. Y en el altar mayor, ya liberado, brillan la cruz y las partes vivas de los candelabros; mientras en el tenue claror que los envuelve predomina un aura impregnada de un color surrealista, de la familia del anaranjado, donde algunos de los objetos sagrados de la mesa introducen la languidez de varias gemas, la mayoría con el aire de ojos tristes o de una ojeada a la redonda de pupilas cansadas. El tallo falso de antes, insidiada al extremo la obscuridad que sumergía la pseudoflor, es limpiamente la base del púlpito. En este momento se envaina hacia abajo en un efecto de luz difusa donde se interrumpe, pero tras un tramo más largo que entonces; para reaparecer al final, clavado en el piso y óptimo para aguantar todo lo que lo grava y a un predicador de mucho kilaje. Desde unos cinco minutos está viendo en ese púlpito a alguien o una cosa que se asemeja a un alguien. . . Tiene una voraz pelada y pareciera querer ocultarse para no ser percibido. Y hete que desaparece. Pero si lo busca, es el monstruo que recuerda haber mirado en un cuadro a los nueve años. Le causa los mismos movimientos de alma, con el añadido de mayor fealdad en esta versión. Ahora está acurrucado cerca de la barandilla que separa el ábside de la nave. Forma ahí una mancha imprecisa, quizá porque también esa división y lo que ella tiene cerca, no se diferencian de la parte baja del altar por ser todavía un único conjunto harto intrincado. De pronto, el mismo coso o un sosia hételo sentado en un puesto del coro, pero sumergido ahí también en un claroscuro con lo circundante, que desorienta y le confiere un busto cubierto de ropaje frailero. En relación, esa testa con tanta calvicie, se diría una tétrica inflorescencia, a menos que se trate de un grueso insecto fotófobo que vive en lo lóbrego, o de una cucaracha macrocéfala que para pasar inadvertida se valga de su capacidad mimética.

Se ha adelantado en serio. En la nave, desahogada como si en ella se hubiesen roto innúmeras cintas y broches, además de quitado alfileres y destrabado ganchillos, los bancos se han ordenado y guardan por fin una separación justa aun en las filas más lejanas. En cuanto al paso entre ellos, se ha enderezado como con una regla bien derecha, desde la entrada por la puerta mayor ahora cargada de ornamentos y bajorrelieves, hasta el cancel de la barandilla

en el acceso al ábside; y están en regular sucesión, los baldosones hasta donde puede indagar con la vista. Solo que en la tira final, que ha de darle vuelta al altar, alguna sombra indecisa hace todavía de las suyas, por lo que reina una fuerte penumbra en ese lugar aunque con mayor condescendencia.

De verdad que esta iglesia no necesita ya casi nada: está lista en el conjunto y en los detalles: los bancos se han suavizado del todo: las columnas son bien geométricas salvo alguna redondez para retocar o aún rígida: el catafalco tiene las cuatro esquinas salientes y vivas y tan solo algún pliegue incierto en eso que lo recubre, en su mayor parte de un negro satisfactorio: el paso hasta el ábside está expedito por una acción positiva en estos últimos minutos, y hasta el caminito que va por la parte de atrás del altar, ha de estar en orden, no siendo alguna encrespadura superflua seguramente aguantando todavía, de ese paño inmenso que empezó cubriéndolo todo aquí dentro y con ese olor a funerario.

Por una aglomeración estrepitosa de luces, alrededor de la puerta grande por donde al abrirse ella habrá de venir en marcha triunfal el día, los baldosones desplegados con tanta decisión allí, están recubiertos como de albayalde en un tránsito pasajero, anticipo de la opulenta luminosidad a la espera desde el exterior, que denuncian los avances por tantas hendijas. Y justo en la parte opuesta, el ábside, por otras filtraciones entusiastas, se ha integrado en su forma poligonal; a la vez que de punta a punta, la bóveda, no más una tela flotante, ha soltado a la perfección su capacidad de curvarse tan pudorosamente y con las nervaduras que se adaptan con facilidad, sin contar el efecto de las distancias corregidas, ya está en relación armónica con las restantes proporciones.

Dos palabrotas; de las redondas y que suelen rebotar; han entrado de la calle. Es que ahí transita y charla desde algún tiempo la gente común. Al aire libre es de día, en correspondencia con esta conclusión retardada por una larga ceremonia, a la que su mente ha aportado un 'gracioso' con el don divino de la ubicuidad.

Otra palabra, ha de haber sido la causa de haberse despertado tan de sobresalto. No puede reconstruir nada de ese momento. Sólo le queda felicitarse, en especial ante las pruebas que lo aguardan: ¡su oído duerme a pata suelta!

Los relictos de tantas sombras que ha tenido que tragar esta mañana, removidos, en esta liquidación final, también de debajo los bancos, se han resignado a los escondrijos húmedos y discretos de rigor en las iglesias. El día, ahora apresurado, suministra al por mayor, deslumbramiento, irradiaciones, brillos, graciosos derroches, bellas lucideces, espléndidas luminosidades, magnificencias, sostenidos chisporroteos, y largas refulgencias; y en el centro, quién sabe desde dónde pues no quiere asegurarse desde cuál medio arquitectónico, ha abierto un ingreso para una lluvia de luz. Es la señal: el entero edificio surge, para él que ha abierto los ojos tras tenerlos por un momento cerrados, en toda su severidad y se le ofrece una gran casa de Dios con mu-

cho espacio, muchas pinturas, columnas, cúpulas y rincones, todo acabado, puesto en orden en sus mínimos detalles, adornado y solemnemente consagrado. . . Pues es como si todavía resonara esa grandiosa ceremonia inaugural, con tantos celebrantes a la vez. Por contraste se siente un hombrecito como los puestos en escala al lado de las pirámides, en los folletos turísticos. Juzga también faltos de acuerdo con este lugar, sus pensamientos desafortunados. Anoche, por temores enormes, se metió aquí dentro cuando el sacristán ya había apagado las últimas velas y venir era perderse en una garganta silenciosa. Luego siguieron los golpes sucesivos de las tres puertas, que dejaron afuera manos de ladrones sacrílegos, y tras eso, desproporcionadamente en menos, el retintín del manojo de llaves, de las que la tercera, con un desesperante retraso por culpa de ese operador inseguro, entró en la última cerradura, la de la puerta del centro, donde envíos sonoros en tres tiempos, de un pestillo muy responsable y cumplidor, dejaron asentada como en un acto notarial la protección de los valores eclesiásticos y de la cabeza de Andriolli. Esta testa, valiosa como cualquier otra en el entero universo, pues de ser aplastada como la de una cucaracha, quedaría un mundo menos. Puertas capaces de hacer frente a una máquina humana de nombre Atanasio Carletti, aunque fuese el doble o el triple de lo que luce. Sin embargo por un par de horas hasta que no lo venció el sueño por propia cuenta, no logró salir de la incomodidad figurándose a ese marido, montado en un carro armado y con un garrote que por momentos era un mazo, siempre a punto de abrir un boquete en algún lado enfermo de esta construcción, pescarlo al hijo de mamá y castigarlo a gusto. Por suerte, como les acontece a todos los de la línea Andriolli por obscuras fuerzas de familia, cayó en un gran agujero pero para dormir entre sueños extravagantes. Y ahora que ha asistido a la acción de un fiat en escala menor, tras años de no pisar una iglesia está sorprendido de no lograr aquí la indiferencia total. Pues si escucha en ciertas direcciones. . . lo mismo que en la iglesia de su pueblo están en el aire los efectos de palabras litúrgicas y tiene la impresión desfavorable de que en esta nave el vacío no sea perfectamente inmóvil y detrás de una columna pueda haber algún fiel para cometer una 'infidelidad' a los mandamientos. Para más siente de nuevo, aun sin descontar que quién sabe sólo le toque a él, que los que vienen en estos lugares consagrados flotan siempre un tanto, sin darse cuenta y por una misteriosa levitación. Todo ello le renueva un refinado desasosiego. . .

Alza los ojos al púlpito, inundado por mucha luz fúlgida: es poligonal y no redondo como el de allá; más alto aquél aun considerando un probable error de los sentidos que todavía no han de haberse adecuado al hecho de que cuando era monaguillo su estatura era menor. Este otro, en su conjunto es un tercio de aquel volumen, por lo que ha de entrar en él con aceptable comodidad, un solo cura y además delgado, o por lo menos limitado en peso y abdomen como lo impone una época de escasos católicos practicantes.

Linda esa noche de verano con el predicador venido de la ciudad, que des-

de allá arriba fustigaba ciertos enredos. Los aludía fragmentariamente, omitiendo las situaciones escabrosas; lo que dificultaba la comprensión, en especial por las frases dejadas en suspenso por su lengua frailera, tan embarazosa en esa boca investida con el orden mayor. Intencionalmente mordisqueadas, para rematar con tres o cuatro etcéteras, según la dimensión del pecado. . . Además de la entonación cavernosa al pronunciar ciertas palabras, lo que, haciendo opaca la primera sílaba de cada una, acrecentaba la confusión del relato pues era cuando ejemplificaba. Y sin considerar que cerraba los ojos en los pasajes sombríos, sin dejarle siquiera una guía por ese lado al infortunado en servil escucha.

Esa noche le cayó el solideo, que por el calor y el sudor tenía apoyado en el parapeto. Estaba en ese instante echando una invectiva contra hombres de todo tiempo y lugar y pedía que sus oyentes lo tuvieran todo eso muy en cuenta si querían obtener un consuelo espiritual y un provecho material (conceptos que los pueblerinos dejaban correr sin insertarlos en sus almas, pues para ellos en general, provecho y confortación son los que proporcionan el comer y beber). Gritaba principalmente contra las fechorías relativas al bajo vientre cuando se pisotea 'el jardín cercado del sexto mandamiento'; fechorías que en lo que escapaba a su obscuridad en el decir, pues traía entre nubes algún caso recabado de su experiencia de confesor, tocaban el lecho matrimonial. Lo que despertaba en los bancos, una curiosidad malsana poco disimulada.

Cayó ese casquete desde allá arriba, mientras de su parte, fingiéndose un chico inocente y sin interés por esas cosas agitadas en el púlpito, como si no le importasen los pecados de los mayores, estudiaba justamente los semblantes sin poder comprender si era gente que entendía (él sólo a medias) contra qué asquerosidad se exasperaba por momentos el fraile, con semejante indignación. Estaba clamando en efecto contra 'la técnica infernal y aludía vagamente a ciertos detalles en el **modus operandi**. Pero como no aclaraba más, cuando de pronto parecía a punto de mandar esa cautela al diablo y llamar las cosas por el nombre, hete la serie de etcéteras como para castigo de quien, en lugar de horrorizarse estuviese regocijándose **in pectore** de un pecado quizá no bien determinado por él, pero entrevisto como muy jugoso. Interesados, pero en diverso grado, los había: los que, unos cuantos, por sus caras llenas de curiosidad, o ya ilustrados en materia, exhibían el fastidio de tener que hurgar con pocos apoyos, en la maraña creada de propósito allá arriba. También estaba el que mostraba tener el asunto en claro pero permanecía tieso; y otros con la misma comprensión aunque limitados a sacudir los hombros, con el alivio, dentro de sus mentes, de no haberse metido jamás en cosa de tanta gravedad y por eso desconocerle todas las vueltas y sin embargo no atraerles una mejor información al respecto. Alguno en cambio aparecía pensativo como por una satisfacción sensorial al hablarse del tema, en especial cuando, al hacerse el fraile todavía más confuso, a su vez el tipo debía olfatear más y al recurrir a ello, añadir a lo obscuro desde el púlpito aportes propios en una

delectación pecaminosa alrededor de imágenes lúbricas genéricas, que, a falta de precisión en las barajadas por el predicador, le servían como compensatorias. Pues allí donde el agresor en alto asumía la expresión del que siente asco y disgusto y rechazaba con la mano extendida lo que debía ser una sucia visión delante de sus ojos, en los bancos, los mismos, muy atados a cuanto oían, estaban inconscientemente con un hilo de sonrisa en los labios.

La mayoría sin embargo era un rebaño desorientado, aunque con la complacencia de los ignorantes al verse sujetos a un gritón indignado que, mientras tantas miradas a la deriva perduraban allá abajo, ya estaba enfrascado en el maltrato de los culpables sobre quienes descargaba su crueldad como un inquisidor medieval, llamándolos 'fulano y zutano innominados. . .' y agitando los brazos como si los estuviese apaleando; a la vez que golpeaba con los pies con un estrépito que abarcaba todo el púlpito. Hasta que, como remate, en cierto momento, quizá asimilando los presentes a los culpables pues insultaba mirando las caras concretas, empleó los términos 'perengano puerco y zutana chancha'. Y tras ello, de repente, al topar con la vista en una que se le dirigió con ojos castos, aclaró que 'la culpa es de la arcilla' y que todos debían rogar 'por los hermanos que dentro de los confines del planeta y donde la ley ha sido revelada, aun así escogen a menudo el sendero contra natura. . .'

Al recordar todo eso, esta mañana se siente lleno de entusiasmo; no por las deprecaciones del monje, sino al contrario por los hechos que aquél llamaba placeres cual sinónimo en general de crímenes. . . Pues si esa noche, a los catorce todavía era virgen, hoy hechos semejantes relativos al sexo se han convertido en una surgente de un buen monto de felicidad en una vida como la suya en la que no hay tanta como para alardear. Y por la manera como los desea diariamente casi, puede decir de sí, con indulgencia afectuosa no exenta de complacencia, de ser un chancho, y para más exactitud y eufonía un lindo chancho. . .

Aquella noche había subido por los peldaños externos a entregarle el solideo. Había trepado por ahí con sus piernitas de entonces, más cortas que ahora, y había llegado arriba sin aliento por haberlo hecho todo como un rayo. Le parece de volverlas a ver, enfundadas en esa edad en las medias largas, para ocultar la cadera según el sexto mandamiento en la interpretación rígida del teniente cura. Las evalúa en este momento, por la forma como, a fin de cumplir en ese modo atropellado, se alargaban para tomar los peldaños igual que los apéndices locomotores de una araña enorme, también los suyos muy negros. Pues las medias eran del color de la pez y de algodón muy peludo; y a juzgar según la apreciación de ahora, el último movimiento de ambos miembros al entrar en el púlpito remedó el de las patas anteriores del mismo bicho cuando desaparece en una hendija. Además de aquel abdomen suyo de entonces, contenido en una piel fláccida, por haber perdido en esos días algo de su condición de adolescente regordete. Sin contar las flexiones

enérgicas impuestas por ese apuro suyo; una nueva similitud en esas circunstancias, con el mismo invertebrado.

Por algún instante, con ese casquete en la mano mientras el fraile instintivamente se cubría la corona por pudicicia o incomodidad, con su intrepidez había atraído la atención de todos. El predicador por fin recibió eso, sin siquiera darle las gracias en un gesto corriente; al contrario, concluyéndole en su cara confundida, teniendo aquél la nave atiborrada de fieles a sus espaldas, una frase que terminaba con las palabras 'tú eres el deicida'. Como muchacho con la madre buena mujer, ante esa imputación no pudo menos que mirarse en derredor ojeando a tanta gente allí abajo, y buscando entre los apretujados en las naves laterales y los escasos recogidos en torno de la pila del agua bendita. Y finalmente, consultar con su vista al grupito donde tenía algún buen conocido, dispuesto siempre cerca de las puertas pues el cabecilla aseguraba que se hacía más fácil escapar al riesgo de quedarse uno dormido. Muchos de los presentes, para no decir toda la grey, parecieron haber advertido con el alcance de casi una imputación personal, esa referencia al deicidio; pero solo uno de ellos, mientras él, ya de vuelta a su sitio, pisaba el último peldaño para ganar el suelo, hizo algo más que clavarle en la cara ojos inquisidores, ya que le guiñó un ojo. Comprende ahora qué quiso significar esa fugaz protección de parte de quien por sus antecedentes no era modelo de buena conducta. Algo como decirle: ' ¡eh!, ¿algún día no serás realmente un deicida?'.

Una mujer, en cambio, aunque en la vida corriente era una egoísta y además tacaña, al pasarle él muy cerca por estar en el mismo banco, le dio un golpecito en la espalda y en tanto los otros le seguían abriendo paso cada vez más comprensivos, como si de improviso se sintiesen sus deudores por la buena acción cumplida, le dijo: 'Duerme en paz, la culpa es de los que lo crucificaron ese día; no tuya'. Esa desacreditada, con los ojos relucientes cuando oía saltar las moneditas sobre el mostrador de su negocio de fiambres y quesos, estaba bien centrada en lo relativo a culpas trascendentes. . . Esa proposición de ella, tras veinte años continúa siendo válida, aunque en la mente se haya cambiado en un concepto más amplio y más acorde con su necesidad de una plena paz interior. En efecto la completaría así: 'Si el equilibrio de las fuerzas universales permite nuestra culpas, ¡pues hay responsabilidad compartida!'; frase que da tiempo para reflexionar y postergar, en lugar de atarse uno mismo, como ha hecho él hasta ahora, una muela de molino al cuello y andar por la vida cual culpable y penitente por hechos ajenos más que fechorías propias. ¡Voraces de uno mismo las grandes dudas! ¡Hondas las pupilas del que duda siempre en gran forma! Sin embargo inútiles las dudas, por lo inaccesible de una neta separación entre lo verdadero y lo falso. Tal como podría ser una construcción innecesaria esta iglesia, en cuyo caso no habría servido, el día que cayere de vieja. . . ni siquiera para calmar el hambre a los proletarios.

Entrecerró los ojos, para ubicarse en los años distantes. ¿Qué le ha quedado de esos viernes santos? ¿Del goce en seguida después de la absolución in no-

mine Patris, arrodillado siempre en el mismo lugar? ¿Qué, de las conmociones, que hoy quisiera saber si no eran tan solo vivas impresiones. . . al pasar en esos tiempos delante de un altar; y aún más activas, al girarlo por atrás, o subir al órgano, o pronunciar una palabra vedada en la nave, o. . . etc., etc.? ¿De tantos óleos olidos? ¿De tanto incienso que siempre se le venía encima, penetrándole bajo la epidermis cuando por horas agitaba el turíbulo en las grandes celebraciones litúrgicas? ¿De la Misa del gallo en esas dos o tres Navidades alegres, como no lo fueron las posteriores aun con las pantagruélicas comilonas? ¿Para qué sirvieron tantos kilómetros, apretando los dientes para no aflojar, de oraciones al acostarse y al levantarse? Pues hoy, en lo referente a los negocios del alma, es como una foca en el estanque del zoológico, y no un león enjaulado como queda, pobretón. . . un monje tras colgar los hábitos. Ha sustituido todo eso con un afecto casi sexual dirigido a la vida, al mundo y deliberadamente a las pompas de la vida y del mundo. Ya no cree un rábano y eso le proporciona una grata vacuidad. 'No creo en los curas', es la expresión que graciosamente lo empuja a la deriva y lo aturde; o mejor, le infla los oídos de libertad. Sin embargo tras la carretada de días sin pisar lugar para estos usos y prácticas, aquí dentro se halla totalmente incapaz de un juicio más objetivo. Además ha sentido algo absurdo, que aún no consigue superar. . . justo en el instante en que estas paredes, con lo que cuelga de ellas, asomaban vacilantes por estar en los primeros intentos por salir de las tinieblas que las sumergían. . . Tal vez esa luz alucinante al hacerse un nuevo día. . . ¿no brilla igual sobre un pedazo de excremento? Y para peor. . . ¿entreabren acaso los fetiches, algún centímetro más la puerta de las verdades abstrusas? Y aparte de lo demás, ¿personalmente tiene algo que ver aún, con Iglesias, curas, papas y sacristías? Por lo que, es muy fastidioso que aquí y en estos momentos, no logre sentirse absolutamente neutral ni esté en grado de proclamarse frente a frente consigo mismo, un incrédulo despiadado. Y menos, comportarse como tal. Sigue empantanado en el museo de sus sentimientos de la adolescencia; y como esta vez, en una iglesia padece aún extrañas vibraciones. . . por más que todo haya pasado y pasado. . . ¡Peor sería negarlo!

Sin embargo tiene treinta y cinco años contantes y sonantes y es jefe. En atención a todo lo cual, debe quedar enteramente a sus espaldas la adolescencia y él evitar que sobreviva disfrazada, en este tema por lo menos. Pues aunque la verdad fuera la eclesiástica y no la más cómoda en boca a los incrédulos, para limitarse a las huestes secundarias lanzadas con ese nombre a la resistencia y callar respecto de los premios Nobel en la avanzada del agnosticismo pero con escasa belicosidad; de todas maneras en esta edad actual que tan solo ahora podrá abrazar hasta las últimas consecuencias, lo que le urge a ojos cerrados es un furor iconoclasta. Y nadie pretenda saber de quién es la culpa de una conducta y menos aún tenga el descaro de tirar la primera piedra. En cuanto al frío superficial que aquí dentro toca las mejillas como de pasada. . . en tiempo distante habrá sido interpretable cual obra de los dedos

de los devotos difuntos a favor de la firmeza en la fe de parte de los vacilantes, pero hoy es racionalmente un mero efecto físico en esta clase de arquitectura. Por lo que no ve la hora que abran y pueda escurrirse para ser recobrado por la libertad, el placer, el pecado y el mal. Todas entidades confundidas entre sí, aunque 'alcahuetas' en distinto grado y por consiguiente con cierto atractivo. Sobretodo llamándolas con ese calificativo sin vueltas, que, tanto le cae adecuado para este mundo. . . que en adelante lo usará de la mañana a la noche. Entidades calumniadas, la libertad y el resto; sin hacerse las debidas distinciones, como cabe, entre las varias libertades o sea diferenciables, y la libertad en sí; entre placeres y placeres; pecados y pecado; males y mal.

Le han echado encima y de ello le queda ahora un cosquilleo. . . lo que millares de páginas demuestran como de origen histérico. En los años en que era cruelmente constreñido a permanecer con la cabeza indefensa de jovenzuelo, bajo las lluvias ventosas y de palabras lúgubres, del tiempo de cuaresma. Palabras castradoras. Hoy tiene fuerzas para buscarse la borrachera, allí donde por gracia del diablo sólo hay prepotencia de vida. Inclusive en una casa non sancta. Y si un comportamiento de esta clase llegara a pesar. . . ¿para qué se tiene la retractación o la contrición perfecta?

Sonríe: del púlpito cuelgan las orlas de un cortinaje amontonado en su parte superior, y alguna cuerda para tenderlo correctamente. Indicio probable de una predicación extraordinaria, de las que ventilan a fondo los vicios de la época, obteniéndose que algunos fieles los repudien en sus corazones y otros se reduzcan a poner cara de limones exprimidos. Sonríe otra vez, ésta con intención. Hace rato, en el tránsito del caos a esta luz triunfante, esas mismas cuerdas eran pistilos de la flor grandota, ahora un podio en un silencio ejemplar, sin orador desgañitándose para muy escasos resultados. Ese lugar que le causó la primera ansiedad del día, por imaginar cerca de él un monstruo ubicuo. Formal pues la plena luminosidad, al acabar ella por su cuenta con los misterios y las supersticiones y hacer al hombre menos desconfiado. De ahí este deseo de ganar la calle cuanto antes, pues más allá de este recipiente para preces, la mañana está bien extendida; y es desprejuiciada como su propia índole si a ésta algún día obtendrá cómo librarla de mitos.

Pone de lado este soliloquio como si fuera un objeto incómodo y con ello otras ideas a la espera de ser comentadas; y merodea por la nave. El confesionario más próximo está ahí, consigo, rígido y sin tarea. Le recuerda a un descarado, o algo por el estilo, pero lo que es sólo para su cabeza hete que se lo confirman los hechos: se trata de un real parásito, pero más sociable que los confesionarios en el pueblo, que al verlo a él era como si imperativamente le ordenaran hincarse y aguardar al teniente cura. ¡Bueno sería, tras tantos años vividos! Ese eclesiástico al que le contaba todo y en seguida recibía la absolución impartida con aire solemne sobre su carita, a la sazón flacucha, mientras en sus adentros él competía con el arrepentimiento que nunca lo vencía del todo. El resultado era no conseguir la paz interior, por no lograr la contrición

suficiente reclamada por sus pecaditos de entonces.

Esta vez un confesionario le representa a esa clase de cura que obstruye el paso a quien anda en las partes más discretas de la iglesia, con la cabeza a las corridas con sus propios pensamientos más recónditos. Es cuando esa variedad pareciera indecorosamente estar diciendo: '¡Eh!, tengo un quintal de absoluciones para negociar'. Pero he ahí que apenas lo consiguen a uno para que les cuente pecados, lo cubren con un chorro de preguntas, preguntitas o malas preguntas, e inclusive postergan la sentencia absolutoria. ¡No nos quieran asustar esos perdonadores cejijuntos! ¡Los pecadores formamos legiones y juntos somos sin miedo!

Levanta la cortina y mira hacia adentro; a la vez que con la rodilla, en una flexión ágil y una arremetida hacia adelante, hace saltar el resorte y abre. El sobresalto que ha tenido, es una bobada suya: es resueltamente agnóstico y ¡mal le pese a todos los creyentes unidos!

En el asiento, que es cómodo y con confortables brazos, ve un pañuelo algo sucio, olvidado; con que el cura de ciudad que ha dejado estas pistas, ha de haberse secado la frente, mojado de sudor por la paciencia de tener que escuchar los mismos pecados piojosos de la gente devota de una barriada. ¡Dichosos los abates de la Corte de Francia, que en las ventanillas de sus perfumados confesionarios se veían caer a alguna María de Magdala!

Absolutamente a su favor: él no masculló sino muy pocas veces ante esos agujeritos. Gozaba del privilegio viril de confesarse en un lugar de la sacristía donde todo se limitaba al reclinatorio para el examinado, si no había que arrodillarse sobre los ladrillos del piso, y la silla para el curioso. En su caso más bien un diálogo íntimo con el teniente cura, en una coincidencia muy amical por ser aquél muy llano. Su principal carácter como confesor era el de sudar mucho pero no secarse. . . ¿No se conversaba, por ejemplo, de su frenesí de pensar y proferir en la mente las más sucias blasfemias? Por lo que el amigo acostumbraba repetirle la exhortación afectuosa: 'Reza, reza, reza. . .' Siempre tres veces el consejo y aumentando sucesivamente el tono de voz.

Por su parte, tras despertarle curiosidad al contar con excesivo recato cual si hubiera de terminar en algo muy gordo, de repente se paraba adrede como para vengarse. Por lo que el examinador le golpeaba la espalda para darle coraje. En vano. . . Otras veces toda la iniciativa era suya. . . le plantaba una pregunta preparada de antes: o de su factura o escuchada al grupito que en la iglesia se ubicaba cerca del ingreso sin llegar jamás al comienzo de los bancos, para tener cómo escaparse si a alguno de ellos le entraba el sueño. Sus dichos eran en la ocasión, extravagantes en la boca de un adolescente, pero el teniente no perdía la paciencia. Y sin contestarle en concreto, quizá por poca teología, le mandaba: 'Inclina la cabeza para cualquiera de los dos lados, a fin de que el mal pensamiento se salga de tu mente'. Y acompañaba la orden con un gesto de cabeza con el que representaba plásticamente la acción esperada. Luego como cierre, una nueva frase casi siempre la misma: 'El ron que de la

boca no sigue más abajo, emborracha tan solo al vanidoso diablo de todos los días'. Poca curiosidad en ese teniente, en comparación con los otros entremetidos de la gran familia con la sotana.

Pero si era hora en que por su lado sentía el temor de Dios, al quedar por un tiempo callados ambos y así los dos sumidos en la gran extensión de silencio. . . él se hallaba solitario y desamparado frente a los grandes misterios (quizá el hechizo de esa frase 'grandes misterios', recién pronunciada o en espera de su oportunidad en el semblante del cura. Semblante que por tanta candidez parecía desprender un soplo del alma de su confesor, como si en ese hombre ésta consistiese en un vientecillo agradable). En tales circunstancias la misma confesión se hacía filial y minuciosa y por su lado se ganaba una simpática reprimenda, aunque pareciese dura por el aspecto. Como tras una rencilla en breve llamarada, sin rescoldo ni cenizas. Pues no faltaba una caricia reparadora de parte de ese curita. Todo lo cual hoy le causa placer, como recuerdo de adolescencia. Pero recuerdo intrascendente.

De regla, sin embargo, ese muchachito era un rebelde. Se acercaba a los confesionarios para robar secretos, en especial si en el reclinatorio, erguida a duras penas para conservar los labios a la altura de la rejilla, había alguna vieja, ésas a quienes silban las palabras por la dentadura suelta, siendo por ese ruido más fácil captar el asunto. El día siguiente, al encontrar a la penitente en la calle, cualquier hubiese sido el pecadillo entreoído, con una sonrisita burlona por encima de su edad cronológica se insinuaba entre los ojos de ella, que no comprendía el porqué ni el alcance de esa inquisición de parte de un mocoso, y con la mente le transmitía: 'Te han encajado tres avemarías'. Luego, entre sí, invariablemente, se adecuase o no al pecado escuchado o presumido y por causarle satisfacción, regocijado decía: 'Tú sí que lo tienes asqueroso el órgano reproductor'. Pero también a la santa adolescencia se le seguían los pasos. Estaba siempre dado vuelta el otro cura, un grosero, chocho además de muy viejo, y bueno para nada. Y que pegándole en el hombro con los nudillos, lo que repercutía en su tímpano como los golpes de un martillito, le preguntaba con un poco de crueldad: '¿Te ha dolido?'. En efecto antes le había juntado con esos dos dedotes, un buen trozo de piel en el cuello y se lo había retorcido hasta que él largara el '¡ay!'. Y allí le aconsejaba, tras esos abusos físicos: 'no debes estar tan encima de una confesión. Dios puede mandarte la sordera total'. Él negaba en palabras concitadas. Defensa inútil por ser el viejo muy terco y tomarle siempre esas excusas como una admisión de culpa simplemente sofisticada, por lo que lo despedía con una cachetadita tampoco muy casta. Muy difícil tomar cualquier confesión femenina; ¡casi como querer cazar pájaros con las manos! ¿O acaso no perdía un buen hilo ya a su alcance, por otro 'salvaconfesiones': uno que se aparecía en todas partes con esos ataques espasmódicos de tos?

Se vuelve a uno de los altares laterales. Como hombre hecho, no comprende, en cuanto a la concepción que inspira sus ornamentos y componentes, casi

nada, pero por un fuerte deseo negativo quisiera saber menos aún. Por lo demás aun entonces. . . pues si hasta los catorce simplemente no se hubiera permitido. . . más tarde, creciendo, y al hacerlo comprendiendo. . . empezó a llevar el hábito espiritual de la confirmación bastante reformado. En efecto guardaba el porte prescrito delante de las personas de cuidado, pero en la trama de su propia tela la fe interior (salvo la prosopopeya para Navidad, Pascua y alguna otra fiesta grande o a veces en las horas del anochecer), no llegaba más allá del instante de sumisión al pasar por delante del altar, donde no se permitía la reverencia apresurada del sacristán, siendo la suya una inclinación muy respetuosa. Con ese acto fugaz, y alguno más, siempre muy breves. . . absolvía toda su profesión de catolicismo, tan solo exterior, dando por satisfecho también, por el estímulo de un sentimiento de regla litigioso dentro de sí en cualquier tema, religioso o no, o sea una rebeldía por la rebeldía misma, el deber contraído por el sacramento de la confirmación, de fiel militante. Con tan poco, se consideraba en orden en su cuenta para con Dios: que desde tantos años le venía presentando el teniente cura en una larga lista inacabable. Cálculo ya hecho, sin admitírsele la discusión libre. Empezando del momento en que, al enseñársele a los seis años el catecismo, le habían cargado el pecado original: la culpa de un tal Adán, sin lugar de residencia conocido ni ficha de antecedentes. . . Para sus adentros, no admitía, y en ello ya desde entonces era un indomable, que el garabato de reverencia del sacristán cupiera debitarlo exclusivamente al nombrado, por haber el orden universal consentido que creciera tan mal criado. Quizá culpa para dividir en partes iguales. . .

Con caprichos de esa clase en su mente, a los diecisiete, el hábito de la confirmación si bien él no lo había colgado aún, se lo sentía envejecido; aunque no se decidía a arreglarlo a la moda o llevarlo con más elegancia. De algo estaba sin embargo seguro: no era un gran cristiano y no le importaba. En efecto no procuraba mejorar tal condición de inferioridad confesional, comparado él con coetáneos suyos, más fervientes y sinceros en la práctica del culto. Había en tal comportamiento, como lo pensó años después y lo vuelve a considerar ahora, una contradicción y el afecto por sofismas bastante simplotes, sin conocer siquiera aún tal palabra. Aun así, está convencido de que aunque lo hubiesen asistido mejor espiritualmente, tampoco se habría preocupado por estar haciendo mal la parte del feligrés. Por lo demás no era que razonara realmente desentonado en toda la línea. Por el contrario, no meditaba en absoluto sobre la fe, y sus domingos transcurrían en lo que debía reservar para la religión, sin mucha incomodidad no teniendo otras cosas en que entretenerse. Rezaba además de dos formas: con noción o con indiferencia. Con noción. . . por la orden que se impartía tratándose de una fecha importante del calendario eclesiástico o si especiales circunstancias exigían una plegaria consciente. Entonces encontraba cómo espolear a sí mismo a fin de que cada rezo fuera por él sopesado en cada palabra, puntuado correctamente y separado del siguiente por un intervalo decoroso. Y el 'amén', dividido en sus dos sílabas.

Corrientemente, en cambio, predominaba la otra manera: al rezar, viajaba: sus oraciones eran el tren en movimiento y él, el de la nariz pegada a la ventanilla para mirar el panorama que da vuelta.

¡Qué aburrimiento con el misionero llegado del Africa negra, cuando esa noche glacial se agachó delante del sagrario casi hasta tocar con la frente el primer escalón del altar! Le resultó hipócrita y gimnasta, y el mismo sacristán lo llamó más o menos eso. Era el tiempo en que se preparaba a dejar el pueblo y venir a esta ciudad.

Este otro altar, distinto del suyo, está esperando un comentario. Ya no recuerda si el lado del Evangelio está a la derecha o en ese lugar el de la Epístola. No hay duda de que las plumas de la liturgia se le han volado de la mente. Sin embargo se juzga capaz todavía, de servir la misa, la anterior al Concilio. . . pues la nueva se dice que está bastante cambiada. Considera que tras un par de preguntas para salirse de su ignorancia y prescindiendo de alguna repetición o vacilación. . . la cosa podría andar. Y a propósito. . . ¿por qué estos asuntos tan duros. . . si adentro, su alma volteriana tendría que haber echado al canasto la Iglesia y las Iglesias? ¿O Freud no se explicó? ¿O no trató el tema?

Esta mañana, como en el tiempo de su adolescencia. . . continúa, sin saber por qué, apreciando el coro, por los asientos y los atriles de tanto relieve y los grandes libros de canto de caracteres muy legibles. El del pueblo ha quedado en su memoria algo exagerado. . . pues cabrían, de ser como lo recuerda, los mil quinientos habitantes, lo que es impensable. De cualquier modo también allá han de ser pocos, hoy en día, los que concurran a mostrar sus bocas, abiertas en el acto de cantar. . . Además, bien mirado, los coros han de ser al presente todos feos una vez entrados en acción. . . después que faltan las barbas blancas que marcaban la presencia de honestos patriarcas. Por otra parte, señores curas, Stentor es aventajado por un parlante robusto servido por un poderoso amplificador. Y si tanto ha muerto, ¡también los dioses se han acabado!' No hay salida: realmente se ha marchitado toda posibilidad suya de volver a pertenecer conscientemente al cuerpo místico. Y sale ganando. Pues ahora puede decir y hacer lo que se le antoje, sin tener que consultar previamente la tabla oficial de los pecados. Y no tiene remordimiento en pie, pues la fe se ha marchitado tras haber sido en las postrimerías una simple fiebrecita crónica. De esa partida le han quedado quizá las cenizas, por lo que en todo caso. . . se dará una cepillada cuidadosa. Más ahora, que habiendo llegado a una jefatura no cabe demorarla. La cumplirá a la perfección.

Tampoco la cofradía sin barba que en este instante sus ojos ponen en los asientos del coro, posee ya, en los salmos que entona, ni las palabras ni la música de encantadores de serpientes, pero tan solo alguna inflexión tomada en préstamo, aun sin ser advertido, de músicas bailables. El Tedéum, sin embargo, lo reencuentra en su mente y a lo largo de su cuerpo, capaz de arrollar alguna defensa suya pero de las externas. Porque esta confesión colectiva,

aunque sea absurdo... le es de nuevo fascinadora: la única capaz de llenar este vacío ambiente, creado ex profeso por una arquitectura maliciosamente ideada para subyugar. Lo que lo alucina todavía, poética y no eclesiásticamente, es la certidumbre encerrada en tantos pechos y en esas bocas hacia lo alto... en la misma dirección de las trompas en los fortísimos, para abrirse como raptadas al canto enfervorizado.

Lo apasiona, no cabe negarlo, tan vehemente testimonio de gratitud de tantos, a la vez sentimiento muy íntimo en cada uno de ellos; en un mundo con tan poco que agradecer. Gratitud hacia quien filosóficamente y cualquier sea su nombre, sería la causa primera... por lo tanto no un dios que por propia elección habría dado el envión a cada cosa tras seis días de tarea y con uno de reposo. Si tuvo que descansar no es omnipotente y tampoco perfecto. Deja todo eso... por no ser teólogo, estar seguro de repetir perogrulladas y no interesarle tales disquisiciones. Le sobra tener la jefatura.

Al imaginar tantas voces en el coro, canturrea también con la suya. Voces frágiles, por abortar a grito pelado en las profundidades sensibles y misteriosas de su oído, que trabaja junto con sus ojos. Estos tan suyos, que han puesto sentados a los cantores, con los librotes abiertos. Y se divierte haciéndolos de toda edad y aspecto. Y como deja en libertad el oído y la vista en esta recreación fantasiosa, lo invade el entusiasmo de entonces cuando en el trascurso del himno aprovechaba esas voces laudatorias para pegar gritos en la iglesia o proferir palabras de significado arduo. ¡Era desobedecer una regla importante!

En un contrasentido, la obediencia es ahora su característica ordinaria, cual norma del adulto. Por lo que se estremece de esta edad actual cuando, dentro de sí, así le sucede, en medio de un halo de tristeza muy sutil se vuelve adolescente en el más prístino significado: un muchachote de nuevo en pie... que el otro Andriolli, el formalista, restituye a las exigencias de la hora, con tres palabras convencionales: 'Tienes treinta y cinco años'.

Siendo así ¿por qué la adolescencia corrió tan de prisa con el fin vano de concluir cuanto antes? ¿O no fue más bien él en cambiar la conciencia de poseerla... por otra noción perteneciente a una edad mayor y que a la postre, según lo logrado... no significa una ventaja cierta?

Lo que no es halagüeño es que dentro de algún año, Andriolli matará también a la reemplazante actual, por necesidad de adquirir y conservar una nueva convicción: la de la decadencia intelectual y física, con el cargo de tener que vestirse con tonos obscuros, cubrirse de achaques, sentirse cansado muerto y pensar en la muerte... La conciencia de la edad madura, asienta hoy la vida de él en el principio de la obediencia: obediencias comunes a todos, o sea de los unos hacia los otros y más vigentes que el amor recíproco y fraternal, escrito solamente en los libros. Obediencia mayor y obediencia menor. Y ésta, a caballo de la otra, es decir un sistema de pocos, sujetos a escasas reglas pero con derecho de reclamar una máxima obediencia a un número casi incontable de obedientes con un deber casi ilimitado de obediencias...

De esta ilusión de estar cantando el himno sagrado junto con muchos, también sabedores de cosas que a él por lo menos, según lo aprecia ahora, le sería más provechoso, en un día de suyo con malas perspectivas, seguir ignorando. . . de este canto que es hermoso por sí, lo arrancó un brioso tocar de las campanas, justo por encima de su cabeza; como si él también estuviera atado a esas cuerdas y subiera y bajara del mismo modo según el antojo del campanero. Es la llamada, tan tempranito, a la primera misa.

Trata de acurrucarse hasta el momento propicio para irse sin ser notado. Se arrastra en el suelo, da vuelta alrededor de la pila del agua bendita y los dedos, que lo ayudan a desplazarse, al recorrerla a la altura de sus bordes se le mojan de esa agua. Los mete en la boca sin querer y es el gusto salado de los viejos tiempos. Ni el Concilio ha cambiado el sabor de esta mescolanza exorcizada y bendita, que le quedó encima durante meses después del gran divorcio. . . 'No', dice; refugiado tras una columna, donde, acogiéndose con las piernas muy juntas y los brazos ajustados a la cintura y levantando los hombros para taparse el occipital por la impresión de fresco desde la espina dorsal, cabe entero y bien oculto. 'No, no es posible ningún compromiso. . . ¿O no soy un evolucionado?'

Y en salvaguardia de alguna posesión indeseada de que pudiera ser objeto por algún fenómeno parapsicológico. . . vuelve los dedos hacia abajo por el remanente de agua en ellos, a fin de que caiga al suelo. . . Y al enderezar la vista, a la espera de que se forme la primera gota, y observar el piso, divisa en un baldosón el brillo de una medallita. La recoge y se la echa al bolsillo pero sólo en actitud de coleccionista. Verá antes que nada, si es plata y algún valor de mercado justifica quedarse con ella. Ninguna otra razón, por haberse forjado de todo el asunto del Cielo, su idea personal y definitiva. Tal idea, oblonga o no bien redondeada, siendo suya la defenderá en la luna y en la casa del diablo y dondequiera le toque hablar del tema en este planeta. Una idea que tiene contradicciones, pero ¿cuál noción o concepción filosófica no tiene las suyas?

Mientras se mantiene oculto, observa frente a sí la V estación del Vía Crucis, desde donde lo mira fijamente el Cireneo cada vez que se encuentran con la vista. En otros tiempos hubiera sido un momento de sobrecogimiento, como ante una recriminación por su incredulidad. Ahora es a lo sumo el caso de un antiguo conocido hacia quien, quedándose esta vez cada uno en su propio sitio, no guarda la vieja simpatía. Por lo demás, ¿no hace en todas las iglesias en la forma como parece fatigarse por Cristo, la propaganda de sí? ¿Por qué, mejor que los demás? Al fin y al cabo, obró por imposición del centurión que al verlo que volvía del campo lo más fresco, mandó que le pusiesen al hombro la cruz para que la llevase en lugar de Jesús. ¿Quién puede probarle que ante esa requisición personal, al no quedarle más salida que cargar con el madero un buen trecho, su cara no haya sido la de un rabioso? Basta pues de tanta melodía acerca de ese Simón, usufructuario de una buena fama quizá

inmerecida.

Y a propósito, en esta segunda mitad del siglo XX, ¿por qué conservarles a los santos ese nombre y no encararlos exclusivamente como buenas personas del pasado? Si entraran en los dominios de la ciencia con la nombradía intacta respecto de milagros, asignada a cada uno de ellos por la tradición. . . ¿qué quedaría de la física? En cuanto a los físicos tendrían que salir de los laboratorios gritando el **non sum dignus** y a continuación no hacer más nada, no siendo rezar y rezar. . .

Ya en otro orden de consideraciones, ¿puede dudarse en estos tiempos de nervios, experiencias y evidencias. . . de que una iglesia no sea una forma de la arquitectura que, a través de huecos, cavidades y escondrijos está llamada a oprimir las conciencias? ¿O es simplemente su caso, por haber sido un tiempo copado en la red? Siendo así, ¡pues cortar de un tijerazo los hilos invisibles que unirían a este bautizado con el cuerpo místico!

Zamarreado por estas reflexiones, se sacudió cuando el sacristán viniendo del lado de atrás del altar mayor, de seguro por alguna puertita oculta, con cara de bien descansado y abrochándose la bragueta mientras avanza a paso rápido, rozó la columna cercana al lugar donde él aguanta el respiro para no descubrirse. Lo peor fue cuando tras proseguir sin convicción, la que le faltó de repente, se detuvo como por un alma que se sintiese a sus espaldas, por lo que giró la cabeza hacia el escondrijo de él Andriolli o aproximadamente; luego de lo cual, aún vacilante por estar seguro sólo a medias de no haber nadie, cumplió el último tramo en la dirección que llevaba. Delante por fin de la puertita de la derecha, eligió una llave de las que tenía consigo y abrió; a la vez que sin darle tiempo para concluir lo faltante, por el espacio disponible irrumpió en la iglesia un grupito de mujeres en fila india, ovillándose cada una sobre sí misma por el fresquito de la hora temprana. Ovillos de hilo común, siguiéndose una a la otra, con el velo o el pañuelo que flamean por un soplo de brisa desde el exterior. Asemejándose estas devotas, a hormigas cuando cargan fragmentos de hojas balanceando éstos sobre ellas y se mueven en columna, en una orientación guardada con firmeza.

Todas se hacen la señal de la cruz desde la pila del agua bendita y al alejarse son otra vez esos insectos cuando sortean en igual forma desde milenios, un obstáculo del recorrido. Y por fin se desparraman en los bancos con amplitud, como si quisieran parecer en número mayor de las pocas que son, ahora con los cuellos en resalte. Y al tomar asiento recuerdan ovejitas ruidosas en desorden. Pero de inmediato, hételas emprendiéndola con los rezos, arrodilladas e inmóviles.

Ya tenía en la mente, inclusive por ejemplos en su familia, imágenes de santurronas y sacristanes. Pero mientras a éstos los olfatea hasta en medio de un gentío, por el andar siempre sobre la punta de los zapatos o cierta exteriodidad indefinida que denuncia el oficio y que para su ojo es exterioridad 'a lo cura', a las beatonas las entrevé teniendo como fondo una iglesia o si en-

tre ellas y el horizonte hay un campanario arrojado hacia las nubes. Si no, la presencia de estas fulanas se le escapa.

En contraste con las recién llegadas, que como variedad nunca le han gustado, y con los sacristanes a quienes directamente odia, le resultan muy simpáticos los santos pintados o en estatuas, que aquí dentro están en profusión. Los ve gente que guardó normas y los de esta iglesia, de rasgos aceptables, a no ser los ojos algo afectados. Por lo tanto, fe aparte, vuelve a observarlos por separado, pero con dificultad desde su escondite; si bien prescindiendo firmemente de toda admiración comprometedora: sería volver a comenzar. . . (comenzar de nuevo a rendirse. . .). Conserva en cambio inmarcesible aprecio por San Francisco de Asís, del que se declaró en público, no ha mucho, por razones humanas únicamente, un 'hincha'. 'Por sus virtudes civiles', insistió varias veces en la misma oportunidad; 'entre otras. . .', completó, 'la de no haber pensado en revoluciones ruidosas y no haber tenido en su prédica el más leve vuelo demagógico'.

El sacristán se acercó a un pequeño altar a la derecha del altar mayor y con una mecha encendida rozó las velas una tras otra. El hombre y los pabilos eran igualmente hesitantes en el primer momento, pero la luz se formó con fuerza alrededor de cada cirio. 'Y así lográis reponeros de pie, o cosas que armonizadas para un significado religioso. . . detenéis, por extravío mental inducido. . . el progreso sin fin del género humano'.

Era el instante. Se arrastró a lo largo de las paredes hasta la puerta abierta, la que, tras una gracia de sol que lo embistió por haberse ensanchado el paso a raíz de un golpe de viento que la puso de par en par, por una nueva ráfaga de regalo para él se entornó lo bastante como para crear allí una penumbra claustral. Había cómo salir sin ser visto. . .

Al atravesar el umbral, haciéndose más bajo por precaución; por una necesidad espontánea (que no puede llamar antojo sin engañarse a sí mismo), se persignó. Algo más adelante pero todavía en el atrio, se sintió más objetivo y también liberado. Y pensando en el acto cumplido, sacude la cabeza y sonríe. No sabría qué conclusión sacar. . . Y por fin exclama, en voz alta como queriendo ser oído por las partes cercanas de este edificio embrujado: '¡Hay tantos estímulos materiales neutros para ciertas acciones absurdas!'

Se encontró en la calle. En definitiva ha sido una aventura. Y lo que es singular y extraordinario tiene realmente vueltas inexplicables. Si así no fuera. . . la ciencia tendría que detener su viaje triunfal. (Viaje con muchos miradores, desde los que ella podría ganar espacio y que sin embargo le permanecen vedados). Y esta reflexión, entre paréntesis en su cerebro, lo consoló, por lo menos momentáneamente. Aunque, queriendo insistir. . . ¿desde la noche última no ha estado omitiendo algo? En efecto está claro que el miedo que lo trajo aquí, por rehuir dentro de sí mismo de un perseguidor que no está demostrado que existiera como tal y menos aún que no hubiese podido pararlo en seco con dos palabras enérgicas, es un estado de ánimo del que perentoria-

mente debe salir para siempre por ser una entidad paralizante, por ende para tener lejos de uno. Obtener que el miedo, comprometedor siempre, en el futuro sea únicamente el que provenga de un examen frío y actúe tan solo por cuenta de la economía vital y las correlativas exigencias. O sea, ese poco y nada más, que por fuerza el individuo debe verse encima cuando es la única protección a falta de recursos más razonables que el de salir de un peligro disparando. Muy distinto, lo de anoche: le faltó la capacidad para una reacción prudente como hubiese sido colocarse en forma abierta o fingiendo de no reparar en él, al lado de un vigilante y con ese resguardo efectivo mirarlo pasar a Carletti y luego verlo reaparecer con el aspecto de pacífico ciudadano, por no poder cometer un abuso a la vista de una pública autoridad.

Repasando la cosa también por el lado de adentro, ya no cree, por lo menos con tanta seguridad, en un Carletti perseguidor tenaz. Por otro lado tiene este nuevo día entero por delante y que se mantendrá iluminado por muchas horas, con este sol resplandeciente por todas partes y denunciando celadas. . . ¿Y por qué no?. . . apto para llevar claridad en una cabezota marital, haciéndola más sensata y que comprenda que ya no se trataría de romperle un 'hueso importante' a un empleadito, sino tener que obrar en esa forma grave con un jefe de oficina; lo que somete más probablemente a una reacción indignada de la autoridad en general. De cualquier modo, no puede excluir que éste no sea de esos días con el sol que juega en los ojos, irrita a las personas nerviosas y las empuja a cometer locuras, como para agrandar los titulares de las publicaciones y horrorizar a sus lectores. . .

Por lo que, la noche próxima no estarán de más ciertas precauciones. Y una habitación con teléfono, éste como compañero en las horas pequeñas. El que resuene en una comisaría próxima, a fin de poder solicitar auxilio: asaz mejor recurso que la antigua usanza de asomarse a una ventana a la calle y gritar a voz en cuello. Y ya vía de escape de todas las épocas, aun la actual, para el podrido de susto. . . saltar al vacío, o para salvarse o para quebrarse el cuello.

Pero como no hay fin individual que pueda salirse de lo escrito en el gran libro para cada uno, quédese él por lo menos con estos rayos mientras continúen poniéndole esta alegría en el cuerpo y, no tanta aún, en el alma. O sea, Andriolli como la hormiga; la que no se aparta del camino aunque el paso de un santo varón esté por dejarse caer sobre su débil consistencia.

CAPITULO V

Los Carletti los hay por cantidades, todos estructurados de la misma manera: cucarachas que si más dañan con las tinieblas, a todas horas cometen actos obscuros dignos de las noches tupidas llenas de pestañas. Por lo que si será indispensable, para sobrevivir algo por encima de lo trillado, valerse de una anónima, empleará ese recurso para permanecer a flote. . . Si bien el hombre justo lo usa con justicia, jamás por cobardía. Detestable en efecto una carta así, en manos de un Carovino. . . Puede golpear a un inocente en los riñones y hacerlo caer de bruces. . . Y tras ciertas caídas duras, solo cabe levantarse despacio, limpiarse lo mejor posible la cara, irse y no dejarse ver más engallado. O sea reincorporarse a la nada.

Los Andriolli, no siendo las pocas licencias y aun así limitadas por la tiranía de sus naturalezas mansas, pertenecen a la jornada en su plenitud: saben ejecutar en el ambiente solar, cosas simples pero honestas; y una tarde cualquiera, que sea muy luminosa y quizá con un vientecillo romántico. . . hasta algo digno de un gran hombre y suficiente por sí para destacar moralmente a un simple hijo de mamá. Pues ese hijo habrá de hacerse; por alguna razón querida por el destino, de ser acertada la idea que al respecto cada tanto se le acerca y le da fuerzas para continuar; bastante más que esto que es por ahora. Y si en cambio morirá como modesto jefe de una modesta oficina; gracias a la ilusión grande. . . hete que sin afectar a nadie, se habrá hecho mayor alegría en el cuerpo en compensación de las tantas horas aciagas que no habrán de faltarle.

Merodea despreocupado: nadie sabe que ha dormido en una iglesia por motivos muy personales. La mañana está fresca y despejada y pronto se verá si ella, tras una semana irregular, escapa a esta estación del año de desarrollo tan malo. Familiaridad con el movimiento de la mañana temprano, no posee: desde siglos según la norma inflexible de un empleado que no mira donde no debe ni ambiciona lo que su estado no le consiente, y por lo tanto puede medir con cuidado y ordenar mejor su tiempo, se levanta a las ocho en punto. ¿Pero tendrá que ver en el futuro con tal costumbre, que para él todo ha cambiado y consiguientemente también su mundo tendrá que lograrlo? Porque una precisión empernada en esas ocho durante todos los años que se ha trabajado con la misma Firma, es demostración de ejemplar disciplina. Requiere que la afeitada, el betún en los zapatos (o por lo menos la lustradita en las puntas de la capellada), el cepillado atento del traje burgués (no el golpeteo

de algunos, como si trillasen la mies en la era) y otras necesidades comprensibles. . . sean tareas despachadas antes de acostarse, la noche previa al día laborable. O si es ilógico, por no rendirse la naturaleza a una anticipación, encaminadas en lo posible.

Con ese orden, al que siempre se ha atenido, salta del lecho a esa hora precisa; se airea la cara en la ventana por el brío que comunica el aire fresco o frío y para despertar bien los ojos; y en seguida la emprende con el cepillo menor, o sea encara los dientes todavía algo más largos según la sensación que le producen levantándose temprano, y luego pasa a las uñas con los alicates siempre bien afilados. Y acabado el resto de costumbre, se guarda algún instante para demorarse con la pereza matutina, la más linda de todas; además de la necesidad de consultar un par de veces la luz del día, con su vista aún sensible, para allanarse o no al paraguas, que en la duda carga consigo. Así, a las ocho y cincuenta y algo, tras una pasada por el local La Arañita, para la taza de Moka (?), tragado ese café de prisa; justo cuando el reloj del Municipio empieza con ese esfuerzo para soltar el primer toque, tibio o helado según los grados al aire libre, el dependiente Andriolli sube con dignidad el último tramo de la escalera, con el aspecto de ser personalmente la exactitud misma, pero a la vez de espontaneidad. Y mientras el repique de ese esperado mazazo inaugural, al que siguen ordenadamente los otros ocho, predomina como en falsete sobre cada cosa en derredor, él pisa el umbral de la Firma y entra, cada día absolutamente puntual. Como en tantos años desde su ingreso como dependiente. Puntualidad inflexible que significó no haber tenido jamás un fuerte dolor de barriga hacia las nueve o haberlo aguantado comprimiéndose la panza; y demandó precauciones secundarias para que apareciera una virtud suya individual y exclusiva. De otro modo no hubiera sido considerada un mérito, o un defecto innato, sino una astucia manejada con arte quién sabe para qué finalidad. . . A solas consigo, reconoce que fue una pillería, pero innocua, que le ha proporcionado un capital al que debe, a su criterio, la promoción obtenida (esa apariencia de escrupuloso en todo, ha de haberlo presentado ante los Grandes de la empresa, como un lindo sujeto de tiempos idos. Bello para la prosperidad del patrimonio social).

Quien más quien menos, es un hecho de que la gente cree, dentro de sí, que él haya levantado un altar al deber. En cambio, por lo menos en cuanto a esa precisión al cruzar el umbral. . . se reconoce de ahora en adelante como el vencedor del primer premio, respecto de la vieja casa que ha cambiado por un palacio con porteros: al volver a aquélla por algún objeto que le interesa conservar, el nuevo rico demuestra apresuramiento y celo por salir de ella a la brevedad (¡oh mutabilidad de los afectos más íntimos!), con gusto y sin pesar. . . Él también, de esa puntualidad considera que muy pronto la dejará a los perros alertados (entiéndase que alude a los bobos de la oficina). Sí, bobos y recién ahora, tras la promoción, en guardia respecto de su personalidad. Pues se la ha dado a beber a todos y por lustros. . . Tampoco importa ya, que

lo compadecieran tomándolo por un extravagante. Después de todo, siempre ha creído tener derecho de vivir a cargo de ciertas picardías cuando no se causa al prójimo un daño doloroso. ¡Qué manera de burlarlos! Hay un hueco que achica el rellano del cuarto, para guardar allí objetos varios: lugar discreto porque a nadie se le antoja espiar en él al hacer la escalera en una u otra dirección. Se esconde así, sin problemas, en ese sitio, cuidándose de no ser visto. Por la angostura de ese refugio, se adapta en él como en un recuadro para otros usos y se conserva tieso como una estatua. Lo importante es llegar con antelación, de manera de poder iniciar a tiempo el último tramo que termina directamente ante la puerta de la oficina, en el piso inmediato superior. Veinte escalones, con el espíritu sosegado o que así parezca, por haber tenido en el hueco como prepararse para la hazaña arreglándose los pliegues de la ropa y las infaltables encrespaduras anímicas. Pues llegar adecuadamente, para un larguero como él desde que se levanta de la cama, impone ciertos imprevisibles apuros que después hay que borrar del semblante; de lo contrario serían unos cuantos en la oficina, o espectrales moradores de la casa, en apoyarle en los ojos interrogaciones que lo fastidiarían porque lo fastidiarían. . . Por esa espera en el lugar, así montada, cada mañana puede emprender la fase resolutoria de la gran prueba, cuando las tripas mecánicas del reloj municipal comienzan a acomodarse para el primer toque, y mientras ellas rezongan y no lo largan todavía, cumplir esa última subida a fin de atravesar el umbral como si estuviese acoplado al mazazo inicial, o tuviesen una contemporaneidad interna, o ambos se manejaran en base a un acuerdo previo para ese ingreso juntos y como del bracete.

Aunque no lo necesite; pues el espacio disponible aun con lo allí depositado no es demasiado tacaño; a raíz de un defecto propio contraído años ha y nunca remediado por haberlo hecho un rito divertido, con la cara alegre se pone tieso para que el vientre no se le eche para afuera y alguien lo note sobresalir. También ritual es su gesto ahí dentro, de devolverle enérgicamente a su cabellera el infaltable mechón que, si en el instante de concluir el tramo fatídico lo dejara caer en la frente, le restaría solemnidad en el porte. A la búsqueda siempre de un origen para cada cosa suya, atribuye ese afinarse corporalmente y ese reprimirse el pelo, ambos excesos superfluos, a una defensa inconsciente de sí, como si cuanto menos hubiese del Andriolli material, menor riesgo de ser descubierto en esa cueva. Un conjunto de detalles, de los que, tras la promoción conseguida, se siente libre de reírse y sacar una conclusión poco favorable respecto del empleadito que deja a sus espaldas. ¡Categóricamente lo deja!

Al volver al análisis, el motivo del mechón es claro: por tener costumbre (es un pasado hasta ayer, luego obvio que lo insidie como si él no fuera nunca a desembarazarse de semejante fardo), antes de entrar de la calle al edificio, de quitarse el sombrero y sostenerlo colgante de la mano y con ésta imprimirle un movimiento pendular para mayor souplesse en su propio aspecto, llega a

menudo al refugio del cuarto con el pelo que insiste en escapar a su cuidadoso peinado, obtenido en grado de atrayente, delante del espejo en su cuartucho, entre las ocho y treinta y las ocho treinta y cuatro al máximo. En cuanto a los minutos allí arriba, no admiten quitas, por lo que cualquier atraso precedente lo ha recuperado con tiempo, en desmedro de la taza de café en La Arañita. Si bien eso lo hace incurrir, en especial por algún ruido que se anticipe respecto de otros, como el chirrido del carro acostumbrado o la voz diaria antes de lo habitual, por lo que el cafetero se confunde respecto de la hora, en los reclamos de éste, a quien interesa la salud de los clientes hasta el extremo de emplear una frase sonora para cada uno de ellos cuando se atragantan por la prisa. Para él es, desplegada en público y desde el mostrador y con el efecto de acorralarle la bebida en el tubo digestivo. . . 'nuestro Andrieta hoy está en algún embrollo'.

Su puntualidad en cruzar ese ingreso a continuación de la trepada ejemplar, exaltada por los dulces pliegues de su ropa en un juego armonioso, y los últimos peldaños, desde siempre con el mismo paso cadencioso de hombre metódico y el aire reflexivo que le siembra en la cara tanta seriedad; junto con los demás recursos igualmente positivos, y de forma de crearse, por tantos factores concurrentes, la figura acabada de un señor muy respetable; han querido necesariamente una preparación **ad hoc** en los minutos previos. Es la condición para una llegada allá arriba, con el respiro y la circulación que proceden naturalmente. En ese programa bien estudiado, lo que más importa es que el toque inaugural, no el instante que lo precede o el que lo sigue, aparezca como si fuera depositado gentilmente en ese ingreso, por su propia mano y desde ahí resonara en esa forma mágica. Esas nueve, desgranadas a lo largo de su espinazo, le comportan un temblor benéfico que le engendra un estado íntimo de euforia, de su exclusiva pertenencia, que por tal razón no deja transparentar en el rostro. La llegada en efecto tiene que ser formalista y burocrática. Así es siempre exteriormente. Un hecho diario que llamaría un momento fugaz de esplendor; pues una vez que entra y sigue con sus piernas instruidas el corredor hacia las piezas, empiezan las miserias del empleo, ya de tres lustros, o sea la duración hasta el siglo pasado de la tajada fructífera de la vida terrenal de tantos músicos. . . (su acostumbrada reflexión cuando lo toman el desasosiego y el temor de morir de repente).

En un esfuerzo por conseguir un equilibrio entre las varias puntualidades desde las ocho en adelante y poder dejar la mayor en ese umbral; la taza de Moka a cargo de la que corrige (no se cansa en su mente de destacarlo) los desfases habidos y que tendría que despachar según el plan correcto no más allá de las ocho y cuarenta y siete, muy a menudo está todavía escurriendo en su estómago en el ápice del gran instante y a veces siente su rezongo final al estar ya sentado en su lugar en la A.

En compensación, esa primacía siempre se le ha reconocido, si bien con rencor. Carovino dice por ahí, que 'la personalidad de Andriolli es desde todo

punto la puntualidad que lo engalana. . .', o según otras frases del mismo empleado. . . 'el punto medio de las nueve de ese reloj municipal es el perno de la personalidad de Andriolli: este aparato que tenemos entre los pies. El resto de ella, simple consecuencia disfrazada de otras mezquindades indeterminadas'.

Otras cosas se han dicho sobre el tema. Esta mañana recuerda las principales y considera, muy fastidiado, que lo que quedara flotando en el aire acabaría por unirse de hecho a la guerra lanzada por Carovino contra el gran acontecimiento. Una promoción a la que no sabe todavía acostumbrar la mente, como en su reciente examen del rito de la hora puntual cual si fuese un hecho compatible con su nuevo estado. Le falta adaptar la parte mecánica de su forma de pensar y actuar, a la nueva realidad. O él mismo, proporcionará armas a ese mequetrefe.

No siéndole familiar la hora tempranita, quiere aprovecharse de este baño matutino en la claridad del día, con todos sus sentidos: hasta aquéllos que tiene consigo muy disimulados, además de los cinco perezosos que saben exclusivamente la propia función y pretenden que la realidad solo pueda ser vista, oída, tocada, gustada y olida. Por de pronto, a ojos cerrados, la nota reducida a una serie de garabatos y si en su mente suprime el gusto, en lugar de tener que excluir de su boca tanta cosa creada, el mundo se le ofrece mucho más comestible para solución del problema del hambre.

El que pierde con este día franco es de nuevo Carletti, por reingresar en los límites ordinarios del marido enojado, o tal vez apenas irritado, o simplemente molesto: lo que no comporta la capacidad repentina de hacer lo imposible o lo inverosímil y tampoco poder convertirse, en una sociedad organizada, en las Erinias de un ciudadano de domicilio estable, que, cualquiera la política o la metafísica en boga allá arriba. . . (el sitio del que oye hablar desde años a quienes lo frecuentan, lo que por su parte no ha hecho nunca. . .) recibió un día lejano el bautizo y según sople el viento. . . tanto puede invocar para remisión de sus pecados sociales, ser vástago de sólidos labriegos, como demostrar grata amistad desde el banco de la primaria con quien desde tiempo se ha convertido en candente socialista.

Sólo por prudencia, o deber de ser cauteloso; no miedo, que si se mantiene en él a esta hora, es infundado y no hay por qué tenerlo en cuenta; se vuelve a menudo. Pero el sol, que ya le entibia la espalda ahora que camina teniéndolo detrás, está barriendo pacíficamente los velos en el cielo, y algo más despacio, las escasas aprensiones de su alma respecto de ese mal sujeto, simple dueño de una pensión, que él paralizará denunciándolo a los transeúntes, a estas horas todos con las señales en la cara del testigo de cargo: guapo, de óptima retentiva por los detalles y propenso a favorecer a la víctima de un exceso y arruinar al agresor. Cabezas de testigos innatos: ésos que sin esperar la citación a comparecer, llegan al tribunal para la audiencia, probablemente con un pan en el bolsillo por si están todavía sin ser oídos cuando los tome el hambre; y tienen hermosas salidas populares en la boca, en lugar de rendirse a las pedanterías y

formulismos curialescos y poseen el celo acusatorio del **sans-culotte**. Por lo que siente, como un vinillo encima, un brioso afecto por este pueblo menor, que está en movimiento tan temprano y es musculoso para sí y para auxiliar a los demás; y afecto a integrar paredones de gente contrapuesta a la opresión, u ocupada en levantar albergues para alojar a los cristianos o para que en ellos hallen resguardo en cuanto a peligros y a los obsesos. Aquél al que se deben, por más que los empleaditos de las oficinas de teneduría de libros y afines, pretendan para sí las medallas menores, casi todas las maravillas construidas que se ven con los ojos y se tocan con las manos. Es el vulgo en sí, que intuía; casi como se lo ha representado desde que conoce a tantos individuos que concurren a formarlo. A esta hora, están al desnudo; no como más tarde mezclados, perdiendo espontaneidad fuera del propio caldo, con esa otra entidad, llena de remiendos, compleja y formalista al máximo, que es el llamado pueblo. Por lo que ya se pregunta, si no habrá llegado el tiempo para que los sociólogos se levanten más temprano a fin de aprender cómo el gran número de éstos, es de suyo lugareño en el mejor sentido. Y con perfume de flores silvestres. Pues hételos llenos del espíritu de la primera mañana, que es el pegamento que los junta y consiste en un humor festivo y generoso. Es ahora que se forma el tema melódico, listo para que un Mozart lo recoja y lo ponga en música; y nacen la frase colorida del idioma y el idiotismo graciosamente ilógico. . . que, maduros, caen en las grandes salas de recibo y, entre tantas luces y reflejos y en adecuado engarce, por fin son aceptados.

Este vulgo demuestra la espontaneidad de quien se reubica por un rato en el estado prístino, consciente de que de entrada la escena le pertenece en exclusividad. Luego en cambio la jornada progresa, el sol recalienta los cerebros y ya alumbra diferencias oprobiosas. . . Es cuando la gente común vuelve a toparse con esas viejas conocidas suyas. . . la injusticia y las desigualdades infundadas. . . se amarga y apenas obscurece se acuesta, como las gallinas por lo temprano, pero más bien para no cometer despropósitos. . . Y de tales toros en acción. . . no se hable: es vida matrimonial que cada uno disfruta a su manera y secretamente. Al dejarlos en este aspecto con una libertad plena, reconocida y legitimada. . . los de arriba obtienen que luego se duerman ampliamente reconfortados, a fin de que a la mañana siguiente se levanten naturalmente felices y no porque esperen alguna reforma social. El ciclo se repite día a día y así el mundo sigue tirando.

Empequeñecido Carletti, como para parecerle una mosca que zumba alrededor de uno pero sólo produce una ínfima molestia, reconoce los lugares. Los ha visto en otros momentos, pero ahora están en efecto en manos del pueblo común, que, por no pensar en las instituciones, por de pronto no es el pueblo soberano de la hora del sufragio, entre otras cosas más huidizo; y aún menos, ese riacho salido de madre, que inunda las calles bajo el nombre de público. (El público le resulta gente administrada, por más que le es tan afín: río compuesto al centro por la clase media y los empleados, y hacia

los bordes por los que mientras se hallan dentro de la correntada se adaptan transitoriamente a las formas prescriptas de circulación).

Volviendo a los empleados, los olfatea también si tratan de aparentar ser industriales o rentistas. Los divisa como burbujas de jabón por la forma como se desvanecen al mirarlos fijamente, que es hacerles sentir dos agujas y no dos pupilas.

Tempranamente como ahora, hay por de pronto un entrevero de medios de transporte, deplorables por el precario estado de conservación; que no aguantan más y pasan como a escondidas, cual si, independientemente del servicio querido aún por el usuario, merodeasen a ritmo de retirada y desintegración próxima. Otros, tan solo de mala traza y fuera de época, chirrían con todos sus hierros y en los clavos de emergencia para tenerlos armados lo mejor posible. Le transmiten la idea de fugitivos ante los inspectores matutinos, aquéllos con las multas listas si no desocupan las calles del centro para las nueve, que es cuando la ciudad ciudad reclama despóticamente todo para sí según categóricas reglamentaciones. A esta hora; con los derechos propios de los tiempos anteriores al contrato social, en pleno desahogo y las calles a su arbitrio y ocupadas por él a sus anchas; el hombre común es el gran dueño. Y así, lo que puede ir sobre ruedas está aquí al aire libre con un descamisado en el pescante o alguien que viste algún ropaje curioso. Tipos que por sobre todo, se dejan llevar a la deriva sin forma alguna de respeto humano y cual señores en su latifundio.

Pasa, es verdad, algún burgués con sueño y el aspecto de quien nada tiene que ver con lo que acontece; y hasta la inconfundible dama altanera sin condescendencia por nadie; pero son unas pocas excepciones. El grueso pertenece a esta gran familia, donde el más estrecho lazo de parentesco consiste en la común cara sonriente o en vías de sonreír; o en el hablar en voz alta en medio de un agitado trajín como de feria. Todos se conocen; o se miran aun sin evidentemente conocerse.

Esta ciudad que lo hospeda; que cuenta arrogantemente con una larga tradición urbana y le echa en cara su origen, sintiendo él vivazmente los golpes al no escapar a los notorios descuidos del que proviene de un villorrio; hétela a esta hora, con un sustrato no demasiado diferente del suyo y puesto al descubierto por esta gente de la primera mañana. Con la diferencia que él trata de disimular su raíz pueblerina y ellos son desprejuiciados y hacen sus comodidades con descaro, para después, de las nueve en adelante, darse tono de muy civilizados y llenos de repugnancias. Pues en el río que constituye más tarde el público, desde que se forma y hasta que decrece al tiempo del cierre de los negocios y desaparece a la entrada de la noche ya entera, hételos también, emergidos como corchos apenas consiguen mantenerse a flote, que se esfuerzan vanamente, ajustados por imitación al cuello almidonado y a la corbata, por una vida que copian pero no sienten. En efecto, lugar para ellos después de las nueve, sería un poblado donde pudiesen el día entero pensar, gri-

tar y sufrir, con la cabeza y el corazón al descubierto. . . Porque todo en el hombre común auténtico, salvo a estas horas, está bajo grave presión por las tapas que. . . (interrumpe el pensamiento agobiado por una duda respecto inclusive de sí mismo) hacen del hombre situado más arriba en la escala social, una caldera toda la vida sin desahogo.

Por otro lado, mientras que para él como para Carovino y más la gente encumbrada, el vivir es inevitablemente algo triste y razonado en exceso, para estos otros, en esta parte inicial del día y de su exclusiva pertenencia, es un canto a grito pelado que quisiera ser alegre nada más que por ruidoso.

Todo en definitiva, como si su pueblo natal, que de cualquier modo ha dejado para siempre a sus espaldas aunque ello le ha acrecentado la infelicidad personal, en cierto momento cubriera el planeta. Por eso no ha obtenido hasta ahora su libertad total. . . por más que desearía separarse totalmente de esas casuchas y de esos envidiosos. Pero ¿qué hacerle. . .?, aun una estupenda ciudad, en ciertos aspectos es impotente contra un individuo a las manos consigo mismo. . .

Hay algo simpático en éstos, aunque predomine la condición de tipos que le son forasteros. Por la manera como lo miran al pasarle cerca, admiten ese algo en más que el hombre común descubre; y sólo en esta hora de buena disposición de ánimo concede, aceptando su razonabilidad; en el que manifiestamente no es más su par sino está más arriba que él. Aunque no falta el bilioso que devuelve sus miradas amigables que está repartiendo por docenas pues inclusive le levantan el alma, con malas ojeadas llenas de desconfianza como si Andriolli fuese un espión o un grueso capitalista que ha prosperado a fuerza de quedarse con la plusvalía.

Se detiene con sus pensamientos y con el paso, por haber llegado, quién sabe tras cuánto largo recorrido y olvidado de Carletti, delante de una enorme construcción que corta la calle: lugar donde a menos de desandar los últimos metros y tomar una lateral, tiene por fuerza que meterse. . . Una cosa desea antes dejar establecida para su coleto: esa puntualidad en pisar el umbral en el instante de sonar el primer toque, nadie, pues muchos en la dirección de la Firma si ya no lo saben llegarán a enterarse. . . se considere en derecho de llamarla una extravagancia. En efecto, ¿quién atendía a una simbología para oficina contable, o sea un sitio donde la exactitud es todo. . . él siempre a la misma hora fijada por la empresa, o los demás anticipándose o haciéndolo con retraso? Acepta tener que desembarazarse en el futuro de cierta formalidad suya genérica, que siempre lo ha dañado. Pero, de a pasitos en formularle un cargo. . . Luis XIV nunca se vistió solo y para salir del dormitorio, pasó siempre por tantas ceremonias que, en comparación, de un mero antojo de un hombre de este siglo no hay motivo para hacer un alboroto. Además aquel rey terminó igual inscrito con elogios en los libros de historia. De cualquier modo, poner el ojo en esto que con tanta concretez tiene delante: a un lugar de esta clase nunca ha venido. En parte por el prejuicio masculino de

otras épocas pero todavía suyo, que sólo deben concurrir las mujeres y en especial las del montón; no los señores de respeto o con algún carácter distintivo. En cuanto a los tipos que aquí trabajan, poseen una mentalidad que es lo opuesto respecto de la suya; por lo que nada tiene que buscar en un sitio así, ni siquiera para su viejo cuaderno de apuntes donde recoge tantas observaciones para verterlas al libro que un día escribirá. Y por último no ha puesto pie, por haberse querido espiritualizar la vida empezando por ciertas abstinencias laicas, no de curas o frailes sino de hombre orgulloso de la ciudadanía terrenal. . . como privarse de un helado cuando la temperatura frisaba los 40 grados (era hacerse el carácter, y no por la esperanza de un asiento en el paraíso).

Pero tras el acontecimiento, ya no es el sumiso. Tiene el deber de adquirir doquiera una variada experiencia. Se comprende, pues el que manda está encerrado en un espacio con vallas, aunque bastante más vasto; y tiene mayor número de evoluciones que cumplir cual obligación concreta, no a la loca. . . La Firma querrá a un jefe que conozca hasta los lugares malolientes, si en todas partes puede teóricamente llegar para colocar sus cambiantes artículos de venta. Además en cualquier rincón puede encontrarse, como una perla entre carozos en una porqueriza, una idea que guste al Consejo de Administración, el que acoge todo lo que sin gasto pueda aliviar la cuestión social: lo que acontece, si, eludiendo caer en las soluciones, se logran medios de distracción, que antes sin embargo tienen que cultivarse en la mente cual plantas de invernáculo para que después tengan capacidad de sobrevivir. Por ejemplo, el hallazgo, que efectúa en este mismo instante y que consiste en poner en competencia el uso de la expresión 'jefe de oficina', al tratarlo la gente, con un sobrenombre 'oficioso' por tener el visto bueno o sea el apoyo oculto de la Firma. Siempre que lo lance, quién sabe, el consejero que está loco por las aliteraciones y obre efectivamente cual reductor de la lucha de clases. Si le emplearan la voz 'paparón', estaría en seguida en todas las bocas por la sonoridad que la distingue y el gusto en la comparación que surge espontánea, con bonbón u otra palabra afín que rime con ella. Aunque también cabe collón, ya para un total desbarajuste. ¿Pero por qué lo peor? Paparón tendría que desprender el contenido afectivo de las palabras papá y derivados, que a la larga podrían obrar sobre el subcosciente de ellos, generando una corriente tibia a su respecto. Tan es cierto que si le hablase del asunto a ese consejero, como de una inteligente palanca psicológica para producir mayor calor benéfico en las relaciones recíprocas, probablemente diría: 'Magnífica idea que en su traducción por diccionario, despierta en esa dicción una hermosa aliteración'. Y en seguida, por darse los acostumbrados aires, hételo condicionar el buen éxito de ese 'paparón' a varias premisas, para añadir 'tal vez idea realizable inmediatamente, si ellos caen socráticamente en esos sentimientos suyos, Andriolli, sin darse cuenta de que los empujamos nosotros a ese encuentro'.

La resolución está tomada y se dispone a entrar. Sortea un obstáculo compuesto de cajones, y de peones que al descargarlos de un vehículo chocan y

de rebote lo hacen contra el público, justo al ingreso. Los primeros pasos dentro del edificio los da con estudiada artificiosidad para que supongan que haya venido para alguna inspección ocular en nombre de la justicia o de la administración pública. Pero en los siguientes, se multiplican en tal forma los motivos de razonable curiosidad, que deja de seguir pensando en lo que pueda derivarse en el futuro del 'paparón', en el que por algunos instantes se ha sentido travasado hasta las últimas consecuencias; y procura atrapar, en un juicio fundado, tan imponente conjunto de mercadería comestible, pues a lugar de esta clase (vuelve a machacárselo en la cabeza) jamás ha venido. Él personalmente en un mercado, le parece una de las siete maravillas. De las siete pequeñas, si alguien las ha clasificado alguna vez.

Pero no se libra, a poco andar, de una ingrata novedad: un objeto mojado, en su nuca y un muchacho que tras habérselo lanzado se aleja a la carrera.
"No averigüe demasiado. . ." —le aconsejó una mujer al verlo mirar no sólo en derredor sino empujar más lejos la búsqueda.

Ella quedó con una sonrisa benévola, luego añadió:
"Manía de echarle a uno la cabeza. . . la parte del pescado que más huele, aun sirviéndola en la mesa aderezada por una mano como la mía. . .".
"El mundo camina hacia una igualdad más civilizada, inclusive a los tiros" —se le escapó.

La mujer lo observa con la mirada cautelosa de quien no desea tener problemas, y se apresura a dejarlo para huir de complicaciones.

Al quedar consigo mismo, se pregunta simplemente qué se estará buscando con tales reflexiones, como esta última de los tiros, con una desconocida; y por qué le llegan a la mente con semejante espontaneidad. ¿Ser jefe es un salvaconducto? ¿En qué lugar está escrito? Además, lo escrito. . . ¿es para la autoridad ejecutiva?
"Señor, tan distinguido Ud. pero con una misión. . ." —le grita la mujer, ya bastante lejana, haciéndole señas que él tenía que apurarse en poner los pies en polvorosa.

Ya no quiere pensar en ello, pero ¿qué tiene escrito en la cara para que también ésta se vaya llevándose una sospecha respecto de él. Mejor pues darse prisa. Y mientras atiende lo que puede, a su propio paso expedito que lo lleva como a tirones; por lo que en conjunto ya no es un señor que camina con autoridad en un mercado sino un clérigo a zancadas muy largas; divisa, en los varios puestos aledaños, nidadas de amas de casa en alboroto alrededor de una salida no lejana: gente con toda la compra que cabe en una mano, como en su pueblo el mísero brazado de leña para aligerar en algo la duración de un día de mucho frío pues al que siga pensará el mañana. O si tampoco provee, se permanecerá entumecidos. O sea aquí dentro se aprecian los estragos de la inflación.

Corta camino para alcanzar esa salida, pasando delante de una gran pila de mariscos en sus vestimentas siempre ligeramente dispares, por algún detalle

aun en los muy iguales. Le recuerda que tales diferencias de individuo a individuo, justifican espíritu de independencia y confieren el título de encerrarse por opción en la propia concha, sin que nadie, por error tomando un molusco por otro, llame a una puerta que no sea la que esté buscando. Y al llegar ahí su pensamiento, se vino a encontrar en la boca del lobo. En efecto, corrida la noticia de haber llegado 'un confidente', al enfilar hacia una salida tenía sin saberlo, muchos ojos pegados a su cara y otros, a sus espaldas. Pues en el mercado viejo se liman ciertos reglamentos como los barrotes de una cárcel. Proceder, instigado por la Naturaleza en su gran sabiduría, ya que es sentido como el ejercicio de un derecho personalísimo. 'En compensación por estar fuera de la parte moderna y carecer de las ventajas que ésta comporta', según insertó en un memorial en defensa de ellos, un abogado que no usa corbata, quien dijo que 'la lluvia de multas que aflige a mis patrocinados no puede atribuirse al Júpiter de los truenos sino a los varios perseguidores de los pobres, entendiendo referirme a los compradores ricos, a los vendedores ricos, y a la burocracia estatal que los secunda; por lo que se hace imperativo concluir esta súplica, diciendo a la autoridad, a quien me dirijo respetuosamente, que de los cielos caen los rayos sin discriminaciones entre cabeza y cabeza, y de las grandes nubes artificiales de la injusticia, las multas obscenas que agobian a mis poderdantes y no a los otros infractores' 'Quintales de represión', había concluido, tras señalar 'que el pueblo de mi escrito, falto es cierto de la menor cultura literaria, sin embargo, por retórica espontánea habla indignado de maravillas del Confianzadero queriendo hacer alusión al entero sistema. . . desde la denuncia a la inspección incriminatoria. . . y en el ápice, el inmerecido castigo'.

Desde el día de ese recurso, la palabra 'Confianzadero' ha tenido suerte, sea que haya surgido de la 'retórica espontánea' o de la fraseología del letrado, y hoy, para los vendedores en esta parte antigua del mercado, a raíz de sucesivas extensiones del significado por propia iniciativa, comprende el conjunto de medios por los que la administración logra 'pescarlos', lo que según ellos sólo puede darse si ha mediado una 'confidencia'.

Mirando ellos si no los miraba y no mirando él si lo miraban y aunque ya a pocos metros de la salida, por varias callejas de las que surgían obstáculos imprevistos tuvo que retroceder bastante pero con tan escasa fortuna que de repente se apercibió de que en ese laberinto aquella escapatoria se le estaba haciendo inalcanzable. Pues como si ese contratiempo no hubiese bastado, ahora lo amenaza un peligro que incumbirá sobre él mientras se demore en el edificio; con el agregado que se tornará un mal en acto, si apresura el paso, o, como quisiera, se echa a correr como alma que lleve el diablo. En su opinión es la familia de su agresor que está obrando como una fratría antigua. Han de temer que denuncie el hecho, por.lo que parecen quererlo atacar para disuadirlo. Lo peor es que tras maltratarlo en forma, se harán recíprocamente de testigos de descargo. . . ¿y entonces qué sucederá? Recibida la dosis de palos

en la cabeza, propinados con gusto. . . la autoridad podría declararlo incurso en alteración de la tranquilidad pública. . . Y así, ignominia en la oficina, donde todo llega a saberse; y para colmo apenas transcurridas veinticuatro horas desde que fue investido de ciertos poderes aún no definidos, sobre cuatro miembros locos del prójimo.

A distraerlo del firme propósito de alcanzar la salida, en lo posible con disimulo, es un vendedor adventicio que se ha ofrecido a los demás para tratar de establecer si es posible untarlo y por qué importe. Ello había partido de una deliberación entre varios, en la que se había concluido que si era de 'la Bromatología', tenía, al ser llevado a un esclarecimiento, que limitarse a cuestiones de salud pública y lavarse las manos en materia de omisión del pago de los derechos al concedente. Por lo que si falto de jurisdicción, al hablar se detiene sobre ese aspecto monetario e insiste, como una mosca con la miga del pan dulce, será el momento para el infractor a las normas, de afrontarlo y pedirle con palabras, sujetas a una gomita. . . algo tan somero como: 'eh, ¿qué precio hace falta como indemnización suya. . . para no poner negro sobre el blanco?' Y si frunce el ceño, hete la gomita para recobrar tal pregunta temeraria y en seguida la frase reparadora: '¿Qué se toma la administración para no poner mucho negro sobre el blanco. . . o sea no hacer larga el acta que se labre? ¿Cuánto de multa? En suma, acordado jugarse, se había dispuesto que el susodicho voluntario se le acercara procurando conocerle las pretensiones. . . ya que las apariencias, para los ojos de ellos lo mostraban más bien caro. Justo por eso, el encargado de tentarlo se le aproximó con el plan en la mente de evitar a toda costa que el corruptible, por mal enfoque se volviera demasiado salado o misteriosamente honrado.

Él, que olfatea que alguien lo ha alcanzado por detrás, finge de dar entre las nubes los últimos pasos que lo separan del punto de llegada tan comprometido últimamente y no darse cuenta del desconocido tan encima. Pero se siente apretar un brazo.

El tipo lo mira fijamente y dice con malicia:
'Quien es justo razona. . . Comprendo que cambiarle la cornisa al cuadro, comporta un gasto y estoy dispuesto. Desde ya me comprometo a guardarme la lengua, en mi propio interés' —y le hizo un ademán que expresaba una cosa non sancta.

Él lo observa. En el conjunto y por el grosor, le recuerda un perro San Bernardo y sin haberlo oído bien, lo ha sentido justo como si le hubiese ladrado: pero en ladridos tan solo, sin maldad intrínseca. Pero como en los Alpes esas bestias a veces hacen rechinar los dientes, o sea no son invariablemente la bondad por kilo, valora cada una de las palabras del fulano. Algo espera esta gente de él, pues el grupo de curiosos se le ha acercado. Es una garantía, pero también una prevención: es el pueblo que juzga, por lo que le corresponde reexaminar con cuidado lo que se ha dicho, además de lo ya comprendido, de modo que si hay escándalo en esas expresiones no sea él el que se calle. Con

el temor reverencial que demuestran... su deber de salvar la moral pública es doble. Pero antes que logre reordenar sus ideas para un llamado de atención ejemplar a éstos, el San Bernardo recomienza:
"¿No le parece que los viejos como yo, tendríamos que tener una jubilación forzosa o morir...? No vendo una santa nada... por lo que en las mejores horas, hago bolitas de papel y las tiro a los colegas pelados... que en cambio amontonan dinero".

El espía a la redonda y no ve esas calvicies. Pero antes de contestar, recompone sus ideas con minucioso esmero.
"Bien, bien... retornando a nuestro asunto candente... ¿qué ayuda o gentileza puede sernos otorgada aunque comporte el pago, digamos de una multita, una contribución, una cortesía...?"

Y le habló de una contravención y a la vez de un puesto no autorizado.

El tipo ha llegado pues a la insinuación abierta, tras haber partido de reflexiones grotescas, que a él le habían parecido una tomadura de pelo y al fulano le sirvieron de introito para arribar ahora, con la máxima naturalidad, a la palabra 'cortesía', que para ellos es un eufemismo aceptable para el mal funcionario. No haber montado en cólera los debe haber convencido de ser él uno de esos inspectores que, tras mostrarse malhumorados de entrada, suelen ser muy comprensivos al arribo. Por lo tanto para zanjar cualquier equívoco, le pregunta, adrede enfurruñándose:
"¿Y qué desea, que lo saque del lío, señor?"

Pero si por un lado lo divierten las vueltas del vendedor, tan empeñado en tratar de corromperlo, quiere colaborar con la decencia para que el fisco y sus órdenes; que en esta materia no conoce pero descarta que han de existir en abundancia, de seguro respaldadas por multas ejemplares que han de caer sin lástima en estos lomos; sean obtemperadas (palabra que le gusta más que si hubiese dicho, como de costumbre, 'obedecidas', o según su otra forma corriente, 'observadas').

Si cada cual se improvisara defensor de las causas públicas y de la justicia justa, la soberanía sería realmente algo y no como en las sociedades por acciones donde, por la indiferencia del accionista ordinario, mandan cuatro usurpadores. Consciente de no ser más un átomo social, desde hoy mismo tomará prestado el bastón de la ley y del buen orden, y lo exhibirá cual modo de disuasión para hacer cesar los excesos pequeños, que, sumados, si bien no vistos por lo que en verdad son, directa o indirectamente agrían la sangre. Por lo demás, de no conseguir resultados positivos, ese palo lo devolvería en cada ocasión a la autoridad pública, a través de regulares denuncias. Pero vigilando que lo emplee y no que se vaya en fintas. Resolución suya inamovible: no de reformador social, sino de ciudadano altivo de ser parte de la soberanía, pero no tan solo para que se cacaree alrededor de ella en días de elecciones. Y con cierta dosis de calvinismo; actualizado, eso sí; hará marcar el paso y guardar una conducta aceptable tanto a sus subordinados como a ciertos empleaditos estatales

que se creen el gobierno mismo. Y si están a la mesa no se incomodan, como si almorzara el Estado en persona.
"Y yo. . . como es verdad que me apellido De Andriolli. . . te arrojo a la cárcel a podrirte quince días. . . Pues también la ley puede tener ganas de exagerar. . . ¿no te parece? ¿No hay una frase. . . **dura lex sed lex**? ¿No comprende?" —y sacudiendo los hombros completó:— "Asunto tuyo si no me comprendes. En cuanto al puesto, lo alejas más de los mingitorios y así aventamos la infracción y el escándalo para los menores que puedan estar expuestos a una exhibición obscena. Ya está dicho en el Evangelio que es preferible atarse una piedra al cuello. . ."

Y con la misma entonación irónica pero áspera, se volvió a los presentes. Y como piensa en los que dictan ciertas leyes mal redactadas, agregó, como en una exhortación aunque dejándose ir a hablar por hablar:
"No violemos el **sancta sanctorum** de la manducatoria, queridos trabajadores de este mercado. En nuestro País, de todo han hecho instituciones. . . por lo que el privado, hasta por su forma de respirar puede convertirse en un transgresor al desconocer alguna norma sancionada. Un bostezo demasiado fuerte, en una sala de concierto, puede ser declarado acto de alteración de la tranquilidad pública. . . El Estado actual, señores, a fuerza de reglamentos es un comilón de derechos individuales. El alambrado está cada vez más encima y uno no sabe si hay que seguir sentados e inoperantes, o participar en una reacción colectiva cada vez más urgente. Pronto, señores, a causa de tantas reglas, nos quedará el espacio para un león, en el zoológico".

El vendedor, que seguía creyéndolo un inspector corruptible, cerró los ojos asombrado, como si el consejo de alejar el puesto de las letrinas, valiese un millón como hallazgo.
"Por fin. . ." —observó— "¿por qué pretende no pagar el derecho por uno de sus puestos? Dios mismo no regala el techo a nadie. Es la sociedad que lo proporciona a través de la compraventa. . . Quiere recibir y no pagar. . . ¡egoísta! Los bienes y sus utilidades, o se heredan o se obtienen con sudor. No caen del cielo como fue con el maná pero sólo una vez".
"Justo, soy culpable. Se espera, entiéndalo, que en el momento de la prueba. . . haya un funcionario razonable que. . .".
"Lo que vuelve a dar a comprender, me ofende hasta el alma" —protestó— "Es decir que Ud., delante de este respetable público, declara que la administración, nuestra administración. . .".

Ese 'delante de este respetable público' le pareció una pegada en todo sentido. Y de recónditos efectos.
"Nuestra administración es honesta. Nuestra Nación también. . . y nuestra bandera no recubre la inmoralidad que Ud. supone. . ." —y entonó su voz como si hablara desde una banca parlamentaria; mientras con la mirada busca apoyo en los circunstantes.

Pero están en franca divergencia con él, o por lo menos no tienen gana de

perder tiempo en ese forcejeo suyo con el infractor. Tienen prisa que el inspector se vuelva untable: esperan el resultado habitual de la estrategia dispuesta en el cónclave habido. Por lo que de su parte, quiere mostrarse enfurecido contra todos.

"Malísimo, callar y soportar. . . o buena gente, o queridos del público nacional. . . Con este silencio de ustedes, una noche cualquiera el menos pensado tendrá que dormir en una iglesia para su propia seguridad individual. . . Ya lo habría hecho un señor muy decente. No me digan que no aman la observancia de las leyes justas y el cabal respeto de los derechos individuales".

Sus oyentes, en cambio, de ese hablar suyo difuso y confuso extraían, cada vez más, la convicción de que la corrupción estaba bien encaminada, aunque con un tipo lento y declamador. Sin embargo él produjo de repente el rayo en día sereno:

"Vaya Ud. mismo a llamarme al vigilante en el subsuelo" —ordenó a su reo confeso.

"Antes que nada. . . ¿quién es Ud.? —le preguntó el agente, de una manera brusca y al tiempo que les echa una mala mirada también a los restantes.

"Un ciudadano. . ." —replicó con altura— "Este hombre que aquí ve, vende en violación de reglamentaciones taxativas".

Y para dar aún mejor en el blanco con su interrogador de cuartel, cerró con firmeza:

"Es hombre sin ley. . . ¿soy claro con Ud.?"

"Ud. no es para nada inspector" —le reprochó el vigilante, en una afirmación que más bien encerraba una pregunta perentoria para que especificase qué funciones desempeñaba.

También con la cara, el inquisidor queda en una fría espera. Optó por no responder.

"Identifíquese con claridad. . ." —insistió el agente— "Lleva más de media hora andorreando sin comprar nada. . .y quién sabe por qué motivo".

Por su lado hurgó en un bolsillo de los pantalones y sacó la cédula de identidad. El otro le echó un vistazo rápido y se la restituyó: no en mano sino enfilándosela en el bolsillito del saco.

"El 'De Andriolli' es una fanfarronada" —le echó en cara con una mueca— "pues sólo le corresponde un Drolli seco seco. Muy bien, señor Jaime de la familia que fuere. . . son vanidades y no asunto mío. Deje ese berrinche a las mujeres, querido nervioso. ¿No piensa en la situación?. . . podría detenerlo por usurpación de funciones públicas".

Calló y luego concluyó con ironía:

"¿Qué es, guardián en una cárcel?"

Ese tono, a él le hizo cosquillas en la lengua, pero tenía que contenerse para no acabar mal. La resistencia a la autoridad es un delito que conoce poco. La ley no admite ignorancia, aunque el ciudadano honrado no está nada en claro respecto de la sabiduría de tantos legisladores desde que existe el parla-

mento.
"No he dicho de tener deseo de llevar la cosa a mayores. . ." –recalcó el agente algo envalentonado, al mismo tiempo que se yergue como un percherón a punto de encabritarse.

Hubo un intervalo en silencio, luego el agente recomenzó:
"Acláreme si ha procedido bajo las apariencias que ha invocado, tan solo por lo que vio y si en tal supuesto, en los justos límites de los hechos comprobados está responsablemente listo para colocar su firma en una denuncia por escrito. . . O de lo contrario, si sólo ha sido deseo de vengarse de este tipo que, por lo que observo a Ud. en la mirada, no traga. . . No soy ciego, Drollo".

Y como él protestó que no era venganza sino reclamo de ciudadano contra la infracción de los reglamentos y que Andriolli no es Drolli ni Drollo, su interlocutor cortó:
"Lo tiene pintado en la cara, el odio de muerte hacia los desgraciados infortunados. . . Las razones no me atañen. . . ¡Existe y basta!"

Sobre la acera; donde ha llegado como si hubiese sido catapultado desde allí dentro, pues justo a la salida del mercado algunas mujeres se habían mezclado en un entrevero sin explicación y él había perdido pie cayendo tambaleante hacia el lado de afuera; tuvo de rebote un contragolpe del aire libre, menos pesada pero también maloliente por influjo del lugar que acaba de dejar. Al frente tiene una estación ferroviaria con una torre, y el reloj que luce desde ésta se está acercando a las seis y tres cuartos (por lo tanto en ese edificio ha pasado al máximo cincuenta minutos y no el largo tiempo que le ha parecido) Y a través de una empalizada que separa la vía férrea, de la calle que tiene por fuerza que tomar, observa algunos vagones cargados al tope de mercaderías comestibles.

Avanzando como puede por calle tan llena y girando varias veces, como ella, el mercado volvió a encontrárselo de frente, pero del lado opuesto al que había conocido al abordarlo. Y por la condición de los concurrentes, éste es el ingreso principal y empieza con el sector para los adinerados. Le salta a los ojos una comparación entre el propio abdomen; algo petulante con la salida hacia afuera que le produce el cinturón por un desborde violento de su grasita en ese lugar; y este sitio, que además de 'centro de acopio y de reventa', según la frase de uso administrativo, es el edén de un barrio tan populoso.

Dejando este parangón por resultarle tonto, se aleja y sin mirar hacia el interior por esa boca por donde se meten tantos a la vez, copado por una necesidad imperiosa de ir a la búsqueda de lugares más promisorios. De cualquier modo el problema no consiste en un mercado en el que a la postre, es posible por todo golpe tener al igual que quienquiera una respuesta; al contrario, en su caso valiéndose de una mayor sagacidad y de su buen sentido por quintales. Además las cuchilladas ya no son un peligro. . . A varias manzanas de distancia, ha alcanzado tal estado de objetividad e independencia, como para poder proclamar con voz firme, que el agente ha exagerado al ponderar un riesgo de esa

clase. . . No así si hubiera hablado de una granizada de verduras. . . en definitiva simple elemento folklórico, para tomarse inclusive con alegría. . . si la vida no ha de ser únicamente drama sino para mezclar con la comedia y en ésta saber ponerse la máscara. Si algún miedo ha sentido, en el último tramo dentro de ese vientre inmenso. . . desde hoy el temor tiene que sacárselo de encima, apenas, en la misma forma de una quemadura, empiece a secar, y como con la piel, en porciones grandes. . . (Le aconteció con las piernas, cuando tío Roque le vertió una pavita de leche hirviendo en las rodillas, a los seis o siete años).

Cierto que no va hacia lugares libres de sombras amenazadoras. Ese es el problema; no un mercado, donde todo se reduce a no poner más pie en él. ¿O no sabe que allí donde uno es conocido desde años, cada cual escudriña al interesado buscándole las inevitables imperfecciones? En suma, vuelve a su situación; en la que, más atado a presupuestos que en ese edificio, aun esforzándose por permanecer dueño de sí experimentará de nuevo y a menudo, la irracional vergüenza de ser Andriolli con ese apéndice consistente en una jefatura. . . Deberá pasar y lo pasará por fin, el examen. Llegará a ser, de a poco si no habrá un milagro repentino, el de treinta y cinco años encallecido en una guerra y en una trinchera: guerra inclusive de pocos días de duración. . . Y que no aparezca sacado de un gran canasto y puesto caprichosamente, a cargo de la autoridad que rige en este mundo. De una partecita de ella. Exaltado a la jefatura en cambio, por la forma como lo imaginó y libró al nacer, Madre Naturaleza. Aunque el nacimiento puede gobernar la primera época, pero no por fuerza debe imponerse durante toda la vida. Le hará frente a M. N., para que lo deje también arreglárselas por propia cuenta.

De la calle ya ha recorrido algún kilómetro. Advierte, en efecto, muy cercanas, a tiro de rifle último modelo. . . algunas chimeneas de fábricas de su viejo conocimiento: en especial de cuando desde alguna altura abraza grandes porciones desplegadas de la ciudad, en los días luminosos o con las nubes solo en los rincones del cielo. Siente también brotar algunos llamados, aparentemente hoy tardíos, de las sirenas de los establecimientos fabriles, escuchadas en forma imprecisa en su duermevela, alguna mañana cuando algo lo ha despertado a medias bastante antes de las ocho. Ahora esos sonidos son muy penetrantes; y varios, los que en momentos excepcionales ha disfrutado con voluptuosidad estrechándose él, a la vez, con el calor de las cobijas. Sobretodo en invierno y con cierta maldad, al quedarse pensando en tantos otros con el frío hasta los tuétanos por atareados en poner el mundo en movimiento para el resto de la jornada. ¡Ganapanes necesarios!

La periferia se va quedando y pronto comienza a identificar, en desorden y aún lejana, pero familiar y como a la espera de él la pajarera, en la zona aledaña al centro que le pertenece como suya. En cuanto a la mañana habitual, comprende que en adelante tendrá otra en sustitución de ella. De esa mañana disimulada, rehuida pero a la vez algo truhana, del Andriolli de ayer (ese caballito que al primer tropiezo siempre buscó de hacerse invisible por fuera y desapare-

cer todo lo posible dentro de sí mismo). Pues el Andriolli nuevo que él se espera, se expandirá, ocupará más sitio sobre la faz de la tierra. Por lo que en este instante, mira todo con ambos ojos: necesitaría muchos más y hasta las alas de una mosca, para afrontar, trepándolas. . . las fachadas que lo flanquean en este interesante y despreocupado viaje, y decirle a cada una: 'Aquí estoy, para conocerlas mejor y a la vez para que me conozcan más abiertamente'.

Los sitios están en veloz mutación pues su andar es muy ágil. En lo que ahora recorre, la calle avanza en zigzag y sombreada en algunos trechos se vuelve a menudo angosta y obscura; luego otra vez rectilínea y soleada. Aquí, protegida durante metros por palacios vetustos o modernos, que se dan codazos; allí, que por largas extensiones sirve de desahogo a colegios, ratoneras y caserío. Y a cada cruce o recodo, para sorpresa del ojo. . . callejas, callecitas, calles cortadas; después, siempre delante de él, preparadas y tendidas para que las enfile sucesivamente, nuevas distancias para superar pero ya más reconocibles por su fisonomía. Pues la calle genérica,que se va modificando y haciéndose realmente caótica, comienza a poblarse de gente que le pertenece. . . por semejanza, de regla, de rostros y gestos, con sí mismo.

Observa todo en los detalles más ínfimos, en reemplazo de su habitual mirada vaga e indolente, dividida en millones de miradas casi iguales durante los últimos quince años. . . Esto de enfocar cada cosa, cada ángulo, cada saliente. . . le provoca cierto vértigo y por momentos la ilusión de encontrarse en una ciudad nunca vista y maravillosa. Pero son los nombres de las calles y el idioma nacional en los carteles e inscripciones, a ponerlo cada tanto en orden con las relaciones conocidas. En efecto aun con esos actos de comprobación desde mucho más cerca, al mismo tiempo se ejercita en desbordar por su propia cuenta y, como hamacándose, en volver a atrapar perezosamente y con melindrosa dulzura, las líneas generales bien vistas por él hasta ayer, de esta ciudad donde mora y que desde años siente de su pertenencia. Pues ha dejado de lado, en un nicho o en un tinte obscuro y una selva tupida, cual lejano pecado de adolescencia, su pueblito natal que, inclusive, desde hoy reniega sin más remordimiento.

Lo que le resulta fascinante, es que la ciudad pueda llegar a ser subjetivamente tan distinta, en esta variada y vivaz percepción que ahora le proporcionan los sentidos, como si ellos hubieran crecido sin limitaciones ni de tiempo ni de espacio en un lugar de maravillas, donde, mientras avanza con este placer nuevo, su fantasía, pocas veces tan ociosa y plácida. . . dormita y eso la hace aún más esplendorosa.

Tras haberla proclamado muy a menudo urbe monótona, tiene esta ganga de rehacérsela misteriosa y llena de gradaciones. Y lista para ser agrandada día a día, si sabrá en el porvenir sondearla con estos ojos de filmadora. Búsqueda justificada tras el gran acontecimiento.

Paulatinamente, también los detalles de los lugares y los frentes se muestran, si no como observados antes, por lo menos no ignotos por entero para su

mente. Porque la de ahora, a lo largo de la cual procede desenvuelto, es la parte de la calle donde tenía lugar su habitual paseo de los días festivos, cuando caminaba por distracción: esa distracción menuda de empleadito. Oh, Dios... ¿qué más podía concederse con un sueldo misérrimo?

Es tiempo de abandonar esta dirección interminable de andariego feliz... y en un acto tan ficticio como el de marchar siempre hacia adelante. La oficina está en línea oblicua respecto de la perpendicular que guarda en los últimos cinco minutos. Su destino necesario, ya tocadas en este instante las siete y media, requiere su especial dedicación para encontrarse bien sentado en la curul a las nueve en punto, o mejor, cruzar el umbral con la exactitud de siempre. Pues la Firma; aun con la cara cordial de ayer a mediodía y la amistad tan reciente hacia él y todavía embarazosa; se tomará egoísta y para sí, tal como cuando era mero conocimiento y no afecto tan nuevo, su entera jornada efectiva. Al contrario, la querrá en rebanadas aún más delgadas, como con el jamón, para que rinda más. O sea, para ella las jornadas iguales, por lo que poco cuentan para uno mismo; pero a la vez, las abiertas a novedades y fulgor, regalo de la Naturaleza... (como esta que se anuncia encantadora y para todo el día en curso). Al respecto nada cambiará: la Firma continuará tomándole, como en el pasado, esas incontables y buenas, que habiendo podido tenérselas para sí, se dejó arrebatar. Sólo que ahora será una sustracción con reverencias mutuas, probablemente palabras de igual a igual y otras pompas de jabón por el estilo. O sea, cual única diferencia, el suyo pasa a ser el caso de un caballito como siempre, ahora adornado de flores; al que se acaricia el cuello pero del que se recela, y se le emplea, es cierto, una graciosa fusta, dejando de lado el bastón grosero siempre listo para el empleadito que además era muy hijo de mamá. Pero esa fusta, como el adorno para el potrillo, para deleite de la pupila de la Firma, que, entre tanta propiedad suya, junta con el dominio simplemente vulgar, otro más selecto... Pues para ella él no es más un bien corriente sino de buena calidad. Está a la par de un caballo de carrera, un hermoso cuadro o una blusa bordada. Pero siempre, bien de ellos y administrado como una pertenencia.

Para estar cuanto antes en las vecindades de la oficina, pues en cuanto a la forma de llegar hasta ella misma le falta ordenar mejor las ideas, desanda los últimos pasos indebidamente hacia adelante y dobla a la izquierda, luego sigue por calles y callejas, a veces rozando las paredes o cediendo ese lado de buen talante u obligado por las circunstancias cuando la prioridad corresponde a otro o le es demasiado impugnada. Hace también largos tramos por la orilla de la acera como en su infancia, cuando la cartera con los libros y útiles golpeaba contra su flanco.

Y así, una tras otra, calles y transversales, subiendo o bajando ese borde; pues por costumbre que proviene de esa época del boletín con algún uno, cuando ese caminito marginal se hace largo sin cambios, alterna como entonces con algún trecho por la calzada, por ser los transeúntes cada vez más y tener, quien

más quien menos, que bailar alrededor de sí mismos para no caer fuera de esa línea estrecha, los que están como él empeñados con la misma niñería. Para colmo asoman los primeros chicos y ya como para fastidiarlo en su entretenimiento, mezclado con los peatones, algún perro sin bozal.

Ahora también el aire y la atmósfera son de su neto conocimiento. Y junto con la luminosidad, muy afectada en esta parte, movida pero con el espacio encerrado entre los edificios altos a ambos lados de la calle, nota lamentablemente el efecto plúmbeo que en este barrio suyo predomina en todas las estaciones del año. Pues ni siquiera el verano consigue disolver este gris característico, de sabor desagradable pues impresiona las papilas de la lengua. Barrio completado, en una disposición muy peculiar, por las claraboyas, las chimeneas, las galerías, los canceles, los pozos negros (¿los hay de verdad, aunque él los perciba?) y sobre todo las fachadas lisas, muy pobres comparadas con las señoriales más bendecidas por el oxígeno, varias manzanas antes.

Termina a unos metros en línea de aire, de las ventanas de la Firma. Están allá arriba, en efecto, esos vidrios a través de los cuales ha soñado a ojos abiertos y ardientes durante tantos años. Tiene a su derecha, sin necesidad de cruzar, La Arañita, su viejo café. Uno de los sitios entre los primeros para afrontar; fuera de la oficina en sí donde la cosa corre de otra manera. Local público en el que sabiendo acertar de entrada, será vencedor pleno. Ahí y en varias otras partes, el choque es inevitable, tras tantas batallas que ha perdido por querer vivir tranquilo. En suma, un caballito adornado de flores, si bien en lo sustancial con la Firma nada cambie, se merece el respeto unánime de la gente sin relación con su empleo. Es un hecho.

Tiene tiempo todavía, si de su tiempo es de pronto y muy probablemente el propietario; y lo es, pues con el caballito adornado de flores habrá doquiera mayor indulgencia; de entrar en este café calzando coturnos y beberse, esta vez con dilaciones de jefe de una oficina, una taza verdadera de Moka. En lugar de la habitual mezcla, quién sabe de qué, falsamente con ese título honorífico.

CAPITULO VI

Todavía parado, volvió a mirarse en el espejo que tiene enfrente. Y acomodándose para verlo, capta en esa superficie brillante a su camarero acostumbrado, reflejado desde el busto hacia arriba. Al advertir esa observación atenta, el muchachote introduce en el espejo toda su cara, que en ese recuadro aparece como una luna; luego, haciendo muecas, lo busca a su vez a él, en el mismo rectángulo, para invitarlo con una guiñada a prestar atención al reloj de pared que, colgado a las espaldas de ambos está netamente en el espejo al igual que los semblantes de ellos. Pero vacilando respecto de la hora porque la esfera no cabe entera, el camarero primero se aparta para consultar la péndola real, después retorna con cara de sorprendido.

"¿Qué clase de milagro es éste. . . Ud. ya por aquí a las ocho y cuatro?"

Sin prestarle oído, se instaló delante de una de las ventanas del local que miran a la calle.

"No dude" –recomenzó el mozo– "es una máquina como las que se necesitarían en las estaciones ferroviarias. Pero no las tienen exactas para que no se vea que los trenes están muy a menudo retrasados".

Él giró con el cuerpo y observó mejor: le concede más tiempo que de costumbre, la disposición de esas agujas en este momento. Lo empleará, minuto tras minuto, a la manera de un jefe cabal. Y por razones de lugar, cual un jefe desdeñoso, con ese monto de altivez que lo diferencia a uno del vulgo como un ser superior.

"¿Bien la política? ¿En orden la osamenta? ¿Voluminosa y agradable su aventura, ayer por la mañana?" –continuó su interlocutor pero en forma desganada, si bien ese 'ayer por la mañana' lo ha pronunciado con clara intención.

Le ha insinuado la existencia de una aventura. . . por no haber concurrido para la taza de café, olvidado de ella por el mal asunto embarazoso de tener que abordar solito a los de la oficina, con la gran noticia.

El camarero prosigue con charlas inútiles, hasta que de repente se interrumpe, se rasca distraídamente la nariz mientras en apariencia espera el pedido y por fin exclama, con la alegría de echarle en cara lo que a su criterio carece visiblemente de sentido o es hasta absurdo:

"¿Qué antojo el suyo?" –pregunta en efecto– "¿No ve que se ha sentado, a ciegas cerca de una ventana y lo miran los peatones desde la calle? Oh, Dios. . . oh, Dios. . . desde hace cien años se ubica tras la columna disponible más a resguardo de curiosos de afuera. . . De este otro modo de ahora, se juntarán en la acera

para mirar en su taza y alguien golpeará los vidrios con los nudillos para llamar la atención y tratar de hablar con Ud. de los asuntos de Ud. y así sopesarle esa privacía que siempre tuvo muy en alto. . . ¿O son mis frases, inútiles?"

Por su lado dejó rebotar esas palabras. De hoy en adelante su cara tiene que hacerse de cuero, por lo menos en el aspecto exterior.

"Otro hecho. . . ¿no era que la mesita la quiere exclusivamente redonda? ¿O su geometría vital ha cambiado? No apruebo esta otra innovación: lo juzgo con derecho, tal vez por motivos de origen desconocido. . . de preferirla redonda" —y recorriendo con la vista el local y fijando los ojos en las partes más obscuras y retiradas, le indicó un par de sitios semiocultos.

El, con aire adrede de señor al mirarlo, sabe que todo ha cambiado. El pasado tuvo sus razones y no tiene por qué renegarlo. Es más fácil, obviamente, que un importuno venga a sentarse con una excusa cualquiera a una mesita cuadrada y, con los codos mejor apoyados y no en equilibrio como en una redonda, se obstine más tiempo en querer entablar conversación o en formular preguntas. . . O sea la de forma cuadrada es menos personal. También es muy justo para un cristiano inmerso en la condición inhibitoria de empleado simple, haberle tenido ojeriza a los entremetidos de toda laya. Y fue muro protector bien pensado, refugiarse diariamente tras cualquiera de los pilares que fingen sostener el cielorraso; para escapar a ciertos parroquianos siempre ocupados en querer espiar cómo uno traga su taza de café, interesándose en el asunto sin ocultar en sus frentes hesitación, perplejidad y reproche y hasta con un sobresalto en el abdomen como si el estómago maltratado fuese un órgano en común con ellos. En el tiempo presente tiene sobradas razones para obrar en forma opuesta: un jefe de oficina, antes de aprender a respirar distinto, tiene que comenzar por afrontar a los desconocidos, con una cara suya de bribón (en el buen sentido).

"Desde esta mañana viviré oficialmente, no sé si me interpreta" —contestó al mozo con el mayor descaro, o así le pareció. Luego, por alguna duda propia aclaró: "Para mí, por ciertas cosas que sé hoy a mi respecto, ese adverbio es una definición impecable de mi condición cambiada. . . En lo referente al sitio donde sentarme, por igual motivo desde ahora será frente a una ventana para que el transeúnte que lo desee pueda observar a su gusto" —declaró tajante— "Esta mañana me he levantado batallador. . . Hasta ayer era hombre de paz. . . en el futuro seré hombre en un carro armado. . . —afirmó bajando la voz para no atraer a otros a su osada confesión.

"Siendo así, véame abrir la boca próximo yo a un desmayo" —respondió el mozo, incrédulo.

Haciéndole seña de no levantar de ese modo el tono, a su vez concluyó: "Desde hoy me tomaré lo necesario y un plus abundante, para beberme la taza como si fuera del tamaño de un balde. . . y me vedo para siempre vuestro café ya reservado para mí, como se viene haciendo desde años. . . No será necesario que desde la caja ciertos ojos me apresuren porque vuestra péndola marca la

hora que el entero negocio ha considerado hasta ayer como mi límite aquí dentro con obligación consiguiente a mi cargo de cruzar hacia la oficina sin tardanza. Las famosas nueve menos cuarto o aproximadamente. Desde hoy me toca en suerte la beatitud".
"Le veo cara de haber ganado a la quiniela. . . ¿O le han ampliado el plazo para el café, algo así como un añadido de unos diez minutos? ¡Bravo por la conquista! El capital debe comprender que se ha llegado a la luna. Diez minutos para uso propio y libertad personalísima, son sagrados. ¡Muy bien por Ud.!"
"No es cuestión de condecorarme simplemente con un cuarto de hora en más por las mañanas. . . si ya soy un superdecorado. Tengo a mis órdenes hermosos cuartos de hora a mi elección. Parecidos a rebanadas de un pan largo que, por sobrar tiempo, pueden disponerse sobre la mesa del festín como en una exposición de arte, despacio y con cuidado y ya por ocio o por sentido estético evolucionado. En fila, con una dulce inclinación. . ."

Y para arrancarle por fin al interlocutor una exclamación de asombro, disparó:
"Habré de regalarme unas cuantas medias horas hasta la mañana bien avanzada, por lo que me tendrá aquí diariamente después de las diez y quién sabe al borde de las diez y media. . .".

Bravuconería suya para producir en ese semblante, todavía con una mueca incierta, un facsímil de lo que por semejante noticia, habría sido anteayer su propia cara. Pues si solo unas pocas horas atrás alguien le hubiese sugerido de tomarse para el café cinco minutos de sobra, se hubiera persignado. Su rostro es ahora, de un victorioso o un iluminado; o tal se lo imagina por no poder, por discreción, levantar los ojos hacia el espejo más próximo y comprobarlo.
"Pues entonces lo han despedido horizontalmente. No me engaña, amiguito".
"Me he agrandado" —le respondió en tono alegre— "Ha habido una explosión" —y se calló para despertarle una fuerte curiosidad.
"Algo en más o en menos. . . pienso yo, no explica un programa que incluye quemar medias horas, a media mañana de un día laboral. Tampoco admito que una cabeza pueda cambiar seriamente. No es un cuadro con el que es suficiente ponerlo patas para arriba, para que el representado en la tela quede con la cabeza hacia abajo. Ud. permanecerá el que todos conocemos aunque ganara a la lotería el primer premio. . .".

Se detuvo, lo miró fijo y le preguntó a quemarropa:
"Sin negar nada. . . ¿lo han quizá depositado en alguna altura? No tenga empacho en contármelo todo".

Que éste suponga que a él lo han hecho descender en una cima como un paquete por medio de un paracaídas, lo halaga lo mismo. Pero no puede excluir que no haya venido Carovino, con una historieta infamante. Sin embargo es de pura lógica que si este tipo supiera algo en bien o en mal. . . ni se habría quedado frío en distintos momentos, ni continuaría poniendo esos ojos de ton-

to siendo los suyos naturales de ave de rapiña; ni en la cara le habría asomado tanta confusión al verlo sentarse con todo acierto, tan encima de la calle en desafío a los peatones.
"Aquí hacia la ventana, es propio de cristianos sin culpas importantes; o de uno absuelto recientemente tras un proceso que haya hecho ruido" —indagó de improviso el mozo y su narizota también era inquisidora.

Sin deber de responderle por ahora, se mudó al lado opuesto de su mesita cuadrada y quedó de espaldas a la calle. Trata tan solo de sujetar mejor la péndola al tenerla delante de la vista, a sus ganas de reírse de ella. Espíritu de burla algo dudoso, pues, hablando a las claras consigo, no desea descuidarla. . . si a la postre independencia no es descaro de irresponsable. Los problemas no terminan en ninguna condición del individuo, por lo que no tiene que morder el anzuelo abandonándose a un estado de borrachera pútrida. . . Se librará de riesgos inútiles. Hay que usar botas por tener todavía que subir cuestas empinadas, tanto dentro de la oficina como en el vasto dominio de la Firma. Aprietan, pero descalzos se acaba entre las espinas, aun allí donde todo parece un hermoso prado; o picado por algún áspid. . .

Y como, a la zaga de esos pensamientos, no le presta atención, el mozo haciéndole una reverencia bien intencionada comentó:
"Me complace de que no lo beba más de un solo trago" —y se dirigió al mostrador con el aire arrogante del que dispondrá a su gusto.
"Café negro y bien cargado" —le gritó a su vez como si le arrojara una pedrada.

El muchachón siguió ondulante hasta la caja, se dio vuelta sin mirarlo aún, se apoyó con el hombro al mueble, levantó con lentitud la vista, lo miró fijo y desde tan lejos, sobrevolando con los ojos los obstáculos o como si no los tuviese para una percepción clara, con aire de desafío y un tono firme de voz como para ser oído por todos, exclamó:
"Confórmese con el buen café. Está en juego el honor del local, no su mal gusto, ¡por Dios!"

El Moka está demorando y doquiera hay un poco de sueño, que tiende a hacerse apremiante y en el cual no desea entrar; por lo que retira de él su cabeza, medio condescendiente ella a dejarse seducir, ya dos veces. . . Molesto, se pone la mente a resguardo pero sin confiar y así a la postre se le escapa y se encuentra que ha precipitado de cuerpo entero al fondo de una dormida muy breve, de la que recobrándose vuelve a pasos largos abriendo dos grandes ojos que siente bien que son dos y el doble de sus medidas. La péndola está alrededor de las ocho y veintitrés, y si arrima bien los párpados lo que todavía le es muy dulce, aquélla juega, hace travesuras y lo tortura como cada mañana. Y esta vez añade un estertor de hierros incomodados que es como decirle: 'Llegarás. . . llegarás atrasado', repetido en forma cada vez más incisiva en el extremo de sus oídos, contra el tímpano. Esa pieza que oscila, mide irremisiblemente un tiempo sin tregua que arrastra todo hacia la destrucción, trátese de cosas o personas: sin orden, como guijarros en un torrente. Ahora la diría un luzbel, con

un ruido alrededor, de cadenas, que, en sucesivos tirones que agarran y alzan, son el eco de una cuna en el vaivén. Y como se deja llevar, al principio a acompañarla en la ida, sintiéndose dentro de ella y sintiendo en qué forma lo mecen, se ve en equilibrio sobre el alféizar de la mente, tiene muchos pensamientos suyos soplados lejos como tiritas de lana suave y hay en sus párpados el sopor de un narcótico. Y las voces, y los chirridos de las puertas del local al entrar y salir periódico de clientes, se diluyen como martillazos contra copos livianísimos. En esa visión, como enclavado, se durmió. Y sueña que un Andriolli pequeñito está cruzando una plaza sembrada de árboles. Es de forma cuadrada y tiene, al centro, una higuera de mucha corteza con nudos y ramas, y mientras se le acerca a pasos dilatados es embestido de frente; y no beneficiado como en aquella ocasión en la que bajo el empujoncito de la mano de mamá en los hombros, llegó hasta la barandilla para recibir la primera comunión. Esa fuerza opuesta e indeterminada le impide alcanzar una línea de casas lejanísimas y blanquísimas, una de las cuales en lugar del techo de tejas está recubierta por una melena color amarillo. Mientras tanto, contorciéndose, la higuera tiende los brazos, le caen los nudos al suelo y su cima se hace igual a una cabeza despeinada donde una mano que reconoce ser suya, pero muy cambiada, pasa con insistencia una esponja para cancelar allí todo. Por esa acción frenética se desvanecen los mechones y en lugar del cuero cabelludo paulatinamente se forma la jeta mustia y cubierta de costras de tiña, del señor Carletti. Y lo tiene tan encima físicamente, de su boca, que está en la imposibilidad de abrirla y pedir ayuda. O colocarse en posición apta para petrificarlo, mediante los dos ojos de Medusa que él se reconoce con sierpes en acción en el fondo de sus órbitas, que, al mismo tiempo, se le deforman con un agudo dolor.
"¡Nueve menos cuarto!" —grita el cafetero, quien se le ha puesto al lado y le roza la cara con la propia, con una carga de electricidad que se sobrepone, agudizándola, a la molestia de haber sido arrebatado a un sueñito cargado de deslumbramiento.

Miró al entremetido con no disimulada desaprobación. Pero el otro, obstinándose, continuó:
"Hasta un estado letárgico. . . No lo dude, en su estómago cualquier fuere el remanente enfermo de su cuerpo o de su alma. . . tiene el peso de la cena de anoche. ¿No siente acaso que yo u otro estamos sentados en su abdomen? Ubíquese. . . cierre los ojos y asígneme un peso de más de un quintal. No es grato, ¡por todos los santos!, tener encima un kilaje como el mío o aproximado, se lo acepto".

Él, en cambio, el sistema de la digestión no lo sitúa en ninguna parte: señal que lo tiene en orden y listo para las infaltables comilonas reservadas a un jefe reciente. Experimenta tan solo una fuerte tensión anímica por haber sido sustraído a ese sueño complejo y no poder grabarlo fielmente en la memoria en todos sus detalles extravagantes, para luego interpretarlo con un libro de Freud en sus manos.

"Veamos dónde se siente el estómago verdadero. . . Indique con seguridad" —lo acosó el cafetero dándose ínfulas de entendido— "Como comienzo, diría que desde hoy tendrá que aprender a detenerse en ese rinconcito del mundo que es su fisiología individual. ¿El corazón roto no funciona, verdad? ¿Lo hace un conducto de agua con una rajadura longitudinal importante?"

Ante tan estúpidas preguntas, recobrando con dificultad los rasgos de su propia cara por no estar todavía conforme con despojarse del sueño, le compensa a su interlocutor la vana espera de una respuesta de su parte, con una sonrisa cada vez más ancha pero al mismo tiempo más hueca. Y así tiene otra rodadura por instantes, hacia el fondo de una segunda dormida. Luego, recuperándose, con los ojos de nuevo abiertos, ve, además del cafetero, a dos personas incuestionablemente desconocidas para él, que beben licores en el mostrador y a cada trago, en golpazos sucesivos y enérgicos echan las cabezas hacia atrás y también en ese trance lo miran con fijeza y el semblante demostrativo de tener reclamos que hacerle. Por su lado, con los ojos de par en par, venciendo el último amodorramiento vuelve a encontrarse en el punto justo los sentidos principales. No sólo; ahora se difunden como en una competición, para el que primero llegue al respectivo meandro: los acostumbrados refugios donde se han anquilosado desde años, especialmente sus oídos que respecto de ciertas cosas hacen demasiado los sordos. . .

El cafetero, otra vez en la caja, gobierna activo desde allí la acción del camarero quien le está viniendo casi sobre la cara con el pedido en equilibrio, como si estuviese por depositárselo entre ojo y ojo. Aterrado, se representa un estado demencial que al mozo le confunda a Andriolli, con una mesita adicional que, al lado de la real, le hiciese a ésta de complemento. Pues por su parte está viendo el circundante sin todavía la capacidad instantánea de volver a situar cada cosa en el orden natural y ordinario, quizá absurdo, pero que constituye la realidad en su expresión inmediata.

"Cuidado con su persona" —gritó el cafetero, para luego farfullar — "Piensa en que es la primera vez que está grave" —y levantó los brazos como si se reservase un pronóstico nada promisorio.

El mozo repite, tan solo más atento, las acciones de cada mañana. Sin embargo mejorando el gesto mecánico de costumbre, llegado el momento de deshacerse del contenido de la bandeja, emplea el brazo a todo lo largo pero con cautela, como si temiese una convulsión repentina del cliente. Por fin opta por apoyar lo que trae y en seguida ir colocando sin más cada cosa por separado, en el sitio de la mesa que mejor le sienta. Inicia el despliegue con la taza (más grande que la habitual), llena hasta el ras de café humeante por primera vez en tantos años. . .

"Para excelencias" —festejó el cafetero desde la caja.

El líquido tiene en cambio un borde amarillento, casi del color del aserrín de ciertas maderas y algún otro residuo a flote. El cafetero ha venido de nuevo, de puntillas, y mantiene los brazos cruzados por encima de él, a escasa distan-

cia de su cabeza, como si estuviera por descargárselos en ella. Tal vez esté pensando: 'Si la bomba de mi corazón ya no sirve y tengo que levantar carpa en este planeta, vengan muchos dichosos, conmigo al abrupto más allá'.

"Señor Alfredo. . ." —le dijo a su vez, para sosegarlo al llamarlo por el nombre de pila, licencia poco empleada— "¿qué se propone?"

El interrogado reaccionó quién sabe contra un propósito suyo realmente estrambótico. Soltó los brazos confuso y los retiró de encima de su cabeza. Y mirándolo le preguntó, en tono cordial:

"¿Qué más espera, Andrietta? La péndola lo cita al deber. El otro reloj, el de los tiempos de la vida, me llama a mí que, dicho sin rodeos, soy una flor que está por caerse. Para su bien, no desobedezca la hora. . ."

Él, que ojea nuevos artículos de El Cencerro pero no descuida las agujas, no se explica por qué motivo este hombre no se da cuenta de que algo importante ha acontecido respecto de Andriolli.

"El reloj formado por el conjunto de los relojes. . ." —siguió el cafetero— "no se detendrá nunca pues siempre habrá el que funcione. . . así como no se para la vida en general. En lugar de vidas individuales tendría que haber una historia única: nacer todos juntos y morir del mismo modo. ¡Eso sería orden y justicia!"

Como respuesta le sonríe. Pero cierto temor lo siente de este hombre que, mientras repite que morirá de golpe, le permanece al lado y tan cerca, como para caerle encima si el pronóstico se realiza. Pero aún más molesta, la aprensión de hace un rato: un tipo rematado puede de pronto hacerse nihilista y volverse con furia destructora contra el primero que encuentre delante de sí.

"Nos paramos como el agua de una canilla. . ." —murmuró su interlocutor entristecido, en dirección imprecisa y como si divisara la Muerte ya a punto.

"Sucede por ser nuestra ingeniería corpórea de la época del Paraíso Terrenal" —le comentó de parte suya tanto por decir algo— "Entonces se requerían muchos engranajes. . . Hoy una máquina tiene más fuerzas, más resistencia al desgaste por costruirse empleando mejores aleaciones. Adán y Eva, creados según las técnicas recientes, durarían centenares de años" —y continuó con otros dichos a divagar, tratando de ser de cierta ayuda a este pobretón, y a la vez, por espíritu travieso, queriendo hacerle de coro como en una tragedia griega.

Pero de este hablar suyo sin sentido, acabó asustándose. Pues también en su boca, frente a los grandes problemas son siempre las frases por sí mismas las que ganan ociosamente la delantera.

"Casi las nueve" —dijo el cardíaco, indicando con la mirada cual testigos indiscutibles las agujas.

Fue entonces; mientras por su lado se alisaba alguna marca en el traje, de la dormida sobre el banco, y a su alrededor escurría en un aburrido ritmo el tiempo del local; que la péndola brusca y secamente arrancó con las nueve soltándolas muy acentuadas y bien de a una; mientras se sobreponen a ellas los golpes

majuestuosos desde la Municipalidad, y de distintas lejanías se ponen en cola, ya en pleno desorden, otros toques retrasados: algunos como en pantuflas.

Una leve conmoción, antes de la más pequeña idea, le descendió de la frente a los pies y volvió a trepársele por el cuerpo apareciéndole por todas partes y produciéndole un golpeteo en los oídos. Pero ni se movió ni se sacudió. Quedó con su lucidez, midiendo la discreción con que ha conseguido vencer los llamados de la poderosa costumbre, en observancia de la cual acaba de acordar tanta lúcida atención a los revolvimientos de las entrañas del reloj municipal.

Se mira de pie en el espejo más próximo: entra en él de cuerpo entero con su metro sesenta y tres o sesenta y seis. . . pues nunca ha querido salir de dudas respecto de su talla; y queda lugar para el penacho que le forma el pelo cual una cabecita de áspid, pero esta vez, como en las buenas horas, más bien festivo. Lo que salta a la vista mirándose con objetividad, es su par de piernas demasiado cortas, y, como por el soltarse de un resorte y en vivaz contraste, el tronco desproporcionadamente alargado. Por suerte no está apocado ni abatido en su aspecto, como suele acontecerle casi siempre tras una gruesa vicisitud. Tiene en cambio algo canallesco a la manera de un pillo simpático.

Por esta desobediencia a las nueve, se halla en cierto modo más alto y ágil, dentro de una nueva relatividad de puntos de vista. La cara será la de siempre, no puede creer otra cosa, pero es seguramente más asimilable. Y apartando el mechón rebelde que nunca lo deja, de un manotazo, hete que se le encabrita por lo que renuncia por el momento a mezclarlo con su cabellera. Será con un poco de agua y en otro sitio: la saliva saca de apuro en lugar discreto, no en presencia de tantos curiosos fácilmente asqueados. Por lo demás, con un poco del buen humor que siempre es útil al alma, observándose desde cierto ángulo y prescindiendo de sus infinitesimales proporciones en parangón de ese prototipo, diría que le hace adquirir en el espejo un aire fugaz al Moisés de Miguel Ángel.

Vuelve a su asiento y abre su rostro a los peatones, ahora muchos y menos curiosos que a hora temprana. Pide con mucha clase otra taza de café 'negro y muy cargado'. Hasta una mosca se levanta hacia las alturas del cielorraso. ¡Acostumbrarse mundo! ¡Recibir como un meteoro a Andriolli pospromoción!

CAPITULO VII

¡Victoria! ¡Victoria alada!, si bien su satisfacción, bajo las insidias de aprensiones fugaces tenga mucho de tormento y en el conjunto se sienta como esa primera vez. . . cuando, en ese tiempo lejano ya en un recuerdo confuso... dándose la voz de partida para trepar por esa escalerilla con peldaños de madera y casi en penumbra. . . fue luego tomado por esa mano cálida que lo hizo entrar en la pieza casi a obscuras y en ese camastro con una cobija amarilla y desgarrada... en un torbellino y en presencia de un espejo en el que se divisaba empeñoso en ese asunto agitado. . .

Desobediencia además, ésta de la que sale, cargada de imprevistos a la manera de ciertas declaraciones de independencia de las Naciones, resueltas de apuro. . . O sea, proclamación sin reparos y con desdén suyo por esas nueve imperiosas que daban tantos relojes concertados. . . empezando por ese primer toque cual anuncio arrogante (el que fue opresivo por tantos años), al que le siguieron más pacatos y sociables los ocho posteriores en ordenada fila. . .

¿Fue juicioso o peligrosamente prematuro, haberse sustraído a esa tiranía diaria? ¿No se demostrará en la práctica un mero escribir en el aire, de su parte?

Ganas tendría de valuar la cosa, en especial en cuanto a los aspectos de principio que envuelve. ¿Pero dónde hallar a la persona de mente tranquila y buen consejo? Porque en el vuelco total que le acaba de producir su rebeldía a ese llamado imperativo de las nueve, se ve devuelto a una época todavía más lejana que ese inicio erótico suyo a los dieciséis: a los once, casi sobre los doce años. . . cuando una mañana poblada de gorriones, atraído por ese comprimido gorjeo general y tanta luz blanca unida alrededor de él, se metió hondo en el bosque hasta el mediodía, alegre como si hubiese estado dando vuelta descalzo. . .

Bien mirado, ha actuado respecto del primer toque, del mismo modo como resolvió las pocas determinaciones importantes en su vida: la mente revuelta que no sopesa consecuencias y la voluntad que le ordena: ¡Hazlo, hazlo. . . o se reirán! Una voluntad que de repente es como una extraña hechicera que atrae al vórtice. Por igual motivo y en distinción sutil, en esta rebelión de hace un rato, quizá él sea el imputado si realmente fue escribir en el agua y por lo tanto como a todo perdedor le corresponde pagar. . . pero no el imputable... O mejor, ha sido él, pero a espaldas de Andriolli protocolar, el

más calificado de los varios Andriolli en uno solo, que tiene dentro de sí. El Andriolli que se ha acreditado para los ojos ajenos, por una puntualidad que se acaba de quebrar.

Le vuelve la necesidad de confiar en alguien, con la inocencia de los tiempos del Oratorio en que casi en el oído del teniente cura se entregaba a contar sus cosas. Una confesión con ese sacerdote, a su vez tan encima de él que el pabellón de la oreja al pobre le vibraría quizá como una hoja de papel de estaño, si era acertada su sensación habitual de que algo se le movía allí.

Cada vez que lo tomaba el frenesí de ventilar lo suyo, siempre encontraba al que en la oficina apareciera muy dispuesto a secundarlo, inclusive el desprejuiciado que habitualmente se sonríe de las cuitas ajenas. Y así. . . uno o dos que en la A son de esa clase, se mostraban de repente razonables y le daban buenos consejos o sin soltarle palabra, lo aliviaban con miradas de comprensión. O si disentían, era en forma honesta. Por lo que sólo raramente ese desabrocharse suyo daba con caras llenas de suficiencia o era causa en el momento mismo de disgusto o desilusión. En suma una cordialidad vibrante, aun tratándose de empleados como los de esa habitación que sólo forman un mero conjunto de tipos corrientes. Deplorable sin embargo, su hablar por hablar: el Andriolli que, de repente Andriolito o Andriolucho. . . desenrollaba la madeja de sus desventuras personales, con una imprudencia consciente, y concienzuda en el contar, dando al interlocutor la convicción de estar sonsacándole hábilmente lo que el mismo se dejaba escapar por una voluptuosidad bastarda en vomitarlo todo: malignidad hacia sí mismo, a causa de la cual violentaba el escriño de sus propios secretitos repartiéndolos gratis. Nada sorprendente pues, que hoy aparezca tan escuálido a los ojos de ellos, al haberle conocido tantas desnudeces, objetables o no; y que a nadie le parezca que pueda recubrirlo dignamente la investidura de jefe.

El muchachón del crucigrama diario ya no está y los que quedan en el negocio, pertenecientes también a los asiduos', han recaído en general en sus meditaciones. Sólo sobresale, con buen contacto con el circundante y los que pasan por la calle, ese señor educado, con la ropa desteñida (¿o descolorida por durar demasiadas estaciones; o estar el individuo en el siglo pasado asechando las diligencias en las praderas?), que se deja de muy buen talante llamar profesor. . . si bien no es nada de eso. Con este profesor. . . (en adelante será provechoso allanarse a los títulos acariciantes para los oídos del que se los deje atribuir sin derecho a ello), intercambia, desde que lo conoce, tan solo saludos o mejor señas deferentes; sin incluir forma alguna de augurio o buen augurio, que, de su parte por lo menos, no subentiende en esos gestos recíprocos. Pues se ha limitado, recibiendo respuestas de igual alcance, a ademanes y un informal fruncido del entrecejo, sin otra cosa más flotando por el aire. Manera somera de librarse; y con nada qué hasta ahora haya tenido vigor o descansado en un sentimiento y menos en una emoción. No quita que, en su mejor amplitud de miras ya como jefe, no pueda llegarse a un más hondo

reconocimiento mutuo. No facilitará en cambio, ahora tampoco, una relación ruidosa con uno como éste, que interpreta inclinado a la bacanal, porque tales exageraciones en primer lugar molestan y a la postre terminan en problemas o en un tráfico en el que se pierde el derecho de mantener puesta la camisa o se debe tolerar que el otro se pasee delante de uno en calzoncillos.

Desde hace un rato, desde la zona donde está el billar, se levantan con negligencia las mismas moscas; luego, otras más y en desorden se alejan de pronto en forma concreta del paño verde, quizá unas diez o doce. Aquéllas como un anuncio, y las posteriores en alguna protesta por haber empezado los monótonos choques del taco, sucesivamente en manos, por haber uno solo en condiciones, de los dos jugadores matutinos: conspicuos desocupados que claramente, también esta mañana, por horas percutirán las bolas de marfil. En especial uno de ellos: tipo entregado, en esa forma, a juzgar por la especie de rito al que se atiene diariamente, a una obligación propia que absuelve con los debidos efectos y algún relleno. Por ejemplo, antes de emprender el juego o recién iniciado, echa hacia arriba la lámpara que allí ilumina pero no lo suficiente pues siendo alto, en esa primera escasa levantada, ella sigue rozándole la frente o metiéndose con su abundante cabellera. Y así repite, tras retirarse varias veces hacia atrás por ese toqueteo, las muecas de un muchachito quisquilloso y molesto; como si la demora en llegar al acto definitivo de enviar de un manotazo ese incómodo más hacia el cielorraso, respondiera al transcurso obligado de un tiempo fijado en algún libro litúrgico. También esta vez llega por fin ese momento, en perfecta coincidencia con lo que aconteció ayer o anteayer o el año anterior, y con igual constancia la lámpara queda fijada por el resto del día muy dócilmente, y el problema superado. El otro jugador, por ser más bajo, es indiferente a todo ese proceso, además de falto de iniciativas y al nivel de un mero alátere.

A la vez, en la parte correspondiente al techo, por reflejo, se reproduce lo que las bolas hacen sobre el paño pero pasando allí arriba como en una resonancia, aunque más rápidas cual estrellas fugaces. Y cuando abajo se embisten con ese sonido abierto, se forman sucesivos estrellones luminosos y en silencio; hechos de espadines que en seguida se apagan como débiles llamaradas de éter o se llevan consigo hacia la pared próxima estrambóticos esquicios, y consigo el dibujo faltante al igual que una verdad no revelada.

"Ha hecho carambola" —le depositó en el oído un camarero que no es su muchachote y que se da tono de entendido, si bien de regla es un habladetodo que raramente da en el blanco.

El cafetero, siempre con vistazos pródigos respecto de él y de nuevo a la búsqueda del indicio que le confirme que tiene el quintal en el estómago, hace una mueca de desaprobación ordenando al dependiente de no molestar a su enfermo (pertenencia que subraya con un gesto significativo, de que él Andriolli es de su exclusiva incumbencia).

La péndola, ocupada en correr, ya está con las nueve y treinta y da esa me-

dia secamente sin lugar a disquisiciones. Lo hace en el preciso instante en que se oye, como un encimarse de olas, un choque en el paño verde, mientras alrededor de ese juego hay quien retiene el aliento y cuchichea sofocado por sustracción de aire a sí mismo, en esa espera angustiosa de una nueva gesta del grandullón. No tarda el milagro: brota en efecto explosivo, el grito alegre de ese gastador de tiempo. Pero el mismo camarero, buscándole la mirada, esta vez le indicó de no creerle. Mas una voz no identificada, murmuró en cambio con respeto:

"Una segunda carambola"

Y alguien rezongó:

"Nació con la camisa"

El jugador, avispado como si acabara de ingerir un vino espumoso, pasó la tiza por el extremo útil del taco y volvió a intentar, transformado en un único y codicioso deseo que le demanda la mente, y todos los sentidos.

Este volcarse en forma total a favor de esa tarea y la sucesión frenética y fascinadora de los golpes sin resultado, en esa búsqueda agónica de otro éxito, tuvieron por fin los primeros efectos tras quizá cuántos días de tedio a esta hora, en este estático local. Hora respecto de la cual él ignora qué sucede habitualmente, por su fidelidad a las nueve exactas. Algo ha de estar recorriendo varias de estas espaldas contraídas por semanas, pues un 'asiduo' se aviene desde su asiento, a una especie de interés, en seguida casi vivaz, y los restantes de igual carácter, ante la carambola que no llega, caen en el arrobamiento de una manifiesta expectativa conjunta.

Por su lado experimenta una efusión muy grata en todo el cuerpo y al observar al profesor, le parece que también tiene ligeras y sucesivas vibraciones, pero tratando arrogantemente de vencerlas.

Es evidente que los sonidos del marfil, en algunas de estas caras a la redonda dejan una brevísima marca, tal vez no de una conmoción lograda sino de un movimiento reprimido; aunque no en el caso del profesor, que parece esforzarse por permanecer frío y demostrar en lo posible una prescindencia ejemplar. Lo que importa de cualquier modo es que muchos semblantes tienen una expresión hasta ahora desconocida en ellos y artísticamente eficaz, al ser copados por insólitas sensaciones.

Justo ahora y por ser todo hombre un animal sociable, él y el profesor se buscan al mismo tiempo, dejando ambos cualquier otra percepción.

Según lo pensó días después, en un instante así, de coincidencia, hay un deseo mutuo de tocarse con las antenas del alma, dejarse caer cada uno debajo de la superficie del otro y entrever juntos, aunque sin intercambio verbal al respecto, esa fusión perdida y de tiempos remotos que debe haber existido entre todas las creaturas al formar parte en los albores quizá de un género humano con los individuos no desligados todavía de una común madeja originaria. Este acuerdo con el profesor que ha estado viendo crecer espontáneamente, cuenta más que la versátil simpatía recíproca que empuja a dos que es-

tán frente a frente, a hablarse con frivolidad: lo cual se asemeja al mísero destino de dos perros que se husmean moviendo las colas y después ninguna otra cosa más. Es lo que ha evitado hasta ayer, al sentir tal estímulo transitorio; tan diferente de aquella interacción con otro, que ahora es una necesidad ineludible sostenida por la fuerza expansiva de un jefe en acto, no en potencia.
"Deseo que charlemos. ¿Es posible?" –preguntó al profesor, acercándose a la mesita donde está sentado.

Comprende al mismo tiempo que se le dirige, que son palabras bastante ridículas, tanto más que por la manera como han de pasarle los nervios por la frente, ha de ser visible que le está faltando un tema introductorio que siga a este comienzo ya gastado con tan escasa naturalidad, y bastante irreflexivo.
"Lo escucho" –respondió el profesor, levantándose del asiento como el interrogado, o sea tomándose tiempo a su exclusivo criterio y como enfriado de golpe después de la aparente armonía entre ambos.

Pero de pronto cambió y le tomó las manos cual dos anclas de salvación buscadas por años, y sin dejárselas lo miró en los ojos en la forma escrutadora de algunas mujeres ancianas; luego le examinó uno por uno los diez dedos y respecto de ellos sacudió ligeramente la cabeza. Él siente echar raíces en su cara un vivero de manos, empeñadas en arrancarle notas reveladoras de los más hondos secretos en su conciencia. Ello va más lejos de sus concesiones: una cosa es hacerse lavar las prendas pero guardándose para sí los calzoncillos; y muy otra, desnudarse como Adán. Pero está en el baile y pone la mejor cara. Su interlocutor ahora lo empuja hacia uno de los divanes dentro del local, adosados, uno para cada una, a las cuatro paredes; no pudiendo ignorar que según la comidilla, el que se sienta en cualquiera de ellos puede tener antes de los seis meses una desgracia. En realidad cayó en el más próximo, pues con este fulano que insistía con la voz y apretaba con la mano y él empeñado en una espontánea resistencia y procurando mantener el equilibrio, perdida la paciencia se abandonó solo, encontrándose sentado sin haber querido hacerlo de buen grado y tras un desplazamiento de abajo hacia arriba como por el principio de Arquímedes respecto de los cuerpos empujados en un líquido. El profesor en cambio, con el aire de un petimetre, continúa de pie y se observa en el espejo que cuelga algo más arriba del lugar donde se halla el diván. Y primero es como una interrogación que formulara a ese cristal y luego un rehacerse la cara de varios modos, en forma seguida; lo que le exige empeñar y desempeñar como en una convulsión, los músculos faciales y echar hacia adelante la boca, pero para verse quizá con el pico de un gavilán. Y así otros efectos rebuscados, que demuestran que posee un entrenamiento para mudar de apariencia valiéndose especialmente de la nariz, que sabe modificar como si en lugar de una sola, tuviese una docena a su disposición. Pero más redituable es la obra de las manos, al modelarle el rostro de ese modo cambiante y obtener esos estiramientos del cutis o convertirle la piel en una especie de tegumento, aproximado en aspereza a una corteza de árbol. Y así, hasta el

que ahora parece el último acto: en efecto, tras recoger, tirando desde la nuca, la gordura que hace cuerpo en su semblante y mostrarse en lugar del individuo de bastantes carnes que es al presente, el llenito que ha de haber sido a los quince, se abandona a lo que es naturalmente, y se estudia, como admirado de sus rasgos: en verdad sin nada fuera de lo común. Ha de haber quedado muñecón desde el cambio de voz en los tiempos de la llegada a la pubertad. De su parte, piensa en una ceremonia inspirada por un fin, ante esto que acaba de presenciar: tal vez el de un conjuro o un simple desprecio del prójimo y de él Andriolli en particular, o apenas el propósito de diferenciarse de los demás, o perturbarlos a fin de poder atraparlos valiéndose de un buen lazo. Sin embargo lo importante, antes de encarar la relación estable con él, no es interpretar estos excesos. Es descubrir la esencia de las predilecciones que demuestra, como si se le escaparan del subconsciente. Pues entre las apariencias que ha conseguido, figura la muy vaga aún, del desocupado; que sin embargo no parece atraerle por la manera como de nuevo la rehúye al mirarse otra vez en el espejo y la reemplaza con un aire volitivo (si bien él transparente ahora, la nostalgia fugaz del que recuerda épocas de jolgorio sin límite y de no hacer nada. Excesos, quién sabe siempre con la misma fulana. Y nada que extrañar por algo así, por el tufo monogámico de un brevísimo desaliento, que a él le ha parecido entreverle. Tal vez ahí la explicación de esta conducta actual de esfinge; interpretable quizá, en cuanto a origen, por el lado de un amor que se le haya escabullido. . . Aunque hace un rato ha pasado también por las aristas de un endiablado presa de un nudo de pasiones, entre las que, sospechables de alguna inclinación torcida, las del sexo. . .)

Y hete que al volver el tipo al juego de las apariencias, esta vez con la cara como si quisiera meterla en el espejo tan cerca como se le arrima, le descubre, y le sienta como si se la hubiesen hecho de medida o cual algo que le correspondiese en propiedad, una cara de pillastre o mal sujeto para la que los ojos le caen justos, inclusive por la tonalidad grisácea que los distingue y esa nariz que tira al rojo vivo y es la que cuadra. Todo con tal fuerza de convicción que, para quien lo examine con cautela y experiencia, se revela con una mirada íntima falaz, que da derecho de suponer que también en la entretela del alma probablemente no sea nada recomendable. Sin embargo, cualquiera la verdad, por arriba de todas las caras que alcanza por ese misterioso empleo de un espejo y de su propio aspecto ordinario; por ciertas expresiones que consigue y donde se detiene, tenga o no dentro de sí esa presunta inclinación por lo sombrío como elección suya preferente, lo que estalla es el tono del escéptico militante. Y con una **forma mentis** que, si en la realidad la posee, lo ha de frenar **in extremis** de algunos pasos demasiado atrevidos; no por escrúpulos, sino por no creer en nada y por ende tampoco en el mal. ¿Incredulidad ilimitada? Le interesa confirmarlo cuanto antes. . . sobre todo si este señor ha de funcionar para él como una especie de chal con que envolverse en los momentos de desconsuelo o de enfriamiento interior de un jefe.

Dejado finalmente el entretenimiento de querer cambiarse el trazado de la cara, tenga o no inclinación por algunas de las expresiones poco tranquilizantes, se mira en la luna sólo con ánimo jocundo y canturrea muy bajito. Los manejos han quedado atrás y este otro individuo ya bonachón que se hospeda en el belicoso, bromea por pasatiempo, sin revelar más nada concreto que pueda sobresaltar al prójimo en las caritas honestas que ensaya en estos instantes. Es una alegría a precio módico o gratuita para los espectadores (la que al mostrarla toma quién sabe de dónde, si no la tiene en su interior, y contagia al que tiene cerca).

Todo sumado, es definitivamente un frívolo, por pasar así, a saltos; tanto en las apariencias innocuas como en las sospechosas; de mal sujeto a simple descocado y clavarlo a él mientras tanto en este sofá, con el ademán porfiado de esa mano rugosa que, con gentileza enérgica, un par de veces le ha impedido levantarse. Con la diferencia, que también con una cara más convincente entre esas metamorfosis en el espejo, la pretensión de que por su parte no deje el asiento se mantiene imperiosa. Queda pues en firme, cualquiera el semblante que cuente de verdad, la arrogancia sin justificación; por lo que está arrepentido de habérselo adjudicado. Obviamente hasta que rotas las conveniencias a las que por ahora de su lado se aferra, si bien bastante irritado ya; y convencido, quién sabe dentro de unos momentos, de que sea mejor cortar por lo sano prescindiendo de todo vínculo futuro con éste, Andriolli se ponga de pie y apartando esa manota le grite: 'Nigromante, ¡acabe de una vez!'
" ¡Pobre diablo, si se deja llevar por el mundo, a cargo del buen sentido! Por de pronto no es dinámico. Prescindiendo de él, puede mudar de filosofía tantas veces como cambie la camisa y destruir mitos y bravatas. No es dinámico, insisto. Por lo que el buen sentido de hoy, no es más adelantado que el de los antiguos. Es la misma estatura enana. . ." —y se miró en el espejo, complacido de su metro ochenta y pico. . .

Se detuvo para revisarse la cara en el espejo y le ordenó con aire de aburrido:
"Sentado, por favor" —y lo comprimió en el diván por haberlo sorprendido en el intento de levantarse— "Escuche con buena educación mi Teoría. No ambiciono infundir una certeza absoluta e inexorable, de una verdad cabal a mi solo alcance. Si lo presumiera, sería tan vanidoso como lo es siempre un cura o un prelado. Veamos al así llamado Hombre; y al pronunciar esa palabra como lo hago, quiero que la piense toda en letras mayúsculas. Es comparable a un álveo, o madre de un río; con similitud con una instalación. . . respecto de las corrientes venidas del mundo externo que lo atravesarían (en mi opinión, produciendo todo lo que constituye la vida intelectual y afectiva, o sea de la mente y del corazón. . .). Tal vez así sea, o no sea eso por nada. Pero el caso es que rebelándonos a lo que nos vemos o nos sentimos, saldremos por primera vez, a la fuerza si quiere, pero evadiremos. . . de las encerronas de la mente tradicional o mente heredada. Con otro vidrio sobre los ojos y de color

no clasificable, no nos irá peor que en el actual regateo con una realidad gastada por demasiada frecuentación, como es ésta oficializada, simple cosa cómoda por estar más a mano. . . Declarémosle nuestra desconfianza. Busquemos otro enfoque como este mío del álveo y tendremos una ilusión que nos librará de toda culpa. . . Luego le explicaré por qué"

Por su lado, ofendido de ser forzado a permanecer en el diván, se mantiene en silencio.

"El río. . ." —reanudó el profesor, sonriente— "tiene una parte en movimiento y cambio. . . Si al Hombre, cada letra en mayúscula. . . en cuanto a esencia, ánima o como se la quiera llamar. . . lo suponemos el lecho, respecto de una corriente eléctrica especial, y bien. . . así como ese fluido en una instalación adecuada produce luz, calor o sonido, en nosotros son ideas, amores y exclamaciones. . . Siendo así, ¿me explica qué razón hay para poner cuerpo y espíritu por separado? ¿Para que vegete años más el dualismo? De acuerdo sobre este punto, vayamos al asuntito de la celebrada personalidad nuestra. . . a los efectos particulares, o sea de las particulares ideas, sentimientos, etc. de una instalación individual, de regla individual por las carencias y defectos. . . Porque las instalaciones excepcionales. . . perdón, las mentes de singular esplendor, reconsiderada la Historia y vueltas a escribir ciertas biografías. . . son pocas. Napoleón, a mi edad ya no me deslumbra"

"¿De verdad?" —le preguntó teniendo dudas de esa afirmación del interlocutor.

"Reflexione. Soy el de ahora y no el de hace unos instantes, pero con un cirio en la mano no me verá jamás, ni a los ochenta. Hay pues una instalación con características propias inmutables. Mil hombres, mil instalaciones. ¡Tres mil, tres mil! Pero la personalidad es tan solo un elemento folklórico. O sea, patraña"

Se puso serio; luego, tras una vacilación, por el contrario esbozó una sonrisa diciendo:

"Juego con las frases, es evidente. Cambio el orden y el sentido conocido de las cosas, es relampagueante. Pero también ello es hacer filosofía lisa y llanamente. Si todo lo juntara en un libro, con mención de los méritos del profesor P. y el doctor A., o sea echase incienso a los más vistosos de la familia verbosa, sería puesto en un escaño como miembro efectivo de una academia. Pues la teoría del río carecerá de pies y cabeza. . . ¿qué los tiene por lo demás?, pero es un sacudón. Lo que se pide es un estímulo, si hasta una avispa ayuda al árbol del cerebro con sus frondosos ramos, a dar frutos"

"Por ahora, prefiero obtener de Ud. un consejo respecto de un asunto mío"

"Y por ser independiente hasta de mí mismo, en su honor, Andriolli, le cambio el mazo. . . Devuelvo al hombre el centro: ya no es el álveo, es la corriente. Como madre, toca a las técnicas psicológicas y educativas obtener que el flujo externo se estanque todo lo posible para que uno pueda asirse por más tiempo a ciertos afectos o ideas, verdaderos o falsos. Verse un poco estables

y no veletas en continuo movimiento. Si por el contrario soy la corriente, la finalidad de la existencia es desbordar hasta someter nuestro Universo. Sin embargo también el río geográfico cambia constantemente de curso, por lo que, en líneas generales, aun con esa concepción optimista no soy el de hace un momento. Es decir, como corriente o álveo, la historia se repite: lo que no surge ccmo hecho incontestable es la personalidad convincentemente individual. Aparte de que no me es entidad simpática"

Medita visiblemente y recomienza:

"Lecho o corriente, lo importante es que no estamos en una barca que avance hacia una luz mayor, por lo que nacemos y seguimos en gran penumbra. Por eso sospecho vagamente de ser el de ayer por volver diariamente a la misma morada y tener con él una semejanza física no muy alterada. Pero que se me llame profesor me corresponde como título natural, en igual forma como son míos los parientes que descansan en el cementerio o las llamitas que se desprenden ciertas noches de sus fosas"

"Ud. habla y yo lo escucho con mucha atención" —dijo a su vez, enigmático adrede.

"En suma, en suma. . . llegados al punto de no entender más nada. . ." —siguió el profesor— "aferrémonos a la política. Y por deleite varonil, a las hembras cuando nos es posible. Ud., de cualquier modo, en lo relativo a ellas. . ."

"No se equivoque. En esa materia también soy un diablo"

"Menos mal"

"No sabemos nada de nada" —suspiró de su parte, esencialmente aburrido.

"No afirmaciones categóricas. No afirmaciones integrales y totalizadoras" —le recomendó el profesor, a la vez que con la mano que le sujeta la suya y lo retiene sentado, librándolo de ella se entretiene ahora en ordenarle el saco y la corbata— "Bellísimas teorías, pero nadie se entremeta en nuestros designios. Pirotecnia verbal, no un verdadero paso adelante. La fe política, en cambio; para no pasar por este planeta como ovejas. Filosofía sí, pero criada que sostiene la lumbre mientras nos convenga. Y si de la filosofía más detestable podemos sacar provecho, nunca me detendré en llegar inclusive al abuso" —y le guiñó un ojo.

Luego recomenzó a examinarlo, pero con aire amical agregó:

"Hable, si tiene necesidad de hacerlo; aunque yo también estoy convencido de que es mejor el día de un león. . . Y si por ello nos toca lo peor, consolarse diciendo: 'era mi vocación y por ende mi naturaleza. Pago contento con mi pellejo'"

Él se pregunta si es coincidencia o si éste está ya informado.

"¿Qué relación tengo con un cargo público?" —probó en la esperanza de hacerlo hablar.

"Tenéis los mismos estigmas" —le replicó el otro, apoyándole dos ojos como de hielo, en las manos y rehusando devolvérselas ahora que le tiene asidas am-

bas— "Los estigmas del hombre acumulador de autoridad; es decir el que la va extrayendo del aire como un fluido y la conserva para el momento apropiado. Los ocultos fines de la vida en sí misma, en cuanto sujeta a la norma común de la división del trabajo en la asignación natural a cada uno de su tarea. En el mismo elenco, Ud., Napoleón, el capitán de una gran industria, un pastor, etc., destinados a mandar para que sobrevivan ciertas estructuras: rebaños, imperios de la producción y el resto. Sí, el ovejero que a Ud. le hace fruncir el ceño como si oyera una tontería, es sin embargo el más autócrata: castiga los ovinos sin jamás incurrir en abuso formal. En ciertos aspectos, el más detestable. Sí, los rechazo a todos ustedes. Seré en mi fondo un anarcoide"

Por lo que le toca, no puede contenerse y se echa a reír, diciendo:
"Sea el primero en saberlo, si todavía no es noticia para Ud. He subido en efecto a jefe de mi oficina. Dejando de lado los chistes, ¿qué me aconseja, basándose en su gran experiencia? ¿Estuve bien?" —y le indicó la péndola— "Conoce mi norma diaria a las nueve menos algunos minutos"
"Llegue en adelante a una hora de persona distinguida. Pero bostezante, a fin de que supongan que procede directamente de un local nocturno. La gente admira en secreto al transgresor de reglas y normas respetables. . . En lo posible, con sus dependientes, ateniéndose a su índole según sus manos, sea un perfecto tirano; no el medio tirano que por lo mismo no se luce"

Se interrumpió y frunciendo las cejas al mirarlo, añadió:
"Obre sin pedir consejo a nadie"

Por su lado, haber publicado el hecho aquí en La Arañita le depara un prolongado instante de borrachera. Y en la condición de salvaje alegre en la que se reconoce, hallándose cómodo en ella, pondría fuego a cualquier cosa importante. Está de pronto por encima de toda ley y con ánimo para desafiar juntas, las prohibiciones del pasado. Para matar a varios, aun tributándoles después las mejores honras. Y ganas de tirar a una hembra en una cama y fornicar. Encendida pasión redentora, pues es poseer de improviso todas las libertades, inclusive en los recovecos de ellas absolutamente prescindibles. . .
"Mejor que le haya correspondido a Ud. y no a un quienquiera. . . ese cargo bendito que le llovió del cielo" —le largó el cafetero, interviniendo en el diálogo con el profesor. Dudó y volviendo los ojos a él Andriolli, concluyó:
"Le auguro de corazón, pero desde un órgano más robusto que el mío, que en ese desempeño consiga tocar las nubes y la felicidad, esa tirante a redonda como un huevo de Pascua. Para mí, para oprobio de mis pensamientos de otrora, es verlo ya un gran hombre"

Él está por fin convencido de no ser más dependiente de nadie, tras haber dejado sonar las nueve, las nueve y cuarto, las nueve y media, las nueve y cuarenta y cinco y recientemente las diez. Pero a las diez y quince, tomará dignamente el camino de la retirada para estar en la oficina a los cinco minutos siguientes, tiempo neutro por el que no se incomodan los relojes del mun-

do entero. Llegará allá arriba, en efecto, a las diez y diecinueve, o diez y veintiuno, horas que pasan, desde los orígenes del Tiempo, en absoluto silencio. . .

La péndola jadea en las últimas oscilaciones, con más aprensión que de costumbre. Tal vez por un desperfecto en un mecanismo interno, es como un eco de los latidos del corazón enfermo del cafetero. Para él una conexión podría haberla; quizá en el plano de un fenómeno parapsicológico.

Siente el sudor del instante decisorio. Nadie tiene derecho de desviarlo de esta conmoción. El toque se lo nota ya encima, y para que le vibren las mejillas, el labio inferior, los ojos en las órbitas. . . y toda otra parte de sí donde sucesivamente lo transporte el pensamiento. Tiene de pronto un ojo especialísimo que penetra o bien desfonda.

"Nosotros somos los que están en el verdadero movimiento. . . el de la péndola es una parodia" —dice en forma enigmática el profesor al verle la mirada dirigida a las agujas.

" ¡Déjeme, por todos los santos!" —le pidió.

Y se encaminó a la salida, tras un ademán de saludo genérico. El profesor le contesta con el meñique; y el cafetero, con una cara lívida de moribundo.

En la acera su paso es nuevo, gimnástico y como de otra persona. Es justo: su nuevo oficio quiere a un hombre con otros entrenamientos: es razonable que sea sincero consigo mismo.

Con la jefatura bajo el brazo, ésta que tan afortunada o borrascosamente le ha correspondido o llovido en la cabeza, ¿no es sí mismo lo primero para rever? Andriolli, si de eso se trata. . . está listo para rehacerlo a Andriolli de cabo a rabo. ¿Humildad?, o sea. . . ¿sirve ahora su vieja humildad para algo? ¿O no será por demasiado orgullo; el que habría quedado en él a la espera de un momento como éste?

Se recogió en los hombros: ¿es su culpa si también ahora el negro y el blanco se muestran enredados en la misma madeja, como para no poder, ni él ni nadie más, diferenciarlos cabalmente? Pues ni Andriolli ni ningún empleado, duque o emperador podrán encontrar una respuesta siquiera aproximada, a tantas cosas.

Desplegó las espaldas para cargar mejor el saco. Pues aun repleto de ignorancia acerca del blanco y del negro, lo que cuenta es pasearse en la oficina con la propia dignidad bien a la vista. Aunque desde la mal llamada curul se exhiban piernas cortas que no dejan tocar el piso en una sentada objetivamente honorable. . .

CAPITULO VIII

Salir de La Arañita era, como por efecto de un imán, levantar su vista y observar el edificio donde está la oficina, del otro lado de la calle y que tiene colgado ese frente al que cada mañana hasta ayer echaba la acostumbrada mirada soñolienta. Y con enojo, pues pensaba aproximadamente: 'Quién sabe si me estará esperando mucho o poco trabajo. Sé en cambio con seguridad que por bastantes horas permaneceré empotrado en esas paredes, parte ellas de otros sostenes (si no participan para ayuda complementaria inclusive energías mías desconocidas, por ese infinito cansancio que me carga los hombros mientras estoy ante mi escritorito adornando figuras estrambóticas llamadas cifras o números) de ese techo con ese lado inclinado hacia la calle, embebido de sol cuando hay. Habré de cumplir en esa A, el deber civil de sujetarme a las órdenes y a la gracia de quienes por un mísero salario alquilan el título para poderme mandar a su propio antojo. Todo en mérito a una secular institución legal que, vista desde más arriba, de allá donde está la luna, es la red **post natos homines** de la miríada de peces de distinto grosor, que aquí abajo crecen, se reproducen (no siempre) y mueren con el nombre genérico de empleados. Héteme con el cuerpo pegado a una silla, delante de los vidrios manchados de la ventana más grande en la habitación del Complejo, absorbiendo todo el año la acostumbrada porción de humedad ambiental, en cambio de una mañana de invierno menos rígida o de una de verano, en apariencia por lo menos, más fresca. Y tras algún bocado cerca de la una y diez, a las dos y media exactas otra vez en la misma jaula, continuando la locación de mí mismo hasta las dieciocho y treinta (o peor aún, pues la jornada es flexible en más). Tal mi participación en las maravillas del siglo vigésimo segunda mitad: amadrigarme; mientras, a cielo abierto, en contacto con las madre Tierra, gran parte del año las margaritas (y Margaritas con la pollera, los 365 días) pueden quedarse a respirar el aire puro y eludir alegremente la subordinación'.

Razonamientos de Andriolli soldado raso, válidos en lo referente al aspecto negativo de la existencia. Pues la otra mitad (él estaba hasta ayer partido en dos como algunas pelotas de dos colores) navegaba **ad libitum**. Zarpaba, sin preocuparse del Andriolli aplastado por tanta papelería y convertido en autómata, hacia lugares muy lejanos, surcando sin ahogarse los más accidentados mares y océanos. Y cuando, echándose hacia el respaldar para abarcar más con la vista, el ojo alcanzaba ese cuadrado de la terraza en el caserío al fondo al fondo. . . Andriolli libre se trasladaba a comarcas llenas de luminosidad y

próximas a los trópicos, con negras y mulatas bien formadas y con los senos erectos. Si en cambio caía, en copos como la nieve, mucho trabajo, hete la unicidad del empleadito de su nombre y apellido, volcada a asentar números en los libros, tanto en el 'mayor' como en el 'diario'. Y si era de esos días solemnes para la tarea, cual cosota para cumplir, en las páginas respetables del 'libro inventario'. Así como, en todo momento (a nivel de cosillas o cosuelas), en el chismoso 'libro de caja' o en el odioso 'libro de vencimientos' (odioso para el deudor y neutro para el cumplidor Andriolli). Y al mismo tiempo, para tener alejada la saturación por tedio; o si lo poseía un deseo incontrolable de hacerle un despecho a 'la usurera' o lo secundaba más vivazmente la rebelión que yacía en sus venas; o por envidia de que en distintos lugares, más allá del montón de casas que divisaba desde su asiento, altas, apuestas o gruesas y robustas y algunas principalmente casas jóvenes o con el aspecto de forasteras. . . centenares de individuos en toda la ciudad, tuviesen libremente tantas horas sin dueño y sin deber de trabajar, ni sujeción a un sueldo, pero como ricos, terratenientes, herederos, ladrones, y todos con la trompa (o trompita o jeta); hételo a él, regalándole a la Firma la imitación casi perfecta de las letras de imprenta, las lindas mayúsculas, y una caligrafía de bella inclinación. Todo se lo obsequiaba con derroche de sus manos (nueva lección dada por un explotado) y hasta en cualquier cuaderno borrador o al redactar los informes de práctica (páginas secundarias donde los demás, sin preocuparse en absoluto, acostumbran dejar los más extraños caprichos de las plumas para escribir, además de borrones y manchas, o sea un conjunto desordenado que sólo hacía más negro el de la tinta de rigor). Por lo que los directivos, en su forma organizada de juzgar los valores, en estos días pasados habrán pensado antes de dar el paso: 'Lo que Andriolli cumple en nuestros libros y papeles iguala el mérito de las viejas litografías. Nuestra sección contable es su Tierra Prometida y Alcanzada. Él se integra, hasta donde le es concedido por la Madre Natura, pobretón, tan solo entre las paredes de allí arriba. . . Por lo que debe seguir hasta su santa muerte o hasta jubilarse, como nuestro mecanismo racional a buen precio e importantísimo si apreciamos esa oficina por los impuestos de los que inteligentemente nos descarga librándonos de la voracidad fiscal'. A frases así, o aproximadas, el Andriolli de hasta pocas horas atrás hubiera replicado con desdén (él en este momento recuerda, sin emitir parecer): '¿No saben esos señores, que hasta un rinconcito ceniciento, cae bajo el **eppur si muove**. . . cuando la voluntad de evadir sabe demostrarse imaginativa a despecho del muy árido contrato de empleo en sus escalones iniciales?'

A las diez y veintitrés, el edificio está bien despierto. Y como seguramente ello es desde hace poco, lo ve algo alborotado: charla el portón de ingreso, abierto de par en par. O sea no simplemente entornado y receloso, como lo fue hasta ayer cada día a su otra hora de llegada. E intercambian palabras vivaces, casi comprensibles, varias persianas semilevantadas en los distintos

pisos: señal de que quienes allí habitan están ya de pie y no como a las nueve, aproximadamente menos diez, de años y años, a gastar el último sueño. Y allí donde las ventanas se exhiben enteramente abiertas; y no sólo en parte que es lo prevaleciente; en esos vanos desencerrados, en esta porción de la mañana todavía atada si bien con marcadas diferencias respecto de aquélla en la que desarrollaba su rito, divisa cosas nunca vistas y extremos en alto de muebles, y aquí y allá alguna araña con los aires de una aparición, colgada de su cadena y en un conjunto que oscila con gracia. Además de dos candeleros que; tocados con insistencia por el sol y como por preferencia, pues está esparcido por toda la fachada practicando la desigualdad; resplandecen en dos sitios como en salas suntuosas, con una jactancia que contrasta con la humildad de varias lamparitas solitarias, en otros lados, todavía sin apagar y con aspecto de ojitos tímidos y que probablemente desciendan por encima de camas matrimoniales (menos una de escasa lumbre pero sincera, que, por lo que deja suponer la ventanita que le corresponde, está quizá dirigida con esa circunspección a la modesta camita de una doncella virtuosa todavía de estos tiempos). Pero lo que el sol provoca en grado mayor, mientras a la otra hora sólo hace bordados y puntillas, son brillos en toda esa delantera del edificio; aun en lo restante sembrada de gemas y sustancialmente embellecida en relación con el aspecto de aberturas cerradas como barricadas, a las ocho cincuenta, cuando lo único en exposición y con las ventanas de par en par es el quinto piso, tan bien sujeto a las garras de 'la usurera' (remoquete colgado a la querida Firma por sus hijos y al que a solas consigo siempre adhirió). Otra novedad, con algo de feria, las lomas multicolores en algunos balcones; hechas de sábanas, cobijas y otras cosas de cama y pecado: algunas adornadas con colgantes como mechas de cabellos, lo que le hace pensar en seres vivos ocultos, tal vez para curiosear sin ser notados, o por estar desnudos. O tener pudor de alguna señal en sus caras de desenfreno reciente hasta casi el término de la noche última, en camas destinadas al placer, que por algún motivo aun poniéndose de puntillas no alcanza a ver desde aquí abajo. Y que imagina puedan ser, en especial, esa grandota, la otra siempre tan tiesa, y aquélla que tiene asco de todos; sin olvidar a las que se ven en las horas posteriores, al final de la mañana, que van y vienen por la escalera o entran y salen en cuanto al ascensor, llevando doquiera sus cabezas o cabecitas, o que tienen en exhibición una bella nuca, o por el contrario en su reemplazo una almohadilla de grasa. Todas que le pasan al lado sin saludarlo, por lo que en tantos años ignora aún en qué departamento tienen la residencia, la unión legítima o el concubinato. Hete en persona y con todo el pecho, floreciente como lo posee, en una ventana del segundo (siempre la creyó del sexto), justo la mujer, tal vez mujer alegre, que habitualmente se planta a la entrada, o próxima al portón, a las siete de la tarde, bien acicalada y dándose cierto tono, si bien por su lado siempre ha tenido gana de preguntarle quién le chupa los útiles que ha de rendir como hembra en alquiler. A esta hora tiene la cabellera abundante y muestra en el conjunto un as-

pecto nuevo, de mujer de pueblo en origen, apareciendo con algo no determinable, en disfavor, que la vuelve más barata que de costumbre. Al verlo se retira hacia el interior, con una mueca de despecho y ahora desaparece como si la hubiera pescado gratis vistiendo una prenda íntima. ¡Prosopopeya!

Esto le acontece por estar bloqueado en este otro lado, el de La Arañita, sin lograr alcanzar la acera de enfrente, por el continuo paso de vehículos de toda ralea y que se prolonga demasiado. No quiere arriesgar las piernas entre los paragolpes, tampoco ahora que entre dos autos decentes quedan por lo menos cinco centímetros de distancia. Vuelve pues a observar la fachada y su vista cae sobre una cortina rojiza, en una ventana del séptimo, donde, probablemente esas dos. . . semiescondidas, están ahora quizá vigilando. Sí, ésas respecto de quienes, donde la escalera viniendo desde el quinto obliga a recorrer el rellano que contiene el hueco (esa cueva que fue hasta ahora su lugar de espera de las nueve al borde de madurar en la voz autoritaria del reloj del municipio, por ser oficial y no canónica como la del campanario a veces dos minutos adelantada o tres o cuatro en retraso), se ha augurado muy a menudo, aunque en vano, que llegase a pasar cualquiera de ellas, para atraer a la presa a ese refugio suyo, arrinconarla, luego acariciarla en alto y hurgarla sumariamente en la parte baja pero profundizando. . . Un proyecto que cada vez que se le presentaba en la mente, terminaba por rechazar, por ese conjunto heterogéneo, si bien homogéneo descargado sobre la cabeza del reo, consistente en las prohibiciones, los correlativos castigos, las coincidentes caras ceñudas de las autoridades estatales a cargo de la represión, además de los puñetazos de hermanos, padres no demasiado ancianos, queridos y novios.

Lo indudable es que si a las ventanas, a esta hora algo después de las diez, se asomaran todas las hembras del edificio, en más de una descubriría el leve palpitar (habiendo cómo acercarse al igual que una mosca andariega), bajo el pellejo de la cara (aunque tenga a la mano el acta de matrimonio), por reciente acoplamiento vivaz. Cada una, en el fondo, con jactancia en sus fibras de haber hecho esa cosa. . . ¿De todos modos, por qué tamaña provocación hasta de parte de las mujeres honestas? En efecto juraría que alguna sin mancha, es la que ha puesto a flamear una media que se ve en un balcón del tercero no importándole que esté en muestra la zona más estimulante, esa agujereada en la parte alta y que como es bien sabido por un varón cabal, tiene roce íntimo con el pubis. En prueba de que la mujer es provocadora de nacimiento, en el alféizar de una habitación para dormir, reconocible como tal por varios detalles, sorprende la prenda más ardiente de todas. No sea que pertenezca a la feota con un lunar debajo del ojo derecho. ¡Cuánto daría por espiar a una de las dos para hurgar arriba y abajo. . . en el acto de ponérsela! ¡Ojalá fuese la más bella, en esa ocasión en estado de rica desnudez total y abiertamente descarada! No sepa en cambio él, que corresponde a la del lunar. . . ¡Maldeciría por un instante a todo el género femenino!

Ahora es un camión que por poco no lo ha embestido obligándolo a un

paso atrás para zafarse. Y sintiendo en los oídos un ligero incómodo, cual si lo persiguieran y como efecto del riesgo que ha corrido tan de cerca. . . vuelve sobre la acera de La Arañita, indeciso y rabioso. No tiene manera de llegar hasta el edificio y superado el umbral, trepar resueltamente por la escalera con dirección al quinto.

¿Y esto otro? Alguien (le ve tan solo la mano en un gesto fugaz) echa sobre un montón de cobijas, en una ventana, un sombrero color rojo. ¿Un cardenal llegado por la noche, para una juerga expeditiva? El prelado ya está al fondo de un interminable pasillo flanqueado de habitaciones (¿como en el Vaticano?), entra en la más próxima y en seguida se arroja sobre una muchacha ya desnuda, para hacerle algo **non sanctum**. Pero antes de poderse saber en qué consiste lo restante de la fechoría, precipita, en medio del ondeo de la ropa púrpurea que lleva puesta, en un rincón del infierno donde inmediatamente queda con el pecho descubierto y lo tiene rústico y cuadrado como el de un herrero. En ese instante un diablo le quita, riendo, lo que conserva de la capa magna; y a la vez que un grupito de fieles en un pueblito de la tierra golpeado por la sequía le canta las últimas exequias solemnes, ese condenado se pierde en lo más hondo de una sima envuelta en llamas violáceas.

Espera con los pies bien a la par en el borde de la acera, que termine de hacer su comodidad un carro largo, el último obstáculo para encontrarse en dos saltos en la otra orilla y subir esos tramos reteniendo el aliento. Escalones que lo esperan desde las ocho y cincuenta. En la fachada, entre tanto, crece el rejuvenecimiento. Con los ojos entrecerrados, es ver en ella resquebrajarse la luz en miríadas de corpúsculos luminosos, suspendidos con ligeros desplazamientos en el recuadro de las aberturas; en especial en una reciente. Tal vez por cuanto el sol, todavía tan solo luminoso, lo pone todo realmente en un movimiento alegre y liviano. Y hasta el edificio como conjunto, en otras horas de gran pesadez, tiene el aspecto de una bala de algodón sólo comprimida ligeramente, por tanta expresión de diafanidad con salientes y entrantes, y ese amarillo, como de mieses, que ahora es tono dominante en la parte hacia el techo. ¡Quién sabe una fantasmagoría querida por sus ojos, a fin de que experimente esta sensación de que el edificio esta vez es de cara acogedora! ¡Qué diferente del caso de los últimos años! Era realmente una carrera precipitada, tal vez más en su mente que en la realidad, como si la Firma, madrugadora pero a la vez ceñuda, lo mirase sin sonreírle, desde esas ventanas del quinto siempre abiertas ya, desde las seis y media, en una fachada donde el resto seguía dulcemente amodorrado. Como si la 'usurera', así la consideraba cual verdad irrebatible, hubiese mantenido semejante inmodificable unidad y continuidad de fines dirigidos al lucro, los 365 días del año, sin conceder el más ínfimo respiro. Para sus ojos muy atentos, una fachada con el aire hasta ayer de una fortaleza; y no como ésta que admira, anuncio de una jaula alegre para quedar en ella aún limitado pero con el espíritu de un pajarillo en la propia. No hay pues motivo (como lo tuvo en cambio durante quince años)

para subir esos peldaños como en defecto. ¡Por los diablos!, trae nada menos que un cargo en el bolsillo, lo que comporta tener cual superior apenas por encima de uno, a un autócrata que es uno mismo. ¿Engendrará ello una excesiva libertad? ¿Será libertinaje? Por el contrario: Andriolli genérico verá en adelante qué comporta Andriolli encargado de mantener al orden, a un Andriolli con obligaciones si bien de mayor vuelo que las que tuvo que satisfacer antes de ahora. . .

Hay cómo pasar a la acera de enfrente y no debe perder la oportunidad. La fachada es ya un acontecimiento. . . donde tanta simbología acerca de camas y amores, cada vez más evidente y vistosa, en esta muestra tan agradable apenas del otro lado de la calle, le comunica alegría y despreocupación. Todos hombres y mujeres que allí habitan o pasan buena parte de sus vidas; que por años vio cual gente y nada más, sin obtener de ellos una mirada amigable o proponerla; y que de colocarlos esta vez uno tras otro detrás de esos cúmulos multicolores, cual lunas asomando en el fondo de una cadena de montañas, tendrían en común con él la satisfacción de recomenzar otra jornada todavía entre los seres vivos, cada uno ilusionado de poder llegar lejos antes de tener que subir en la barca sin atracadero conocido. ¡Quién sabe si uniéndose él y los demás formantes la entera población mundial, en un único deseo de no morir jamás. . . tanta fuerza desmedida no consiguiese detener la rueda del destino! Pudiendo alargar el breve recorrido, por siglos y siglos. . . ya no habría razón para amargarse: cada cosa le llegaría a cada uno (por la ley inexorable de la probabilidad al cabo de mucho tiempo). Es decir una vida eterna, pero aquí abajo: para buenos libros, para estar periódicamente ante una mesa bien servida y con frecuencia del bracete de mujeres lindísimas; y con mucho para encontrar, probar, gozar. . . en tanto futuro a disposición.

Fachada de las diez y unos cuantos minutos más, distinta de aquélla del mediodía cuando los vanos están ocultos totalmente o dejados entrever a medias por las persianas bajas o las cortinas sin descorrer. Y la gente del edificio, si no está fuera de él pues en tal caso es todavía peor, se encuentra comprometida en las pequeñeces del vivir obligado y a breve vencimiento. Además, de alguien, si es verano y el calor sofoca, probablemente asomado a la ventana o fuera en el balcón, a licuarse o esencialmente con la cabeza que no piensa en nada o le quema; y si es de invierno, con las narices apoyadas a los vidrios, esperando friolento. ¡Carne humana, más que espíritu humano! Y que demasiadas veces, recuerda la tripa en venta. . . ¡qué náusea!

A esta hora todo está lleno de poesía. Y sobre esos cúmulos y esa birreta no forzosamente cardenalicia y que está allí arriba y no en el infierno. . . puede colocar, graciosamente reducidos en las proporciones a las de simples pajarillos, a los moradores del edificio a bailar desnudos, como en la infancia, ignaro cada uno de lo que para mal puede traerle esta jornada ya en curso vigoroso.

¡Afuera, afuera estos extraños rebusques! Lo que con todo egoísmo cuen-

ta, es cuanto lo espera dentro de instantes. Suficiente para pasar del todo a la otra acera con fe y esperanza. Pero no caridad pues va **in partibus infidelium**, o sea con los infieles. . . por lo que debe conservar la libertad de emplear, siendo necesario, toda arma suya con el máximo rigor.

En el acto de separarse del borde de su lado, la mirada le recae ociosamente y por enésima vez, en el quinto piso, y al recorrerlo con atención el ojo choca con algo fuera de lugar. Aún no se detiene en ello, por querer deleitarse con ese balcón que correspondió a Malacarne y ahora es exclusivamente suyo y donde ya ha escrito ayer alguna página vibrante. Pero la pupila insiste con la molestia reciente, en ese sitio suyo de la fachada: se reduce a un algo largo, saliente hacia afuera y nada decorativo. Sí, el asta de la bandera; ese trapo ajado que por orden de la Firma debe exponerse en las efemérides, colgándolo de ese mismo palo que ha aparecido en este momento individualizado delante de sus ojos. (De seguro, por no haber fiestas próximas, una chifladura de esta mañana temprano, de parte del viejo a cargo de la limpieza complementaria y demás trabajo manual. Hermoso tipo de patriota que cuando se enoja con la Patria, que confunde con el gobierno, la manda bellamente al diablo).

Algo más está sobrando: en efecto su mirada, insatisfecha de la parte en alto de la fachada, tras chocar con la cornisa del alero recorre el plano ascendente de las tejas y se sosiega al divisar lo que acontece por encima de una de las pequeñas chimeneas en forma de torrecillas: una maraña de humo está suspendida allí a la manera de una melena y con un vivaz meneo; y sin interrupción, en una fluencia exuberante, venciendo alguna resistencia se extiende hacia el cielo en una tira que a medida que gana altura se adelgaza, hasta perderse por completo. Pero su mente inquisidora, como por puntillo, desciende por las tejas y se interroga ante la abertura de la misma chimenea: sale de ella, en dirección hacia abajo, una gruesa soga y en su desarrollo pasa delante, sin rozarlo, del balcón al que él saldrá dentro de unos momentos con aire de triunfador. Y apenas después, se detiene, a la espera de la carga que le está faltando a su gancho ocioso, entre el quinto y el cuarto. Su vista prosigue sola hasta el umbral del edificio, y de ese viejo abanico de vidrios encima del portón, esta mañana queda apenas algún fragmento. En su fuerte curiosidad por cruzar y averiguar lo acontecido con ese rosetón, asusta de alguna manera a un automóvil que se va quedando atrás, diciéndole en voz baja: 'Te arrancaría el cuello, vieja gallina'. (Es realmente un armatoste que no desentonaría en un corral de pollos castrados). Y con el empuje de un breve salto para esquivar a un ciclista sobrevenido quizá de dónde, llega por fin enfrente.

Diría de haber demorado mucho para el vado, desde su salida de La Arañita, si no tuviese que admitir, que el tiempo real; pese al empleado en tantas reflexiones e impresiones suyas y en el ir y venir que ha estado haciendo entre el presente y el futuro, además de la descomposición de hechos y cosas en sus

elementos y su gira por el infierno tras el prelado y su capa magna; no ha de haber excedido de tres o cuatro minutos en total. Se lo demuestra el primer coche que le impidió tan corta travesía: si bien reducido a paso de hombre que avanza lentamente, está a no más de doscientos metros aunque de nuevo bloqueado; así como al individuo con la cabeza entre las nubes que lo embistió de frente al salir él del café y que mantiene cierto ritmo movido, lo ve aproximadamente a unas dos cuadras y media, siempre a la cabeza del mismo grupo de peatones. Demora, la suya, que le ha sido impuesta pero lo ha ayudado a tener a raya esa obsesión de llegar a la carrera. Una zancadilla en suma al viejo Andriolli, un tipo que seguirá acorralándolo quizá hasta cuándo. . . por lo que este Andriolli flamante estará firmemente en guardia. Con motivos suficientes, para confiar no sólo en sus propios recursos sino también en el amparo de las circunstancias y del momento especial. La Fortuna cuando se lo propone, ayuda inclusive a los audaces en pañales.

Nada que hacer: tiempo psicológico, por lo tanto ilusión. Divisa aún el camioncito blanquizco, y mezclados con él los demás vehículos; todos bien observados como para no dudar de sus identidades. Vacila en cambio, por sobreviniente incertidumbre, respecto del primer coche que le tocó, que ahora le parece distinto. Sin embargo es un aspecto que no incide, pues los tipos en bicicleta que le frustraron el cruce en un instante muy favorable, son justamente ellos y a una distancia alcanzable: forman los tres la misma figura geométrica que apareció en su mente apenas se alejaron tras perjudicarlo.

Al pisar el umbral no se libra de triturar los fragmentos del rosetón: una rociadura a lo largo de sus pantorrillas como por obra de una sangre caliente que le saltase con fuerza, de muy menudos cortes en sus piernas. Pero en compensación, el ingreso se ha aclarado, pues los vidrios faltantes ahora, además de opacos no merecieron nunca de la portera alguna caricia fuerte con la escoba: el plumero no hubiera bastado para tanta acumulación de polvo ya en grumos. Coincidencia extraña, que el obscurecimiento mental que le tocó a un cristiano por tantos años en la cárcel del quinto, tenga este apropiado recibimiento: el de una entrada en la semipenumbra, que se ha hecho luminosa y alegre. Otro factor que lo hará llegar arriba muy contento; pues se agrega a la fachada, recientemente tan acogedora, y a sus juegos imaginativos con la capa magna. No excluye, tras estos signos, un ejercicio ameno de la autoridad que le han conferido desde tan pocas horas. En primer término, su propia índole y en segundo lugar, su innato respeto de los derechos personales. Sic. . . se repite a sí mismo; rechazando una insistente arremetida de su escepticismo visceral, que lo quiere embarrado en una trinchera defendiéndose no de subordinados sino de malhechores a sus órdenes pero para desobedecerle. No le gustaría nada. La tiranía. . . de contingente, se haría estable. No es su desiderátum, pero si lo buscan, la tendrán. Él no aflojará.

Sube los escalones del tramo inicial, con pensamientos estrictamente de oficina. Pero en el segundo, abandona toda formalidad y cumple lo faltante

dando brincos. Ya en el quinto, le salta delante, cerrada con llave, la puerta de ingreso en su reino. No se notan signos de vida; por lo que se inclina, para espiar en lo que permite por el buzón de la correspondencia. Pero un obstáculo colocado adrede, no le deja ver nada. Apoya el oído en el agujero de la cerradura: se lo perfora una afiladísima corriente de aire, luego es más bien de agua y como si lo mojara; y por fin, tras asemejarse a un borbollón contra el tímpano, se estabiliza en la forma del estruendo de una concha muy profunda, con lo que distintas percepciones se le mezclan en un torbellino. Querer distinguir es confundir aún más el oído.

¿Pero qué está pasando? Por de pronto, al ponerlo en la curul los consejeros olvidaron de pedir el manojo de llaves colgado de un clavo como en los tiempos de Malacarne, para ser ellos en dárselo en la mano cual parte esencial de la ceremonia. Defecto formal, que a su criterio comporta haber omitido una traditio, o sea la entrega jurídica de la oficina al nuevo fiduciario. No haber conferido eficacia plena al acto de ponerlo en posesión del cargo. En suma, no haber coronado la investidura en el aspecto jurídico-poético.

Pulsa el timbre (es la segunda vez desde que comenzó con la Firma tan gran número de años ha). Tras mantener el dedo en esa acción y medio siglo de demora, por los primeros ruidos y un paso ahogado que más bien pareciera alejarse hacia el interior, reconoce los zapatos de Carovino; si no es otro que también los tenga barnizados y emplee igual manera, también por vanidad, de flexionar el pie al caminar para conseguir ese zumbido característico que sólo le cae bien a la gente fatua. Pero hete que, brotando como por generación espontánea y muy cerca de la puerta, pues no ha oído a nadie llegar para este lado, descargan la cerradura retirando las dos vueltas empleadas para atrincherarse de ese modo. Lo hacen buscando causar estrépito, como si hiciesen graznar una matraca en día de carnaval. Y el medio fantasma, quitada la tranca, que retumbó al ser apoyada en el piso para otro ruido intencional, entreabre una de las hojas pero sin mostrar la cabeza. Sin embargo tras unos instantes más de suspenso, se hace la luz: el mequetrefe es Carovino, y con un pie presuntuoso que daría gana de pisotear. . . le impide ensanchar el espacio y entrar. Y como si no bastara, hace seña imperativamente de querer ser el primero en hablar. Por su parte, guardándose por ahora lo que tiene para decirle, que será muy concreto y expeditivo, trata, en esa esgrima de mudos, de irrumpir empujándolo con fuerza y con toda la jeta en la cara de que pueda ser capaz. Pero varias manos ayudan al empleado a mantener angosto el ingreso, suficiente apenas para el hocico asomado de ese venenoso. Está en efecto por emitir algo mediante esa bocaza, deformada en su semblante por ese forcejeo con él que pugna por ganar el ingreso. Luego, al revés, habla de pronto, levantando los brazos como si sintiera horror a algo. Y a darle respaldo para la revelación que parece tenerle lista, además de los que se oyen alrededor de la puerta, desde el fondo del departamento llegan señales de la aproximación del grueso de los empleados.

"Citación pública. Existe una orden de esa clase. Proviene del comisario y atañe al muy respetable Andriolli Jaime, hijo del difunto Jaime. En el margen en blanco de un retazo de hoja de diario, creo que corresponde al Fortín, el severo portador ha escrito donde tiene que presentarse de inmediato. Lo esperan antes de las once. No quiero problemas" —y Carovino le volvió las espaldas.

Abiertas ahora las dos hojas; y los empleados en gran número recogidos en la entrada y aun fuera en el rellano, intentos todos a observarlo con aire fuertemente interrogante; hete que la Torcida, metiendo su cabeza entre las mejor ubicadas, le muestra, negándose a entregarlo, ese extraño mensaje. La actitud de una traviesa que quiere sacarlo de las casillas. Después, acercándosele de puntillas como en una pantomima, se lo mete, enrollado, en el bolsillito del saco y grita, como para que la oigan tanto en el sexto como en el cuarto:
"No hay razón lógica para comisarías, pero el embrollo con ellos es un hecho incontestable"
"Error muy muy evidente. Quizá un homónimo" —replicó pero sonriendo mal— "Además, 'portador' no es la palabra correcta"

Echó un vistazo a la dirección garabateada en el trozo de papel. No le caben dudas: si no está partido en dos que no se hablan y si los que mata a menudo en su mente, de hecho siguen vivos y algunos hasta de mejor aspecto físico, está definitivamente libre a la fecha, de culpas pendientes. Pero distintas son las matemáticas en una comisaría. Además a cualquiera puede quedarle pegada una patita en la materia viscosa preparada adrede por la autoridad represiva para cazar bobos y conservar vivo el efecto intimidatorio en que se basa su buena fortuna como institución pública. Sin descartar los lazos de que dispone el diablo, para que uno se condene.

Hay un punto que no puede dejar caer:
"¿Y la novedad de la puerta bloqueada? Es voluntad de los de arriba que a partir de las nueve y media. . ."
"Mandato de la Policía" —contestó Carovino encogiéndose de hombros y sin mirarlo; aunque recorriéndole atentamente con la vista, las arrugas en la ropa.

Esa observación despiadada de las huellas de su dormida en el banco eclesiástico, le hace sentir la chaqueta como si se le fuera a caer en pedazos podridos. La Torcida, siempre la misma loquita, se deja escapar:
"Carovino les preguntó con sutiles palabras: 'Por nuestro lado. . . ¿conviene clausurar la puerta?' Y la Policía saltó: 'Casi sea preferible. Sí, atraquen. Pues Coco', le dijo uno de los cabos al otro, 'de no ser así podría poner un agente de plantón'"
"Significa que a los rayos y a ese Coco los atraen ustedes" —comentó a su vez, con una mueca que él se sintió bien grande en la cara— "Quiero la puerta doblemente de par en par" —y trató de sujetar una de las hojas a un gancho para ese uso.

Pero interviene Zama, con modales autoritarios:

"Es un convenio al que llegaron los cabos. No sé nada más y no deseo aparecer cómplice de nadie. Por lo tanto asumo la responsabilidad hacia la Firma. No acabo en un lío, ni por Andriolli a medio cocinar, como era hasta ayer, ni por este otro demasiado en el fuego"

¿De qué complicidad habla éste?, se preguntó para sus adentros. También se preguntó, qué pudiese representar esa afirmación de la existencia de un Andriolli de distinta cocción en tiempos tan cercanos. Pero en lugar de explicarse, este nuevo Zama trataría de dramatizar aún más. Por lo que viéndolos firmes en la determinación de volver a atrancar la puerta y para ello inclusive recurriendo a la violencia física a su respecto, con tanto de no callarse dijo en tono burlón:

" ¡Acábenla! ¡Como si hubiese venido una orden de parte de Leónidas, el de los trescientos espartanos de las Termópilas!"

"Ande con prudencia. Según la gravedad de la fechoría, o son cuidadosos con el interrogado, o al verlo confundir las situaciones y los hechos como un pillo, miran al soslayo esos bastones duros que doblarían hasta un buey"

Y prosiguiendo, tras esas palabras, con un discurso latoso en el que emplea hasta rimas internas como si las buscara adrede, Carovino al principio avanzó despacio y después se exaltó y por fin se cerró en un mutismo con la rabia encima. Todo sumado, para su propia apreciación y como lo conoce, ha sido un hablar estudiado y la irritación final es ficticia. Como jefe no lo aguanta y lo mira con franco desprecio; tanto más que el tipo ha vuelto a la representación y ahora pretende distinguir entre 'accidentes', como llama a los 'changadores de la Policía' entendiendo referirse a los agentes y suboficiales, y la 'sustancia' como califica la institución en sí en lo referente a la parte alta del escalafón. Y se luce también esta vez, con una definición que se atribuye y según la cual 'la Policía es enemiga inmortal de reos mortales, ella con millares de cabezas, piernas y ceños para imputados que sólo poseen una cabeza aturdida, dos piernas cada uno y dos bracitos y una muerte única'. Se siente aludido en esa referencia a una cabeza aturdida. Pero su tarea inmediata es la de afrontar a ese Coco estrafalario. Gira pues sobre sí y toma la escalera con espíritu belicoso.

Al llegar a la planta baja, uno de los peones de La Prudencia; la empresa de mudanzas a la que se deben la soga con el gancho, en la fachada, la destrucción del rosetón y un desorden a la vista; por haberse él quejado que al subir, hace poco, hayan manipulado muy cerca de su cabeza una mesita de luz en un tris de golpearlo seriamente, lo dejó con una frase torpe:

"Lo que lo pone furioso es estar próximo a un gran lío. . . Se lo leo en la cara, soy brujo. No uno, sino muchos líos. . ."

Caminando en dirección a la comisaría, no ve casi personas, como si fuera la hora cercana a las dos, en una tarde de domingo. Son en cambio las once, en un reloj autorizado. Está molesto por este otro pronóstico referente a líos. . . como si se tratase de un simple cartucho de confituras. No se explica

por qué aflora en las mentes ajenas, una certidumbre de esa clase a su respecto, como si los líos le correspondiesen por su naturaleza personal, o sea cual mal congénito. Sin embargo si la vida se asemeja a un curso de agua y cada río individual tiene carácter propio y un recorrido casi inmutable, líos tendría que tener pocos. Pues si el pasado algo enseña, tiene razones para creerse dotado de inmunidades en aspectos importantes. Hubo guerras y variados incidentes y accidentes, calamidades y desastres. . . Él en cambio gozó en el mismo tiempo de tamaña exclusión beneficiosa de todo eso, que ha olvidado cómo se aprieta el gatillo de un arma de fuego y ha perdido familiaridad con ese brinco del oído en ese retroceso del fusil; cosas que al pensar en ellas todavía lo molestan, como fue en la época del servicio militar cuando aguardaba despavorido el instante del retumbo. Esos tres meses en total, seguidos por esa baja temporaria, y más tarde definitiva, para buena suerte suya; y desde entonces, la resolución de afincarse en esta ciudad y a los pocos días de haber llegado, su inicio en el empleo. Luego un precipitarse de hechos y desde la contratación aquí, hasta ayer a mediodía, él mero hacedor de números bien torneados. . . Nada en suma de un fin del mundo.

¡Al diablo pues los distribuidores de malos agüeros como si repartieran invitaciones a un baile! Sepan todos que hasta el presente, Andriolli no ha tenido un verdadero arañazo infectante de parte del mundo y tampoco ha recibido siquiera una cachetada no siendo de parte de su madre, aun con los malos sujetos en circulación.

Tener que entrar en el Palacio de la Policía por el n.7 de la calle. . . como le han anotado en el trocito de diario, significa hacerlo por el lado posterior del gran edificio; y tener que atravesar una zona sujeta a trabajos de refección, subiendo tramos de escaleras medio demolidas, algunas veces dejadas por el contratista de obra sin resguardo y por tanto expuesto uno al peligro de perder pie y precipitar al vacío para terminar en un patio inferior, reducido a un amasijo irreconocible. Pero lo peor fue casi al término de la aventura, cuando sintió que le decían:

"No te despereces como un burgués que se levanta del almuerzo con pesadez estomacal. . . o aflojamos ambos y reventamos abrazados. A menos que antes te agujeree esa tripa enloquecida que tienes en función de cerebro. De acuerdo, el tuyo es un vientre desproporcionado por miedo. Obsérvenlo todos, camaradas"

Y allí aparecieron vivaces exclamaciones de varios que no tenían nada que ver con el incidente, pero gozaban en agrandarlo. Todo provenía de haberse ladeado hacia ese violento, por haber chocado con un escalón. Por suerte una voz sorda llegada de algún lado, ordenó de 'no recordar la Caída (como si se tratara de María o de Silvia, es decir de carne y hueso), a fin de no atraer a la madre, la Mala Suerte. . . que hasta ahora parece estar durmiendo pero no tan lejos como para no llegar inesperadamente. . .' Palabras que resultaron positivas y fueron seguidas de pullas y de alguna verdad digna de ser escuchada, en

contra de la autoridad pública en general.
"Péguese a mí, pero respire empleando menor espacio" —le dijo imperativamente el mismo que lo había amenazado.

Él le notó cara de pillo. Y no se equivocó. En efecto, satisfecho de que se adaptase benignamente a esa orden cediéndole lugar dentro de la relatividad del propio margen de compresión hacia adentro como ente físico; que el tipo utilizó pro domo sua, es decir para una expansión de sí mismo más egoísta, en su condición de tipo retozón y sano; le susurró en un tono confianzudo: "Somos 'los advertidos', según nos califica; él que quiere vernos una vez por mes. Y como hoy es el día para algunos cientos, todos a la misma hora, por fuerza llenamos esto. . . ¿Qué cuenta abierta tiene con la Policía? ¡Despáchese!"

Dando más valor al precipicio a ambos costados del tramo de escalera, ahora que le faltan pocos pasos para la incolumidad personal que nadie puede regatearle a un honrado ciudadano, vacila sin contestar.
"Lárgame todo. . ." —lo exhortó uno que él tenía ahora justo a su costado— "De qué lío se trata?"

Pero otro desvió el asunto, al intervenir diciendo:
"Somos exclusivamente rebeldes, al ponernos en conflicto con la ley. Yo robo por protesta contra la propiedad egoísta. Sin embargo para ellos soy un vulgar ladrón y no un delincuente político. Atienden al hecho descarnado, no a quien lo genera y posee serios motivos"
"Guárdense para ellos las estatuas y las proezas" —le oyó comentar a un fulano, quien al ganarle un escalón estuvo a punto de echarlo del borde que mantenía con tanta dificultad por la fuerte presión de otros— "Levantan estatuas por vicio y tras el barullo del día de la inauguración, al homenajeado lo dejan en la plaza a recibir el sol y la lluvia o a mantener el mismo ademán sin brindarle la oportunidad de un descanso momentáneo. ¡Treinta o cien años con la mano marmórea, señalando siempre hacia el mismo punto cardinal!"

Por su lado, está cada vez más invadido por un temor racional que lo hace reflexionar acerca de los más leves movimientos ajenos, ahora que está por concluir la subida de una escalera destruida, que es la última y cada vez más riesgosa. Un simple gesto espontáneo bastaría para. . . Por lo que resiste, hacia la meta, en estos instantes gigantescos y angustiosos, con los sentidos que se le abren con la máxima eficacia desde la cintura hacia abajo; a la vez que el oído lo tiene lleno de corrientes y todo sí mismo está en una condición de sufrimiento físico: dolor transparente pero agudo. En la boca en cambio tiene un gusto a secreciones.

Tantea con el pie antes de apoyarlo en rinconcitos tan al margen, se alivia todo al conseguir el propósito y se afirma en ese sitio tan reciente para intentar el nuevo paso con iguales precauciones. En ese accionar, esa extremidad que se ensancha o según el caso se empequeñece al máximo, se le vuelve un apéndice pensativo recorrido por la sangre a oleadas; mientras alrededor de

sus ojos todo es desequilibrio, y un conjunto que percibe confusamente formado por su persona lucha en forma imprecisa en dirección a la llegada final, a la nariz del agente en ese rellano y a la lamparita encendida que allí cuelga iluminada con un ligero palor frente a la explosión plena de la luz diaria hacia las once.

Pero tiene que vencer un peso que lo carga por el lado posterior del saco, como si se lo hubieran enganchado ahí para que precipite en el abismo tan a su costado. . . Mientras tanto la gente se conserva absolutamente leal y humanitaria. Admite que él se le adose, constreñido como está a hacerse a cada vórtice, de nuevo mínimo al extremo pero encolado a los demás por un nexo oculto con fuerza de cohesión e integración. Gente sensible que le echa en la cara ¡oh bendito signo de concordia!, humaredas olientes a tabaco rústico, o alientos pesados. Pueblo menor, lleno de salud y maravilloso. Y que casi por una energía aspirante, lo abraza, solidario con él en la misma agonía. . . Tal vez pecaminosos por naturaleza pero ya en salvo, por severas que sean las exigencias del Cielo. Por encima de todo, la vida es un parentesco activo que existe, si bien nadie piense en ello, entre los hombres de todo origen. Y presente ahora a galvanizarlos, para que la muerte no se lleve a Andriolli tan pronto. Estos vientres, en los que se acomoda cálidamente y tan elásticos y vibrantes. . . son el género que se asegura a un individuo para no perderlo. Es la vida total que cierra sus filas.

Su cabeza se pierde y todo en derredor se emborracha. Alguien lo toma de las muñecas.

¿Qué intentas. . . matarte?" –gritan eso o algo parecido, desde varios puntos.

Abre los ojos: ha llegado: es el agente: es el fin de la prueba. Sí, dejado aquí en destino como una encomienda.

Y uno que lo ha ayudado en el momento más difícil, abre boca para decir honradamente:

"Divertido paseo para los que estamos acostumbrados. Ud., en absoluto. Sin embargo los tablones tienen un ancho de sesenta centímetros o más, y son alegres para transitar, aun meciéndose bastante por excesiva carga"

El agente en cambio le comenta:

"Llegó en bote. Desde hace rato me decían que estaba viniendo uno con sombrero negro y grandes dificultades. Vaya en seguida para sus propios asuntos"

Por lo que, a su vez, a otro también de uniforme y ya él a la deriva por faltarle aún averiguar por la oficina de Coco, le pregunta molesto:

"En confianza. . . ¿es justo que el gobierno, ya que desea rehacer tan hermoso edificio para recibir mejor a malhechores y personas no santas. . . obligue a un ciudadano sin manchas gruesas y que no sabe vérselas con escaleras derruidas, a las fatigas del viejo Hércules?"

El interrogado se limitó a mostrarle un cartel pegado a una pared donde en letras grandes de imprenta se señala: 'Muy prohibido por este lado. Usar únicamente la patronal'.

Como quiso seguir con la queja, el otro le dijo:
"Lo identifico, por varias razones, como aquél que poco faltó que se echase a llorar y que esos diablos, para verlo sufrir, mantuvieron en sitios expuestos, aunque bajo cuerda con las manos de ellos listas para salvarlo en caso de necesidad. Los ha hecho divertirse"
"¿Pero quién es el gran Coco?" –adelantó él, tímidamente esta vez.
"Ahorre preguntas y entre en esa pieza" –y le indicó un lugar justo enfrente, donde, aun con la luminosidad perfecta del día, brillaba una lamparita encendida.

El tipo, con un grado, que estaba allí dentro absorto por la composición de una carta para una casada, según le comunicó para que abreviara, buscó el nombre Andriolli en una hoja y le ordenó de esperar afuera, en el patio adyacente; y tras una mueca por no haberle sabido confirmar si la expresión 'es por eso que', es galicismo.

Una demora en este lugar, que lo expone a la insistencia fastidiosa de los rayos antemeridianos mientras el astro procura alcanzar el punto más alto. Por lo que se tapa los ojos con los dedos, lo que lo hace incurrir en la reprimenda de un presunto funcionario cuya jerarquía no puede determinar por no llevar el uniforme, quien severamente le reprocha:
"Cubrirse como si llorara, es hacer pensar en castigos a las personas bajo interrogatorio. Parado pues, sin mañas"

Obedeció, tanto más que dos suboficiales al pasar hacen una reverencia adulatoria a su censor, el que ha de ser un fulano de muy alta jerarquía, en ropa de paisano. De ahí su fuerte extrañeza cuando al surgir una charla entre él y este señor, le escucha decir:
"¿Yo una Potencia como los EE.UU.? Comprendo que por lo que he visto en este mundo, gozado y vivido, le parezca un gran jerarca. Sin embargo por haberme siempre encantado la verdad y haber preferido azotar a los burros a caballo de las instituciones más nobles. . . estoy muy muy abajo. Cumplo la función de proporcionar detalles escritos y al día, acerca de los achaques de este enorme sitio, aunque sin ser su guardián. O sea, viajo de a pie pero con la frente alta"

Por su lado, tantas palabras las reduciría a una sola. Le ladraría en la cara, por haberle infundido fuertes esperanzas que de pronto se han desvanecido: ¡Portero a medias!

En ese preciso instante, un agente que llegaba bufando, tomándolo mal de un brazo, le espetó:
"Ud. es el buscado activamente. Venga conmigo de prisa, pues estoy muy atrasado. Tengo otro trabajo que nada tiene que ver con éste. Ustedes los delincuentes o contraventores llegan demorados y yo pago las consecuencias. Me cae mal como persona, eso es todo. No me pregunte nada y sígame"

En la pieza donde lo hizo entrar cerrándole la puerta a las espaldas, divisa a primera vista montones desordenados de objetos por todas partes: libros, úti-

les, carpetas, cosas muy diferentes y algunas impropias para el lugar de que se trata. También advierte un gato acurrucado sobre una mesita: animal de un color gris perla y con largos parches de un tono parecido, en los costados del cuerpo; además de manchas rojizas y negras alrededor del cuello. En cuanto a las pupilas, deformadas por los párpados soñolientos, cuando se entreabren muestran aproximadamente unos ojos fríos y como para estremecer. Por lo que hay que mantenerse cerca de la salida, por precaución.

El oficial inspector, según se presentó, a quien corresponde la habitación, llegó en seguida y al entrar le llamó la atención por no haberse sentado. Luego apoyó la pistola reglamentaria cerca del borde del escritorio, vuelto el caño hacia él Andriolli que al ver el arma a menudo empujada por el funcionario, que no para de tocar lo que tiene delante, se sobresalta y ya son varias veces. Pues se imagina, desesperado, un tiro que lo alcanza en algún órgano o le quiebra un hueso o hace fiesta con el entero contenido de su vientre. Pero el otro no se preocupa de sus saltos sobre la silla, encaminados a anticiparse cada vez al disparo incumbente y con un desplazamiento oportuno tratar de aliviar sus efectos dañosos.

"Está con el seguro, tontón, mi buen tontón. . ." —dijo por fin el oficial.

"Soy persona honesta y timorata"

El interlocutor, sin prestarle oído, tras retocarse las uñas con una tijera y los bigotes con un peinecito, lo acusó de estar molestándolo en hora de mucho trabajo; manifestó que la Policía está llena de ritos; le imputó malsana curiosidad respecto de los secretos de la institución, no admitiendo sus defensas sobre el punto; le hizo escribir el nombre Andriolli todo en mayúscula; se declaró insatisfecho de la A inicial, aunque para él Andriolli es tan solo caligráfica; sacó un gran respiro y mostrándole una mancha de humedad en una de las paredes, le preguntó:

"¿No le recuerda la Corea Meridional?"

"Estamos cerca. . . para mí es la Malaca"

"Sí, una distancia de millares de millas. . . O sea una proximidad que no ofende Corea por los ruidos callejeros en Malaca, y viceversa. Observe de una vez, sin fantasear ni robarme más tiempo"

Y como él permanece sin resolverse, le explicó:

"El manchón se parece no a esos países, sino al agente trompudo que lo trajo aquí hace unos minutos. No le ha caído bien"

Ahora él está de pie, inmóvil en el lugar que le ha marcado el oficial, pero apartado de la línea de fuego de la pistola si al caer no rebota en el suelo antes de dispararse. Si lo hace. . . ningún cálculo previo serviría de nada. ¡La casualidad déspota absoluto!

El oficial examina cierta basura, con un lente; y sin levantar los ojos murmura pero lo suficiente alto para que lo oiga:

"Todo es a la postre polvo en potencia. . . Estos desperdicios de una lata domiciliaria, para ensobrar con cuidado si lo demandan los resultados pericia-

les; los grandes imperios, también polvo; las monarquías, ídem; los señores de la Tierra, polvo; y usted, hasta el momento inocente formal, igualmente polvo. No ahora: Ud. y el resto a tiempo debido. Pero todo polvo, en última instancia. Y en cuanto a delincuente, nadie lo es antes de serlo. Parece verdad de perogrullo y tiene una enorme implicancia filosófica si desarrolla a fondo la frase"

Luego, mientras hurga con el lápiz otra vez en el montoncito de basura, reclama:
"Su corbata, Andriolli, es de bandas blancas y grises. He conocido conciencias de esa hechura. . . y no eran confiables"

Por su lado, piensa que sea mejor volver a su vaina hasta que lo presenten a Coco; que de seguro saldrá con una imputación directa, tras este trabajo de preparación. Pero ahora duda seriamente, lo aceptaba hasta hace un rato, de que se esté investigando algún hecho doloso en lo de Carletti. Ya le habría puesto el arma cerca de la sien y él para postergar su fin y no ser incluido falsamente entre los suicidas sin carta póstuma, ya estaría filialmente confesando todo lo que se le sugiriese, en forma detallada y según el dictado en buen estilo de su Policía, aunque bajo la calificación de declaración espontánea. . .
"Dirá que imito mi gata. . ." —recomenzó el oficial, esta vez con el amplio pecho en exhibición por haberse desabrochado la camisa; por sentirse ahogar, según explica disculpándose— "Es verdad, tengo a menudo gana de travesuras. . . No pensemos en la pistola, por ser dulce la vida de los burgueses libre de disparos. No era así para esos señores del seiscientos, en sus arduas relaciones. Por eso al día de hoy, el más inútil que uno pueda imaginar está en grado de conservar intacto el derecho de gritarme en la trompa, a mí que lo defiendo de los ladrones y los asesinos: 'Jamás hice daño físico a nadie, ni siquiera a una mosca'" —Y mirándolo de soslayo añadió— "¿Por qué ninguna muerte en la conciencia?" —Y ahora para él en particular— "¿Por qué no se formula esa pregunta? Se la contesto: Por haberle tocado el oficio para pecados veniales. . . de inscribir números verdaderos o falseados; no el de emplear balas y palos. ¿Quiénes, si no estuviéramos nosotros a turbarnos nuestras conciencias. . . os permitirían sobrevivir sin causar heridas ni siquiera a un gato, asegurándoos de ese modo, por lo menos en este aspecto, un cómodo ingreso en el Paraíso?"

Reflexionó y previno:
"Nada de daños a los gatos. Me volvería feroz. Los amo y si son andariegos, doblemente"

Se metió un dedo en el ojal de la solapa, jugueteando; tal vez para pensar más profundamente. Después concluyó:
"¿No son ustedes los que pretenden una Policía eficaz? ¿Y para qué? Para que sea deber nuestro cometer el mal positivo. . . el mismo que les permite acreditarse el bien absoluto. Vergüenza debieran tener, hipócritas, de sentir asco si un policía roba o incurre en excesos. Lo obligan ustedes mismos a

acostumbrarse a esas enormidades"

A su vez lo miró con admiración. Tiene opiniones concordantes.

"Lo que ambiciono para mi vejez" —reinició con menor empuje— "es un lote donde el único ruido lo provoque el viento o algo que estrechamente se le asemeje: por ejemplo, el rezongo de un par de pavitas. Estoy aturdido del estrépito que llega desde estos pasillos. . ." —e indicó en forma vaga.

Por su parte alistó el oído y trató en vano de descifrar en el zumbido que se cuela a través de la puerta cerrada: en apariencia sólo se trata de la fiebre colectiva que reina en este palacio y que aumenta de minuto en minuto, prueba que se acerca mediodía.

"Parecen tripas de monstruo, todos nuestros pasillos; y crecen en alboroto a partir de las nueve. Cuando empecé en la Policía, estaba contento de encuadrarme en su disciplina y en sus dogmas. Ahora me libraría de toda esa enseñanza que se me ha metido hasta en las coyunturas al caminar, y en el hablar, callarme y en todo el resto. Me han modelado, aun adolescente, de acuerdo con un estilo concebido por quien, como de regla son para otros esas normas, no se preocupa sino de dirigirte la formación de la personalidad en la dirección que conviene a sus teorías y quizá hasta a sus intereses clasistas. ¿Sabe cómo se acaba cuando uno advierte qué han hecho de su persona, trabajando con el muchachote ignaro? Quedas fuertemente desencantado. Convertido en un musculoso por obra de los ejercicios, pero sin más ilusiones. Pues mirándote en un espejo con sinceridad. . . te has hecho el cigüeñal de una máquina grandota y vieja como el mundo, por más que la Policía la plasmemos diariamente a nuestra vez. . . nosotros sus víctimas totales. Sí, víctimas. . . por habernos contagiado su fuerza bruta y sus hipocresías. ¡Sobre todo hipocresía!"

CAPITULO IX

Al salir él de la habitación, parando de llamarlo un agente le hizo una seña y cuando a su vez se le acercó, preguntó irritado:
"¿Sordo o aturdido?"
"Pero yo soy Andriolli. . ."
"Oli. . . ¿no le basta para entender que se trata de Ud.?"
Y lo observó todo, con los ojos intencionalmente entrecerrados pero atentos.
"Ha de tener sordo el oído izquierdo" —añadió.
"¿Vamos a verlo a él?" —pidió en tono confidencial y con cierto misterio para apartarlo de esa hostilidad manifiesta.
"Ha de haberla hecho gorda" —farfulló el agente, eludiendo la contestación en forma demostrativa y ojeándolo.

Siguieron por un corredor estrecho, embaldosado: el agente algo más adelante y a pasos largos, y él detrás. De pronto el muchachón, al pararse de golpe tropezó con un pie en el otro y molesto de haberse tenido que apoyar en él para no caer de bruces, murmuró:
"Ud. que está al día respecto de cuanto ocurre y tiene manos de periodista" —y lo observó con insistencia— "¿ignora que algunos lloriquean por una fea arruga que le aparezca en la cara al investigador, como si por fuerza ello significara que trabaja enojado? Y todo por las historietas que Uds. cuentan en sus hojas"

El se estremece al verle las espaldas cuadradas y dos manotas. Pues a la redonda hay algo como un choque seco de bochas, en una partida que se jugase no muy lejos y entre muchos: tal vez para cubrir lo que en su oído, en lo más hondo, pareciera la indefinición de una gritería sofocada, en la que hubiese lamentos de individuos apaleados, semejantes a nenias: gemidos que su intuición cree reconocer como tales y deja atrás atrás, o solos se pierden en los extremos o en las cavidades todavía no silenciosas, del palacio. Aunque también percibe la extensión abierta de la campiña, colmada de las voces dispersas que se oyen en los prados y quiebran sus monotonías: inclusive ese algo infaltable parecido a gritos de animales en desgracia.
"Y Andriolli ¿qué significa?"
"Un apellido, nada más" —contestó irritado.

Pues siente rencor hacia este pueblerino traidorzuelo, aunque él mismo goce en pleno de todas las impresiones y frutos de la ciudad, a menudo gra-

tuitos; y quiera con predilección el secreto que cubre el vivir de quien, como en su caso, aun complaciéndose de obrar como un desvergonzado en la intimidad con una mujer, guarda en público compostura y discreción y finge gazmoñería y verecundia respecto de pequeños hechos de los que otros hacen descarada y audaz exhibición. Y si bien, en cuanto a ideas, costumbres e intenciones se sienta exclusivamente urbano, sin embargo de su pueblo conserva escondidos los valores de dulces conmociones que han permanecido de su exclusiva pertenencia. Faltas es cierto de utilidad práctica, pero que representan toda la poesía de la que jamás ha querido librarse y que refresca graciosamente su alma, como una lluviecita la hierba en la primera mañana. Su villorio, en efecto, durante el día late muy a menudo en el fondo de ciertos colores; o de algún sonido pleno que lo lleva en alas de la resonancia y como en esos años, hasta donde por breves instantes se ahoga dulcemente su alma. Porque él ha sentido genuinamente tan solo en esa infancia y adolescencia pueblerinas; en las que recibió todas las primeras sensaciones en su irrupción simple. Compuestas de elementos claros, descarnados y soleados, que al separarse se desparramaban en busca de consolidación, cual nidadas de pájaros independientes ya apenas fuera del cascarón. La ciudad más tarde clasificó, dosificó y lustró todo eso y lo depositó en algún receptáculo de la memoria o lo encerró en cajitas en el fondo de su retina, por lo que en ciertas horas de excepción vuelve a encontrarse la capacidad de sentir de nuevo todo igual a lo que fuera en origen y en aquel viejo orden de valores. Y queda pegado a ello sólo por sensualidad, por más que el momento pueda ser inadecuado por lugar o caras para enfrentar; hundiéndose él, consiguientemente, en las prístinas y caóticas conmociones por cosas de sus primeros años: incluido las corrientes, o de ninguna importancia, como el niño cuando escoge lo de inferior calidad. De la época en que incorporaba a sí mismo cada estímulo en su pureza, aunque rústico como el fustán de su traje, o embarrado como el cuero de sus zapatones de entonces. Y la salud arrogante de árbol, que hoy tiene puesta y casi nada sacude, ni siquiera los excesos, también tiene que acreditarla a su pueblito y agradecérsela. Conserva, en suma, su tierra en el fondo de la perspectiva de esa vida confusa de la que proviene como de una calle polvorienta, oscilando entre lo real y la alienación frecuente de sí mismo cuando su imaginación, apenas del otro lado de su camino, forja castillos iluminados o sombríos. Por lo que de pronto es un poderoso por encima de toda imputación; o si sopla un viento lleno de acusaciones, por el contrario un ínfimo objeto con algún ala de bicho. O cualquier otra cosa apagada, por obra de su fantasía enferma siempre cargándole culpas.

A su terruño no renegado que conserva en estos años (cada uno de ellos que corre como el coche de un tren con muchas ventanillas, a las que él se asoma sucesivamente para intentar recobrar una realidad que se desdice al primer soplo y huye como los palos del teléfono, los árboles y sus copas), es donde volverá cuando él y el mundo (en su representación, al día de hoy jóve-

nes juntos) tengan en común, al momento de su declinación personal, la misma pátina e igual aburrimiento insoportable. Y por lo cual, como dos envejecidos, no pararán de mirarse, de desconfiar uno del otro y de pelear. De ahí que, con los recuerdos rehechos sobre las cosas que fueron y por ende de nuevo crudas y primitivas, al final de la vida seguirá siendo el solitario que protestó desde un escollo accidentado, negándose a participar en el tripudio de tantos náufragos como él pero más borrachos. Todos con las manos, ojos y almas del mismo modo que los suyos, pero el deseo obstinado de no comprender a Andriolli o de reducirlo a las reglas arbitrarias y a los mitos de ellos.

"No he oído qué significa este Andriolli en función de apellido" —volvió a intentar el agente con aire de desafío.

Han llegado delante de una puerta y es la conclusión del trayecto.

"Me llamo Sica" —agregó el policía— "y en su idioma significa puñal. . . Pero me basta este otro que penetra bien en una superficie blanda" —y exhibió con jactancia un índice tendido y puntiagudo, como si se lo quisiera meter a él en un ojo.

Por instinto echó la cabeza hacia atrás.

"Entre todo" —le ordenó, abriéndole y empujándolo por las espaldas con fuerza— "No toque ni curiosee lo que tiene sobre el escritorio o en la pieza. Y no deje de permanecer sentado todo el tiempo"

Y mientras él por respeto salva el felpudo delante del umbral sin pisarlo y luego ante un además áspero del agente vuelve atrás para limpiar allí formalmente sus suelas, aquél tiró la puerta hacia afuera y lo dejó encerrado.

¡Claro que ha aprendido la lección! Lo primero es sentarse. Lo hace pues en una silla, acercándose aún más al escritorio donde espera ser atendido, en el centro de la habitación y cargado de objetos sin orden alguno pero para respetar. Queda pues enfrentado al butacón de quien ubicado allí escribe órdenes o las imparte oralmente, santas y no santas. Asiento que está en posición de ampulosa espera y marca ostensiblemente la ausencia de una relevante persona de la que desde ahora representa en algo, la autoridad y la arbitrariedad que aquélla ha de investir, con el respaldar desgarbadamente echado para atrás. En correspondencia con los aires del tipo, lugar acogedor con brazos donde apoyar los propios en actos de voluntad para infundir sujeción y obtener ciega obediencia. Y mientras por su lado sigue aguardando que el notable se haga presente también con el cuerpo, siente curiosidad y mira en derredor pues observar no es tocar, por más que haya sugerido otra cosa el bastardo que lo ha conducido en esta habitación. Quien mira, como el que piensa y cree, no perjudica los intereses del Estado y ejerce una libertad para la que no hay barrotes para reprimirla o coartarla.

Sus ojos a la deriva chocan, a veces algo materialmente y entonces casi arrepintiéndose, con objetos no extraños si tomados por separado, pero utilizables para torturar a un indagado, cuando se trata de una regla muy gruesa o un pesado pisapapeles. . . pues de las equimosis no hay mucho para quejarse,

si quien inquiere vivazmente sujeta, la verdad y la ley, bien apretadas en su puño y puede tirarles el cuello, por lo menos periódicamente (periodicidad que al excluir la continuidad salva el equilibrio). Por consiguiente, aunque mete desde hace un tiempo los ojos por doquiera con sus otros cuatro sentidos alerta, de alguna ojeada se aparta casi temblando pues, inadvertidamente, y por más que la vista no deje huellas, a la miradita hace a menudo de complemento un roce con los dedos que de pronto por sí mismos se retiran confundidos (turbado también él), de esos actos vedados.

La pieza no es grande y además de la puerta por donde ha entrado, a la derecha de él puesto en la misma silla desde el comienzo, se pasa, al fondo, por una puertita, a algún otro sitio desde el cual han de espiar a quien, como en su caso, aguarda y sin necesidad tiene tanto empeño de mirar inútilmente lo que no debiera, en lugar de permanecer a ojos cerrados pero no demasiado a fin de que no se suponga que cobija una conciencia negra. Por las paredes, esta habitación ha de haber sido una salita de recibo de la familia patricia ex dueña del palacio y ha de conservar la forma y disposición primitivas, anteriores de seguro al agregado de varios pisos y a las reformas, bien visibles fuera de aquí, en la estructura y en el propósito de la construcción. Porque lo lindo es que éste que ha oído llamar el décimo, por lo que ha determinado al echar un vistazo desde una galería vuelta a la calle, es apenas un séptimo o un octavo piso. La continuación en altura, según infiere, corresponde a dos construcciones complementarias, que en efecto se alargan hacia bastante arriba y no tienen que ver con el edificio originario y a la vez principal. Este papel en las paredes que lo rodean, está reducido a un tono ceniciento, salvo en los lados donde la luz es esquiva y el sol sobre todo, se mantiene a distancia: allí se conserva un azul marchito, casi consunto. En cuanto a dibujo, tiene estampadas gruesas flores: de blancas convertidas en sucias, que hacen pensar en oídos que están de escucha. Pero la que escucha por cuenta de alguien que tal vez haga lo mismo. . . es la puertita, extrañamente entreabierta: como si la mantuviera en esa pequeña dosis de oblicuidad, una persona más bien gruesa, oculta allí detrás para fisgonear.

Un ventanal enfrente de él hace pasar inadvertida en una primera ojeada al azar, una ventanita en el mismo lado, cegada por un recuadro de cartón obscuro en lugar de vidrios, que mirándolo con fijeza pareciera hacer el movimiento de un pecho que respira. El ventanal en cambio está recogido, como si sintiera frío, detrás de largas y confusas cortinas, que tampoco parecen inmóviles sino con ligera ondulación, por lo que pueden tener detrás, para espiarlo a él, a un entero policía (sin excluir tal vez, a otro, nada improbable, cerca de la ventanita, que, bien disimulado por el cartón y desarrollado tan solo desde la cintura hacia arriba, fuese hasta algo asmático. Sin embargo, por exigencia lógica; a menos que se hubiese ideado un aparato en función de espía, quizá representado a la manera de un pesquisante para mayor efecto en las mentes de los camaradas, como ejemplo de dedicación exclusiva sin nunca debilitarse

la atención; uno vivo y de pie tras dicha abertura cerrada, tendría que prolongarse hasta el suelo o de lo contrario tener las piernas recogidas y en el aire, pues mirando bien no ve asomar esas extremidades. De cualquier modo no cometerá ningún descuido).

Las cortinas del ventanal cuelgan de un soporte estilo rococó, que ha perdido el dorado. Y con magulladuras: tal vez bajo los golpes diarios con el mango del plumero, por torpeza de un limpiador que por demasiado evolucionado odiase a los ricos del presente y a los del pasado con los huesos ya molidos.

Pero también el cielorraso demuestra años, si bien en lo alto, bastante arriba para el gusto actual, es tan solo vejez por no llegar hasta allí manos violentas; las que, por lo que nota con una mejor observación, hacen estrago en las paredes, en el piso y un poco doquiera, según lo sugieren tantas cosas arrancadas, golpeadas o confusas. Al moblaje, en cambio; bien conservado, lustrado y, provocando un fuerte contraste, bastante moderno; le percibe el olor blando de la madera de calidad. Quizá el señor de este lugar desee contraponer el día presente y vivo, al pasado agonizante; o esté chantajeando a la república para inducirla a gastar periódicamente con nuevas compras, para satisfacción de sus ojos y comodidad del trasero que ha de tener abundante. Se justifica tal suposición, ante una butaca tan amplia y cara (por precio y por lo querida que ha de serle al que la utiliza). Y tan servicial, que de nuevo le distingue cierto aire fanfarrón, que ese mueble ha de copiarle a tan ávido usufructario. Pues, en el vasto reino de sus pensamientos, le bastan pocos casos, de tantos que tiene delante, para darse cuenta de que el Estado ha querido destinar a la tarea un lugar severo, sufrido, que ha pasado por duras pruebas y al presente es apto en forma cabal nada más que para el destino que cumple. Mientras el señorito que aun ausente ocupa este lugar con anticipaciones de sí mismo y cual un mago molesto, se demuestra uno de esos burócratas que buscan el lujo que les faltó en sus casas en la infancia, a expensas del fisco. Lo comprueba, lo que aparece en el escritorio: lo necesario, pero también lo superfluo; lo novedoso y nada más, y lo meramente antojadizo; y lo que publican por TV o por radio y cuanto estando aquí en número suficiente, en las nuevas versiones es manifiesto refrito, excedente sin razón, o gana de que gaste el erario, o de despertar envidia a otros tontos jerarcas policiales.

Además del butacón con tanto alarde y el escritorio ministerial, sobresalen en la pieza un mueble en forma de columna que sostiene un busto de Fouché: una biblioteca de vidrios obscuros repleta probablemente de papeles de vieja data, o donde bien puede haber revólveres o pistolas para tener como imputar portación indebida de armas: un armario en que están encajados con fuerza expedientes y biblioratos: y sillas que se dirían comprometidas en un plan en perjuicio de alguien por estar puestas de seguro en su sitio pero vueltas hacia quien se encuentre en la habitación sin saber que el que aguarda vendrá quizá de repente a atacarlo por la espalda. 'Como si muchas de estas cosas estu-

vieran para recordarme una batalla que tuviese que librar para mi sobrevivencia. . .', no puede dejar de pensar.

El piso, escaqueado con maderas en forma de almendra, está cubierto de quemaduras como cuando se suele apagar las colillas de cigarrillo con la punta del zapato. Pero, dando al ojo la visión del pasado y de los moradores holgazanes de entonces, a sus espaldas, colgado al lado de la chimenea del hogar que luce en la pieza, refleja aún algo pero con fatiga, un espejo obscuro que ya es tan solo un pobre adorno. Y a ambos costados de esa chimenea, pegados a la pared, allí menos descascarada que en otras partes, los retratos de dos oficiales de policía, de uniforme. Uno flaco y autoritario y el otro regordete y con las características de quien, si quizá no tuvo o no tiene don de mando, ciertamente comía o come a dos carrillos y con sobresaliente apetito (apetito en todo sentido). Los dos oficiales miran al que no los mira, como dos espías. Y el regordete, es más falso, según su parecer, que el más estilizado. Pero éste, más inteligente. Y compiten en querer demostrar las respectivas virtudes policíacas, en desmedro uno del otro pues también desde allí arriba es como si pensaran en el superior que los observe así exhibidos o hiciese cada uno lo mejor para aparecerle el más meritorio para el ascenso o la recordación post mortem. O sea celándose recíprocamente también colgados; pues juntos de ese modo cada uno ha de pensar como Carlota, que se acompaña con Julieta en la esperanza de ganar, en la espontánea comparación por el ojo ajeno entre dos beldades de tan escaso monto.

Incómodo como se halla en el asiento, sobre todo porque la butaca que enfrenta es como si ya contuviera al prepotente usufructuario, salvo en el cuerpo que sigue faltando. . . a fuerza de verla en la realidad materialmente vacía, de a poco es como si al tipo lo instalara allí él mismo y ya empezara la función que ha de distinguirlo claramente, de pesquisante sin par. Sin embargo, prescindiendo de la culpa que vendrá a imputarle estúpidamente; tal vez para tener como azotarlo en la forma que ha de haber empleado con ese ratoncito que le pareció que gemía mientras viajaba hacia aquí con el atrabiliario policía de hace un rato; y con la diferencia que esta vez para sí no sería una mera sensación auditiva sino dolor claro en sus pantorrillas; este prepotente no puede ser nada especial fuera de hábil inquisidor. En efecto se lo representa como si lo viera: gordito como Baco en las figuraciones más favorables; una nariz más afeada después, de lo que pudo haber sido en origen; los brazos más bien largos como el palo del plumero que machaca todo aquí dentro; y las manos que le sobran en todas las direcciones y con las que bien puede pasársela hurgando groseramente en el fondo de los bolsillos de sus pantalones a la espera de emplearlas con alguien. . . En suma, ¡oh, Dios!, aspecto poco agraciado de hombre sanguíneo; a la vez causante, en el conjunto de la persona, de un olor a potrillo, más que a almizcle, que ya al entrar en esta pieza hirió su nariz, tan sensible a los efluvios. Y que en el escritorio,

según los huele ahora uno por uno, han algo adquirido el tintero, sin tinta, y tan solo para vista, y un libro negro carente de título en lo exterior: tal vez para que los inculpados cedan a la tentación de abrirlo y así, desde el lado de atrás de las cortinas del ventanal o del cartón de la ventanita o la abertura de la puertita a la derecha de él, además de los agujeros invisibles en las paredes, dos, seis, ocho o trece pares de ojos puedan ver y sus titulares deponer; y el usufructario, desde su sitial aun más consustanciado con él en los grandes momentos, con el dedo tendido tenga como acusar al reo de haber abierto, tal como acaba de hacerlo con el libro negro, las puertas de un rico y haberlo degollado (si eso le conviene a la justicia cual hambre exclusivamente para quitar, y no según la fórmula de dar a cada uno lo suyo).

Como si también lo espiaran desde sus cuadros por algún arte mágico, siente necesidad de volverse a los dos colgados a sus espaldas. Por suerte esta vez tienen simplemente el aire del que se ha jubilado desde hace bastante.

Y justo por habérselo representado tan lúcidamente y tan ajustado a esta habitación en sí y a su mobiliario y adornos, le es difícil de entrada aceptar, y hasta le resulta arbitrario, casi una caricatura, éste que, en carnes no demasiadas y con muchos huesos y duros, quién sabe desde cuántos segundos está escudriñándolo, llegado por la puerta o sea desde afuera como él no hace mucho. Impresionado por no haberlo visto en seguida, se pone de pie y para una postura adecuada diligentemente despega, dando a eso toda prioridad, los pantalones de los muslos, a los que se han juntado por la larga espera. Tal vez el intruso lo haya estudiado durante varios segundos, esos breves larguísimos que de su parte ha de haber empleado en los actos sucesivos de reparar con una mirada distraída en la misteriosa puertita y haberle parecido menos entornada, como si alguien al acecho a través de la abertura agrandada hubiese estado extrayendo conclusiones absurdas de sus gestos y de sus movimientos en la silla. A causa de ese espacio, mayor o cual simple ilusión óptica, ha permanecido por instantes,ajeno a sí mismo como sujeto activo de percepciones, concentrado en el intento de escuchar en el silencio de ese lugar allende la puertita, las pulsaciones en un alerta pulsante del que allí estuviese escondido para debitarle tanta imprevisión de su lado. El hombre cerrado que tiene delante, que él ha saludado con una inclinación de cabeza, lo que sin embargo no le procura ni siquiera una leve señal de que esos ojos claros lavados lo capten en su propia concretez, es lo opuesto del tipo exuberante que ha venido imaginándose. ¿Será realmente un titular, un usuario, un usufructuario de poderes estatales?

Ahora el tipo se limpia atentamente los pies en el felpudo, como si siguiera un canon fijo; luego, ya en lo personal, levanta mejor la cara que, al observarla, a él le parece la del guarda del tranvía en el recorrido hasta el Jardín Zoológico: ese buen hombre que saluda a todos los pasajeros y que por esa extravagancia y por intervenir sin alboroto en caso de infracción al boleto, es apodado 'sopa de pan' o 'pan dulce'. Y que alguna señora, si ha hecho la vista

gorda con los niños, parece tenerlo por pan masticable para ir tirando. . . pues con posterioridad, ya de vicio, se los pasea delante de los ojos sin pasaje.

Ensaya una segunda inclinación, todavía más ceremoniosa. El fulano, esta vez, como respuesta sumaria le indica de volver a sentarse. Y siguiendo una línea recta hasta el butacón cual demostración de franca tozudez por los detalles, para conservarla bien derecha aparta con un pie ágil, al igual que el que los usa no solo para caminar sino asimismo para hacerse valer, una silla que le obstruye el paso y llega resuelto y como se lo había prefijado, a ese destino. Pero antes de instalarse en el trono, hace los preparativos para el acto, trabajando a sus espaldas para acercarse al asiento; luego, a punto de ocuparlo en una forma exclusiva que hubiera que reconocerle como un mérito por las características, obtiene que sus flancos primero exploren y después se encajen; a la vez que en ese proemio sólo quedan sobrando porciones mínimas de su persona. Pero por muy poco: pues, completando la ceremonia, tras alguna rotación bien ensayada en otros momentos y no recurso de ahora, se reordena dentro de los límites del asiento con real parsimonia y logra mantenerse muy convincentemente: tal vez por haber ganado espacio al hacerse más alto y bien derecho, además de sus propios atributos favorables. Manipuleo harto astuto, obtenido con la misma facilidad como un ama de casa extendiendo la pasta con el rodillo, la acomoda a su gusto en las varias direcciones y del ancho saca el largo o viceversa.

No; no lo rellena aún en forma perfecta: cabe casi entero pero en una posición que le cuesta, por lo que, fuera de programa, empieza democráticamente a librarse de algún botón: desabrocha dos del chaleco y otros tantos en la parte alta del pantalón, con cuidado con los ojales; y al hacerlo demuestra cierta elegancia de hombre de formato menor pero con una firme voluntad. Lo que en cambio desagrada es el pañuelo de adorno, en el bolsillito del saco, ahora que lo deja caer desordenadamente tras intentar arreglarlo como una sensitiva y sólo haber conseguido de esa figuración, una corola de aire marchito y con los supuestos pétalos, flojos y sobrealargados; además de ensayos, formas y apariencias no interpretables por un tercero desconocedor de lo que pueda estar pasando en esa mente. Todo sin embargo encarado con un arte poco común y una capacidad efectiva de lograr de una tela basta, tantos efectos plásticos. Quizá para demostrar que, poseyendo medios para ponerse en la parte de adelante de su chaqueta un signo de esperanza para la persona citada, opta, por algún motivo nada promisorio, por el pañuelo bien caído; o sea la elección descarada de un bravucón. Y hasta el semblante, ahora que ha terminado y queda inmóvil en una breve exposición de sí, es duro, desafiante, malo, pero no dirigido aún al pobre interlocutor en potencia. Parece de cualquier modo que no sea por el sustrato que deba uno guiarse, pues ahora que es evidente que se prepara a encararlo, en el semblante le transita una sonrisa maliciosa, con la que lo mira ya en forma directa, tras una ojeadita de soslayo. Pero reacciona y se vuelve con una cara abstracta, tal vez la que le sirva en las horas

normales de oficina. La pancita, en este momento que está a punto de decir la primera palabra y suelta los músculos, le asoma en libertad y algo irónica, como lo es en este momento la cara (colocada a cierta distancia, como tras una cortina transparente, por esa querida abstracción de sí mismo que perdura dominante). Y si no fuera un vientre liberado, se podría decir que en su lugar tiene una gruesa pera de exposición, escondida debajo de la camisa y para comérsela; por lucir sin duda el aspecto de un glotón harto definido. Pues está a la vista, que esa hinchazón abdominal le complace, por la manera condescendiente como la protege del borde del escritorio mientras se balancea en la butaca. La preserva de ese obstáculo con el juego de los brazos musculosos pero flexibles y la ayuda de los diez dedos apoyados en el mueble para secundar ese movimiento rítmico con la excrecencia hacia adelante y sin nada que la moleste. Además de encantarle mostrar las uñas lustradas y bien mantenidas, de hombre mundano. Al mismo tiempo, cada vez que se suelta hacia el respaldar, en ese penduleo que parece hacerlo más accesible, es como si desde ahí rebotara hecho una pelota. . . tan grande es la elasticidad.

Desde su silla, mira a su vez ese juego final que ha de tener un significado que pronto habrá de verse. Desearía sopesarle las piernitas, pero tendría que meter la cabeza, quién sabe con qué excusa, debajo del escritorio. Este arrogante que aún no se resuelve a bajar de las alturas, de seguro habrá de desinflarse en su parte inferior tan como le acontece a Andriolli en la curul; pues siendo petiso y quizá más corto que él de la cintura a los pies, si bien lo que sobra por encima del escritorio lo ayuda a una sentada con altanería, no ha de tocar para nada en el suelo. Los pies habrán de quedarle 'ridículamente' suspendidos en el aire: es el adverbio para uno que con tanto empuje en querer mandar sobre un ciudadano, tendría que ser más dueño de la situación en todo sentido. Así por lo menos ve la cosa de su parte. Sin embargo es de nuevo Napoleón el que demuestra que se puede correr a caballo y echar de la silla a los demás, aun estando ladeado en la propia. Por lo que a esa cara ahora sombría que tiene delante, opone la suya, pero tratando que en ella no le aflore ningún pensamiento a fin de que no lo crea turbado y por ello lo juzgue acusable de esa culpa concreta (no ya la genérica del hombre, por nacido) que desde esta mañana siente que quieren echarle encima, aunque no intuye por qué, ni en qué pueda consistir, ni de dónde provenga. Lo peor es que éste es un acusador imponente, tan solo por no haber soltado todavía ni una palabra.

'Feo no lo llamaría', piensa mientras tanto, 'pero comprimido de la cabeza hacia abajo y muy abundante en los miembros, como si la madre durante la gravidez hubiese mirado subyugada un mastín. Atención, Andriolli, porque en este ombligo de la seguridad pública, o lugar notable. . . hasta los pensamientos son capturables'. ¿No será definitivamente el de hace poco con el placer por los rebencazos? ¿Por caprichoso, maldad esencial, o sólo una razón administrativa? Muy bien. . . lo escuchará con la gran imputación a Andriolli. Pero hete que el tipo tendrá que soltarlo después de las primeras pala-

bras. . . Y en seguida él volará hacia la oficina para que no se esfume su aureola de inocente, a la manera de esas coronas de luz que a primera hora de esta mañana estaban por sobre las cabezas de tantos santos. Esta mañana que con lo que le está sucediendo, es como si ella hubiera comenzado desde hace veinte años y él hubiese nacido para una corona de esa clase; así como otros llegan a este mundo con una camisa puesta. . . Interrumpió, sacudiéndose, estas reflexiones, pues este fulano mueve los labios y ya llegan las primeras palabras. Naturales, no diferentes de palabras. . .
"Empezaré como un padre, Andriolli. He concluido mis ejercicios"
Jugueteó con los nudillos haciéndolos resonar en el escritorio; a la vez que reanuda el balanceo de la panza. Golpes secos, como si los nudillos los tuviese de madera estacionada.
"Pero deseo que en mi presencia. . ."
Se hubiera dicho un tono amenazador, pero en la cara, más que en la boca, exhibe la sonrisa oficial.
"Deseo. . . pues también a ella la recibo con un sentido paternal. . . oír la verdad y nada más que la verdad"
Él asintió con un leve gesto de cabeza.
"Pues yo, querido señor, como, bebo y peco, sujeto si sobreviene un momento crítico. . . a la verdad. Mi comida es frugal; pero no sustitutos ni vinos mixturados, ni productos falsificados. Soy vegetariano y peco en las condiciones de un hombre casado, o sea con la mujer espontánea. Nada tomo, ni nada toco, a las muchachas sofisticadas. . . ni quiero hembras con la mente de un mercader"
Por su parte se conserva tieso, sintiéndose, por el tiempo que lleva en esa posición, como si ella fuera de altanería, lo que lo incomoda porque lo expone a que pueda cambiar en su perjuicio esta dirección aceptable del viento.
"Si el cómplice está. . . tal vez no sea nuestro caso. . . vamos, Andriolli, ese nombre y apellido, para mí y en estrecha confidencia. . . O sea. . ." —y juntó los dedos en cruz en señal de juramento, que selló besándolos— "como secreto para quedar entre nosotros dos, aun en el día del Juicio Final"
Y como él no se movió ni consintió, manteniéndose en la misma expresión estática, el funcionario levantó el tono:
"Pésimo para mis nervios, el intento de retener información"
Él esta vez asintió vivazmente, sirviéndole para mover el cuello que se le estaba poniendo rígido.
"Cambian las modas, las mujeres se visten desnudándose. . ." —y emitió dos ojazos de hombre de buen paladar— "pero hete que un imputado, que en este momento me mira, estándome tan solo a tres pasos continúa queriéndome representar a la inocencia. Hoy que hasta las de doce, casi casi. . . Nada más desentonado, pongamos, que uno como Ud., reconocido reo por un funcionario importante y conducido al momento justo a la casa de los hechos para una correcta reconstrucción. . . se obstinase en cubrirse la cara con el pañuelo

mientras los fotógrafos de los diarios o la TV. . ."

Se detuvo y quedó a la espera de otro gesto afirmativo de su parte. Pero él, disgustado de las palabras que oye, se conserva inmóvil aunque comprimido como por varillas de la cintura para arriba.

"Tiene toda la razón, querido Andriolli, si antes de confesar los hechos. . . me exige que diga quién soy. Estar en esta butaca del siglo pasado, en una digna sentada, no prueba el derecho de interrogarlo, intimarle que la acabe y obtener que empiece con el tratamiento de la cosa sin más vueltas. Ud. sabe por qué está aquí; sí señor, lo sabe y no me interrumpa cuando hablo. Pero también es deber mío, sobre todo teniendo nosotros aquí dos caras autorizadas. . ." —y le señaló los dos retratos a ambos lados de la chimenea— "que nos previenen, sin necesidad de la voz, por la sola presencia de ellas. . . En suma, no siendo yo ni hermoso, ni alto, ni viejo y no teniendo tampoco una cara hinchada de soberbia, podría ser archivista. O si le demuestro alguna luz refleja. . . un pequeño planeta o un asteroide, aunque no el sol. Sé que no parezco en absoluto el sol"

Luego, dilatando los ojos, con alguna ingenuidad agregó:

"Honestamente, como Ud. se lo merece. . . En efecto, Él no está aquí por ahora. Ha tenido que irse al Palacio de Justicia, pero vuelve dentro de poco"

Ese 'honestamente', a juicio suyo lo ha empleado para introducir una mentira. Por lo que tiene que esperar de ahora en adelante, la fría embustería administrativa: un hablar con falsedad en proporción mayor de lo que está en uso en las bocas corrientes, en las ocasiones corrientes de la vida. Falsedad fría como la piel de un áspid. . .

"Es decir, no se deje rescatar por una imaginación peligrosa como la suya. Postérguela para las horas que le pertenecen en exclusividad después de cerradas las ventanillas. . . cuando la autoridad duerme o toma el fresco, se divierte o se afeita" —y se acarició la cara buscándose algún pelo de los que le despuntan como espinillas.

Por lo que él infiere, éste no tiene tanta jerarquía como el otro que a estas horas está en el Palacio de Justicia, pero disfruta igualmente de autoridad para mantener a un ciudadano cumplidor, en aprensión; por lo menos hasta que como policía no esté tomando el fresco, o bien divirtiéndose o rasurándose, o sea fuera de servicio. Todo relativo. . . por cuanto durante esas interrupciones, ni suavizan los aires, ni con las mentes dejan de pensar en las formas mejores para empeorar las condiciones de la anima vilis sujeta a experimentación en sus laboratorios. No; el único tiempo en que se desmontan es en las horas establecidas para dormir, y siempre que no tengan una noche mala, pues entonces en el ínterin elaboran otros refinamientos para el destinatario. Los de estilo nocturno y por lo tanto los peores.

"Diga, con la misma verdad como apoyo este pisapapeles en mi escritorio. . . ¿por mi aspecto exterior y esta bondad mía, no le parezco un híbrido? Y para cortar de una vez. . . ¿sabe por fin quién soy? El suplente, señor. Pero,

entendámonos. . . con todos los atributos y poderes. Aunque me muevo despacio y giro como el mastín sobre mí mismo antes de echarme. . . O sea aun haciéndome el aturdido, indago e indago. Pues meneos y demoras son en cierto sentido el teatro que tengo en mis venas y por obra del cual gobierno en cuanto a la pequeña parte del poder público que se me otorga. Y al mismo tiempo vivo, o sea siento íntimamente la representación que ejecuto. No aplauda. . . pues fácilmente lo saco de la platea y lo siento junto a los reos. . . enojado yo, que me esté haciendo perder este tiempo precioso"

Se interrumpió, luego concluyó, canturreando:

"¿Entendido? Sé qué hago y a quien estoy hablándole, aunque Ud. finja no comprender mi música" —y ensombreciéndosele la cara, siguió trompudo, y dejando el canturreo, añadió: —"Diviértase algo más, si lo desea. . . pero a cierto punto dígame filialmente; o al contrario como si hablase a un enemigo, la elección del estado de ánimo es suya; lo que aconteció con la bandera"

Estupefacto de una pregunta tan extraña, hubiera deseado saber algo más y en seguida, primero genéricamente, luego punto por punto, negar. Pero no le admitió un tiempo para intentar su defensa, pues reanudó:

"Sepa cual es mi método de trabajo. . . Me valgo en principio de mis palabras, no todas duras si muchas las aprendí apoyado en el regazo de una madre. Pues sólo cuando no consigo el propósito, acudo a los restantes medios. En efecto veo por transparencia a través de una cabeza, aunque en la fila de reos las testas son más opacas que en cualquier otro lado. . ."

No pudiendo atinar a nada, pues la prohibición de abrir boca sigue siendo sostenida por esa mirada severa, se le dirige respetuosamente y lo escucha. Tal vez él sea teóricamente un reo, pero no más que el actor en escena cuando se lo impone la trama. Una mala parte en función de un argumento, no de la realidad. El usufructuario o suplente o lo que fuere, según lo ha insinuado hace de dramaturgo (no debe olvidarlo para no perderse).

"Mirémonos bien en la cara" —le ordenó tonante.

¿Estará sorteando por fin la línea indefinida que separa lo verdadero de la mera representación? ¿O ha bajado del escenario y vuelve a ser en cualquier momento un diligente funcionario en el acto de trabajar en su oficio? ¿Pero cuándo se está en la realidad y cuándo en la ficción? ¿Y aun queriendo quedar con la realidad, no será uno, nada más que un actor metido desde afuera en un papel mientras a la vez con el corazón en su escondite se sufre sin remedio?

Si mira bien, este interlocutor suyo ha asumido si no el aire pues no siempre está serio entre ojo y ojo, de seguro el comportamiento de un acusador: de él como ciudadano, por consiguiente miembro de una colectividad culpable (en cuyo caso este tipo ha salido de la vestimenta simple de policía y ha ingresado en la del censor que fustiga las costumbres). O es el usufructario en acción, que lo acorrala haciéndole rebotar delante muchas palabras inútiles pero para mejor librar alguna dañina. ¿Puede en efecto, por su parte, creer de

buenas a primeras en el ingenuo dramaturgo arrebatado por la inspiración, improvisa para sí mismo y arrolladora para el que está sentado en el otro lado del escritorio enfrentándolo? No; aquí ya no es un ejercicio teatral. Aquí está en movimiento una acusación lisa y llana, por más que esté faltando un hilo conductor para entender aproximadamente en qué consiste el cargo que le hace, al mencionar con rigor profesional las palabras 'reo' 'cómplice' 'casa de los hechos' 'reconstrucción del delito', etc.

Alarmado con razón, trata de aliviarse los músculos faciales para que se apoyen planos, debajo del cutis. Pero como el fulano no deja de estudiarlo, siente en las mejillas la misma rigidez que debe a la mano de jabón cuando, al afeitarse, por algún importuno tiene que interrumpir la rasura. Para colmo, dicha sensación de enjabonada endurecida, se le está extendiendo, quizá con el efecto óptico de una tinta rojiza en una pared granulosa. Es por la porción de su sangre que ahora le hierve en las venas por rabia y desdén. Pues en este momento, si el Estado se apoyase sobre columnas y bastara lo de Sansón en el templo, él. . . Pues que, justo en su primer día entero de reinado, tenga que quedarse aquí dentro a poner una cara de resignado a todo, por el hecho de que éste que tiene delante anuncia que tras el empleo de las palabras se valdrá de los demás recursos. . . y todo eso mientras aquello ha de estar sumido en la anarquía o agobiado por la tiranía de Carovino, le explica hasta las bombas como **ultima ratio.** Y lo que es tremendo, esta prueba le toca a él y no a cualquier otro hecho por la naturaleza, como los esclavos según algunos pensadores antiguos, para los golpes y los sufrimientos.

"Tengo la certeza de que hay un error de persona. . ." —intentó humildemente— "Escucho con cuidado lo que Ud. me dice pero se trata de cosas con las que no tengo vinculación alguna. Me habla de una bandera. . . ¿y qué significa eso?" —y al decirlo no omite un aire de sorpresa.

"¿Y si fuera deber mío arrestarlo en seguida?"

"Sería un error"

"Sin embargo el Estado, más grandote que yo, me tiraría las orejas si dejase impune la diablura que Ud. sabe"

"¿Que yo sé?. . ."—preguntó con los ojos en blanco— "Iré a parar al fondo de una prisión por convenirle al Estado, no porque haya cometido ese hecho que ignoro en qué pueda consistir"

Luego considerando mejor táctica ser conciliador, agregó:

"Si he hecho algo. . . esté seguro de que habría sido sin yo saberlo o en un estado sonámbulo. Respeto las leyes, llevo siempre conmigo mi cédula de identidad, jamás conocí las patrias casas de reclusión, ni las foráneas. ¿Qué más puede pedírseme?"

"El acatamiento a las instituciones, a los símbolos y a los emblemas. . . está por encima de las ambiciones extravagantes. Tales valores, ¿son tal vez mercadería suya como la camisa que viste?"

Lo miró muy mal y gritó:

"¡Sí, mi señor!, esta mañana ha cometido un indebido acto de dominio. La tomó y se la apropió. Ha obrado peor que con una mujer que no consiente: la mujer, a la postre, no puede ser objeto de propiedad. La bandera en cambio se compra y se vende como artículo de intercambio"

Son de la misma talla. En efecto el tipo lo ha chocado con la pancita al mismo nivel de su propio vientre. Y parece molesto por ese topetón involuntario, como si él hubiese debido evaporarse para impedir ese encuentro y en señal de sumisión. Ha de estar enterado de que muchos y quizá por qué razón, antes de concurrir a una citación como ésta se preparan lavados los pies. En cambio nadie se lava de una manera especial también el abdomen.

"¡Megalómano!" –le echa en cara; antes tomándolo otra vez de las muñecas como hace un rato, luego, mientras lo vuelve a calificar así, soltándolo como asqueado del contacto físico.

Pero ahora, más razonable, vuelve a sentarse en su trono, atrayéndolo a él hacia sí, con un brazo largo para su estatura y esa mano tan rápida para atrapar cristianos. Le hace seña sonriendo de mantenerse calmo y derecho, ahí donde está, a dos pasos. Por su lado, se siente muchos años atrás en su vida: en aquellos tiempos, en la sacristía, con el teniente cura, cuando éste le hablaba de los bárbaros queriendo aludir a los romanos y no a las tribus invasoras.

"Le pido disculpa por el panzazo, Andriolli. . . ¿Qué me queda por hacer. . . cortármelo ese cohete? ¿Y mis pobres mujeres, entonces?" –y se rió groseramente.

¿Por qué la procacidad? ¿Parte también, de la estrategia o táctica?

"Primero se comienza buscando en el diccionario las palabras sucias. Y cuando ya se es un desencabestrado, en cambio las difíciles, que, como Ud. sabe, no conciernen al sexo sino a la botánica, la casta botánica, y especialmente a la psiquiatría. . . Megalómano. . . ¿no le ha interesado jamás como vocablo y en su exacta significación?"

Esa voz era casi acariciante y quién sabe hasta sin ironía.

"No tengo tratos con el delirio de grandeza" –replicó, ya impaciente.

Y por primera vez, lo mira con gana, disimulada en lo exterior pero feroz dentro de sí, de devorarlo. ¿Llegar subiendo ese maldito recorrido a lo largo de tablones inseguros y peldaños destruidos y, en lugar de oír excusas, ser insultado? La indignación es casi dueña dentro de él, por lo que puede estallar y perderse.

"Deseo aspirar sus hermosas explicaciones, que supongo en curso de formación. . . y como un perfume. ¿Diga, se siente muchas veces un desmesurado ciudadano? ¿No le agradaría ser un trébol compuesto de Alejandro Magno, César y Federico?"

¿Se burla de él? Sin duda; pero es preferible a la acusación disparatada de ser el autor de un cierto delito. Por otro lado, aun rigiendo una constitución política reproducida en millares de copias, ¿existen realmente los derechos de la persona cuando uno como éste, a la manera del docente de otros tiempos

con el bastón detrás de la cátedra, puede comerse sin molestias para él, hasta la Carta Magna, empleando la jurisdicción que le han concedido, lo que de suyo él representa y el silencio anuente del pueblo soberano?

Y como el fulano no para de observarlo indagando, se le dirige para decirle sin rebeldía formal:

"Por favor, mi cara es algo muy diferente de mí. . . Puede ser que. . . pues no me figuro cómo ha de vérmela Ud.; pero en un cuarto de hora, haciendo revisar mis cosas allí donde vivo, puede convencerse de que jamás tuve que ver ni con la ley ni con la benemérita institución a cargo suyo"

"¡Mal hecho, pésimo! A la policía debe venirse a hablar, a pedir consejo, a estrechar amistad. . . En cuanto a los novatos, es cierto, caen una primera vez antes que haya una segunda o una décima. . . Pero yo hago justicia sin distinciones, ni cumplidos a la edad de nadie. Por lo que empujo todos los sumarios. El que empieza, a la larga llega a cien delitos: es una ley de acero"

Parecía que al decir eso, aún jugara en parte; pero de pronto, por la manera de moverse, es uno que está perdiendo la paciencia muy rápido. En efecto gritó:

"Vea, le otorgo los últimos instantes. . . Baje de inmediato esos aires medioevales. ¡Aquí no andan!" —y su puño, al dejarlo caer con fuerza hizo vibrar el escritorio y lo que lo ocupa.

Debe pues entender que si los derechos, incluido el de contar lo que se recuerda de los propios avatares, sirven para algo, no es en todo momento, sino cuando la gente está en un mar de aceite. Derechos que son como un vinito dulce: provocan, teniéndolos en la boca o en una copa al lado de uno. . . un dulce placer. Pero a la larga todo lo que tiene espíritu vaporoso hace más daño a los más, que bien a los menos.

"Señor sustituto, estoy justamente aquí en reconocimiento de su autoridad y de lo que ella significa para el buen ciudadano que ama las instituciones: garantías, orden, respeto, seriedad. . ."

"No me sustraiga maliciosamente la fuerza. . . Vence en las guerras; dobla las cervices que pretenden erigirse por encima de los demás, aunque efímeras como las amapolas en los prados. Flores tontas que ambicionan desplegarse por sobre las mieses doradas, que en cambio dan de comer al pobre y si lo desea, también al rico"

'Mieses doradas. . .', fin del Siglo XIX y eco de las composiciones de los tiempos de la bisabuela. . . Falta tan solo el sol que besa las frentes. Pero como agregado que barre esa aura romántica, el puñetazo sobre el escritorio para arrebatar una confesión. . . Y ahora, hételo que se mira las uñas, por las que parece tener especial debilidad y las frota con la manga como si no relucieran ya.

"Infortunadamente, sólo tengo bien hechas las uñas. . . Pero ¿qué significa esta tonta vanidad? Mejor, ¿no es cierto?, gobernar el Universo y lo que abarca. Seré sincero. . . si para curarlo, Andriolli, bastara sentarlo en este asiento,

tanto yo como mi representado, con tal de evitar hechos futuros en nuestra comandancia. . . se lo prestaríamos aunque fuese por un minuto cada mes. ¿En la esquina de cuál calle de este planeta Tierra y ese ángulo de qué dimensiones, como para poder ponerle a disposición algo tan grandote como el Universo? Sí, señor Andriolli, Ud. acabará odiando al entero género humano porque anhela el Universo y nadie será capaz de proporcionárselo"

Se largó a reír, también con la panza, que se sujeta con ambas manos como por miedo de perderla.

"Escuche" —empezó de su parte.

La voz le llegaba por sí sola, tras tanta tensión, algo llorosa.

"Sí, diré alguna palabra más; luego proceda como le parezca. . ."

"Quien se entrega como Ud., tan así. . . en realidad, querido Andriolli, no piensa dar nada" —rezongó el usufructario, punzante.

"No; seré suyo. . . De todos ustedes, en este laboratorio, para que, junto con este palacio que los acompaña y que habrá de obrar como un fuelle que reavive en cierto momento el entusiasmo de Uds. por la patria, por el gobierno y por el Estado, hagan lo que consideren más oportuno. Soy inocente de todo, pero ¿qué significa? Además nadie es jamás inocente en forma absoluta. Están los intereses del Estado y aunque yo no los comprenda hasta lo último. . . los respeto y los acepto. De un Estado del que Ud. es un brazo, en sentido material. Del Estado del que Ud., como Él. . ." —y señaló hacia la puertita para indicar que aludía al representado que se halla en tribunales— "al igual que muchos siempre más arriba en la jerarquía. . . son cada uno un pedacito del corazón o una célula de su complicado cerebro dotado de una memoria prodigiosa en la que está fichado cada habitante. . . Uds., que todos juntos forman su voluntad, que es la más fuerte por ser siempre legítima"

"¡Basta y basta!" —le ordenó el suplente— "Charla pero no confiesa. ¿Qué se cree, que tengo para usted toda la mañana? Mire, mando atrancar las puertas y portones de este palacio y nos ponemos a conversar hasta el lunes de las células del Estado. ¡Estoy realmente al habla con un loco!"

"Escojo mis palabras por sujeción a Ud. y a su tiempo material" —se disculpó y continuó: —"¿Puede suponer un sustituto como Ud., que yo haya pensado, despierto o dormido, en colocarme por encima de Él, de Ud., del Presidente de la República y de los jefes extranjeros? Entiendo, por lo que no desea aclararme, que soy víctima de alguna calumnia. El falso acusador es Alberto Carovino, un áspid en el canasto del pan"

"Tengo noticias de él y me aseguran que es honestísimo. Y buen testigo, para este 'laboratorio' según su palabra. Algún día me dará cuenta de esa calificación" —cerró alterado o fingiéndose.

Ya no sabe qué hacer. A veces se siente delante de un carácter y espera lograr interpretarlo. Pero a menudo es una función personificada: el agente estatal ideal, sin alma ni errores. A las órdenes únicamente de su cargo. Por lo tanto, con una neutralidad de sentimientos que, reflexionando, a él lo asusta.

"Empezamos a encontrarnos en algo concreto, al hablarme Ud. de una persona que existe; tras tanta divagación. Ese señor Carovino. Entre otros atributos, cursó un año en una escuela militar"

Luego, mejor dispuesto y casi cordial, dijo:

"Hable sin declamar. Yo soy sencillo: sea en el papel de bueno, como al tener que hacer el malote. Alcanzo en este último supuesto la máxima eficiencia profesional, pero nunca por crueldad. Soy explícito al hablar de este modo, por odiar las retenciones mentales"

Se detuvo instantes, luego añadió casi convencido:

"No hago rodeos para copar a la persona, aunque profesionalmente debiera emplearlos. Es una carencia mía. Lo intento pero pronto yo mismo desmonto el artificio dejándolo visible. Sé en cambio desnudar y embestir cuando corresponde, pero siempre en forma directa y leal. Desencadeno temporales y uso mis puños y según la gente son martillos soltados al mismo tiempo por varios herreros"

¿Amenaza de nuevo o razona en voz alta? La cara es neutral.

"Pero, señor mío. . . ' —intentó a su vez, en tono de súplica— "Con su inteligencia, ¿ha podido creer que estando aún en medio de problemas por ser un mero jefecito en una oficina de cuentaporotos y tras quince años de trabajo silencioso y disciplinado mientras mi mente vagaba por los mares del sur en busca de aventuras de adolescente. . . quiera ahora el estorbo, no del Universo, locura de locos.·. . sino del gobierno de mi villorrio natal, con las facciones locales y la maledicencia pueblerina, la peor de todas? Nada quiero fuera de mi ascenso modestísimo"

"Apruebo, apruebo sus dichos. Hubo poderosos, prepotentes, cardenales, jueces, generales. . . todos hoy carne de olvido. ¿Pues qué ha quedado de ellos. . . los nombres, en los catálogos de las pinacotecas donde están expuestos sus retratos? ¡Sí, apellidos desconocidos! ¡Oh esplendidez de no tener la propia cara en circulación, ni siquiera en los diarios!"

Allí el suplente se echó a reír quién sabe por qué. Luego se tiró hacia atrás contra el respaldar de la butaca y le preguntó sonriente:

"Y puesto que hemos llegado a este recodo del camino sanos y salvos. . . ¿su escalada en la oficina fue por una ambición ilimitada, o sea que tras el primer bocado piensa en otros muy pronto. . . o bien es el empleadito que deseaba redondear el sueldo, levantarse un cuarto de hora más tarde por las mañanas y beber más gustosa y con minutos de sobra, su taza de café?"

Conoce pues todas sus cosas al detalle. Está al desnudo sin vueltas.

"Andriolli" —añadió su interlocutor, improvisamente de buen talante y objetivo— "estamos aquí para prevenir. Hoy lo que haya cometido, podría quedar entre Ud., yo y los testigos del hecho. . . Pero si mañana la megalomanía, más si Ud. ignora que ese mal lo acecha a toda hora. . . lo empujara a más graves determinaciones. . . ¿por qué no habernos hablado antes con toda claridad, en lugar de acabar Ud. con una condena mayor? Por lo cual, hágame ya una paci-

fica relación de lo que aconteció en el balcón. . . ¿Me quiere más explícito, para convencerse que conozco los detalles? De lo acontecido con ese lienzo en las primeras horas de hoy y con apoyo en la baranda. . ." —y se tapó la boca como arrepentido de haber hablado demasiado.

A su vez, junta la mención de un lienzo, con la del balcón y su baranda, pero no consigue aún, por tener los nervios empeñados en desmontarle los pensamientos antes de completarse, entender de qué se trata. Encuentra coraje y le formula una pregunta directa pidiéndole aclaraciones.

" ¡Ah, no! ¡Tomarme el pelo, jamás, Andriolli!" —le recomendó cortésmente pero con energía— "Confiéselo todo; no haga el tonto y verá que nos despediremos como amigos. Quedar amigo mío es hacerse amigo también de Él" —y aludió de nuevo al que todavía no ha vuelto de los tribunales.

Ahora el suplente lee en una agenda, en voz alta y deletreando a veces:

"'Si encuentro adônde fue a parar esa varita, pues, si dijeron **fiat lux** y brotó la luz y con ella surgió un mundo. . . hubo varita mágica. . . cambio todo lo existente, como un dios recreando. Aunque signifique reemplazar a la población mundial por otra mejor'"

El suplente levantó los ojos de la lectura. Su mirada es colérica.

"¿O sea usaría la varita, inclusive si a su Patria hubiese de dejarla sin habitantes? ¿Qué sabe de los nuevos pobladores que siguiesen? ¿Mejores que yo, que sus vecinos, su madre y Ud. mismo?"

Reanudó esa lectura, con voz severa y enojado:

"'El orden es una mentira con la apariencia del orden'"

Lo miró fijamente, mofándose.

"¿Así que Andriolli hace también el filósofo? Pero no comprendo bien. . . pues interpreto que desea cerrar las fábricas, las escuelas y todo lo que tenga puertas o entradas. . . Y entonces, le pregunto, ¿qué se hará para comer, al no haber más producción de bienes e intercambio? ¿Los pordioseros entre las ruinas de la civilización? Yo también sé pasar de las causas a las consecuencias. . . aunque tal vez sin su perspicacia. ¿Quiere en suma explicarse desde la primera palabra suya asentada en este testimonio? ¿O es como los escritores difíciles cuando piensan: 'Muy bien, no sé qué estoy diciendo, pero esto puede parecer bueno y profundo, sin serlo. En todo caso el sentido lo busquen otros, si lo desean. Y si acaban enojados por comprenderme mal, quemen iglesias, edificios públicos, etc.'"

El suplente lo observa ahora de la cabeza a los pies y luego prosigue:

"Si usted Andriolli no tuviese esa cara que lo desnuda, diría. . . o que lo leído fielmente por mí no es transcripción literal, según testigos contestes, de manifestaciones suyas en su oficina. . . o que Ud. es un anarquista peligroso"

Habla sin duda en serio. Ello comienza a preocuparlo y quisiera poner remedio rápido, pero esas frases de la agenda le pertenecen en lo sustancial. Las ha desparramado en momentos de tedio y ahora están recogidas en un libro del Estado. Esta vez acaba mal.

"Haga de cuenta de que estos conceptos nunca fueron pronunciados, pues de aquí no los dejaré salir, aunque los guardaré por si algún día los necesitáramos. Dígame en cambio, ¿quién es Ud. para querer conspirar contra la República? Cualquier cabecita puede opinar que sólo destruye en palabras. Pero, ¿y si pasara a los hechos? ¿Sabe qué es actuar preventivamente? Saldrá hoy y lo haré traer de nuevo, mañana; y así en un proceso sin fin, entrando Ud. y saliendo, como el sol que entra y sale diariamente"

Al oírlo con esa amenaza, soltó una mueca; luego se rió desafiante y en las demás formas que uno logra hacerlo sin sentir placer. No consigue en cambio hablar nada.

"Estulto; el Universo no se lo iría a buscar ni si estuviese a diez metros y todo se redujera a una caminata tan corta y a colocarlo en un bulto para transportarlo mejor. A Ud. yo lo pondré en caja muy pronto"

Lo miró desafiante y prosiguió:

"Yo mismo merezco más que Ud. en este mundo. . . Por consiguiente yo, su comisario, no sé qué diablo hacer"

Luego, como si hasta ahora hubiese jugado y no incomodado ideas, y uno y otro no hubiesen comido rabia, dijo alegremente:

"Volviendo a los hechos concretos y tras este estudio recíproco, sentado o de pie, como prefiera. . . ¿quiere explicarme por qué razones expuso la bandera a las siete de hoy en ese balcón suyo?" —y se acompañó con el gesto del que agita una bandera con gran entusiasmo.

" ¡Calumnias!" —protestó asombrado y al mismo tiempo hallando el mosaico que no había conseguido formar entre bandera y baranda. . .

"Está demostrado ese hecho insólito. Veinte testigos la han visto flamear en su balcón. Por lo que me perfumo el aliento con esta pastilla y Ud. inicia la confesión. Estamos en el interrogatorio formal. Nuestra conversación reciente queda cerrada. Larga pero instructiva. Nos hemos conocido, espero. Mejor para Ud., hoy y en el futuro"

Sacó de una cajita un disquito de menta, se lo colocó en la punta de la lengua, maliciosa ella; la lengua la retiró en la boca y la boca la cerró. Luego mascó o chupó con la impaciencia de quien tiene un apuro repentino.

"¿Se me acusa de semejante absurdidad?" —preguntó indignado, a la vez que recuerda el asta de la bandera asomando del balcón a su llegada ante el edificio.

Recobró el aliento y agregó:

"Si la han expuesto es obra del honesto Carovino. ¿La ultrajaron?"

" ¡Os hubiera cacheteado a todos de entrada!"

Él se reanimó. Y el suplente, más sereno, observó generosamente:

"Ha sido mera ingenuidad" —y al decirlo no era siquiera irónico— "Simpleza innata pero apta sólo para un mundo ideal, inexistente. . . Poesía vedada, con algo agresivo pero espontáneo: como el agua que brota briosa de una hendidura de la tierra. Pero hoy, por lo menos, ya no comprendida ni admitida. . .

Hete cómo calificaría el haber Ud. expuesto la bandera: no una irreverencia; al contrario, hasta explosión de bondad. Ese raptus de bondad. . . ¿se dice así?. . . que invade de pronto al hombre. Pero al que la ley se opone hasta el extremo de que en caso de encerrar ciertos elementos de hecho, entra a reprimir lo obrado. Hay momentos, diría, en los que uno delinque por ser interiormente bueno. Como Ud. es medio filósofo, le paso el tema para que lo madure. Pero la ley no distingue y donde no lo hace, nec nos debemus. . . Lo enseñan en latín para esculpirlo mejor en las mentes"

De su lado, no comprende por qué no inculpa a Carovino e insiste en querer arrancarle una estúpida confesión.

"Puedo admitir, Andriolli, que su promoción haya sido un laurel merecido. Que tenga ella, relativamente, cierta sustentación rigurosa. No la llamaría un hecho histórico para la República, pero sí en el ámbito de su empresa, si significó sacar una lagartija de excepción de un agujero: no para emborracharla con la pizca de tabaco sino con el vino algo fuerte de ciertos cargos, como el suyo en ese sitio difícil. . ."

Al verlo fruncir el entrecejo, el suplente aclaró:

"Lagartija. . . no es apodo definitivamente negativo. Ella no daña a nadie, no es antisocial, ni voraz, es simpática y de la creación no goza el sol en exclusividad. No es infamante parecérsele. Se lo digo neutral respecto de los problemas de ustedes" —concluyó sonriendo, pero sin mala intención y quizá sólo gana de hablar o simplemente de contradecir algo.

Meditó y añadió:

"Pero, de nuevo, Andriolli. . . ¿por qué no pidió permiso respecto de la bandera para festejar su golpe de Estado?"

"¿Festejo?" —preguntó pasmado— "De modo que habría sido tan animalote de sacar al balcón la bandera por haber logrado un ascenso?"

"Lo hizo, Andriella. Sí, querido, aunque tal vez no lo recuerde. Puede haber sido en un arrebato. . ." —insistió el suplente sacudiendo la cabeza amigable y paternalmente— "Pues de haber pedido permiso, quién le dice que no se lo habrían otorgado. . . ¿No lo hacen los jueces al emitir ciertas sentencias? ¿No tratan de dar la vuelta al planeta, leídos, criticados, zamarreados por muchos, pero con el nombre en gruesos caracteres?".

" ¡No he cometido esa estupidez! No absolvamos a Carovino. Lo acusaré yo, públicamente. Escribiré al gobierno".

"¿No se hará un partido como dicen que aconteció con Dreyfus?" —preguntó el suplente riendo de gana— "Celebrar una fiesta es óptimo, pero no quebrar las buenas reglas. . . Un reproche de amigo, créame".

Él siente que no puede creerle. Y que en toda su vida no le creerá más a la Policía, ni tampoco cuando pone cara muy formal.

"Por la frialdad que demuestra, no reconoce que en tan poco tiempo me declare amigo suyo. . . Dejemos pues ese detalle. Queda el hecho inobjetable de una lavada de cabeza como la que le estoy haciendo. La próxima, si el caso

corresponde de nuevo a esta comandancia, no me hallará como si yo fuese su papá. Por edad, además, sólo podría ser un hermano mayor".

Y sin más comentarios, comprimiéndose como una pelota, tiró las piernas hacia arriba, quitó una hacia afuera, después la otra, las extendió juntas, bien alargadas y por encima del escritorio y las mantuvo suspendidas en el aire jadeando por el esfuerzo. Por fin cuatro veces las recogió hacia adentro y otras tantas las lanzó hacia adelante, en un disparo enérgico y seco. Ahora vuelve a poner esas extremidades en su lugar, se reordena en la butaca y no dice nada, como queriéndole dejar las conclusiones. Pero a la postre exclama:

" ¡Andriella, ad vitam. . . en santa paz con la bandera! Juzguémonos interiormente dignos de la Patria por nuestras vicisitudes personales. . . pero nada más. Porque los hechos, no los sueños, llaman a la Policía a cercarnos. Y ella, como si fuéramos simples granitos, se empeñará en querer molernos. . .".

Y tras detenerle con un gesto imperativo cualquier respuesta, añadió:

"El tiempo dirá si nos merecemos la bandera sobre nuestro ataúd. Lo resolverá el flujo y reflujo de los valores humanos. . . ¡no nosotros! Delante de palabras infladas, apenas pompas enormes que aun golpeándole a uno la cabeza no se sienten, no seré yo su verdugo. Pero si cumpliera un solo hecho más de paranoico. . ."

Al oírlo volver sobre el tema, torció la boca disgustado.

"En efecto, insisto en ello. Inclusive porque paranoia y paranoico me gusta pronunciarlos como palabras en sí, por cierto sonido armónico de que juntas disponen. Los espectáculos, por otro lado, quieren acción, luz y sonidos" —y se rió sin querer ser más explícito.

Por lo que, de su lado supone que éste desee desde el puesto que ocupa, antes que nada poner en acto sus propios gustos y caprichos. Y así es explicable que por algún tiempo más reduzca a un libre ciudadano, a la condición de imputado o quizá interrogado simple, para tenérselo de oyente.

"Si he tocado. . . mire lo que le propongo, si he tocado la bandera cachetéeme libremente, luego hágame esposar y atar como el peor traidor y a la hora propicia en que todos duermen, reducir a un trapo a fuerza de palos y a la postre, para regularizar el asunto, todos juntos empújenme desde una abertura hacia la calle y comuniquen a los diarios que, deprimido por la vergüenza, Andriolli se ha suicidado. O Ud. como sustituto o Él como titular serán los que llevarán adelante la investigación de la muerte 'dudosa', por lo que todo quedará tapado" —concluyó, con una no oculta resignación.

El suplente quedó observándolo en silencio y pensativo. Y ahora se lame los labios; luego reflexiona, con voz apenas audible:

"Ud. es un orador. Tal vez orador simplemente retórico, pero de ninguna manera un megalómano. Estaba equivocado"

Caviló de nuevo en ese silencio absoluto impuesto por su autoridad y finalmente tuvo una salida dicha con vehemencia:

"Evadamos del equívoco de ciertas frases convencionales y del assolo de al-

gunas palabras. La bandera la han expuesto sus ex colegas para ponerlo en ridículo: es de la máxima evidencia. ¿Cree que en un cuerpo armado se podrían cometer hechos de tal clase en perjuicio de un superior? Luego la milicia es moralmente mejor que la vida civil. Sé que recibiré alguna anónima diciéndome que Ud. es esto y aquello. . . y si bien la experiencia enseña que las cartas sin firma revelan partes escondidas de la persona indicada, estoy seguro de obrar con prudencia dando el caso por concluido. Además, a Andriolli lo deseo amigo. Con el tiempo, obviamente, allende esa ventana y antes descorriendo las cortinas. . . estoy seguro de divisar, en un instante como éste de óptima disposición del alma. . . a Ud. igualando uno de esos soles, que se ven al volver en primavera al propio pueblo desde una ciudad. El pájaro que en ese momento agacha la cabecita, toca mi poesía en invernada desde hace años. . . induciéndome a librar a algún interrogado, más culpable que inocente".

Por su parte, ante esa alusión indirecta lo observa y siente profundo cansancio de todo.

"Sueñe, Andriolli, todo lo que desee. . . es libre de hacerlo. No soy cazador de sueños"

"Gracias" —contestó en un hilo de voz.

"Vida dura con la Policía. No te abraza para decirte afectuosamente: 'Sí, no sólo te pago y te premio, por servirme bien aun ahogando lo que tienes dentro de ti, te amo algo maternalmente'. Te emplea, pero no te declara afecto alguno".

"Le estoy agradecido por todo" —comenzó de su parte, tratando de despedirse.

"Gracias, Andriolli. Y por cualquier problema, aquí estoy para serle útil. La vida tiene que ser comunicación afectiva con lo que nos circunda".

Lo tomó además de la solapa, pero cordialmente.

"Sin poner nombres, pues psiquiatra nunca fui. . . si un pensamiento, un deseo desconocido surgen de repente dentro de Ud., venidos tal vez por mal contagio, entonces, Andriolli, ¡aquí, a lo del amigo! A confiarle todo y decirle a lo sumo alguna que otra mentirita, pero no muchas. Con las pequeñas no me enojo, si se me antoja, como en este momento, hacer el afectuoso y no el funcionario detallista que exigen las normas. En cuanto a la psiquiatría, algún conjuro. . . Nos mira siempre en forma distinta de la que nosotros nos adjudicamos en absoluta buena fe. De ahí que no haya nadie que para ella no sea medio loco"

Al seguirlo con atención, le parece de nuevo que el suplente hable tan sólo o principalmente, para amontonar palabras. Esa sonrisa, esta vez desde la butaca, lo dice todo y no dice nada.

Antes de tirar la puerta para abrirla, respondió al ademán algo flojo de ese castigador; flojo tal vez por ser el último, o por sentirse de nuevo todo en su cargo, nada más que con eso y sólo para eso. Cruzado el umbral, se halla como si hubiera olvidado cómo separarse de la unidad que de golpe se forma en-

tre el mundo exterior, el propio cuerpo y uno mismo. Pero la acción de desplazarse hacia adelante escogiendo un camino, no es delegable y le toca ejecutarla con sus piernas, si bien de entrada es como si las tuviese de prestado. Tras dos o tres pasos en el corredor de afuera, sin embargo ya tiene una fuerza individual y la obsesión de moverse como quien se reconoce por fin libre. En especial, con la alegría de la libertad física recobrada.

Todo es al mismo tiempo alargado y a la vez como sustraído a una opresión reciente: la ropa que lleva, los pasillos por donde busca la salida más breve: los lugares que desde cerca o desde lejos lo rodean, liberados también: lugares que vueltos livianos y rientes, lo circundan sin apretarlo ni encerrarlo en una tenaza o en una insidia. Al contrario, diría que es como si se escondieran o se hiciesen los distraídos o los timoratos.

Con los ojos abiertos de par en par por la satisfacción de verse llevado adonde fuere pero por su exclusiva voluntad, observa cada cosa, cada rincón, con una mirada alegre; y encuentra detalles dignos de atención en los que a su venida a estos lugares no había reparado. Las flechas repetidas en las paredes, lo enderezan hacia una salida común, sin necesidad de formular preguntas a los empleados que van y vienen cual desocupados o atareados que exagerasen el quehacer. Escapa así a los peligrosos contactos accidentales.

La escalera, del lado de la fachada principal, la tiene ahora por delante, quién sabe interminable por los pisos para bajar, pero que se desenvuelve sin apuro y cómoda para descender. La tomaría con la despreocupación del que se halla en orden con la autoridad represiva. . . si, con lo que ha aprendido aquí dentro, la palabra 'inocente' no le resultara un traje algo rimbombante, que no conviene ponerse muy de prisa o si se lo lleva por costumbre ante la propia conducta aparente, tratar por lo menos de disimularlo.

Los que encuentra, policías sin cuidados, gente en las habitaciones (de éstas unas cuantas con las luces ya apagadas) y el público mismo, parecen de ánimo muy diferente. Tal vez por cuanto la mañana está más adelante y cada uno más despierto que a otras horas y con los ojos abiertos en forma normal y no deformados como por sueño o desconfianza aún no superados. Y si lo escudriñan, no es como amargados sino ciudadanos a quienes interesa tan solo maniobrar para no chocar, por lo que no agobian su retentiva, cual caras ajenas o por asuntos del prójimo. Pues semblantes verticalmente dubitativos ya no ve, señal que ha recuperado su aspecto de hombre de bien. En cuanto a su propia actitud para con los tipos sospechosos también ahora; si bien de prisa, quiere aparecer indagador o curioso que va al grano. . . como colaboración con el orden público al participar de algún modo en la reprobación genérica del malhechor aparente. Si en el pasado fue fácil al perdón, en lo que vendrá quiere ponerse del lado de la disciplina, y del castigo a quien se lo merezca.

El recorrido variado hasta llegar a esta escalera, por pasillos, ángulos y demás lugares, ideados complejos para que el individuo con la conciencia su-

cia tenga para meditar; tras la charla con el sustituto y con un cigarro de ese origen en su bolsillo como atención de ese déspota, lo ha cumplido casi cantando. Pues cuando uno ha triunfado en la defensa de su libertad con pocas palabras prudentes pero valerosas, son bellas las instituciones si a la postre el derecho personal, aun tras una ardua lucha (pero ¿hay algo que se conserve sin fatiga?), es finalmente reivindicado. ¡Bella en efecto la autoridad si se la puede enfrentar desde lo alto de la propia dignidad! Por otra parte, por más que se diga de la hipercrítica policíaca respecto de determinado acto del ciudadano, puede ella ser justificada y resultar saludable. Incluido cierto rigor, como el que ha tenido que sufrir esta mañana, siempre que sea transitorio en el sentido de muy fugaz y con el solo fin de corregir punzando. Además, no hay bien verdadero para uno, sin mal a alguno. Tanto está seguro, que con ello haría un proverbio.

"¡Señor! "—le gritan desde atrás.

Se vuelve y ve a un empleado en mangas de camisa que agita su sombrero. Rehace los tres peldaños del primer tramo y se dirige de prisa al que lo llama, para acabar con el asunto.

"¡Al diablo! " —comenta el otro, entregándoselo— "Lo dejó en la pieza de Él. ¿Piel de liebre o conejo casero? Por lo que no debe olvidarlo y menos creando un estorbo".

Se disculpa y el empleado, asintiendo, le prodiga, aun así desordenado el tipo en el vestir, una sonrisa semejante a la gracia de un soberano provisional.

"¿En el escritorio de Él, o sea el comisario titular y único?" —inquirió y al arriesgar esa pregunta llena de insinuaciones, sus orejas a la espera era como si se movieran de verdad como las de una liebre.

"En efecto" —contestó el empleado.

"Deseo saber. . . por una tontería de mi parte. . . si hay dos, o si tuve el honor de estar directamente con Él y no simplemente con un sustituto" —insistió pero por mera ociosidad y el deseo de añadir algo.

"¿Y esa frase dubitativa, casi ofensiva, tras haberlo despedido en persona, mientras su caso, querido disconforme, no está todavía muy claro?"

Él se da cuenta de que si sigue, el asunto puede hacerse explosivo. Pero si este interlocutor no se mostrara así infectado por el mal común en este lugar (la tozudez de querer extraer delincuentes de meros conejitos), la pregunta habría sido: 'En la pieza de al lado o en el lugar, lo que fuere, cuyo acceso es por la puertita misteriosa mantenida medio entornada, ¿va ese señor a rezarle a un iluminado de una personal religión propia; o, con aires y una historieta para el reo presunto, tan solo a acomodarse la camisa?'. (Pues las dos veces que entró inexplicablemente allí, regresó con las manos como si se jactasen de haberle arreglado ese detalle).

Se calló por ser lo mejor. La prudencia es la felicidad y el bien asegurados para el imprudente. . . (¿le ha venido de sobra un hermoso adagio?).

El empleado le sacó el sombrero de las manos y se lo colocó en la cabeza.

Se resignó también a esto; pero ante de recomenzar el descenso, quitándoselo, vuelve por un instante a lucir su cabellera negra y espesa, el signo más pudoroso de su virilidad. En efecto el insolente ya ha desaparecido en un recodo al fondo del corredor, y él de nuevo está libre de tutores aunque ya no apostaría demasiado dinero en cuanto a si será o no libre dentro de unas horas. Hace pues la bajada preocupado. En todo lo acontecido, pensará de cualquier modo apenas la noche próxima: la dormida en un banco no se repetirá: encontrará un hotel no demasiado caro, luz eléctrica a voluntad, olor a sábana lavada y no a pila de agua bendita.

Ya en otro aspecto, considera oportuno acallar el amor algo irresponsable que ha sentido hace un rato por ciertas instituciones públicas, como si le dieran de comer. Por lo que le corresponde terminar los tramos faltantes con sus piernas más de prisa; aunque sin despertar, como acontece descendiendo precipitadamente o dejándose atrapar por el miedo (ya no regido por extravagancias como en la adolescencia sino por sofisticaciones), la idea en los demás de ser perseguido de cerca. En suma, rápido, sí; pero con paso descarado o sospechoso, ¡no! En especial no distraerse por nada, pues este antro con policías de uniforme o descansados, pero siempre a caza de hombres, no es un redil de ovejas. Bajar pues, no devorar, los peldaños y según una política; tanto más si el que tuvo la Via Crucis de esta mañana, ya no puede ser corderito: ¡ha estado aquí dentro con los lobos y se ha zafado!

La escalera se le abre con mucha condescendencia y por lo que le ha oído a una mujer, es ésta 'la patronal'. Ese apodo, piensa él, como si la estirpe de alcurnia a la que debe haber pertenecido el palacio en su aspecto originario, a la llegada de las tinieblas al término de cada tarde o ya entrados en la noche plena cumpliera solemnemente la suntuosa bajada (sí, los espíritus vagantes de esa prosapia; así como en otros lados toca el mismo desfile desde las veintitrés en adelante, a cucarachas negras y pundonorosas).

Le gusta la baranda con tantos pilastritos y molduras, además del armonioso efecto de varios elementos, a distancias tan rítmicamente regulares. En cuanto al estilo, es como de costumbre confuso, por la entremezcladura de varios de ellos. Su ojo no los distingue y los hace semejantes y que se copian apenas cada uno ha terminado la propia escasa originalidad. Pues, falto de exagerada educación estética según la moderación de su siglo al respecto, cree que un gran esfuerzo y una fe tenaz, aun sin estro, basten al artista no figurativo. Por lo que no se preocupa de saber si lo feo que ve en las exposiciones, según los ojos y las entendederas de otros es bello que él no capta. Ya que así como no hay perverso de la historia que cierto día y para una determinada edad no se vuelva bueno y justificado, no hay cosa fea que alguien no vea hermosa (hasta en el círculo de gente merecedora de ser creída).

Ahora que desciende con la cabeza cubierta y tiene que disminuir la marcha por mayor circulación de quienes suben y bajan, y, entre éstos, él con su porte de varón distinguido; lejos de sentirse anacrónico frente a los demás con

el pelo suelto, es consciente de que su sombrero está en digna correspondencia con el pasado de esta escalera. Hasta en ventaja, en el plano estético, en comparación con los empolvados de antaño. Por lo que le extiende bien el ala cual cartel de desafío a esos tiempos en su estulticia. Pues aun en medio de un turbión de sentimientos, los conserva mezclados con cierta nostalgia, por ese siglo dieciocho con los santos hervores, en él no apagados aún totalmente, de los sitiadores de la Bastilla en 1789. Fue entonces, mientras jugueteaba con cada peldaño antes de apoyar el pie en el siguiente y sentía fortísima la dicha del hombre libre, que divisó a dos conocidos que subían al lado de un cabo malhumorado (es un grado que ahora distingue con seguridad). Dos pensionistas en lo de la Carletti, en lucha continua con el aviso del 'dueño-consorte' respecto de los cachorros perrunos y las visitas de un sexo a otro. Es verdad, dos tipos puestos en el índex también por él, por algunas cosas que intuye; pero que en este lugar presume traídos en virtud de un abuso de autoridad, lo que los convertiría automáticamente en amigos suyos. Desconfía en suma, más del suboficial que de ellos, que guardan un paso igual al del cancerbero con el que están ligados en esta forma accidental y quien, por ser gordo, sube despacio y con fatiga. Al pasarle al lado pero muy cerca, el más bajo de los muchachos le pellizcó ligeramente un brazo y mirándolo de soslayo quiso darle a entender alguna cosa. Y al ver que no comprende, se lleva una mano al cuello figurando un lazo corredizo, y para mayor efecto echa afuera un pedazo de lengua haciendo a la vez girar en derredor dos ojos pétreos. Fuertemente impresionado, atiende por egoísmo a sus propios asuntos, siendo de ahora en adelante su único propósito salir de un sitio embrujado, adverso a la gente y oblicuo para el destino de quienquiera. Por fortuna el encuentro ha acontecido en el tramo final. Y mientras los tres, sobre todo el cabo, jadean a sus espaldas al alejarse ellos con ese resonar sobre el mármol de las tres pisadas casi siempre simultáneas, los percibe todavía con vibraciones en el fondo de sus propios ojos donde recibe como pinchazos. Como si a repetición, esos zapatos pisaran su cara para hacerle doler.

Mejor huir porque Carletti ha de haber realmente terminado mal y su cuerpo quizá lo hayan encontrado en alguna zanja, por lo que los dos han de estar a la cabeza de una lista de sospechados, junto de seguro con el neojefe Andriolli quien no ha quedado por nada en claro, hace poco, en cuanto a responsabilidades varias. Si la esposa fue la instigadora y aprovecha los hechos en el huerto y ahora tal vez derrama su libido, con buena acogida, sobre el juez de instrucción, ¡pobre hijo de mamá, cómo caerá bajo la muela de la justicia!

Está concluyendo el extremo, casi a precipicio. Los peldaños, con sus bordes gastados (pues los pasos de la gente son onerosos cuando ella está injustamente en baile) y la impronta de una suela húmeda (quién sabe de sangre desteñida proveniente de un crimen), se quiebran en partes sobrepuestas-contrapuestas, de una escalera a punto de derrumbarse. . . Por suerte, sacudiéndose de encima tales pensamientos estultos, ya está en la salida. Alarga una pierna

y recogiéndose todo, y sin nada que le falte, se halla por fin afuera de tan poco confiable lugar.

Mientras camina por la calle abierta, siente esa fachada a sus espaldas como si ella se estirara al máximo y curvadamente, a fin de convertirse en un arco y en esa modificación, fracturarse y reducirse a una lluvia, alrededor de él, de piedras, revoque y cascotes.

Llega a la primera esquina, a muchos metros del alcance más largo de esas piedras puntiagudas. Respira, como si realmente las hubiese sorteado y en sus espaldas siente un temblorcito estúpido, una especie de alegría de haber sobrevivido. Y como la experimenta así para bien, se concede un restregón de manos. La cabeza, sin embargo, no le resulta enteramente la suya: le está faltando esa testa ordinaria que desde años ha tenido fija sobre ciertos puntos irremovibles, por ese arte suyo, más arte que recursos, de mantenerse en la cresta de ese lado del mar de la vida, de aguas agitadas, hacia donde, sin saberlo o contra su voluntad, es continuamente empujado. Él, que posee poca cara descarada para una lucha como la demanda el milagro diario de la sobrevivencia.

CAPITULO X

Esos dos subiendo la escalera, verdaderos héroes pequeños vistos así en una situación dificultosa cargada de malos presagios, y con el más delgado y bajo, tras esa figuración de un cabestro alrededor del cuello, casi reducido de rebote a una cosita insignificante (quitándole sin embargo esa lengua de ahorcado, demasiado retórica); y el otro, con esa palidez en el rostro y bajo la apariencia de desvalido, quizá buen ejemplo de esos hombres aguantadores de las torturas; además de tantos desconocidos también en baile: unos que subían preocupados y otros que bajaban mostrándose deseosos de darse a la fuga; todo eso y lo que tiene en la mente y no desea remover para no empeorar la cosa, le hacen visible por qué, al volarle cual un sombrero liviano en una ráfaga el optimismo que en el curso de esta semana varias veces se ha apartado quedando a la espera, y otras tantas se le ha puesto a la primera ocasión favorable por sí solo a su costado queriéndolo mantener con el ánimo en alza y causándole un bien fugaz y mucho alivio, le resta apenas el humor diario, más litigioso que de costumbre respecto de los hechos importantes o ínfimos que lo envuelven como si lo agarrasen, a lo largo de esta calle que tendría que recorrer alegre para llegar a la oficina muy entero antes que no sea una hora tan impropia, que hasta los objetos hubiesen de parecerle, como acontece y dado que la materia no siempre es insensible, sacudidos o asombrados. Avanza en cambio sin resolución, porque además de los estorbos en los sitios con mucho gentío y las trabas que generan tantos autos, tras algún tramo en que logra mover los pies con la soltura debida, las más de las veces modera el paso o el paso lo desvía del trayecto directo, luego también del más largo pero suficiente para hallarse en su oficina antes de una catástrofe. Todo porque su incomprensible inconsciente facilita ese desastre que no entrevé en qué pueda consistir y menos aún en qué proporciones y con cuáles consecuencias, pero siente que lo amenaza y le está cada vez más encima. En efecto, con precisa noción de caminar a la deriva, insiste en someterse al mero capricho, el cual en su interior ha tomado el lugar de la voluntad firme y, al parecer, siendo tan suyo, copa fácilmente la delantera. Por lo que, aun en lo relativo a poner en claro dónde ha venido a parar, al encontrarse hasta para ello desganado y como en un estado de autotraición bien acogida, se abstiene de interrogar estas nuevas fachadas, útiles quién sabe para reponerlo en el buen carril. Frentes de casas más viejas que las acostumbradas, para su ojo, y que lo rodean con algo que cree visto por haber quizá transitado por estos lugares

algún día más distante que los recuerdos próximos, y que de cualquier modo, en este abandono, abdicación, indiferencia o apostasía en que está cayendo, no se esfuerza por rememorar. Así, huyendo, aún más obstinado y como para asegurar su propia condena, de cuanto podría encaminarlo hacia la calle correspondiente y rápida, comienza a experimentar como gracia compensadora, una dulce lentitud en su ideación y conducido por ella es como si paseara indolente en una ciudad extranjera, o sus pasos, obrando solos, se encuadraran por obediencia en las disposiciones ignotas de un plan superior y trascendente, donde a él le tocase la parte de un objeto, del que, algunos otros. . . Dios, la Vida, el Azar, la Casualidad. . . se hiciesen sucesivamente un elemento para propio uso, o no supieran desde años qué hacer con él. De la prescindencia y el aturdimiento, de a ratos se recobra como en un despertar sobresaltado; entonces vuelve a mirar con noción, las fachadas: alguna, con el aspecto incierto: otras, el aire provocador de fortalezas o de resguardos construidos por desconfianza. La terrible desconfianza del hombre, respecto del hombre. Para más, es como si todo este despliegue de materia, por su lado sospechara de Andriolli y quisiera librarse de la inmovilidad para caérsele encima y aplastarlo al igual que un insecto.

Vaga, no va a la oficina y presa de un razonamiento gélido al que poco le interesa cuanto pueda acaecerle al Andriolli de costumbre, no le importa llegar por segunda vez en media hora bajo la misma águila de ladrillos y argamasa y ya descascarada en el pico, la cual asoma del techo de un edificio; señal que ha dado vuelta en círculo y en vano. Lo que en cambio lo toca en el fondo de su oído alucinado, arrobándolo de nuevo, es el resonar de esos pies turbados, en la escalera patronal y a sus espaldas; y, otra vez desde ese palacio, el eco de tantos espacios, abiertos entre muros insuperables aun para el mejor escalador de picos de montaña. Un resonar que traspasa su tímpano y está mezclado, en una ominosa repetición constante, con gritos agudos de gente azotada. Por contraste, es como si un lado esencial de sí mismo se prendiese con exageración de la vida, la cual se la siente esparcida y en ebullición como su sangre, por todo el cuerpo y para defenderse juntos.

En ese instante extraño, en un estado de ánimo excéntrico, es asaltado por un deseo que saborea vulgarmente cerrando los ojos: el de hacerse amigo sin restricciones, de aquellos dos muchachos, ahora que le es grato creer que la seña del más delgado de una ahorcadura, tal vez haya querido significar: '¡Eh, Andriolli, tú y nosotros inculpados del asesinato de Carletti. . . pero quédate quieto, nosotros dos nos adosamos todo y expiamos por ti y los demás, como Jesús con el género humano!'. O sea no excluir que no estén ambos batiéndose hasta por su exagerada inocencia. . . ¡tan grande como para aparecer grosera!

Además está de nuevo con la idea de que a ambos en un futuro cercano, pueda aguardarlos un acontecimiento infortunado: quizá una muerte violenta o la mutilación de un miembro inferior. Todo tendría así una forma de solu-

ción, piensa; pero sin profundizar en cuanto al real alcance de tal afirmación suya. Y por el absurdo que no le falta al curso normal del pensamiento, es como si no le disgustara verlos en la flor de la edad derribados como árboles por un próximo tornado. Porque, aunque trate de darle vueltas a la cosa, no le es desagradable la tristeza dulzona mezclada con esta especie de melancolía, por insatisfecho de que quizá a la postre los dos escapen a un castigo policial ejemplar. Pues tiene una parte de sí que los odia, por odiarlos. . .

Con éstos y otros poensamientos en un pot-pourri muy revuelto, se halló, con rabia repentina improvisa y de origen no claro, en un puente que une por sobre líneas ferroviarias tendidas allá muy abajo, los dos extremos de una hondonada. Apoyado a la baranda, observa a una veintena de tipos, no distintos de trabajadores, bajados correctamente hasta las vías, quizá por algún caminito con espinas y expuestos a ser bronceados por el sol, perpendicular a esta hora: sol activo al que ofrecen indiferentes sus torsos desnudos y sudados. Echan juntos bocanadas de humo y a intervalos cómodos esparcen la grava o quizá alguna piedra machacada, entre los rieles, pero solo unos pocos de ellos al mismo tiempo, pues se alternan; como si ese parsimonioso trabajo con las palas, de ese treinta por ciento en acción, siendo entre todos veinticinco bien contados, disculpara al resto en espera del propio turno y mientras tanto, empeñado en gozar de la inercia casi total y mirar la ejecución de esa obra maestra consistente en semejantes echadas en esa forma de derrochones sin prisa. Gremio carente de conciencia social, que ignora que la conservación del balasto merece un brío que a ellos les falta. Tipos conexos, como si desde un podio los dirigiera la baqueta del dios de su sindicato: alguien quizá delgado y nervioso, actuante como un director de orquesta a distancia. Tal vez con una corbata ancha y en desorden, de revolucionario y la satisfacción de recoger los frutos de sus inversiones en energía vital, en años de furioso proselitismo.

Fuerza la vista, esta vez por encima de su cabeza, tras el caso de su sombrero que, con el soplo de aire que corre, mirándolo desde la línea de los ojos se parece a un ala desplegada y con un temblor, y lo protege del sol filoso. Pero incapaz de hacerle de paracaídas y dejarlo incólume allá abajo, al costado de trabajadores de esa laya, si de repente fuera a derrumbarse este mirador; ahora que por un viento fuerte que se está levantando, el arco de la construcción que forma el conjunto que lo tiene a él cual apéndice provisional, cruje bajo sus pies en forma exagerada. Por una vieja locomotora, con una caterva de carros a la zaga que la siguen a paso renqueante, pareciendo muchachos desganados tomados de las manos; a la vez que ella, por su lado, de madre a la cabeza de ese desfile, los arrastra un tanto aburrida. Es un tren carguero vacío, y sin urgencias. Unos tras otros y al mismo tiempo todos juntos, esos vehículos alargan ese ruido, hecho a repetición con los quejidos continuos de tantos hierros viejos. Y observado desde este lado del parapeto donde se encuentra, cada uno pasea con ojos relucientes y de distinto formato,

que miran en derredor con las pupilas como gemas. Luego, ya distantes, tan solo ojos dispersos con algo incomprensible para él y como si quisieran contárselo. Esa familia en retirada ha dejado humo alrededor del puente; el que se encapricha, llegando ahora de todos lados, con buscarle la vista y darle a ella pinchacitos. Pero de su parte admira el otro, nuevo, vaporoso, en soplos húmedos, que esa madre bastarda sigue mandando hacia el cielo, en una columna de la que algún elemento queda suspendido y oscilando, separado del resto a causa del viento en rápido desarrollo: un humo que ahora participa en todo el espectáculo. Allá lo hace, donde, por una parada momentánea, cada uno de la camada está en nerviosa espera de poder recomenzar regularmente y completar la hoz pacífica, que, vista desde este lado suyo, forma en sí la vía del ferrocarril.

De nuevo en viaje ese conjunto ocioso, ese humo que se aleja se vuelve una melena del color de la pez, envuelta en un chal con las franjas de adorno livianas y transparentes. Y bajo ese chal, desfilan sucesivamente los polluelos, ahora que es mordisqueado por el viento que en ese lugar ha de ser más vehemente que hace un rato pues viniendo de allí con resolución aquí embiste la estructura férrea alrededor de él y gruñe amenazador.

La locomotora ha alcanzado despacio despacio el último semáforo, frente a un túnel; semáforo que se ha sobrecogido pero sin que se aprecie si antes no dejó caer el brazo a lo largo de su costado, en señal de vía libre. En ese exacto momento, asomándose desde la cabina, lo mira a él; como si el tipo no tuviese para entretenimiento, el día tan luminoso; alguien que podría ser el maquinista, o algún amigote de éste, que viaje gratis. Lo hace con lo que, no en seguida pero de golpe, toma el lugar y la figura de cara, donde, aun a tanta distancia, son manifiestas muecas repetidas como característica dominante. Y ahora agita también una mano y por lo que él supone, ha de estar mofándose al verlo un puntito, un hombrecito o una hormiguita, comparado con la enorme masa de hierro y cemento donde está encaramado. Luego es nítido y cual despedida, un saludo convencional como promesa quizá de no beligerancia respecto de él.

Dejando a un costado el semáforo, que a su vez se ha apartado ágilmente como por antipatía recíproca, el carguero hace un ceremonioso ingreso en el mismo 'túnel-cueva' y el último en penetrar ahí es el vagón puesto al final de esa sinuosa cola, donde, otro tipo insulso, de pie en ese extremo anillo del reptil en retirada, de no ser un error de su vista es otro ocioso con algo para decirle y que parece hacerle primero una reverencia. Pero lo obscuro que desde adentro llega hasta esa entrada, le impide ver con más certeza. Quién sabe también este mirón haya querido burlarse; a menos que se trate de un policía sin uniforme y de buen humor. De lo contrario, ahora que ese vagón final sigue detenido en el mismo sitio, el fulano es decididamente un fatuo con un pañuelo rojo en la mano, de seguro trapo grasiento, con que intenta otra comunicación con él pero que tampoco dice nada concreto y en todo caso no se distingue si es saludo, consejo o reproche. Lo peor es que al cerrar los ojos, lo guarda en la retina con una fuerte semejanza con el ano enrojecido de una gallina cuando ella se agacha para pasar por debajo de algo.

Todo, pequeño asuntito de crónica para echar al canasto ya demasiado lleno, de las palabras y hechos de otros, obscuros en esencia y jamás con una explicación final limpia y confiable. Por tanto éste del último vagón, al igual que antes el maquinista o un compadre, ¡recójalos el diablo con su horqueta!

Pero hete reaparecer el mismo carguero, con las medidas a tanta distancia, ahora que observa sin corrección mental, de un trencito de parque de diversiones que a falta de otro quehacer echa dos pitadas. En cuanto al humo, esta vez es espeso, más negro y nebuloso y bastante distante, y de él queda relegada y colgada del aire, una rosa desmedida y neutral; al mismo tiempo que haciendo ruido y ensordeciendo, el vapor del escape se pega a la locomotora quizá en una ceremonia de purificación. Vuelve a cerrar sus ojos: ese estruendo, aún ubicado en las inmediaciones del túnel pues el tren retrocede muy despacio o ya se ha parado del todo, sin apoyo visual es de pájaros que chillan dentro de una red, en la que están metidos él mismo y la baranda a la que sigue apoyado. Los reabre: todo está modificándose y el carguero cada vez más cercano, siempre por retroceso. Luego, con el trasero, de pronto muy ágil se mete en un desvío en procura de una vía ciega. Y otro grupo de peones, en ese lugar y en menor número que éstos debajo del puente suyo, se disgrega como contagiado de alegría, con alguno que se cuelga del tren en maniobra, para el breve trayecto hasta el final de ese tramo muerto, de paseo esos individuos como los negros en un filme sobre algún lugar de Africa. . . En el choque, a la llegada al límite, algunos coches se oyen encimarse y tras un último desacuerdo ventilado en su propia jerga, el reptil queda en silencio; mientras el guardavía, funcional como un tope, prepara la toma de agua para el reaprovisionamiento acostumbrado y la serpiente inerte goza del sol veraniego; todo ello frente al terraplén en un largo bostezo y todavía soñoliento desde que lo inauguraron medio siglo atrás.

Una nueva incumbencia del mismo semáforo: esta vez, soltar uno de sus brazos con la firmeza de una cuchilla de guillotina, para dar vía libre a algún dragón. En efecto, tras ese pasavante, en la vía que sale del túnel y trae hacia aquí donde está él, primero ojea, luego se agranda y se exhibe por lo que vale, un tren de pasajeros que ya todo afuera parece momentáneamente vacilar. . . Pero hételo que apunta, desde esa lejanía que decrece a vista pues él avanza ahora velozmente, hacia este puente suyo y en especial el sitio donde sigue de espectador, en las proporciones, en escala, de un hombre al lado de una de las pirámides, como en las viejas tarjetas ilustradas referentes a Egipto. En un santiamén, lo ve saltar de los carriles y echarse contra los pilares más robustos de esta construcción; quizá por algún error de cálculo en el trazado que se haría patente misteriosamente y por primera vez, estando él aquí arriba. Por su parte se agarra del parapeto, reviendo su vida entera, en un somero repaso, a partir del detalle de infancia de ese juguete barnizado de rojo; a la vez que con los dientes masca una palabra atemorizante de ahora. Y como está por tocarle lo peor, con heroica resignación o atontada inmovilidad, en un instante analiza el esquema absurdo de su destino por tantos contrasentidos y maldice su nacimiento. Todo en una sucesión de estados de ánimo: despavorido, indiferente, solo, bien acompañado por sí mismo, asido por la materia de un manotazo, sustraído a ella fácilmente por su espíritu escindido de todo lo res-

tante de su pertenencia o no. Por lo que ahora ríe, ríe por un rato; en efecto, sin introducir diferencias en la dirección que traía, cabizbajo como un chivo, a punto de topar por tozudez en uno de los pilares lo enrostró aun mejor pero al encontrárselo justo encima, con un movimiento en la delantera y otro de cola se zafó de esa inminencia, a ciegas; y se echó en la abertura del gran arco debajo de los pies de él, mientras la construcción se relajó como si hubiese pasado por un gran miedo y sintiera un fuerte alivio. Exaltado, corrió a mirar desde la baranda de enfrente, pero ya el anélido, parecido ahora a una lombriz con alas, oponiéndole trece o catorce traseros está bajando una pendiente, por lo que pronto tendrá que aguardar que vuelva a aparecer más adelante, allá donde el terreno se bace casi llano. Y mientras los últimos segmentos también se ocultan, en la forma de un sollozo según aprecia el hecho, hete bien lejos la cima de la locomotora en una primera insinuación y tras esquicios de algo al borde de concretar, finalmente la misma máquina, ya entera y toda brillante de sol y que va exponiendo, en una recuperación rápida y sucesiva, el mismo número de coches y en el orden reciente, con cada uno que cumple su saltito introductorio como hacen las niñitas al jugar a la soga. El tren completo codicia de nuevo el espacio abierto, a la búsqueda esta vez de la hilera de árboles hacia el fin del horizonte, donde él con la vista no atrapa casi nada. Carrera desenfrenada sobre esas dos guías de acero, en un continuo sube y baja del fugitivo, por lo que, cuando la ondulación aumenta, la chapa de aquél hace de espejo que refleja el sol o se corta en una serie de fragmentos que relucen por instantes. En el último trecho y al borde de desaparecer para siempre, se afirma en ese lomo ondulante de ofidio, a lo largo de una sostenida explanada final, un brillo uniforme y benigno, por perlitas como las del agua después de un temporal. Pero. . . ¿que está haciendo él, al recoger esas sensaciones abandonadas desde hace años, el niño que goza mirando los trenes? Un llamado que se ha conservado bajo cenizas: en efecto, en un gesto espontáneo se ha observado como el tontuelo de entonces, las piernas; con un segundo de desilusión por no tenerlas descubiertas como en esos tiempos anteriores a su estreno de los pantalones largos.

En la misma línea del horizonte tras la que se ha perdido el tren de pasajeros, hete evidencias de otro. Sí, y ya sale bien visible de la fila presunta de árboles, pues se mantiene incierta en cuanto a si no es mero engaño de sus ojos. Viene definitivamente una saeta y manifiesta un hambre violenta por la montaña de azúcar que ha de resultarle este puente en su falso candor. O un pan enorme, mayor que los amasados para celebrar el día de los panaderos. Pero por fin penetra en el espacio libre, debajo de esta obra, sin más que una especie de sacudida para toda ella y un crujido como de hojas secas en un bosque, al huir un lagarto.

Por ser un pasatiempo sin testigos, retorna al parapeto inicial, para verlo ingresar en el túnel madriguera. Es tren de cierta distinción: las señales ópticas y la vía, compiten en facilitarle el avance, a la vez que el ingreso que lo aguarda se dilata por ansiar tenerlo pronto en algún extraño abrazo concupiscente reservado a la materia. Y el amante se introduce con su séquito, para el acto misterioso, quedando en el aire, al desaparecer tan de prisa, tan solo ese enigma.

Aquí en el puente, el paso disminuido de los autos refleja correctamente la hora de la digestión. Mejor, pues hasta este momento han alzado nubes de polvo llenándole la boca de sabores calcáreos. El hombre habrá sido hecho de arcilla, como se predica desde los púlpitos, y ella será nuestra esencia, pero le desagrada que le llene las fosas nasales. Tampoco le cae, la reciente actitud belicosa del vientecillo que esta mañana jugaba con tanta dulzura formando esa maraña de humo ocioso y pensativo por encima de la pequeña chimenea en la casa donde se encuentra su oficina: la iniciativa más inocente y la única poética, en ese lugar donde rige la mal llamada curul. . . al presente en desolada espera de un Andriolli realmente cambiado, a fin de que llegue cuanto antes a apoyar en ese trono sus modestas adiposidades, y a encuadrar en él también en el resto muy decentemente. Ese vientecillo en origen, ahora corpóreo en demasía, pone todo en desorden en este puente, además de agregar a su continuo rezongo eólico, extracciones desde los más recónditos refugios del lamento oculto con cuidado en las estructuras que a él lo rodean. Anuncio de que esta obra puede derrumbarse; por coincidencia teniendo consigo al ilustre Andriolli, incapaz al momento del hecho, de imitar el plácido levantarse en vuelo, de una simple mosca. . .

Su mirada vuelve al semáforo, ese pejepalo que actúa de portero del túnel. Y que si sus nociones son correctas, está indicando vía obstruida: quién sabe un obstáculo dentro de la madriguera a raíz de la fiesta nupcial o del propio momento de la cópula. Tal vez el tren de pasajeros de hace unos minutos que, como tal y no más con ribetes de símbolo, lo mismo que en un filme esté con la máquina dada vuelta, y las ruedas hacia arriba que, por un siniestro muy reciente giran aún en vacío. Pero hete que desde el antro, desemboca y viene hacia aquí, donde él permanece falto de noción de tiempo y con la realidad que le vacila en derredor, una perra de acero, quizá flamante, que se parece a la del farmacéutico, allá en el pueblo. Se menea igual, y desequilibrada hacia un costado arrastra detrás de sí una veintena de cachorros, imitando el animal del antedicho que también parecía tener algo que contarle pero a la vez las señas de una fuerte angustia por no poder conseguir tal comunicación. Ambas se mueven con semejante dejadez y sin infundir aprensiones en nadie. Lo que en cambio le roza las mejillas, es una caricia del viento hecha de simpatías y antipatías, que alternativamente restablece el medio silencio y vuelve a defraudarlo; mientras ráfagas de electricidad sacuden algo entre los carriles, sueltan las cuchillas de los semáforos, corren entre los cambios para separarlos o se la pasan enfilando ganchos o en hacer tensos tramos de hilos o de tripas a los que se les escapa también algún gritito agudo; o ponen a tocar raros instrumentos de voz estridente que evocan recuerdos sombríos o cuentos acerca de espíritus.

Esta vez, del lado opuesto al túnel, desde la hilera dudosa de árboles cada vez más gruesa y nebulosa cabellera quién sabe no de plantas sino de nubes; viene y está gradualmente más próximo, aunque raptado a menudo por las ondulaciones del terreno, otro tren de pasajeros. Luego en forma precipitada pasa debajo del puente, con un estrépito quizá patentado, como si lo llevara el diablo. Él tiene apenas tiempo para correr hasta el otro parapeto, justo para verlo penetrar en la madriguera embrujada. Pasada audaz, que a uno de los

trabajadores, todavía colgado del carguero, en el desvío, arranca un grito o algo semejante. ¿O es él, quien se crea desde que ha vuelto a esta distracción infantil, la presencia repetida de lo extraordinario? ¿Lo extraordinario y lo inesperado o simplemente lo ordinario que de repente arrastra las defensas individuales y desborda? De cualquier modo, cuando pasó tan arrebatado, también los recogidos en ese desvío manifestaron haber tenido percepciones insólitas: tal vez un pánico que los haya tomado por simple contagio recíproco entre ellos y él Andriolli, a tanta distancia; o al contrario, una explosión de alegría colectiva tan solo de aquéllos, pues por su lado, de haber existido, no la ha compartido en absoluto, ante tamaña demostración de bestialidad mecánica. Y siendo todo estímulo, cambiante según la hora y la tensión inestable de las cuerdas del alma, lo penetra un deseo vivo, ya experimentado en otras ocasiones respecto del que la pasa demasiado bien y sin sobriedad: el deseo irrefrenable, por lo agridulce parecido al saboreo de una granada madura, de que acontezca un desastre. Lo gusta ya, con una alegría salvaje; aunque busque reprimirse un poco por una no lograda prescindencia total de las nociones adquiridas de la fraternidad y la piadosa simpatía por los desventurados. En este aspecto tiene en su interior una resistencia en cuanto a la desgracia ajena, que al mismo tiempo desea ver producirse sin limitaciones. Resistencia con mucho de convencional e inferior en empuje, al de la atracción misteriosa que ejerce sobre él el holocausto que se representa. Y con el agregado, que tampoco con la lumbre del intelecto consigue sentir vergüenza, él que tiene demasiada por todo, de estar esperando tan lisa y llanamente un hecho semejante. Pues hasta serenándose, si los accidentados fueran todos desconocidos y proviniesen de tierras lejanas, el sacrificio de ellos sería un acontecimiento infortunado pero que, por serle ajeno en el plano de la responsabilidad individual, lo vería capaz de tan respetuosa indiferencia como para saber descartar sentimientos románticos y examinar con objetividad el derecho o no, de otros, de jaranear y al mismo tiempo pretender salir con el pellejo intacto y no pagar tanto placer en paseos, con una medida adecuada de dolor. La ansiedad suya por el gran espectáculo (en su fantasía, con una fuerza semejante al del hecho real), es una obsesión que lo invade con frecuencia y lo hace sentirse desilusionado si lo sucedido o supuesto, por el exiguo número de víctimas, quizá apenas unos contusos, o la escenografía que se ha producido sin relieve, es debilucho cual expresión dramática. Para muy poco sirven entonces las pitadas aullantes de las ambulancias, si falta el pathos que la Muerte triunfante genera hasta en una verdadera bacanal. Pues de lo contrario, es más fácil conmoverse en el teatro si hay un gran actor ante el público y emplea un suspenso bien repartido y dosificado y el texto para recitar alcanza esos vuelos faltantes a menudo en las crónicas redactadas según un mero seguimiento de la realidad. Pues también sus ojos, de una mirada, en una circunstancia así obtienen sin conmoción un informe puramente administrativo y la piedad que él le agregue por buena educación, es apenas un sano relleno. En suma si la desgracia misma es un fiasco, su reseña también lo es como lógica consecuencia. Lo embelesa, doquiera pueda darse inesperadamente, el espectáculo con las características intrínsecas de la gran tragedia. En cuanto a esa angustia suya a la es-

pera de una desviación repentina del curso natural y pacífico del proceso ordinario y del advenimiento inexorable de lo peor, la justifica en función de las exigencias del orden universal. Es un sentido íntimo de disciplina, que acepta la legitimidad del castigo infligido por el Caso, por así decirlo en persona. . . y empeñado en poner el cascabel a alguien, entre los muchos que devoran toneladas de cosas con la avidez de un cocodrilo, o bien se echan encima sinsabores no inmerecidos, por la estulta, ilusoria y casi siempre embarullada búsqueda demencial de la felicidad, de la que pretenden conocer bien el semblante y los secretos más abstrusos, y una vez que la alcanzan por lo menos en opinión de ellos. . . la querrían conservar en exclusiva cual pertenencia privada; y ya iniciados en ese sendero, al atardecer de algún domingo y como desafío a la entera cristiandad, si la dicha fuese reducible en su conjunto a un único bocado, se la comerían dejando a la humanidad en la estacada. El egoísmo en suma del hombre feliz: rico tipo que sopesando lo que se lleva y cuanto restituye, en la relación está en franca deuda hacia los demás.

Aquí mismo, apoyado ociosamente a un árbol para mayor comodidad, uno de los peones se ha dejado chorrear en el pecho desnudo un par de cucharadas de una sopa de arroz, demostrando alegremente de haberse asegurado una rebanada para sí de la subespecie más común de la felicidad: ésa tan absurda del comilón, encerrada esta vez en una lata en la parte de olla. Fuera de que el tipo tiene dentro de sí una puntita de goce inmerecido, al estar dejando correr un salario sin ganárselo en buena ley.

Mil situaciones diarias, por las que, frente a la desgracia que les toca a muchos a la vez, le basta la convicción de que siempre habrá alguno entre los afectados, con una cuenta larga insoluta. Y si en todo el asunto hay despropósito de su lado, responde en todo caso a alguna otra causa también. A cómo se vanaglorian ciertos tipos, de increíbles virtudes, mientras a la vista ostentan las más chabacanas contradicciones, por lo que ni son valientes, ni buenas personas, por lo menos a toda hora. Tanto más que ciertos merecimientos muy celebrados, gran parte del activo que se adjudican, no son perlas sino baratijas.

En frío, de cualquier modo, no está satisfecho de tener sentimientos discutibles. Pero que un estado de momentánea maldad hacia la suerte ajena él lo sienta. . . es un hecho y ante lo fáctico hay que resignarse. Por lo que no venga alguien a decirle, ya que está en tema, y tan solo por ser una cantinela pegadiza al oído, que el hombre es bueno por naturaleza. Bueno se llega a ser, pero con grande y dura fatiga. Y alguna vez, como ahora, él no se siente bueno; al contrario, le es grato abstenerse de todo tipo de bondad en los casos que está examinando, dispuesto, si hubiese de suceder dentro de unos minutos, a lo que viniere, sin sacar ni siquiera un suspiro apenado. Y ahora es como si allá, hacia el engaño de árboles o lo que en verdad fuere, y según un cuadro que esta vez en ese lugar se enciende de colores donde los diferentes tonos se armonizan dentro de un gran fresco, viese, a las espaldas de un reluciente tren, parado, joven y floreciente, sobrevenir un expreso velocísimo y el choque en-

tre ambos fuera brutal. Tras tan enorme estrépito, por una necesidad estética sería de desear que algunos coches respecto de otros quedasen como carneros al cubrir una oveja y en el desorden alocado de planos y volúmenes desquiciados, todo se pareciese a un trencito Leonard tras la patada directa de un progenitor enfurecido con su vástago. En este caso de aquí, estaría de por medio el Papá trascendente, que por desconocidas razones habría dejado acontecer la gran desgracia. Innegable la violenta fascinación de tamaño espectáculo: el transporte de las grandes víctimas: las escenas de pánico real con la apariencia de un hormiguero bajo los efectos de un huracán: la crisis nerviosa de hombres rudos y de mujeres muy delgadas: el postrero sacudón de algún pecho hercúleo; además de hechos raros, como el **karakiri** del maquinista culpable (él preferiría el linchamiento, con el agregado previo o posterior de una pedrada en esa frente, libidinosa con toda probabilidad). Y a fin de que quede cual pregunta de no fácil respuesta, el suicidio, en un plano de inexplicable extravagancia, nada menos que del conductor del tren chocado. Y en algunos rincones acostumbrados, los infaltables con la parte preadjudicada por la buena educación o los buenos modales, de permanecer con la cabeza gacha o de a ratos levantar los brazos al cielo; además del fulano del noticiario quien sin estro interpretativo y cansado de ver hechos de igual desarrollo, enfocada la filmadora con voz aburrida grita el eterno: 'todos apartándose, empezamos a rodar'.

Pero donde él vuelve con celo indagador, es sobre el hecho del choque. Modifica el acontecimiento quitando y añadiendo detalles, como si cambiara de lugar las piezas en un juego de ajedrez; y somete los restos del accidente, algo más a su capricho empeñándolos en posiciones artificiosas, pero más logradas como efecto plástico que en lo habitual en estos acontecimientos, en los que suele faltar una realidad fuertemente transfigurada o por lo menos bastante desfigurada. Presta sobre todo resalto a lo absurdo, en correspondencia con la parte que obtiene a veces en estos casos, si llegan a ser salientes: la locomotora responsable, tomadas por ella las apariencias de crustáceo ennegrecido por acción externa excepcional, la secciona en forma sobre un picador como los de cocina pero de grandes dimensiones, a fin de separar materialmente la cabeza del cuello y lograr la ventaja de las vértebras desparramadas por todo el terreno, y el sobrante, en un montón como de carne machacada. Todo eso, además, con la firme decisión de querer verlo diferente, al recobrarlo en una percepción especial no más ficticia que la visión diaria, en comparación con las anticipaciones de lo absoluto; y a través de una contracción **ad hoc** de su mirada. Así, en compensación de la luminosidad más escasa que adquieren las cosas con esa limitación del ojo propio; en lugar de la apreciación corriente, tan de costumbre, quizá un vago indicio de que más allá, bien más allá. . . la cara del mundo es un misterio o tal vez una hoja en blanco infinito, cubierta tan solo de manchas. También cabe optar por una caparazón seccionada desde la garganta, como con ciertos animales en la carnicería, y las patas des-

patarradas todo lo posible para facilitar el examen. Es entonces de gran resultado y efecto artístico seguro, que la chimenea tenga la prestancia de un penis erectus, en señal de la pronta reproducción de todo lo afectado en observancia de un proceso cíclico; además de un providencial aliento de humo, que sea pariente estrecho de esa simpática maraña matutina por encima del techo del edificio, donde, en el quinto piso. . . Y muestre la misma orgullosa indiferencia a los casos humanos e igual gracia encantadora. Humo a la postre no más despreocupado que el grueso de los vivientes, de los diarios estragos y proezas de la Muerte y las desdichas del género humano.

De pensamiento en pensamiento, él también está en viaje azaroso en un tren muy en silencio, con las estaciones intermedias del recorrido que se suceden como las hojas de cada día al desprenderse de hecho o en forma subentendida del calendario y amontonarse en la cesta del pasado. Un viaje con su persona pegada a la ventanilla, en procura de convencerse de estar, sin traílla, atravesando los mismos campos ilusorios que en los años vividos se transitan encerrado uno en el vagón que le tocó en suerte. Por lo que hay un gélido panorama en derredor, apenas se cierran los ojos y sólo se oye el respiro jadeante de la estrechura donde se está metido, de la que los barrotes si bien transparentes y casi etéreos, al volver a mirar son dedos de la Muerte siempre a punto de asir. Por eso durante años preciosos pero irremediablemente perdidos, nadie se da cuenta de nada: ha parecido tan solo que se corriera y que todo lo circundante era riente y ameno. Después a una hora imprevisible, hete la llegada y que el ojo sólo es apto para podrirse. Y en cuanto a la conciencia, otra lumbre cegada también desde afuera, no está claro si quedará en circulación atontada, perdida noción de haber pertenecido a un cristiano; o aullando con el viento, o a la espera de ser utilizada como energía para hacer girar con otras una enorme turbina. Únicamente que muchos, en un vagón más descuidado que el suyo, también tienen la nariz pegoteada al vidrio por el mismo autoengaño, pero llevando en sus almas aún más soledad y más angustia que él hasta ayer; así como por el contrario, hay el que llega a destino de una manera pacífica, como una rosa que pierde los pétalos a causa de una brisa leve, de a pocos por vez.

Su resolución, frente al cachetazo amigable de la promoción, está tomada: agregarse en su vagón algo de jarana, haciéndole un lugarcito en su asiento reservado y tratar de imitar en lo genérico a los que arriban al fin del camino, aun con años a cuestas, a caballo elocuentemente hasta el último, de los pecados apetecibles; por más que en compensación hayan tenido que entregar alguna hoja extra, al comenzar su otoño. . . Sin embargo no puede ilusionarse demasiado, si compara la absoluta buena suerte de algunos, con la mísera condición de quien, en manos al destino común y con el humor podrido por tantos tiempos duros y sus rosadas esperanzas tantas veces en añicos. . . tendrá de seguro empinadas subidas con su carga de jefe de una oficina. Sin contar que los chanchos afortunados, no los expuestos como él; por un servicio gratuito

de la Buena Suerte llegan bastante más lejos con la existencia, que quien, buen chico con la madre todavía viva, en el instante de poder mordisquear la torta con la cereza como copete. . . tal vez sea tronchado prematuramente por el tijeretazo. . . De cualquier modo, en su caso, a la primera señal de alarma respecto de algunos males menores que aquel otro definitivo y mortal, siempre hubo un escape a precio reducido: quedarse compuesto en su asiento en el vagón y mirar por la ventanilla con los ojos entrecerrados y a menudo soñolientos, y así ante una realidad magra, endulzarla con la fantasía. Esto por su conducta hasta el presente. Respecto en cambio a las aventuras que le reserve un viaje como el que emprende en su nueva condición de ascendido, esperarlas también ahora con ánimo fatalista. Puede uno probarse todos los trajes, pero el monje o el endiablado dependen de lo que esté escrito en ese lugar tan desconocido. . . Y cuanto está fijado para uno, es cual si ya hubiese sucedido, faltando únicamente la formalidad de su oportuna concreción. O sin fatalismo, desde la curul terminar tomando una espada y hacerle dar vueltas a la manera que empleaba el paladín Orlando y ello en el intento de cortar a tontas y locas los hilos de la telaraña. Una voz contra tanta ley aceptada, ya la tiene e inclusive algún revolvimiento en la sangre: quizá originados en un antepasado rebelde por naturaleza, o por sobrevivencia del animal nómade en el fondo de cada cual, en los momentos cruciales. Además siente gana, de una vez por todas, de acabar con su timidez, aunque comporte tener que sopapear a más de uno. Y si este sentimiento de insurrección, que siempre cacareó en momento inadecuado y calló demasiado frecuentemente cuando su voz hacía falta, está realmente a sus órdenes, tampoco querrá decir ponerlo de dueño despótico de sí mismo. Ese espíritu tan dinámico lo tendrá listo ¡pero con la traílla! Pues escogiendo las vías intermedias y manteniéndose equilibrado, con algo de cara hipócrita como lo impone una exigencia profesional en toda función de mando, no necesitará de la ayuda de una flamberga. ¡Bastará la palabra exacta en el momento preciso! Y en cuanto a la nueva moral y ya que se la reclamará su nuevo estado, le será fácil asumirla (en especial si deja penetrar viento en sus oídos, pues algo atontados se continúa mejor en el forcejeo).

Palabras por nada, en cambio, de aquí en adelante. . . muy muy pocas, ya que un lindo discurso no abre mejor la ventanilla, ni cambia nada en cuanto a lo sustancial inalcanzable. En lo que atañe al curso de su tiempo vital, tratará de moderarlo y sacarle todo lo aprovechable, y no como hasta ahora que se limitó a mirarlo transcurrir y cómo tranquilo tranquilo se lo comía a él o corroía lo existente. Desconfiarle como nunca, verlo compinche de la Muerte y mientras tanto, como propia defensa, hacer de cada instante una hora o una jornada. . . y de una jornada, un siglo; en forma de morir más viejo que Matusalén aun no habiendo durado frente a la eternidad más que muchas pompas de jabón en un orden sucesivo de aparición. Un día de hoy, con lo que hay para ver y lo que se va añadiendo a cada momento por tantos hallazgos e inventos,

equivale a un lustro de cuando era tan poca la cosa nueva alrededor de uno y no se contaba con el avión para moverse con mejores resultados.

Preferible enfrascarse en una gran ilusión que quedar aguardando conscientemente el juego de las arbitrariedades de las fuerzas superiores. Salir pues en busca de un Andriolli que en lo posible gane altura respecto de las peripecias en la oficina y flote por encima de los palacios donde están con ceño perruno el Estado y sus fieles espiones. O sea, escabullirse de trabas, autos de prisión, citaciones y maldiciones. Él es de aquéllos que se harían alegremente una bella vida arrancada a las espinas del tiempo y por eso sin deterioro ni noches lúgubres, ni envidia de la suerte ajena, ni tener que padecer preguntas chismosas. O de lo contrario, sumergido en el tiempo, no para perderse para siempre en su regazo sino para recibir de a pasitos el acontecer de todo lo deseado. Millones de deseos desde la infancia, todavía en silenciosa espera. . .

Desde un tren, detenido desde hace un rato, han bajado algunos pasajeros y una delgaducha con un suéter mejor que ella, sigue observándolo con aire maravillado. Luego enderezando las palabras con las manos cerca de la boca, le pide con esa voz de lejos, desmenuzada por el viento:
"Diga, Ud. que está tomándose un baño de sol. . . ¿es el mismo sol de otros lugares?"

Ganas tendría de ser un milano, caerle desde arriba y picotearle la cara hasta hacérsela sangrar. Pero sólo se encoge de hombros. Sin embargo ella no carece de razones: ha de parecerle del valor de una matita de hierba, de las que asoman de las resquebrajaduras de este puente. En efecto, ¿qué podrían recíprocamente debitarse aun topándose cerca del dos mil? Le bastaría para calmar su enojo por la pregunta burlona, tomar el atajo seguido hace poco por uno de los peones para bajar hasta la vía férrea, imitando esos pasos largos a causa de una pendiente tan fuerte que obliga a ellos. Y tras esa bravura a medias, acercarse a la deslenguada con un pecho hirsuto a la vista (el suyo es de escaso vello) en el que resaltase una cadenita con un vidrio colorado como colgante, y que él se la arrancara para ofrecérsela. Ese ingreso salvaje, se la proporcionaría servida para actos rebuscados de lujuria siempre que el paisaje se convirtiese en un cercado en torno de ambos, de miles de kilómetros de extensión y los dos se sintiesen al abrigo de ojos mirones y acusadores, sea de persona, bestia o insecto, ya gruesos como los del buey o menudos al máximo como los de una hormiguita. Pero muy poco valdría la cadena con ese dije polémico, si a la primera objeción le faltase el pleno dominio de sí mismo para tomar por un acto de desenfado lo que no lograra con añagazas. ¡Lástima que mirarlo en plena cara en ciertos momentos, es aplastarlo sin que el adversario necesite dispararle un primer tiro de aviso! En suma, no tendría que tener cara, trompa u hocico. . . para que la timidez fuera asunto ya superado en su vida. Mas si reflexiona, cara tiene el perro, el buzón para las cartas, la locomotora del tren, la chapa a la entrada del bufete del abogado Suárez y también la posee Andriolli. Y para quien capte el secreto, y allí surge el problema,

la suya, aun envuelta en una bufanda o puesta detrás de una cortina, es fácilmente derrotada con una palabra que dé en el blanco. La piel que le hace de cutis, tocada al momento justo, trabajará de pronto (junto con todos sus sentidos) en pro de la vergüenza a fin de que lo devuelva, por instantes y en su corazón, a su vieja plaza entre los soldados rasos. Esta vergüenza (a la manera de un rociado tibio, especialmente en las mejillas) quizás se deba, si nada realmente ha cambiado, al hecho de no ser aún, en su interior, el jefe de oficina que es en el papel. Por lo que, tal vez por semanas, quedará para sus entendederas (estrictamente suyas), un pájaro que canta buena parte de lo que tenga para cantar, pero bajo la influencia deletérea de condicionamientos personales. Por ello, desentonará muy a menudo lanzando gritos disfrazados que él solo abarque en sus alcances; y en medio de las cháchoras convencionales en que deberá participar, en mayor grado que otrora, por exigencia del cargo. Y aun eludiendo ciertas preguntas embarazosas, dirigidas a desnudarlo de golpe. En cambio, apuntalado por el nuevo estado, no se envolverá más en una sola sábana, a fin de no correr el riesgo de que de un tirón alguien lo deje como Adán. La desnudez de balde no se la impondría ni siquiera una elección suya a Presidente de la República. No; se cubrirá con varias: tres o cuatro tesis al mismo tiempo, para poder salvarse diversificando la cara de las cosas en lugar de apegarse a una forma única y obstinada de explicación.

En cuanto a ésta con el suéter violeta, pare de mirarlo desde allá abajo con esa sonrisita. . . Lo sabe él mismo que Andriolli no es nada, comparado con la imponencia de este puente por encima de líneas ferroviarias: le faltan tanto el soplo de Eolo, como esos carrillos inflados de aire, para cambiar el tiempo reinante acelerando una definición del enjambre de nubes cargadas, apenas más arriba de su cabeza y vacilantes entre irse a otras tierras para provocar lluvias o resolverla aquí la tormenta. Andriolli no alterará el curso natural predeterminado de ningún hecho, sujetos como están éstos a causas y nexos cambiantes. Quedará aun al presente, cual una bola del billar: objeto en movimiento de un lado al otro, apenas, dentro de poco, de nuevo en la oficina para sus deberes de dependiente distinguido, se junte con su vida ordinaria.

Esta vez, la pasada de un vehículo que por poco no lo ha rozado ha sido tan irrazonable como para levantar nubes sucesivas y enlazadas de polvo, polvo rabioso como el que nada tiene que ver con las veleidades del acontecer y no admite ser molestado en su letargo existencial. Pero es en vano gritarle: ya está cerca de la salida del puente en la dirección que lleva en esa huida, la sobrepasa y desaparece en una curva, tomada por todos los vehículos en la misma forma.

En el precipicio, un tren largo, colmado quizá de heridos de alguna guerra decimonónica, todavía rumbo al hospital militar en cumplimiento de la disposición administrativa aunque ya serían todos cual higos secos, ha pasado sacudiendo los pilares desmesurados de esta obra que se mantiene firme y donde él es un pajarraco apoyado con todas sus fuerzas. Mientras tanto; si

bien desee seguir a obscuras respecto de la hora que tiene expuesta en su bolsillo, en ese relojón que no ha perdido el entusiasmo sino muestra el espíritu rejuvenecido con que repite su tictac acompasado; desde muchos lugares le llegan testimonios de que el trabajo postmeridiano se ha reanudado hasta más no poder. ¿Qué hacer?. . . está agarrado del parapeto, pero sobre todo de sus más inseguros pensamientos, en un mundo que por lo menos alrededor de él, es dubitativo y enfermo. O mejor, abrazado con firmeza no lo está a nadie ni a nada sintiéndose como se siente, en el asiento numerado al nacer, en una carroza fatalmente dirigida a una estación desconocida por completo, en la que por fuerza hay que detenerse.

"Vuelvo a preguntarle si su trabajo consiste en mirar desde un puente. . ." —le gritó uno que descaradamente ha parado el auto al lado mismo de sus piernas.

No se explica ese 'vuelvo', por ser la primera vez que lo ve y oye. Por lo que se cierra en un mutismo hostil, con su entera persona que lo respalda. Y ya en la curva ese auto, con el fulano adentro, dirige sus pasos hacia la zona poblada, acelerándolos para estar de regreso en la oficina cuanto antes.

CAPITULO XI

Ha llegado, sin darse cuenta y como tantas veces en su vida descolorida de empleado, delante del fatídico portón. A sus espaldas, el reloj musical marca las dieciséis exactas y al mirarlas allá arriba es como si fuesen las mismas de tres meses atrás en una ocasión similar, que hubiesen quedado esculpidas en esa esfera. Por lógica estricta son cuatro horas postmeridianas de hoy, que si también esta vez las ha tocado el hombrecito con ese martillo levantado en el aire hasta que, girando pero no del todo, golpea desmañado en la campana, habrán sido golpes espiritados. Sí, éstos en el fondo de su oído (como salientes de un sueño), que ahora repercuten tantas veces como piensa en ellos, en la forma de martillazos cayendo en copos de lana. En esta jornada, a esta hora con una frazada de aire sobre cada cosa y una plancha opaca sobre sus ideas, que lo agobian pesadas y andariegas pero con el trecho de hilo de los globos de juguete para un continuo llamado a volver a las exigencias de la realidad grosera. Esta realidad. . . junta ilusoria de apariencias en acción o allende una inmovilidad demasiado glacial y hechura primaria con la complicidad de su mente, si lo que percibe refleja al Andriolli íntimo: cálido o frío según la temperatura cambiante de sus dedos; o por el contrario, espléndido o sombrío según el curso diario de su fiebre constante, a flor de piel, o el humor de sus alienaciones. Como el 'verde Andriolli', en lugar del inexistente verde absoluto cuando la realidad asume la forma de un hermoso prado. O el aspecto singular del 'otoño Andriolli', disímil del otoño de su vecino de pieza en la pensión Carletti. Mentira entonces la realidad como acto irrevocable. Y masa informe, si de pronto se apagasen todos los sentidos del hombre.

En el umbral, la portera está barriendo en un repaso concienzudo los fragmentos restantes del vidrio del rosetón desfondado, simples minucias que busca, con fatiga en sus ojos exigidos.

"¿Adónde va Ud., pobre de mí?" —le preguntó tontamente curiosa siendo obvio que un empleado con las dieciséis encima suba de prisa y de una vez, hacia su oficina.

No le contestó por reconocer una pregunta provocadora. Y como de costumbre, siendo buen ejercicio para el corazón sano, se encaminó hacia la escalera, dejando de lado el ascensor. Escalera que a esta hora es una opción, mientras en los años transcurridos fue imprescindible, a las nueve menos algo de cada día para su llegada junto con el primer toque del reloj municipal.

"Pero. . . Dios mío, ¿cómo no se la vi esta mañana esa tela adhesiva con hue-

llas de malditos dedotes?" —recomenzó ella, cuando de su parte ya afrontaba el primer escalón.

Apurado en tal forma, se le dirigió con el aire de estar listo para aceptar indistintamente lo que ella quisiera creer al respecto. Un recurso para sacársela de encima. Pero para evitar equívocos y alejarle las extrañas conjeturas que le aparecían en la cara, de las que era señal indubitable la mala arruga que se le había formado entre esos ojos de gata mal enseñada, le largó:

"Asuntos míos de ninguna relevancia"

La mujer en cambio, como si tuviese él obligación de abrírsele, sacudió los hombros y se acercó al tramo para mirarlo subir, como si esa forma habitual de hacerlo fuese algo extraño o del otro mundo. Pero, cansado de chismes, siguió derecho sin prestarle atención.

Al echar la primera ojeada, tuvo razón para sospechar: también esta vez, la puerta de acceso a la oficina está cerrada. Trata de abrir pero está con llave. Golpea con más rabia que esta mañana, como si en el subconsciente se quisiera romper los nudillos. La tela adhesiva resalta blanquecina en la madera reluciente de la hoja y eso le aumenta la indignación. Pero está por fin bastante maduro como para acudir al derecho natural de tomarse a puñetazos con hombres y mujeres, aquí, o desafiándolos a bajar a la calle y enfrentarse como hombres lobos de los hombres. La próxima, irrumpirá como una tromba marina, proveyéndose a tiempo de un martillo y de un destornillador. Y crea, esta chusma, si lo prefiere, que la herida en la frente es de un Andriolli que se ha hecho valentón y luchará contra el mundo a pie firme. (¡Qué golpe para ellos tras haberlo llamado lagarto grandecito, como si su navegar pegado a su ventana en la A, hacia lejanos mares. . . hubiese sido la alegría mezquina de un saurio asomado a la grieta de una pared de campiña para calentarse al sol!. . . No; el hijo de su mamá retiró siempre la cabeza exclusivamente observando la regla que él mismo se imponía, por su hato de dudas y esa manera propia de quitarse la razón para calmar a un interlocutor demasiado impaciente. . . Pero ahora todo será distinto: la razón se la apropiará él y mal le pese, al que quiera oponerle cualquier otra. Andriolli ha pasado entre los vencedores. En adelante tendrá manos no para el bolsillo sino para emplearlas. Y gritos sacados del pecho suyo, para hacer temblar todas las copas en fila de un aparador. Mostrará en suma, por la irrupción cual manera de ingreso en ciertos lugares, la cara desfachatada que proporcionó tronos desde tiempos remotos. Y cuando corresponda arrollar a la manera de una inundación. . . se salven los ex colegas flotando como los enseres de una casa en aguas revueltas).

Mientras piensa, golpea, pero es trabajo inútil: adentro no hay un alma. Tiene que descender; con la misma cara patibularia del enfermero que hace un rato le curó la herida accidental en la frente por haber resbalado; a interrogar a la arpía.

"¿Adónde estuvo hasta ahora?" —le replicó ella con desconfianza y el tono de la que esta vez es solicitada para develar el misterio— "Han declarado vein-

ticuatro horas de paro. Yo lo sé y Ud. lo ignora. Y ya que estamos. . . ¿ahora manda esa excelente persona? Tan gentil, tan distante de ese bajá absolutista, ese tal Malacarne que murió en olor de diablo del infierno: ¡le gustaban todas!"
"¿Qué. . . huelga casera?" —le preguntó él en forma seca.

Una pregunta asumiendo los riesgos, pero que es lo único a su alcance. Dentro de sí está alarmado: si han plantado el trabajo, la señora empresa quizá ya lo haya decidido: echarlo de la curul como un gato de la silla de una sala. Y por sentirse algo mal, se apoya en la pared pero manteniéndose la sangre en su sitio para que no le haga estallar las sienes.
"Huelga salvaje, querido mal informado" —recomenzó ella, cual una gata con un ovillo de lana— "A las quince, bajaron del quinto uno tras otro, como si hubiesen sido un centenar yendo a una fiesta campestre"
"Y su gentil Carovino. . . a la cabeza, ¿no es cierto? Es obvio" —afirmó para averiguar más.
"Sí, señor. Esa excelente persona no es agua y vino. Un día me prometió una azalea y a la semana apareció con la planta bajo el brazo, o mejor. . . en su maceta y cargándola él. Y era un muchachito feliz de cumplir. Esa color laca, en mi balconcito, que Ud. mira desde la calle como si quisiera hacerle mal de ojo. Sabe que soy muy franca"
"No le contesto por no valer la pena" —dijo enojado.
"Mejor dicho. . . ¿qué significan esos paquetes que llegan arriba y vuelven a salir más pequeños?"
"Todo en orden" —le replicó.

Y como si lo persiguiera alguien, se fue de prisa dejándole la palabra en los labios. Ya en la calle, tras haber aclarado a sí mismo que de esos paquetes no sabe nada, parado en el borde de la acera no se resuelve respecto a qué dirección tomar. Mientras tanto la oye bufar y patalear en el umbral: señal que se vengará de alguna manera. No le importa. Y si su trasero de jefe de oficina, a esa arpía le inspira pensamientos belicosos, se ahogue ella sin más, en la garganta que tiene tan gruesa, víctima de la impotencia en que ha de sentirse en relación con este vencedor. Este que posee fuerza para derrotar a enemigos con o sin pollera, y sea que deba extraerla en origen, de la Tierra, o pedirla en préstamo al mismo Lucifer.

Además del rumbo acostumbrado y para las cosas habituales, la verdadera elección está entre dos caminos que significan, ambos, apoyar los pies en el suelo. Dos, como suman otro tanto lo verdadero y lo falso. . . o sea el sendero de la prudencia que pasa por la sede del sindicato y significa aparecer por esos lados en busca de apoyos de clase; o la vía, sofisticada y de tiempos pasados, que se mete en un barrio distinguido poblado con comodidad y desahogo por gente que se baña dos veces por día, y lleva a dar con la propia cara, armada de una sonrisa muy especial, en el palacete donde habita, como gran señor, un importante consejero de la empresa, allí, dentro de esas habitaciones, la mayor

parte de las horas vestido con una bata con galones. Pero, ¿qué hacer, si e golpe de Estado ya existiera y con el gatito, privado de su cargo sin el debido proceso legal? Muy cierto que el par de grandes de España al darle la posesión lo han espolvoreado de queso, para despertar en las ratas de la oficina la avidez de comérselo crudo en pocos bocados. Y cubierto de suficiente manteca, como para poder ahora, si le han vuelto esos señores la espalda, estar ellos divirtiéndose al ver cómo en la sartén se fríen sus nalgas. ¡Las dos suyas, todavía alegremente sin saberlo! En suma, el titulillo de jefe de oficina no es un diploma de rey que no puede cambiarse sin trastornar un país. . . Y es peor que un pararrayo porque atrae las saetas pero sobre la cabeza del que se ilusionó de tener por fin un amplio resguardo. Por lo cual, en peligro como vuelve a hallarse, en cambio de pedir ayuda en ese palacete donde el morador al escucharlo desde la cima de su proverbial señorío podría ser atacado de antropofagia, le cabe enfilar hacia el sindicato para llegar a pactos solares (u obscuros, según sean los requerimientos por esos lados). Pues el haber aceptado la promoción con reservas in pectore y abjurado de su clase sólo tácitamente, lo mantiene dentro de ésta. Sin contar que una honra que hasta hoy es sólo onerosa, confiere el sacrosanto derecho a la propia sobrevivencia, negociado, para su pleno ejercicio, donde haya mejores probabilidades. En efecto el patrimonio no lo ha aumentado aún ni en un centavo, siendo por ahora el no pudiente de los días aciagos, con el agregado negativo de las pequeñas veleidades instiladas en su yo por un ascenso aparecido de improviso y cuan una tentación diabólica (quizá para su condenación ultraterrena. . .). Además no se llega a ser Orlando el paladín en dos días, cuando uno ha sido un don Nadie por años; para colmo amargos (si bien salpicados, es cierto, de alguna dulzura que hasta el presente aún lo halaga).

En la entrada está de plantón un compañero, quien primero es tan solo rudo y falto de cumplidos, pero luego lo deja subir por la empinada escalera en penumbra, sin seguirlo con la vista pues según la voz habla con alguien hacia otra dirección. Y tal cambio de actitud porque al escudriñarlo de pies a cabeza, si antes de ceñudo se hizo dubitativo, por fin se abrió entero en las facciones de la cara al verle los zapatos polvorientos y quizá falsas indicaciones de cal o yeso en el cutis, por los adelantamientos seguidos, de los vehículos respecto de otros, en el puente. Con tal permiso tácito y para escaparle a una revocación en cualquier instante, corre hacia arriba casi tanteando por la falta de luz; y con todo el Andriolli que se siente consigo y el orgullo de lo obtenido, por lo menos inicialmente, con tan poco gasto. Tramo de escalera que también es suyo como el resto de este asiento del sindicato, por las cuotas de afiliado durante años. Por eso holla los peldaños como si empleara una pisada vengadora respecto de los dedos de los dirigentes sindicales comilones, algunos de seguro ya bajo tierra y con los gusanos en el hueco de los ojos faltantes. Y al hacerlo, le parece recobrar gotas de su sangre (mucho más hirviente hace un par de lustros) arrancándolas a esos rapaces, cada una gruesa

y reluciente como perlitas. Le pertenece pues esta subida, no sólo como mero ejercicio gimnástico sino también y por si acaso, cual un acto a llenar con aire muy inquisitorial. El trecho, tras haber sido bastante largo, lo hace salir a un patio muy grande donde campea el acceso a una enorme sala que cabe tener bien en cuenta, en lugar de optar por la continuación de la subida puesta tras un recodo como si se ocultase y cuyos escalones invitan a menos prisa que los recientes. En la sala hay gente importante y en su pared del fondo, frente a él, se notan puertitas ocultas a la curiosidad del público. Estos notables están alrededor de una gran mesa, en el centro del aposento: algunos a veces de pie pero cuidando el propio asiento y el grueso, sentado y basta. Tienen en común las actitudes; parecidas a las que resaltan en ciertos cuadros que representan a conspiradores del siglo pasado (los que eran retratados a la lumbre de una vela; en sótanos ricos de sombras en su mayoría como cobijando presagios).

Cruza el umbral con su mejor aspecto y su espíritu sindical de otros tiempos, rescatado por él para esta ocasión. Pero lo agarran de atrás como un gallináceo por la cola. Aun así, firme en su resolución de aproximarse a esos señores, se esfuerza por proseguir. Pero el faldón de su chaqueta es como si se hubiera enredado en el rosal de la casa paterna, por lo que, con la mano hacia atrás trata, sin volverse, de librarse de esta toma y alcanzar su propósito. Al mismo tiempo presta atención cuidadosa a lo que hacen los ilustres desconocidos: conversan vivazmente como si discutieran, pero en voz inaudible desde donde se encuentra él a tan escasos metros. Y hasta se disputan el derecho a la palabra llegando a arrollarse alternadamente, en un forcejeo donde el que por instantes prevalece toma inclusive de la ropa o de la solapa al contrincante y ha de escupirle en la cara las propias razones, por la manera como el otro se resguarda con el pañuelo desplegado. Ahora está por estallar una pelea; pero aparece uno que con un ademán conciliador y mirándolo a él Andriolli que ha quedado casi al centro de la habitación sin poder avanzar un poco más, comienza a decir en tono levantado, como si se jactara de las palabras a juzgar por los meneos que emplea, que no debe terminarse como 'chanchos burgueses' que hacen del amor propio individual un aprovechador del 'cándido entusiasmo revolucionario'. La exhortación da en el blanco y todos vuelven, en un susurro tedioso, a la consideración de un arduo tema doctrinario que han de estar examinando quizá desde cuánto tiempo, según lo sugieren los aires que se da esta gente, tan exhausta pero decidida a no aflojar aunque le signifique a cualquiera de ellos desfallecer. El que lo continúa asiendo por el faldón del saco, tras haberle concedido ver lo que le resulte posible atrapar con los ojos, tanto lo tironea en sucesivos intentos de llevarlo consigo, que lo obliga a prestarle atención. Es por lo menos un tipo diferente; no en la línea de la gente común y por sobre todo tiene escrita en la cara la orden recibida de no permitir la presencia de ningún extraño en la sala, y, de ser necesario, emplear los músculos de los que hace linda muestra.

"Demasiado empuje en las venas, compañero" —le reprocha en voz baja, mientras lo constriñe a salir de la pieza.

Luego, en el patio, le sonríe y le pregunta:

"¿A quién de ellos conoces?"

Él se siente en un atolladero, por serles todos desconocidos y no poder tampoco exponer a este individuo sus complicados motivos; por lo que balbucea a media lengua cualquier cosa, ya que elude palabras claras.

"No comprendo un pito... ¿es una jerga vietnamita?" —y ensombreciéndose, el otro siguió:

"Mejor para tu conveniencia, un bozal para ciertos pensamientos y que te apures con una breve reseña acerca de tu problema... Por Carlos I, rey de Inglaterra y Escocia, del que estoy leyendo una historia novelada, ahí dentro no vuelves por ninguna razón"

Lo escudriñó otra vez, tras una pausa; luego, aflojando en esa expresión adversa, añadió:

"No es momento para casos personales, compréndeme. No me obligues a enojarme" —y le sopló aliento en la cara acercándosele con la boca y respirándole encima, tan cerca como para producirle cosquillas.

Pero tuvo que aguantar aún más, cuando justo en el oído le depositó:

"Apostaría que esta vez paramos todos en la jaula. La orden, no lo olvides, es de cantar noche y día... para que sepan que en cuanto a la mente, nos sentimos libres aun con cadenas encima... Respecto de las ayudas... libros, cigarrillos y pan... aseguradas. Pero si tardaran esos aportes por motivos técnicos, según nos previno ese flacucho que ves ahí dentro casi a las manos con otros dos... cuidado, del Estado burgués apenas lo muy imprescindible. Y no te salte el antojo de una huelga de hambre: es derroche de nuestra salud en beneficio del odiado opresor. ¿Claro lo anterior? No repito dos veces lo mismo"

Él sacudió la cabeza en señal de aprobación. Empieza a comprender que sus temores de un paro en la oficina exclusivamente casero, son risibles, aunque no sea un absurdo tener por probable una coincidencia entre un acto de resistencia de sus ex, contra su ascenso y con Carovino cual cabecilla, y esta huelga en serio que aun sin conocerle las causas le cae bien: entre otras razones, cual merecido castigo para todos los miembros de directorios empresariales, en bata y usufructuarios de demasiada gracia inmerecida.

"Sí, misterioso compañero... esta vez estalla algo muy grande: acción directa y crónica negra. ¡Viva, viva!"

Esa interjección de su interlocutor; en apariencia expresión de conformidad y alegría y a la vez de aplauso reprimido para no molestar a esos notables; tan encima de su cara le resonó como una vidriera al hacerse añicos. Pero ahora el tipo lo incita a él, con un gesto ampuloso, a lanzar ese viva, pero sin dejar de ponerle una mano sobre los labios para apagarle ese aplauso al que lo invita, a fin de que no le salga muy fuerte.

"Adhiera pero sin molestar a nuestras amapolas" —añadió, acosándolo e indi-

cándole a los reunidos, ahora más juntos a la mesa cuya redondez desde más lejos es como si fuera menos perfecta.

"¡Viva!" —dijo por su lado, pero sin gana.

En su oído, esa exclamación entre los dientes le hizo el efecto de cuando una papa le quema en la boca y le exigen la respuesta a una pregunta urgente.

Y piensa en un hombre manso como él, obligado por una patrulla, en una ciudad sublevada, a gritar ¡viva Barbuino! Quién sabe qué tipo es ese señor y si el grupo armado no habrá estado aguardando un ¡abajo! y allí mismo no le haga ¡pum! ¡pum!

"Y si el pedido que tienen a estudio no madura. . . temo que nosotros, los de abajo, pasaremos por nuestra exclusiva cuenta a la guerra civil. Las amapolas de ahí dentro sujetan todavía el freno, pero nosotros, como canes impacientes, podemos tirar y quebrarlo. El lío está tardando por las vacilaciones de esos razonadores por oficio. . ." —cerró con franqueza.

Luego, retirándolo del sitio sin visión de la sala, donde lo ha arrinconado y a la busca de un mejor lugar de observación de lo que en ella acontece, recomenzó:

"Desde aquí puedes curiosear en forma, sin que se den cuenta. Mira con disimulo. . . ¿son o no son. . . testas de revolucionarios al ciento por ciento? Tú, sin embargo, continúa inobservable, corriéndote un poco más. Urge, pues hay uno que te está advirtiendo y ha puesto una cara fruncida"

Lo que él ha apreciado en cambio, es que al descubrirlo en el acto repetido de curiosear, algunas de las amapolas se han puesto a tiro, como aguardando el disparo para una foto.

"No te ahorres una mirada de soslayo respecto del delgaducho. Parece sin sangre encima, con esa palidez; y es por el contrario una máquina pensante. ¿Sabes la ventaja de una máquina así, comparando con lo poco que tú piensas diariamente? En un año, menos que él en una jornada como la presente" —Y sin dejarlo defenderse, porfió: —"Un pensamiento que da vuelta como el aspa de un molino, recogiendo alrededor de ti todo lo invisible que vuela por el aire. Te habla sin ton ni son de la preparación de una bomba y piensas en una cucurbitácea que por descuido volará en trozos antes de terminar el artefacto; y en cambio en esa muy asentada cabeza y no zapallo, muele ideas y produce soluciones. Y será un arrastre de media población, el dichoso día en que, desde una tribuna, con el aire de un cura grosero que condena las malas costumbres, envíe a unos cuantos, como orientales obedientes, a incendiar. . . Saldrán los voluntarios a la carrera, con la testa de él; en lugar de las cabezas de ellos, simples cabezas de alfiler. . . Más de uno, se abriría la panza como se corre un cierre relámpago, si él se lo propusiera cual forma de intimidar a los chanchos burgueses. Míralo bien. . . reducido a dos ojos y con un brillo de maldad interior. . . Tal vez odia a su madre y falte de amor hacia las mujeres sin excepción. Por lo tanto, hombre muy eficiente mientras viajemos. Pero a nuestra llegada triunfal, de seguro acabará arrimado a una pared con los ojos venda-

dos, en una ejecución sumaria en pleno desarrollo. . ."

Estudió la repercusión de esas palabras en la cara de él y le apoyó una mano pesada en un hombro.

"Él únicamente sabe dónde poner la bomba perfecta, que haga estallar la estructura actual. Para mí, sin embargo, habla con simpleza, sin pensar en el ejército ni en la fuerza del dinero. Pues ya el regalo en el sitio correspondiente, si alguno se deja comprar y da la pista. . . En suma, a pesar de tan estrepitosa inteligencia, tiene algo que no cierra. A menos que su bomba sea otra cosa. . . un mero golpe o martillazo allí donde, por haber llegado esta sociedad a un punto crítico de equilibrio de grupos y facciones, casi nada pueda servir en el momento oportuno para la caída del sistema. ¿O será realmente una bomba con mecha y explosión?" –y se encogió de hombros.

Él, bastante distraído pero no por completo, piensa que éste, por lo que le agarra así a medias, elogia al tipo pero en el fondo se augura que en la primera ocasión un millar de tanques lo trituren. Augurio que compartiría; tanto más que el fulano, observado en línea recta y no más de soslayo, y puesto que moralmente vale tan poco de no merecer respeto, se hace antipático con esas manos en los bolsillos del pantalón, donde hurga como si hubiera de encontrar allí bolas de oro. Fuera de que tampoco le ve facha de cabecilla triunfante o de una amapola digna de ser considerada tras los primeros instantes de una revolución cruenta. Lo que es seguro, es que, de encontrarlo él algún día y donde fuere, le volvería la espalda para un riesgo menos.

El otro reanudó:

"Es puro, por alimentarse de aire y de ese algo sólido indispensable para sobrevivir, conservando la esbeltez física para esa tarea que se asigna de tener que colocar la bomba que devuelva a la humanidad al caos originario. Porfía con elocuencia, que tal regreso producirá una luz que, no atada como la actual a compromisos clasistas, posibilite un mundo justo al no dejar opción para otro injusto como el actual"

Por su parte, más desganado que antes, echó en ese fárrago:

"¿Lo cree tan sencillo? Para mí, luz vieja y luz nueva mostrarán siempre, lo bello y lo feo tomados de la mano, con graves dificultades nuestras para una elección correcta y una mejor aplicación práctica de. . ."

Se interrumpió, por contestarle ya el interlocutor.

"Si uno lo contraría, confunde diciendo que tras sus dichos hay alegorías. Me parece que se está reservando la forma de tener la razón de su lado, pase lo que pasare. . . Se pone, a pedido, a explicar la alegoría y es para caer en otras, por lo que en mi caso simulo entender sin entender nada" –concluyó risueño.

A su vez se limitó a sacudir los hombros con una expresión indefinida en su semblante.

"Como cabeza en sí, vale muy poco" –recomenzó el otro– "Y como persona, es un asco. Préstame atención pues he leído mucho y hasta fui maestro a medias, lo que significa que me desempeño con la inteligencia de nivel medio"

Y tras esas palabras, hizo una señal de la cruz sin sentido, que a él le recordó la del sacristán, en el pueblo, al deslizarse como un gato ondulante frente al altar. Luego le recomienda de no moverse y le promete que estará de vuelta a la brevedad, con una 'nueva' para comunicarle; y enfilando el tramo hacia abajo, descendió la escalera. De su parte, algo confuso, espía en la sala de los notables valiéndose del rincón prudente donde se halla, que le permite buscar personas y cosas en el vidrio de un mueble puesto casi en la entrada de la habitación y en el que se reflejan varias amapolas desde la posición que ocupan alrededor de la gran mesa: incluido el flacucho, del que puede estudiar algunos rasgos por esta facilidad que se le ofrece de observar a discreción; aunque nada le denuncia una mente tras la bomba que restituya todo a los tiempos del fiat. Tampoco tiene cara de mal aspecto: en ella resalta tan solo un cutis árido y resquebrajado, de muerto de hambre. O tal vez de alguien a quien le duelen mucho los pies.

En apuros lo nota a un gordinflón que se está defendiendo del ímpetu discutidor que le emplean los colegas, cada vez que intenta hablar. Para colmo tiene un tic consistente en encogerse periódicamente de hombros, pero en una forma que lo reduce a ridículo, en el conjunto de la expresión que adquiere a raíz de ello. El tic le comienza por el lado del cuello al quedársele como enyesado e impedirle dar a la cabeza la dirección requerida por las circunstancias; a la vez que todo entero se pone inmóvil como si también con la mente mirase hacia un punto en el vacío. Y con el resultado de interrumpirse, por esa detención amplia, la reflexión suya en curso, o, por adhesión, la del interlocutor con la palabra en ese momento. Luego el cuello tieso se le libera, pero para desaparecer en el hueco formado por el simultáneo encogerse de hombros, que obra a esa altura como un sollozo improviso que lo sobrecogiese. Lo peor es la actitud de quienes tiene más cerca: tras un armisticio por instantes, hacen de aquello el momento oportuno para echarle en cara con mayor ahinco los dichos suyos de poco antes: todos picoteándolo y sacando ventaja de su estado de inferioridad, pues varios, por los movimientos con que se acompañan, parecen combatientes a caballo que al ver en el suelo al adversario quieran echarle encima el propio equino. Todo eso al pobre lo exaspera pero para estallar en lo que se diría complemento ordinario del tic ya fenecido: golpea con el puño en la mesa, aprieta los párpados sobre sus ojos como para encomendarse paciencia y justo entonces, vuelve a ser el jactancioso y desafiante que es por naturaleza, mas tan solo por el breve intervalo antes de la reaparición del tic. Estos puñetazos sucesivos, junto con la mueca infaltable de desesperación y protesta, y las sonrisas malignas de los presentes, a él Andriolli que observa, le traen a la memoria la imagen de un bufón ante un público cruel.

Otro fulano, parado cerca de la mesa, trabaja más bien con el mentón que le sirve para protegerse del habla ajena y a la vez cual proa agresiva a fin de ser siempre el que a la postre prevalece en la discusión. En efecto, mientras el

cónclave continúa diligentemente en voz baja, **ex profeso** este otro parece movido, más que por el tema en consideración, por la ansiedad de arrollar a cualquiera que comience a tener suerte con una propuesta o lo que fuere. Únicamente que es propenso a agredir no más de uno por vez, escogiendo sin errar al que se halla a punto de lucirse, que de inmediato es como un enemigo natural suyo a quien por fuerza tenga que derrotar sin pérdida de tiempo. Ello lo diferencia esencialmente de los demás, proclives a hablar todos juntos sin cuidarse si las palabras de tantas bocas en competición, se pisotean o chocan en el aire.

Hechos que acontecen hasta que por ahí alguien viola lo convenido y ciertas frases a él Andriolli le llegan claras, ansioso como está por su lado de poder armar con ellas algún nexo que lo oriente acerca del asunto en discusión ahí dentro. El del mentón proyectado hacia adelante, le cae mal y le pegaría un cachetazo en una mejilla por tenerlas tan regordetas y de buen comilón, probablemente para mengua de los fondos sindicales. Pues mientras maltrata al que tiende de pronto a sobresalir en la discusión generalizada, al obligarlo a oírle sus tonterías o alegorías (según la calificación que a él Andriolli se le antoja por no pescarle palabra; a la vez que se le antoja que esas frases estén construidas en un lenguaje metafórico y confuso, y que si así lo intuye ha de ser verdad), el tipo mantiene la oreja, como si para ello hasta se le alargara. . . manifiestamente también sobre lo que se diga con buen éxito en otros sitios de la reunión. Por lo que de pronto le sonríe a la presa que tiene entre manos y, con el gesto de otorgarle graciosamente la razón sin tenerla o cual razón despreciable por escasa entidad y por ello no más a la altura de sí mismo y su privilegiada mente, se dirige al que en el otro lado está creciendo en volumen, le hace seña de su disconformidad y al tenerlo todavía distante aunque se le vaya aproximando, levanta la voz cuantas veces el nuevo destinatario no acierte en entender lo que le está objetando. Luego ya en el lugar, de buen grado o por la fuerza se impone, dejando otras caras disconformes en este nuevo campo de sus hazañas. El juego del individuo es continuo, pues mientras concluye ese enésimo asalto final a la bayoneta, su oído al acecho sigue a la búsqueda y absuelve la tarea de tenerlo informado respecto de cualquier tesis que prospere donde fuese: ello basta para que esa cabezota irrumpa para el predominio. Puesto que no se da tregua ni la concede, estando siempre alerta para nuevas proezas.

Todo ello, a él Andriolli que espía, lo refuerza en la convicción de que el fulano habrá de andar, en lo que se refiere a conceptos, fatuamente frustrando los buenos propósitos ajenos, de llegar a puerto. Por eso al verlo tan frívolo, por lo que le atañe piensa en un dictador en los primeros escarceos, que el País algún día quizá tenga que aguantar. Y desde ya lo odia y se augura que alguien ahí dentro, tocado en el amor propio, en cualquier instante lo cachetee. Sería mostrarlo con un relleno de paja y quién sabe arruinarle un ciclo histórico. El mal sujeto, en este momento, concluida la vuelta de la mesa está

estudiando, con un dedo en una fosa nasal, cómo recomenzar para más bocados. A la vez que exhibe un aire de prescindencia forzada, espera que por lo menos un par de colegas adquieran relieve; ahora que la tramitación del problema que los congrega se reanima y muestra haberse ordenado desde que el tipo se ha tomado esta breve vacación. Tan es así que marcha bien hasta el del tic, quien no hace resonar su puño en la mesa, pues simplemente lo apoya en ella cada vez que le llena la función a la que está llamado; lo que comporta que ya no se vean las sonrisitas bastardas que generaban el puñetazo incontrolado, y la armonía reine en el fondo de este examen colectivo ya en su adecuado nivel. Pero como el par que se insinúa esta vez, tarda en afirmarse y no supera la consistencia argumental de los otros, perdiendo los dos pobrecitos hasta el proscenio, pues de pronto ya no están más rodeados apareciendo en ese lugar un simple conjunto de personas uniformes sin diferencias visibles; hete que el del mentón, sea que desprecie en su fondo a los colegas o tan solo proteste en su interior de que no asome la aurora, hace una sonora inspiración seguida de una expiración no menos audible y cual bostezo legítimo, y por fin, mirándolos a todos con aire de compadecerlos y dando a entender de estar aburrido hasta la médula, grita, estallando como trueno: '¡Confusos señores!' '¡Alargadores!' (lo grita sin ahorrar a nadie).

Hay también un tercer individuo, no siempre en vista, con un brazo largo que mantiene extendido como si manejara un bastón para abrirse camino en un sitio lleno de víboras. No se parece a un revolucionario en sí como uno genuino; además posee un físico necesitado de tanto espacio vital como para conferirle el aspecto del tipo que estorba, sea como carnicero, de ser su oficio, que cual presunto factótum en una revolución. Por lo que después de estallada, de seguro no funcionaría y podría terminar con la cabeza cortada que rueda hasta caer en la cesta aprontada para recibirla. Comilón patente, que seguirá teniendo esa hambre también en los primeros días de la luz nueva tras el caos. En suma, por donde se lo quiera tomar, tiene relieve como volumen y ninguno cualitativamente. Por lo que, todo considerado y hasta tocarle el final de Robespierre, cabal presidente de tribunal sumario, listo para volver el pulgar hacia abajo, si algún otro miembro aparece con escrúpulos acerca de si cortar o no una cabeza, como la de una anchoa, de un malaventurado que se llame Andriolli o tenga el nombre que fuere.

Aun con esta galería de malos fulanos, él quisiera estar alrededor de esa mesa, pero sin tomar asiento pues quedarse de pie facilita el retiro si llega a ser lo preferible. Allí con esos reunidos, a fin de conocer el propósito último, que no ha de ser nada bueno; y quizá lograr poner algún orden. No debería ser imposible: observando atentamente en el vidrio del mueble, se intuye una tendencia periódica de la mayoría, hacia un mismo tema principal. Pues se cae y recae en ciertos gestos, seguidos de admisiones sucesivas, hasta llegar casi a la unanimidad. En especial cuando el que emplea el mentón, aun insistiendo en querer romper la tela que están tejiendo los demás, es de repente la roca

que retrasa el avance lento y fatigoso, pero a la postre no lo impide.

El que exhorta a una conclusión; o sea, estando a los ademanes, reclama en cierto momento de acabarla... más que un tipo estable que insista sin pausa en la misma dirección, es la amapola en general; pues tal función es sucesivamente asumida casi por todos ellos (a no ser quien; como el susodicho del mentón o algún otro tozudo en las ideas que pelotea, pues los de esta clase al expresarlas agitan las manos como si manejasen una pelota; se ha conservado inmutable). El exhortador de turno aparece con el mayor ímpetu en el momento exacto en que la propia invitación podría lograr el milagro: trata de recoger los restos de tantas charlas quebradas y obtener algo, si más no fuere provisional. Tales intentos muestran en seguida un curso que se hace monótono por repetido: al principio la iniciativa es escuchada y el que la formula hasta sopesado con admiración cuando algún ojo se apoya con brío en un detalle de su traje o de su individualidad, aspectos que en ese instante atraen fuertemente. Así, por ejemplo, la sugestión improvisa de la corbata o las pupilas, vistos con alguna dote... O simplemente logra ganar puntos por la manera de presentar sus palabras, la cual ha de aparecer muy acertada; si bien, en su desventaja, exhiba quizá un rasgo fisonómico que no agrada a sus oyentes, los cuales sin embargo en la ocasión han de ver de pronto cortada a escuadra o embellecida, una nariz torcida. De ahí que en la puja por quien obtenga más apaciguamiento, a medida que cada uno emprende tal hazaña se producen grandes adhesiones, y es cuando más se respeta el hablar conjunto en tono muy bajo y con el ruido plácido del mar decreciente. Por lo menos como a él Andriolli le llega el resultado, que proviene del centro de la sala, bastante lejos de su sitio de estada transitoria. Pero hete que a continuación del promisorio exordio; y aunque hubiese mediado una tenida más duradera del campo, de la acostumbrada, de parte del que trabaja en esa ardua tarea de unir tantas almas díscolas; resucita el frenesí general por mezclar temas distintos, tal vez relativos a viejos enojos. Y pronto, ese comienzo brillante según lo apreciado desde este lugar suyo y que habría debido inducirlos a tomar el atajo más a mano y llegar a la meta, demuestra no haber servido para nada. Al contrario, tamaño esfuerzo en pro de un acuerdo, al fin de cuentas sólo ha llenado la mesa de puñetazos de todo origen. Y de regla el que más golpea indignado, mira por instinto hacia el patio en espera de espectadores y de solidaridad.

Justo por no verlos llegar a ningún destino, por su parte siente inquina hacia estos haraganes y sólo un algo de prudencia lo aparta del deseo de colarse en la sala y llamarlos con palabras durísimas a la unidad, incluyendo en esa fuerte represión, verdadera reprimenda, a los que han de estar recogidos en las madrigueras ocultas, donde han de acceder las dos puertitas de las que desde aquí alcanza a ver una sola. Porque sin la unión perfecta de su clase, él mismo... ¿no será un papaíto sentado por la empresa, ahora en la curul, mañana en un escabel: hoy con asignada la oficina que fuera de Malacarne... y mañana, aun sin destronarlo, relegado a un cuartucho?

Hete que un notable que llega hasta el umbral, alargando desde allí el cuello como un avestruz, lo enfoca: según se diría para asegurarse si se conocen. Y hasta le concede la mitad de un saludo dificultoso, repartiendo los pedazos de la otra mitad, a los que están subiendo desde la planta baja y se desparraman por el patio. Para mayor contratiempo, esta gente nueva, al darse cuenta de que hay deliberación de los cabecillas del sindicato, por respeto, o temor de alguna fea resulta, hace lo del perro cuando no se acerca a un lugar que le despierta sospechas: arrastrando la mirada para mejor curiosear en la habitación mientras desfila ante su puerta de acceso, en seguida busca el tramo en bajada con el aire de ponerse en salvo. Por su parte ya no está solo tras la interrogación que aún campea en esa cara del notable, vuelta de nuevo hacia su persona y que de entrada le había perturbado el aliento. Hay en efecto un grupito, venido desde la planta baja, que se ha instalado sin cumplidos frente a la sala, al principio dudando, luego con la decisión de quedar donde está. A él lo beneficia, al tenerlo con los ojos, lejos del notable con bastante justificación; aunque en su cara es como si esa mirada se le hubiera quedado pegada con fuerza. Por lo que, se junta espiritualmente con estos exigentes, igualando la voluntad de ellos, según lo demuestran, de pedir rendición de cuenta a esos derrochadores de tiempo, ahora empeñados en duelos de a dos o de a tres y a punto de agarrarse, quizá excitados por la presencia de espectadores. Se destaca por primera vez, con los atributos que netamente lo definen, cierto notable: petimetre interesado en desafiar las ojeadas desde el patio de parte de los más descarados y con el orgullo visible de quien en la vida es el que es según sí mismo. Lamentable sin embargo, que éste, el más vano de tres o cuatro de su misma calaña y con igual ansiedad por lucir, sea realmente más feo que un búho y aún peor por no ocultar la cara en forma de pico, donde se choca con una excrecencia al lado de esa nariz y una boca sin algunos dientes pues permanece sonriendo, como si agradeciera una adhesión que no demuestran en absoluto éstos de aquí afuera: por el contrario, duros y disconformes con los de la habitación.

También en pose para ser admirado, se lo nota al del tic, que ahora que el mal parece tomarlo con mayor crudeza, cada vez que queda metido en los hombros tiene la corbata roja que le regurgita de debajo el mentón, como en prueba de su fe política; por lo que la caza a que hasta ahora ha sido sometido, de seguro no fue por no atenerse a la ortodoxia partidaria. Pero cuando el cuello le queda según el forzado camino a recorrer, transitoriamente fijado en la horma de yeso, ese trozo de bandera del que el tipo ha de esperarse que le allane su vida entre los compañeros, desentona aun para el ojo respetuoso del significado de ese color. En efecto a él Andriolli le ha parecido de rastrear en algún notable, un pensamiento irreverente o una vacilación en cuanto a la logicidad de seguir atados a una pasión común, frente a adherentes de tan escasa monta.

De improviso, tal vez advirtiendo esos presumidos que posar mucho para

las mismas miradas reduce quizá los propios rasgos a los del hortelano o del tontón que se frecuentan y quita un algo de aureola a la estatua de la plaza descubierta recientemente ante los ojos del pueblo (mientras tras la centésima pasada ya ni siquiera se la nota, por grande que la hayan hecho), se ensombrecieron juntos en sus semblantes. Y el de la excrecencia carnosa en la base de la nariz, primero mencionó que se bajaba el 'telón', luego en prueba de ello hizo chasquear repetidamente sus manos golpeándolas entre sí con mucha fuerza, pese a parecerse a dos manitas de cajero de banco; e intimó a los que estaban en el patio que se fueran en seguida. Y mientras tal orden es dócilmente acatada y los primeros toman la escalera de prisa, con algún gañido de enojo entre los más jóvenes, el mismo que a él Andriolli lo había dejado con la recomendación de aguardarlo, hete que vuelve jadeante a asumir la tarea de acelerar el despejo. Empieza con una reprensión dirigida a los que a último momento no se resuelven a descender, aunque personalmente está muy impedido: por encima de la cabellera enmarañada y rojiza, con dos manotas que se asemejan a cuatro de medidas normales por la cantidad insólita de dedos que aparentan, sostiene en difícil equilibrio una bandeja colmada de buena manducatoria, incluidas tazas de café humeante: todo para los señores de la sala. Pero antes de entrar en ella, con un ojo severo echa hacia la bajada de la escalera a los últimos vacilantes. Con él en cambio, la mirada se le endulza y le hace seña de quedarse, pero más lejos del umbral para no causar molestias.

De la forma como el servicio oscila en esas manos poco firmes, es un camarero improvisado, un simple voluntario.

Al ver en el vidrio del mismo mueble cómo el tipo se desenvuelve en la sala sujeto a los antojos de esa gentuza, pues cada uno tiene un pedido acostumbrado pero esta vez con alguna variante insólita, se compromete en su interior a respaldarlo en lo que de su parte pueda necesitar. Fuera de que atraerlo a sí, lo ayudará a conseguir quizá carta blanca contra Carovino en el plano sindical. El buen auxiliar del poderoso es siempre un influyente, con una fuerza de gravitación en relación directa con la poquedad espiritual del que disfruta de su servicio. Y alrededor de la mesa no han de abundar los dotados poco o mucho. Quiere también informarse correctamente acerca del motivo de la declaración de huelga, y así, hechas todas las cuentas con las correspondientes restas, valuar probables resultados y optar por un camino o el opuesto. Con un hombre como el de la bandeja, que secunda tan bien las debilidades corporales de estos dueños de la cosa en un momento arduo, será llegar a las mismas fuentes y lograr una noción perfecta de lo que está a punto de estallar. Por lo que no se asombraría de encontrarse dentro de muy poco, aunque a la cola por cautela, formando parte de algún grupo listo para bajar a la calle a hacerse oír; o de lo contrario, cortados los puentes a sus espaldas y volviéndole el trasero a su pasado, el hijo extravagante de mamá hételo que se junta idealmente con los ricos. Y a propósito. . . no más ricos cegatos creídos que el maná hubiere siempre caído gratis del cielo, sino los otros, tan frecuentes al día de

hoy, reducidos a razonables por alguna estocada de las crisis periódicas y las devaluaciones, desde que los pobres tienen más de dos comidas diarias. Chamusqueo habitual para estos epulones, ahora con apenas un cuarto de los privilegios de los turbios acaparadores del pasado; lo que debiera hacerlos accesibles a quien aprende a darse vuelta, en el mundo restringido y hecho de crueles realidades pero también de fantasías ingenuas y amenazado a cada instante de ruina total. En suma, que él, antes de llegar a los poderosos, en forma directa se introduzca para un justo entrenamiento activo, en la comitiva de los de media tinta que flanquean el sistema vigente para recibirle las migajas, aun doradas. . . será culpa de estas amapolas violáceas, si prosiguen en no encontrar forma de acuerdo, para la solución que, algún día no muy lejano, dé la casa al desheredado sin quitar el sueño a los grandes ricos. A ésos de ahí dentro los llamaría ya, defraudadores de la fe pública en vías de incurrir esta tarde en la enésima reincidencia. Los divisa, siempre por mediación gentil del mismo vidrio, tomar de la bandeja. Y con lo que cada uno se echa en la boca con cierto ademán de niño (está el que se regocija robando terrones de azúcar mientras el camarero improvisado sirve a otro notable), piensa si todo ese hablar reciente y el acaloramiento no fueron más que vivir una ficción: le acontece a los pequeños cuando obtienen más gusto que del hecho real, representándose como tal lo que tan solo es imaginado y se engolfan en ello seriamente con derroche de brazos y piernas, como si creyeran (y lo creen) de salvar mares y montañas en saltos muy largos, en especial si se dan cuenta de que alguien los observa lleno de curiosidad. En efecto, estos notables, tengan o no en medio de sus riñas problemas solubles, pues siguen inaudibles desde el patio; sienten halagados los ojos llenos de admiración, ahora que desde la planta baja han subido muchos, probablemente invitados a hacerlo según un programa preestablecido: honestos sindicalistas en un desfile, cada cual como si por imitación del que lo precede en marcha tan lenta y a la vez en observancia de un rito prescripto, sólo tuviera un proceder, ya que nadie lo altera: asomarse a la habitación desde la línea de su umbral y por la extensión del propio cuello atrapar, de lo que allí dentro sucede, lo que pueda caber en una mirada somera y discreta, y tras otra breve como complemento, dar una media vuelta a lo perro, llegar al tramo de escalera y bajarla disciplinado. La parte del espectáculo en manos de un régisseur, piensa él. No los desbordes del pueblo en movimiento, que se producen en forma espontánea regidos exclusivamente por la improvisación.

Una voz detrás de él, comentó:

"Los de ahí adentro son revolucionarios de oro"

Como si también los aludidos lo hubiesen sentido, varios notables sonrieron. Y de seguro oyeron pues esa persona habló en tono retumbante: algo que en su mente resuena aún, por un momento, alrededor de ese cuello largo que levanta bien arriba una cabecita de adulador, pequeña pero con mucho cabello y desde donde los ojos nebulosos miran doquiera y con insistencia, como

los de una jirafa.

De repente, las amapolas parecen haber llegado a un acuerdo respecto de la tela que deben tejer. Ellos, que han hecho y deshecho varias por espíritu de facción, y han de tener aún medio madejón para desovillar, comienzan aplaudiéndose todos, como para celebrar la consecución del propósito que los ha reunido y dar a entender que muy pronto saldrá del horno y crujirá como pan fresco, algún comunicado aprobado en forma unánime.

Por su lado, al mirarlos mejor, insiste ante sí mismo en dar por demostrado, por esta otra conducta de los notables, un **animus ludendi** que rige desde el inicio y ahora tan solo adquiere una forma distinta; así como un niño, tras un rato de entretenimiento cambia por otro juego. No lo asusta: es su vieja opinión, que en toda acción, estado o condición, cada uno juega siempre aunque en diferente medida; y que ello acontece hasta en el ejercicio normal de una jerarquía. . . o sea se juega al rey, al presidente de la república o al obispo, y del mismo modo en otros papeles aun encarados con la máxima seriedad, es decir los de marido, esposa, desgraciado o suertudo.

En este momento, desde la sala, si bien conversan aún en forma inaudible; o quizá sólo hagan finta de hablar por hacerse ver, nada más; los notables dejan escapar alguna que otra frase para que llegue clara hasta el patio. Todo ello relacionado con un rollo de papel presumiblemente escrito, que mantienen desplegado sobre la mesa. Y de la manera como con los dedos señalan en él, parecieran estar valuando palabras bíblicas. Ha de tratarse de un proyecto de manifiesto o un texto ya impreso definitivamente y para aceptar o rechazar.

" ¡Proclama!" —exclamó el de la bandeja, quien acaba de salir de la pieza.

Pues al servirles esa gracia de Dios para glotones, ha tenido la ventaja de palpar la cosa de cerca, que él Andriolli por su parte cree ahora muy otra de lo que ha estado imaginando. Por cuanto el entusiasmo, a este informante le corre por los dedos, fuera de que en efecto le aproxima una mano a la mejilla como para que lo compruebe.

"Vea hasta dónde estoy lleno de nervios activos. . . Ellos son nuestros padres. Se diría que por mucho tiempo, esta tarde, han hablado por nada; pero hete que los encara el propio pudor y la proclama se levanta hacia muy alto como un cohete festivo. Y si los reaccionarios no aflojan, pienso de nuestra parte en incendios en cadena y en las próximas horas"

Quizá por qué intuición o por haber realmente un régisseur, muchos compañeros, de seguro amontonados desde largo en la planta baja, están llegando al patio generando una compresión en aumento y por tal aflujo, él Andriolli muy pronto termina en el centro de un gentío en ebullición. Y como algún comentario pronostica 'ira popular' y otros se refieren a incendios que se verán en toda la ciudad antes de una hora, a medida que versiones de esa clase se propagan entre los recién llegados, estallan aplausos en retardo o hay gritos de júbilo, mezclados con anuncios de bastonazos en la cabeza de industriales

de nombre conocido.

Cleto, como le ha dicho llamarse el de la bandeja en un aporte espontáneo, está interesado preferentemente en él, descuidando a los amigos y conocidos que demuestra tener entre los que siguen viniendo desde abajo, algunos con ceños poco cordiales. Y para tenerlo más consigo, lo saca del atolladero y en un aparte le expresa:

"Fuerte la declaración. Por lo que puedes irte y dispara ya. Déjame tu dirección. Sé que podemos estar de acuerdo en muchos puntos y hacer una tortilla para dividirla en partes iguales" —y guiñándole un ojo en forma extraña, añadió —"Es lo que quería decirte de entrada pero tuve que dejarte esperándome"

Él mira a este nuevo papá suyo y sospecha que lo haya tomado por un informador de la policía. Y casi tiene confirmación de ello cuando, volviendo a la hostilidad del momento en que lo retiró de la sala con esos tirones, le pregunta:

"¿Qué estabas buscando al fin y al cabo? Estuviste en el primer momento por empezar con alguna referencia, pero te quité la palabra. Por lo tanto y a la carrera, te conmino y lo que me contestes no lo usaré en tu perjuicio, ¿qué has venido a buscar aquí arriba? Podrías ser un empleador averiguando algo... ¿Pensabas poder llevártelo bajo el brazo como un ladrón?" —lo acosó finalmente, mirándose por si acaso las manos no aptas tal vez para puñetazos pero sí para clavar un estilete.

"Hablaremos más en privado en cualquier instante" —rogó en respuesta; por otro lado sin deseo de aclarar el porqué de haberse tomado también éste la libertad de tutearlo, para más con esos aires de jerarca.

Pues su viejo entusiasmo por el sindicalismo se está apagando de golpe y sólo piensa en salir cuanto antes de estos lugares, ahora que aumentan los comentarios de los presentes y se inclinan unánimes a augurarse fuego y ruinas en gran escala. Como si el mundo, hórrido o hermoso, lo hubiesen levantado ellos y el derecho de destruirlo fuese por oler a sudor, y uno a tintura de yodo y otro a un quitamanchas. Se están arrogando el título de quien, desilusionado de la comedia escrita en los años mozos, la echa a las llamas. Pero a éstos les falta el visto bueno de sus antepasados, que ésos sí se mataron por construir casi todo lo que está todavía en pie en la ciudad.

Este Cleto, retirando tan bajamente el fácil ofrecimiento de amistad duradera, lo pone en un apuro con ese tono de bandido, al intimarle una explicación y ahora al conjeturar en voz alta delante de varios en escucha, que 'el amigo puede estar aquí para rapiñar algo no muy preciso pero incluible en alguna forma de secreto sindical'. Por lo que ya está rodeado por una general desconfianza y hay quien pregunta de qué 'pescado' se trata.

"Veo que tenemos al alcance de mis puñetazos, a grandes individuos para quienes no somos buenos acompañantes. Y lo peor es que sucede en nuestro propio territorio, esta casa acogedora".

Y el que lo dijo, sacó de debajo la camisa, un garrote y lo golpeó contra el piso. A su vez, con la cabeza casi extraviada, jugó una última carta:
"Tengo el dos mil como afiliado y. . ."
"El número tres, posee una cadena de negocios y mata a sus dependientes más que cualquier otro patrón" —le replicó el propio Cleto, poniéndosele definitivamente en contra.

Pero al rato pareció cambiar de idea, pues haciéndole caer un brazo propio en uno de los hombros de él, como por afecto improviso pero a la vez dándole el mazazo con gusto, dirigido a los más próximos y señalándolo con desgano exclamó:
" ¡Muy tímido y con nada suyo! Un caro amigo mío desde hace cien años".

Cleto, que desde bastante había apoyado la bandeja en el suelo, ahora se asoma sobre el tramo de la escalera y con los brazos extendidos grita hacia abajo a los que siguen subiendo, 'que nadie más cabe en el patio'; a la vez que con el cuerpo y gran esfuerzo, trata de parar la embestida de los más exaltados: los que estando ya arriba, pretenden avanzar a toda costa. Y en las discusiones que por tal motivo tiene con esos oponentes, acepta que los ya ubicados son en efecto privilegiados, pero de derecho (se lo acusa de querer diferenciar abusivamente).
"Sí, compañeros" —insiste— "llegados con anticipación para apoyar la proclama y no en retraso como ustedes por haber querido arreglarse las uñas de los dedos y de los pies".

Por fin los excluidos parecen conformarse detrás de una línea ideal a la llegada de la escalera. Pero como Cleto hace odiosas excepciones; pues son demasiados los que según él vuelven de alguna diligencia importante o un encargo riesgoso, teniendo en cambio el aire de recién llegados; desde el inicio del tramo en la planta baja, sube, haciéndose gritería en el arribo al patio por añadirse las voces de los que están a un paso de cruzar esa frontera marcada por los brazos alerta del prepotente custodio, un fuerte coro de protestas que sin embargo no obtiene nada. Cleto se hace implacable con una nueva excusa, la de una orden recibida; de la que, según dice, 'es de mi estricta incumbencia el cumplimiento riguroso'. Lo peor para los rechazados, uno de los cuales expresa que es una 'injusticia burguesa' y no 'injusticia justa', es que en el patio mismo, queda todavía lugar. En efecto los privilegiados tienden a estrecharse delante del ingreso a la sala, para que los de más atrás puedan acercarse, para ver mejor, entre tantos como sea posible, a las amapolas, envueltas gradualmente, por nublarse el cielo y decrecer con ello la luz natural que penetra desde una ventana, en una penumbra de cuadro al óleo; la que presta a los gestos, al faltar un habla audible, un matiz de misterio o de celebrantes en algún rito extraño, detalle al que se pliegan con las posturas hieráticas que asumen varios de ellos. Pero de pronto un notable, sin largar palabra, cierra la puerta hacia el patio empujando sus dos hojas secamente, en la cara de todos. Y cuando desde afuera mandan a un chico para que sea un inocente quien reabra y se restable-

ce la visión completa de lo que acontece en la habitación, alguna amapola, fingiendo no haber advertido la desobediencia, trata de nuevo de ser bien notada y admirada y alguna otra se afana por aparecer como si en lo que está diciéndole a las demás, en el infaltable susurro, tuviese a sus espaldas para inspirarse a la propia Ninfa Egérea.

Ahora es el turno del grande con la excrecencia cerca de la nariz: lleno de nervios y con exagerada demostración de estar harto y para sostén de la importancia que se está confiriendo a sí mismo, cierra de nuevo ambas hojas, como si en un acto de exorcismo excluyese espíritus. Lo que no impide, detrás mismo de los que estaban pegados a ese ingreso, que varios, en el esfuerzo por alargarse sobre la punta de los pies a fin de otear por encima de las cabezas que los preceden hasta esa puerta, forcejeen a tontas y locas, ilusionados de poder ver en la sala ahora que sólo queda para imaginar lo que pase ahí dentro.

Ante una exclusión tan terminante, Cleto dejó mayor libertad a los contenidos en la escalera, si bien les previno:
"Adelante el que pueda hacerlo, pero ordenadamente y apretándose lo menos posible. Cuando esté el huevo, Mirto en persona abrirá la puerta sagrada y leerá el huevo-proclama. Pero por el momento dejen todos de mirar en esa dirección. Esa entrada cerrada no filtra ideas ni tiene tetas donde chupar algo, de lo que esté pasando en este momento".

Y como le llueven preguntas; pues por los meneos que hace no excluye, requerido al respecto, de estar bien informado; cerrando los ojos varias veces seguidas para su propia vanidad, responde en las distintas direcciones pero permanecido en lo genérico y con frases de más que no ayudan a poner el pensamiento ajeno en el buen camino. Lo que se desprende en concreto, es que en el mayor orden y en fila india todos tendrán la ocasión de intercambiar un apretón de manos con 'estos héroes nuestros'; calificación unánimemente aceptada por descontarse que un par de amapolas terminarán en un calabozo y que ello será la chispa que provocará el gran incendio.

El tiempo transcurre, la puerta sigue cerrada y salvo el refrito de los mismos temas de parte de algún porfiado y cual comentario principal, en los varios grupos formados espontáneamente y siempre mudables en su composición, si bien haya alguno más estable, se conversa animadamente de los partidos de fútbol del último domingo. Sobreviene así una vivaz discusión acerca de quién fue el 'artífice' del famoso empate, logrado en el minuto veinticuatro según unos cuantos muy altivos y poco dispuestos a ser contradichos, y en el veinticinco según otros más razonables. En medio del ruido y la algarabía que esa diferencia de pareceres provoca a la postre, por su lado ve llegado el momento de meter la pregunta por la que ha venido al sindicato. Consigue dirigirse, abriéndose camino a codazos para poder acercársele, a un hombrecito todo pimienta con los demás y que a él en cambio le sonríe, casi sin motivos y ciertamente sin segundos fines, tan solo por instintiva simpatía según

cree interpretar. Pues hasta le ha empleado una guiñadita. Y con el que tiene en común la indiferencia por el fútbol, una causa que ya envuelve hasta a quienes por haberse colmado el patio en los últimos instantes y siendo ellos recientes en el punto de llegada del tramo de escalera, están de hecho en la imposibilidad de aproximarse. Y por alcanzarse improvisas coincidencias entre estos excluidos y algunos del patio, respecto de quién antes del simple autor del tanto merecía ser considerado el creador de lo que comportó el empate histórico, las relaciones entre las dos orillas han mejorado mucho y ya reluce algún ejemplo de cordialidad recíproca bien manifiesta. Y así hay cada vez más acceso a los dos lados, aunque en el grueso, por un amontonamiento que va creciendo, cada uno está constreñido a quedarse clavado en su sitio. De repente, apreciando lo que suman pese a ello las inserciones en el patio, Cleto grita:
" ¡Cuidado con las billeteras! No es de mi resorte pero el dinero cuesta ganarlo. Con esta advertencia bien sopesada en interés de ustedes, ¿por qué no se adelantan los de la escalera como los leones en el circo máximo al comenzar el espectáculo con los primeros cristianos para devorar?".

Una exhortación que es una burla, justamente por no caber un alfiler en el patio; pero que significa, al estar comprimidos como los componentes de un mosaico, la generación de oleadas de gente acrecentando la presión contra la puerta de la sala. Por lo que los que están frente a ella, deben valerse de sus manos apoyadas a las dos hojas, para contener los fuertes empujones en sucesivos intentos y recurrir a fatigosos rechazos de la marea. Él mismo, tomado entre muchos, queda sin movimiento posible pero por lo menos al lado del hombrecito. Y cuando, en una nueva oleada ambos se hallan mejilla con mejilla y el fulano se ríe vulgarmente, es la oportunidad para la pregunta directa:
"Hablando cual amigos. . . ¿sabe si se ha adherido la firma maloliente que responde al nombre de. . ." –y como si por fin la recordase mencionó la suya. Y tras una pausa continuó: –"Trabaja allí un sobrino mío. Sé que han interrumpido toda actividad sin dejar ninguna guardia. . . por lo menos donde funciona la oficina contable, más bien teneduría de libros. Una sección poblada de lobos sin mucho espíritu sindical" –y dichas estas palabras estudiadas, retorcidas adrede, cual Andriolli avivado quedó abiertamente a la espera.

Su interlocutor, ahora que por su parte ha podido separar sus mejillas de las de él y puede mirarlo a fondo y tan de cerca, posee un semblante poco confiable. Por lo que se propone apurarlo para la respuesta, pues si por su lado llegara a soltar un pie, habiéndose metido en este aprieto y estando a media subida,acabaría cayendo en algún precipicio.
"Hablo de eso" –añadió dispuesto a jugarse el todo por el todo– "porque aquí dijeron que Ud. está siempre muy informado. Por lo que le reitero, pero por mera curiosidad, ¿es cierto que personal de esa sección de cuentaporotos ha venido, ayer u hoy, a pedir ayuda por una rencilla interna? Algo que para

mí es inadmisible, en momentos en que aquí dentro se debate nuestra sobrevivencia como clase. . . La empresa ha promovido a un pobre Cristo, para ocupar la vacante de jefe de la misma oficina, decisión que algunos de los empleados critican, pero no la mayoría. Todo demasiado doméstico para traerlo. Pues cuando llegaran a un acuerdo en familia, ni se acordarían del sindicato ni del tiempo que le habrían hecho perder. La historia insulsa de siempre"

El hombrecito espera ceremoniosamente el instante de poder afirmar su pie, pues un reflujo lo ha hecho tambalear. Y en seguida después, le hace señas de no aturdirlo con más agregados, por haber entendido todo.

"Le diré. . ." —arrancó el tipo.

Pero se detuvo porque sobrevino algo inesperado: se abrieron hacia adentro de par en par las dos hojas y tan de golpe, que varios apretados contra ellas perdieron el equilibrio ficticio e hicieron una carrerita involuntaria hasta más allá de la línea del umbral, por lo que afuera varios voluntarios restablecen el sitio donde retomarlos. Pues si no se respeta el límite anterior, la amapola con la excrecencia no la acaba con ese pie que ahora golpea insistentemente en el piso en señal de impaciencia. Y aun reconstituido el borde a la postre, esta vez no le es bastante y continúa su zapato tamborileando en el mármol de entrada, cuidando con mucho celo de no salirse de allí al dar esos golpecitos nerviosos. La gente comprende y el silencio se ensancha, pero tras haberlo pedido varias voces imperiosas, obedecidas a duras penas: entre ellas, algunas desde la planta baja y quién sabe inclusive desde la calle por adhesión sucesiva a esos reclamos, que antes han de haber llegado por las leyes de propagación del sonido y luego, gracias a las mismas, vuelto en respuestas acordes. Indica que no sólo en el edificio sino también en sus alrededores, ha de haber mucho concurso.

De los últimos llegados al patio, la mayor parte hace acto de mera presencia desde lejos y en la imposibilidad de avanzar hasta tocar la puerta sagrada, tras echar vistazos redesciende en paz.

Por su lado, el de la excrecencia, afirmado el silencio finalmente, en tono airado, lo que hace confusas sus palabras para los más distantes, expresa: "Por todos los Santos, ¡nada puede haber bien refinado tras tanto aquelarre!"

Y juntando con fuerza las dos hojas, los deja a todos sin la sala y lo que en ella ocurra. Y el gesto ha sido tan violento, que ha sacudido el maderamen y hasta la pared.

Los presentes, con sonrisitas y a veces el mohín travieso de los escolares regañados por el rector del colegio, siguen callados o hablando en voz queda, manifestamente desilusionados. Frustrados algunos por un sentido de culpa, pero no tanta como para perder, a la primera oportunidad que llegue sola o creen ellos mismos, la disposición de ánimo a las travesuras o a los actos de ingenio.

El hombrecito, requerido por la mirada de él llena de interrogación, se po-

ne a predicarle con voz aguda, lo bastante alta como para ser oída por los más próximos que agucen la atención, varias tonterías; pero hete que también sale con lo peor:
"Ignoro si han venido por ayuda contra ese piojo remozado. . . Sé que esa firma, en la totalidad de su personal, se ha plegado a nuestra huelga sin reserva alguna. En cuanto a ese jefecito que a Ud. le quita el sueño, joyita de muy escaso valor, yo. . . '
Por su lado no puede menos que pensar en Carovino como deus ex machina, pero no conviene aclarar el punto.
"Hablo de ese pajarraco que quiere mirar a sus pares hasta ayer, o anteayer, desde una atalaya, olvidándose de que son tiempos de igualdades y de libertades descaradas y de un nuevo orden ya muy cercano, en que no habrá más gobiernos ni cabezas de hombre sobre otras cabezas. . . Si lo tuviera a mi alcance, lo achataría para bien público, como un insecto. ¿Qué bestia es, si de salida, recién juntado con los prepotentes ya provoca disgustos?".
"¡Rebanarle la cabezota!" —dijo una de las pocas mujeres que se veían en el patio.
Y un gordito puesto ahí como si fuera una comparsa y para aplaudir a reglamento, regocijante de los pies a la cabeza la felicitó. Otras miradas, sin entrometerse se limitaron a indicar a los infractores del silencio, la puerta cerrada con semejante indignación por el notable.
Ahora el hombrecito le desliza un brazo debajo del suyo más próximo. Y como si lo que acaba de decirle correspondiese a un lado demagógico de su personalidad y en privado con otro se sintiese un pequeño burgués, le aclaró más cerca, y tomándose la confianza de contarle los botones del saco y del chaleco y tras mirarlo en los ojos:
"Entre nosotros. . . ¿te parece que puedan interesarme y merecerme un juicio de desaprobación, las proezas de ese fulano? La doctrina no me adoctrina hasta el punto de responsabilizarme yo de apreciaciones a la ligera. Quiero vivir muchos años y disfrutando, no haciéndome enemigos baratos. Ese cigüeñal a la larga hará las paces con las ruedas sobre las que camina el progreso y la misma actividad cuentaporotos. . . Cigüeñal es el del mal paso, y ruedas los dependientes que han quedado a sus órdenes"
Medió una pausa; y ahora la carga directa:
"¿Y el delegado sindical, si el cigüeñal no eres tú mismo. . . qué piensa de ese monstruo?"
A su vez sacudió simplemente los hombros en una indicación indefinida. Su mente está centrada en los cabecillas de la sala; que hacían ese silbido complejo al hablar tan bajo como curas con las palabras de la consagración. Silbidos que escapan quizá del vacío dejado por algún diente faltante, por las golosinas comidas para no fumar, en los años de amarga preparación. Y además las tortas, como la que sobresalía con vistosidad en la bandeja de Cleto y que no han de haber faltado en otras bandejas a cargo de esbirros, iguales a

éste cuando lo sujetó por la cola como si entrar en la casa del pueblo fuese hacerlo en un gallinero. Y por un conjunto de pensamientos, al delgaducho de la bomba lo imagina en el centro de una iglesia, agitando el turíbulo en un funeral con muchos ataúdes de huelguistas agresivos, caídos en la plaza en choques con las fuerzas del orden. ¡Maldito monaguillo sumiso, que a escondidas participas en la redacción de proclamas incendiarias! No; Andriolli no aprueba revoluciones no bien maduradas, ni actos sediciosos de desconocidos que no sean cuando menos contribuyentes o padres de familia. No considera buenos los alzamientos sin un editor responsable. Ni ve necesarios los sacrilegios contra el altar: no corresponden; en especial cuando uno continúa, no enemigo ni adversario sino tan solo indiferente,y más por desganado que por una definición principista, respecto de la liturgia. Por otro lado, tampoco está dicho que un día no retome como Chateaubriand, por una exigencia estética. . . las comunicaciones con la Iglesia. Decir no, para siempre, al Credo recitado con esa convicción por mamá, es atarse para los años venideros. Cada período de la vida tiene sus reglas y sus frivolidades. Por lo que no cabe el despotismo de esta mente actual, cuando presume legislar con fuerza de texto constitucional y por lo mismo duradero, que no estará nunca más recogido en una cara de santurrón con un corazón para ello. . . Tampoco entiende que a tontas y locas se quiera anular la propiedad privada. Para él es una ladina que se colaría en las nuevas instituciones llamadas a repudiarla, y en los bolsillos de los más puros revolucionarios, a fin de recobrar de a poco el mando aunque fuere bajo formas disfrazadas. Pues es vieja y no chocha y con su multiplicarse para estar a disposición de un número creciente de manos, y hacerse simpática a gente que a menudo se la encuentra servida sin más esfuerzo que recogerla tendiendo los brazos, demuestra una vitalidad y una versatilidad que no aprecia que posean las restantes fórmulas. En suma, en lugar de arrojársela de encima, mejor tenerla sujeta a la traílla. 'Señora propiedad, no te equivoques. . . O caminas derecho o te hago más corta la tira de cuero con la que te gobierno'. Su temor es por tantos profesores antojadizos, constreñidos mentalmente a la nueva receta para la panificación revolucionaria. Parecen no preocuparse por tantos horneros que se llevarán ante las cortes marciales y sucesivamente serán eliminados; por lo que el resultado inesperado será el de que los distintos panes materiales y espirituales no tengan las formas y el sabor deseados. ¡Buenos hacedores de palabras y nada más, ya ha visto demasiados! Por eso él es un solitario desconfiado. Sin embargo, aun con estas reservas, no cortará con el sindicato. Primero, para evitarse problemas: si bien a algunos, empezando por el flacucho con la bomba providencial, les augura una caída de cabeza desde el peldaño más en alto de una escalera de mano muy muy larga. Literalmente odia a todo el grupo en la sala, por esas caras de tribunal receloso. Y les rompería a esos notables los huevos en el canasto; en parte por lo respirado en su casa: ese espíritu reaccionario, aunque allí no reinaba la abundancia, hacia los de medio pelo cuando alzan la cresta. No por

ello secundaria la Policía, a la que no perdona muchas cosas y tampoco ese abuso respecto de los dos jazmines empujados, con ese medio ojo de boyero de alma dura, por un simple cabo. Obviamente si éstos aquí en el patio por fin ganaran, significaría de suyo que algo estaba enmohecido, siendo por ejemplo intolerable la costumbre de no abrir las sacristías a la higiene del sol. Sin contar la moda de privarlas de ventanas coquetas a la calle y balcones de toda clase. O la otra tozudez, de parte de reuniones de individuos, de tratar a puertas cerradas y no en pública discusión, la entidad de lo verdadero, lo bello, lo feo, lo legítimo y lo ilegítimo. O sea clandestinamente definirlos y hacer de tales asertos, normas de observancia casi siempre obligatoria. Por lo que preguntaría: '¿pero con cuál autoridad tan pocos como ustedes legislan? ¿No entienden que para algunas conciencias sensibles es aumentarles la carga ingénita de fastidiosas culpas absurdas?'
"Por lo cual tu chismoso sobrino, antes de emplear una santa violencia con ese cigüeñal, aguarde la lluvia de fuego. . ." –le recomendó el del garrote, parándolo.

En efecto, a las calladas él trata de dirigirse hacia la escalera. Y tomado de ese modo brusco, también esta vez desde atrás, su primer impulso es mandar al diablo al importuno, pero debe cambiar de propósito por las palabras consoladoras que le siente, dichas con sinceridad.
"Vete con mi amistad y acéptame como acompañante tuyo desinteresado si me hubieras de necesitar. Porque si no fueras de los nuestros, ya te habrías hecho humo"

Y mientras, soltado por el tipo, con avance difícil y fatiga, por el lleno, progresa hacia el tramo, oye que lo está alabando. Lo deja decir, con absoluta indiferencia por esas palabras favorables pues teme que de pronto cambie el viento en esa cabeza voluble y el fulano mude la exaltación en acusaciones e insultos. Logrado por fin ubicarse en el primer escalón, entre tanta gente con olor a tinturas o a sudor comienza a descender con cautela esos peldaños colmados y, primero sobre uno de ellos y así con los sucesivos, ya tiene media bajada en su poder, para confortación de su afán por huir de la apocalíptica lluvia de fuego que presiente en caso de no escapar de aquí dentro. Pero son también los demás en sacárselo de encima y mandarlo hacia abajo, haciéndolo a veces girar sobre su eje como una batidora de alimentos; a lo mejor para catapultarlo después en cualquier dirección. Sin embargo desciende, pues tomado como es con frecuencia entre dos caderas, vez por vez obtiene por fin un escape. Y así, quizá por obra de un transpié, llega a destino. Rozado y tocado en todo el cuerpo y con la sensación de bajar de un columpio descentrado, en un parque de diversiones. Incólume, eso sí.

También aquí en la planta y hasta la salida a la calle, hay muchos asistentes.
"¿Qué pueden estar borroneando, algo para una antología? Abran el libro sacro. Es cierto que también en él la charla sobre el capital es muy extensa,

pero por lo menos hay frases para que se recoja el pueblo en una santa unión y al momento justo se convierta en un torrente impetuoso y devastador en buena ley. Todo lo que el pueblo haga será bueno por su título sin cortapisas a hacer del mundo nuestro, lo mejor que le plazca. Al pueblo la última palabra acerca de lo bueno o de lo malo de cada cosa, aun las aparentemente estrafalarias o absurdas. La terminen pues nuestros hombres del primero, o la proclama la escribiremos nosotros todos" —concluyó el que hablaba, quien le es ocultado por varios cuerpos que a él le forman un paredón.

Esa incitación es recibida de diversas maneras. Una mujer con pantalones encima, asume la defensa de 'los héroes de la sala'. Por su lado, oye el mismo zumbido que allá arriba había subido desde aquí. Y la voz del que acaba de hablar y ya reanuda la perorata ahora con mayor violencia aún, está seguro de haberla escuchado en algún lugar. Le es casi familiar pero no alcanza a determinar en seguida, a quién pertenece. La misma, esta vez como trueno, está reclamando directamente un estallido revolucionario para antes de la medianoche, aclarando que si no hubiera otros medios no se vacile en emplear las armas de los abuelos 'ya que todo mata en forma definitiva y nada a medias'. Grita que no hay más motivos para postergaciones y opta por la horca en lugar del 'clásico tiro en la nuca', por ser admonitorio ver la noche después, 'los cuerpos colgar bajo el claro de luna como envoltorios sombríos'. Y declara con brío romántico, que está dispuesto a privilegiar el trozo de cuerda, para que el reaccionario que llega al cadalso, muera 'con la sacudida bien animal a la vista, de su cuerpo. . . siniestra pero muy justa despedida del mundo que tanto deshonró'

Ya que tiene ahora alguna vía libre, adelanta entre un corpulento y un fulano cenceño pero musculoso, quien, al tratar de zafarse de la adiposidad del otro y lograrlo, a él le sirve para librarse de ambos. Pero faltan para la calle unos cuatro metros y tendrá que ladear a un nuevo obeso, como si a éstos les hubiesen tocado retreta y estuviesen todos juntados aquí. Tiene sin embargo que aguardar que voluntariamente, con esa cara de estar inculpando al prójimo de sus kilos, el gordo se avenga a distribuir el líquido de su panza acuosa en otras partes del físico, incluida la garganta donde se le infla el bocio por esa contribución. Al hacer por su parte y en coincidencia con esa estrategia un sacrificio máximo, pues necesita más del que había supuesto, se siente auxiliado por la voz conocida y no individualizada que no ha parado de hablar. Se le aparece como claramente oída en algún momento, pero no se le forma la trompa de donde es emitida.

El lleno aumenta en este final y se entrecruzan las oleadas a medida que la calle parece más alcanzable; si bien ahora lo que más importa es no topar con ese hablador desencadenado que, ya tan encima, está por suerte enquistado en un grupito de exaltados que acompañan sus palabras levantando los brazos y pateando. Grupito imprevisto, como de hongos alrededor de una morera tras una lluvia primaveral. Si realmente es un conocido, mejor no verse, pues

pensándolo bien debe cortar, sin darlo a entender, todo nexo con lo que se está viniendo en el plano político y social. Pero hete que se hace un vacío y que sus ojos penden como los de un mentecato, de dos labios carnosos que le llaman la imagen de un oso hormiguero. Y desbaratando ese juego independiente; el de su fantasía, con propias leyes de asociación de ideas; pertenecen al de cara grandota, que en el café lo confundió con esa tontería del río y del álveo cual un dilema del conocimiento. Es el hablador de todo este tiempo aquí en la planta baja, que ahora, 'a falta de otras armas', reivindica 'las tercerolas, más cortas que las carabinas y que cualquiera puede encontrar en algún desván clausurado desde años atrás, de alguna casa de campesinos, aquí o en algún otro continente'

Mayor motivo para disparar: en su propósito, será dejar esta casa para siempre. Pero como tiene curiosidad por saber cómo acabará este asunto con la autoridad pública, alcanzada la calle considera atinado apostarse, como lugar de observación, frente mismo al sindicato. Esperará los acontecimientos, en un café en la acera opuesta, casi en línea recta respecto de aquella puerta de ingreso donde entrará y desde donde saldrá la historia de un momento a otro. Justo del otro lado: por ello una visión cabal hasta en los detalles. Pues sin riesgo para sí, prevé el desarrollo: la brigada motorizada y la otra con los perros, que a bastonazos desalojan a los revoltosos empujándolos hacias las trasversales e impidiéndoles refugiarse en los negocios y zaguanes del vecindario. Y mientras tanto, para no perder la mano, los infaltables arrestos.

Al entrar en el local, se siente en la orilla resguardada de un torrente removido por una fuerte tempestad. Ha interpuesto pues, una prudente distancia entre sí y el alboroto de enfrente y de a ratos, con los gritos de esos alocados; algo que en su oído, inclinado al reemplazo, resuena como el estrépito de una marejada con alaridos de náufragos a la deriva.

Pero tampoco aquí hay tranquilidad. Ya en la entrada, un grupo que obstruye el acceso al interior, habla animadamente de los hechos en curso. Escucha para determinar de qué bandería son estos fulanos. Pero dan tantas vueltas diferentes alrededor del asunto, que es imposible orientarse. Y si maldicen, sin que se comprenda a quién, no se entiende si se inclinan por el capitalista o el obrero. Para colmo, uno de ellos trata de mezclarlo con lo que allí se afirma con obstinación pero siempre obscuramente, por lo menos para un recién llegado. Por lo que, aun sujeto como se encuentra a este importuno que hasta lo ha tomado de un brazo, se atiesa como un palo en lugar de apoyar esas tesis, no explícitas respecto de lo que quieren golpear o ensalzar (no sale del fuego para caer en la brasa). Desea conservar los ojos abiertos y no que este desconocido les ponga una venda con el jueguito de subrayarle ciertas salidas de los otros del grupo, a través de engañosos tirones a sus mangas o con esos dedos que hasta le buscan la piel hacia el codo, como si no se interpusiera el género de su saco a frustrar el intento. Demostraciones de un individuo que mucho mejor haría quedándose en su sitio y no fastidiar.

Desea pues pedir permiso y meterse más hacia el fondo, para hallar un lugar preferible a éste. Pero a la primera ojeada que le es posible con suficiente amplitud, aprecia que además de tratarse de mesitas ocupadas con amontonamiento, por gente que no parece tener vínculos, hasta donde llega su vista no queda ni una plaza disponible y los escasos camareros de allí, a quienes repite con ademanes una misma pregunta acerca de la posibilidad de ser ubicado indicándoles que tiene el garguero seco, no le tiran la cuerda acostumbrada que al que vacila como si estuviese cometiendo una imprudencia al pretender adelantarse, lo ayuda a ese repentismo indispensable para decidirse y con paso firme, hacerse el cliente resuelto que se estima a sí mismo por lo que cree valer y ya no teme la cara de nadie.

Por esa prescindencia de los mozos y las razones personales suyas de siempre, le resultó ineludible juzgar vano el propósito de desplazarse más adentro; sin contar la conveniencia de una ubicación próxima a la salida, en caso de pánico. Más hacia el interior, sería correr el riesgo de recibir algunos palos; por todo lo cual se allana a continuar con estos vecinos, de los que aguanta ahora en silencio, la voz áspera de uno de ellos quien habla por hablar y le rellena los oídos.

Desde hace un rato, cada vez él más incómodo, trata de ser rozado lo menos posible por los que tiene más encima, incluido un abeto que por suerte ahora se aparta para dejarle ver en ángulo la entrada al edificio sindical. Es la cortesía de un buen tipo, como lo ha de ser en el fondo, que ha de haberse dado cuenta de que Andriolli es como el apóstol Santo Tomé que sólo creía lo que puede tocarse; o de lo contrario, cual grandote está dando por descontado algún hecho gordo e inminente y desea que lo presencie. Algo se aguarda en efecto, pues aun los más habladores del grupo al que sigue sujeto, por primera vez se callan atraídos por el edificio: algunos, como si de paso, al dirigir sus pupilas hacia allí quisieran recogerle también las suyas para orientarlas de la misma manera, a fin de que sea cabal espectador de lo que ahí fuera acontezca de ahora en adelante. Y hasta ofrecerlo para testigo.

De pronto un bajito, siempre de su grupo, empieza a decirle cosas, lo que provoca algún gesto de fastidio de algún otro impedido de concentrarse mentalmente. El mismo, simultáneamente y como si tuviese una dificultad con él, pues le observa con aire de sondeo algo en la cara o quizá mire como buscándole otro semblante debajo del que él luce en la superficie, le pregunta con cierta resistencia, como si ahora físicamente le sintiese repulsión, quizá la de quien enfrenta un animal tiñoso:

"Hacia donde vamos, ¿también para Ud. es posible?"

Intuye que espera oírle un no y emplea una negación enérgica, que por lo que deduce de varias caras atentas a su respuesta, tiene el mérito de introducirlo de pleno derecho en la secreta actitud doctrinaria asumida por ellos. Pues su no, tan seco, arranca sonrisas de complacencia, seguidas por signos visibles de ser por fin cordialmente admitido a formar parte del grupo.

"No es posible, como Ud. lo ha aceptado inteligentemente, que nosotros. . ." —insistió el de la pregunta; no más desdeñoso, sino con el aire del que encara a un inferior pero en este momento tan merecedor que bien se justifica descuidar la condición diferente y tratarlo de igual.

Se detuvo en efecto por una uña, le mordió un sobrante, la limó con la manga de la chaqueta y continuó cada vez menos agresivo:
"Tras escucharnos conscientemente, veo que lo nuestro le interesa y está listo para aplaudirnos. ¡Bravo! Tenga la seguridad de que todos nosotros, desde la parte noble de la sociedad civil. . ." —y por la amplitud de la ojeada que le ha echado, comprende de haber aprobado el examen y de haber quedado incluido en ese 'nosotros'— "auspiciamos los palos de otras épocas. De los tiempos de Jesús Cristo. ¿No le parece sensato?"

Cual hijo de mamá y de sí mismo, trae de esa referencia a los palos de tantos siglos atrás, que esta vez son pensados para los lomos de los sindicalistas, asimilados a ancas de asnos. Es demasiado señor este tipo, como para prodigar amenazas que no sean en interés exclusivo del capital. Y pensándolo bien, el jefe de una oficina contable, le caiga o no a su vieja índole, está reducido por las circunstancias, en igual forma que el policía que conoció en el mercado, a deber mantenerse al lado del orden y del statu quo.

Mientras reflexiona acerca de tan evidentes verdades, mira de soslayo a sus acogedores vecinos y estudia con gusto sus caras de rasgos regulares y cargadas de voluntad, como es de esperar de amigos de la disciplina y de una sociedad para mejorar sin apresuramientos. Está a la vista que son alérgicos al rojo y sus incontables matices y se mantienen muy atentos a la diferenciación social y a su vigencia (salvo alguna actualización en las formas, más para conformar que por propia convicción). Y hete que se vuelven excitados, hacia la calle, con las miradas en paralelo y las caras indignadas de igual modo, sin que falte quien, llegado tarde a esa reacción, se recupera y se pone en seguida a tono y hasta se vuelve sin esfuerzo el más encendido en las mejillas, según acontece con los recién convertidos a un credo. Todo eso porque de varios vehículos, llenos de policías que empuñan armas y ostentan bastones, están saltando a tierra con fiereza en el aspecto y movimientos, tipos de distinta talla. Y sin perder tiempo, ya en la tarea, ni preguntar nada, a empellones y con algún golpe bien distribuido allí donde brote espontáneamente un signo de resistencia, asaltan a los congregados en forma multitudinaria delante del edificio sindical, produciéndose un gran desorden y la fuga desesperada de los más. Llegan también los camiones celulares y el más grueso es ubicado frente a la entrada y los demás en columna detrás de él, para sucesivamente ir reemplazándose cuando el inmediato precedente haya cargado su número de revoltosos e iniciado el retorno a la base. Habiendo sido víctima toda la jornada de hoy, asiste, abierto a una satisfacción (no por los pobres diablos que habrán de ser arriados, sino por una necesidad personal indefinida y de su incumbencia), a una justicia respecto de los males del vivir diario, o sea esta forma de que cada uno

tenga su porción, no por culpa sino por mero equilibrio aritmético. Para mayor saboreo, se mete las manos en los bolsillos y ya que le toca ver desde los balcones de la clase privilegiada, lo hará cual testigo objetivo y no como parte en el diferendo. Y hasta de estoico. . . o sea hombre de gran fortaleza e independencia y por lo tanto listo para pasar a la actitud crítica si la conducta oficial excediera los límites del buen sentido y de la prudencia (límites harto relativos, obviamente).

"Esta policía es siempre la misma" —gritó con desdén un señor muy señor, de su grupo.

Visto de espaldas y por el traje, luego definitivamente bien cuando por fin puede mirarlo de frente, es uno que, ya mezclado él Andriolli con esta gente y a la fuerza, como está aconteciendo, empieza ahora a hablarle generosamente. No por las poquísimas palabras que le emplea, sino por no tener con él ninguna reserva y en cambio derramarle una cálida simpatía. Este hombre, virtuoso desde la cara misma, amén de la buena apariencia general y de ciertos detalles favorables en su obrar y en su vestirse, con esa exclamación ha condenado la actitud reciente de un policía demasiado suelto de manos, por haber dado un empellón a un ciudadano equis y haberlo hecho caer al suelo. Mala acción, que no atenúa el dedo que le tiende ahora para ayudarlo a levantarse. Pues a esa mano auxiliadora para una mente sana, se sigue sobreponiendo la otra que se ha dado el gusto.

"Realmente cierto. . . Un policía que pudiendo cumplir bien su misión, la encara pésimamente. Una agresión que quedará inscripta en la retina de la gente humilde, por más que haya pretendido atenuarla con ese gesto final de samaritano. Pegan demasiado a la ligera, quizá por raíces obscuras yacientes en sus almas. . . en lugar de ser gentiles en las violencias que tengan por fuerza que emplear. Sé que tampoco los pájaros entran en una jaula de buena gana, pero hay otras maneras. O sea conservar un armónico equilibrio entre la materia exigente y las formas inspiradoras"

Y lanzadas tales palabras, salidas de su boca tan numerosas como si no hablara desde más de un mes y por ello tuviese el buche repleto y desbordante, buscó en los ojos del virtuoso una aprobación entusiasta de sus dichos tan a tiempo. Es sabedor de haberlos armado para halagar los oídos del entero grupo, al aparecer como un inteligente paladín de la causa de los privilegiados, rescatándola de las inútiles deformaciones que, al igual que la conducta inelegante de este policía mano larga, dan un carretel de razones a los adversarios. Con un rentista de nota como se ha demostrado su interlocutor con la salida tan oportuna, los escolios suyos a la misma tienen los merecimientos de los puestos al pie de página de los poemas de caballería.

"¡Cállese, hombre infernal, y será lo mejor que pueda hacer! ¿Qué ha dicho, por Satanás!" —protestó en cambio el señor muy señor, con una mirada severa y escrutadora— "¿Lo cree un policía honesto? ¡Cómplices de la chusma, nada más! Y lo seguirán siendo, mientras las brigadas policiales no estén compues-

tas de personas de claro origen y elevados propósitos"

Lo volvió a escrudiñar y absolutamente altanero continuó:
" ¡El acabóse! Vean cómo hacen subir al celular a ese bandido. . . el mismo que le dio un cazote en plena cara al otro agente. Sí, a ese pobre diablo, a la derecha de nosotros, quien aún no se recobra aunque por vanidad trata de mostrar que sólo fue una caricia lo que recibió. ¡Por poco no le arrancó esa nariz policíaca! El acuerdo tácito es tan cierto, que de la ley a respetar y de las normas duras, ellos improvisan una mera representación circense. Nada más que un espectáculo, allí fuera. Para que nos ilusionemos de estar bien defendidos. Pues llegados a destino, a las calladas los ponen casi en seguida en libertad y cada uno de los así agraciados, al salir de la comisaría saluda cortésmente, para no decir que es en forma cordial. . . al que está en la parte exterior, de plantón. En suma, todo farsa. Falta que les susurren en el oído:'Muchachos, la represión es mera formalidad. . . ¿o no somos de la misma familia?'"

Todo ello, el señor muy señor lo dijo en tono zumbón, pero muy enojado él. Y como si pese a la barahúnda que había en la calle, los policías pudiesen .sentirlo, les gritó:
" ¡Eh, agentes del orden, escupirlos adentro, no relaciones públicas! El pueblo contribuyente, os está mirando desde lo alto de su soberano e inapelable juicio"

También los demás del grupo están quejosos por la forma blanda y parsimoniosa como se recoge a los arrestados.
"Hay alguna violencia, pero falta el golpe. Podría ser simbólico, pero se necesita con urgencia, para que al entrar en los camiones no crean que es un paseo por motivos formales, estadísticos o algo por el estilo" –destacó uno del grupo, que hasta ahora no ha despegado los labios.
"Como si, siendo de ellos la primacía" –comentó otro, con gafas que le dan el aspecto de profesor de escuela secundaria– "este ciudadano no iría a parar, ya el primer día, al paredón"

Por su lado, considera estúpido que el señalado en forma directa para ese destino macabro, pues lo indicó con el brazo tendido haciéndole pegar un salto hacia atrás por ese meñique que de yapa le apoyó a la altura del ombligo, haya sido él. Él, que 'el primer día' nadie podría hallarlo: estaría subido a la cima de una montaña o de una loma, donde no llegue ni la inundación más temible.

Y no conforme con haberle asignado un papel protagónico aunque negativo y a la vez infausto, acomodadas las gafas, que en un movimiento de desdén le habían resbalado hacia la punta de la nariz, y con el aire de quererlo reprender, siguió:
"Pues los tolerantes, como Ud. ahora, son los primeros de quienes desconfían y que por lo mismo les proveen las cabezas con que pavimentar la llamada 'calle del porvenir', que se entrevé en ese librote acerca del capital, ya bastante

manoseado en Moscú"

Se paró para recoger aliento, como si fuese una detención en una carrera; y mirando a la calle gritó:

"Policía, ¡basta con la manera floja que empleabas en Petrogrado, mientras la revolución rusa estaba a las puertas de la ciudad!"

Esta salida suscitó comentarios en el grupo y fue festejada por el señor muy señor. Con el estímulo de tantas aprobaciones, el medio profesor (porque con esas gafas denota que trasciende de lo cotidiano y se diferencia de las medianías; además de la impresión que se obtiene de que esos anteojos con tan simpáticas manecillas concurren en definir una nariz que de otro modo sería incompleta, tan conformada como está para lucirlos con cierta gracia) sacó de una bolsita un grueso anillo y se lo colocó ceremoniosamente en el dedo medio, diciendo:

"Aun así y pese al desgano criminal de éstos de uniforme, por fortuna la propiedad individual resulta defendida por el simple despliegue que estamos presenciando, aunque falte un porcentaje de cabezas rotas para un mayor efecto duradero. Me habrían, allí fuera, arrebatado este anillo valioso, dándome por añadidura un par de cazotes y obsequiándome alguna risotada por mera bravuconería. Sus abuelos hicieron las guerras de los siglos idos, por el botín y la paga; no ideales. Con esa herencia en la sangre, aguardan la revuelta como la hora del hurto o el robo legalizados. Lo restante que se predica: nuevo orden, justicia popular, sol del porvenir. . . es una forma de ocultar la verdad, consistente en millares de gallinas que se desparramarán por nuestras casas y las señoriales, y aun en las humildes, para pisotear lo que haya. Los han corrompido y azuzado, los falsos intelectuales"

Él le notó otro anillo, ciertamente menos valioso. El fulano le agarró los ojos en esa apreciación y acotó desdeñoso:

"Mi sortija de casamiento, o sea un simple anillo de escaso valor mercantil. Por motivos tácticos, me lo pongo exclusivamente cuando estoy por volver a mi casa. Demasiadas mujeres y mujercitas por doquier y muy polígamo este dicente"

Por su parte, siguió a la expectativa.

"Señores. . ." —reanudó el medio profesor o directamente profesor— "es también la envidia en cuanto al lujo, que, pobretón. . . (y lo trato cual persona por estar encariñado con nosotros) da de comer a los necesitados, por lo que tendrían que aplaudirlo. En suma, bella o fea la cosa de la propiedad según la concibieron en tiempos tan remotos, ahora cabe defenderla con los cañones. Pidan nuevas sinecuras, se conformen con cambios moderados y los aplaudiré. Pero no se me hable de revoluciones, ni siquiera calladamente. Algún millar de años transcurridos, basta para demostrar que es necesaria la propiedad tanto como el pulmón. O se asfixia la sociedad toda"

Alguno del grupo frunce las cejas, pero no es momento para dividirse por aspectos secundarios, por lo que le indican al que está hablando de terminar

la exposición.
"Lo sé" –recomenzó– "que inclusive Espartaco era extremista. Extremista nato, diría. . . y que la misma canción vuelve desde hace siglos, como desde milenios las golondrinas para la primavera. Pero por lo menos este asunto de una revolución se lo guardaran en su privacía del mismo modo que un sueño, para algún día. . . Yo también los tengo de toda clase y no me desagradaría que se realizaran. Sin embargo no me arman la mano contra los reyes ni contra los plurimillonarios en dólares. Espero y espero; ninguna otra cosa más hago. Derecho de esperar lo tenemos todos: nosotros y los de enfrente, esos mismos que los señores policías empujan en los celulares para un paseo por la ciudad. Pero como los de enfrente quieren salir del sueño y concretarlo ya no más. . . debemos organizarnos desde ahora para la guerra privada, en lugar de confiar en esbirros asoldados"

Pensó un instante y completó:
"Valgámonos, nosotros también, del extremismo que ellos nos enseñan. ¡A organizarse ya!"
"Comparto su bella propuesta, yo que no tengo casi nada" –murmuró otro del grupo, quien exhibe la apariencia de tipo con otros fines; y cual escrúpulo aclaró: –"Nada poseo, repito. Pero no ataco a los ricachos, si al hacerse montañas de dinero y de valores obran en el sentido de predestinados. La compañía de los ricos ilusiona y es grata. Además el dinero genera progreso y hasta moraliza. Los peores vicios sociales están en los hacinamientos populares. Por la razón que fuere y que no me interesa pues no me incumbe. Encaro el hecho en sí, no sus causas lejanas o cercanas, ya que esto último es entrar en lo opinable. Señores, es mi ley de hombre filosofante: prescindir de lo opinable"

Y como alguien lo tasó de pies a cabeza y frunció el ceño, continuó:
"No he dicho que soy un miserable. Tengo algún lotecito de terreno rural como para obtener, transportándolos y uniéndolos, una finca discreta. Pero eso no modifica la realidad: frente a un jeque con pozos petrolíferos, soy un miserable. Y por tal inferioridad, ¿he de hacerme revoltoso y perder la compañía de ustedes? ¿He de hablar a la ligera de las multinacionales? Haga cada cual sus cosas dentro de las limitaciones heredadas, sea pobre o rico. Es el dogma más defendible: la igualdad consistente en poder y deber cada uno obrar por sí, a base de los propios atributos materiales y morales. Por eso es muy detestable querer llenar a los desheredados de heladeras, máquinas de todo tipo, etc., facilitándoles su compra por la vía del crédito rápido y corruptor. Es despertarles la codicia infinita. Estimular el acceso apresurado a tantos bienes superfluos, es llevar a la perdición a muchas almas honradas; nacidas para la vida santificante, algunas de ellas, del héroe; o el premio eterno, que no es decir poco. Por lo tanto no transijo"

Por lo que le atañe, abre los ojos dentro de sí: puede uno ser pobre, o como éste de poca fortuna, y apoyar el orden vigente. Es como inclinarse en el fútbol por una divisa. . . ¿Quién sabe cómo y por qué comenzó esa furia?

Para él, antes de batirse por Maio y contra el régimen donde se ha nacido, habría que saber de un psicoanalista si no se actúa por un viejo trauma que se haya producido al azar en nosotros, o provocado por un activista. Algunas locuras le parecen; sea que se consuman en silencio o lo acometan a uno como arrolla un ganado en una estampida; sin perspectiva, ni siquiera muy limitada. O sea sin futuro.
" ¡Policía, apalear! O si prefieres un éxito por las buenas, cada tanto tócalos para hacerles doler" —dijo el señor muy señor, procurando que los agentes lo comprendieran por los gestos.

Al no cambiar nada, de nuevo en el proscenio, esta vez grita:
" ¡Peguen, caramba! Con empujoncitos de escuela para mujeres, los inducen a hacerles frente, como lo estoy viendo. ¡Zanahorias, está en juego la suerte del principio de autoridad, no el color de mis calzoncillos!" —exclamó turbado, al ver a un policía acompañar a un arrestado hacia el celular, con el bastón levantado por sobre la cabeza del individuo pero sin descargárselo.
"¿En serio, desea verlos machacados y ensangrentados? Los tendría en la conciencia" —rezongó un viejo del grupo; distinguido y, a estar a la ropa, de muy buen pasar.
" ¡Bravo, me clava los colmillos! A mí que soy su aliado en lo sustancial. Ha de tener el manual del buen policía. Yo en cambio no me aguanto críticas y deslealtades cuando se halla en juego la Na-ción" —dijo, tartamudeando en la última palabra y muy enojado, el señor muy señor alejándose del que le ha formulado la objeción y tratando de que un par de cuerpos, también del grupo, los separen.

Y desde el nuevo emplazamiento, entre otras cosas, añadió, pero calmándose:
"Es justo, cada uno tiene boca para usarla. ¡Viva la libertad liberticida! Pues para ser puntillosamente dueños de dar a todo un enfoque personal, tendemos a una pésima dirección: la de autodestruirnos, sin pensar que ello significará el caos y la miseria colectiva. Por ser libres en grande, nos forjamos las esposas para las manos y los grillos para los pies. Respeto las testas de mi clase como la mía, pero ser tozudos por un mero detalle es ofensivo. Un cambio de modus operandi allí afuera y en el sentido que estoy solicitando, no expone a ninguna secuela negativa. No es elegir entre el cambio libre y el control de divisas. Todo esto lo digo sin guardar rencor a mi ocasional adversario. Pero, pregunto, ¿por qué en lugar de disentir por la insignificancia de un palo más o un palo menos, no ver que enarbolar una objeción de conciencia contra quien se yergue en el puesto avanzado para jugarse por el ideal. . . es humillar a un alma generosa en su momento más sublime? El del sacrificio sin el menor interés propio. Se me reconozca mi pureza de intenciones"

Varios le prodigaron demostraciones de afecto, además de alguna inclinación de cabeza en prueba de simpatía de parte de caras más parsimoniosas. Todo eso lo incitó.

"Muy iluso yo, que desde años reclamo un sindicato nuestro, basado en una férrea disciplina. Unir en él a las personas de bien; o sea de nuevo el ideal y quizá el sueño inalcanzable. Pero, ¿cómo no intentar, si es cierto que no se vive únicamente de pan? Cual reglamento para los admitidos, un catálogo oficial de lo que es bueno y malo para nuestras conveniencias de clase; pues intereses. . . la otra opción, hoy suena mal por estar de moda las imputaciones contra algunos vocablos. Acontece con castigo, obediencia, decencia, disciplina a lo militar, etc. Elenco, que sea un Evangelio para nosotros; y con los fines, aunque invertidos, del Capital de ese Carlos Marx. Que disponga, por ejemplo: ¡a la resistencia abierta, palos!, y no en las grupas, demasiado resistentes, sino en las cabezas, ya que la cabeza la cuidan con alguna superstición, como si fuera lo mágico en cada hombre. Justo, pues también ellos son humanos, objetivamente hablando. (Ningún prejuicio me ciega en terreno sociológico). Lástima que si uno de este lado se equivoca o se piensa que está errando, en lugar de asistirlo, los nuestros le tiran las orejas en público. ¡Linda manía!" —concluyó secamente y se ganó espacio para mejorar su respiración.

Los mismos de antes, vuelven a acercársele y prestarle adhesión y alguno lo adula llamándolo por su nombre de pila, o sea simplemente don Antonio.

Para él, aunque no tiene ganas de intervenir en nada de esto, ni siquiera con la mente, no es nombre para un señor señor (Marco Antonio sería otra cosa). Pero no le cae mal, si repara en el detalle, a un propietario campesino como ha de ser éste. Y a la vez que el nombrado exhibe sus uñas lustradas por una manicura, lo imagina en una casa con las verjas copiadas de una prisión, mientras en el corral adjunto canta un gallo. . . una de las voces más destacadas de la pacífica finca que atribuye a este hombre por mera intuición. Corral, que en este caso supone de seres vivos y alegres: alegría de dejarse engordar y un día tirar el cuello, para que el terrateniente pueda mantenerse señor muy señor aun en tiempos duros.

"Sí. En la búsqueda de razones, los intereses son de nuevo los eternos soberanos y se comen los frutos mejor sazonados" —comentó un insignificante, hasta ahora el más descolorido o decolorado del grupo.

Y aunque demostraba tener más palabras, para lucir esos labios salientes y túmidos, se dejó transportar y aplaudió a un oficial que, tras cerrar con llave el portillo del último celular, ordenó imperativamente que se partiera. Don Antonio, en cambio, queda con las manos extendidas como si estudiara las puntas de sus dedos, pero en verdad con la insatisfacción, manifiesta en el semblante, por ese aplauso; a su juicio, por lo que sugiere, inmerecido. Y también los cinco o seis que le son fieles y lo dejan pensar por ellos con esa forma de doblarse a su lógica, se abstuvieron asqueados de acompañar una manifestación de ese tenor en favor de la Policía. En cambio la facción antidonAntonio, visible en el grupo, celebró con varias exclamaciones de alivio esa partida, que cerraba los hechos. Y ahora que el camión se aleja, hete levantarse desde su interior una canción entonada en coro, una especie de Volga Volga o un

motivo muy semejante.
"¿Como los cristianos del 303?" –preguntó uno que trataba de contagiar al grupo, con su cara invariable de hombre alegre.

Es el que dijo ser, un 'historiador sin ambiciones' pero de 'una historia en vías de despertar' y en la que, según agregó, 'hago predominar la emoción y no la fría razón'

De pronto don Antonio pierde los estribos y cruza la calle para buscar una explicación. Se vuelve a un suboficial y a otras autoridades presumibles pero sin uniforme, que han dado instrucciones a los dos agentes ahora de plantón al ingreso del sindicato. Quiere saber como ciudadano contribuyente, por qué no se impidió la canción. Pero es mal recibido, pues por haber gesticulado sin rozar siquiera a ninguno de los policías, debe ingeniárselas de la mejor manera con un subcomisario, según se oyó llamarlo, quien, tomada en préstamo una varita la empleó para pegarle golpecitos en un brazo, además de encaminarlo a sacudones, hacia el local.
"Ignora el latín bendito" –protesta don Antonio indignado; de nuevo con el grupo – "Lo empleé con esos enormes asnos a cargo de la defensa de nuestras personas y de nuestros hijos y bienes, diciéndoles además de 'castigad para que no pequen', la frase que recuerdo quién sabe mal, 'castigad ne peccetur'; o sea en los dos idiomas ya emparentados por sí mismos. El subcomisario me respondió que no estábamos en la catedral, yo le repliqué con una mueca y de ahí la agresión con el palo finito. Pero el bien nacido soy yo y no llegará nunca a serlo él"

Con los dos plantones ante el edificio, donde las persianas han sido bajadas, y la calle libre bastante de curiosos pero cubierta de papeles y sobras, seguir en el local carece de sentido, así sin consumir nada ni tener él o los del grupo asiento disponible. Está volviendo la paz pública en la cuadra; quizá no del todo aún pero con un empuje uniformemente acelerado. Se levantan las cortinas metálicas, el tráfico sigue interrumpido aunque ya hay alguna persona pacífica que hace ostentación de coraje cívico estudiando el campo de los acontecimientos recientes y las caras de los dos policías de custodia, a la vez que de a poco se acercan a éstos para sentir mejor ese lugar que manifiestamente atrae.

En cuanto al grupo suyo, en el que tan casualmente ha venido a encontrarse, está por levantar anclas. Nada extraño pues, que varios estén observándolo mejor, aunque le molesta que reparen como problemas, en las formas de su nariz, boca y mentón y fichen, quién sabe cómo y para qué clasificación, y guiándose por su traje y accesorios, su clase social; y ya sin orden, todo lo suyo (inclusive tal vez su aliento y su paso como simple medio de locomoción). Y diría que están poniéndole números según una tabla de valores, a cada parte de ese inventario de su persona, así descompuesta arbitrariamente en ítems. Como con un ternero en el pueblo, los días de feria ganadera. Para peor, se detienen en aquello que más perjudica su apariencia, quedando a

veces como empantanados en la observación tan rigurosa (no como adquirentes en potencia, si pudiera haber compra; sino con la expresión ceñuda del moralista que ha encontrado en otro, cosas objetables). Pero es en la telita emplástica de la frente donde se retrasan con mayor porfía y en tal forma, que se siente asir y soltar ese pedazo de piel así recubierta, como se despliega una pieza de género y de un canto de ella se hace una oreja de conejo y palpándola y tironeándola, de esa oreja se estudian la calidad y con ello se estima el valor de mercado. Ahora, vueltos todos hacia él, le apoyan sus ojos diferentes en el cuero de los zapatos, aún polvorientos, lo acosan despiadadamente y se ven coincidir, sin valerse de un intercambio de impresiones, en tirarle encima litros de indiferencia.

Para cancelar esa repugnancia de clase, que une a los últimos del grupo aún sin partir, en el rechazo, pero a la vez provoca distintas explosiones de individualidad jactanciosa en cada semblante, se limpia primero uno de ellos, luego mejor el otro, pasándolos, más por el lado de las puntas, sobre el extremo inferior de sus perneras. Pero la salvación le viene de un rubiecito, extraño a esa turbación anímica de los otros como si por su parte fuera un apestado. No sólo: se le acerca, le ubica, bajo el brazo, un bracito esquelético que le presiona con molestias un lado blando de su costado; y le susurra en el oído, quizá así para no generar réplicas:
"Si se frecuentaran los sacramentos en lugar de reducirse al precepto pascual; ni estarían esos dos mozalbetes de enfrente impidiendo el acceso al sindicato, o sea cumpliendo el lado odioso de la Policía, que por el otro ochenta por ciento absuelve una misión elogiable; ni mis caros amigos le hubieran hecho el vacío tras haber respirado tanto tiempo el aliento de Ud."

Él sacudió los hombros, mostrándole su indiferencia provinciana hacia gente con ideas de los tiempos feudales.
"O sea, incomprensión del mundo selecto en relación con otro igualmente meritorio, es decir, creta contra la creta de un común origen. . . y atados todos a un mismo destino ultraterrenal" —insistió el rubiecito— "Y hasta por pertenecer todos ellos (yo no), de seguro al igual que Ud., a la misma parroquia, con los mismos santos a quien pedir protección"
"Y beatos" —completó por su lado, con ironía— "Y no se olviden los tronos y las dominaciones"— y recobró el brazo, sustrayéndolo al ajeno.
"Antes los arcángeles" —corrigió celosamente su interlocutor— "Fueron tres, sabemos sus nombres y hay certeza de apariciones corpóreas de parte de ellos, o sea se han concretado. Ni dejemos en el tintero al ángel de la guarda de cada hombre, ni el de cada Nación. . . Creo, como muchos teólogos, que cada una tiene el suyo"

Al oírlo, lo miró mal. ¿Qué significa hacerle cosquillas en el tímpano con tanta teología? Y como ya estaban lejos del local, caminaban muy al lado y sin testigos y faltaban metros para el cruce donde pensaba perderlo sin más ceremonias, le saltaron ganas de torearlo por esa gazmoñería que ostenta,

tanto al hablar como en ese bailecito característico e inconfundible, al menearse.
"Pero también la Iglesia ha hecho de las suyas, además de haber demostrado que no sirve para el gobierno temporal. Lo afirmo, y subscribo si quiere, con la independencia de criterio de quien en sus tiempos idos, tiempos muy buenos, rítmicamente pero con espíritu de prescindencia, sacudía un hermoso ejemplo de turíbulo, en las festividades del villorrio suyo. ¡Cuidado, siempre con ropa laica y no con puntillas y el resto, como un vulgar monaguillo! ¡Demasiado olor a lo femenil!"

El otro apareció muy afectado.
"Además" —continuó con ferocidad— "si el progreso es indefinido, lo dijo uno que sabía más que nosotros y hace ya cien años largos. . . ¿por qué su Iglesia no se moderniza en el espíritu, en las concreciones y en los paramentos con que se cubren sus druidos? Llamen a un experto **régisseur** y los espectáculos que ella ofrece, misas simples o cantadas, etc., y ya que son una representación, tendrán más lleno de público. Sé todo de su Iglesia y por espíritu de caridad verdadero, callo los amores carnales de Alejandro VI y los de la papisa. . . Todo ello leíble en libros de historia con el **nihil obstat** y el **imprimi potest**, o ambas autorizaciones" —y se le puso bien cerca del oído al hablar de ese modo, a fin de que las palabras le llegasen hasta las raíces.
"Muy bien; lo saludo" —le dijo ásperamente el interlocutor, tendiéndole una mano que pareció hacerse cada vez más poca cosa, en tan débil armadura de huesitos y piel.
"No se espiritualice demasiado, coma y digiera. En cuanto a mujeres, mire que hay muchas y muy apetitosas. Coma inclusive los hermanos peces y las hermanas vacas. Dé una tregua al reino vegetal"

Sí, en un día como éste, le molesta hasta San Francisco. Por no tener él un instante de paz para recogerse y ya no pelear en vano con los incluidos en el santoral. No lo está haciendo con gusto sino para propia defensa. Si algo desea es dormir. Si algo quisiera es no encontrar más, al despertar, a ningún soberbio: ésos que, pese a tanta vanagloria, tienen quizá medias remendadas en el zapato de primera calidad.
"Devoro sin asimilar" —contestó el rubiecito, dándose vuelta desde bastante lejos ya pero sin detenerse— "En cuanto a la virtud que me asigna, soy de carne y hueso y peor que Ud."

Y los ojos le relampaguearon, por lo que él presume que muy bien puede albergar un alma farisaica. Eso lo azuza; se apura pues y lo alcanza, para seguir limpiándole las orejas a su manera. Y para tener acceso a una nueva tortura, lo invita a beber una cerveza o un café. Y como el tipo no cede, se atreve a hablarle de un café con leche y pastelitos.
"Me voy para siempre. . . Estando conmigo Ud. comete pecados inútiles. . ." —maulló ese esqueleto en movimiento y se alejó apurado.

En esos instantes, un gordito que los había seguido desde el principio, a

pocos metros, para escuchar la conversación de ellos y por tanto al corriente de sus exageraciones contra la Iglesia; y con la cara bien redonda como para contener la abundancia de palabras con las que, sin emitir aún ninguna, ha aprobado en un lenguaje interior y para sí lo que por su lado ha estado tirándole a ese chupacirios, nunca él tan vehemente como esta vez; le prodiga una sonrisita invitante que a su parecer es un claro pedido de librarse ambos de la respectiva carga de razones contra la religión de sus padres. Agradece sinceramente esta incitación del desconocido, tan tácitamente verbosa, pero quisiera meter de nuevo sus pies en los estribos y dar por cerrado de su parte el desahogo al que lo empujó el delgadísimo: algo que, desde años atrás, necesitaba y que lo ha dejado alegre y optimista tras tantos dudosos acontecimientos desde esta mañana temprano. El que en cambio hablará sin parar, contra los curas y la jerarquía vaticana, será este señor, así como se lo lee en el fondo de la mirada. Por lo que quedará cabalgando a este **bon vivant** y se dejará conducir para echar un vistazo a las pruebas recogidas en los últimos tres o cuatro siglos contra Pedro y su fundación, pues la cara de este señor es de un racionalista al ciento por ciento.

"En efecto" —arrancó él, pero tan solo para que el potrillo que tiene delante comience el trotecito— "esta religión, con la pretensión de enderezar las piernas a la gente, según me lo ha oído durante un lindo tirón de camino y de eso me complazco, le hace perder el derecho de sobrevivir a la otra que, con mayor modestia y discreción se cierra en los templos, sobre todo los más pequeños y escuálidos. . . la religión mística que para honra de la libertad de conciencia, no solo tolero. Pues cuando mi mente se pierde en una gran duda. . . ¡hasta la admiro!"

Y ahí se detuvo, maravillado él mismo por esa habla que le sale sola y es de quien ya no tiene que ver con los altares.

"¿Por lo tanto. . .?" —le pidió el otro.

Indudablemente la pregunta indefinida de uno que como este potrillo en este instante, está casi ahogado por la ansiedad ansiosa de hablar en grande por un tiempo interminable y sin interrupciones. No será Andriolli recién promovido a jefe, quien se lo impida.

"Como Ud. ve. . ." —se apresuró a insertar de nuevo, antes que éste, alimentado por las propias ideas arranque y ya no le deje meter baza— "si no somos intolerantes respecto de la reaparición extemporánea del bastón eclesiástico, curas desatados nos dejarán en las pantorrillas las equimosis que llevaron en sus caras los librepensadores del 1600. . . ¡Si no les torcían las narices!"

En verdad si le pidiesen ejemplos históricos de tabiques desviados, no tendría ninguno. ¡Dios quiera que éste no tenga tal antojo!

"¿Qué, pues?. . ." —dijo en cambio el interlocutor, en apariencia ya a punto de desencadenar un diluvio de frases, tal vez no todas geniales.

"Pues nada. Simplemente, compañero **sans-culotte**, podríamos concluir bastante entristecidos, de haber arriesgado por nada nuestros cuellos en 1789, si

no luchamos contra la Iglesia mal enderezada, la peligrosa Iglesia militante. . ."

Todo eso le venía a la boca bastante hermoso y se dejaba decir sin fatiga ni causarle ninguna pena en el corazón.

"¿Consiguientemente?" —tronó el individuo, mirándolo con fijeza.

Y como el lindo sujeto no se decide a desatar su chaparrón, aunque las señas de ese inminente meteoro se las ve incontenibles en la cara que es como si estuviera por desbordar, es tiempo de su parte de causar la explosión. El cañonazo, en efecto, desgarra y abre las nubes irresolutas.

"Me peleo, como lo ha de hacer Ud. y con más pasión que la poca que naturaleza me concede la mayor parte de las veces, con quien ofende la libertad de conciencia que es tan amplia en sus miras que a uno le permite escribir veinte tomos de teología y a otro destruirlos con dos solas palabras: 'No creo'; y luego apenas cuatro, totalmente aclaratorias: 'no creo en Dios' Por eso, en el ámbito de la gran libertad de opinión, tanto el que niega a Dios como el que proclama su existencia, no ofenden esa libertad y al contrario la exaltan al darse la mano en el punto extremo de la controversia y decirse recíprocamente: 'Eres dueño de llamarme ignorante pues me reconoces libre de llamarte igual'"

"¿Y por fin?" —aprieta ahora el interlocutor, dando muestras de estar inclusive con poco tiempo para despacharse.

Ese 'por fin', al expandirse el gordito junto con la sonoridad propia de tal frase (por lo menos según la siente su oído en un contexto determinado), lo ayuda a parar otro minuto el torrente que habrá de desbordar por esa boca. Pues está definitivamente seguro de que cuando suelte la lengua, le tomará los dedos con una ligera presión dolorosa, para mejor vincularlo con esa incontenible facundia. Facundia que él, a priori, pero convencido de no equivocarse, compara con algunas lluvias de extenuante preparación que cuando finalmente estallan tienen en seguida la magnificencia, no falta de vacuidad, de un diluvio universal. Y al diluvio de este señor, el pobre Andriolli no podrá huirle.

"Por fin, amigo. . ." —contestó pues, para que ya se largase— "no se torture más. Mi versión la tiene completa. Póngame en cambio como muy complacido oyente, de esos jugosos comentarios e informaciones que, por lo que adivino, desarrollará con mucho acierto. Adelante, adelante, racionalista, ¡desabróchese a gusto!"

Pues aguantará de buen grado y con santísima paciencia, la catarata que está por aporrearlo.

"Como tener algo para Ud., no tengo nada de nada para decirle. Ni para mí tampoco. La conversación es suya y la responsabilidad de las afirmaciones hechas, de su incumbencia. Si ya no tiene que agregar algo, a mí me espera el peluquero. Llevo el pelo largo de un hombre de las cavernas. Además siempre es así: escucho y aprendo, sin opinar"

A su vez lo mira atónito. Se ha imprevistamente cambiado en un lacónico haraganote, con este antojo repentino de economizar palabras y gestos. Ade-

más, ahora se retira a los apuros, por ese vulgar asunto relativo a la cabellera, aun teniendo pocos pelos y con una distribución rara. Cara de descarado, bueno para nada. Concentra ella, observada antes que el mal sujeto cruce la calle para poner mayor distancia, los méritos de una joya falsa. Y en el aspecto humano, indiferencia, pereza mental y desgano. Y ahora, ya muy lejos, con el juego del hombro derecho haciendo de manecilla de un reloj donde el cuello se diría la menor, es como si marcara las catorce horas. Llega así el escapista al término del largo de la calle y desaparece en la vuelta cerrada que la cancela para su vista. Lo que más lo encoleriza, es que el hijo de madre tan despierta haya sido menospreciado. No por disiparse el tan inminente, a cierto punto, desahogo de esa bocaza, propio de uno con las señales mudas de un gran charlatán siempre listo, sino por haberle acontecido con una mediocridad vestida de hombre distinguido. Lo peor es haber 'cantado' él sin necesidad, ni motivo serio. Haberse desnudado para algo así como una violación de sí mismo por él mismo. Le hacen falta las mujeres, con urgencia. ' ¡Caramba!' —como exclamaba el mafioso de don Antonio a cada rato para darse ánimo para sus afirmaciones— ¡Caramba, con su irreligiosidad extraña de esta tarde, ha regalado sus dudas sin recibir como contrapartida ajena, ni un sí ni un no! ¡Como si el coso último, con una narizota de portero de prostíbulo, hubiese representado con esa abstinencia de dar una opinión, una desaprobación colectiva inspirada por las cosas materiales alrededor de ambos, mientras caminaban. Pues con la quietud pétrea, en una asimilación prodigiosa ése se ha comportado cual roca, atmósfera y excremento, todo a la vez.

Para quien sabe percibir hasta el fondo, las cosas próximas ondulan ligeramente, como sacudidas, cuando una afirmación es demasiado grosera o absurda. Más aún, no sintiendo él la irreligiosidad ciega que simuló por nada. De cualquier modo, ¡basta de agitar la ciénaga obscura de la conducta ajena, conociendo el pozo negro de la propia! Al tener un alma infortunada, le faltan dotes adivinatorias e influencias limitativas. Por lo que no sabe mantenerse lejos de un precipicio, como es en cambio ciencia misteriosa de una bestia, cuando el báratro no es aún visible pero está cerca. De cualquier modo, tampoco se retracta de lo dicho. ¡Lo acusen ambos oyentes el día del Juicio Final! Algo en el aire. . . le señala que el santurrón ha de seguir murmurando y cavilando a lo largo de alguna calleja, metido en ese cuerpito maltrecho. Lo que ambos poltrones ignoran, es que Andriolli se ha librado de la noción deprimente, de Lucifer puesto en especial tras él, para tomar nota de sus pecados.

Ha llegado, sano y salvo, a lo del señor Camosci. Ya había venido por vez primera un par de meses antes, para traerle un sobre lacrado. Se charló como entre personas de buena ley; tal vez porque pidiéndole previa autorización, le había acariciado uno de los veintisiete perros, todos muy queridos por el dueño de casa. Y el animal, por reciprocidad, se había mostrado complacido de la mano suya. 'Amigo, un can, no del hombre como se repite sin funda-

mento, sino de su dueño; lo que no es lo mismo. O sea, una bestia sin simplezas; ni demagogia con la muchedumbre, por lo que se siente perdida en medio de una multitud. Capaz de fidelidad ejemplar con una sola persona, de las pocas que entran en contacto con ella, en la limitación del trato con otros, propia de un irracional. Y que se muestra bien paga por una caricia. Y con la que no se requiere contrato alguno de empleo y tampoco cierto día abonarle una indemnización por dejarla cesante, ni hacerle un regalo por acoplarse con otro can o volverse papá o mamá' Tras esas frases y otras por el estilo, lo había seguido teniendo otro buen rato con el sobre tendido sin recibírselo y sólo para aparentar señorío, pues en esa oportunidad era, como al presente, el integrante más conspicuo de la empresa. Hombre que sin ser cordial al ciento por ciento, sabiéndolo ablandar, y sirve para ello adjetivarle inteligentemente los perros con calificaciones dignas de ejemplares de excepción, es capaz de colocar hasta a un empleado cualquiera, bajo su protección (no durable y más bien aleatoria, debiendo tenerse en cuenta que a criterio de este señor, llamarle un cachorro 'zanahoria' puede resultarle elogioso; mientras tratarle otro de **condottiero**, fuertemente irritante. Es veleta y se jacta de ello como de un mérito, por hacerlo un imprevisible: a veces, él, hermoso tiempo agradable y a veces, tempestad).

Ahora, como entonces, toca el timbre para un sonido furtivo pero quizá aún más breve (si bien lo pulsa con mayor respeto que en esa otra ocasión) y desencadena el mismo montón de ladridos, en una ladra donde distingue las advertencias claras y nerviosas de los más pequeños, desde las habitaciones y los encierros reducidos; y, de más lejos, al abierto o en el fondo de la casa, el desgañitarse o echar los bofes por el esfuerzo, de los perrazos a cadena en sus casillas.

Entreabriendo, aparece la punta de un pie y más arriba una cara servil y luego la mano del que lo atiende, la que ahora quiere abrirle paso a un perrito maltés pero de una manera que a la bestia le cause fatiga, pues con los dedos de la otra mano, el tipo sujeta la puerta firmemente, lo que al animal le restringe el espacio por donde colarse. Aunque a la postre lo consigue, ayudándose con las patas y el cuello; a la vez que, demostrando su resuelta obstinación, ya afuera enfrenta al torturador pues le echa un gañido como de protesta. En ese momento, en la confusión de luz y sombras delante del umbral, producida por la curiosa iluminación en el interior, antes improvisa luego incierta, el animal lo toma a él Andriolli con los dientes, por el extremo de los pantalones y ese trozo abundante de género es como si lo empleara para abanicarse alegremente, por la manera como lo sacude con brío.

"No rompe la tela" —le aseguró el doméstico— "Son agujas condescendientes. Si no se lo deja, se pone nervioso y hay riesgo de que el patrón pregunte enojado, qué se le está haciendo a su hijito"

No era siquiera irónico: era objetivo, por la expresión. Pero de repente le acomoda a la bestia una discreta patadita, mientras farfulla:

"Cuando hay este alboroto de ladridos, le pongo freno a este señorito, en esa forma sacrosanta. Y Ud., ¿qué quiere del Sr. Camosci?"
"Soy un conocido"
"Está muy atareado" —y lo continuó teniendo alejado de la entrada, interponiendo su cuerpazo.

Luego, en voz queda y en confianza, agregó:
"Ha vuelto de la empresa con una brazada de libros. La noche la empleará para pegar estampillas. Y cualquier día venidero nos preguntaremos el porqué de la quiebra comercial. Les pronostico un trimestre más"

Con un estúpido sobresalto en su interior (pues la situación financiera de la Firma/es muy sólida, por más que diga este agorero) y una necesidad aún más tonta de conocer por qué motivo una fuente tan próxima a un capitoste anuncia un colapso, se le dirige, consciente de que es una pregunta absurda, en el mismo tono reservado que le ha usado a él.
"¿Posee algún dato casero acerca de una próxima situación de insolvencia?" —y esa frase con la que ha ladeado la terrible palabra quiebra, la juzga cauta y muy buen eufemismo.
"Aguarde un trimestre, luego verá" —y el sirviente se sustrajo con un gesto a otras aclaraciones, si bien demostraba, lleno de vanidad, de saber mucho, en su propia opinión, y querérselo reservar.
"Tengo extrema urgencia de hablarle' —dijo él de rebote, con un fuerte sentido de desasosiego en lo más escondido de la garganta. Lo ha copado una especie de extravío a causa de la mala noticia, por lo que habla eligiendo lo mejor posible entre un montón confuso de palabras en su cabeza, si bien insiste en pedirle que lo anuncie; mientras en la mente forma frases categóricas que desvirtúan por propia fuerza la afirmación del interlocutor.
"¿Su apellido sería. . .?" —preguntó el otro, empezando a rendirse.

Le dio el suyo, pero como si se tratara de muy poca cosa para una casa señorial. Reseña además, informalmente, el motivo de la visita: ciertos delicados 'dimes y diretes' relativos a la oficina contable. Y para tocar las fibras del dueño de casa, le recomienda:
"Hágale presente que soy el mismo que se permitió indicarle un compuesto para curar el moquillo. Ha de recordarme al pie de la letra"

Inesperadamente, tras la cabeza de su interlocutor; quien de nuevo, con otro no, acompaña esa tozudez en querer conocer otros porqués y resolver por sí mismo si es hora y ocasión para distraer al dueño, de sus estampillas; aparece Camosci tal como está hecho y en bata. De suyo, además de la cara, se le ven los pies descubiertos, enfilados en unas chancletas. Son extremidades vulgares para un gentilhombre.
"Lo he oído todo" —y sin vueltas y concediéndole la gracia de reconocerlo en seguida, lo hace entrar con una sonrisa continuada y un lindo ademán.

Y mientras lo empuja en la obscuridad de habitaciones sucesivas, le recomienda de no chocar con algún canto o alguna esquina. Se dirigen fatigosa-

mente hacia un lugar iluminado, pero de luz floja pues ella filtra por una cortina lejana que ha de corresponder a alguna sala de recibo o simplemente a un espacio abierto: el sitio tal vez para una rendición de cuentas. Quién sabe, con una butaca para el acusador y una sillita para el investigado.

Ahora hasta lo toma de la mano, pero para soltársela de inmediato y tenderle el meñique y quizá, en la intención, exclusivamente la punta de ese dedito, para que se prenda de ahí para seguirlo mejor. Así circulan despacio entre elementos indefinibles pero que obstruyen: algunos manifiestamente muebles, tras un examen aproximado, y otros, los más distantes y por lo tanto difíciles de determinar con certeza, quizá perrazos embalsamados o huesos caninos, para funciones de adorno.

De una de las habitaciones, supone que se trate de un cementerio para esas bestias y que para cada una enterrada bajo el piso, haya la respectiva columna funeraria con motivos alegóricos que se relacionen con la vida y las chifladuras de la muerta. Y tendrían que prevalecer las representaciones de orejas de distinto formato y peculiaridades, unas más artísticas que otras, cual símbolo de la fidelidad canina. Lo que sin embargo él no interpreta en su significado, es esta extravagancia de hacerle recorrer obscuras piezas o lugares tan intransitables; tal vez, en efecto, cementerios pero con una fealdad desconocida, por faltar el rayo de luna que blanquee alguna tibia o alguna calavera de mastín u otra variedad. Restos que no recuerda haber visto en semejante traducción pero que imagina fosforescentes y, a la luz diurna, con huellas de las interminables ladras, en los puntos de inserción de las quijadas. Quijadas, en suma, con los goznes en mal estado cual una ventana bajo un golpeteo continuado a causa de un viento rabioso.

Han llegado hasta la cortina y están por entrar con ello en el escritorio o cubil del dueño de casa. Al atravesar el umbral, muy angosto, lo embiste una luz plena, casi ofensiva, por haber su conductor alzado de repente esa tela hasta arriba, para mejor empujarlo hacia el interior. Inclina la cabeza, al interpretar esa voluntad ajena sin alternativa; aunque ya cabría conservarla en alto pues esa mano, halagadora quién sabe por qué poco tiempo más, mantiene el paño levantado. De todos modos, cierta ceremonia de su parte es tratar con respeto el sacta sanctorum al que accede.

Al recobrar su porte normal y ya dentro de la pieza, le caen juntos bajo sus ojos ávidos, varios anaqueles repletos de libros, todos con la encuadernación en rojo. También la cortina es de ese mismo color y el propio Camosci, al haberse parado debajo de una lamparita inserta en la boca abierta y muy ofensiva de un perro broncíneo, todo lo cual le suscita la idea de un bocado iluminado, aparece con la cara de un rojo sanguíneo, como no se la había notado en el atrio de la casa cuando con ese ademán inolvidable lo invitó a pasar. Es absurdo, pero en un retrato colgado en un rincón en penumbra, juraría reconocer con fundamento y con ese algo de topo que siempre le ha visto para sus ojos, al propio Lenin.

"Es él" —le dijo Camosci, sin darle pie para una mejor comprensión de esa extravagancia.

¿Le habrá leído el pensamiento?

También los soportes de otras luces, distribuidas profusamente en los sitios más extraños pero para el resultado de una iluminación como a cielo abierto y en pleno día, son perros, perritos o perrazos que sostienen u ofrecen lamparillas, haciéndolo con una pata, o la trompa, o el extremo de la cola o en otras maneras bien estudiadas. Cada raza importante está presente, con un cartelito fosforescente que la indica.

"Me montan guardia" —explicó al notar su interés.

Pero su cara ha de parecerle de disidente pues en seguida, ceñudo, le pregunta:

"Piensa de seguro en que si el señor de aquí fuese Ud., no tendría la casa en función de perros que ladran y de otros que con un silencio sepulcral nos iluminan esta estancia tan prodigiosamente. Es tan solo mi ley en mi propia casa. No ponga pues esos ojos, cada vez más dos ciruelas de un cajón de la frutería. Me vuelvo nervioso"

Perturbado también él, le pide disculpa por tener, según aclara, una vista que no refleja sus sentimientos reales. Le explica asimismo cómo el querer ordenarla, es descomponerla y hacerla aún más equívoca.

"Ojos para tirar" —admitió— "¿No sabe, señor, de algunos ojos que comprometen a un hombre bien nacido y lo vuelven sospechoso? Los míos son de esa clase. No los tenga en cuenta: interiormente, estoy maravillado de su óptimo buen gusto. Es un esteta"

"Me halaga el oído. Y si no lo piensa, sabe igual ser convincente. Gracias"

En el gran escritorio, que se destaca como el mueble principal y el más querido, lo necesario para un eficiente filatelista; y en el suelo, los álbumes para colocar las estampillas, cada uno cuidadosamente encuadernado en fino cuero de Rusia. Al ver tanto derroche, no puede menos que pensar con espanto en los tres meses que dio el sirviente. Camosci le ordena que tome asiento, a la vez que se avecina al escritorio sin poner punto final a lo que sigue narrando acerca de un perro con preferencias para determinados programas televisivos. Pero en lo más jugoso, interrumpe, cual señor que es y por lo tanto con derecho de hacerlo, y se interesa por asuntos propios, a boca cerrada. Luego, como si el huésped no respirara también él en la pieza, se pone a trabajar con algunas estampillas y sigue hundido en un repentino silencio. Las separa con cuidado, de una hoja de gran formato donde están pegadas, valiéndose de las pinzas más simpáticas del mundo; observa los dientecillos y mientras algunas las amontona con respeto, otras las aparta siempre con el mismo gesto melindroso. Y como las peores las tira al piso, cada tanto mira de soslayo hacia ellas y las insulta con palabras sucias pero sin repetirse pues de las mismas tiene gran surtido.

"A medida que ha crecido mi pasión por todo este material noble que aquí

escojo, se ha ido robusteciendo la tortura. Hay en los cinco continentes demasiada falsificación. He visto series inventadas: joyitas por la apariencia y para mejor engaño del coleccionista, quien es siempre, como Ud. lo ha dicho, un artista de alma"

Él sabe de no haber meneado el alma en este sitio, ni de haber pensado, al tratarlo de esteta, en las estampillas. Pero da lo mismo; por lo que sonríe en prueba de conformidad con la interpretación de sus palabras.

"Sería más justo, respecto de lo falsificado, que el director de correos del país en baile, reconociera a esos hijos supuestos. Acto de coraje y muy sencillo: 'todo lo que hay en circulación como nuestro y no lo es, desde hoy legitimado ministerio legis'"

Habla con él pero en la forma distraída de quien su atención la dirige a lo que está haciendo con las manos. Pero dejando esa tarea, en gran parte más ritual que efectiva, lo observa de pies a cabeza y le dice en tono de comunicación escrupulosa;

"Poseo todos los accesorios" —y sucesivamente le va señalando y nombrando cada utensilio.

Pero al mismo tiempo, no desiste de la mirada imperativa; con el plus de una arruga de hombre voluntarioso en el medio de la frente, que cuando los ojos de ambos se entrecruzan, se ahonda. El labio además ha aumentado, cual signo de cierto desdén al dirigírsele.

"Me está faltando, por los ladrones alrededor de la garganta de la Firma, y los ganapanes y nada más, en las varias secciones, la capacidad financiera para los medios adecuados a fin de que no se me escape ningún ejemplar falso. Por eso estoy limitándome últimamente, a las piezas casi únicas, aunque para la vista y como factura algunas sean mamarrachos infernales. La estampilla muy muy rara, se envía a las exposiciones importantes, con un cartelito en el que se destaca al propietario afortunado, además de las menciones en las publicaciones del ramo inclusive con una breve biografía de uno. Si hubiese estado en este mundo el 6 de mayo de 1840, cuando el ilustrísimo Rowland Hill, el gran reformador postal, lanzó la primera estampilla. . . habría guardado una decena de esas precursoras. Tan grato ese inglés, que además de hacerme simpático el Reino Unido, me ilusiona y pienso en que sea retrato suyo aquél que Ud. vuelve a mirar en este instante. Así como la historia de la estampilla incluye una liturgia, en la forma de operar con ellas; tiene sus zonas de misterio y permite una arbitrariedad como la de identificar cual Rowland Hill, a quien de ningún modo es él. Esta es, en su aparato vistoso, mi única religión actual, pues la de mis padres no ha resistido a la fuerza de tantas evidencias adversas"

El retrato es el mismo que a él le recuerda la cara de Lenin. Camosci, al verlo reflexionar, sacudió la cabeza pero no dijo nada.

"Nuestra empresa, también de Ud. en el plano afectivo, es un armatoste que, cansado y acobardado como estoy, algún día haré caer, como Sansón con el templo filisteo. No doy más. ¿Qué quieren todos, que me vuelva loco con die-

ciséis empresas sobre mis hombros, además de la que Ud. en parte modestamente capitanea? ¿Qué me llevo, otros tantos estipendios mensuales? ¿Y los dividendos en dólares, dónde están? Dividendos en una moneda de escaso valor internacional y aún así muy pocas veces distribuidos pues generalmente se capitalizan. O sea, más papel cada año. Estoy en esta danza de los cacareados millones, por tener una familia compuesta de tíos y tías con la gota u otras formas de artritismo, además de cierto aire de viejos chochos; todos ellos duros para morirse y causa directa de tener mi mano en tantas administraciones sin futuro. Por eso entregaría el paquetón de acciones a un instituto de beneficencia. Un día, amigo, me verá con un sayo y una jauría de perros, dando vida a un especial falansterio que será un ejemplo recogido por los libros de sociología"

Hay motivo pues para meditar sobre el mal pronóstico del sirviente y la razón íntima de ciertas promociones como rayos a cielo despejado.

Camosci queda en silencio por un rato; luego recomienza, mientras lo sacude tomándolo por los hombros desde atrás:

"¿O no cree que dentro de veinte años la propiedad que nos quede, será como para reírse a carcajadas? Con los colmillos del Fisco hasta el hueso, las leyes sociales y el descrédito, ¿qué otra cosa esperar? Por eso estoy del lado de la Revolución; en especial si cuando más recrudezca yo ya esté muerto" —y por casualidad o inconscientemente, esa mirada se volvió al supuesto Lenin.

Ahora lo observa a él, fijamente, como en busca de sus ideas políticas, aunque nada le pregunta. Por su parte está seguro de demostrar, por su cara encogida, que la desaparición de la propiedad privada no lo seduce.

"¿Cuál el curso de los hechos? Como cabeza financiera de los Camosci y afluentes directos, esta noche, o gracia de la espiritualidad y la poesía, delante de Ud. que es testigo, cedo a los llamados de mi corazón filatélico, que a la vez late para un grupito de perros. ¡Perros!. . . piensan algunos subestimándolos. Sin embargo son los verdaderos suertudos. No tienen una filosofía que los amargue y tampoco la tortura de la conciencia. Es la felicidad pura de los animales irracionales. Uds. se acercan a ella, con el éxtasis en horas laborales que nos cobran sin producir. El parlamento, mientras tanto, se luce con leyes demagógicas. Y la inflación corre por su lado, en su ascesión triunfal. Y así continuamos sin novedad sobre la faz de la Tierra"

"Perdón, no vengo a reclamar nada"

"Menos mal. No estoy para concesiones. Sigamos con mi tema. He de añadirle antes de cerrarlo, que las estampillas enseñan sin cansarme los tímpanos como mi profesora de inglés. Por lo que les dispenso el mismo aprecio que les tengo a los libros que ve en estos anaqueles. Todos sabihondos, pero anodinos si uno no se pone a leerlos. Con las estampillas aprendo botánica, historia, geografía, mineralogía, colores, etc. Vea si no soy duro. . . aún no diferencio el amarillo del medio amarillo"

Por su lado, cansado de las vicisitudes de tan larga jornada, el amarillo le

recuerda la cobija de la cama matrimonial, todavía ella en sus trece, en la casa de su madre (pese a su ya larga viudez). Pues necesita de una madriguera donde extenderse en sus coyunturas de piernas y brazos. ¿Morir?. . . se pregunta en voz alta para sus adentros nada más, y bastante confundido. Y sin pensar en el lugar donde se encuentra, ni en presencia de quién, da un paso adelante como un autómata. Pues el verdadero problema es 'ser o no ser'.
"Señor, estoy aquí, si me lo permite, filialmente. Como si Ud. fuera mi padre, necesito de un consejo de tanto nivel"

Y comenzó por acercársele, en prueba por ante sí, de ser él mismo y estar encuadrado todavía en el orden de cosas materiales o espirituales de los vivos. . . Luego, sin reparar en consecuencias, relata en detalle, salvo en lo que pueda descorazonar al interlocutor, cuanto le ha pasado desde la asunción del cargo.
"Así que también con ella?" –preguntó Camosci, algo afectado en el decir, cual si escogiese cada palabra con la pincita para las estampillas que tiene en la mano– "¿Así que por fin se enredó con la Policía?"

Al sentirse apretado injustamente, se defiende, se defiende. Pero sin conseguir desalojar una arruga distinta de las anteriores, aparecida en esa frente. Por lo que, caído de ánimo por tantos Carletti en tan pocas horas; y temiendo haber adquirido delante de este hombre, una cara propia de consumado por los vicios a causa de tener que permanecer bajo la aspersión de luz a que lo somete una lamparilla de cien en boca de un perro lobo y que lo enfrenta hasta enceguecerlo; hace lo imposible para congraciarse con el dueño de casa, sonriéndole a todo lo que dice y aprobándole cada frase que pueda requerirlo, además de consentirle ciertos desplantes. Lo que realmente piensa dentro de sí, lo rechaza como inoportuno. ¿O no es lícito vivir de parásito en una ocasión como ésta y a estas horas? Sí, aceptándole al señorito todo lo que quiera decirle: sonriendo a la siga de las muecas benévolas que le prodiga sin mayor motivo o por razones abstrusas que ni comprende ni es momento. O sea, transitoriamente vive de la cabeza de este interlocutor, obrando como si fuera de ella un eco lejano. ¡Lo está haciendo y basta! Sin embargo, aun así, no gana posiciones. ¡Nada de la victoria que obtuvo el día en que dio a este sátrapa la fórmula para el moquillo!
"Desde mañana" –acortó Camosci de pronto, tal vez cansado de hablar con tan poco jugo– "comienzo mis vacaciones, que no interrumpiré para nadie. Quince días para mis perros de caza y de compañía; y estos cuadraditos, rectángulos y rombos. . . todos entre 1913 y 1933. Solito con mi propiedad animada que, en lugar de dormir el sueño eterno y ostentar las demás carencias de lo muerto; como es en cambio la suerte inmodificable de las acciones y los títulos; ladra, gruñe, rechina los dientes y lame afectuosamente la mano del dueño. . . ¡No me la matáis entre todos una propiedad tan edificante!"

Respiró fuerte y reanudó:
"La estampilla misma tiene un alma noble. . . se la siento, la cuido y la respe-

to. Nunca, una estampilla auténtica, es perversa. Tampoco existe un perro inmoral. Son afirmaciones extravagantes, ¿verdad? Pero, hablando en serio. . . ¿hay algo más lleno de absurdos que la vida? ¿Que esa vida corriente que nos es reservada **vita durante**?" –preguntó, acosándolo con los ojos para una respuesta.

"Diría que son manifestaciones distintas de las oíbles en cualquier momento: quizás ésas con mayor olor a verdaderas por muy repetidas" –propuso él por razones de mera táctica.

Y adhirió también con un además comprensivo. Al fin y al cabo hay más esfuerzo físico en negar; sobre todo si para resultar más convincente se acentúa el gesto con el movimiento de cabeza en un no categórico.

" ¡Mis pobres perros y mis pobrísimas estampillas ni siquiera propietarios de sí mismos! Los perros, menos que proletarios pues la cría de ellos es legislativamente mía. Soy un estrafalario, pero sincero. Si repara en ello con altura, lo que expreso con este entusiasmo juvenil sólo es admisible en el plano de una lógica distinta, todavía por construir y que dejo a los jóvenes, libres de nuestras ataduras mentales. Ustedes los hombres comunes sigan con los problemas milenarios y las normales chifladuras. A mí, se me respete mi castillo de locuras, el cual incluye los pobres perros y los pobres cuadraditos. Dichos, éstos míos, inclusive por una gana de divertirme, pues en realidad no creo en nada. Me encanta el efecto, en la cara de quien me escucha, de mi alegría. Me encanta Camosci. Me encanta su descreimiento, su abandono de todo mito, no tan solo en lo religioso"

Pero hete que el semblante de este hombre cambia en forma visible y que casi agrediendo le dice:

"Tengo noticias mías acerca de la huelga. Ahora, suponiendo que tras sus dolores con la Policía, haya Ud. tenido el muy honesto propósito de volver a la oficina para un trabajo simbólico, no un simple reinado. . . ¿qué excusa es la falta de llave? ¿No estaba yo; no en este momento inhábil sino siete u ocho horas atrás? Un tiempo en que, en mangas de camisa y no para mejor leer el diario, Ud., en nombre de una libertad superior, hubiera podido tomar directamente a su cargo, parte del trabajo en espera, inclusive el de la escoba empleándola en largas pasadas. Pues no es un capitán a la buena ventura. Lo deseo aliado de la Firma y no otro más de los millones de jefes de oficina de todo tiempo y lugar"

Al sentirlo, reaccionó violentamente, defendiéndose con palabras que por lo menos en su cabeza producían estrépito. Camosci escucha y le observa con insistencia la corbata y algo raro que ha de encontrarle en el mentón.

"Acepto su embestida,por ser mi huésped y eso atarme para una reacción fuerte. En el directorio, en cambio, los otros miembros, quizá más inspirados que yo, son de decisiones rápidas y ejemplares"

Camosci se acerca a un mueble: en el lado superior enciende una radio y de la parte de abajo retira una botella y una copa.

"Beba tranquilo" —y vertiendo en ella un líquido turbio le alcanza esa copa, pertecta como trabajo de cristalería.

Es una orden, pues ante su implorante resistencia a recibir el ofrecimiento, en esa mirada fría hay algo de imperativo. Traga todo el contenido de una vez. Trata de comprender discretamente a qué familia pertenece ese licor, primero dulzón, después harinoso y a la postre con el regusto de un jarabe para la tos ferina.

"Óptimo, pues yo mismo lo confecciono con yerbas muy selectas" —dice Camosci, con la pretensión, a estar al tono usado, de no oír réplicas.

O así le parece a él que, para su propio descanso aprueba con un ademán de cabeza y en un acto de obediencia resignada, ese autoelogio.

"¿No merezco conservar la testa cuando los rojos lleguen al poder? Querido, no soy ocioso en este régimen capitalista y tampoco lo seré con ellos cuando les toque mandar"

"¿Es él, no es cierto?" —arriesgó, convencido de que el retrato corresponde al político ruso.

"Sí, señor, mi pararrayos de poco precio. Lo importante es ponerlos a pensar, en lugar de que entren y me hagan ¡pum, pum! Méritos tengo. En nuestro régimen, hago bastante bien a muchos, sin ser por eso la máquina del bien. Hay mejores que yo, aceptado. ¿Y esta franqueza, tampoco les merecerá aprecio?"

De la radio llega, en tono muy bajo, una musiquita vulgar, aplastada de repente por un nuevo coro de ladridos tras un silencio prolongado. Algunos, en esta casa tan sonora, desde aún más lejos que al principio y seguidos y rabiosos; otros, de aquí muy cerca, prosopopéyicos o por mera adhesión a la ladra intensa. Perros gordos y pequeños: dignos, o simples adulones de este hombre.

"Tienen sus propias ideas" —dijo Camosci al verlo escuchar distinguiendo caracteres— "Aceptan la visita de quien les cae bien. El perro es un extremista: todo al amigo y mordiscos en la nalga, al ignoto. En sostén de tales conceptos; los tienen, bellos unos, bellísimos otros; no pararán mientras Ud. esté aquí"

Cual respuesta, se prepara,resuelto,para una partida inmediata.

"Al revés. Quítese el saco o la prenda que cumple el mismo servicio" —le reclamó sonriendo.

No es que Camosci pueda dudar de que sea propiamente un saco. Ha de ser una forma de darse tono; así como un señorito de buena familia finge o se convence, de no recordar el precio de lo que acaba de comprar y si lo apuran para que dé una cifra aproximada, larga, o una ridículamente baja u otra muy alta y si se lo hacen notar, se disculpa alegremente con una frivolidad teñida de gozo ingenuo.

Lo que en cambio él no se explica, es qué pueda significar quitarse esa prenda. ¿Querrá azotarlo simbólicamente? Le gusta mantenerse correctamen-

te vestido y muy poco, andar en mangas de camisa. Y menos, en la oficina o en casa ajena. Camosci comprende.
"¿Sufriría mucho, verdad? Lo tengo estudiado de pies a cabeza y hasta he sopesado ya sus intimidades varoniles. Quédese con la ropa, querido egoísta" —y le sonrió de nuevo pero con un dejo de ironía.

Luego, de una mirada, lo obliga a tomar las pinzas en la mano, dejándolo con ellas sin asignarle una tarea.
"Con ese arnés y gran cuidado y amor" —dijo por fin— "recoja las estampillas, como si depilara a una amiguita" —y le observó el mentón con la misma curiosidad de hace un rato, tal vez por verle con esos ojos acostumbrados a los dientecillos, unos pelos ya muy activos.

Por su parte, se pasó la mano por ese lugar y estaban realmente crecidos. Un detalle que no le será ventajoso.
"O como si recogiera de la piel de ella, tras habérselas echado en un puñado, perlas finas o símiles. Retire los ejemplares de color rojo y demás tonos subidos, y amontónelos en ese rincón del escritorio. Excluya netamente el cúpreo. El superrojo, ¿cómo representárselo en palabras?, obviamente sí. Igual que con los que despiertan una sensación de rojo"

Ahora tiene que ausentarse por instantes, pero al hacerlo con prisa se enreda con la cortina e impreca contra el Cielo. Algo elaborado por una mente morbosa, que por lo largo de la blasfemia terminó de decir ya fuera de la habitación.

¿Qué hacer él? Abre un álbum sobre sus rodillas. ¿Qué puede pedírsele, no conociendo sino unos pocos colores prismáticos? Por ejemplo, no acertaría con el índigo, que sólo recuerda por el lindo nombre. ¿Qué hacer con el rosa, incluirlo o no? ¿Cuál, el de las rosas frescas, o de las marchitas? ¿O todas las gradaciones del rosa? Camosci no ha tocado el tema.

Marchitándose está su cara al estirarla con los dedos. Apoya las pinzas y realmente se la palpa, muy nervioso. En su alma está la mezcla de los demás colores, con el negro y eso los obscurece. Fuera de aquí, se ladra y se ladra, como para adormecer a los cristianos. . .
"Diablote, ¿qué hace?" —le pregunta Camosci en un oído, arrancándolo del breve sueñito— "Vuelva a su leonera, con mi protección moral. Y como un bajel fantasma"

Y mientras lo empuja hacia la salida, murmura cordialmente:
"No tengo esa llave conmigo. Acabadas mis ferias, nada mejor para mí que encontrarlo siempre al frente y con un poder más consolidado"

Él se siente mucho aire bajo los dientes: le está ofreciendo todo y nada le entrega en concreto.

Camosci llama al mismo sirviente de antes. Pero se retiran él y el otro, por un lado distinto: un corredor directo, donde por lo menos se ve a distancia y se sabe dónde se apoyan los pies al avanzar. Al llegar a la puerta de calle, que no es la anterior, un perro maltés, semejante al otro, o el mismo cambiado

por la luz diferente que quién sabe le modifique el color del pelo, ensaya con el extremo de una de sus perneras. Entonces ante una seña del doméstico, con un placer exquisito hunde la punta de su zapato en un lado mórbido de un costado del animal, que, por el gañido, ha compensado con creces su culpa.
"¡Bandolero!" —farfulló alguien, o a él le pareció.

Duda en efecto si no habrá sido una reprimenda desde una persiana o tan solo un error de su sentido auditivo. De cualquier modo trata desesperado de tener algo más en claro, pero el semblante del sirviente es frío y no acogedor de la menor pregunta, por lo que las ahorra. ¿O será este doméstico un ventrílocuo con ganas de divertirse a costillas de un hombre excitado? ¿O habrá en la casa un perro parlante? Todo está listo a creer, siempre que signifique excluir que la exclamación corresponda a Camosci. La sospecha de que pueda haberle pescado esa saludable patadita, si no la conjura acabará por enloquecerlo.

El doméstico le cierra la puerta en la cara. Pero se asoma de nuevo y por un instante, para hacerle seña de desaparecer volando. Está tentado, pero ¿cómo conseguir revelaciones seguras de un tipo de esta clase? Por lo que baja la mano, que por cuenta propia estaba a punto de optar furiosamente por un llamador a cierta altura.

¡Mal día! Ahora está de verdad tirado, inclusive por abatimiento de sus células al haberse tenido de pie desde la mañana con dos tazas de café (una con un chorrito de Fernet como obsequio del dueño de La Arañita, para sacarlo de la pretendida dolencia inexistente), dos tablitas de chocolate y el licorcito cruel que ha debido tragarse por orden de Camosci.

Primum manducare, o sea antes que nada comer. Y con ese 'bandolero' en el oído; orquestado en forma rudimentaria por esta brisa nocturna, en vías de hacerse, por lo menos en su mente, un gran ventarrón; cumplidas algunas vueltas en redondo como un extraviado, entró en una casa de comidas. El propietario, sacudiéndose de encima un sueño obedecido desde bastante tiempo, levantó las cejas como si le preguntase si buscaba algo. Por su lado, guardándose las palabras, hizo un gesto que representaba su hambre de lobo.
"¿Qué quiere de mí? Estoy aquí practicando el idealismo y la poesía, yo que por oficio lleno panzas ajenas. Una multa por especulador con los precios. Mi abogado quiere que tenga las puertas abiertas sin atender a nadie, o sea gaste luz y el resto del mantenimiento, para que la autoridad pública aprecie con qué altura defiendo la justicia que se me niega y con ello la justicia a que tienen derecho los demás ciudadanos"

Se calló, pero en seguida concluyó:
"Los primeros calumniadores son los funcionarios con autorización para aplicar multas"

Por su lado, sin más comentario que sonreírse benévolamente, retomó la calle, más hambriento que nunca. Al reflexionar sobre tantas peripecias ya cerca del final, es como si comentara con risotadas lo acontecido en ventitrés

horas seguidas, por sentirse en franca rebelión contra Quien, sea el Perfectísimo o su enemigo con esos cuernos de la literatura y las artes plásticas, juega con Andriolli, como Andriolli lo hacía con las moscas, allá en el pueblo, al atarles el poroto. O sea dejándolas, como hoy se lo ha dejado a él, sin la capacidad de levantarse en un vuelo libertador. Pero también han habido en estas horas últimas, asuntitos absurdos a cargo de los demás. El caso del que hace un rato caminaba delante de él y cuyo sombrero por una ráfaga imprevisible cayó en una alcantarilla. Pero yendo más a fondo, ¿no está imputando a otros, las deformaciones de desarrollos usuales causadas por su ojo, hoy demasiado melancólico? No todo ha sido negativo, y en algunos casos hasta ha tenido un buen trato de parte del destino. Empezando con la subida junto con los 'prevenidos' y analizando sus pasos en el Palacio de Policía; sin contar que huelgas hay todo el año y en buen sentido, o sea mero ejercicio de un derecho constitucional y no simple arbitrariedad. Sí; con toda evidencia ha magnificado la personalidad de una jornada difícil, por haberse visto cambiado de empleado del montón, en jefe. ¿Cómo dramatizar, cuando otros desde la mañana a ahora, han muerto aun lejos ellos de su otoño, o han recibido al azar una teja en la cabeza o encontrado a la cónyuge in flagrante? El mismo emplasto que le colocó el enfermero en la frente, ha sido muy inflado por él: Camosci no hizo ningún comentario: ha de haber creído en un forúnculo.

Pero también es tiempo de cerrar la caja de las reflexiones y el entero día. Un reloj iluminado, que repetidamente ojea y desaparece, según que él se encuentre con la mirada en el medio de una suma de edificios o tenga un punto abierto, marca las veintitrés y media. ¿Volver a lo de la Carletti donde tiene su ropa? ¿Acabar en otra iglesia, para trepar esta vez por la escalerilla hacia el campanario, a fin de acurrucarse allá arriba pero sin enredarse en las cuerdas en acción para no verse subir y bajar, sin resto de aliento, junto con las campanas?

En lugar de esas locuras, con la dignidad de un pequeño jefe, que, además, puede gastar a cuenta de mejor fortuna, hizo los varios peldaños de madera, los que, cada vez que apoya el pie de turno, repiten el mismo chirrido, quizá para que arriba adviertan que hay un cliente. En efecto, al término de la empinada subida, un viejo soñoliento le preguntó:
"¿Completo el servicio?" —y para que no le quedaran dudas le hizo un gesto procaz.

Comprendió al vuelo y haciendo rechinar los dientes, respondió:
"Tengo sueño atrasado y quiero dormir solo y sin problemas. Acomódeme dentro de tales términos y a la brevedad"

El guarda nocturno, ahora más prudente, anotó los datos y haciéndole luz suplementaria con una linterna de bolsillo, a lo largo de un corredor con una iluminación débil; flanqueado por puertas entornadas o semiabiertas por donde se veían pies y muslos descubiertos o extraños volúmenes humanos envueltos en la sábana, en medio de ronquidos en esas habitaciones como si resona-

ran en cuevas misteriosas: ronquidos singulares y diferentes pero en conjunto semejantes a una sola voz animal entre robusta y muriente absorbida a intervalos muy regulares por un estertor sombrío y caótico; al cabo de un recodo del mismo pasillo y justo antes de iniciarse otro, lo hizo entrar en una pieza muy grande, con dos camas.

"Naturalmente si hay otra persona pese a la hora, tendrá compañero"

Y sin preguntarle si necesitaba algo para la noche, como su infaltable copa de agua de la canilla, escudriñándolo con cierto aire provocador, añadió:

"En sus condiciones y en contra de la buena regla, pagará mañana"

Para él, lo ha inclinado a esa concesión su corbata de seda.

Hubo una especie de silencio de parte del hombre, luego le aclaró:

"Queda la puerta sin llave" –y la arrimó bastante, pero no del todo.

Pareció detenerse afuera, a espiar por dónde él comienza a desvestirse. Pero de pronto; tras oírle el retumbar de cada zapato al caer al suelo uno tras otro; con la voz sumisa que había empleado al verlo terminar la subida de la escalera y pedir por una pieza, y no la altanera de hace un rato; en tono de Sibila, adecuándose a esa quietud especial todo alrededor y que interfiere apenas; y muy atenuado el ronqqido colectivo que se sentía más atrás, en el viaje de venida en ese trayecto con algo siniestro; le recordó:

"El que se prepara a dormir, tiene derecho de quedarse con su propia anatomía y sin molestias innecesarias"

Y honrando esa manifestación, hizo oír muy redondos los pasos con que se alejó hasta desaparecer.

CAPITULO XII

La noche era bastante cálida, pero se envolvió lo mismo, todo y sin dejar afuera nada de sí, en la sábana de arriba. Pues teniendo el pijama holgando en la pensión Carletti, no desea que en lo más hondo del sueño lo sorprenda un compañero de pieza, con algún lado del cuerpo en descubierto. Ni que al despertar naturalmente, tenga que encontrarse con el extraño parado delante de sus desnudeces o de su opinable ropa interior, sacando conclusiones absurdas por el colorido pálido y a veces rojizo que conserva desde siempre en las partes más íntimas; sin contar alguna mancha amarillenta de dudoso origen (tal vez patológico y para un entendedor, quizá vergüenzas de sus abuelos paternos, estampadas en él y por toda la vida, como testimonios de antiguas turbulencias familiares). Y ya que el sueño, en este sitio desconocido, está aún lejos de tomarle los párpados y clavárselos para que le queden bien cerrados en una dormida provechosa; dos veces en efecto se han separado pacíficamente y una tercera se han plantado abiertos de par en par como si él hubiese estado bordeando sin cuidados un precipicio; sólo le queda la paciencia y, como ser paciente, alarga los brazos empezando por el derecho, el más emprendedor y que termina en una mano activa con cinco dedos como si fueran más, con los que toma y suelta desde hace rato la orilla de la sábana, mientras le busca más abajo esa rudeza fresca al frotar en ella los pies con insistencia. También se acaricia, regalón, la epidermis, donde es más granulosa o con pliegues y arrugas, hallándose señales de próximos hundimientos y canaletas. Y así, cual una verdad que aparece de golpe, está instalado en un tegumento con millares de orificios húmedos y secretores, como si se hubiese vuelto una lombriz enorme. Aunque, alternativamente, se reconoce el de siempre, pero envainado, todo desnudo, en una viscosidad de batracio humano.

En suma, que el entremetido que llegase en las horas pequeñas, que es cuando el sueño suele hacer de él su propio entretenimiento, no pueda ver, y con ello tener como para quedarse atónito cual si mirara ciertas lunas misteriosas, su escasa pelusa de efebo no envejecido, tan en contraste con el vello subido de ciertos osos del tiempo del hombre de las cavernas, que sobreviven con el nombre de señor tal y tal, aplicado a cada uno de ellos, y que tanto son asentados propietarios, como arrogantes pobretones. ¿Qué hacer? Nunca fue deportista y tampoco se prestó para baños de sol. Y menos se avino a mostrarse en una playa o en lugar desierto, en pantaloncitos.

Pero al mismo tiempo que, con esa pudibundez de doncella, se encoge al

máximo en la sábana, con lo suyo, sobre todo lo más íntimo, o sea las partes; ya tiene al lado de la cama a un naturista. Quizá porque finge estar dormido, el otro le cambia la orientación del mueble para adecuarla, según musita hablando solo, a las fuerzas magnéticas universales; luego aproxima las dos camas, como si se tratara de formar una sola de dos plazas y para un matrimonio. Por necesidad, ante estos abusos, de aparecer despierto, a su vez lo mira con los ojos de par en par. El naturista, como respuesta y en forma expeditiva, le reprocha, sin más ni más, el cutis blanco: 'señal', dice, 'de que Ud. no frecuenta ni el sol ni los baños al aire libre'

Y en seguida le toca verlo enteramente desnudo y le toca aspirar un fuerte olor a macho cabrío. Y oírlo contar acerca de Hipócrates, quien estaría vivo tras más de dos mil años y con un repertorio interesante para el que quiera informarse. Pues Hipócrates a este señor 'le habló', entre otras cosas, de Tácito, al que el Padre de la Medicina habría encontrado en una calleja de la Suburra, con una herramienta que al historiador le hacía falta para urgentes reparaciones caseras. También de otro encuentro, esta vez con Federico II de Prusia, quien en la ocasión cojeaba de un pie por una dislocadura. Y sin omitir Hipócrates, pequeños hechos: como un diferendo entre él y Petrarca, por un cachorrito de propiedad del poeta. 'Un Hipócrates con una barba muy descuidada, pero que conserva voz de sexagenario y no la emplea a destiempo. En política, socializante, si bien con muchas reservas mentales en cuanto a la aplicación concreta. Respecto de la mujer, la sigue frecuentando y como para dejarla rendida, sin ella desear más. Un heleno del siglo IV antes de Cristo, que ríe y se enoja en igual forma que el hombre actual, aunque bien podría haber mediado un aggiornamento de sus emociones, sentimientos y maneras de expresarlos'

Librado de ese extravagante, halló muy oportuno el café de siempre, para desde allí echar un vistazo cómodo al quinto, desde su ubicación en la mesita cuadrada, tan frente al edificio que tanto le importa. Pero el piso no da señales de vida, por lo que la huelga continúa. En la puerta, la 'avispa' está inclinada sobre algo que ella está haciendo, y solo la distingue por ese trasero poco al día, que en esa posición la rebaja del todo. Está en evidente charla mientras atiende al trabajo poco determinable, con alguien, en el interior, que él no percibe; y a las afirmaciones o negaciones, en apariencia siempre contundentes esta vez, al igual que a lo demás que está expresando, inaudible pero bien presente, los redondea o les da un acabado, tanto con aportes de las nalgas como de ese rodete en su cabeza, briosos conversadores esta mañana. Y para colmo, muy parecida esa rosca con las trenzas del pelo, a la de la Carletti en el huerto.

Lo dramático es cuando el interlocutor de la señora portera, se concreta en la persona del ilustre Camosci, metido en una amplia chaqueta color rojo, abrochada hasta el cuello y con un gran bolsillo al frente.

Al llegar a la acera opuesta, casi sin aliento por la breve pero afanosa carre-

rita a la que se sintió obligado para hacer méritos antes que el incendio resultara incontrolable, por suerte halló al superior de muy buen talante y que lo había estado buscando para pedirle 'una expresión lugareña en reemplazo del muy bárbaro **tallyho**, el clásico grito del cazador ilustrado, al divisar el zorro'

Él tiene sin embargo que confesarle que no puede serle de provecho, por carecer de toda versación en materia.

Y de ese modo, tras una elegante reprensión a medias por tener todavía sin resolver el asunto de la llave para el acceso al quinto; pero todo en calma por reiterar Camosci su indiferencia temporaria por los problemas de la Firma mientras se encuentre en período de vacaciones; lo ve meterse en el autito estacionado en las proximidades y partir, levantando ruido con el escape abierto y la fusta de jinete que desde el vidrio posterior es como si a él Andriolli lo previniera genéricamente. Por lo que, por su parte, poco después entró en un pasillo muy largo, angosto y sombrío, sintiéndose por momentos cual una llave introducida en una cerradura. Tal vez por estar dirigido al negocio de un cerrajero; ya que un vigilante, en una vuelta de la cordialidad que a la postre le había demostrado y muy de seguro sin un segundo fin, hace un rato terminó dándole, si no la ubicación exacta para no perder la dignidad policíaca y faltar a las reglas, por lo menos una útil orientación.

Dentro ahora en la A, gracias al agente del orden y a un mago de las cerraduras; se deja caer en una de las sillas de sus ex colegas, no tratando de saber a cuál de ellos pertenece, ya que están todas fuera de lugar, de seguro en señal de protesta y adhesión simbólica a la huelga cual forma de rebeldía.

Está cansado y feliz y roe un pedazo de pan endurecido que ha encontrado por casualidad en la cocina, pues lo primero ha sido una vuelta de inspección por todo el departamento para comprobar cualquier rastro de destrozos intencionales. De cualquier manera no habrían pasado de algún rayón en las paredes o en los muebles, no atreviéndose ellos a encarar daños ingentes, por la **forma mentis** que los distingue y que les hace marcar el paso en cualquier circunstancia. ¡Bien los conoce, en este aspecto!

Todo en realidad muy normal y ninguna forma de sabotaje. Y su dicha; por esta corrosión con sus dientes respecto de pan tan duro pero compensatorio; se confunde gratamente con la laxitud en las articulaciones, buscada por él como un bien que necesita por unos minutos, antes de ponerse en actividad. Sin embargo, en rigor, ya está en funciones por ser esta A, parte también de su reino. Abre los ojos muy bien: dos e iguales a otras tantas nueces hermosas. Es un reinar pacífico, sin envidia a la redonda de empleados ni respiración ajena. Sólo intuye el latido muy disimulado de esta materia concreta que lo circunda de extremo a extremo, más incisivo que otras veces y ella condescendiente a fin de que la utilice a gusto en sus manifestaciones empleables para lo que fuere. Y al mismo tiempo, un vivir sin lucha, pudiendo en lo personal hacer cualquier cosa: inclusive desnudarse enteramente aquí dentro, con su virilidad en libre exposición (no observada ni discutida; ni aconsejado él

a raíz de ella; ni reprendido por su causa). Y mientras tanto, ninguna cosa con el menor movimiento y por lo tanto poder negarles un alma. Sólo muebles clavados en su sitio y objetos para escribir, ordenar o conservar, todos igualmente pasivos. Él, por un instante, El Único. Sin embargo hay un principio de sofocación: son las venas, el corazón demasiado acostumbrado a latir fuerte cuando algo se diferencia de lo habitual, los nervios, la costumbre desbaratada, la apretadura dionisíaca de la excitación, la cual vuelve por sus fueros. Pero simultáneamente y de varios lados, la necesidad animal de mezclarse con la soldatesca humana; pero que esté allende una división corrediza que, al coparlo la nostalgia, él pueda retirar fácilmente. Pues con este circundante que lo envuelve produciéndole una deshumanización total, a veces es como si se asfixiara entre las hojas de un librote. Ilegible, ya que su vista sólo penetra en la parada sin orden alfabético, de los vivos, tratando de separar las letras que la forman. Quizá sí y quizá no, individuos, para el análisis que aún le falta conseguir. Ingresa en su pieza.

De pronto, una piedra entrada por el vano que deja la puerta vidriera así como él la ha abierto de par en par para cambiar el aire, va a caer muy al lado de su escritorio· tras un fuerte rebote en una esquina de la mesita en el centro de la habitación, a la que se acerca agradecido algún visitante de cierto relieve a quien se invite a un pocillo de café. Y tras esos dos golpes, más duro el primero y muy seco el segundo, resuena la campanilla del teléfono, según su oído mucho más que otras veces, mientras en su caja torácica salta de aquí para allá un estúpido sobrelatido.

"Hola, hola" —gritó en la bocina, ya que escuchan pero no hablan— "¿has comenzado de esta manera la pedrea, valiéndote de una honda o algún otro medio más ingenioso? ¿En complicidad con la portera, a tus órdenes desde que le obsequiaste la planta de azalea, o me equivoco? Mañana debes faltar aquí, pues de lo contrario recibirás mis golpes inaugurales del nuevo tiempo, en tu mala cara" —y apoyó el aparato pues nadie da señales de vida en el otro extremo de la línea.

Piedra que tiene un significado. Tanto más que Carovino ha leído hace un par de meses El Enemigo del Pueblo, de Ibsen y ha de estar buscando con este lanzamiento, efecto semejante. La empuja con un pie y la vuelve del otro lado: le recuerda la barriga de un sapo. Piedras hay invariablemente, para los revoltosos de toda laya: en todos los barrios, aun los de calles asfaltadas y con las construcciones terminadas. Existe siempre una cantera escondida. O las trae el dios de los tumultos.

Se sienta; no para seguir descansando sino para no estar moviéndose tanto. ¡Cuántas veces ha sudado las siete camisas en esta empresa! Y no sólo en el último trimestre, con el balance. Por empezar. . . al tener siempre abrochado el cuello y bien ajustada la corbata, aun en días de 35 grados. Por sus propias manías y las del director de personal. Este que recomendó hace días, no muchos, el cinturón adecuado para sujetar los pantalones, 'a fin de que

nadie sea encontrado por mí que se los levanta a la vista del público, como suelen hacerlo los changadores en las estaciones ferroviarias'. Y en otra ocasión, definiéndose conceptualmente respecto del mismo tema, había sido explícito al decir: 'soy partidario de ese accesorio y no de los tiradores y no habrá fuerza, dentro o fuera de mí, capaz de hacerme mudar de parecer. El derecho de opinión es sagrado'. Lo peor es que el sufrimiento humano, aun en otros órdenes de la vida, proviene a menudo de modos de ver propugnados con una vehemencia por el estilo. Así, por un botón suelto, nace un juicio adverso; o una antipatía que a la larga se hace enemistad respecto de la persona en sí, de quien se le parece y hasta de la Nación a que corresponde.

Sin embargo en adelante le tocará enarbolar sus enfoques, aunque deberán ser originales. Se lo intiman esas caras de empleados, deseosas que ocurra lo acostumbrado. Aquí las tiene como si ellos estuvieran físicamente en sus asientos. Está en efecto recorriendo el pasillo y al detenerse frente a la A y la B con todo el tiempo que necesite, y ordenando con la mente, en la A, las sillas de cada uno poniéndolas en el lugar respectivo, ellas expresan a sus ocupantes habituales hasta en pequeños detalles. Los ahora ausentes, para una sensibilidad como la suya están aquí en el respectivo casillero; y sus voces metiéndosele muy hondo en los oídos y en tono de reclamo. Hay quien denuncia un anhelo insatisfecho por él: 'carece de definición'; 'es gelatinoso'; 'tiene mucho de pobre hombre'; 'no forma una entidad con consistencia'. Y otro que nostálgicamente se queja, proyectando el espíritu de remotos abuelos perdidos en los siglos lejanos de obediencia sentida: 'no sabe mandar'; e inclusive el que, en un verdadero grito, reclama: 'mande mal si no puede hacerlo bien, ¡pero mande!'

De nuevo en su pieza, tiene clara la convicción de que son los mismos para quienes sus modos de ver el ejercicio de una autoridad recibida, serán causa de molestias o de una sensación de hallarse en estado de servidumbre o de encarcelamiento, los que más esperan que esas situaciones de fuerza se den de una vez. Aguardan una codificación, como los hebreos en el Sinaí desearon las tablas de la ley.

Tendrá pues, de esta pieza que era de Malacarne, una posesión exclusiva; junto con la de los elementos que hasta ayer fueron alfileres de tortura para su otra ánima, la muy pequeña: el orden caprichoso que él imponga, frente al que por antojo de su predecesor rige todavía aquí dentro; el horario, elevado en importancia; la última palabra, conferida de pleno derecho al jefe de la oficina; el entrecejo ligeramente altivo del titular, cual recurso estable; el bostezo siempre lícito si es el del que manda; y como un abanico abigarrado con que el comandante Andriolli arrogantemente se ventile, el poquitín de ilicitud especial, reconocida como privilegio al llamado a un cargo alto. Su peso específico pues, muy otro en el futuro.

Sin embargo, no todo tan fluido; ya que reflexionando un tanto, ¿no saldrá de una estrechez para terminar metiéndose en otras? Hará, es verdad, el

tiempo hermoso o el tiempo feo que sea requerido, respecto de quienes pasaron ayer a sus órdenes. Pero, a la vez, será un anillo; más lustroso sí, por muy reciente; respecto de una larga cadena sin fin capaz de sembrarle día a día el mal humor en las venas. La odia esa cadena, no tiene dudas; aunque cual prescripción, deberá simular de quererla. Amor masoquista, pues cuanto más se mezcle con ella, más lo hará padecer: llega hasta el Presidente de la República. ¿Romperla, tal como hubiera hecho en sus años de depresión espiritual? No; tendrá que dejarse llevar por el sistema y ser una anilla más.

Así, sin testigos, quiere darle un lindo tirón a la autoridad y su pedrería. Y a la vez, al orden y a la conducta. Es para un placer acariciado desde años y todavía pendiente. Se afloja el cinturón, soltando vínculos y vísceras. Luego se arranca la corbata y se abre el cuello de la camisa. Al hacerlo, siente alrededor de la garganta, el efecto del aire renovado y, bajando de nuevo con la mano, la buena disposición de esa poca adiposidad en torno de su talle, de abrirse dulcemente y derramarse muy blanda dentro del mayor desahogo del pantalón. Y por añadidura, por un deseo maligno de desvirtuar las severas imágenes que le reaparecen de sí mismo en su pasado en estos lugares, se descalza y apoya con gradaciones de fresco o de luminosidad especialísima a lo largo de su piel, sus pies desnudos sobre el cuero de las sillas próximas, luego sobre la mesa del escritorio y el piso, y, dándose vuelta sobre sí mismo, en el trozo de pared que se yergue como una guardia de corps casi encima del respaldar de su demasiado formal sillón de jefe, o curul según lo bautizó Malacarne.

Gran libertad más que física: al contrario ¡filosófica y casi tangible! Y algo palpa realmente. . . ¡ah, cada uno de los dedos de sus pies, que ahora lo miran desde el escritorio donde los ha situado al encoger las piernas, con un parecido a una familia de hongos! Pies suyos que ve afearse en calzados civiles, por hacerse cada vez más planos. ¿O no muestran ya debilitado, el hermoso arco de los tiempos de la adolescencia, cuando, en el pueblo, corría descalzo sin haber reparado aún en la existencia de la palabra obligaciones? Sí, han perdido la gracia del 'pie latino', según vagamente, por no haber buscado el tema en los libros, se lo imagina, en una especial variedad quizá de su exclusiva invención. Tienen ambos el fácil recurso de ocultarse para dormitar ellos también, como si se hubieran hecho dos burócratas. Pies que no lo han conducido a ningún lugar maravilloso y en los que está, muy esfumado, el decurso, como de una enfermedad, de su tiempo vital hasta ahora. Pues no han impulsado una pelota y tampoco zapateado a las órdenes de un saxófono, a causa de su vergüenza de la gente. Y en cambio se han arrastrado, han tropezado y han caído en yerros. Y por rabia, a menudo han pateado pero en el aire. Y alguna vez, pacíficamente, paseado por las calles como en medio de un sueño o de una nube. Y han defeccionado fácilmente, sin paciencia por los embrollos del destino.

Llaman a la puerta: nudillos fuertes como un aldabón de hierro. Es la em-

presa sin ninguna duda. Prepotente y con la pretensión de entremeterse (derecho del que mantiene a otro). Se pone los calcetines a los apurones y mientras los pies ingresan en los zapatos abriéndose camino de prisa, las manos abrochan el cuello, le agregan la corbata y la anudan. En todo ese afanarse, él como él es casi irracional: sólo tiene la urgencia precipitada de abrir.
"¿Estaba durmiendo?" –pregunta el director de personal.

Es bajo de estatura, pero guarda una notable extensión en alto, de superior indiferente respecto de sus propias fallas. Y cae, respecto de él, con un ojo muy despabilado sobre el cinto, que se ha olvidado de ajustar; y sobre una orla de la camisa, que le emerge por tres botones del pantalón que no ha pasado por los ojales.

Confuso con motivo, él se repone todo eso en regla, mientras, aunque trate de evitarlo, se sonroja hasta las orejas sintiéndose los lóbulos rociados por los humores tibios de sus grandes estados de vergüenzas, en días difíciles del pasado.
"Aquí con una prostituta de bajo precio, ¿verdad?" –inquirió el director, muy seguro de su afirmación– "Una porquería; pues su empresa no es una celestina que alquila piezas para el asunto gordo, acoge a la pareja y le desea buena diversión"

Él lo nota lívido y lo que es peor, próximo a los insultos por efectiva indignación.
"No, señor" –y trata de explicarle.

El otro da un paso atrás, como si ese 'señor', de la manera como él se lo ha empleado, lo hubiese tocado en una parte viril.
"¡Jamás cometería esa barbaridad de traerme a una mujer, aunque fuese honesta, o sea casta no, pero correcta!" –protestó a su vez, más asentado.
"No por precio, tal vez, pero siempre del mismo alcance" –replicó con una mueca irónica el director– "Inspeccionaré de fino. Si hallo a la meretriz o a alguna de las otras atenuadas, lo despido **ipso facto** y a la vez **ipso iure**'

Se mordisqueó una uña como para concentrar mejor las ideas y añadió:
"Como personas podemos ser abyectos. Comprendo que para sobrevivir, tenemos que comer y atracarnos de materialismo. Pero, la empresa, la empresa no fornica. Es un símbolo y una bandera. Y entonces, Andriolli, se la canto en la cara. . . ¡pobre del que nos ensucia nuestra querida bandera!"
"Mire donde quiera" –contestó, seguro de su propia realidad.

El superior retiró la llave de la cerradura y se la echó, muy desconfiado, en el bolsillo; como para impedir una fuga a las calladas.
"Si está presente aquí dentro el otro sexo, el que tenemos clavado en la mente como una fijación diaria, no se me escapará. El olor a hembra lo olfateo de lejos"

Y husmeando como un perro de caza, revisó todos los huecos del departamento.
"Falla quizá el **corpus delicti**, pero el perfume femenino lo siento en este aire

impregnado" —declaró con seguridad.
"No, señor y permítame hablar" —reclamó de viva voz— "Por caridad, déjeme mi propia defensa"

El director, estando ambos parados en el pasillo, lo miró con una sospecha mayor en los ojos, después lo observó con cuidado y le ordenó:
"Confiéselo todo, desde el comienzo, sin omitir detalles mínimos. Es la única salida conmigo"\
" ¡No confieso!" —exclamó— "Pues estaba sin zapatos, con los pies desnudos; lo que demuestra, por una exigencia estética con una mujer, que. . ."
" ¡Bravo, jefecito, recién armado de alguna manera y que pasea adelante y atrás en estas piezas decorosas, tan groseramente como el que, en algunos lugares, muy eufórico sale del tonel donde ha estado pisando la uva para hacer el vino!"
"Sí, en este día de soledad en que la empresa tiene su noble corazón casi parado, ha sido repetir el camino. . . sentirme de nuevo pilluelo como en mis días en el pueblo"
"Evidentemente, es medio desequilibrado. No conozco a otro, con la cabeza en su lugar, que en este siglo tenga una visión tan artificiosa de. . ."

Lo observó otra vez, pero con viva curiosidad y concluyó:
"Si está solo, carezco ciertamente de mano libre. ¡Uf!, nuestras sanciones han sido pensadas para el que encuadra en la estupidez promedio, y no para una psique de atormentado. Hablando del resto, ¿cómo lleva el cargo?"
"Estoy avanzando"
"¿Avanzando como un tanque?" —preguntó el director, sarcástico— "Ya corren noticias feas acerca de Ud." —cerró con la cara seria y las manos nerviosas.
"Resistencia transitoria" —se apresuró a aclarar.
"Lo que cuenta es que la empresa no sufra por su culpa" —previno su interlocutor con aire amenazador— "Dígame. . . ¿no le pasó por la mente el deseo de traerse a una mujer fácil? Evacue todo"

Él negó con la cabeza, resueltamente.

Entraron en la pieza de Malacarne, ahora de él.
"Sentémonos" —le propuso el director, ubicándose en la curul— Ah. . . ¿y esa piedra en el suelo, qué hace ahí? Aquí tiene todavía más materialidad"

Le contó lo sucedido.
"Inexplicabilidad" —comentó el superior— "No es tan solo una palabra nueva que adopto desde este momento, por su fuerza de síntesis. Comprendo en ella también la repulsa que Ud. despierta y que es excesiva, lo reconozco: casi sin razones, con tanta entidad y volumen. Nadie lo quiere. Desalojo lo inexplicable que lo rodea: por atracción personal, diría, éntreme a una explicación suya y que sea franca y leal. Lo intimo a despacharse"

Se calló pero para añadir casi en seguida:
"Tampoco lo quiero"

A su vez y en respuesta, le prodigó una sonrisa fatua.
"Bueno, amigo, cierre temprano para ahorro de electricidad y con ello dejará esto libre de sospecha. . . Si la mujer la hubo, aquí no la he visto. Si partió furtivamente al llegar yo, tampoco la vi en ese supuesto"

Él finge de no haber entendido bien las últimas palabras y luego ensaya un enfoque que quizá pueda rendirle.
"Una empresa maravillosa con tentáculos hasta allende las fronteras" –dijo en voz alta simulando un arrollador entusiasmo.
"Si no tuviese mi mal de piedra, le juro que tantos tentáculos de la corrupción que afean nuestra bellísima, amigo. . ." –y el superior se detuvo, pero en seguida apareció contrariado por no hallar detrás de un biombo, dejado en lugar impropio por los huelguistas, lo que con tanta porfía se esfuerza por descubrir.

De su parte sacudió los hombros, muy molesto.
"Soy incapaz de traerme una muchacha de la clase que fuere, señor director. Tiene mi legajo, constancia viva de una conducta rectilínea. Jamás un llamado de atención"
"Tampoco grandes alabanzas. Exceptúo sus hazañas caligráficas que hacen menos aburridas las hojas donde asienta números y números. . . Ud. viste de gala, lo reconozco, esos libros contables de nuestra 'pizpirreta'. Nuestra Firma, cuando uno la personifica y la ama. ¿No se ama a un expósito o un perro? Números inobjetables; pero en el fondo de la mirada de Ud., siempre algo insólito e indefinible. Quizá la bestia de la libídine insatisfecha y junto, la de la codicia, listas para el zarpazo. Pero Ud. era el peor candidato para este puesto y de ninguna manera el mío. Inclusive por ese estado pecaminoso casi, de solterón a su edad"
"Haré el paso al matrimonio. Y en su momento, seré un regular marido adúltero"

El superior, sonriendo y acariciándose el anillo, en el dedo adecuado para un casado, se encogió de hombros. Luego, urgiéndolo, le preguntó:
"¿Quién lo ayuda a Ud. y por qué razones admisibles? Si son de las otras, no me lo diga"

Por su parte necesita cimientos sobre roca y mintiendo contesta:
"Camosci me dijo un día: 'Tienes mi valiosa protección. Me gustas. Te ayudo sin fijarte plazos. Como acto de señor, ¿de acuerdo?'"
"¿Tuteando? Entonces sólo habló **pro forma**. Yo en cambio alterno los pronombres inocentemente. El tú, el Ud.: uno por otro, en el trato con un subordinado, ¿qué modifica?"

Quedó pensando. Luego perentoriamente le preguntó:
"¿Le dio alguna agüita para los perros? ¿Qué interpretar, conociendo el cuadro mental de los ricos aburridos? ¿Que su puesto, cualquier día le será retirado para ofrecerlo a un veterinario? De paso, para las bestias cuadrúpedas que abundan en esta oficina, tendría más títulos que Ud., ¡seamos francos! ¿O no

ha pensado, qué le pasará si le llega a morir un perro por esas agüitas suyas?"

Él queda aturdido ante el pronóstico. Y el director agrega:
"Sólo quiere sus perros. No ama la empresa como persona, está aferrado al mero significado patrimonial de ella cual instrumento para sus orgías. Es bestialmente capitalista y con un alma de apátrida"

Y tras una pausa, continuó:
"Las fechorías empresariales son de los varios Camosci. La Firma es una virgen, o de igual pureza. ¿O le hablo y Ud. no me escucha? Pueden despedirme, pero ella se quedará con nuestro sello. No poseemos reino, ni capital para comprarnos uno. Tenemos latidos de nuestros corazones para sacar de la simple afectación a un fin de lucro, un hermoso castillo para nuestras fantasías románticas. Ello comporta que en un plano menos rastrero, cabe otra fuente de la propiedad para una coparticipación. O sea, algo dominial nos corresponde de una empresa ajena, por haberla idealizado. Créame, por la vía de estas ilusiones mágicas, se logra en este mal mundo, lo más grande y lo más hermoso"

Partido el director tras esas palabras resonantes y nada más, muy pronto se hizo noche, y, como un flash por lo repentino, se encendió la lámpara de la calle en un efecto muy distinto del de siempre, al recibirlo sus ojos estando él en esta nueva habitación, vuelta directamente hacia ese foco tan luminoso como imprevisto, y mientras en el balcón los pilarcitos de cemento de la baranda se repiten en el suelo más largos y esbeltos.

Se asoma desde la puerta vidriera: todavía es temprano pero el cielo, más bajo que de costumbre, está muy cubierto, y lluvioso. Se dispone pues a marcharse para no dar pretextos al defensor de la empresa, recién salido; quien, entre otras cosas, se quejó de derroche en el consumo de electricidad. Además, faltándole el paraguas, podría recibir todo el temporal en la cabeza y en la ropa, aunque añora una azotaína agradable genéricamente purificadora; sin citar que en algún fucilazo, que ya no falta, le parece entrever fugaces risitas irónicas, lo que le provoca una extraña alegría.

Bajó la escalera sin bridas y con dos soplos parejos en ambos oídos como si hubiese vuelto a los catorce años. Pero a la altura del portón, alguien lo contuvo como si le hubiera aplicado un freno. Es la portera, quien desembocada a las espaldas de él, ya murmura:
"Igual que un escolar o un muchachote en esa edad lampiña"

Aún indignado por esa salida, encontró, a poco andar, al mismo vigilante que indirectamente lo había enderezado hacia la casa del cerrajero. Y como detesta de la policía siempre entre los pies de uno, quiere tratarlo con armas cortas y por lo mismo muy de cerca.
'¿No le parece que la cabeza del jefe de una oficina, también puede ser objeto de un atentado; aunque no equiparable a la de un rey o cualquier otro personajón? ¿No es asunto suyo, por competencia directa, emprender una prevención sumaria aunque el autor con su honda haya fallado el tiro? Yo era el

blanco y pudo haberme estropeado. Estaba pacíficamente sentado en mi escritorio, en esa pieza con balcón de la que conversamos ayer, y izas, una piedra! No me alcanzó por dos centímetros. ¿O para un empleado de empresa privada, no hay protección estatal permanente? Será por no pagar yo impuestos directos, al carecer de capacidad contributiva"

Como el agente medita sin abrir la boca, él busca el escándalo.

"Los burgueses se inscribieron en el libro de la Historia con la Gran Revolución del '89, pero, ¿y la nuestra? Tiene Ud. para empezar, un arma que... Por eso le pertenece un puesto más adelantado que el mío. ¡Juéguese!"

"Así que Ud. es un...?" —preguntó el policía con espíritu indagatorio y las ganas en las manos de golpearlo con el bastón reglamentario.

Por lo que, a su vez, para no dejarlo avanzar en la acusación tan precisa, afirmó:

"No; no lo soy. A no ser en ciertos momentos de injusticia. Y Ud., agente, ¿no lo es nunca, entre las paredes paralelas de su mente?"

El policía se cuadró muy tieso.

"¿Comprende? Cuando la locura, una locura como cualquier revolución, es expuesta en la forma de una idea lógica..." —reinició él— "alguna vez no puede evitarse respirar algo de eso"

"Lo vigilaré" —dijo el agente profesionalmente.

Algo después, en el patio donde tiene un desahogo la casa de comidas tan llena de gente y mientras espera al mozo, desde su ubicación bajo el alero de chapas de zinc oye cómo en medio del aguacero se producen los saltitos en todo el tejado, de una lluviecita alegre. La precipitación que está siguiendo desde hace un rato al cielo negro que había visto ya descendido, desde entonces en una sábana húmeda, muy poco por encima de su balcón.

A la vez, se representa una lluvia con muchos manotazos en la cabeza de quién sabe cuántos demorados en su vuelta a las respectivas madrigueras, por ser ellos remolones constitucionales; y verdaderos cazotes, en las testas de viandantes irrecuperables que avanzan con dificultad apoyados en el bastón, curvo como un cayado. Él en cambio, ¡seco hasta la médula!

Los clientes comen a cuatro carrillos o más, y se manchan de caldo y de lo acuoso en sus bocas, cada uno con los intestinos largos alrededor de ocho metros: tripas quizá todavía a medio descargar desde la comilona anterior, en proceso de ser asimilada o eliminada. Y al costado de él, una pareja que ríe y devora, al mismo tiempo que exterioriza pensamientos libidinosos que no estallan. Sí, el epicentro del doble par de piernas intranquilas, es la hembra, la cual a él también le envía olas. Por lo que la mira y ella le devuelve. ¡Bien hecho, loquita, para que pague por partida doble, con dinero y oprobio, ese tontuelo que ahora te pone su brazo alrededor de la cintura, como para encerrarte tan desbordante deseo! Se acostaría con esta mujer, para hacer cornudo a un tipo que él no traga. Bien sopesada, no es fea y el vestido le hace una doblez debajo del seno izquierdo, que así se destaca. Hétela ahora que pre-

tende estúpidamente mostrar sorpresa y castidad, como si de su parte los ojos los tuviera ocupados en arrancarle la blusa, y de la cesta allí, estuvieran por saltar juntas las dos tetas. Quizá ya lactosas. ¡Qué rasgos intolerables le aporta el aire de santita! Sin embargo, en el momento del paso, en la piecita barata para el pecado con Andriolli, quién sabe si la ropa íntima no la tendrá sucia, o muy hondo en la vagina, no use un pesario. ¡Mala mujer que niegas hijos a la Patria!

Paró de llover para que todos volviesen a sus casas. Pero en el cielo, las nubes se estudian para recomenzar a chocarse, todas manifiestamente enojadas. Algunas, como mujeronas prepotentes: en especial la más cargada de municiones a la vista, engreída como si media ciudad estuviese a estas horas admirando sus meneos. En cambio, por millares, los habitantes en sus camas durmiendo o para cualquier otra gracia. Y con ese calorcito, que en los días fríos se embellece bajo las sábanas cuando la lluvia se pone a llamarlo a uno desde los vidrios de las ventanas, y alegra los hombros y los costados si en lo peor de la tormenta, en la calle se siente un paso trabajoso en busca de resguardo.

Casas, casas, casas; al lado de cada calle y encimadas a las callejuelas. El en cambio sin una puerta que lo invite, ni un zaguán que lo aspire, ni un echadero donde descansar y dormir ¡y morirse!

Mientras piensa, merodea, hinchado de tristeza; como si tuviera, formando parte de su persona, una vela delante, castigados ella y él por un viento, en un mar sin límites. Pero, ¿es sí mismo todavía, en tanta confusión? Inútil ostinarse en continuar siendo Andriolli y no querer sentirse un simple apéndice del mundo. Sí, a la manera de la lata que ahora hace ruidos (no distingue con certeza, si a la derecha o a la izquierda).

Algo tras mano, donde la calle gira, un farol suelto sube y baja con la pequeña fuerza del débil vientecillo que ahora ha quedado como sobra. Al hacerlo, ese receptáculo de luz desfalleciente es como un incensario ad **demones effugandos**, cuando el celebrante con un apuro tacaño concluye la ceremonia contratada para el que está en el ataúd. Pues con esta mala noche, hasta el canto, a grito pelado en sus oídos, de la existencia, cede ante la paz del muerto, y todas las calles están libres de los miembros ahora extendidos sobre las camas para descansar todos ellos; a la vez que los suyos, tras la azarosa y larga caminata del día último, al haber quedado también él sin conclusiones se fatigan aún de minuto en minuto pero sin lugar seguro donde llegar y alargarse para el sueño reparador o la muerte. También otras, millones de piernas, la pasada mañana han partido desde tempranito tras alguna esperanza. . . Les ha sobrevenido en cambio esta noche de mal tiempo, con esa meta sin alcanzar. Aun así, apenas se haga día, repetirán el intento y del mismo modo en las mañanas siguientes, hasta que. . . ¡Muerte y mierda, igual inicial!

Levantó la mirada hacia un reloj que se ha hecho presente con un rezongo. Un cuarto de hora más para la medianoche. ¡No; definitivamente no! No; no

desea desperdiciar dinero, que gana con tanto desgaste suyo (y más en perjuicio de su libertad personal que sudando la gorda), ahora que tiene sobre el lomo este ascenso que lo agobia y deberá huir de unos cuantos Carletti; sin contar la intemperie, conjunto de rebencazos para sí de parte de una Naturaleza siempre ¡tan falta de sentimientos! ¿O no le reserva hasta ahora, la parte del que recibe las cachetadas, como en el drama homónimo; además de las zancadillas del Destino y de la frívola vida que le ha tocado en suerte? Luego mejor dormir en un banco del parque, o en un cañón antiguo en exhibición en una plaza, o en el caño de grueso diámetro que espera ser empalmado a una cloaca; antes que poner en la palma de un posadero, con las arañas en la habitación que ofrece, ¡papel moneda sobre papel moneda! ¡Lindo dinero el de inflación! Muchos billetes, limpios como un plato recién fabricado para apoyar la vianda; y nuevos lo suficiente, como para vendar sin riesgo una llaga abierta. ¡Sucia, la sábana del hotelito, en relación con el gasto! ¡Risibles, los billetes de mayor cifra, por su ínfimo valor y por culpa de ellos, inmundo el sitio donde tirarse unas horas! Decenas de millones de gérmenes infectivos y sin embargo ningún descuento en el precio, aun siendo tres (la araña incluida) en compartir el agujero. Ni siquiera empleando con el custodio nocturno, la elocuencia de Demóstenes. Además, ¡qué abuso!, hacerle a uno trepar fragorosos escalones de madera que crujen y terminar en una pieza grandota, con dos camas para dos huéspedes sin afecto recíproco (el tercero y de yapa, instalado discretamente desde antes, con el aguijón listo para los dos moscones bautizados). Preferible aquí, a cielo abierto: aire sano, fresco, bien oliente, agitado en la superficie y calmo en profundidad, y además aséptico y limpio, con independencia del sube y baja del papel moneda. ¡Oh, poder verlos a todos: gruesos y enjutos, anteojudos y los de buena vista, connacionales o extranjeros, o campeones en seguida después del triunfo; y no gente que se está muriendo y pide los servicios del escribano para un testamento no impugnable; vaciándose los bolsillos de todo vestigio del torpe dinero y con el propósito tardío esos héroes de no atesorarlo nunca más! Así como se para de fumar. Todos abrazados y en hilera, del Ártico a la Antártida, diciéndose que esos disquitos de níquel y ese papel moneda son aliados del Mal y que por haberse hecho muchos, cual moscas, carecen hoy de estima bastante como para que uno comprometa por ellos, la salud del alma, a cambio de entidad tan sucia. Pero hasta que llegue tal momento, algo del Mal en los propios bolsillos se requiere. Puede que simples migas de la Madre Moneda. . . a fin de trocar con ellas las felicidades menudas: un caramelo, un gastito accidental. . . Las cosas sin señorío las tiene uno que pagar. Las grandes, como la virtud, el honor, la vida. . . se entregan por nada o muy poco.

En varios lados del cielo han aparecido estrellas, alguna tímida y con cierto afán: otras muy pequeñas, semejantes a ojitos de lagartijas. ¡Qué movimientos allá arriba, si cada vez que se llamase a Pégaso o Perseo, esas constelaciones respondiesen con un centelleo! ¡Qué hermoso un reavivarse tan instruc-

tor, en lugar de la crasa ignorancia colectiva ante ese abanico desplegado en vano casi todas las noches!

El estrellado parece aumentar de prisa. En cuanto a la lluvia, quedan los charcos, y de las nubes, algún desgarrón en largas tiras desplazándose rápido hacia el sur. Pero desde hace poco, un buen pedazo muy despejado lo mira a través de los enmarañamientos en las copas de los árboles, a causa de la ligera brisa a que se ha reducido el fuerte soplo reciente. Este parque que está cruzando, le recuerda a Lutero en ese bosque donde le cayó tan cerca un rayo: el que habría dejado a la Historia con un agujero sin llenar, al privarla de gran parte de la Reforma protestante.

No pierde de vista la luna; ya presente con sus dibujos en el césped, claros, tendidos como ropa blanca y mojados, por sobre la arena gruesa de los caminitos y en los cuadros y canteros. La encuentra y se le escapa, y es brillante como el plenilunio allá arriba, a través del follaje: descubre en ella el perro grandote y rabioso, en lugar del Bertoldo con el atado de espinas (¡piensen lo que quieran, los selenógrafos!)

Los caminitos están desiertos y aquí y allá, en algún banco, la pareja apresurada, en la movida acción de costumbre. ¡Mejor, alejan a los agresores y los vampiros! Generan para el dos mil. Y de ser necesario, apretarán filas con el diablo Andriolli sin techo; si alguien, con una hoja afilada intentara acariciarle su garganta de jefe de oficina.

Se sienta, transido de frío y tiritando: bajo un tilo, en un banco de piedra ya casi seco. La brisa trae voces lejanas alegres, menos encimadas que hace un rato. Él también es un amante, en su entusiasta capacidad de llegar a serlo con cada una de las muchachas esparcidas aquí en derredor, luego que las haya separado de las bestias libidinosas trajeadas de hombres, que él puede reemplazar haciéndole más honor al sexo exclusivamente atropellador ya que ha perdido la exclusividad de sexo fuerte. Esta vez debe levantarse y seguir su camino pues estos golpecitos de sueño, que de nuevo lo han arrastrado en un asalto continuo a sus ojos, le imponen zafarse cuanto antes de un incontrolable adormecimiento, o peor aún, una franca dormida al aire libre. Mantenerse, sin desmayo, bien alerta y abreviar el tiempo suyo en este sitio, el cual, de poético que le apareció hace poco, ahora se asemeja a un 'cadáver romántico' (calificación que él tampoco podría justificar pero que por esa indeterminación, este lugar se lo equipara a un cráter, por todos estos agujeros para dar cabida al resplandor lunar, o cuando ella desaparece tras los desgarros de nubes, acoger sombras extrañas o pseudosombras. La diferencia no la capta en forma precisa, pero de alguna siente que es sombra y de otras que son pseudosombras).

Parque que le pesa aún más, por la brisa y el agitarse fragoroso de las ramas y tantas hojas que hablan a la vez, favoreciendo la ocultación de eventuales ruidos de cuidado (quizá de importancia vital, el poderlos individualizar, para su propia sobrevivencia).

Tal vez ojos suplicantes más que curiosos, cada vez que al retirarse como está haciendo, pasa cerca de un banco ocupado o fingidamente ocupado, pues es mejor no indagar por riesgo de acumular otra duda: la de si los diablos no estarán haciendo el amor con las diablesas. ¿Desatino? ¿No lo es. . . en un primer juicio, también la entera parapsicología, aunque estimada en altos centros de estudio? Además, si está disparatando, es por su alma, solita en este mar atronador.

¿Y debajo de ese árbol, con varios alrededor como en los libros de espantos? ¡Ah!, el aluminio lunar de varios uniformes. ¡Sí, soldados buenos! Pero de cualquier modo le conviene un gran rodeo y alejarse cada vez más. No sea que se les antoje cometer un robo en su perjuicio, por tener los reclutas, facilitándoles el asalto, caras tan parecidas de resultar a menudo muy aleatorio poder distinguir Pedrín de Ramoncito.

Pero, ¿qué diablos hace este viento, que se ha sustituido a la brisa con un aliento más hondo emitido con cierto sufrimiento lloroso? ¿Encubre a asaltantes y maquinadores, con la ayuda de una luna ahora coqueta al hallarse en medio de tantos nubarrones machos de vuelta en un cortejo quilométrico?

¡Pobre vida suya enajenada a todos los peligros! Al fin y al cabo, no produciría ningún desequilibrio cósmico, un corte en su garganta, mientras estas parejas, ofreciendo una generosa compensación, sigan con sus ejercicios reproductores de la especie. Dios, ¡qué absurdas nuestras malas relaciones en los años últimos!

¿Qué es esto de echarse encima a manos llenas, un pecado contra el Creador, para colmo de ésos sin el acompañamiento de una bella satisfacción de los sentidos? ¡No es lógico arriesgar infiernos por la eternidad, por dársela a ganar a una insípida soberbia!

¡Oh piernas, pero cansadas! ¡Oh Andriolli, hijo de tu padre! ¡Oh Andriolli, jefe de oficina, enfermo de la cabeza que peleas con nuestro Santo Señor! Debes en cambio pensar en tu suerte, si aquí llega el último acto y comprende una hoja dirigida por una mano verrugosa en la tarea de abrirte el gaznate (sí, esta palabra, pues una garganta que acabare tan mal no merecería más pulcritud idiomática). Instante en el que, de pronto cual piernitas de infante, las suyas ya no sabrían huir en busca de salvación.

¡Bienvenido, bienvenido, vigilante que marchas hacia aquí! En estas circunstancias, eres óptimo. Acércate, Andriolli tiene su honradez fijada en la cara; y los papeles que lo identifican, en un bolsillo. ¿O vendrás a prevenirle que está prohibido tomar el aire nocturno después de las 24? Todo **forbidden** y **verboten**? ¿Hay algo que de alguna forma, explícita o solapada, no hayan vedado en nombre del contrato social? ¿Cómo, tomas para otro lado? ¡Revienta!

¡Oh, por fin, por fin! Bravos, maravillosos, ustedes del ejército del trabajo. Verdad que atraviesan los parques aplastando las flores de los canteros. Así lo están haciendo, al desperdigarse fuera de los caminos como el agua en un tem-

poral. Trabajan el año entero; y la fábrica, al otro lado, pero distante aún, los está aguardando. Ella que no sirve para nada sin el concurso de ustedes. ¿Pero por qué se asemejan, vistos así de lejos, a tipos más bien ceñudos y de pocas vueltas? La actividad que cumplen, muchachos o maduritos, tiene que recomenzar temprano a fin de que tengamos en la estadística, más autos, heladeras, aparatos de toda clase y bolsas para el agua caliente para pies helados. En realidad ustedes son parias. Los Andriolli, en efecto, pertenecen en espíritu a la clase de más arriba, la que los pone mal por tener ella alguna hora más de sueño matutino. Concurre algún billete debajo del colchón; o en las cajas de seguridad (esto último, no por los Andriolli, serie ininterrumpida de pobres tronados carentes de bienes).

Tú, musiquita, llama sin pararte y con todo tu vigor. Llegas de la zona segura bien alumbrada y todavía mejor vigilada. Llama, llama a la vida bailada. Llama a la excitación y a esa profundidad obscura que por sí sola se forma en el pleno del tripudio facilitando el acceso a los misterios de la locura y de la insulsez y llevando a entrever, en giros vertiginosos y alucinantes, hasta verdades últimas y metafísicas. Pero sobre todo, acceso natural al buen agüero, a la esperanza vuelta a templar. De lo contrario, el espantajo sigue agazapado en la mente, como a los once años, cuando ingresó en ella para quedarse, tras la fábula del lobizón que le abrió el paso.

La Suburra, revelándose pensativa y todavía recelosa, está envuelta confusamente en una música principal que suena a tango, bailada tal vez por muchas ancas: algunas semidesnudas, las otras en pasos de ganso.

Se abre una puerta y ello afina las notas de un acordeón solitario, que vienen desde dentro. Aún en el umbral él, a ese instrumento simple y claro se sobreponen los motivos de varios bailes, en disputa por clientes en este lado de la calle y el de enfrente; luego media una confluencia vertiginosa de melodías y armonías y de risas hechas por gente alegre, al igual que el tantan en una chapa metálica por algún borracho, mientras un chorro de agua sin bebedores borbolla en el fondo de la calle, donde en forma extraña se mueve una sombra.

Antes de seguir hacia el interior, al cerrar la puerta y excluir esos ruidos, tantos y sin sueño, se siente más consistente, por lo que se zambulle en lo que lo enfrenta, estudiado de cerca por varias mujeres, ellas como cachorritas a punto de mordisquearle las canillas, y que hablan y ladran. Dos como colegialas; otra, cual una monjita y dos más que juguetean entre sí. ¿Muchas o pocas o el número sin la calidad, señal de nada? Siete en total. Del uno al siete, sin nada que añadir ni restar a ese número cabalístico. Siete pecadoras, en especial contra el sexto mandamiento.

En el escenario pequeño; tanto como para caber apenas un asno patas para arriba y cola tiesa; quién sabe para saludarlo a él, arranca una orquesta muy reducida de jovenzuelos con instrumentos. Ríen mientras tocan. La melodía chilla en su evolución de fox-trot malsano y afiebrado; mientras los farolitos,

con las pantallas de papel coloreado y el encargo de luz floja y adecuada, producen brillos rojizos junto con pequeños retintines en dispersión hacia las paredes,cada vez que habla la trompa.

Las muchachas; todas hermosas en este crepúsculo artificial que se reaviva y se diluye con la oscilación de las luces, que ahora por una corriente repentina de aire adquiere ritmo de zapateo; hacen crujidos con las polleras y alguna, debajo, ya ha de estar lista. Amor aprendido de los perros, para tener cómo ostentar gemas falsas, dientes postizos, sonrisas ficticias y tal vez pezones de mostrador en salón de belleza.

También la mísera taza de café es suciedad distribuida. Casi frío y pegajoso. Y con sabor aromático; además de perfume entre el alcanfor y el clavo, la especia que menos aguanta.

Pero aún más roñoso, el aire enojado del camarero. ¡Ha de haberse esperado que pidiese un whisky! ¡Salva a última hora los gastos, en una noche floja!

La pequeña orquesta ha repuesto en sus lugares los instrumentos, quizá para rato. Otra vez el acordeón, en frases ligeras que recaen sobre los presentes. Luego, cuando el ejecutante concluye el rezongo, aplausos prolongados, con toda probabilidad para que la acabe para siempre o se reserve para el infierno.

Ahora las hembras tienen todo el local para su música: risitas dulces abiertas, hasta graciosas y moderadas; no disímiles en el sonido, del franco acento en madres y esposas fieles (a estas horas, debajo de las cobijas, suavemente dormidas y más cercanas que anoche al paraíso). Sí, éstas también parecen correctas y algunas, estudiantes; salvo dos treintañales con los meneos que denuncian la gallina.

Piernas iguales a piernas, pero que es permitido remontar con los dedos de macho en celo. Domésticas del amor medio servicio; y otras, seguramente, todo trabajo. Todas sin los 'no' convencionales, comprenden la bestialidad del varón y se le adelantan con cara benévola y la mano tendida. ¡Oh, en esto también ha habido modernización! No más rameras agrias y con un alma maldita; no, profesionales con conocimiento de su función social y de los derechos de la clientela según la norma civilizada 'el cliente siempre tiene razón'.

Una de las maduras, se le acerca para solicitarle un fósforo. El escote no da para nada: apenas apenas, y enteramente en exhibición, dos florcitas nacidas mal. Vuelve a mirar en profundidad allí dentro: un valle destruido por la sequía y dos ovejas secas. La mujer, hasta en los ojos, con señales de muerta en tránsito.

"No fumo, señorita"

"¿No me ofrece una menta?" –preguntó una voz fresca, salida de ella.

En lugar de contestarle, mira a su alrededor. Tal vez, sedienta no haya ninguna, ni siquiera la única pollita. Pero tienen aire de famélicas. ¡Crisis! Y mientras tanto, en algún rincón, ¿qué pensará de ésta aquí con él, el propietario del local? 'Ahora con ese espiritado de poco dinero, todavía menos posi-

bilidades. . . Tengo que reemplazarla con carne más fresca. Es imperativo'

Él también, sonriendo y con palabras adecuadas, debe echársela de encima. ¿Puede hacerse el amor por caridad? La mujer, al fin se da cuenta y al alejarse, no es nada tampoco dentro de la ropa que lleva. El peinado, para colmo, le deja descubierta la nuca y un occipucio breve y vacío en justa proporción con la masa cerebral ociosa incapaz de utopías y causa de esta vida de. . .

Vencidos los remezones de la piedad, llamó al mozo.

"¿Puede decirle, a esa rubiecita que está sola allá abajo, que desearía invitarla a beber sin discreción?"

Esta otra hija tiene el pelo teñido de rubio claro, pero en compensación ofrece algo bueno, inclusive por la forma como le han diseñado el escote. Y basta un simple movimiento de distraída, para servirle al prójimo lo que está hacia abajo pero listo para rebotar, hecho dos globos muy vistosos. Él mira y no toca. Conversa para darle a entender lo que quiere de ella. Le muestra cierta exigencia en el pedido. La pollita se le acerca con el aliento haciéndole cosquillas en la epidermis de la mano. Y cuando por su lado intenta saltar la línea, le desvía los dedos. Luego se los toma y se demora en alisarlos, como si fuese un aspecto de la tarea a cargo de ella. Se habla de dedos gruesos y de dedos nudosos; después, de sabañones y panadizos. ¿Menta o agua verdosa? Pues no entiende dónde pueda poner tanto líquido en una noche. El cuello, al tragar, lo tira hacia adentro, luego la garganta le vuelve igual, sin arrugas ni estrías ni bocio incipiente. Esta es pues feohermosa.

"Posee el cuello deseado por algunos pintores"

La muchacha exagera un gesto espontáneo de sorpresa.

"Digo que es el que dibujan ciertos artistas. Modigliani los hacía cilíndricos"

"Aquí, ese mote o apellido. . . jamás lo he oído. ¿Habrá sido cliente del Jabalí? ¿Y tú, cómo te llamas?".

No, no puede dejarlo aquí, habiéndolo recibido de sus antepasados con el cabestro que lo ha atado por siglos a buenas acciones y lugares honorables. La suerte de un apellido en un sitio como éste, es servir para fáciles disfraces a ladrones y asesinos y la de huir en las espaldas de bribones, por techos o a lo largo de las cloacas, con los perros policiales en persecución.

"Soy Juan Camosci. ¿Y tú, querida?".

"Mata Hari" —contestó ella riendo.

Una bravura suya echarlo, con ese gran bolsillo en la chaqueta roja, a andar por este aire viciado, junto con la estúpida colección de estampillas (los perros queden fuera, por no admitirse, según severas reglamentaciones públicas, que ensucien estos lugares de encuentro mundano).

"Aquí dentro, ¡tus manos en el bolsillo!" —le intimó la muchacha— "No seas guaso" —insistió; más por petulancia que por convicción.

Ese trato, aun atenuado por la sonrisa que lo siguió, que dura como si el reproche hubiese sido por mera formalidad, lo deprimió.

La pequeña orquesta ha retomado su música, en un ritmo más agitado que

antes, pero con la trompa más agraciada, más dentro de la composición; y no como hace un rato, a todo lo que daba y nada más, de parte del que, parado en dos piernitas y con las manos esqueléticas, la toca dirigiéndola hacia arriba o acompañándola, en la proyección física hacia adelante requerida por la ejecución, con su propio cuello tendido.

En ese momento fue cuando una especie de señora, con un vestido de una pieza hasta los tobillos y un negro de traje de fiesta y tal vez alguna joya verdadera entre todo lo que le brilla encima, descendió, por el pasillo algo inclinado, en dirección al centro de la sala, con una presencia que por sí sola imparte órdenes. En efecto las muchachas, y los camareros de rebote, empiezan con algo. Estos últimos, cambiando ellos de lugar o haciendo tareas insignificantes, las más a la mano en la emergencia; y aquéllas, como mero acatamiento, volviéndose de nuevo coquetas y provocadoras.

La recién llegada, al caminar se menea. Y al girar la cabeza para cubrir con la vista y hasta lejos lo que la circunda, ostenta el porte de dueña del local. Su autoridad es ágil, tal vez por ser pequeña de estatura y poseer dos ojitos de los que en este mundo han enfrentado cualquier cosa. Observada desde cerca, tiene la decadencia de una vieja fachada de concreto aún a medio terminar y muestra, sin preocuparse y desparramándolas, las huellas de provenir de la alta sociedad libertina. Hasta se diría que exhibe de buen grado y con descaro, un áspero pasado en todos los ramos de la actividad galante, pero con la alegría personal intacta. Además, en medio del artificio del maquillaje en boga, sobresale un inconfundible mechón de pelo de otros tiempos de juergas, que le cae en la frente. Y a ponerse a escudriñarla, cosa que ella finge no notar, parece lista para defender el Mal contra el Bien, aun delante de Dios. O sea una especie de mala institución que, en opinión de ella según supo más tarde, se hubiera tenido que escuchar al crearse el mundo, a fin de hacerlo más propicio a los sentidos convenientemente excitados.

La dueña lo miró y a su vez él lo hizo con cualquiera de las cosas del lugar menos ella.

"Te conozco" –dijo, acercándosele– "Eres un Andriolli"

Él abrió desmesuradamente los ojos para demostrar más sorpresa de la que sentía y aun antes de asegurarse de si esa cara podía haberse encontrado en algún lugar, con la suya.

"¡Por todos los diablos bien intencionados!, toqué tu cabeza cuando era una cebollita con bucles dorados. Muy bien, ahora somos personas hechas y al reencontrarnos aquí dentro, no tenemos explicaciones que darnos. Soy la hija mayor de Tomás el Hortelano"

La había visto joven, un anochecer, en el pueblo. Y había fijado sus rasgos, por las grandes habladurías acerca de ella (hablaban, mencionándola con severas referencias, hasta desde el púlpito).

¡Qué motivo, en fin, para una carta a mamá, a quien no escribe desde más de un año! 'Y ahora, santa madre, una perlita que dará vuelta por todas las

casas. En lugar público, he encontrado a la hija de Tomás el Hortelano. Es la tía afectuosa de un rebaño de. . .'

¡Qué inyección en las venas de mamá! ¡Qué golpeteo de la sangre, en las sienes de ella! Primero una breve indecisión y después, hétela presa de la noticia y que con una pasión apresurada, sale a la ventura buscando hablar muy de cerca en el primer oído que se le arrime. ¡Hermoso verla, tras el obligado buenos días, ansiosa de comenzar con alguna interjección capaz de bien predisponer a la interlocutora! Y así, la noticia que llega en breve a todas las casas, dándole a cada una un aire festivo. 'Madre afectuosa de un rebaño de. . .', ¡qué hermosa frasecita, que ella repetirá tal cual y con los mismos puntos suspensivos, para hacer más lindo el equívoco que puede suscitar! Madre en efecto ¿de un rebaño de ovejas o de lobas? Dar a mamá la satisfacción de poder jactarse: ' ¡Eh, es mi hijo quien ha descubierto a la hija de Tomás! En la ciudad, la gente siempre se encuentra, pues los buenos y los malos están mezclados al ser viviendas una encima de la otra'. ¡Pobre viejita, que no quiere abrir los ojos acerca de su hijo ya en putrefacción moral!

"Pero en este sitio soy la señora La Valiera, como esa grande y más que hermosa, y muy religiosa en su pecho, favorita del rey de Francia"

Y midiendo con glotonería el local, con una ojeada que incluía en él a las muchachas y muy en especial, continuó:

"Todos mis sudados ahorros están en este anfiteatro" —y parecía tener en sus ojos el Coliseo y como está hoy en ruinas.

Luego, echando un suspiro de alivio concluyó:

"Hice las mil y una en mi vida, pero jamás por maldad. Fue por no haber hallado un rey, con o sin reino, para mi exclusividad, como les tocó a algunas afortunadas. Ni siquiera un banquero de pueblo, que además de alguna plata hubiese tenido buen aspecto como hombre y un honesto deseo de casarse conmigo. La poesía de nuestras madres, aun manejándome en un caldo desagradable, jamás la perdí. Tal vez porque en nuestro villorrio, hacemos nuestra infancia mirando incomparables montañas que se reflejan en nuestro lago tan limpio. . . ¿Qué o quién podría quitarnos semejante gracia geográfica? Pero la virtud, ésa te la roban temprano, en la forma fácil del peatón que al pasar arranca una flor sin entrar siquiera en el jardín. . . alargando el brazo desde la acera. Es el iniciador. En cuanto a los sucesivos, entran y pisotean el cantero por simple desprecio. Y entonces, ¿qué puedes hacer de un bien que te pertenecía y se ha hecho de todos?"

Él sigue sonriendo.

"Amo nuestras pocas casas, querido hijo. Pero, ¿cómo volver? El cura me condenó en un sermón, aun sin nombrarme. A la Magdalena la hicieron santa"

"Hay sospecha de que no sea la pecadora" —dijo por su parte, pues le interesa la discusión que hay al respecto.

"Curita que ni siquiera me conoce. ¿Acaso hay pruebas de que yo haya corrompido algún alma, es decir la haya dejado marcada para después? El

mal, señor cura, ya está listo en nosotros cuando todavía somos inocentes" —agregó ella con un dejo fuertemente nostálgico por ese estado candoroso.

E inclinándose sobre la cara de él, pues por la confusión del momento, no por ninguna otra cosa, sigue sentado, le preguntó:

"¿No me guardarás algún rencor por mi vida alocada, siendo mujer de tu pueblo?"

Por su lado, sacudió los hombros sinceramente.

"A solas con una mujer, me gustan todas las corrupciones" —le contestó, seguro de que era un cumplido en este lugar.

La hija de Tomás el Hortelano le contó con un meñique las arrugas en la frente y dijo:

"No eres noctámbulo. Las distracciones en pleno día, por rebuscado que sea el lugar escogido, nunca son tremendas. El sol, derecho o indirecto, no cuadra con ciertos horrores"

Al oírla, sintió curiosidad morbosa:

"Quisiera algún ejemplo. Que me describa una de esas cosas"

"Habrá ocasión. No; eres un jazmín, comparado con alguno que traté"

La rubiecita que estaba con él a la venida de la señora, al oír acerca de vínculos de terruño entre ambos, había vuelto con sus congéneres, por lo que la conversación suya con la dueña se desenvuelve en confianza.

Desde hace unos instantes han llegado varios clientes, en un tropel ruidoso. Probablemente, para completar la recorrida por los varios lugares nocturnos de la zona, antes de la próxima aparición del nuevo día. Están muy fuera de hora aunque demuestran el propósito de querer tomar asiento para largo. Quizá por no estar todavía cansados, o cual acto de prepotencia a causa de un exceso de alcohol en las venas.

El mayor número del grupo, siete u ocho de la quincena arribada en un solo montón, se recoge alrededor de un individuo individuo; que evidentemente los acaudilla a todos, inclusive a los que se han acomodado por separado.

"Si quieres relacionarte con banqueros y muy bien ubicados funcionarios estatales que picotean; o mejor, roban, si es que prefieres hablar sincero; vuelve el sábado. No hay como comer, beber, jaranear y gozar juntos, para llegar al tuteo con ellos. ¿Qué haces, el cocinero? Nuestros hombres vienen para ese oficio"

"No distingo el aceite freído en la sartén, del otro a medio freír. Soy el director de banda, en una oficina de teneduría de libros donde hacemos de contadores, sin título pero con experiencia"

La señora no comprendió del todo, tal vez por estar siguiendo los movimientos de los nuevos llegados; pero le sonrió lo mismo, dividiendo ahora su atención en forma visible, entre él y esa gente.

"Ciertas amistades, te harán subir rápidamente. A La Valiera nada se le niega" —agregó ella, dedicada esta vez a él solo.

'Mamá, diles que te ha escrito tu nene, informándote que la hija de Tomás no se hace amigos sólo para sí. Está dispuesta a ayudar a las personas de su pueblo natal. Parece muy cristiana con quien la respete. Aprende, mamá. Y la creo más observante, en el conjunto de las obligaciones de los fieles, que algunas (no por ti, mamá) que superficialmente hablan peste de ella'

"Me eres simpático" —continuó la dueña— "Muy simpático por tu timidez. Ven a menudo en adelante. A contarme cositas de nuestra noche pueblerina, con tan pocas luces encendidas. Me parecerá de volver allí donde también yo fui doncella como tu mamá y las otras. Donde no pisaré, por haberme desde entonces llenado de pecados: como de pulgas, por la abundancia. Las que, según dicen, pasaría con facilidad a las chicas ingenuas que entren en contacto conmigo. ¿O no soy el terror de las mamás?"

'Cierto que no te agrada leer acerca de algunos problemas sociales; pero la verdad, sí, te gusta explorarla. Es mujer de mala fama, no lo niego; pero de sentimientos no faltos de nobleza. Aunque no está cerca de mi edad, mira si de pronto me casara con ella. No te rías. He nacido para algo muy gordo, tal vez demasiado gordo'

"Andriolli, el domingo tengo una comida en mi departamento. Para tu sorpresa, podrás ver en la cabecera a un regordete, señor de la política, cuya cara está todos los días en la prensa o por TV. Cara que ríe o que democráticamente mira lo que todos pueden mirar. Cara de político astuto, en suma. Podrías llegar a necesitarlo. Puede sacarte de una comisaría, por ejemplo"

Esta mención inesperada de la Policía, le resulta de la calaña de un presagio de mal agüero y ya se ve en un lío próximo. Cosa así, nunca la echa en saco roto.

"Con algunas arañas peludas que debo tratar por obligación, un hombre confiable como tú, es ese hijo varón del que en esta suerte de vida una necesita. Para ganar respeto. El respeto facilita el buen orden que demandan ciertas actividades empresarias como ésta"

Y mientras habla, le mira los hombros y los brazos, como si reconociera a un deportista o a un hombre de mano pesada, o por lo menos gallito.

"No te olvides. . . el domingo por la noche. Saldremos de aquí, cerca de las veinticuatro. Será una cena en forma y conocerás flor de mujeres como para darle ganas a un santo"

'Madre bendita, tu hijo no es un gran ingenuo. Sí, cuestionables; pero cuando se siente la necesidad pueril de un regazo donde apoyar la cabeza. . . tienen una maternidad latente, es cierto, pero que en seguida cobra el vigor de la leña bien estacionada. Y esa maternidad oculta, hétela derramarse de pronto en tu cabeza, todavía la de un pequeñín (ni ha madurado aún ni está a salvo de ciertos riesgos). Mujeres que de por sí poco cuentan, aunque en ciertos estados de uno, son vehículo de un calor indispensable para sobrevivir. Es como con el aire lleno de calígine, cuando, a través del ofuscamiento que produce, se propaga una sinfonía venida de algún rincón imaginario. No mirás

más la niebla de las fábricas aledañas: atiendes a esos sonidos ilusorios y te parece que estás en un prado próximo a una fuente de agua fresca, dulce y clara. Y que todo será finalmente purificado. Y será lavarse, pero para una limpieza que durará semanas. No me creas loco. Veme con el frío encima, todavía a esta edad, de un gorrión. Admite que esas mujeres, olvidadas como entes sentimentales, se creen de pronto de volar ellas también. Y en un instante así, descubierta el alma ajena que pueden conmover inspirándole buenos sentimientos, se maquillan en adelante con más decoro y mira. . . ¡se enamoran! Pero este otro amor con el que quisieran entreverarse les está prohibido por las costumbres. Para éste, que no es el simplemente materno, el que a las mujeres les es fácil, las calles están repletas de flores jóvenes y encantadoras. Tu chiquito tendrá corazón para más de una madre, pero en tema de buena elección para la cama, le tapará la boca a cualquiera. Apuéstalo'

La señora, dándole una cachetadita en la nuca en señal de despedida cordial, se movió hacia el grupo, con el paso de una hembra de su oficio, dilatándose provocadoramente de la cintura hacia abajo y recogiendo miradas de hombres al vérsela menear las caderas y los brazos.

El que la juega de cabecilla; a horcajadas en su asiento y hasta ahora circundado por los mismos, pero dentro de poco, de seguro, por el resto de los llegados tan ruidosamente ya que se preparan para ello; es de poca altura, sexagenario, con las piernas que le cuelgan con desparpajo sin tocar el suelo y un mechón rebelde en una cabeza casi pelada. Lleva una gardenia en la solapa de la chaqueta. Al ver acercarse la señora en la forma que le es muy peculiar, se levanta y bien de pie le hace una reverencia.

"Si un alemán en el extranjero representa a su país, son millones de individuos que en estos instantes han saludado a una mujer de quien cada arruga es una certificación de. . ."

"¿De qué?" —le preguntó él al lenguaraz, quien se le ha dirigido en voz baja y con esa apreciación malévola.

Pero el tipo le responde con una guiñada; y luego, entre dientes, como suficiente argumento:

"No nos paga. ¿Vivimos del aire?"

Él, para no hacer más de lo que ha hecho, se muestra atraído por un aleluya partido del grupo, siempre alrededor del pretendido representante de tantos millones. Ahí se celebra todo lo que el calvo haga o diga, si bien pese a ese breve mechón de Moisés en miniatura respecto de la estatua de Miguel Ángel, parezca muy poco inspirado.

Los propios ojos, de su parte los apoya en la cara de la dueña donde, mientras ella habla con todos un poquitín, se suceden semblantes en una continua movilidad de expresión. Con las muchachas, la sonrisa se le achica y en los ojos le relampaguea el duro pasado como si en el fondo las odiara. Pero sólo por instantes, pues cada vez, por reacción de su lado consciente, la sonrisa se le hace llena y se derrama sobre esas mujeres entre ficticia e ilimitada-

mente buena, como si al mismo tiempo que todavía las rechaza, por otro lado las tuviese por hijas.

Dirigida a los varios clientes, la misma sonrisa cambia de contenida a descarada, según la persona de que se trate; así como ahora se sostiene, incansable aunque imprecisa, en los músculos faciales, pues, de propietaria que hace sus cuentas, con un gesto hacia adelante de su cabeza al empezar el cálculo desde los extremos del salón, suma las copitas y las tazas servidas. Terminado esto, ya no es seria ni sonriente sino distraída. Está de nuevo en su sitio: es lo único apreciable. Y así, como una extraña a todo, cual si hubiera sido depositada por un paracaídas, se parece a una cualquiera, bien trajeada, quizá medio instruida, llegada por casualidad o por terror de la noche. Claro, hasta que un golpe de viento en esa paz interior aparente, casi de esfinge, no vuelva a dar significación a ciertos detalles de la persona de ella. Pues entonces; con los meneos de un árbol de pronto enmarañado en sus ramas y hojas; en estrecha conexión con la ráfaga repentina en su alma estática en el instante precedente, en lugar de la hembra genérica reaparecería la presencia y la fuerza de una naturaleza ininteligible pero fundamentalmente poco confiable y lo que es más de temer, que se mueve en el propio **habitat**.

Entre los que acompañan al del país de tantos millones, comprendidos los millones de virtuosos relativos que concurren a hacer tan elevado el número de sus habitantes, cree reconocer al mismo predicador, de acento forastero, quizá de extranjero, a quien se le cayó el solideo pardusco (¿o de qué otro color?) desde el púlpito y que él le alcanzó subiendo por la escalerita con pasitos tímidos de muchacha a quien el viento acaba de levantarle la pollera. Los surcos de esta cara de ahora, ya no son por penitencias ni cilicio, sino de orgasmos. Los dedos; también esta vez muy exhibidos y por los que, más que por el semblante, lo localiza todavía casi allende toda duda; no comentan nerviosos, como ese día del casquete, la caída de Adán. Tan nervioso el predicador, que al referirla en palabras, la había ido figurando plásticamente, como si a la vez que narraba hubiese estado acariciando una manzana muy grandota. Aquí en cambio, los mismos dedos están a la zaga de mujeres desnudas, en una clara evocación de actos sexuales de toda especie, con la anatomía femenina muy empeñada en ellos. Está, en especial, relatando con gran empuje descriptivo una aventura con una estudiante de latín. La voz ha perdido con los años esos silbidos de rebenque, que bajaban del púlpito para hacer temblar a los fieles. Conserva ella sin embargo, el mismo tono desagradable que de suyo justificaría que al tipo lo aporreasen los mismos de esa noche, por desdén ante este cuerpo sacrílego de donde aquélla sale ahora cavernosa, tras quién sabe qué número de faltas a los votos de pobreza, castidad y obediencia. Tiene el fulano dientes de menos, conserva o ha adquirido un lunar cerca de un labio y como agregado, le despunta el diablo de las pupilas. Una indignación vivaz, ligada a su derecho de ex católico; y por haberlo éste burlado esa noche de cuaresma haciéndolo sentirse culpable de la muerte de Cristo, con esa acusa-

ción injusta para un adolescente como él y no tan solo a los mayores que se encontraban en la iglesia; le sube a la cabeza como un vinillo y lo hace ponerse de pie.
"Es inútil; lo reconozco tras veinte años y pico" –tartamudeó por los nervios, mirándolo cara a cara– "Ud., me comprende, mal sacerdote" –y le pareció de haberle agregado un empellón en un costado.

Ahí se produjo una confusión de todo, en la que también daba vueltas su cabeza. El tipo pareció desconcertado y en duda. Así, erguido y de pie, le resulta más bajo que entonces. Por lo menos cinco centímetros. Y quizá a causa del enojo, es distinto de un predicador, pues elige con dificultad las palabras como si no tuviese familiaridad con la oratoria y sólo atina a pronunciar muchos insultos contra él, en un tono provinciano genuino; por lo que, o bien en el púlpito se hizo el forastero o el extranjero por táctica, o el mundo entero y no tan solo el orden del local está subvertido y nada de extrañar si dentro de muy poco comienza a hablar el faldero de la señora, que también, en este instante lo mira a él Andriolli, y por la expresión pareciera condenarlo.

Hombres y mujeres se interpusieron entre él y el otro, quien quiere pelea a puñetazo limpio, pues con el brazo extendido le busca la cara por encima de las cabezas y trata de alcanzarlo, si bien esos cazotes retumban en los brazos de los mediadores aunque sofocados por las mangas al no haber descamisados (fuera de algún 'chac' que denota una cara tocada o una mano hallada al azar por esa granizada furibunda).

En una piecita contigua, donde la dueña lo ha derivado a la fuerza, ve como ella lo hace sentar, o mejor le acomoda las piernas para que permanezca compuesto como un buen muchacho. Luego una de las mujeres del local, trae un paño empapado, con olor a vinagre; y amablemente, esta vez la propia dueña, se lo coloca al lado de la nuca para que quede acercado a su escozor allí.
"Querido muchacho mío, ¿te ha pasado esto otras veces?" –le pregunta ahora.

Y también las demás que lo circundan, tienen la piedad en sus caras, por lo que está aún más perturbado.
"No creo que sea locura definitiva, aunque son ataques muy sospechosos. ¿Tuviste, al asaltar a ese inocente, deseo de estrangularlo?" –insistió ella.

No le contestó.
"Por ahora, duermes aquí, de la mejor manera que te sea posible. El Tuerto, como lo llaman, se ha ofendido en grande y podría estar esperándote en alguna esquina. . . ¿Por qué le dijiste mafioso?"

Ante la certidumbre de la señora acerca de esa palabra absurda, testimonio compartido por las otras caras aquí presentes, se pregunta si su lengua no habrá trocado una palabra cualquiera, con ese insulto gratuito. Pues abriendo bien los ojos; por su parte, poco antes del lío, a la patrona le escuchó 'prelado' cuando es obvio que ha de haber dicho 'pelado' y con referencia al que se convirtió después en su enemigo. Acerca de éste, admite ahora, que si el cas-

quete que él llevó hasta el púlpito, aun rehaciéndole en este momento en lugar de la calvicie una cabellera, podía haberle entrado bien en la cabeza tal como al predicador; las dos varitas sobre las que el individuo se alargaba en procura de darle de lleno en la cara, eligiendo su bulto entre los de tantos apaciguadores alrededor de ambos, nada tenían que ver con las piernas largas de ese cura desencadenado contra los pecados. Una terminante diferencia que sólo ahora valúa, a pesar de haberlo visto al Tuerto llegar membrudo sí, pero realmente bajo.

"Si supieras a quien has enfurecido, no estarías sonriendo. Ha jurado que el día que te encuentre en la calle, te hará la cabeza como un queso con los agujeros" —dijo la señora con voz llorosa— "Por suerte, uno de ellos consiguió frenarlo cuando ya buscaba un revólver en su bolsillo"

Él musitó, en un claro susurro:

"Lo he confundido con otra persona"

Dos peones trajeron un catre, lo abrieron, le colócaron un colchoncito envuelto en una sábana, tomado de alguna cama lista en otro sitio, lo enderezaron, reordenaron el resto y, ante un ademán de la dueña, a él lo izaron como un peso muerto y lo hicieron meterse bajo la sábada liviana, vestido como estaba; lo que le pareció más higiénico que acostarlo medio desnudo, pues pudo haberlo precedido un apestado. Luego salieron todos, inclusive la señora, quien, con las buenas noches aunque se percibían señales del alba, le agregó una cachetadita en una mejilla.

Al quedarse solo, se tocó la nuca: parecía un carbón encendido, por la manera como quemaba; pero sin dolerle mucho. En el aire, el sonido apagado de la pequeña orquesta; que no modifica sus pensamientos invadidos por la sorpresa. ¿Qué fuerza lo llevó a pararse y atacar a ese Fra Diavolo? ¿O el Destino amontona nuevas situaciones para que termine aporreado o reventado? ¿Acaso no lo ha visto ese poder superior obrar **full time** respecto de algunos ciudadanos, no ahorrándolos ni siquiera después de muertos, como al dirigir la bomba de un avión contra una mísera tumba?

La puerta crujió y rechinó sacudiéndole algo en el fondo de los oídos. Entraron dos muchachas para acomodarse el pelo delante de un gran espejo, frente al catre. La menos hermosa recogió también su pollera, para arreglarse íntimamente. La idea de que alguien la haya estado hurgando hace muy poco y que por eso le sea necesario ese reordenamiento de su ropa interior, lo llena de deseo. Se sienta en el borde del catre y las llama a las dos.

"Piensa en no morirte" —le dijo la más linda, chacoteando.

Y repite, para pincharlo, el gesto de la otra con la pollera, pero descubriéndose más arriba. Luego huyen ambas, quedando en los ojos de él la imagen viva de partes posteriores ondulantes, usadas con arte y a propósito, para excitarlo.

Su sueño fue campestre: la señora le muestra una cadera adornada con una guarnición roja. Después lo obliga a besarle ese sitio por largo rato. Y al que-

rer él repetir el beso, esta vez de su iniciativa, rueda por una pendiente junto con la mujer y se la encuentra sentada en su abdomen, con una cinta en el cabello y la cara que se le ha hecho pequeña e infantil, y que le pide: ' ¡Pínchame!' Y allí él la punza con una espinilla, provocándole una risa alocada.

Al despertarse sobresaltado por un ventanazo improviso de luz, la ve a la dueña abriendo por completo los postigos.
"Fiebre no tienes, aquí te lo dice el termómetro" —y con ello involucraba una orden, la de levantar vuelo.

Al retomar la calle, tiene todavía en el buche la taza de café con la que lo ha despedido la paisana. No por la bebida, sino por haberle dicho: 'No faltes a tu empleo. Yo misma trabajé a mi manera, pero jamás robé. Y así mis pertenencias tienen defensa legal'

La taza, agradable al gusto, era fruto de esa clase de trabajo. Sin embargo, aun tirando tan a sucio por el olor y demás circunstancias, ha dado un alivio a sus células: éste que se siente encima a su total beneficio. Nada que decir en realidad, pues acontece con el aire que se respira. Pasado antes quizá por los bronquios de un hombre muy cruel o impostor. De cualquier modo, ¿cómo no ser presa de tantas dudas y no zambullirse en las más absurdas contradicciones entre una hora y la siguiente, y lo mismo día a día o año a año, si las ventanas del cuerpo y las del alma carecen de filtros y el aire es donde tienen todos obligación de respirar?

Al costado de la acera y de él que camina por ella, un individuo mantiene la cabeza introducida en el motor de un auto, en el que trabaja con una mano, a la vez que con la otra sostiene en el aire, por encima de la propia cerviz, la tapa del radiador. Por su lado se para a mirar, al igual que otros dos peatones. Y se queda cuando éstos; cubierta tal vez la cuota de su presupuesto diario respecto de la distribución del tiempo y probablemente sin haber entendido nada de mecánica pero con la impresión de haber pagado también al ocio lo debido; prosiguen su camino. Además, para él, continuar ahí, es hacer lo acostumbrado cuando al advertir que ha imitado a alguien sin razón fundada, considera salvada su libertad al diferenciarse de su inspirador cuanto antes. Por lo tanto si ésos se han ido, a él le corresponde demorarse.

El mecánico se enderezó de golpe y si a la primera ojeada, presurosa y algo deficiente, lo omitió sin darle importancia, en una segunda, razonada y enriquecida, se le plantó delante con toda la cara de que disponía y en una rara actitud.
" ¡Qué descuidado es Ud.!" —exclamó, acusándolo de algo— "A otro lo asaltaría la gana de tirarle el cuello"

Él sacudió los hombros sin contestar y se preparó a reiniciar el viaje. Sabe de no haber cometido nada que justifique tal exabrupto. Pero el subconsciente no se encoge de hombros y lo lleva a mirarse el traje, a la busca de lo que haya fuera de lugar y ello por una presciencia incómoda. Y lo hay: del bolsillo para el pañuelo, en su chaqueta, ve sobresalir muy orondo, como si

con él estuviese la respectiva reserva metálica otorgada excepcionalmente por el banco emisor, un billete de cien dólares. Todo lo cual es deslumbrante, por la fuerza que conlleva de realidad repentina, parecida a la de un chorro de lava desde el cráter de un volcán apagado. Más deslumbrante que billete igual, en otro momento y lugar. Parece un billete altanero, como si hubiese pasado, horas atrás, por las manos de un ministro. . . Tal vez el de la comida, en la casa de la hija de Tomás el Hortelano, el próximo domingo: ocasión para ganarse hermosos tús, desde todas las direcciones. Comprende por fin por qué lo ha reprendido el mecánico.

Juega con el billete, muy indeciso. Si la conciencia sigue protestando por el mal origen, ya habrá un buzón para los pobres donde echarlo. ¿Y si el pobre es un eco vicioso de la caridad? Si la limosna humilla al género humano, salvo el alma individual y encallecida del pordiosero, ¿no queda la destrucción de un rectángulo de papel que no siempre sirve para cosas buenas? De cualquier manera, en el acto de hacerlo, no ahora. . . verá si tal aniquilamiento demanda heroísmo y si él posee el mínimo necesario.

'¿Viste, mamá? El rompecabezas aparece cuando los malos son buenos y los buenos, indefinibles. . . Por lo que no hay ley que dure intacta mil años. Comprenderás que fue ella, la del billete; lo que demuestra un corazón no demasiado pequeño (ni para simple dinero menudo que se tira porque molesta) si se lo emplea para un trasplante en sustitución del órgano fatigado de un reverenciado señor que obtuvo un patrimonio, un castillo y un título nobiliario, por el ejercicio ordenado de la usura o haber hecho el próspero empresario de construcciones viales a base de sobres distribuidos entre funcionarios públicos'.

Cuando redujo el billete a moneda local; obteniendo en ella varios de igual importe y numeración corrida, marco acostumbrado del dinero de inflación; tampoco superó su problema. No es plata redimida, por más que en otros órdenes la culpa de los padres no se haga recaer sobre la prole.

Aun así, en su presente estado de necesidad temporaria hasta la percepción del nuevo sueldo, podrá legítimamente comprometer ese dinero si tendrá cuidado de hacer de él un empleo inobjetable o en circunstancias en que pueda cerrar los ojos por motivos fundados. . . Pero mientras tanto, los hijos de ese billete originario le están dando un sentido de mayor seguridad individual y hasta de mayor estabilidad física. Peor es no reconocerlo.

Y mirando al pasado cercano, de la mala suerte reciente que, aun con un lindo sol afuera como en algunas horas últimas (si bien en lo general un mes de tiempo muy inestable), en su interior lo ha estado derribando; piensa en la necesidad de un rastreo sereno. Pues las rodillas de las dos muchachas, por no hablar de lo de más arriba en esas cabritas cuando las dos se levantaron la pollera, no puede adscribirlas a una mala pata o a un mal de ojo, continuos e insalvables.

Se busca pues un motivo adecuado con que silbar mientras avanza por la calle y escoge el trozo para las charangas infernales en seguida después del **'tutto fuggire, Otello'**, de la ópera verdiana. Pero con los acentos especiales que brotan de este otro pliegue de su alma: ahora confiada en el futuro, y poseída por una musa burlesca. Pues ríe y sonríe a solas, en una revisión expeditiva de casi todos los temores próximos o de viejas raíces, tan vecinos estos últimos a una enfermedad crónica, convencido de que en adelante tendrá que mirarlos como a molestos coinquilinos suyos pero dejando correr mucho más.

El tramo hasta la Firma está, en este momento, a cargo de unas piernas rápidas y como de otra persona, pues él en sí mismo vaga por otros lados, liviano y lleno de esperanzas.

CAPITULO XIII

Al llegar al piso, un desconocido, plantándose a gusto entre él que avanza y el acceso a la oficina, le preguntó:
"¿Ud., el testigo?"

A la vez miró de reojo a Carovino que está en medio de los empleados, que, colmado el rellano, lo rodean en un círculo angosto. En cada uno resalta principalmente cierto aire de reposo prolongado, y en las caras manifiesta señal de pensamientos nuevos o vueltos a pensar. De las dos mujeres del Complejo, se transparenta además un probable aflojamiento respecto de actos de reciente data. . . tal vez peripecias galantes. . .

El de la pregunta, ostenta una sólida unidad entre la expresión de su físico y la forma como se viste. Enunciado sumariamente por las manos, la izquierda sostiene una carpeta con varias hojas sueltas que le asoman por los extremos y la derecha está pendiente de algo que por sí quisiera cumplir.
"Bueno" —disparó el individuo, mirándolo fijamente a Carovino— "¿procedemos? Ud. basta como único compareciente, ¿o quieren intervenir todos en el acta?"

El empleado, en actitud de cabecilla y saltando con los ojos de los inmóviles del extraño a la espera de la respuesta, a la mirada quizá algo insulsa de él Andriolli, hizo los remilgos del que se disculpa.
"Estimo que debe darse por concluido el caso" —farfulló en efecto, arreglándose nerviosamente el pelo y con un dejo de irritación por un mechón insignificante que dos veces le cayó sobre la frente.
"Equivale, o sea expresa igual concepto que hacerme entender que este cortés sobreviniente, no es el testigo que aguardábamos sino la persona en poder de la nueva llave" —comentó el individuo manando ironía de sus ojos— "O sea que entran todos en el paraíso y el caso planteado, providencialmente queda resuelto para bien" —golpeó de nuevo, pero con una sonrisa al emitir esas palabras.

Carovino, sin dejarlo seguir y en ascuas, lo apartó tomándolo respetuosamente del brazo. El ignoto se armó otra vez de formalidad, aunque se hizo dulzón y persona común cuando, intercambiadas con el empleado varias palabras en voz baja, éste sacó la billetera del bolsillo. Entonces, en lugar de la cohesión compacta del inicio, el extraño cobró el dinero que el otro le entregaba, haciéndose múltiple: con una mano contaba billetes y monedas, en total poco importe; con la boca decía al mismo tiempo cosas de circunstancia,

a la vez que por sobre todo repetía la sonrisa de hace poco pero ahora mejor pegada a su cara y que distribuye entre un tercer recuento del dinero, el semblante de los presentes y Carovino. Guardada por fin la suma y ordenada la carpeta; con alegría, quizá por los billetes, pues la había ya demostrado al recibirlos uno a uno elegidos por el dador en una rebuscada cortesía para con él; dio derechamente la mano a todos pro forma; y hecho, recobrándose para su profesión, los esquivó en bloque, por encontrárselos de pronto juntos y trabándole el paso. por lo que la partida resultó abrupta y casi desconsiderada. Y allí tomó la escalera descendiendo sin pausa y satisfecho, como si arriba hubiese dejado, por obra y mérito propio, un fenómeno comunitario reordenado y pacífico. Cual efecto más positivo, en el rellano quedó por lo menos un perfume incierto, el mismo que, derramado por el saliente sobre su propia persona quizá desde la hora de levantarse de la cama, ahora lo diferencia en forma neta.

Por su parte, para no aflojar; y aun siendo visible que el que se ha ido es un notario llamado seguramente para una comprobación auténtica acerca de la cerradura originaria reemplazada por una nueva, amén de cualquier otra reserva, todo para tener después como atacarlo ante los cabecillas de la Firma; se abstuvo de preguntas. Buscó en cambio la llave cuestionada, en el fondo de uno de sus bolsillos, pero estúpidamente, por tenerla ya en la mano. De ahí que al darse cuenta, opta por levantarla en una presentación oficial al hacerlo ante los ojos de todos.

Abre, los hace entrar primero, los sigue como último y como tal con cierto rebuscamiento, y deja, mientras todo lo demás se va desarrollando, en forma estudiada y sin apuro que la pregunta suya que ellos han de estar esperando, se eleve como un globo de juguete y permanezca en el aire en lugar de planear y perder altura. Lo que significa, según su experiencia, mantener juntos esos oídos en una espera muy tensa.

Fue Carovino quien cedió, pero tomando ficticiamente para otro lado.

"¿Cómo la pasó con el comisario?" —preguntó y todos lo hacen también, tácitamente.

Por las caras, demuestran no saber nada de lo que por tantas horas fue una sucesión de hechos de distinto alcance. Pero, de pronto, la Torcida, imitada por la Recta, sin que ello dé a pensar en un previo acuerdo entre ellas, se queda mirándolo con el fácil horror que ciertas almas exuberantes saben pintarse en sus caras y en seguida sentirlo reflejado en la parte sincera de sí mismas, como para sufrir a la postre de verdad, al terminar autosugestionándose.

"¿Le han dejado un chirlo? ¡Pobrecito!" —exclamó la Recta, mordiéndose un dedo por la conmoción que la invade.

También los varones, los de la A y los de la B, pues todo se desarrolla en el tramo hasta su habitación de jefe, se muestran interesados. Carovino en cambio se pone rígido, ganando un par de centímetros de talla.

Por donde él comprende, que su respuesta es un paso importante para dar despacio. Se palpa los cabellos sonriendo: efectivamente los tiene en desorden por su etérea caminata cabeza al aire, hasta hace poco con los billetes ahora buenitos en su bolsillo. Y como si fuese por casualidad, se toca en la frente el cuadradito rugoso del emplasto. Al hacerlo con tanta astucia, los ojos de los varones centellean (los de las dos mujeres del Complejo y de alguna del Montón, abiertamente fulguran, durando más que los de aquéllos en la vivaz impresión).

"Comprendido" –contestó, como si apenas ahora se diese cuenta.

Y en seguida, con el aire de considerarlo asunto de ningún relieve y otro aire de provocación, muy suyo, declaró:

"Un accidente que tuve viajando en un taxi. No la pobre Policía"

Su gesto de soberbia resultó perfecto. Por lo que Carovino, perdido el freno, murmuró:

" ¡Dios quisiera!"

Y por el tono, le ha augurado rotura de cabeza u otro percance grave.

Sin hacer conjuros visibles, pasó a su pieza. 'Y si la Muerte, un día de éstos. . .', reflexiona al cerrar la puerta, 'ella que en gran desorden salta del duque de Filadelfia a un zapatero, y de éste a cualquier grande o ínfimo, ¿se la tomara con Andriolli?. . . ¡Por caridad, quiera Dios que le toque tras una vida larga y felizmente vivida! Pues de terminar prematuramente, su nacimiento habría sido una absurda arbitrariedad'

La habitación está en vivaz penumbra y cuando abre la persiana de la puerta vidriera hacia la jornada muy luminosa, la hora diez, estampada en los relojes de enfrente, le parece la de un mediodía desplegado sin reserva. Se asoma por el balcón para tomar bocanadas de ese aire y esa luz, en la que teniendo entrecerrados los ojos ve muchas burbujitas como en una bebida efervescente. Ocio suyo, en un especial alboroto de su propia interpretación; mientras como a través de una vidriera toda centelleos, debajo, la calle tiene un particular ruido y es exuberante el estrépito que le viene del interior de sí o procede como si fuera desde otros mundos: efecto de conjunto que le pone de nuevo a consideración, aun de pasada, extrañas impresiones que él tuvo mucho tiempo atrás, tal vez a los cinco o seis años.

Alguien lo sacude. Es Trani y tiene un aspecto desafiante.

"Corra al aparato. ¿No ha oído el trino en el espinazo? Claro, tiene que aprender a sentirlo desde esta tierra de nadie. Pero si consiguiera Ud. seguir instalado aquí dentro, aunque fuese por días más, se hará la costumbre con ese teléfono"

Por la línea empleada que lo obliga a pasar delante de la A y de la B y tomar el receptor de una mesita en el pequeño vestíbulo al ingreso desde afuera, no debiera ser la Firma (a menos que un fanfarrón de la oficina central haya escogido adrede el número incómodo para causarle este contratiempo de un trecho largo, teniendo él otra línea externa en su propia pieza).

Piensa en ello mientras camina sin correr, con las piernas que mueve como se traslada una babosa, pese al empujón afanoso activo dentro de sí.
"¿De manera que esos diablos han estado a punto de levantar una formal protesta ante notario, pues a las diez, Ud. todavía. . ." —le preguntaba el director de personal, con una voz chillona que le repercutía en los tímpanos y de la que algo debía estar llegando a los oídos de los presentes.

Muchos en efecto han acudido en tropel, sin que nada justifique que quieran enterarse. Cómo hubiera contestado a gritos: ¡sí, ausente para hacerme mejor sangre!' En cambio se mantiene tieso, ante las palabras que le llegan; se disculpa y trata de dar tan solo, por el inevitable reflejo en tantos tipos atentos, las mínimas satisfacciones a la manada alrededor de él, cada vez mayor.

De repente el director dijo que oía poco y mal y volvería a llamar. Pero el que sonó fue el teléfono en la B. Y cuando, al llegar allí y sacar paciencia de su impaciencia, se puso a escuchar y ya recibía las variaciones en distinto tono, del superior respecto de la misma pregunta acerca de su llegada a las diez; éstos del Montón fingiendo interesarse en las tareas habituales, lo acorralan aún más estratégicamente para casi apoyarle los oídos, a fin de captar por entero ese vozarrón del otro lado del hilo, que hace vibrar el auricular y se deja tomar también a distancia.
"Puede estar en juego su promoción. Hay rei-te-ra-ci-ón" —dijo el director silabeando en esa forma viciosa, de seguro para metérselo mejor en la cabeza.

Y tras escandir mal y bien, alternadamente, esa misma palabra cuatro o cinco veces seguidas, interrumpe el llamado.

Él, que sólo ha contestado con frases sumarias y a la postre con varios sí y varios noes, dos maneras prácticas para dejar colgados todo lo posible a estos curiosos, vuelto a su pieza tiene ganas de imitar a Eróstrato. A los muebles y a la pila de libros contables sobre su escritorio, les prendería fuego destructor hasta el átomo.

Espía desde el agujero de la cerradura: no; delante de su puerta, nadie. Según las voces que localiza, parecen estar todos en sus puestos, sea en la A que en la B.

Ordena el escritorio. Luego, sin pensar, apoya la mano sobre este otro teléfono, todo de negro y reluciente. Se ve formando con el aparato una cosa única y cómo todo él, de pronto se hace un coleóptero enorme y va perdiendo toda relación con esta plúmbea persona suya, hasta volvérsele extraña. Esta que, formada en años y en silencio, lo ilusionaba de ser distinto del circundante, pero para cubrirlo con una culpa universal que se hacía sentir como si él fuese, entre tantos imputables, el más responsable.

Se zambulle en la tarea de librarse de todo contacto con esa impresión de tan temible metamorfosis. Mientras tanto, los empleados, en sucesivos aportes, le están llenando el escritorio de más papelería de toda clase y más libros, hasta no dejarle lugar para apoyar los codos. Por lo que, ganándose dificulto-

samente algo más de aire y a la vez que se saca la chaqueta, hojea al azar lo primero que le cae bajo los ojos y mira las páginas que pasan, con atención nueva: la que demanda cualquier cara desconocida. Y así, los números asentados, al no poner él en movimiento su mente en la forma habitual, son signos obtusos alrededor de los cuales parlotean lenguas fantásticas que falta descifrar. En cuanto a la gruesa pila, de la que hasta ahora ha quitado tres libros y que de un manotazo acaba de salvar de un derrumbe, le recuerda la torre de Babel; pero más chata que en las historias sagradas y en este caso levantada para airear el lado del capital expresado por cuentas formalmente vestidas aunque la ropa interior sea en general de mala clase. En cuanto al dilùvio, por aquí todavía no ha comenzado, pero hay muchos que trabajan para prepararlo. . .

Engancha su imaginación a la realidad ordinaria, la primera que ha actuado a partir de su uso de razón. Y vuelve al libro que tiene delante, que ha ido deslizándose hasta el borde del escritorio, cubierto eficazmente por su abdomen. Insulso, como todo ente contable; además falto de ideas para comunicar, aunque tenga como más destacado lo relativo al Dar y al Haber, divididos por una línea bien trazada. Sí, unilateral su fantasía por deplorar continuamente el Haber suyo, por las pocas partidas personales con que él cuenta respecto del mundo y sus valores. Pues, si el Haber supone ineludiblemente un Dar, lo que uno paga o le queda por pagar es por una razón de equilibrio e interdependencia entre ambas columnas; no por tener él la mala suerte como atributo casi exclusivo. Casi. . . pues hay muchos otros también mal vistos por la buena suerte.

Se enfrascó de cualquier manera, ya que es menos pesado que comparar con la frecuencia que él suele para propia desazón las dos columnas de su cuenta con la Vida, en esos números tan menudos, pertenecientes a la mano de una empleada del Montón. Pero aquella cuenta se asoma entre estas cifras del libro con el que juega más que trabajar, en esta hora complicada. Cifras, las otras, que han sido anotadas en su alma apretando la pluma y dejándole marcas que duelen por el mero hecho de pensar en ellas.

Ahora, en cambio, engolfa la mente en estos números concretos, pero sin un real interés suyo, pues de estos resultados con el más o el menos, ya poco se preocupa: hoy consigue la indiferencia total. En estos momentos, es empleado-mecanismo y no como hasta ayer, empleado-persona.

A la media hora de estos revuelos en su cabeza, una de las mujeres anunció complacida:

"Un joven muy guapo pregunta por Ud."

El tipo entra tras esas palabras de la empleada, como por derecho constitucional. Y se presenta con las frases, dichas con soltura:

"El cuarto poder lo necesita. Le tengo un brevísimo cuestionario"

Él explora en este sujeto precipitado, las señales de la inteligencia media y dónde guarda la belleza varonil, pues, además de tonto a la vista, casi por deri-

vación de ello le resulta feúcho, por más que otra sea la opinión de la empleada.
"¿Qué tengo yo que ver con la prensa?" –preguntó finalmente y arrastrando las palabras, pues le interesa más, examinarlo con atención por la desconfianza que le despierta.
"Puesto que me obliga. . . el que me comisiona y a la vez el primero que tuvo la idea de esta entrevista, si ese nombre le acaricia a Ud. el oído, es. . . No persona del montón, para Ud. por lo menos. Trátase del caballero Camosci"

Él quedó de piedra. Pero si es orden de tan arriba, sólo debe acatar, si bien conviene hacerlo de a poco.
"¿Qué quiere mi superior, meterme en el desfile de los embolsados?"
"De las máscaras de bien"
"Carezco de respuestas de valor periodístico. Mi cabeza hoy está confundida y mi corazón alterado"
" ¡Alegría!, pues siendo así, el artículo lo armo yo y Ud. me lo aprueba con poner una simple inicial al margen. Veamos un ensayo: '¿Cómo está señor Andriolli, al mirar el futuro desde ese sillón?' Y la respuesta, con mucho de pirandelliano y vacuamente bella: 'Como antes que no era antes. . .' O sea, oracular, es decir expuesta a opuestas interpretaciones. ¿Lindo choque verbal, no es cierto, entre opuesto y expuesto?"

Por su lado frunce el entrecejo. Luego trata de corregir tal acto involuntario, revelador de su depresión anímica, mediante una sonrisa algo fatua.
"Sigamos" –dijo el periodista– "'¿Dónde le parece encontrarse tras el ascenso, en una lenta carroza, o guarda in pectore el propósito de desfondar?' Y cual respuesta suya muy valiosa, propondría: 'en una carroza si yo fuera cobarde y a la vez tuviese terror de los baches, en las calles de toda clase y destino. No; viajaré, a par de mi empresa en su diaria afirmación comercial-empresaria, por avión y a la búsqueda de nuevas marcas o límites máximos. Pero será inútil querer renovar mi relación con el público, si el Estado o la sociedad tienen listos los viejos grillos para volverme a sujetar. Me auguro, pues, que en un tiempo próximo, las leyes y las costumbres dejen el cabriolé' ¿Ve, Andriolli, cómo con un poco de astucia, o sea tres palabras a la ligera, puede abarcarse muchísimo? En lo que se diga, hay que aparecer con alguna originalidad, aun sabiendo que es tomar una vaca por la cola o sea por poco tiempo. El lector de diarios, sin embargo, no tiene los minutos necesarios para pensar en si el concepto es nuevo o proviene de la tortilla común, envuelta tan solo en papel de seda. ¿Quién arrancaría ya esa protección? Se comerán la tortilla con ese agregado y por lo tanto un sabor que obviamente no es el conocido, aunque, al natural, la paparrucha volvería a su gusto originario. En suma, lo que cuenta es referirse a la Firma enalteciéndola en todas las formas. Hacer que aparezca amiga del más modesto de sus empleados, hasta el punto de haber confiado a uno de ellos, no a un marqués, la sinecura de regir su oficina de cuentas varias. Ello suscitará una corriente de simpatía, la cual

acrecenterá las ventas"
"¡Claro que lo comprendo a Camosci! Me ordena que apoye una publicidad indirecta. Linda idea y simpática pillería"

El muchacho mira su reloj de pulsera.

"Vendrá el fotógrafo del diario. La cara de Ud. deberá reflejar un sentimiento de victoria, de batalla ganada, de una fortaleza expugnada en algún lugar"

"La tengo dura, pero si se le exige una expresión ficticia, puede aparecer por sí sola llena de pánico"

"Igual queda la sorpresa, y. . . Nada más accesible que obtener una cara asombrada. Nada más fructífero y contagioso. De un estado anímico de maravilla individual, nace un estado de maravilla colectiva: el efecto de una piedra arrojada en un espejo de agua. Pruebe a asombrarse en un salón lleno de personajes. . . los que lo vean hacerlo, adquirirán el mismo aire suyo de persona atónita"

"Lo importante, pues, señor periodista renovador, en especial para una entrevista como la que me reclama mi superior, es tomar a golpes la verdad ingenua, o sea la verdad simplemente inmediata y no acomodada para un fin"

"¿Quiere saber algo, concienzudo hombre? La verdad trillada es cosa de antaño, ya marchita; por lo menos en buena medida. Es la camisa a la orilla del mar: nos priva del sol nuevo y de sus caprichos, pues el sol tiene los suyos: vea cómo tuesta en forma distinta las caras. Hable menos de la verdad, señor jefe. No quisiera escandalizarlo pero estamos tergiversando una sugerencia, que es a la vez una orden para Ud. de parte de su superior"

Y diciendo que su 'letanía' había concluido y volvería con el proyecto, el muchachote le hizo un saludo parecido al del púgil tras el combate; luego enfiló la puerta pero ajustándose, en el umbral antes de desaparecer, la distribución de la chaqueta, en varias brazadas y como si nadara.

Él se consideró en obligación de llamar a todos a parlamentar.

"En una publicación no tenemos que figurar. . . ni fotografiados de pie ni a medio cuerpo. Ni con el traje dominguero ni medio desnudos" —exhortó, tras un vago introito.

Los empleados, acudidos en un cuarenta por ciento, aparecen repletos de números más que pensativos.

"Si aun con nuestros problemitas internos e intestinos, estamos todavía a salvo de deformaciones, es porque la curiosidad externa la mantenemos a raya. De otro modo, de todos nosotros acontecerá lo que pasa con la canción de moda: quienquiera la maltrata a su gusto. Yo sería confundido con un Carovino contrahecho y él con un Andriolli místico"

"Aquí se hace poesía" —comentó Carovino en voz baja— "¡Todos alegres! Falta únicamente el brindis, con el infaltable y prescripto retintín de las copas" —y sonrió sarcásticamente.

"En un diario, sin ventaja positiva para ninguno de nosotros y mientras aquí la situación es cada vez más confusa, y. . ." —continuó él y ahí quedó plan-

tado.

Hubo un largo silencio, pues de su parte dejó el tema por una tarea del momento y los demás mantienen para sí las lenguas para lamerse los labios como el león delante del pobre diablo que está por devorar.

Salidos por fin todos de la pieza, por su lado se entretiene en ella con cualquier quehacer, como manera de salvar las apariencias. Ahora circula por el departamento espiando qué sucede: en la A y en la B están agachados sobre la papelería, cual empleados topos. Tiene el derecho de reprimenda en su puño, pero en especial se siente asimilable a un borracho, por la forma como habrá de decir lo que ya él no puede guardarse.

"¡Acepto la declaración de guerra!" —amenazó, dando un manotazo en la espalda de Carovino.

El cabecilla se enderezó con un evidente tirón en los riñones. Los otros de la A parecieron en busca de palabras. Pero él no da tiempo a nadie de recobrarse.

"Revisen una por una todas las cuentas, no sé desde qué fecha. He descubierto una diferencia que, si como sospecho es importante, podrá abatir, en ciertas cabezas que conocemos del Consejo de Administración, a los falsos ídolos que tenemos en esta oficina nuestra" —tronó.

Tratándose de perlas, él goza de un respeto indiscutible. Y así, tras su vaga mención del caso, los de la A quedan todos como apaleados y sin otro fin que el de rastrear el error y arrancarlo cuanto antes como se hace con un forúnculo.

"El error por el que clamo, es una falta que puede hundirnos el entero balance. Sobre mi mesa he dejado escrita una orientación. No creo fácil el asunto, pues habrá que rever bastantes números. Lindo lío y quizá un real escándalo"

Y mientras rezonga para magnificar, pues es su revancha; por el momento la reacción de algunos es la de palpar los papeles que tienen delante en sus escritorios como si el problema denunciado consistiese en un objeto extraviado que se pudiera recobrar hurgando.

El asunto viene de antes de su ascenso, y postergado por él el darlo a conocer; tras los hechos acontecidos, considera que es el momento para emplear a fondo la que puede llegar a ser su gran carta de triunfo.

Ahora, en parte por no tener una idea precisa acerca de los alcances del error pero sobre todo por serle útil sembrar confusión en el campo adversario, vuelve a martillar y hasta alude a un probable delito 'que no afirmo pero tampoco excluyo y que podría implicar cifras millonarias'

Por todo ello, tocado en su conciencia profesional o por reconocerse una responsabilidad directa en cierne (directa como él Andriolli se la augura, pues sería el fin de su rival como valor opinante y obrante), justo Carovino empieza a llevarse, de la mesa del jefe, todo eso que había formado una torre de Babel.

No; por su parte no será clemente. Y por ese motivo, desde el pasillo, en

el trecho que enfrenta la A, sigue con la queja a través de frases retóricas pero sin detallar ni aclarar nada. Tampoco ahora individualiza a los culpables aparentes de 'la falta'. Y aunque insiste en esta palabra, no pincha a nadie por separado. Lo que embiste con vehemencia creciente, es la organización de la oficina, hablando de nuevo, también vagamente, de 'falsos ídolos', sin que pueda determinarse si se refiere a estructuras endiosadas o a personas con tal exaltación.

"¡Eh! tome estas llaves" —dijo, dirigiéndose al viejo de la limpieza— "y sáqueles una copia. Así, todas las mañanas, desde las ocho y media, quien desee llegar con anticipación para trabajar con el fresco, tendrá a través de Ud. libre acceso. No favorezca nuevos intentos de actas notariales"

Se detuvo como queriendo recordar algo.

"Lo tengo... sí, lo tengo" —dijo, golpeando con la mano su frente y como recordando algo no expresado aún— "Queda sancionada y por lo tanto con fuerza de ley, la siguiente novedad capital: 'el señor jefe, si bien de su propia iniciativa en lo posible se atendrá a una regla a fin de dar el buen ejemplo, no queda sujeto en adelante a horario ninguno'"

Palabras suyas que le hacen bien: se siente de pronto un Hércules delante de éstos... ¿y por qué no?, también respecto de la Firma.

Tras tan efectivo golpe de Estado, pues nadie respiró de más ni hubo signos de insubordinación, al bajar los escalones, lejos de su aprensión habitual respecto de la portera, piensa en un Andriolli que llegare a hombre de gobierno. Y ya tiene la receta: prometer a todos por igual, pero en los hechos reservarse una diferencia ventajosa a favor de algunos, a veces estrechamente justa, otras tan solo oportunista. O de lo contrario, alternando, ajustarse a un tolerante reconocimiento de los méritos que cada uno cree in pectore poseer respecto del grupo al que pertenece. Además: bailotear en público con una pueblerina, por lo menos una vez en su carrera; y otras cosas igualmente llamativas cuando puedan engendrar una noticia que haga círculos como una piedra echada en una laguna de aguas adormecidas. Por sobre todo, escoger las respuestas, tras haber uno mismo sugerido preguntas como: 'Excelencia, ¿no le parece que el odio debería ser proscripto de la vida internacional?' Y sin pestañear, de su parte: 'Sí, señor. Si alguna vez se vislumbra en un tratado, no figura en su articulado. Ello significa un pudor universal en cuanto al odio en forma explícita'. Y como frase de ruido: 'El odio repercute hoy como los disparos de un viejo cañón y es igualmente anacrónico'. El que lea en el diario tales cosas, no creerá nada pero se complacerá en escuchar esa música; del mismo modo como un ricachón vierte una lágrima al oír por enésima vez, el cuento del muchachito que se calentó con la llama de unas cerillas antes de morir congelado. O tal vez haya quien comente: 'éste nos engatusa, pero ¿no lo hacemos todos, en ciertas relaciones diarias? Me cae; muy bien me cae. En efecto, ¿qué otra forma para ejercitar con provecho el manejo de los demás, no siendo por la seducción? Me cae'. Luego, cuando convenga

hablar en confianza a las minorías ilustradas, cabrán ciertas variaciones sobre las notas que les encantan, como ser: '¿Hay quien pueda todavía odiar con las vísceras, si de pequeño no le faltó el oso de trapo que veía en las manos del primito de su misma edad?'

Pero la manera más efectiva para trepar, serán los chistes hechos correr por uno mismo respecto de sí. Hacer reír al público de los propios defectos; obviamente de los muy pequeños, no los grandes, inclusive exagerándolos; vuelve perdonable el conjunto de la figura del político cuando en otros aspectos pueda aparecer demasiado proyectada. Juega una compensación.

También tendría cual norma de conducta, su convicción de haber sólo dos maneras de emprender un acto esencial de gobierno: creyendo en su razón y por ello ejecutarlo con amor; o llevarlo a cabo por despecho, ironía, escepticismo o simplemente para no aparecer estando con las manos sin hacer nada.

En medio de esos pensamientos, observó a uno que lo miraba, quien, casi al mismo tiempo pasó de jeta desconocida a semblante de contorno accesible, luego a cara de individuo visto pero ahora medio disfrazado en el sentido de que ciertamente lo conoce bien pues hasta debe haber sido medio amigo suyo de años ha aunque sin estas modificaciones; razón por la cual de su parte le sonríe antes de conseguir individualizarlo de una vez por nombre y lugares, lo que obtiene por fin, quedando preguntón hacia sí mismo por tanta vacilación en identificarlo. Es un viejo colaborador de la Firma, que en el pasado caía frecuentemente en la oficina, nada más que para augurar a todos un buenos días, pero de una manera tan personal que ese saludo dejaba entrever algún otro significado, expresión quizá de un rito que a los presentes se les escapaba. Pues sobrevenía con el ruido escaso de un díptero, aunque de pronto desencadenaba esas dos palabras con una voz especial para ello, distinta de la suya común y que invariablemente, por lo repentina, hacía estremecer a alguien o sacudirse alguna cabeza; fuera de que en los primeros tiempos hasta el posterior acostumbramiento, nunca había faltado alguna reacción de enojo por lo arbitrario de esa intrusión, juzgada como una burla o un acto irrespetuoso. 'Persona amiga', exclamaba a renglón seguido, como para devolver la tranquilidad a los empleados. Era el tercer acto; mientras la llegada a las calladas y el buenos días estridente, habían sido, muy seguidos, el primero y el segundo. El cuarto, una mirada doctoral a las caras y si le parecía hallar un mal color aunque hubiese sido el aspecto habitual, levantando el entrecejo la frase invariable: 'mañana en cama todo el día'. El quinto y último, la despedida, siempre resuelta a su entero capricho.

Esta vez, en un escenario diferente de la oficina, más gordo el tipo en la cara y con una calvicie más en vista (lo que le explica por qué no lo reconoció sino gradualmente y tan solo en la última repasada más concienzuda que las anteriores), parece haber mudado sus formas de proscenio entre clásicas y simbólicas, por un comportamiento expeditivo, casi desfachatado.

"¿Qué busca, Andriolli, y cómo demora en ubicarme? ¿Busca pensamientos

extraviados por Ud. en esta calle? ¿Aquí parado, en esta esquina, desde cuánto tiempo?"

La evidente metamorfosis en el carácter de este señor; respecto del otro oculto detrás de un buenos días, como de un biombo; le despierta simpatía no queriendo él subestimar el valor de un cambio que le ofrece tan milagrosamente, a una persona muy distinta del sujeto raro que conoció, encasillado entonces sin dificultad por rasgos tan solo externos.

"¡Cómo se ha hecho otro, Ud.!" –no pudo evitar de decirle– "Veo en la misma ropa, salvo la corbata, no a un señor muy compuesto y algo monótono, sino a un innovador que, echándose de encima un saludo espectacular con los empleados formalistas de una oficina, dueño de repente de una calle como ésta ya no dice ese augurio, al por mayor. Refúteme si no doy en el blanco. Allá en la empresa, Ud., en una actitud polémica y discutible; pero aquí, a solas conmigo, se quita ese saludo y se entrega como es. En suma, lo aprecié siempre erróneamente. No diga palabra: a mí me gusta Ud. ahora. Por primera vez, lo tengo entero y opto por esta versión, por la tremenda sinceridad que la caracteriza" –concluyó con la cordialidad abundante e improvisa que siente por este buen hombre.

"Efectivamente, en la calle nunca nos habíamos encontrado. Y ya en concreto, pues el tiempo vuela. . . ¿está Ud. parado aquí por qué extraño motivo?"

"Ni sé si llevo unos instantes parado" –contestó sorprendido de la pregunta.

"¿De qué se asombra?" –continuó el otro, sacudiendo los hombros y lejos de guardar alguna forma de cortesía– "¿No está regida la conducta por las influencias del ambiente? ¿O Ud. sería idéntico en la luna?"

Por su parte, de esas palabras saca lo suficiente como para sentir hacia el interlocutor; definitivamente un sujeto bajo una especie nueva; una repentina admiración, como si cada frase de las que sigue empleando y cada postura del tipo tuviesen cierta importancia y significado, o encerrasen algo portentoso.

"¿Qué hace, Andriolli, en lugares como éste?" –inquirió el otro, situándose de repente en la categoría de persona petulante y con mucho de indagador policial.

Le disgusta esta vuelta inesperada.

"Buenos días" –le dijo, intentando devolverlo a la vieja forma, que de golpe le aparece con mejores o más llanas cualidades.

"No juego, Andriolli. Si no desea darme una satisfacción, asunto suyo. Pero no le creo" –replicó el ex distribuidor de ese buenos días curioso, en tono agresivo.

Él está aturdido: justo enfrente se distingue la sede de una embajada. Y este contradictor le resulta de pronto convertido, de máquina para ese saludo, en apéndice de una Potencia extranjera.

Han llegado, en efecto, con los cinco pasos que han dado, justo delante del palacete, en la acera opuesta. Y él, aun sabiendo que se compromete, vuelve nerviosamente a esa fachada con la vista, a la vez que hace otro tanto su cogi-

tabundo interlocutor. En tal forma se encuentran, con sentimientos diferentes y cada uno a la defensiva respecto del otro, observando ambos hacia ese ingreso y esas ventanas de los dos pisos con las persianas bien juntas; mientras desde alguna hendija o en la parte baja o en los altos, de seguro estará espiando sin ser visto algún mongólico (estampándose en la retina los rasgos faciales de ellos y quizá hasta tomándoles fotos). Intenta para aliviar la tensión contar un chiste, pero el otro no le dejó concluirlo.
"La mano" –lo interrumpió en efecto, por más que él riese anticipadamente para asegurarse el buen éxito de su salida jocosa– "en esta época que le toca a la afligida humanidad y en esta relación de lugar en que por casualidad ambos nos encontramos, su mano, insisto, es la prueba capital en contra de Ud. Sí; tengo sólidas razones para sospechar de su conducta y es por su mano" –y permaneció pensativo.

Por una inspiración, por su parte creyó que quedaba una escapatoria y le rogó:
"Jaimes, démonos amigablemente la mano. Estoy introducido y con óptimos resultados, en la más seria quiromancia"

El otro escondió las suyas detrás de la espalda y respondió hostil:
"Por amor de Dios, lo hallo sostenido por un diablo extranjero. Me obstino en verlo muy comprometido, excesivamente comprometido"
"Pamplinas" –le opuso, comprendiendo en seguida que con esa palabra dicha frívolamente como acaba de hacerlo, ha echado paja en el fuego, pues la llamarada en los ojos de su interlocutor es ahora muy vivaz.

Sin embargo, aunque seguro de que trabaja en su propio perjuicio, vuelve a hablar completamente fuera de la raya. Dice, entre otras cosas y como un gran hallazgo:
"Busquemos, para mejor comprensión recíproca, la posición intermedia, según nuestro respectivo estado mental,ahora, y al tiempo de nuestra conversación última, hace unos seis años en mi oficina. O sea, Ud. el del cordial buenos días, y yo el hombre que no se busca problemas ni delinque contra su Patria: entonces por sentimientos y ahora por sentimientos y un cargo honorable y de mucho futuro"

Pero aunque sonriese tras esa réplica, que a este otro ha de haberle resultado más la de un culpable que la de un sorprendido por una acusación que no siente corresponderle, de pronto se encuentra lleno de desdén y al ápice de la excitación al comprobar cómo se está deslizando de bobería en bobería y con ello ayudando a este estúpido a hacerse una peligrosa certeza. Por lo que explotó contra sí mismo, más que contra el otro, diciendo:
"Nada tengo que ver y Ud. cierre la boca, ni con secretos de Estado, ni con embajadas, la de enfrente o cualquier otra. Y tampoco con cosa alguna que se tenga en custodia, sea en cofres o en arcas, o bajo sellos, o se comunique confidencialmente" –y haciéndole un gruñido de desprecio, pegó una patada en el suelo.

"Quisiera poderle creer" –contestó Jaimes formalmente– "El de hace un rato, en el segundo piso, ¿sacudía el polvo de esa alfombra, o le hacía señas?"
"¡Imbécil!" –se le escapó.

Y con muchas y precipitadas palabras, trata de demostrarle por qué no podría, montado en sus piernas y clavado en el orden reinante, además de recostado en la vida sin agitaciones, estar en el espionaje enfrentado minuto a minuto al contraespionaje. Su distraído interlocutor, sin embargo, con los ademanes y gestos afectados del que no admite excusas pero sin rechazarlas abiertamente, se mantiene de hecho en la propia razón para poder levantar cuanto antes el ancla y desaparecer, por miedo que por confusión de personas pueda parar también en un calabozo. Pero antes de despedirse, plantándole sus anteojos en la cara y mientras sin quitárselos se los limpia con una extremidad del pañuelo, le previene:
"Si no es por la Patria, trabaje por lo menos para una Nación amiga nuestra"

Esta vez él se rió, rociándose de alegría más que sentírsela encima espontánea. Y para parar su propia razón que toma hacia otros lados, considera al que se ha ido, un tonto que ha terminado de decir despropósitos y que si Dios quiere no irá a repetir una imputación tan alocada allí donde haya quien tome nota y después a él que quiere la paz universal, le envíe la policía a revisarle los bolsillos.

De espalda, Jaimes que se aleja caminando apresurado pero como si tuviese a dos pesquisas a la zaga a punto de alcanzarlo y preguntarle respecto del espía Andriolli, le reaparece como el bobón que le resultó la primera vez que lo vio en su vida y el bobalicón de hace un rato y que él quisiera convertido en mosca, fastidiosa pero inofensiva. Aquélla que, cuando aburre, con la punta del zapato puede aplastarse impunemente. Pero al divisarlo alejarse tan de prisa y con un cuento semejante para distribuir, sabiendo de los enemigos del prójimo que hay doquiera, en lugar de irse a comer los bocaditos postergados optó por volver a la oficina y bastante preocupado.

El trabajo, confunde la Policía que sospecha, resguarda de las tentaciones del ocio y es coartada eficaz la mayor parte de las veces. Además de la plasticidad que confiere al cuerpo y los rasgos de hombre honrado que graba en la cara. Y toma materia inerte, de esa fragua que es la Naturaleza desde que concluyó sus caóticas evoluciones, justo para ese progreso, indefinido quizá, del que depende el rescate humano frente a la tiranía del Cielo. Aunque éste, con golpes bajos subvierta periódicamente el reinado terrenal inoculando en la alegría en pleno disfrute, tardíos remordimientos. O en la ilusión de inocencia total respecto del mal intrínseco, el ácido de supuestas culpas individuales anteriores al propio nacimiento.

La estación estival en curso, no es tan hermosa como aparece mirándola con cabeza ligera. Este día, en efecto, tras la fascinación de una atmósfera muy clara en la mañana, desde las doce se está egoísticamente achicando, aunque aumente la luminosiad plena. La celada, respecto de su alma, ingenua

ella al momento del despertar como si cada vez renaciera o una buena noche última hubiese sido una ablución de efecto total y duradero, empieza casi siempre por las condiciones atmosféricas y meteorológicas. Y el engaño es fácilmente cometido, si no se resiste, no se rebela uno, o no reclama el propio derecho a la paz espiritual. Pero y es lo que más cuenta. . . ¿qué influencia tendrá todo esto, que lo externo le expresa a él, en la mente de los policías? ¿No agarrarán en este día a más gente que de costumbre, recelosos también ellos (al igual que muchos a esta hora, a juzgar por las caras con que topa a lo largo de esta calle), para echarla en algún cachot frío y obscuro, ya otoñal? ¡Lindo premio puede esperar, si son verdaderas las noticias que se recogen en ciertos lugares acerca de mazmorras para castigo de inventados delitos contra el Estado, también después de la gloriosa pero ya casi olvidada, toma de la Bastilla!

Además volver cuanto antes al quinto y agacharse sobre la papelería es hasta ético. Pues no debe robársele a la empresa, productora a la postre de trabajo, lo que significa pan y companaje, y no culpable por sí misma de la desacreditada plusvalía, que, por otra parte, feúcha o fea del todo, útil para el progreso o nociva, no puede decirse que sea un hecho constante.

Llegó con alguna agitación, por haber dejado que la idea de un malintencionado siguiéndolo mientras subía la escalera y poniéndosele tan cerca de la nuca con una pistola lista para el disparo, le resultase tan confundida con una realidad, que hasta los pelos allí le aparecieron poseídos de una agitada mudez propia, en esos interminables instantes hasta el momento de entrar en el departamento y sentirse por fin sano y salvo. Pues aunque dentro de sí había una parte que no se inclinaba a temer por razonar aún débilmente, otra, más sujeta a lo exterior y sólo prudente, además de suya como los estremecimientos en la espina dorsal, lo había reducido, en algún tramo de la subida, a recoger la cabeza en los hombros para defenderse todo lo posible de ese tiro.

Al cruzar el umbral y entrar en la salita de espera antes del largo pasillo, la A y la B y su propia habitación, en ese orden inmutable, la aprensión desapareció totalmente. Al avanzar, mira en sus dos lugares a los empleados, quienes a su vez lo ojean desde las propias nieblas de números a través de las cuales lo han de ver pasar, en especial los del Complejo tan pegados en sus asientos y a la búsqueda febril de la diferencia.

Al retroceder para volver a observar en la A, Trani se le dirige sonriente:
"Ud. no es para nada tonto, señor. Sabemos que no lo han beneficiado al azar. Detrás de su ascenso, está uno de los dos países que se disputan la primacía mundial, o el del este o el del oeste"

Al oírlo quiso enojarse o reírse. Pero ahora es Carovino quien opina, increíblemente abatido o reprimiéndose:
"Tienes inteligencia por toneladas, Andriolli"

Lo ha expresado en serio, sin la menor ironía. Y como deseando poner una piedra sobre el asunto que le preocupa, el empleado continuó en su puesto de

trabajo trashojando un cuaderno con anotaciones, aunque es manifiesto que da vuelta las páginas como si las quisiese arrancar y hasta al borde de hacerlo en cualquier instante.

Trani mira al compañero con el fastidio del que ha sido interrumpido. Luego se acerca a él Andriolli y algunas palabras, de las tantas que emplea con alguna agresividad, se las tira ante los ojos, a la vez que le hace sentir los propios en cada pelo de la cara. Y por fin apela a un vivaz reproche:

"Sí, señor. Desde hace meses no era Ud. penetrable a fondo, para quien, antes, se metía siempre en ti nada más que para hacerte una íntima y afectuosa compañía. Me incluyo entre esos sondeadores sin dobleces"

Por su parte no entiende cómo se vanagloria de frecuentarle el alma, cuando tuvo en todo momento la suya tras espesos cortinados, escogidos sin transparencia para que los demás se confundiesen acerca de la real identidad de sus ideas y sentimientos.

"Esta traición, señores, proviene de lejos, años atrás" —añadió Trani, buscando a los demás de la A, todos presentes— "Uno de esos espías que caen en las redes de la autoridad sólo por casualidad. Andriolli, si tienes setenta kilos, por imponderable que sea tu falsedad, a ella le corresponden otros veinte"

"Más que inteligencia cabal, la suya es vileza inteligente" —comentó Lolo en voz alta pero como si fuera en un soliloquio— "Es cobarde simular por tanto tiempo aceptando por implicancia necesaria, una condición burocrática inferior respecto del enorme calibre de su profesión real. Pasar por extravagante y a menudo por mentecato; y a la vez, mirar, captar, conservar en la memoria y referir cuidadosamente, no es tarea para cualquier corazón. No, el suyo es una máquina infernal libre de infartos, que en los hechos ha reemplazado un corazón cualquiera, como el que tenía en los primeros tiempos aquí dentro"

"El arte de las dos caras" —acotó Zama, pero con la aclaración de que no deseaba poner sus pies en la conversación 'inútil' en curso— "Yo, delante de su ataque contra el país de su infancia y de sus abuelos, y esta tierra de la que somos como él plantas autóctonas, pierdo mi afecto por la buena educación y la virtud. Lo llamo cornudo"

"Trabajar de espía" —subrayó Trani— "parece un trabajo más. No; es tarea para un sistema nervioso más ramificado que el común. Hablo del espía con botas, como éste; no de quien escucha por tener buen oído y luego cuenta por vanidad. Un espía, para valer como nuestro hombre; según la importancia que le adjudica y las seguridades que nos ha dado nuestro informante; tiene que haberse librado de la menor espontaneidad en sus gestos y palabras y haberse hecho una máquina de operación uniforme, para simular sin errar. ¿Qué le han encomendado? Aparecer un cándido empleadito; exhibirse en su fingida escualidez a toda hora del día. En cambio, reluciente en la tarea de espía; al cumplirla, cada tanto, a las 4 ó 5 de la mañana, con el largavista o la filmadora y sobre todo un ojo personal aún mejor que esos aparatos, en especial si hay tempestad o algún otro fenómeno atmosférico ingente. ¿Cómo des-

cubrirlo, si duerme solo, en su pieza? Por eso se ha fingido un misógino, pues una esposa o una simple compañera en la cama, serían testigos inclusive de las palabras comprometedoras que ha de pronunciar en sueño"

Trani recogió aliento, luego con la frente alta y echándole una dura mirada, le preguntó:

"¿Tienes ya tu cuentita numerada en Suiza?"

Él sigue impertérrito.

"No contesta ni siquiera por buena educación. Está bien metido en el lío" —observó el mismo, muy indignado.

Luego reanudó:

"Siempre, en el pasado, te consideramos un excremento de una familia bien. Nos entretenían tus latinajos, que has de haberle oído a algún cura, además de ese famoso teniente cura que te amasó en tu adolescencia. ¿O son del diccionario, que aquí sólo tú lees de continuo y te hiciste traer desde la Central?"

"Aquí dejabas olímpicamente. . ." —irrumpió Carovino, superando su breve estado depresivo— "que, por cualquier cosa, te zahiriéramos o nos burláramos. Te bastó para engañarnos tan a la perfección, aparentar una índole complicada. Pasabas por un formalista imaginativo, para que la oficina se divirtiese arrojándote de un lado para otro como una pelota, pero tomándola al vuelo para que no te lastimaras mucho"

Se mordió algo que le sobresalía en una uña y concluyó:

" ¡Pero en tu corazón, che bel ridere!" —y la frase del Barbero la entonó según el aria correspondiente.

También otros se desahogaron, pero a medida que lo hacían, repetían lo ya dicho o caían en contradicciones con los preopinantes. Por lo que, al salir de la A, dirigido a su habitación, lleva consigo mucho asombro por tantas críticas que existieron contra él desde años y han aflorado tan de golpe. Malvadas, y completadas por reflexiones absurdas.

CAPITULO XIV

Al subir la escalera, piensa en la cara del fulano plantado allí abajo, quién sabe desde tempranito, a contar moscas; casi al lado del portón y ahora seguramente, desde un lugar adecuado, mirando cómo trepa, por lo que se da prisa, aun cansados como los tiene los jarretes y las coyunturas. Subida salvadora pues una vez dentro de la oficina, además del resguardo físico ante esos ojos táctiles, probablemente se requiera una orden de allanamiento. ¿O hay que creer que de todas las aceras que bordean las calles por kilómetros, ese sujeto sólo haya encontrado la de aquí, a la entrada del edificio, para enarbolar a sí mismo con un dejo que denota al sabueso de raza? Y que lo ha observado todo ese tiempo, por haberle por su parte puesto en la cara los ojos suyos, aunque sin poder recordar quién empezó con esa idea ingeniosa; si bien el tipo lo hubiese hecho de cualquier manera, si en efecto tiene una instrucción superior recibida tal vez sin un trato cortés, de espiarlo en forma. No es grato tener a la zaga de uno, a un madurito en misión de perro de policía, que sin palabras ni en este caso ladrar, esté cumpliendo actos de búsqueda y persecución, livianito sobre dos patas exclusivamente; y con la otra diferencia, respecto de la bestia, que ésta clava sus dientes en la ropa y a veces en las pantorrillas, mientras aquél, dejando de imitar el can y recobrada la arrogancia policial, de pronto apoya una palma quizá rugosa en la nariz de uno y presiona como si por añadido estuviese aplastando un tomate que a la víctima le hubiese salido en la cara. Y es el primer bocado de un fiero pasto, saboreado con latitud.

¿Descender la escalera y gritarle en la trompa que uno no sabe un comino acerca de la suerte de Carletti? Pero hete que bastaría hablar de la suerte de ese señor, haciéndolo así sin pensar en la palabra, para que de inmediato el hombre-perro, más efectivo por sí solo que todos los canes de la policía juntos, empezara celosamente a querer arrancarle una confesión. '¿De qué manera, señores jurados o los que os arrogáis funciones parecidas? ¿A fuerza de golpes y de fregotearse las manos para ganar más brío en la tarea, y hasta que el ciudadano Andriolli, bajo el peso físico de la moral utilitaria que gobierna un interrogatorio vivaz, acepte haberlo matado?' ¿Hay absurdo que no pueda convertirse en verdad legal, mediante el debido procedimiento? Razón tienen quienes del Estado harían de buena gana un inválido. Pues no es honesto ensañarse con un inocente por lo menos en cuanto a actos ejecutados con plena conciencia. Pues no debe excluir de no haber quizá salido, esa noche, en esta-

do sonámbulo y haberlo reventado y en seguida, vuelto él a la iglesia, haberse tendido en el banco hasta un despertar normal y así ver el edificio sagrado surgir de las sombras y rehacerse de detalle en detalle hasta recobrar toda la capacidad, las formas, los colores mágicos y el espíritu de un lugar tan característico.

Si hubo crimen, busquen la mano obrante o por lo menos la instigación, de la descarada adúltera, pero dejen en paz a los demás seres vivos. Que esa mala hembra pueda ser la culpable, no quita que podría estar ahora de luto riguroso, con la cara hecha una lágrima grandota, muy rodeada de funcionarios policiales, allí juntados para turnarse en llamarla respetuosamente 'señora'. Pero ¿para qué sirven desde siglos, al ver una escena semejante, las lindas palabras y ciertas solemnidades, sino para lo más absurdo de la comedia sin una trama previa y con actores-espectadores, que es la vida diaria de relación?

Empuja la puerta, indignado de que quizá, a estas horas, pese a lo que Andriolli cree saber de sí mismo, y a despecho de su convicción de que sólo debiera pagar lo hecho por sus manos, se le sigan los pasos y a los apurones se lo pueda imputar con una brazada de pruebas meramente circunstanciales. Y de terminar enjaulado, ¿de qué valdría lo que tiene asentado en su memoria en cuanto a su prescindencia del crimen, si en terreno científico no es de excluir un maldito estado sonámbulo, del que inclusive, ahondando en su mente es como si ella guardara alguna huella? La cabeza tiene caprichos de esa clase y le toca a él, cualquiera la verdad última, acallarla para propia tranquilidad. Por lo que aun de acuerdo con su lado consciente donde están marcados netamente sus pasos posteriores al asunto del huerto, debe admitir que su absoluta inocencia carece de una materialidad que permita enseñarla al prójimo para que la aprecie. Empezando por las personas de buena voluntad, comprendida mamá, ¡ni siquiera a ellas, está en grado de brindarles una evidencia! Se necesitaría en el momento del interrogatorio, cuando uno es asediado por policías cada vez más impacientes por no rendir las preguntas ni las coacciones, y justo en el trance en que lo sacudan como con un árbol frutal muy cargado, que, desde lo más oculto de su urdimbre, le cayera un gramo de su asco visceral respecto de la Carletti. Se comprendería, ante una reacción tan espontánea en que la repugnancia adquiriese una entidad perceptible, por qué no pudo haberle matado el macho para usurparle el tálamo. Lo entrevé en efecto tendido en el piso del comedor de la pensión, reservado lugar hasta ahora para los días festivos, con el ojo derecho desfondado y una herida en medio del pecho fuertemente peludo, donde esas cerdas aparecen en desorden como yerbas pisoteadas, y, en lo más espeso del cantero que las contiene, con una pequeña medalla que incluye a un Santo. . . tonta señal de pudor y de aún más estúpida piedad religiosa, tirante a superstición, del animalote que Carletti fue en vida.

Al recorrer el pasillo en dirección a su pieza, ojea en especial en la A: están atareados con el examen de los comprobantes de caja; agrupados codo a codo

con empleados de la B, por ese hecho capital que ha empujado, según está a la vista, también a los que más se jactan de su jerarquía moral, a trabajar junto con cualquiera, a fin de resolver mejor y cuanto antes, en tan poco ortodoxa colaboración, el gran problema en pie. Pues no duda de que lo que provoca tal alteración, acostumbrado como está a ver los de la A independientes y soberbios, es la obsesión de hallar la causa de la diferencia, que, según se desprende, les continúa fugitiva. La tortura que ha lanzado en medio de ellos, como se tira una bomba, ha sacudido buena parte del sueño colectivo de tan larga data.

Se complace, mientras se yergue derecho frente a este espectáculo grato como para gozarlo entero, en representárselos escolares de la primaria y por su lado, ostentar la actitud tranquila del que no tuviese encima el peligro de ser mezclado con un crimen, ni experimentase a raíz de ello una desazón en lo muy adentro de sí, cada vez más intensa y avalada por razonamientos aparentemente fundados. Pero no es superar el temor, pues su lado acusador tiene una oratoria de barricada. Oratoria que descansa cada vez más en indicios probatorios de que todo se inclina hacia lo peor. No se angustia. Trata tan solo de mantener los ojos abiertos de par en par, en ese asunto Carletti con tantas perspectivas de que haya mediado un asesinato; ante la parte absurda de la realidad, que tiene tan frecuentemente una intervención activa en desmedro de la vida de cada uno. Y hoy tal vez le toque a él.

Carovino lo mira, con la mueca despreciativa de costumbre. Una de las empleadas, en cambio, se le acerca y estando por decirle alguna cosa, trata de arreglarse el vestido que le cae para un costado.

"Ni un pito. Es un amigo suyo y sólo sé que volverá dentro de media hora. Ni un pito más le he comprendido, de lo que ha estado tratando de explicarme" —le largó ella con aire de ausente; distraída, mientras habla, por ese empeño en corregir el sesgo de su prenda.

"¿Quién es el que vuelve? ¿Un amigo improvisado? ¡Excluido, pues no tengo amigos!"

"¿No es amigo suyo?" —preguntó la mujer de la B, incrédula— "¿Cómo dice Ud. eso? Estuvieron juntos ayer o anteayer" —y le entregó una carta en sobre sin cerrar; la misma que le ha estado acompañando la mano en esos intentos por enderezar el vestido.

En caracteres como los de imprenta, el escrito decía: 'Veo donde diablos ha llegado y no quisiera creerlo. Parece una historia de otro mundo'. Y ahí concluía, sin postdata ni firma alguna; ni nada que pudiese llevar a la identificación del fulano.

"¿No dejó un Pedro o un Pablo, o algún otro prenombre? ¿Alguna referencia, indicio? ¿Algún paradero en un manicomio?"

"¡No!" —dijo ella, todavía con la pollera que no la secunda, por lo que emplea aún, la cara de persona molesta por el interrogatorio.

"Siendo así, ¡todo acabado antes de comenzar! Si vuelve sin datos precisos,

lo despacha sin llamarme. ¡Váyase el tipo al infierno, si Belcebú recibe a gente sin identificación! En cuanto a este libelo, se lo devuelve intacto" –y metiendo la hojita dentro del sobre, se lo entregó haciendo un conjuro.

Completó lo faltante del corredor, y dio un empellón a la puerta de su pieza, preocupado como está por la venida del desconocido. También desea librarse de la empleada que lo ha seguido sin razón, quizá por tener la cabeza entre las nubes por esa pollera que no se allana a su voluntad.

"Abrevie, señorita. ¿Era alto, bajo, gordo o un palo vestido?"

Y al dirigirle la pregunta, desde el espacio libre que le deja la puerta entornada ojea en la pieza y no hay nada en desorden o que le haga pensar en una inspección.

"Tiene ojos parduscos, si lo orienta"

Él se impacienta. Las mujeres, incluida mamá, siempre la tienen con el color de los ojos, pues los miran. Por su lado no conoce siquiera el de los suyos.

"O mejor. . . tirando a parduscos" –aclaró la muchacha reflexionando.

"Señorita Libertad. . . vuelva a su trabajo" –y la despidió sin más cumplidos.

Apenas la sintió lejos, con ese pasito que resonaba a lo largo del pasillo, se lanzó en la pieza y cerró la hoja con estrépito. Un estremecimiento le corre por la espalda, como si acabase de escapar a un atentado. ¿Por qué semejante absurdo y por qué el efecto que subsiste? Es ilógico que detrás de él, entre su espalda y la puerta, en total medio metro cuadrado disponible, o quizás menos; pueda haber ahora mismo un sujeto con un cuchillo levantado en alto para clavárselo entre las costillas. Tanto más que en contraste, tiene de nuevo en exhibición, como hace unos instantes desde afuera, su pieza toda acogedora. Y en ella así por delante, inútil buscar a un desconocido o una bestia rabiosa; tampoco más allá de las cortinas de la puerta vidriera que dejan pasar su mirada por la transparencia amable que las distingue; ni sobre su escritorio con los montones de papelería, los de anoche; ni nada acurrucado del otro lado de los muebles grandotes. Al contrario, es como si de todas partes ascendiere hacia el cielorraso una porción de humo muy tranquila. Y los distintos rincones, bien escudriñados, manos abiertas.

Para quebrar el encantamiento, echa hacia atrás un brazo, todavía desconfiando. Y por unos momentos es como si lo esperara un cuerpo viscoso, o un arma tendida por un matador. Pero sólo palpa la llave en la cerradura. La hace girar, sin otra novedad que el tac del mecanismo. Si en definitiva hay uno peligroso, es el timidote dentro de sí mismo, que no sabe emplear de una vez la cornucopia que le han entregado. Encierra ella satisfacciones, vivaces como pezones, y placeres rubios como ciertos recovecos femeninos aún más íntimos.

Se mueve hacia la curul, mirando de soslayo el balcón: no hay en él artefactos grandes, ni los pequeños como una bomba de plástico y reina un lindo sol medieval. En vuelo poco claro, tan solo sus dudas dentro y fuera de la pie-

za, cual mariposas de cementerio.

Aun con esta gana, rendida por el cansancio, de pensar mejor desde este trono en el que se siente bien instalado aunque sus pies no lleguen hasta el piso, no tiene tiempo de hacerlo. Alguien, absolutamente irreconocible, rasca la puerta desde afuera, dulcemente. Y como él queda a la espera de cómo se desarrolle la insólita novedad, el otro empieza a tamborilear con los nudillos o un martillito; luego golpes más resueltos, con una particular cadencia; y finalmente, mazazos de un puño vigoroso y conminatorio y el efecto secundario de una granizada como sobre una mesa de madera; mientras allende la puerta ventana, resplandece un sol muy actualizado o sea muy del mediodía que se avecina.

Perdida la paciencia, va a abrir; pero antes de entornar, quiere asegurarse.
"¿Quién es el bufón?" –pregunta adrede con ese epíteto. y toque a quien tocare incluido en todo caso el comisario Pantalani, o sea el famoso Coco.
"Gente amiga que se abre paso" –tronó el del otro lado.

Y aunque él, por la forma como mantenía entreabierto, impedía que recíprocamente se vieran, la puerta cedió de golpe hacia adentro ante un fuerte empellón del visitante, quien literalmente irrumpió.
"¡Libre acceso a un amigo cabal!" –dijo en efecto el tipo, esta vez no cambiando la voz, ni limitando la exuberancia en los gestos que de su parte ya le conoce.
"¡Dios mío, también aquí en la oficina?" –le parece de haberle contestado o de haber farfullado para sí mismo, al pensar en ello algo después.

En efecto, al recobrar dominio de sí, no logró recordar pese a los breves instantes transcurridos, si sus primeras palabras delante de esa irrupción, tomaron el cariz de excusas o conformaron una velada protesta, ya que en sus adentros había estallado una segura irritación dificultándole la neta percepción de los hechos y dichos, suyos y del interlocutor. Lo que recuerda con claridad, es que el tipo en seguida fue a relajarse arrellanándose en la curul. Y que en cierto momento demostró querer levantarse, pero, al hacerlo, nada más que para darse el gusto de recaer en ella con una mirada codiciosa, como la de querer apropiársela. O tal vez, sólo como el niño que salta en la cama de los padres y se regocija por la acción en sí. Pues a la postre se procuró principalmente un gusto; a la vista, tan concreto y a la vez sin otros fines, como el del niño.
"Cuando el capital nos brinda un sillón tan funcional como éste, el regalo hay que usufructuarlo con verdadero apetito" –y el profesor, porque de él se trata, pareció, con otra mirada, estar por devorarse inclusive la pieza entera, con todo su contenido– "Es la respuesta a lo que ellos se han prefijado: debilitar nuestra moral de hombres libres, sentándonos como discapacitados en sus asientos de honor y gloria. Mantener pues la cabeza intacta, haciendo lo que yo: mordisqueo, nada más, desde este asiento suyo, la altura jerárquica. . ." –y sigue diciendo, que nada sin embargo tendrá poder jamás para seducirlo.

Por su parte trata de leer bajo esas palabras, convencido de que además de naturalmente irónico, este señor posee una amargura que le aflora pese al tono firme y a lo que quiere aparecer con esa expresión despreocupada estampada en el semblante. Por lo que a su vez juraría que viene a verlo para algo nada bueno.

"¿Y bien?" –le preguntó a fin de que se despachara sin más– "¿En qué podría serle útil, en medio de mis problemitas?"

Deseaba mostrarse frío para cortar al nacer, esta libertad de caerle en la oficina. Pero tiene también un sentido embarazoso de desasosiego, por haber hablado mal de este señor, esta misma mañana, en La Arañita, con el camarero que los atiende todos los días. Por lo que, ser terminante, puede ayudarlo a enfrentar las quejas por esos comentarios exagerados de su parte.

"Aquí estoy y aquí me quedo sentado" –respondió el visitante, fingiendo la calma de una laja de mármol– "Haga la prueba de echarme"

Ante el desafío, a su vez se rió casi de gana.

"¿Ya estuvo tempranito, no es cierto?"

"Mejor olvidarlo" –contestó el otro frunciendo el ceño– "Mejor me hubiese ido, si hubiera preguntado por un enemigo público n.1"

"Todo se arreglará" –agregó por su lado, seguro de simular bien una calma pétrea.

"Dudo de que lo consiga en tiempo breve. Están todos en franca rebelión, aquí en el quinto. Lo odian. El tú, asocia: el otro trato, muy protocolar y estirado, o sea 'el Ud.' que les ha impuesto a quienes lo han tuteado por años, divide. ¿O no cuenta en su caso mi sentido común? Si no le intereso, lo borro de mi carné de amigos y adquiero el derecho de combatirlo seriamente y con sobradas razones. Sé y me callo; eso es todo" –concluyó haciendo rechinar los dientes– "Sería combatirlo inclusive en interés suyo" –agregó como una postdata, tras una pausa.

Por su lado está a punto de aflojar, pero intenta una salida.

"Nos conocemos desde meses y eso no lo echo en saco roto como Ud. supone" –respondió en buen tono.

"No tolero que tras el tiempo que nos venimos viendo. . . años. . . al visitarlo yo, en este momento para su conveniencia, no mía, indirectamente desde la llegada me esté invitando a irme. Quiero ser perjuro, si Ud. fuera a necesitarlo, y encubrirlo hasta los límites de la razón y el buen sentido. Es mi ofrecimiento por sí o por no"

"No entiendo qué quiere dar por sentado. Respondo de mi conducta en forma absoluta. Agradezco, pero rechazo por innecesarias las sogas que me quiere echar como si yo estuviera por ahogarme"

"Con las leyes que vendrán todo será diferente. Pero con las actuales, no. Están en contra de ti. En cuanto a lo acontecido en esta oficina, bien has hecho con ese escalamiento para embolsarte la jefatura. Trabajo digno del animalito con trompita alargada, dos ojitos y los pies como palas, para exca-

var. Hablo de tu semejante. . . el topo"
"Soy primitivo: de mi casa, aquí; y desde aquí, a mi casa. Acato fielmente el orden heredado de mis abuelos. . ." –contestó encogiéndose de hombros.
" ¡Error! Corrígete antes que algún muchacho muy abundante llamado a la revolución final, te dispare un tiro. Fuera de que tus manos te desmienten. Dictador en pañales, cambiemos tema. Hablemos de polleras"
"La Tierra para mí gira alrededor de estas pilas de papeles y libros de contabilidad. . ." –insistió, dispuesto a eclipsarse para que el profesor perdiese toda esperanza de usarlo para sus propios fines.
"Por suerte, esos dedos y las dos manos enteras, están hechos para el mando. En un juego calculado, fomente la disconformidad y la discordia, aquí y en todas partes, o sea, estimule en el quinto, un foco revolucionario. Déjeme el planteo adecuado. Aunque tampoco sé, si lo que tengo en el borde de mis labios sea momento de expresarlo" –concluyó el profesor con frialdad.
"Querido teorizador, pienso que quiere comprometerme"
El visitante se levantó con la cara encendida de rabia.
"¿Qué se cree, que estoy al servicio de intereses obscuros?"
"No sabría contestarle. . . De las situaciones difíciles, se libra"
"Tengo suerte" –respondió nerviosamente– "Sé zafarme de la tenaza policial. Sé fingir al momento debido. Tras una manifestación o una refriega en las que he sido estrella, en el sitio mismo, hablo simulando al primer contingente de burgueses caídos de las casas vecinas como despuntan hongos cuando el agua llovida gotea aún desde las ramas y las hojas; y con santa indignación capitalista, además de cierto olor a sacristía como si al suspirar con tanta frecuencia añorara el breviario"
"Linda metamorfosis" –comentó él insatisfecho.
"Soy un actor o el mal actor que piden los miles de necios que la cultura no barrerá del mundo. En mi substrato, soy capaz de alimentar un odio mortal y en lo exterior aparentar cálida amistad. Emplear la misma cara y la zalamería de ahora; ahora que sin embargo es momento de ejemplar sinceridad con Ud., por ser un compañero que no debe perderse. Lo manifiesto con entusiasmo"
Como él queda sin pronunciarse, se apresura a aclarar:
"Poseo sobre todo entusiasmo, en su caso. Por ver que necesita a un conductor. De a poco absolveré tal tarea, transmitiéndole el tesoro de mi experiencia con el género humano. Le llevo quince años, que a cuentas revisadas pueden llegar a veinte. Los hijos que me reservaba la Naturaleza queden con las estrellas y no bajen para nacer. Administro asuntos de interés colectivo, en lugar de ocuparme de si el chupete del bebé está limpio"
"¿Conductor **condottiero**?" –replicó punzante.
"Hasta eso, si es para mayor salud del amigo irresoluto. Aunque poco me agradan esas ironías suyas, demasiado burguesas" –y frunció el ceño.
"No es ironía. Mi salud está aquí, en una vida sin sobresaltos; metido yo, en estos papeles contables, como un marcador en la novela que se está leyendo.

Salir de este esquema y buscarme espacios más amplios, más vitales, no serviría para nada. Ni para la causa que hubiese abrazado, ni para los compañeros o camaradas. Soy demasiado arañita para una finalidad como la suya. Hombre de poca monta, nacido para hacer poco y morir habiendo hecho poca cosa. Sin anticipaciones que anuncien el momento en que; ya adelante la depredación física que cada instante acrecienta, vivido o dormido ese instante; el tiempo se lleve los últimos granitos que al faltar provocan el desequilibrio irremediable a favor de la muerte"
"Seremos cómplices, aunque me costará trabajo. Tome nota sin sustos: mi resolución es firme"
"¿Mi voluntad no pesa, en su esquema?" —replicó irritado.
"La mía, únicamente se la facilito y así Ud. no se enajena. No confunda los términos"

Lo miró fijamente y siguió:
"Es su deber poner en orden a este montón de maleducados, que no admiten que Andriolli sea el nuevo jefe. Lo es en cambio, por disposiciones naturales para el cargo, empezando por sus lindas manos de dictador a vida. La dictadura le corre en las venas. No importa si de hecho no llegara a ejercerla plenamente, aunque, ¡atención! en forma reducida en todo caso está siempre presente. Entre los signados, alguno no supera la fase introductoria, la de dictador con la propia esposa e hijos. Pero aun así limitada, en escala reducida concurren iguales condiciones psíquicas y los resultados son concordantes en esencia, con los que distinguen la dictadura en el ámbito del Estado. Hasta diría que no se llega al vértice, simplemente por no coincidir el tiempo de aparición del predestinado, con una época histórica propicia"
"¿Yo, dictador?" —preguntó incrédulo; aunque en sus adentros, como se lo revela una rápida introspección, tontamente complacido.
"Determinado ya, fuera de toda duda, que Ud. es dictador en potencia, procuraré que su destino se cumpla; por lo que estos lobos tendrán que rendirse. Pero con la condición, para mi pleno soporte, de que, a través de un calculado plan que por sus injusticias los exaspere, haga de estos pobres diablos en la picota todos los días, revolucionarios iguales a los revolucionarios natos. Sin un caldo, creado en forma semejante en el mayor número de lugares donde funcione la relación capital-trabajo, el nuevo orden continuará a estar colgado. Algo que la Historia, querido Andriolli, no tolera más. Y yo tampoco"
"Formas de ver distintas" —comenzó él, por la gana de contradecir.
"Déjeme hablar cada tanto" —se quejó el profesor exudando dignidad contrariada— "Por ahora, pongamos una piedra sobre esta hermosa canción del dictador en cierne. Nada me asegura que Ud. no termine defraudando sus manos y dándole una puñalada a la Historia. Si bien hasta ahora ella se las mereció, por ser generalmente absurda, antojadiza y poco agradecida. Diría que muchas veces es una prostituta"
"Un conjunto de pequeños dictadores desde los sindicatos, para forzar el ave-

nimiento de un Gran Timonel. No estoy de acuerdo"
"Dejemos eso. Al fin y al cabo, ni la política, ni mis aguijonazos como los de Sócrates con su ciudad, han motivado la aceleración de los latidos de un órgano de la circulación cuyo poseedor sube a la carrera, todos los días, al borde de las nueve matutinas, cinco tramos. Lo que me trae, es la urgencia que Ud. vea a un gran abogado. Algo sucede en la pensión Carletti"
"¿Claro, entonces, que hay una única razón de su visita y es la que acaba de decirme?" —y se calló, aunque desafortunadamente tuvo un pequeño sobresalto.
"Guarde toda su calma" —le recomendó el otro en forma paternal— "Muy calmo; sí, muy mucho"
"¿Qué sabe?" —pidió por su lado, fingiendo indiferencia.
"¿Habita aún en esa pensión Carletti o se ha fugado con toda su ropa? Sé lo que hacen circular estos traidores de aquí dentro. Urden conjeturas acerca de un hecho muy grave, que las autoridades mantendrían oculto para investigar mejor"
"Dígame lo que Ud. conozca directamente y por favor sin acotaciones suyas"
"Algo más que estos súbditos de Ud., que, basándose en suposiciones, quieren cargarle la responsabilidad más contundente de esos hechos tremendos"
"Que Ud. ignora en qué consistirían, ¿no es cierto? Cuente lo que sepa en concreto, nada más"
"No Andriolli, no es momento de deprimir su estado de ánimo de jefe, ya excitado bastante más de lo aconsejable, con lo que yo pueda haber establecido o no, por averiguaciones más directas. Además, hasta la pensión Carletti son siete cuadras, o sea a buen paso siete minutos. Aun sin meter la nariz en ese lugar tan en discusión ante los graves acontecimientos que se sospechan como allí sucedidos, el tipo que pasea por delante de esa casa, yendo y volviendo, a simple vista es un policía de paisano. Se lo olfatea, sin ir a comprobar de visu y de pies a cabeza su comportamiento. Son fulanos que uno los ve, los observa con discreción y comprende sin tardanza el oficio que tienen, esculpido en sus frentes; pues son cabales simuladores que, de no mediar la propia agudeza, solo se los ve mirar al piso o rehuirte con el aspecto de vueltos al cielo ociosamente, como si fueran tontos. Pero con toda evidencia, allí plantados sin motivo aparente, al faltar señales de oficio manual, entretenimiento reconocible o algún otro signo de una pasión o una lucha interior. Lo que en cambio es manifiesto para un ojo atento, en el caso que nos interesa y que se exterioriza por fuera pero tan encima de la pensión Carletti, es el escrupuloso y gélido ejercicio de la comisión encargada. Está ahí por ser su forma de vida. Y tú que lo pescas in situ por casualidad, te sientes espontáneamente deseoso de mirarlo más de cerca y al hacerlo, no puedes prescindir de descubrirlo por lo que es: perro de presa. Como ve, información seria y razonada"
"Ud. no ha visto nada en los aledaños de la pensión" —murmuró enojado, en

la esperanza de forzarlo a hablar.
"Pongamos que así fuera. Con eso, ni rechazo ni acepto; es apenas un 'pongamos', cual concesión para hacerla breve. Pues llevaría tiempo ponernos de acuerdo acerca de la interpretación del significado atribuible a esos dos ojos dirigidos tanto tiempo al cielo: para mí, prueba irrefutable de un nexo del individuo con la profesión astuta que se oculta de ese modo. Tanto más, verificándose la novedad en las vecindades de un 'presunto' delito; para no decir, tan seguro como el sol de este día. Además de caras parecidas, entre los pies de uno de los sospechosos o de los amigos del amigo. Renuncio en suma a insistir respecto del asunto y las circunstancias que lo rodean, que, juntadas, conducirían o mejor llevan casi inexorablemente a deducir o inducir que. . . Además, aunque no me hubiese trasladado a ese lugar, y con ello, repito, no subscribo de no haber concurrido personalmente y bien despierto, tengo derecho de formarme una opinión de conjunto, de cosas en juego; si más no fuere por intuición. Conteste pues, ¿se ha fugado o no?"
"Ud. no ha visto fulanos como el que ha descrito, paseándose delante de la pensión o por estos lados y menos aún ha cambiado palabras con sabuesos inexistentes" —dijo a su vez, en voz alta, pero sólo por convencer a sí mismo.
"¿Se ha escapado, sí o no?" —preguntó el profesor, triunfante.
"Me he retirado aburrido de chismes. Escapan el ladrón y el asesino"
"Pero ha abandonado en esa casa sus cosas, quizá un montón de trapos sin mucho valor. ¿Pretende que todos sean sensatos como yo y no concluyan con atribuirle las más serias responsabilidades? Haya o no sucedido algo, aunque repito que un lío lo hubo. . . ¿no es razonable que algún ojo de la autoridad esté procurando aclarar por qué, antes o en concomitancia con lo acontecido, Jaime Andriolli ha optado por poner distancia?"
"Pamplinas. Iré esta tarde a juntar mi patrimonio"
"Entonces lo haremos juntos. Pero antes lo ve al abogado Cuadrado y como buen hijo de su mamá. Ya tengo fijada la cita para Ud. Dentro de una hora, en su bufete de la calle Restauradores"
"¿Qué tengo que ver con ese tal Cuadrado?"
"Andriolli, a semejante abogado, con estrechas amistades en Tribunales y en la Policía, no se lo trata con descortesía"
"¿En todo quiere Ud. conducirme? Rechazo su protección indefinida. Mi resistencia. . ." —y dijo las dos últimas palabras así en suspenso, sólo para atenuar la tensión.
"¡Arrebátese, arrebátese, hombre sin cabeza! Aun así, para mí, primero el amigo Andriolli y sólo a distancia sideral el otro Andriolli en contubernio con sus ideas fijas, sus secretas culpas y demás grietas por el estilo. ¿No le gusta mi opción entre los dos Andriolli? Abro la puerta y desaparezco, pero ofendido"
"Me rebelo contra una amistad sujeta a un estatuto que Ud. solo escribe. Me declararía molesto, si un deber de hospitalidad, por estar Ud. en mi despacho. . ."

"¡Yo, el molesto! Por verlo hinchado de 'ilogicidad'. Le invento la palabra por necesitarse en el idioma con Ud. ¿Cómo negarse a contarle a un letrado, una verdad justa o injustamente comprometedora? Como lo hace un creyente ante un cura. Con la diferencia en más que Cuadrado es muy limpio, y el cura de mi infancia tenía los pies que olían. Oído ese parecer técnico, quedará Ud. dueño de obrar como quiera. No lo agarre la Policía sin haber conocido, vía Cuadrado, ciertas astucias que él tiene para enseñarle, por estar Ud. rodeado de conjurados en su perjuicio"

"Carezco de enemigos. ¿Qué le diría a Cuadrado, no habiendo nada cierto en la pensión; o por lo menos siendo yo extraño a cualquier fechoría que se hubiera cometido en ese lugar o en cualquier otro, no solo de la casa de los Carletti sino del entero Universo? Disculpe, el balance anual me reclama ahora mismo"

"Vence el 31 de diciembre. Faltan algunos meses. ¿Comprende que aquí dentro me han dado una visión completa? Sé todo, inclusive los puntos salientes del estatuto societario, las alternas vicisitudes suyas en quince años y los problemas en esta oficina y en las otras de la Firma. Para Ud., disculpe la síntesis, ¡quince años tirados por la ventana!"

Él está asombrado.

"¿Ha venido a escondidas antes de ahora, o el pesquisante es Ud.?"

"Exclusivamente hoy, pero por un par de horas. Tengo además en la casa central, un contacto femenino que me informa de todo"

"Alguna contrafigura del señor Carovino" —se le escapó por rabia.

"El que ha nombrado, quisiera verlo a Ud. civilmente muerto. Lo haría arrestar con esposas en las dos muñecas y meter en un celular para más espectáculo. Juraría en falso, pagaría testigos, se vestiría de monje o subiría de rodillas la escalinata de un santuario, pues más que obstinado enemigo está enfermo de enemistad contra el mundo entero. Lo acusa de hechos que el abogado debe conocer y sopesar con sus manos y su inteligencia. Cuadrado tiene el jabón para cada culpa y cada felonía"

"A nadie necesito. Fuera de la suciedad corporal a la que dedico el baño de inmersión, o la ducha si es lo único de que dispongo, no tengo otras suciedades" —replicó nervioso.

"A veces llevamos encima otras mugres exteriores y no las vemos. Pero llega un conocido y dice: 'Ese cuello de tu camisa está medio negro' En cuanto a la conciencia y hablo de la de todos, es blanca o negra según el cristal con que se mira. Cuadrado conoce los vidrios de uno y los de la gente. El vidrio de la Policía, tan especial; y el más privativo aún, de los jueces"

"Acepto que todos tenemos encima los microbios de todo vicio y pecado"

"Carovino, hijo mío, recuerda de ti lo que cometiste un sexto de siglo atrás. Remueve tiempos idos, en su nexo con tus faltas actuales. Con tanta obsesión, acumula estiércol. Cuadrado, al revés, es el limpiamanchas. De pronto te mezcla con un proceso criminal. Tú piensas en un loco repentino y en cambio te

está asegurando una patente de honestidad. Una absolución emanada de un juez competente, la sacrosanta sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada, verdad legal y obligatoria en suma, es una losa irremovible. ¿Mataste? Sí, pero te han absuelto y todos debemos aceptarlo aunque nuestros ojos te hayan visto en el acto de rematar a la víctima. ¿Entiendes ahora por qué Cuadrado es una montaña alta como el Everest? Muévete, te acompaño hasta donde tiene el bufete. Aquí dentro no te odian, te odian" –concluyó con aire enigmático.

Y como le hace señas de no comprender ese final contradictorio, el profesor completa:

"No lo odian genéricamente, sino en forma específica"

Hubiera querido insistir sobre el punto tan poco aclarado, pero aquél dejó la curul y le dijo:

"No; vaya **tout seul**. Y no trate de pavonearse, llegando atrasado tres o cuatro minutos. Aquí he escrito la dirección" –y el rollito de papel donde figuraba, se lo metió en el bolsillito de la chaqueta.

El profesor volvió a la curul, haciendo **in itinere** algún ejercicio con los brazos y alguna flexión sobre las rodillas. De parte suya, creyó que era el momento de jugarse:

"Tómela como quiera. A primera hora, en el café, hablé mal de Ud."

"¿Acaso lo ignoraba? Hablar es siempre, en cierta medida, hacerlo de alguien y pocas veces en términos favorables para el aludido" –y sacudió los hombros con indiferencia– "Como con santos no se hará la Revolución profunda, y Ud, por ahora escéptico, será uno de los tantos engranajes pequeños que le servirán de apoyo, ya que estará constantemente bien aceitado por este maquinista. . . en esta fase preparatoria no clasifico a los hombres en buenos y malos, sino en útiles y no útiles. Tengo siempre delante sus manos. Que me haya difamado, es secundario. La entidad final de nuestras culpas ciudadanas, en todo caso será juzgada por los tribunales populares, pero al término del camino, no en el trayecto"

"Critiqué al profesor, no al hombre. Dije, que por incontinencia filosófica (o sea salvé su persona), esa parte menor suya quisiera sacar de quicio el orden constituido"

"Gracias de corazón por el elogio" –y silbó los primeros compases de la Marsellesa para demostrarle que cargaba entusiasmado con la imputación.

Cambió por un motivo de moda, luego continuó:

"Trabajo, Andriolli, para ganar limpios títulos para el día del convite. La Revolución está tan encima, que quienes poseemos sensibilidad y no tan solo piel en la cara, ya padecemos sus cachetadas de reprimenda, por no darnos prisa en implantarla. ¿Cómo puede importarme su conversación en desmedro, con un camarero de un café de tercera o cuarta categoría, ante el tramo de Historia que se está armando? No duerma de pie, mientras en los dominios de la Nación y de la vida individual, le guste o no a Ud., los pajonales comienzan a arder"

Se levantó con pereza de la curul, la dejó con poca gana y se encaminó lentamente hacia la puerta. Se lo notaba ofendido.
"No lo detengo" –dijo por su parte, algo confuso– "pues no deseo ser apartado de este destino de hombre no histórico. Aun los sueños más modestos, siendo míos y no de otros, al fin y al cabo los tengo al término de un hilo no demasiado largo y fácil de romperse solo. Estoy insertado pacíficamente en las estructuras que regían al tiempo de adquirir yo la noción de los valores en su juego respectivo. ¿Cómo exigirme salir de mi caldo templado?"
"Rehúsa, por enésima vez, beber su copa" –deploró el profesor, deteniéndose y quedando parado groseramente en el centro de la habitación– "Si tuviera la morfología de sus manos para las mías y esa apariencia de ellas de taumatúrgicas al estar llamadas por el Hado a hacer prodigios, intentaría llegar a las más altas cumbres. Ud. es un tipo sobre el que escribiría ya, con santa indignación. Líbrese de las pulgas. Pues le he oído a alguien, no recuerdo dónde, de su temor reverencial, eclesiático diría, a sus pecados. Con ese nombre dejaría, con respeto máximo, tan sólo los muy dulces. ¿Hay algo más venerable que una cópula sincera?"
"Repito, abandóneme a mi mundillo. En él, caben hasta los curas, ésos que ni en la calle dejan la sotana. Me tienta la Iglesia menos evolucionada, la de mi infancia"
"¡Curas bribones! Han confundido tu hermosa mente"
Como se produjo un silencio espontáneo por parte de ambos, el profesor reanudó:
"Es la hora; y el profesional y sus leyes, abogado que se allana a evacuar gratis la consulta, no puede estar esperándolo ni un minuto"
Miró la percha, le recogió el sombrero y se lo colocó en equilibrio en la parte eminente de la cabeza.
"¡A lo de Cuadrado y con el kepis, en prueba de respeto! Soy también, en gran parte, figurita de otros tiempos. La teoría es linda pero debe resignarse al hombre como está hecho"
"No tengo gana de un ave negra"
"Hay un compromiso mío en representación suya y no puede desautorizarme. Sigue siendo descortés"
"¿Le he dado tal poder?"
"No; es cierto. Si me encierra por ese lado, me allano. Vaya sin embargo a verlo e incúlpeme de ligereza. Limítese a saludarlo, sin necesidad de rendirle pleitesía. Ud. no ratifica el pedido de audiencia, pero le estrecha la mano y se vuelve. Es dueño de perder su libertad individual, como temo acontezca en cualquier momento, y precipitarse, como mucho lo preveo, en un escándalo público. Veremos su cuerpo tras los barrotes, en lugar de un león en libertad. Lo que cuenta para Ud. es separar a Cuadrado de su desgracia. Hágalo, pero con el decoro que impone la personalidad del abogado. Vayamos en estos términos y ya mismo"

"Dentro de ese planteo definitorio, acepto" —le contestó él.

Pero en el acto de atravesar ambos el umbral de la habitación, el profesor lo tomó de un hombro y mirándolo fijamente le comentó:
"¡Si seré desmemoriado! Recuerdo ahora, que Cuadrado cambió hoy por mañana, en su bufete y según la calle que le he dejado anotada. Perdón, tengo un pagaré pendiente. Nos encontraremos en nuestro café, mañana por la mañana y si puedo lo acompañaré a la cita, que es a la misma hora, para darle el ánimo final. Ah, una reflexión válida: nosotros, Andriolli, en adelante nos veremos siempre. Estamos integrados. Chau, chau"

A él le parece mejor llevarlo hasta la escalera, para evitar nuevos contactos con los empleados. Al cruzar delante de la A y mirar ahí dentro de pasada, creyó ver un gesto de entendimiento dirigido por Carovino al profesor; si bien esta mañana, al referirse la empleada a la visita de un desconocido, aquél, por los movimientos de sorpresa que se le escaparon, era como si nada supiera entonces del hecho. Ahora, por el contrario, es como si al profesor le hubiese preguntado: '¿El asunto Cuadrado está en marcha, sí o no?' No notó en cambio que su acompañante, pegado a él como un gendarme, diese respuesta a ese aparente apremio. Pero como la duda era una espuela, antes que el profesor bajase el primer escalón, inquirió en voz sumisa:
"¿Qué quiso transmitirle ese entremetido que nos miró desde la sala más pequeña?"
"Como soy neutral, no le presté atención a ninguna mirada comunicativa" —contestó ambiguamente el profesor.
"¿Es decir. . .?" —arriesgó de su parte.
"Si fulano quiso decirme algo de zutano, como no me di cuenta, permanezco extraño a vuestras míseras contiendas. Extraño también a perengano"

Para él, este improviso tono agrio del interlocutor es un pliegue feo, de un género que al final había mejorado de aspecto. Este señor, hasta hace poco listo para darle apoyo y hacerle de cómplice en el papel de verdugo con sus ex, para favorecer en pequeño las condiciones del gran acontecimiento que se espera en el plano nacional e internacional, ahora se declara prescindente, inclinado a dejarlo freír en su propio aceite. Para confirmarlo, intenta exponerle; parado el tipo en el escalón y él en el rellano; dos problemas suyos. . . de conciencia. Pero le contesta apurado y sin atenerse al libreto usual. Pues en lugar de la retórica y la acostumbrada musiquita pegadiza del activista, le prodiga a la ligera algunos 'tal vez' y varios 'naturalmente' y no se aparta de una línea de prescindencia casi total.

Partido el individuo, al que estuvo a un pelo de darle un empellón y hacerlo rodar por la escalera, no sabe hacer más nada, ni pensar. ¿Un correvedile de la Policía, disfrazado de izquierdista? ¿Un provocador por cuenta de ella? Significaría que en la pensión realmente ha ocurrido un hecho grave. Lo peor es que este espía ha conversado con los diablos de la oficina y ha de haberse entretenido revisando papeles. Por lo que, cuanto a su vez le ha dicho en la

cara para pincharlo y vengarse de todo, puede resultarle muy desfavorable y perjudicial si, al revés de lo que el tipo trata de demostrar, está ofendido de verdad por sus comentarios con el camarero y abriga propósitos de venganza bien elaborada. Obviamente, de los sucesos en la pensión y de la suerte verdadera de Carletti ha de saber un quintal. Y si entre ellos hay un nexo, también Carovino ha de estar muy informado. La mirada que se intercambiaron hace un rato, o mejor la del empleado si efectivamente quedó como un acto unilateral, no sería para echarla en saco roto. Tiene él que moverse sin perder más tiempo. Deja pues su habitación, apenas de vuelta en ella, dispuesto a enfrentar al grueso del personal, reunido en la A supuestamente tras la bendita diferencia.

"¿Saben qué han permitido, estando yo fuera de la oficina? Que un emisario de la Dirección Impositiva, el que acabo de acompañar hasta la salida, viniera aquí de incógnito a estimar, por el volumen de libros y papelería que Uds. han estado desparramando por todos lados, el alcance de nuestra evasión fiscal desde años atrás. Prepárense a afrontar a la Firma: ella, esta vez, con los dientes listos para comerlos crudos. ¡Ignorantes! Por la manía de hablar mal de mí, atraídos por la simulación del fulano de ser de mi amistad, cuando sólo concurre al café a espiar por cuenta del Estado, han perdido los estribos cayendo como chorlitos. Arrénglenselas con la Firma. Yo voy incontinenti, es decir en seguida según traduzco para los flojos en latín, a aclarar mi absoluta inocencia de toda culpa"

Y sin más, calándose el sombrero y no mirando a nadie, salió del departamento, pero haciendo oír, a través de la puerta que dejó bien abierta, que descendía rápido y a fuerza de retumbos, el primer tramo de la escalera.

Al llegar a la planta baja, optó por la marcha normal y antes de atravesar la línea del portón, ojeó en la calle para ver si seguía estando el tipo que a su venida había visto en la acera como queriendo cazar moscas. No percibe ni a ése, ni a ningún otro de quien sea prudente desconfiar. Enfila pues la calle resueltamente, pero tan solo para dar unas vueltas, sin alejarse demasiado. ¿Adónde ir a las doce del día? Además, ¿no ha salido para producir un efecto en los subordinados suyos?

Mientras vagabundea, es él en cambio el que se siente en peligro. Lo piensa ahora: por miedo, es probable que los del quinto traten de telefonear a alguien de la sede central y la noticia sea trasladada a algún miembro del Consejo de Administración. De que la contabilidad estaría bajo sospecha. . .

Vuelve sobre sus pasos, muy de prisa, a fin de llegar cuanto antes a la oficina y calmar las olas.

"¡Mira quién se ve!" —y tras esas palabras, antes que pudiese reconocer esa voz muy oída, el profesor, que era el cualquiera que había tenido muy pegado a sus pasos desde atrás y por un buen tramo pero sin darle a su vez el gusto de volverse a mirarlo, le apretó un brazo y al girarse él por fin, le tomó cordialmente las manos y lo saludó con efusión, reformando el tenor de la despedida

reciente, más bien hostil, en el rellano.

Él también sonrió delante de esa actitud repentinamente tan amigable y con los visos de sincera.

"¿Adónde va, tan cerca del mediodía, pero temprano para un bocado? O bien admitamos un momento pasajero de vacilación, parecido a aquél entre el sol recién caído y el atardecer que espera el instante para empezar su breve ciclo"

"Trámites administrativos" —se disculpó él— "Sellos y siempre sellos"

"Tiempo que nadie nos indemniza. ¡El Estado, el Estado!" —se quejó el profesor, pero sin guardarse en apariencia nada condenatorio en la mente— "¡Pobre Estado, a qué parte tediosa se lo ha reducido, esplendoroso como tendría que ser!"

Por su parte, no sabe cómo comportarse delante de tan insólita moderación. Y tanto como para no quedar a boca cerrada, incorporó:

"¡Y eso que es mejor que el ciudadano en sí! Y se sujeta mejor que ellos a las leyes, pues es el que mejor las observa"

"Y padece todavía, tras millares de años, nuestras enfermedades y nuestros vicios, por contagiarlo nosotros. A menudo se pone nervioso por nada. Me aconteció hace un rato, en un banco estatal, con motivo del pagaré"

"Cierto, cierto" —comentó él, sin ganas que su interlocutor profundizara.

Tiene en efecto que llegar cuanto antes al quinto, para conjurar la tempestad.

"¿Sabe que lo busqué de nuevo, en su oficina? Le he hablado otra vez, algo furtivamente, a ese Carovino. Está empeñado en quererlo destruir"

Para él, esa alusión a la enemistad, es una forma de eludir lo tratado en ese hablar furtivo; pero para salirse de este señor, no pregunta.

"¿Sabe cómo debe hacerse con sus ex? ¡Gritar! ¡Más fuerte que todos ellos juntos y hasta por futilidades!"

"Le repito lo que le dije hace media hora. Todo marcha allá arriba. Claro, en los comienzos no falta algún malentendido"

"Y algún reparo o alguna cavilación, inclusive legítimos"

"¿Legítimos, de parte de Carovino?"

"No es tiempo para conversar de ello. Pero, como amigo suyo, lo respaldo ciegamente"

El profesor lo miró de pies a cabeza y con una especie de admiración acotó:

"¡Bravo Andriolli, por fin a horcajadas de un grupito! Es una ocasión para ponerlos derecho, con perdón de los principios ¡y las teorías!"

"Si me permite, mañana la seguimos. Tengo que volver a mi oficina"

En efecto, en el frente del edificio, ya que se han parado delante de él, ve de par en par la puerta vidriera de su habitación.

"¿Qué mira? Yo fui quien la abrió, por el fuerte olor a encierro" —observó el profesor con naturalidad.

"Pero, ¿de qué manera?" —preguntó turbado.

"Tras dejarlo a Ud., al rato tuve que volver arriba por una razón elemental: necesitaba de un lápiz. Como Ud. estaba ausente, pregunté si podía pasar a su pieza y nadie se opuso. Luego, como un montón de tontos, me abrieron varios libros con números, sin poder yo entender qué deseaban explicarme. Pero genéricamente aparecían empeñados en quererme probar que si de ellos dependiese el tema, la Firma pagaría mejor los gravámenes. Pero, por los mil diablos más próximos, ¿soy acaso un inspector fiscal?"
" ¡Dios lo guarde!"
"¿Para que este Estado compre más armamentos, para disparar sobre la población sublevada?" —y el profesor con gestos raros pareció usar de conjuros.
"Muy cierto"
"Prefiero que el muy rico, sea todavía más rico por evasión de impuestos. Será llegar, más rápidamente y con menos tropiezos, a la concentración en pocas manos. Menos cabezas para cortar y menos verdugos para la tarea. Un oficio que no haría: se ensucia uno de sangre tibia, difícil de limpiar respecto de la ropa"
"Y ahora, digámonos un caluroso hasta luego" —y él trató de desligarse.
"Quédese, amigo. Uno de los empleados me explicó el trabajo que corresponde al jefe. Algo rebuscado, como en todos los casos y lugares; y como las cosas más bien de adorno, hasta prescindible. ¡Los relojes de Luis XVI! O sea, volviendo a Ud., ¡lo suyo, una sinecura!"
"Interprételo así"
"¿Me deja plantado? ¿Es justo esto?"
"Tengo que hacer una llamada reservada"
"En cualquier negocio, desde un teléfono público. Ya anuncié a los de su oficina, que almuerza en mi casa"
"No, por caridad. Hoy tengo las tripas enfermas. Aceptaré muy honrado para algún lunes"
"Tomemos en cambio el ómnibus y serán doce minutos a lo sumo. Dentro de un cuarto de hora, con la servilleta anudada detrás del cuello. En la mesa, me sujeto y lo pido a mis invitados, a las bellas tradiciones del ayer. La teoría, otra vez más, tiene que tener paciencia con el hombre de carne y hueso"
"Además, tampoco siento hambre ninguna" —se disculpó de nuevo, pero más resueltamente.
"El hambre llega. Mire, mi cordial invitación también es una orden. Pero orden hermosa"
" ¡Divertido! Lamento, pero tengo que hacer. Otro día, sin penas. Se lo juro"
"Pero los años los cumplo hoy. Y Ud. es ¡tan amigo como reciente amigo!"
"Olvida mi efusión con el camarero"
"Sencillo: políticamente, por ahora no coincidimos. Además, ¿qué pretende, jactarse de conocerme con certeza!" —preguntó el profesor visiblemente aburrido— "Sepa que no soy hombre comprometido. Estoy atado a las obligaciones que me impongo, no que quieran imponerme, y aún así con la libertad de

echarlas por la borda si me invade el deseo de desorden o el de la buena vida"
"¿No nos vimos acaso en el sindicato? Azuzaba a la gente. Estaba Ud. cerca de la salida a la calle y los grandes, arriba, preparando el manifiesto. Yo en cambio tengo la filosofía de los aburguesados de pueblo chico, o sea sin proyecciones históricas"
"Hay mucho que hablar y tras haberlo hecho con buen sentido y experiencia, sólo entonces tendrá derecho de. . ."
"Perdóneme, pero con la política no deseo relaciones estables"
"Está metido en ella hasta el cuadril. Sobre todo con el puesto que le han dado ahora. ¿De quién estará al servicio, si no se deja dar buenos consejos? ¡De una firma capitalista!" –exclamó con horror.
"Hasta que todo cambie"
"Déjeme ayudarlo. Nada malo, si aprovecha para comprometer a la Firma más de lo que está. Ya le dije: cooperar en secreto a fin de que se haga más rica, es incrementar la concentración de las empresas. Como ve, una revolución inevitable por estar sujeta a un proceso fatal"
"Veré qué podré hacer, pero antes tendré que convencerme"
"Lo importante es no quemar una vela y cierto día, sin nada hecho, verse en el espejo reducido a un cabo de la vela"
"Así me gusta oírlo" –se le escapó con sinceridad– "Por favor, ahora que se me ha hecho de nuevo simpático, permítame volver a la oficina"
"Subimos juntos"

Estaban ante el portón, habiendo cruzado la calle.

"Por qué otra vez tan acoplados? Tengo una tarea, querido profesor"
"Por ser mi invitado de honor"
"No acepto en absoluto, por las razones ya expuestas"
"El menjunje, o algo parecido, ya está en el fuego. Por lo que insisto en que mi invitación es una orden"
"Y yo afectuosamente no voy"
"Y afectuosamente lo llevo por la fuerza"
"Haga la prueba" –replicó, perdiendo la paciencia y no ocultando su irritación.
"¿Maltratarlo, Andriolli? Poco me costaría. No es mi sistema, si bien está escogiendo el papel de mi enemigo personal. Me notifico formalmente"
"Enemigo, no; pero tampoco amigo de la noche a la mañana"
"¿Tras varios meses?"
"Pero cada uno quedó invariblemente en su mesita. La suya además frente a la calle y la mía entre las más ocultas para los que pasaban por la acera y aun para los mismos parroquianos del café"
"¡Mal hecho!"
"¡Fundado en motivos muy personales!"
"Ud. dice sí y yo digo no. ¿Cuánto para entender que existe una afinidad entre nosotros? Como el nexo último que media entre el sí y el no"

"Acabemos. ¿Le parece justo haberme metido en la cabeza la teoría del río dividido en álveo y corriente, lo que equivale a mostrarme sin nada de mi pertenencia? Hacer del hombre un lugar de tránsito"

"¿Quién se acuerda? El río ha desbordado y me ha llevado, pero he vuelto a flote. Tampoco pondere lo que hice o dejé de hacer en el sindicato. Ni ningún enfoque político salido de mis labios desde que nos tratamos. Soy una veleta. Por lo demás, requisito esencial para quedar bueno y no hacerse monstruo"

"Mejor esas palabras. Se lo digo lealmente. Lealmente"

Subieron juntos la escalera y ahora recorren, uno al lado del otro, el pasillo en dirección a su pieza, mientras los empleados los miran y tienen como comprobar que están en excelentes términos.

Esta vez él solo, pues el profesor le lleva unos pasos hacia adelante, con una sonrisa que no les emplea desde los hechos motivados por su ascenso a jefe, dice en voz baja a los que lo observan desde la A y la B donde se encuentran:

"Por suerte nada de Fisco. Todo aclarado satisfactoriamente. El corazón pues, tranquilo. Más tarde, conversaremos in extenso"

"¿Tenso o extenso?" —le preguntó el profesor en el oído, tras esperarlo y por no estar seguro.

"Después le explico"

"El después con ellos y el después conmigo. . . ¡qué larguero Ud.!" —murmura el acompañante, insatisfecho.

Al empujar la puerta de su habitación, fue categórico en dejarlo afuera. Pero ya dentro, no sabe qué hacer: así, sin poder resolver nada por tener allende el umbral a semejante incordio que no tardará en apoyar la mano en la manija y meterse. Por otro lado, aceptar la invitación a comer es atarse al destino de un mal sujeto y verse quién sabe en qué líos. Sólo cabe obrar enérgicamente: decirle no, y si insiste comunicarle sin eufemismos que no lo necesita para nada. Y si le replica que al rechazarlo está obrando presionado por el espionaje yanqui, mandarlo al diablo sin vueltas. Lo importante es evitar una discusión, pues a fuerza de dialéctica el tipo podría salir ganancioso.

El resultado fue lo opuesto. Rehicieron el camino hacia el rellano, bajaron juntos y del mismo modo salieron a la calle. Quien conducía y pensaba era el profesor; en efecto lo hizo subir al ómnibus y él lo dejó hacer. Tal como años atrás, un vecino se encargó de todo lo que le era atinente y de empujarle el brazo para que su mano se agarrase de lo que a juicio del otro ella debía asir con fuerza. Unicamente que en esa ocasión, la cabeza la tenía despejada y en el corazón, frente al fuerte dolor en el pie machacado, sentía reconocimiento hacia los demás por la manera como lo mimaban, tras la pesa de cinco kilos que le había caído en el metatarso estando descalzado. Ahora en cambio la mente la tiene confusa, como esa otra vez que subió la escalera infame con la culpa por todo el cuerpo, a fin de cometer su primer pecado con el bajo vientre descubierto.

Charlando ambos de todo un poco, como burros desganados que mordisquean ociosamente muchas hojas distintas, para distracción; y mientras, tras bajar del vehículo se camina hacia donde se dirigen las piernas del profesor, sintiéndose él arrastrado como por un hilo y con los mismos tirones; le parece que cada tanto se tropiece cual parte prefijada de un rito desconocido. Y ahora, hete que el otro admite de haber interrogado de nuevo al camarero y de estar bien al corriente de todo. Pero tampoco así le demuestra rencor, pues se hace más cordial que nunca. A menos que lo que está en el fuego, incluya un polvo para las ratas. Pero se necesitarían varios sobrecitos y el gusto de lo envenenado tendría que ser natural; de otro modo, él correría a hacerse el lavaje de las tripas y así acabarían ambos en la primera página de los diarios. Lo llegaría a saber mamá y vendría tras tantos años de no volverse a ver, o sea **dulcis in fundo**. Del cianuro se dice que es dulzón y que no ofrece mucha salida si no se actúa de entrada. O probablemente, muerte para él sin publicidad alguna, en especial si un médico bien aceitado extiende certificado de defunción natural.

No, señor. Este está acostumbrado a la crítica feroz. También él lo está. Fingir indiferencia, es hermoso y útil para conservar la comunidad entre los hombres. Continúe pues la comedia: la de su acompañante, para quien es como si no le interesaran esos ataques verbales tan recientes, y la propia, consistente en mostrarse convencido de que el camarero no le haya contado los improperios de mayor calibre.

Pero de pronto su arriero saca el tema más claramente.

"He sabido del volumen de algunas palabras, muy superior al que Ud. me dio a entender, cuando yo estaba sentado en su trono a ensayar las correlativas sensaciones inefables, del que manda. Pero nada tengo que objetar. Está la libertad de opinión"

"Hoy me levanté nervioso" —dijo, para disculparse de alguna manera.

"Son cosas entre amigos" —y el profesor le dio un empujoncito, como amable reproche.

La palabra 'amigo' empieza a gustarle. Es realmente una persona amable: extravagante pero amable. Pero al mirarse a sí mismo en una vidriera, en el espejo que le da a ella un fondo ficticio pero atractivo, el sombrero cónico que es lo único expuesto al público, le recuerda un gorro frigio. ¿No es símbolo de libertad, la misma que está perdiendo al hacerse este papá? ¿Cuando hasta los pollos saben que aunque fuera por simple azar, él ya es jefe y no más un gregario?

¡Lindo clamar contra sí mismo! ¿O no ha visto, hace un rato, al salir del edificio donde está el quinto, que en la acera de enfrente, aumentando la dosis de esta mañana, más pequeña, estaban por casualidad (en lugar del tipo solo e indefinido, en hora más temprana y directamente pegado a la casa) dos fulanos con los sombreros metidos hasta los ojos? ¿No observaban, al hablar, el piso y apenas creían que nadie los viese, especialmente hacia el balcón? O

por lo menos, eso podía parecer... ¿Y qué muestra su cara, mirándola y requetemirándola en la primera superficie lustrosa al alcance, una chapa de travertino en una entrada señorial? Muestra inquietud visible, aunque por la boca siga vertiendo palabras a tono con lo que pretende su acompañante y a fin de que éste no advierta que le ha vuelto la desazón. ¿Temor irrazonable, si presumiblemente podría haber también plantones delante de la pensión?

Por lo cual a uno que sepa mucho, cabe consultarlo. ¿El cura que se avecina, recién desembocado de una transversal? Pero, ¿qué saben éstos, de este enredo del mundo subterráneo del alma en quien está más inmerso que ellos en la vida compleja? Además, por lo menos cuando los dejó, en cuanto a una relación continua con ellos, tenían la característica de estar siempre apresurados. Necesita en cambio un largo debate; no aires paternales y absoluciones.

¿Buscarse en una plaza un Néstor? ¿La sabiduría de un viejo jubilado que, sentado en un banco y con las rodillas juntas a causa del frío de la muerte próxima, querrá entregarle la panacea de la experiencia? No; el de la clase pasiva, es un desocupado que no tiene apuro por concluir la cháchara vana, o se limita a ensalzar el lindo tiempo pasado. Pero si ha transcurrido... ¿qué hacer con él?

¿Tiene acaso amigos? Teóricamente, quién sabe. Sólo le queda pues, este fulano, si bien bajo la condición de dejarlo actuar como papá. ¿No proclama la fraternidad? ¿No está ella en los cimientos del comunismo, el anarquismo y varios otros ismos?

Pensando mejor, es cierto que en la fachada, a la altura del cuarto piso, luce un cartel publicitario y que con el viento durante la noche última se ha separado bastante de la pared, dando la impresión de poder desprenderse y caer a la calle. Por lo que bien puede ser que los dos prestaran atención a ese peligro público. Pero, ¿por qué un par de caras tan peculiares y llegadas de seguro al mismo tiempo, privilegiando la misma cosa? ¿Por qué los titulares de semejantes trompas poco convincentes, al salir él y el profesor a la acera, miraban hacia abajo como disimulando y, a la vez que hablaban agitadamente, de soslayo apuntaban los ojos hacia los pisos? Sí, hay probabilidad de que sólo se hayan dicho: 'puede caer en estos baldosones por donde la gente sigue caminando (mirada de ambos hacia la acera) y con ese peso y la ley de gravedad (ojeada a los pisos para cálculo de la fuerza del impacto, en función del largo trayecto de caída) causar un desastre'. Y a propósito, peligros que se ciernen sobre las cabezas de los míseros mortales ¿no tiene cada cual, como para preocuparse esos dos, del cartel, que un peatón puede sortear desplazándose hacia la calzada? Y por si fuera poco... ¿tenían necesidad de pararse para sus comentarios, justo enfrente del riesgo y no unos metros antes o después?

Es verdad: dos transeúntes, al notar lo que fuere a la altura del cuarto piso, no pueden evitar que sus miradas, que se apoyan como las moscas en todo, abarquen también el balcón del piso siguiente. La vista es ociosa por natura-

leza y todo le atrae a la ligera, por más que, dentro de uno, los pensamientos alcen el vuelo en todas las direcciones, para deleite o zozobra. . .

Pero el caso es que en esas trompas, dos caras concretas, se notaban pensamientos. ¿Corrientes, buenos, feos o policíacos? Pues sería una trouvaille para dos sabuesos, aprovecharse de un cartel manifiestamente fuera de sitio, para atornillarse, sin levantar sospechas, en el lugar apropiado y vigilar determinado balcón.

En el intento de engatusarse a sí mismo, claro que interpretaciones benévolas siempre pueden hallarse. Pero para un Andriolli que se ha quemado tantas veces, son ciertamente dos policías en ropa de ciudadano y bien puede tratarse del misterio Carletti. Él tendría que pasar delante de la pensión disfrazado, para percibir todo lo que se presentara. ¿Y si lo reconocen? ¿No se parecerá al delincuente que vuelve al lugar del crimen? Y peor aún, a cara descubierta: haciendo retirar por un mandatario, los pocos trapos suyos de una época sepultada para siempre.

¿Ir tal vez a un abogado? Cuadrado no, pues quizá esté listo para servir exclusivamente los intereses de papá. Además, ¿por qué ilusionarse que será una consulta gratis? A mamá le habían prometido que no le cobrarían nada. Pero antes de escucharle la primera frase, oyó esa voz doctoral salir con una exhortación: 'abra el monedero y veamos hasta dónde puede estirarse'. Igual los médicos: ansiosos de recibir dinero y hasta peores que los letrados (pueden haberte operado sin necesidad, por mal diagnóstico). El asunto Cuadrado tiene que pensarlo, dejarlo reposar y de nuevo en la balanza. Estacionarlo como un queso. Y obrar otro tanto, en lo relativo a terminar con este papá.

En otro espejo, en una vidriera con muchos sombreritos para mujer, cofias o algo por el estilo y tocas para jovencitas bien jugosas o viejas brujas sin dientes y malpensadas; pues en este momento odia todo lo que odia sólo a veces; entrevé, en medio de esa floración, su propia cara, pero como la de un fullero. Y que debe aceptar como la suya, por no haber escogido, entre las máscaras de un depósito teatral, un semblante sustituto que corresponda al más sensible que se adjudica en su fuero interior. Esta que le es endilgada en un juego de circunstancias del momento, es definitivamente una cara de pillastre. No está lograda la nariz como tal, ni la boca como boca; una y otra, peores que de costumbre. Y le toca a él; que suele ver a peones de almacén cruzando la calle cargados con una bolsa de harina en el hombro y sin embargo, el semblante irrigado por un rosa etéreo, el del aire al abrirse ciertos amaneceres, más lindos ellos que un querubín. Y si conoce a las madres, alguna de una belleza que prorrumpe como una voz inspirada: sin más reclamos, esa belleza, que los de la edad, pero todavía duradera para rato y noble.

Necesitaría para enderezar la cosa de él en general, conocer en su individualidad su día de nacimiento; no la simple mención del acta, que es tan solo un registro y muy magro en cuanto a significados. Pues si alguna vez se resolviera a escribir su autobiografía; y no como quien al hacerlo se sustituye frau-

dulentamente con una criatura de su estro, nunca existida, que hace entrar a dar vuelta por el mundo, dictar cátedra o representar a miles de personas habidas y fenecidas, tan nimias que no han aconsejado un renglón de loas ni siquiera a un chupatintas; o si su historia fuese narrada correctamente por otro, ¿qué dirá el lector, que Andriolli pertenece a esta época. . . o que se asoma a ella arrastrando a sus espaldas, un gran trozo del siglo diecinueve y como anacronismo aún peor, exhibiendo atributos que se remontan al decenio de la guerra de Troya? ¿O afirmará que ciertas formas suyas de sentir más analíticamente las sensaciones apenas sumarias de los demás, están precediendo en algunos años la evolución de las cabezas comunes?

Por lo que atañe a su cuerpo, en cambio, poco le hace que se lo hayan asignado al acaso, como a veces el uniforme en la milicia: puede en efecto obrarse como un mago y sin embargo en el espejo aparecer demasiado simple. Con sobrados motivos, supone algo semejante en el caso de su historia última: lo que ha identificado e identifica como de Andriolli, bien puede corresponder a otro, instalado dentro de él como un parásito. No es que pueda negar de no haber estado sumergido en determinadas situaciones; pero por tener para los ojos ajenos las propiedades y los condicionamientos de un ente que se les escapa, ha de admitir que su yo es un centro alrededor del cual gira 'lo otro', materia suya o no, como alrededor de un sol. A veces en una órbita regular y a plena luz; y otras, con un fuerte desvío y por lo tanto en la penumbra del mismo sol que bien puede llamar su personalidad. Sin contar, en cada ocasión, el influjo de la inevitable alternativa entre días y noches. Por lo que está creído, al hablar de su aventura de hombre, que, así como la capta, en esa percepción se mezcla con lo que sería suyo y para confundirlo, lo que de él quieren que sea verdadero los demás, o lo que añade un testigo parcial y caprichoso como el espejo.

Por otra parte, por la tendencia a la fusión en una única entidad; por más que uno procure diferenciarse abiertamente de los otros como si no prevaleciera la pegajosa pasta común; al develar a sí mismo sus propios secretos, colocados con una significación propia tras las retóricas afirmaciones de dignidad, coraje civil, bondad y otras gracias que cada uno presume de tener casi en exclusividad, se le ofrece el mejor camino para conocer en su extensión real las virtudes cacareadas, comprendidas las de este papá, y las propias.

Y como está en un desafío, ¿quién comenzó, siglos ha y hasta ahora, al no hallarlos en ningún individuo por separado, con tan cómoda asignación de grandilocuentes atributos. . . y sobre todo, al no lograr afincarlos en ninguno en particular, inventó el mito del género humano para abrazar como animal racional? No fue él, de seguro. Por eso, ese pacto autoreclamístico, de gran fuerza argumental para quien pretende enderezar las piernas a los individuos sin darse cuenta de que son incorregibles como las del perro, él no lo firma ni acepta; ni está presente en su espíritu cuando enfrenta un espejo y se observa en detalle.

Y así también su lenguaje, en las pocas consideraciones que él se tiene, está en contraste con un estilo que no consiente la licencia de que necesita para calificarse con una mala palabra, más dura que el epíteto 'asno'. Con la certeza de estar rodeado, sin excepciones casi, por otros con características e ideas distintas de las suyas pero merecedoras, además de la calificación de asininas, de alguna palabrota.

Y si alguien quisiera deprecar un documento salido de su pluma con pareceres como los expuestos, llamándolo libelo brotado de un negro escepticismo, entonces se sepa que dentro de sí guarda mucha energía para proferir insultos aún mayores. Y probar lo justificado de sus aseveraciones. Empezando por lo que puede enjaretarle a éste que le hace de papá y lo está conduciendo por una calle, en la forma ingenua como estaban convencidos de guiar a los demás. . . ésos que al llegar al poder, se jactaban de ser poseedores de palabras ¡válidas por mil años!

En este instante está en grado de comunicar **urbi et orbi**, que ni la ciencia, ni la historia, pese a la pretensión de ésta de vestirse de ciencia y dar pasos científicos, han demostrado al individuo en sí, ni la libertad, ni la existencia de un bien siquiera minúsculo, que uno pueda considerar enteramente suyo. Pues hasta lo que se habla, debe expresarse en la forma que prescriben los inteligentes, y peor aún, los ignorantes con sus anacolutos admitidos por el diccionario desde cientos de años.

Y si los otros siguen impertérritos como si él desde el tiempo que piensa y dice estas cosas, sólo ladrara; si insisten en perfeccionar el mundo de ellos, de autómatas, haciéndose autómatas más excelentes cada año, y bien, será el caso de preguntarse, en vista de una razón que endereza hacia la destrucción, con la que rima, si no habrá llegado la hora de su contraria. Cual un castillo para construir, luego recorrer para apreciar qué se vislumbra desde sus ventanas, en especial a la luz resplandeciente de la sinrazón de poetas y locos. Quizá la filosofía salga ganando y en lugar de continuar por calles angostas, saque provecho de los atajos. Pues nadie puede afirmar antes de tener pruebas irrefutables, que, tras un primer tramo en que netamente se separen, más lejos, las vías de la razón y la sinrazón no se encuentren para dar la verdad que hasta ahora es esquiva. Y valga esta actitud vuelta en su mente hacia este petulante pseudoprofesor y papá; que lo pasea, desde que han bajado del vehículo, sin orientación precisa, pues las últimas tres o cuatro cuadras recorridas pueden haber sido de balde según se lo está figurando; cual desafío a la crisis de estos tiempos a la vez por demasiada inteligencia a la deriva y quizá excesivo saber orgullosamente para nada. Y por si no bastara, ignorancia en aumento, cerrada tras ramas que los críticos no pueden apartar, por miedo de que alguna les roce una mejilla y se llegue a saber que tienen el cutis fácil de arañar.

Y estos mismos que le pasan al lado, son bosta, ellos sin un papá; esta gente que angosta el camino avanzando sin brújula y chocando con el ciudadano

con sus propios problemas, a veces grandes y nacidos de la tozudez de meros empleaditos que rechazan a un jefe; empleaditos mensualizados, con la cabeza subida como las verduras, quizá mostrando una picazón en la nariz y aun así, ya a la vista del siglo veintiuno, con las ambiciones de Napoleón ante las pirámides de Egipto. Basta; por transitar sin comprender que hacen de la calle, no el prudente desahogo que debiera ser a ciertas horas, sino un loqueo de la mañana a la noche. Sin darse cuenta tampoco, de estar trabando la circulación a quien tiene prisa por salir de este barrio, en un intento por escapar con mitad del cuerpo por lo menos, de este mundillo absurdo. ¿Qué se imaginan, con caras de calle y mirando como lo están haciendo, que uno debe estar listo para una charla de pasada? ¿Acerca de qué, si nada puede esencialmente cambiarse? Ah, ¿se jactan tal vez de ser espectadores de primera fila y no actores, y para ver cómo a menudo la cuerda la tiran los antojos del día, que ahora de improviso se presenta nuboso? Es verdad, este tiempo hace injustas distinciones: en ciertas almas, por lo menos en este momento, no penetra demasiado con este gris inesperado y este fresco menudo. Las almas de estos pocos alegres, alegres como se es toda la vida bobo, que el sol lo tomaron una vez y les brilla como siempre, aunque en derredor de ellos esté lloviendo a cántaros. Lo que cabría es que la jornada despuntase cada veinticuatro horas desde el alma de cada uno, no del horizonte; y fuese invariablemente jocunda, nunca pensativa y filosofante. En cambio lo reservado a algunos, es cargar hasta con el tedio propio del día incierto, que tan a menudo baja del cielo. Por lo tanto, ¿cómo tener gana en esta hora inadecuada, de ser escudriñado en esta forma sin recato, por peatones tan grises? Para comprobar ellos ¿qué cosa, que Andriolli está con el ánimo caído? Por otro lado, ¿es con frases hechas y adjetivos, que puede interpretarse o compartirse lo que expresa una cara desilusionada? Y lo que más cuenta, ¿existe un semblante que refleje al detalle, un largo, accidentado y sufrido discurso interior?

Vaya cada uno de éstos por sus cosas y por los propios carriles, ya que esquivarse sin cambiar ni siquiera miradas, es también una forma de convivencia. Y el que desea permanecer estrictamente en su privacía, será singular pero no necesariamente apático. Hasta puede darse que de ese modo se consolide dentro de uno, una nueva sustancia espiritual que a la postre beneficie a los demás. Y no se diga que la mala gana estampada esta vez en su cara, sea sufrimiento por el que 'el Otro' tenga que apiadarse. ¡Delante del monte espectacular del dolor universal, es una ridícula vacilación suya, nada más! Por otro lado, tampoco está Andriolli triste por la eternidad. Hoy tiene tan solo, la carga suplementaria que comportan ciertos días melancólicos por sí mismos.

Es verdad, sigue ceñudo tal como se vio en el espejo de la vidriera del negocio de sombreros. Pero si vuelve el sol exterior o algo se le mueve dentro de sí, hételo a Andriolli recorriendo estas cuadras últimas como en los pasillos de un teatro lírico, buscando entre las filas de la derecha y de la izquierda. Pero no a la una de la tarde, cuando se tiene derecho de querer llenarse la barriga donde

uno lo prefiera, comiendo él lo que le guste y no debiendo afrontar el menjurje de este señor papá.

Tampoco es hora para ti, o mala hembra, con esa ojeada de perra peripatética. Los hijos con un papá tan fresquito por lo reciente, no cometen actos impuros complejos, con una cómplice que después puede intentar una querella por supuesta violación o abuso deshonesto.

La piecita del profesor está en el fondo de un corredor estrecho, al fondo de una casa sobre el fondo de una callejuela. En el último tramo, el más dificultoso, llega a destino de la mano de su conductor.

Suciedad bien oliente todo alrededor. Sí; pero al instante, mezclado ese primer olor con algo que se está quemando e hiede a carne y hojas y alimenta un humo muy espeso que se levanta desde una vieja cocina de gas. El fluido, debajo de una piñata u otra olla redonda; cierta carne que sobresale del recipiente; y el caldo, en buena parte evaporado, si le corresponde lo que mira para abajo, desde el cielorraso, muy fresco aún y en gruesas gotas grasientas.

"¡Perro bastardo!" —imprecó el profesor y, desde el principio de la habitación tras el ingreso desde afuera se precipitó sobre la piñata bajando la llama del fuego al mínimo— "Somos pobres y esto nos toca a los pobres. Injusticia de la sociedad de todos los tiempos"

De su parte, busca en vano un sitio donde caber; en lo posible sin rozar ni ser rozado por ningún objeto o mueble. Estar sentado en el centro mismo de un círculo defensivo ideal, que le sirva de protección y lo aisle al máximo. ¡Imposible, el aire está cargado de elementos negativos y le punza, como un ciento de alfileres corrosivos, la cara y el resto de su piel descubierta!

"Como ve, en cinco metros sesenta, en esta longaniza de cuatro por uno cuarenta, duermo, como y me preparo espiritualmente para el asalto final. ¿No se justifica la confiscación de millones de metros cúbicos de arquitectura, con los que se empecinan millares de ojos cansados, de pobres ricos?"

Él admitió con un ademán.

"Pero puede estar más relajado. Por caridad, no se sustraiga medio cuerpo, tan tieso y sin expansión horizontal como si hubiera perdido kilos al entrar aquí"

"Estoy cómodo a mi manera. Lo hago en mi pieza como ejercicio" —contestó, a la vez que instintivamente se echa hacia atrás por habérsele metido media cara en un calcetín, húmedo como de rocío, colgado a media pieza para secarse por recién lavado.

"Mire el color que manda firmemente, señal de mi disciplina"

En la habitación, en efecto, con la escasa luz que recibe de una ventanita vuelta a un espacio externo cerrado muy encima por una pared como un gendarme, predominan las olas, extravagantes como en un cuadro surrealista, de un género color granate echado sin gracia nada más que para tapar cosas y que abarca la mayor parte de las pocas que deben haber aquí dentro. Entre ellas se adivinan una cama; un mueble de difícil individualización y de formas raras; un par de sillas bien delineadas; y una mesa, a juzgar por las patas que

llegan al suelo. Fuera de formar la misma tela, pliegues desgarbados alrededor de pequeños objetos ubicados al azar, determinables por aproximación.
"La bandera roja triunfante envolviendo mi escaso patrimonio. Y sin que me moleste, pues lo que necesito lo rescato fácilmente"

Y empezó a hacerlo con la mesa, donde, al retirar la tela, aparecen las sorpresas más dispares, entre ellas un carretel, una foto, un par de calzoncillos sin lavar, la cuerda de un reloj.
"¿No ha visto en las exposiciones, los cuadros de naturaleza muerta?" –replicó el profesor al leerle una crítica en la expresión de la cara.
"Ud. tiene alma de artista" –contestó como buena política.

El profesor resucitó también las dos sillas. Luego, tras retirar de ella tanto sobrante, puso en la mesa dos platos, uno de mayólica y liso, el otro de peltro y muy gastado en los bordes.

El contenido de la piñata llegó en una sopera y al destacarse por una oscilación al apoyarla con un fuerte golpe, consiste en un trozo de carne parecido a una espalda de nadador y que huele a quemado.

Como bebida, una copa de agua por cabeza: llenas las dos y con sendas rodajitas de limón.

El honor le corresponde al pan: de flor y en tres piezas, de las cuales dos ya reducidas a la mitad.
"Las porciones las hago yo con justicia, como corresponde entre compañeros"

En efecto, tras cortar la carne aproximadamente en dos partes iguales, le pasa y vuelve a pasar bajo la nariz, por haberse él agachado sobre el plato para resolver si come o no. Es un ir y venir de aquella mano agregando y quitando los pedacitos suplementarios llamados a equilibrar las dos porciones, ya una para cada uno, en el plato respectivo. La escrupulosidad es ejemplar.
"Hacer la comida es una pasión que me enloquece. Fuera de ser más higiénico"

Él piensa en los dos panes ya utilizados, de los que le ha adjudicado uno; que para más le parece haber sido manoseado por dedos sucios, por el color amarillento en uno de los costados de la pieza, el que le provoca una asociación de ideas impropias en momento de comer.
"¿Qué cavila? Es carne de cuadrúpedo"
"Lo sé que no somos antropófagos" –contestó, incapaz de llevarse ese bulto cárneo a la boca, de una vez.

Pretende en efecto, en unos pocos bocados, para que la prueba sea más breve, salir de la tortura a la que se siente sometido.

El anfitrión, mientras tanto, le adorna el plato con el remanente de una ensalada rusa de la noche antes y metiéndole la manga en la comida vuelve, ya con un poroto especial, ya con una papita o cantos de una remolacha. Luego, absolutamente sanas, le añade dos olivas negras, a las que sigue una rebanada de fiambre cocido. Y finalmente, un buen pedazo de queso, con las marcas

dejadas por el rallador, señal que proviene de un empleo anterior de otros alcances.

Pero no terminó ahí su sufrimiento: le ha quedado, del último domingo, una 'montaña' de arroz en blanco y la divide en una 'ladera oriental y otra occidental'. A él le asigna la 'occidental', indicándole que lo hace sin ironía.

Por su lado, no sabe cómo salir del apuro creciente. Las tragadas; que tiene que hacer con la lengua manejada en forma que no le transmita el gusto de lo que engulle tan mal, sin que pueda evitar el fuerte olor a quemado que esparcido por la pieza se le mete por la nariz y por la boca, haciéndose en ésta sabor desagradable; se le detienen a la altura del esófago o algún lugar por el estilo. Sus nociones de anatomía son confusas. Inclusive, dos o tres veces, algo de semejantes bocados se le ha ido por el lado de la laringe, provocándole tos y lágrimas en los ojos.

"Me parece que cuando aprendió a caminar, no aprendió a comer" —le acotó sonriendo el profesor, al repetirse justo ahora una de esas crisis.

El agua de la copa no lo auxilia para salir del paso. Tiene el frío de mal gusto, del agua estancada en la órbita vacía de un cadáver. Tal la sensación plena y elaborada que experimenta, como si la hubiese realmente tenido alguna vez en su vida.

"Así se maneja la culinaria" —y le colocó en el plato, donde él con tanta fatiga ha disminuido el fárrago, pero por nada si siguen los nuevos aportes con este ritmo, dos trozos de pepino que sacó con un tenedor de una ánfora puesta debajo de la cama como un orinal.

"No confunda, no es lo que piensa. Es obvio que está todo para el diablo, porque el espacio vital nuestro está incorporado a los gruesos patrimonios y sujeto a compraventa. ¿Cómo no tirar bombas?"

Él sonrió, pero para distensión de los músculos de la cara, al sentirla contraída al igual que sus manos.

"Culinaria cinco estrellas" —dijo el profesor regocijado.

Se apuró el final de la comida. El anfitrión con prisa al masticar, por el atraso que lleva respecto de él a causa de la dentadura postiza, 'que por ser de una obra social, me baila demasiado en la boca'; y de su parte, para concluir de una vez por todas con la expiación a que se encuentra sometido.

Café no hubo: ha subido de precio y hay que dar una lección a los importadores. En cambio, en dos tazones, cada uno con una resquebrajadura muy peculiar, se bebió una infusión a la que el profesor da el nombre de 'té diferente'.

Por su lado, se pegó con brío al cigarro que le dio el anfitrión, al que por asco quitó primero la parte de la boca, por si el fulano ya lo había usado como chupete antes de dormirse, según una imagen detallada que le pasó por la mente en una rápida sucesión de vistas concordantes. Tiene de cualquier modo fuerte gusto a jabón raro.

"¿Cómo lo fuma, igual que un cigarrillo?" —y el profesor se rió apoyándole

su boca en la cara, tal vez para vengarse del rechazo que tan mal ha disimulado él durante la comida.

En efecto, su repugnancia; en parte justificada pero por sobre todo literaria, por lo llegado ficticiamente a su pensamiento como si hubiese estado escribiendo y no esforzándose por tragar de la mejor manera; ha aparecido bien visible por actos inequívocos. Por lo que, por su exclusiva cuenta se pregunta en el centro de la cabeza: '¿quién dijo que comer es comer? A veces es luchar contra las propias ideas fijas'

Los libros, de distinta materia. Un Capital, sin uso aparente y en edición abreviada; una Gramática, poco empleada; un Diccionario de la lengua, sin la tapa; el Libro de los sueños, medio nuevo; una Geografía económica, bajo una pila de impresos y cajas formada desde hace tiempo; y muchos diarios, varias revistas de distinta clase y para todos los gustos; y mucho más, que sólo parece reservado para empaquetar (quizá volantes incendiarios).

"Ve Ud., que dentro de mi miseria para una sociedad de consumo, vivo para la lectura" —dijo el profesor con satisfacción.

Él toma en sus manos el Capital, para ojear si tiene anotaciones, ya en tinta o en lápiz.

"De ése, he abierto las primeras veinte páginas. Lo recuerdo de memoria, casi en su integridad en los capítulos que me interesan. Pero guiándome por la edición en idioma original, pues las traducciones son como en el caso de la Biblia: un columpiarse del traductor con los conceptos que no sabe verter por no captarles el significado"

"Prefiero la miel, es más virgen" —dijo él, sin saber por qué y sólo con gana de disparatar un poco.

"Tontería"

"Es más pura la miel. Todo libro se escribe siempre con algún prejuicio" —dijo para fabricarle algún sentido a aquella frase.

"No se es más o menos virgen. Además no tolero lo virgíneo, es incoloro. Y las mujeres vírgenes, callejeras en potencia"

"Impresión'

"Verdad"

"Dudosa"

"Todas las verdades lo son"

Para terminarla y por llegar de algún lado la hora, indicada por un reloj de apartamento de voz aguda y por otro más bien loquito (tiene evidencia propia de que es reloj de poco tino y la lógica de ese juicio no le interesa por ahora), se levantó. La silla; como si hubiese resistido por él, en un acto de cortesía postrera; se desarmó por entero, sin llegar por su parte a caerse al suelo.

"Por muy poco no terminó Ud. mal" —observó el profesor, con gestos de estar pidiéndole disculpa.

" ¡Patas al aire!" —dijo él, implacable con sí mismo, por sentirse reducido a protagonista de una burda comedia como la que está viviendo.

Está furioso, así de repente, por haber aceptado un papá de tan poco valor intrínseco.
"¿Quién es el culpable de esto, en último análisis?"
"El sistema" –contestó él como si recitase una letanía.
"Ni más ni menos"
"Me voy bien atendido y bien comido"
"Gracias. De donde se deduce que la dignidad viene de lo íntimo de la persona de bien y se lleva como un traje de buena tela; que sin embargo hay que saber lucir. Lo otro, lo que se adquiere en dólares, es como una cerilla. Hace una llama, te embellece de golpe, pero después uno es el mismo de antes. . . una cara en la obscuridad. Mi semblante, al revés, expresa la dignidad interior, siempre luminosa. Hasta en nuestro café, o en la planta baja del sindicato. Aun en medio de un desfile de pordioseros que piden pan para el momento. ¡Yo, establézcase la diferencia, lo exijo para siempre!"
"He comido bien y le doy las gracias"
"Lo hemos hecho dignamente. Nada hay aquí dentro que se deba a la plusvalía; o sea, no ha comido nada de espuria proveniencia"
"Ud. es una persona digna"
"Los dos somos muy dignos"

Y así, con la bendición de la dignidad, pudo volver al aire libre, que lo esperaba más aclarado. Pues hacia el tercer cuarto de la naranja del cielo con esa nervadura en trozos de nubecillas, ha reaparecido el sol y bastante vigoroso como para durar quizá hasta el ocaso.

Piensa en las últimas horas vividas, desde esta cama en la que está bien extendido. Pues tras dejar al profesor, había vuelto a la oficina donde nada pasó fuera de lo ordinario; allí quedó unas tres horas, pegado a la curul para desempeño de las funciones a su cargo; luego terminó en un lugar cualquiera, para una cena frugal y barata y ahora está aquí, con todo el cuerpo, a fin de pasar la noche en este hotelito al que viene por primera vez. El caso Carletti no es aún transparente y los huesos conviene conservarlos intactos. Pues si ese obseso está vivo, él podría seguir siendo el chivo emisario escogido por la adúltera. Si ha muerto, a cualquier policía de los que parece que miran hacia el balcón, podría antojársele, para vengarse en un cristiano de la mísera paga que gana como sabueso, arrancarlo de la cama y desde antes de la medianoche, la hora de los brujos malvados, hacerle sentir entre las vértebras la hoja del frío, en un rinconcito de la comisaría; a menos que el oficial de turno llegue soñoliento y con el regusto de un pecado, en cuyo caso quizá aparezca una resquebrajadura por donde hablarle uno, mucho y bien, y así obtener la libertad, por el momento si más no fuere. Previa constitución de domicilio para que al primer capricho de ellos, o del juez, vuelvan con las esposas bien lustradas, para llevárselo sin desvíos. Pero mientras no ocurra, a dormir, Andriolli, en esta cama. Tratará; empeñando en el esfuerzo, sus centenares de músculos, a la orden ellos de su acostumbrada zambullida en un mar tempestuoso o sim-

plemente en un sueño largo largo, donde bien puede suceder que él presencie cómo un dragón charla con un pajarillo en un idioma gutural casi inteligible.

CAPITULO XV

Al dar vuelta en esta calle que poco conoce, por lo que frecuentemente tiene que recoger las alas y orientarse, se encontró con un cortejo fúnebre. Diez o doce personas acompañan el féretro, que le parece para un muerto pequeño y flacucho, tal vez consumido ya en su última hora por una grave enfermedad, a cuenta de la consunción bajo tierra. En cambio para cada uno de los pocos asistentes, hay una cara semejante a una pelota blanca y lavada o a un ají hinchado y rojo fuego; todos ellos recogidos en dos porciones,equivalentes y de igual precio, en sendas carrozas.

Lo miran sucesivamente y a su vez los mira. Tienen el aire, en los semblantes aburridos, de elaborar pensamientos que vagan por otra parte. Le parece, circunscribiéndose a sus propios asuntos, un imprevisto de buen agüero, a estar a cierta superstición popular según por lo menos la ha siempre entendido sin pararse sobre el tema.

Este funeral, y la reducción a ovejas de sus subordinados que está lustrando en su mente y le resulta ahora una idea muy luminosa, lo ayudan a subir la escalera con un firme propósito, que mantendrá inmutable también atravesado el umbral. Lo que no consiguió en la otra época, en la que con esa gentuza siempre hubo para alguna noche de San Bartolomé.

'El vergajo; verga del toro seca y retorcida, según la Academia; asegura el latigazo imprevisto, siempre eficaz', habían sido las palabras finales de Cuadrado, al despedirlo. Vuelve en efecto del estudio de él, donde ha estado una hora larga, por haber cedido a las insistencias del profesor para que la consulta se verificara. Lo que obtuvo de jugoso, del extraño abogado, ya que también hay médicos extraños y mucha gente sin título, de igual clase; fue que lo tendrá como defensor 'hasta las últimas consecuencias y aun más allá. . .' (¿qué será ese más allá?, se pregunta él, no muy familiarizado con la retórica). 'Y ello en caso de que Carletti, según voces no confirmadas pero atendibles, haya aparecido de bruces en una calleja de mala fama, hecho liquidar probablemente por la cónyuge, la cual podría haber montado el **affaire** del huerto, con Ud. Andriolli, para tener cómo acusarlo directa o tácitamente de ser el autor, o instigador principal. Sin excluir que podría haber Ud. obrado en algún estado anímico de inconsciencia, o asimilable a eso, en cuyo supuesto sería una imputabilidad harto cuestionable'

Al pasarles por delante, miró, sin fijar en la mente nada ni a ninguna persona en detalle, tanto en la A como en la B. Siente sin embargo, en su cara al descu-

bierto que esta vez es como si ella conllevara todo su cuerpo en estado de desnudez total y en una situación muy molesta, que los empleados lo han observado con insistencia en respuesta al breve acto suyo de dos ojeadas tan genéricas.

Antes de entrar en su pieza; que, según costumbre de dejar la puerta abierta al sesgo respecto del pasillo y de quien viene por él, parece estar aguardando al que avanza; se paró en ese lugarcito de espera, querido por él y reducido a una silla apenas suficiente y una mesita. Un respiro para tener acceso, en tal forma algo condicionada, al nuevo jefe, un tal Jaime Andriolli, de su íntimo conocimiento pero sin él abarcarlo mucho por lo menos hasta el presente, si es cierto, como parece, que los Andriolli son varios en uno solo y muy diferentes entre sí. El lugar para una reflexión, que Malacarne nunca quiso. Estudia su puerta, que también se está mereciendo una pintada y de otro color. Con el pie, la empuja e ingresa. Y antes de respirar en libertad; tras tanta conmoción reprimida por razones de urbanidad, frente a ese abogado (otro papá, éste todavía en cierne, que también le ha caído del cielo); se acerca a su escritorio y toca con insistencia uno de los timbres, inclusive por no tolerarlos tan ociosos. Y en seguida pulsa con más fuerza; siendo su propósito que en todos los rincones del apartamento comprendan, hasta los objetos que tengan respuesta sonora a esos timbrazos y puesto que algún vástago de la materia no disimula cierto aire de querer profundizar por su lado respecto de la conducta humana, que es su voluntad la de imperar por imperar. Y en armonía con esos golpes respecto de determinado botón, y en cuanto a los otros, que ahora tampoco ahorra, tan solo al azar, confía, careciendo de un espejo en el que mirarse, en haber compuesto su cara con la adecuada medida de dignidad a la altura del superior a punto de mostrarse claramente enojado, o sea con la cólera sentida y el agregado que por sí misma adjunta una bilis bien distribuida. En efecto, desde el principio el botón del escándalo es el rojo, en el que ahora tiene parado el dedo, atraído por el estrépito que este diablo produce en la A, desde donde el imponente sonido se vuelca en el resto del piso. Una absoluta novedad, pues Malacarne jamás lo usó. Lo habría hecho, advertía, tan solo en caso de incendio, o de ser agredido por un cliente atacado de locura o una amiguita que hubiese venido a quererlo castrar.

Y hete aquí que aparece la señorita Cuadernos. Perteneciente al Grupo, desde el rinconcito de espera frente a la puerta asoma con la cabeza de chorlito, luego la gira como un cachorro cuando escucha con interés y en tal forma le ofrece una de sus orejas, como aguardando que él eche allí como en un recipiente lo que tenga para decirle. Pero ante un fuerte ademán con el que le frustra el intento subversivo, se allana y entra muy suelta plantándose en el centro de la pieza.

Al verla sobre esas piernas menudas y de huesos descoyuntados, corregiría Cuadernos por Descuadernada y ante sus ojos es como si pasaran a la carrera hojas desprendidas de su sitio, arrebatadas por un golpe de viento, de la mesa

de un escritorio y después la bombachita de ella de color invitante.

Con la mente más firme y como implicancia, le levantaría la pollera para ver si está sin esa prenda íntima, lista para el superior.

"Soy algo descortés" —trató de decir secamente, para vencer esa peligrosa tentación— "pero en adelante todo será distinto. Y como le toca a Ud. recoger mis órdenes, estoy completamente en desacuerdo con lo que vi al entrar, tanto en la A como en la otra. Tengo un ultimátum"

La muchacha se encogió de hombros, en señal de indiferencia.

"Nos ha pescado" —admitió ella cínicamente.

"Pescados. . . no es la palabra"

"Pero trabajando tras esa 'diferencia', como Ud. la llama y que para mi cabecita es un invento suyo" —y a punto de repetir el gesto de antes con los hombros, pareció no querer molestarse en completarlo, si bien los mantuvo listos en una línea superior a la normal.

"Desmonte en seguida ese desafío, o la sanciono. Así está mejor: desarmada ante mí y obediente. Volviendo a la diferencia, en su búsqueda están trabajando según la vieja routine y no lo tolero. Míreme con más amor" —propuso insinuante.

Luego ante un fulgor inesperado en los ojos de ella como si estuviese por hacerle un escándalo, continuó con lo más a la mano; pero como la mujer se mantiene hostil, amainó:

"Cuadernos, por caridad. . . en otro sentido"

Y como ella se echó a hacer la mula y mirar al suelo y a él tanto enojo le resulta excesivo sabiendo que tiene fama de mujer de fáciles costumbres, pasó al contraataque en toda la línea.

"Se la canto aunque quede con las manos entrelazadas. Después le haré la cuenta incluyéndole todo. Volvamos a la lección. . . en la oficina necesito de aire más respirable. Significa que abriremos el montón de ventanas al siglo; no para que entren los trinos de los pájaros, sino en gran número los grandes progresos en la materia que nos atañe. Me he propuesto que mis colaboradores sean inteligentes, obedientes y creadores. . . y no más, simples columnas para sostén de lo demasiado frito"

Se anima: la tozudez de ésta lo ayuda a quitarse la impresión de estar en un estado pecaminoso al comportarse con esta dureza, jamás empleada por él ni con Cuadernos ni con una empleada en general.

La muchacha, al verle la determinación, primero se hace despreciativa y después se defiende con todo: la cara, la mirada, algún tic, alguna palabra inaudible en los labios.

"Además, aunque hubiere la 'diferencia', no llegaría a cuatro dígitos" —replicó por fin, de nuevo envalentonada.

"¿Ignora que contablemente cuenta hasta el centavo?"

Fingió por un instante de estar cavilando, luego añadió:

"Volvamos a analizar las cosas con calma. No deseo, he dicho no deseo. . .

que se trabaje como hasta el presente. Estoy dominado por la manía de lo bien hecho y lo nuevo. Que todo se haga distinto, aunque de entrada ello provoque confusión. ¿No terminó el caos en la luz? Quiero, y en el ínterin dejo de apelar a comparaciones absurdas pues caos hubo sólo uno. . . que hasta allí donde siempre existe cierta eficacia, despunte el enfoque revolucionario"

La empleada demuestra ahora querer razonar con él ordenadamente; pero por su lado no la deja, pues prefiere que lo oiga haciendo el enérgico.

"Antes concluyo con la entera canción" —dijo muy firmemente— "Sí, señorita, repudio las cosas en la forma usada hasta el día de hoy incluido; e inserto en esta reprobación todo lo hecho por Andriolli, a pesar de su trabajo de pulido complementario en cualquier circunstancia. Pretendo que los enfervorice la pasión por lo diferente. En suma, cambiarle la camisa a la contabilidad; y quien dice camisa, dice medias y la ropa interior. Cambiar de dirección, si no le gusta mi expresión de tono festivo. Lo transmitirá a cada uno, con la recomendación, que ya le dejo, de convocarlos de inmediato. La hago responsable de una versión objetiva de mi pensamiento. Por supuesto, todo en los límites de la reducida libertad de obrar que consienten los estatutos de la Firma y la ley mercantil, demando nuevos sistemas. Los que me serán propuestos y que cuando los acepte serán experimentados adecuadamente. Así como se refresca una pared con una buena pintura, un blanqueo con nuestra contabilidad. Tendremos en la oficina gente que sabe pensar, no que dormita para asegurarse la mísera tarea de hacer girar la rueda del destino en la misma dirección eterna. Y ninguna hará más trabajos de punto aunque esté momentáneamente desocupada. Un nuevo orden, en el sentido de nuevo ordenamiento. Y cuando se necesite, una ley interna de inflexible aplicación. He recibido plenos poderes. ¿O dónde piensa que pueda haber estado yo, en la tarde de hoy? No papando moscas"

Su escapadita reciente para verlo a Cuadrados, es un elemento de hecho y entre las mentiras para justificarse de alguna manera, mejor una que le sirva de bastón de apoyo.

"Mente y reflejos al servicio de la empleadora" —insiste golpeando el escritorio con la mano.

"¿Somos siervos del año Uno?" —replicó Cuadernos con una sonrisita.

O quizá un simple rictus, pues en seguida se puso seria.

"Es un punto de partida. . . un gran intento hacia adelante. Adónde nos llevará, lo apreciaremos a posteriori" —recomenzó, pero en seguida arrepentido de haber cedido tanto.

"¿Ha visto funcionar tales maravillas en esta ciudad?" —preguntó ella con cara incrédula— "¿Oyó hablar de reformas tan peregrinas, en el exterior?"

"Cambiemos de una vez al ciudadano" —contestó, sintiéndose ligeramente en apuros.

"Fácil hablar, pero ¿cómo lograrlo?"

"Comencemos por fin. Obviamente el empleado promedio quedará sin cam-

biar, con la cabeza tras el pienso cual único pensamiento. Pero, sabiendo escoger, cuando se ha recibido mano libre. . . buenos para todo, los hay. A veces raros como los albinos, pero, de ser indispensable, los desemboscaré en cualquier otra oficina de la empresa"
"Creo que tendrá que empezar ya a cazarlos. . ."
"¿Quiere que le confirme si he visto mi programa en acción en cualquier otra firma? No; francamente se lo digo. Pero pensando en tantas cosas absurdas ocurridas aquí dentro. . . he recalado en este propósito y lo quiero poner en práctica. Y estoy muy respaldado. Tengo poderes reservadísimos; o sea allá arriba dirán que no saben nada. Me prometen pleno apoyo táctico"

Era otro bastón para emplear, el de un apoyo secreto. Otra manera de reducirlos a ovejas de un rebaño. Lo consiguieron con grandes Naciones, ¿cómo no lograrlo con tan pocos diablos?"
"Poner en suma la contabilidad, para introducir un concepto detonante, si bien nadie lo defina con absoluta precisión y cordura ni siquiera en el ámbito político. . . sobre bases revolucionarias. Piensen ustedes: ¡estamos haciendo una revolución contable! Eso les sirva de empuje íntimo, por la magia de la palabra revolución. Ya que se sienten casi todos, idealistas. . . confíen en el poder creador de determinada palabra y hagan el milagro. Hagámoslo juntos, en una simbiosis o sea una integración mutualística"

Y deteniéndose sobre lo que acaba de decir, estima de gran valor ciertos fuegos de artificio consistentes en el empleo de frases chisporroteantes, aquéllas que se repiten en las tribunas desde siglos, sin obtenerles nadie, nada que sea seguro.

La revolución y toda la fraseología alrededor de ella. O sea la panacea para que todos los males incurables, en todo género de relaciones, adquieran el aspecto ilusorio de remediables, aunque en verdad todo reaparecerá a la vuelta del camino, más vigoroso y sólo bajo formas nuevas, con la misma sustancia intacta o casi. Aun así, ello tiene la virtud de que la gente siga tirando. Y esto, también en su caso, es óptimo recurso. Sí, simple recurso. . . pues hasta en política, entre la cacareada revolución, antes, y lo que se palpa después del Gran Día, hay de por medio un océano que ningún hombre ni ninguna institución pueden fácilmente surcar.

Mientras se pierde en estas reflexiones, Cuadernos tiene derecho de suponerlo vacilante. La mira pues con cierta altanería y le hace seña de retirarse.

Ella cierra la puerta despacio, quizá con demasiados remilgos como en una ceremonia, por lo que de nuevo es más burla que acatamiento.

Vuelve al abogado, a esa fealdad ejemplar que Cuadrado ha admitido poseer, aun atribuyéndola a un profundo contenido filosófico dentro de sí, 'el que confiere gravedad excesiva a mis rasgos faciales afeándolos. Piense en Sócrates, un caso idéntico'. ¿O la belleza real será la fealdad? El asunto le interesa en lo personal. ¿La fealdad y no el Partenón? Es opinable. Hay conferencistas para quienes todo es opinable y con ello se ganan la vida.

Sacando cuentas, ese letrado le ha sido útil, lo que no implica tenerlo por persona simpática: se necesitaría tiempo y tal vez no bastara una vida; por lo menos la que le queda por encima de los treinta y cinco (éstos, años hasta ahora con excesiva calma y aun así con mucho desorden. . .). Le faltaría, para una correcta valuación de Cuadrado, la base sólida que se requiere para un juicio favorable y no meramente convencional y resolver si tal juicio se lo actualizará cada tanto, y no hacerlo un gorrito que se lo toma del perchero, uno se lo calza inclusive sin ver que le tapa la vista; o tan solo para lucirlo, ya sin preocuparse si su color cambia de matiz. Y ahí está el problema de la amistad, de suyo transitoria; no siendo la que sobrevive por arrastre y en la que dos amigos acaban por hacerse dos extraños con un vago nexo: una calle común para recorrer juntos diariamente. La base, para él se escapa siempre, pues ambos sujetos envejecen, las células y las neuronas son sustituidas. ¿O uno no llega a ser un desconocido para sí mismo?

O sea, muy bien puede cambiar Cuadrado para mejor, por un reemplazo ventajoso y Andriolli, en el mismo tiempo, para peor; por ejemplo si en su interior lo desaloja un pillo por más adecuado para las tareas de jefe. Por todo lo cual, faltando al presente afinidad con el abogado, es posible que se diferencien cada vez más en lugar de acercarse gradualmente.

De cualquier modo, en cuanto a la externidad, elemento relativamente ponderable, en la retina le ha quedado el conjunto, con muchos detalles confusos, salvo la nariz y algún canto, de un tipo irremisiblemente feo. La voz es cordial, pero poco cuenta una voz: en cada uno está a las órdenes de ideas cambiantes, o sea es servil y basta. Una voz no tiene independencia alguna. Edificar sobre ella es hacerlo sobre olas.

Cuadrado, queriendo sumergirse en lo hablado con él, en el estricto lado práctico no es todo rechazable, si al fin y al cabo de su parte se ha traído de vuelta a un Andriolli-león, para tenérselo a los pies por si lo necesita. Lo tendrá pues de abogado, y no como a un fulano. Lo tendrá sin el fulano; y lo demás se verá.

Quien es un cero grandote, por poseer inclusive una voz corrosiva del oído ajeno, es el profesor. Lo irá extirpando de sus días como se hace con una mala yerba de muchas raíces y ramificaciones. No de golpe, sino de a poco pero tesoneramente. El mismo Cuadrado, aun protestando de una amistad al ciento por ciento, le dio la gran zancadilla. 'Es muy señor, es insigne, es celícola, pero. . .' Basta un 'pero', en un contexto de esa clase, para echar por la borda de un solo envión, el medio diccionario con que primero se celebró a un individuo. Ese pero. . . es un bastón entre las piernas que le servirá con sus subordinados, sabiendo usarlo a tiempo. Lo tendrá bajo la ropa, listo para el empleo rápido.

En medio de estas divagaciones e inoperante como continúa respecto de la pila que le ocupa todo el escritorio, pues en su ausencia ha vuelto a crecer, se abrió la puerta e irrumpieron unas cuantas ovejas. Y fue tal el ímpetu, que

Carovino, que encabeza a los demás, antes entró y después él Andriolli lo distinguió y apenas entonces notó sorprendido que había sido una avalancha. Pues lo improviso de la acción, le impidió juntar, ordenadamente y de entrada, todo eso en una percepción única aunque la sensación en bloque existió según la reconstruye. En medio del alboroto que ahora crece cada vez más, va recorriendo las caras de cada uno de los participantes y ya es patente que se trata de una protesta.

Es Carovino, quien da dos pasos hacia adelante, desde el centro de la habitación, para declarar en nombre de todos y con voz robusta, que no hay deseo ni medios para crear nada, ni mejorar lo viejo. Agrega que en materia de contabilización de cifras, se han escrito gruesos tomos, como podía verificarse leyendo los títulos en los estantes o en las mesas, de las librerías más surtidas, pero que eran recetas y preceptos para empleados novatos o sin tareas, o, por el contrario, muy retribuidos. Y se cree en el urgente deber de aclarar, para evitar malentendidos, que en el quinto están contraindicados, al no haber la menor disposición a empeñar las calabazas o cabezas para un pasito innovador, que además terminaría mal. Que, si aun así, a través de un asalto a la gran paz de los años últimos se ordenara a cada empleado en forma personal aportar reformas de propia invención, se tuviese bien en cuenta que de una violación semejante y la consiguiente gestación irregular sólo se obtendrían abortos, no nacimientos naturales. Y por fin, que de parte de los que trabajan y no practican el escapismo, como lo hace cierta gente en los días últimos, hay la convicción unánime de que no hacen falta sofisticaciones, pero sí 'presencias', para que la oficina progrese.

En seguida, ceñudo, el hablante toca la tecla de las retribuciones vigentes, indicando que son demasiado bajas respecto del valor de la canasta familiar, que con los nuevos ministros subirá todavía más. Y pide, antes que se acuda a las vías de hecho, que la Firma no se ilusione de conseguir la colaboración solicitada por el consejero poeta y el aficionado de las ciencias sociales, en la 'incursión' reciente; y por nada la hoy requerida, por intermedio de una compañera a quien poco se respetó como dama. Pues esta disparatada propuesta 'se debe a ciertos megalómanos que alimentan fantasías dignas del Medioevo y ya cumplieron otras hazañas, de repercusión policíaca'.

Y pidiendo perdón por la apostilla, añadió a su final, para que lo entendieran desde el 'primer fonema' pronunciado en esta ocasión, que era indispensable que se recordara que la cama es para dormir o fornicar y no para seguir en las noches el coloquio con la empleadora respecto de su esquelética contabilidad. Tanto más tratándose de una firma tan ingrata con su personal.

Extrañamente nadie acompañó con manifestaciones esas imágenes ni esa adjetivación vivaz, con las que se complació el fogoso Carovino.

"Bien" —dijo por su parte, recordándose de los recientes consejos del abogado Cuadrado— "lo que anuncié a Cuadernos será una prueba de fuego. Quien no la pase, difícilmente podrá continuar en mi simpático rebaño, como los siento

a ustedes con real cariño"

Y sin más, ordenó con las manos que se fueran. En cambio se quedan parados y más erguidos y se oyen insultos, palabrotas y mezclándose mal, algún chiste.

"Si nos imponen la gestación, tendrán monstruos" —insistió Carovino— "Además, ya somos empleados perfectos. Quien lo dude, demuestre lo contrario, pero antes consiga el metro patrón para medirnos bien"

"La empresa me ha dado el bastón para usarlo a mi solo criterio. Aquí soy poder ejecutivo y legislativo. La medición no me incumbe" —ensayó para ver qué le depara la actitud de pastor de un rebaño.

Algunos largaron verdaderas risotadas.

" ¡Beee!" —baló él, queriendo decirse a sí mismo que a lo sumo Carovino es el carnero entre ovejas de distinto tamaño y estado de nervios.

Y empezó a gritar con facilidad, luego a chillar, rugir o aullar sin poder calificar por ignorancia al respecto, su distinto empleo de la voz, ni darle por la misma causa los muchos matices posibles. Pero lo importante era aplicar la recomendación de Cuadrado, cuando le dijo: 'En los momentos campales sea Stentor, el heraldo griego en la guerra de Troya, con el poder de voz de cincuenta hombres gritando juntos. Domínelos en esa forma, la del grito poderoso y siéntase a la vez las distintas fieras. La victoria será suya'

Una voz que sabe haber emitido con tanta energía y variedad de planteo, sólo en el campo, y que ahora hace resonar los vidrios de la puerta hacia el balcón. Lo que él dice o diga es lo de menos: lo capital, según la instrucción recibida, es el retumbo. Y que en la duda, respeten al presunto enloquecido, por la sugestión que produce la demencia cuando se la tiene enfrente. Como todo lo misterioso, lo terriblemente incomprendido o lo muy sagrado. En aquellos años distantes, al hacerlo en el campo, estaba a la merced de sus pensamientos temibles, sin persona viva en su derredor. En este momento, es como si se tragara su propia garganta, que con estos alaridos parece romperse en bocados. Entonces era convertirse en un gigante y asir la ilusión de tener todo lo deseable, a los pies. Era revolcarse en la Naturaleza, como en una vuelta a los orígenes de uno mismo, remontando la larga línea de abuelos hasta Adán, agarrados todos ellos, en aportes maliciosos de su mente, en el acto de hacer aquello, por derivar él de una interminable sucesión de vulgares cópulas. . .

Pese a sus esfuerzos, los vidrios lloriquean apenas, tanto más que, si bien no para de decir cosas gritadas, ya le cuesta seguir desgañitándose. Pero como éstos sólo hierven sin dejarse acobardar, a la postre se calló, retirando los músculos más ajenos a su cara normal. Ha atemperado el arco, pero guarda las flechas.

Y hete que Carovino, en un repentino ataque de ira, librándose de quien intenta calmarlo y con alguna violencia hacia Cuadernos que ha conseguido sujetarlo por la chaqueta, primero se detiene solo, para darse una sacudida

como un gallo a punto de agredir, luego se lanza contra él levantándole ante la cara su puño breve y cerrado, en un gesto lleno de amenaza.
"¡Hora de acabarla, Andriolli, o te hago pedazos, lindo idiota!" —y quedó desafiante, mirándolo y haciendo rechinar los dientes.

Él ve el carnero que se había inventado, transformarse en lobo deseoso de adentellarlo. Si no lo aplasta ya, ¿cómo someterlo nunca más? Si no hace algo aquí mismo, terminará teniéndole miedo. Sería un segundo Carletti en su alma: perdería ese espíritu fuerte recién hallado dentro de sí. Tiene en cambio que sentirse campeón de esgrima, de pugilato y de tiro. Y empujado por esta fuerza aliada que encuentra en su interior y que si alguna vez entrevió jamás escuchó seriamente; u ocupado por un Andriolli que hasta ahora se mantuvo apartado; o tan solo por haber un momento para enloquecer y ser hermoso verse en tal estado; o aún más atrayente si en esencia eso es feo y no bello (como concluyó más tarde al encogerse debajo de la sábana y encontrarse todas las partes del cuerpo juntadas en una alegría vital); le tiró un puñetazo en plena cara y lo gustó, en un breve relampagueo de su fantasía, como si la mano la hubiese metido entera en la corola de una papaverácea.

El golpe llevó tal carga, que el empleado, alcanzado en la mejilla, aunque trata de recobrar el equilibrio valiéndose de los brazos que instintivamente le vienen en ayuda, tambaleó; luego rozó, al perder pie, en alguien que se apartó a tiempo, y cayó sentado.

Los demás, que se habían colocado en torno de ambos desde que intuyeron una conclusión violenta, que se esperaban por parte de Carovino, se abrieron y quedan atónitos al ver a ese hombre en el suelo y todavía atontado. Nadie puede entender y las caras lo muestran, cómo un puño ha podido llevar tanta carga de dinamita. Lo miran a él y algunos abren los ojos de par en par, inclusive quizá sólo por exageración y como para asegurarse de que es Andriolli y no un sosia; aunque unos pocos, se diría que quisieran adularlo.

Él mismo, en su pasmo, ojea delante de sí su brazo todavía en guardia, con ese puño delantero de nuevo apretado, a la espera de pegar por segunda vez.

Esa historieta repetida acerca de la metempsicosis ¿no tendrá una patita metida en este asunto? Pues, sea como jefe de oficina simplemente, o, arrellanándose en la curul como comandante de raza, todo le aparece ahora igualmente natural. En este momento, quizá le caiga cual cosa sin mayor relieve, ser izado a jefe de Estado, tras las indispensables explicaciones suyas con Andriolli consuetudinario, y basado en lo que tiene ya confeccionado en su mente en cuanto a argumentos válidos para el caso hipotético de un salto tan en alto. . . Pues si la transmigración fuese asunto creíble, quién sabe en China o en el Japón medieval. . . él haya sido persona de gran audacia. ¿Pero no se afirma que se transmigra progresando y no retrogradando? De cualquier modo, con o sin metempsicosis, queda, desde esta hora cero, el déspota de estos señores. Por otra parte, está a la vista que las vías abstrusas huelgan aquí dentro. Lo acontecido es un mero hecho natural. Algo que estaba en su poder

y del que le faltaba esta plena conciencia de ahora.

Vuelve pues en paz, a las exigencias de su cargo. Corre las hojas con tantas cifras, pero también debe pensar, antes de empantanarse en esto en pila, en el comportamiento que le incumbe respecto de la Firma. Esa persona jurídica petulante o altiva, según las circunstancias, y a veces casi rastrera y acomodaticia: como si fuera algo más que una ficción legal. Pero para resultados muy concretos, en cada caso preferirá descartarla y vérselas cara a cara (pues ella quiere en cambio notas y solicitudes, todo por escrito), con los cabecillas en carne y hueso.

Sí, rehuir la burócrata, será escaparle al expediente interno, al doble espacio, al encabezamiento, al encuadre, al tipo de letra a emplear eligiendo el más vistoso; a la firma propia, a la derecha y a cierta distancia del cuerpo mecanografiado, y a las demás prescripciones o tecnicismos aplicables (tradicionales, antojadizos y todo eso, siempre pérdida segura de tiempo). Para él, sólo será cuestión de interpretar cada vez diez o doce caras y a lo sumo adular veinte o veinticuatro oídos.

Firma insípida, con esos bravucones detrás, que se esconden en ella para atribuirle lo que tuercen por sí, como si la voluntad no fuera la de sí mismos. ¡Cuidado el Poeta, el aficionado a las ciencias sociales y Camosci con sus estampillas y sus perros tan ladradores, Andriolli es capaz de declararles a ellos tres y compinches, la guerra santa! Y chantarles en la cara: ' ¡Cómanse su feudo, yo me vuelvo a mi pueblo, a conversar de otra manera más profunda, con las vacas!"

La mente le voló en torno de Carletti, para examinar si ese gato acurrucado en su alma en los momentos de soledad o desaliento, no será hora de correrlo. No con el puño, pues él el león puede hacerlo con un carnero, pero no en la jaula de un félido. ¡Sería una idiotez! Porque, que pueda haberle sucedido algo mortal son quizá charlas abanicadas por el profesor, a fin de someterlo a su protección ideológica. Pues de haber sido herido (una muerte es más rara, como lo demuestran las proporciones de las distintas bajas en una guerra, siendo el hombre un bicho difícil de matar), ya habría vuelto a ver la cara de Pantalani enfrentando como la pared de un dique, la suya tan ínfima. Pero si el patrón-consorte está realmente entregado en cuerpo y alma al misterio del más allá y el comisario y su grey informados y en plena investigación del crimen, bien puede ser que a través de los que miran de soslayo hacia el quinto en traje de paisano, sólo se esperen en la esfera oficial mayores evidencias circunstanciales, para ponerle las esposas a Andriolli. Pues bien, si ese peligro queda mejor a la vista por pasar en breve de mera conjetura a hecho inminente, él lo tendrá a Cuadrado. Este sabrá muy bien vigilar que algún escribiente de la Policía no se deje poner en el bolsillo un sobrecito tentador, en perjuicio de un inocente elegido como chivo emisario. No tiene duda de que con un guía del calibre de Cuadrado, bien puede presentársele la oportunidad de decirle a Pantalani sin eufemismos: 'El megalómano es Ud., con una pancita

salida que lo ilusiona de tener derecho de apoyarse en el Universo y utilizarle algún cantito de tan inmensa fuerza para dominar Ud. a los demás'.

Sólo le queda una pregunta antes de ponerse a trabajar. ¿Qué pasa con Andriolli, quien desde su designación está perdiendo la atracción que por quince años y algo más, ejercieron sobre él, los libros y los papeles que los secundan? Ya no le parecen tener alma y los ve deshumanizados. Con el escaso significado de un felpudo.

Se levantó de la curul, se sintió fuerte sobre las piernas, flexionó una y después la otra, como un militar en maniobras; y experimentado como un veterano, se encaminó hacia la puerta vidriera, para determinar qué ruido es, el que le ha llegado desde la calle y que no puede reconocer en cuanto al origen, sin algún dato. Mira allá abajo a través del vidrio, en especial hacia la acera de enfrente, que puede verse desde el interior de la pieza sin ir al balcón y asomarse. No obteniendo la satisfacción que busca, pues allí nada ha acontecido y la gente transita como siempre, sale esta vez y también hay orden en esta otra acera justo debajo de él. De ella recorre todo el ancho hasta la línea de edificación, alcanzando a ver a la portera maldita, que se hurga la nariz; señal que nada ha pasado tampoco en esta otra parte. Pero ahora lo sobresalta el mismo ruido de antes, que, según determina por fin, proviene del iejano cruce, a varios metros de su ubicación: el de esta calle, con la primera transversal hacia adelante. En la repetición, se ha parecido bastante a un disparo, quizá con silenciador. Pero tampoco allí hay alboroto que demuestre un hecho anormal, ni principio siquiera de acumulación de gente. Se entretiene pues, dejándose de averiguaciones que no le atañen, en gozar de sentirse situado por encima de cabezas ignaras de su presencia y de su deseo de que transiten así, debajo de sus pies, aunque sin depender en lo más mínimo. Una especie de desfile para su regocijo, por este derecho de usufructuario a su antojo, desde esta atalaya en forma de simple balcón. Sin dependencia es cierto, aunque un hito más de una vocación. Pues si hubiera de ascender en cargos y posición social y ser un día el Júpiter que hace el buen tiempo o el malo, estos mismos, envejecidos algunos años más y varios chochos ya, habrían añadido, en una mirada retrospectiva, al simple pasar de hoy un acto inconsciente de acatamiento anticipado. O sea esto, así de ningún significado actual, adquiriría un lugar en los terrenos de la parapsicología y el charlatanismo.

No él, sin embargo, con aspiraciones de tirano. Sí en cambio esos chicos, futuros dictadores en serio, que al terminar de hacerse hombres, un buen día, no desde un balcón fantaseando con los transeúntes a apenas unos metros, sino desde un despacho oficial se sientan sobre los derechos de un pueblo. ¡Una roca Tarpeya para precipitarlos todavía adolescentes! ¡Una sonda para descubrirlos cuanto antes!

Vagando con el pensamiento y como la jornada está por concluir y quedará toda perdida, vuelve, como si se columpiara por sobre una extensión de

decenas de kilómetros, de su villorio natal a esta oficina y de ella a aquél; junto, en esta oscilación, con el recuerdo vivo de hechos sueltos que han concurrido a formar el mosaico que es ahora su alma. Y de pronto se ve en la calle principal de su pueblito, avanzando en medio de una ladra sin fin de perros andariegos. Él viste de obscuro, con la frente alta y un porte jactancioso, para enseñar a sus coterráneos qué significa regresar al pago como legítimo vencedor. Y hete que se le adelanta ese tuerto que le gritó: 'tú, no'; a él que era niño y le pedía prestada la bicicleta para una sola vuelta. Y hete que ahora Andriolli le dice con voz meliflua: '¡linda desventura la ciudad! Tengo dos autos para mantener y tres chóferes para aguantar'. O sea, azuzarles la envidia, pero sin omitir la moraleja: 'de la riqueza ingente nadie espere una felicidad plena'. ¿Pero no puede cambiar el panorama, el caso de quien sea a la vez rico y sabio? Le falta una experiencia directa para contestar. La opinión ajena no tiene valor absoluto.

Lo que necesitará en el futuro, será hacer pruebas de toda clase y en todos los órdenes. Con todas las virtudes y con todos los vicios. Y a ciertos escrúpulos, tomarlos de una oreja y ponerlos a un lado. Y el corazón, demasiado afecto a los mitos, ajustarlo al bombeo de la sangre, pues mucho le hará falta a su poseedor, en los desmanes amorosos. No se metan las reservas timoratas, con los asuntos de un hombre hecho. . . Tampoco mamá; ni el cura que esté hoy en el pueblo. ¡Viva la libertad y algo el libertinaje!

Con los conterráneos, en definitiva, un poco de desdén, por su valor preventivo; pero sólo para que lo respeten.

Sin separarse de la baranda y con los ojos hacia la acera opuesta, imagina, primero en la A y después en la B, los lomos agachados sobre la tarea de rever tantas cuentas y las cifras al pie de las sumas, a la búsqueda de la fatídica 'diferencia'. Esa armonía de espaldas todas en la misma dirección; de manos haciendo números y de vidas suspendidas para lo que no sea ese deber chato; es fruto, que tira a prodigioso, de su puñetazo en la cara de ése. Puñetazo, obra de esta mano que ahora observa con beatitud y que ha marcado una fecha.

¿Pero existe como asunto de verdadera trascendencia y no mero error corriente, lo que están averiguando? Dirige la pregunta a sí mismo y el Andriolli escéptico, incrédulo, esta vez más hinchado que nunca, en lugar de decir que no está seguro y que tal vez sólo fue una impresión magnificada, porfía en no admitir, por propio respeto, que no hayan números importantes mal asentados o puestos fuera de sitio. Y el otro Andriolli, el cínico, ríe, ríe y se augura que trabajen todos por nada. Y adelanta una satisfacción en cierne, de señor caprichoso y autócrata, de las Mil y Una Noches.

Este atardecer, es en buena parte un Andriolli replanteado por un puñetazo revelador. No para extrañarse, habiendo varios Andriolli que conviven en su yo, altercando y a la postre dándose la mano y haciendo de la razón, algo adaptable a todos los gustos. Varios Andriolli posibles, por la intervención al

momento justo, de un Andriolli neutral. Uno que no piensa en nada, pero pone automáticamente todo en su lugar. Que respira aire a pulmón lleno, para sí y para el resto de la cría Andriolli. . . Un disciplinado y quizá auténticamente burócrata. Pero necesario para que las cosas no lleguen, en su caso personal, a mayores.

Su puño, hoy es el benemérito y el del milagro. El milagro que siempre puede existir dentro de la aventura de una vida individual. Para él, el de un simple cazote que hace su ingreso rudo y pone las cosas en orden para rato. Quizá aquí dentro las haya consolidado para siempre. No un simple accidente en un día determinado. ¡Nada de eso! Un puñetazo que ha sido todo un espectáculo y que no pasará sin pena ni gloria.

Como esta vez se siente muy realista, sabe que habrá gloria y habrá pena. En una de las idas y venidas en el columpio de su fantasía; por encima de centenares de techos diferentes, valles diferentes, cada una de esas casas con gente allí como intrusa; ante ese panorama de ensueño, oye que alguien golpea con los nudillos haciendo canturrear la puerta vidriera, a la que está apoyado ahora con la espalda y la nuca, por lo que la vibración de esa llamada lo transita a lo largo del espinazo.

El señor profesor, desautorizado hasta por el abogado, está en la habitación quién sabe desde cuándo, con una sonrisa que le hace abrir toda la boca como en ciertos avisos acerca de pastas dentífricas. Esa boca grande donde se nota, más en vista que de costumbre, la falta de los incisivos y otros dientes están implantados sin orden y la lengüita muy en punta y viperina hace la graciosa pues participa de un hablar en voz demasiado baja y confundido adrede para que él no comprenda casi palabra. El sujeto tiene gana de bromear en casa ajena y en hora impropia; creído quizá de poder arreglar esta nueva descarada intrusión, con esas morisquetas de estulto. Por lo que, sin vueltas, él le dice para que se moleste:

"Señor, perdone, es la última vez que Ud. se permite. . ."

El otro, sin prestarle atención, se dirigió hacia la curul y se sentó abriendo los brazos para expandir el pecho y separando las piernas demasiado; además de emitir un gritito de plena alegría.

"Estoy contento y me regaña. Dentro de poco me dará un sopapo"

Y sin aguardar respuesta y mientras él está que no da más, el tipo se ayuda, con el pie afirmado en el suelo, para mandar hacia atrás la butaca, se toma con las manos del borde del escritorio como para refuerzo y protesta vivazmente:

"¿Sabe, Andriolli, que esto no se le hace a un amigo?" –y recobrando mejor la curul, deja la posición inmediata anterior en que había estado medio levantado con sus partes posteriores y se sienta como un gran señor– "¡Mejor, ahóguese!" –gritó, pues cuenta mucho, como elemento a su favor, con esa voz de trueno.

Por su lado le hizo señas con las dos manos de no alborotar.
"Dentro de poco haré estallar la pieza a gritos. . . Vengo, hombre ingrato, estrictamente para transmitirle la impresión que le hizo al abogado. ¡Óptima! ¡Óptima!" —y se acompañó con un gesto apto para reforzar ese superlativo.
"Menos mal. Pero no lo necesito. Me las arreglaré solo. No soy persona para amistades"
" ¡Dale con querer echarme! Como si fuera un perrito. Me manda Cuadrado a decirle, señor, por qué al final canceló la invitación a comer que le había hecho. Grandes coincidencias entre Cuadrado y yo. Se apropia de ideas mías y de repente es casi mi otro yo"
"No tendré hambre por veinte días seguidos. Esta noche he jurado de no cenar en ninguna parte, si es que Cuadrado lo ha pensado y Ud. viene para eso"
"¿Ha hecho algún voto a un santo?" —y para subrayar la pregunta irónica, mantiene los ojos cerrados por un momento.
"¿Viernes, hoy?" —preguntó él, tanto por preguntar.
"Cierto, en algunos pueblitos, años ha, se ofrecía un sacrificio personal al Cielo. . . ayuno, abstinencia y otras cosas que no recuerdo ya. Ud. no sabe en qué día vive, en qué mes, en qué siglo, en qué lugar, ni. . ."
"No siga con la enumeración. No tengo gana de tonterías" —lo interrumpió él.
"Eh, Andriolli, ¿para Ud. todo es tontería? La Historia es la Historia; y Ud., ínfimo como un átomo, comparado con lo que es ya la historia humana y sobre todo será. ¿O no estoy en lo cierto?"
"Sí, pero mi historia son los papeles y el resto de esa pila que Ud. toca y toca, por tenerla delante y no servirle. ¡A mí me sirve! ¿Le gusta sentirse rey, no es así, como si ese lugar fuera un trono?"
" ¡Qué impolítico! Esta pila, lo único que observo, la veo cada vez más alta, mientras Ud. sólo sale al balcón. Si no trabaja con un programa, señor Andriolli" —y le repitió el nombre otra vez, en el mismo tono de advertencia.
"No me hable de planes quinquenales"
"¿Y qué puede decir de ellos? Cuadrado le esbozará por escrito un plan realizable. Y ésta es mi contribución. . ." —y sacando del bolsillo interior del saco un sobre largo y maltratado por haberlo metido en un espacio angosto, se dispuso a entregárselo.
"Rehúso recibirlo. Me niego a ello. De Cuadrado tampoco quiero nada. No respeta el secreto profesional"
"¿Por haberle yo mencionado que sabría de su ida, si se encendía una luz, visible desde la acera de enfrente? Sí, pero no era una seña, convenida o no convenida. Es costumbre inveterada del abogado, nada más. Encender esa luz si tiene a un cliente, es como un tic en otra persona. Lo hace mecánicamente, pese a tener mucha luz natural durante las horas de la tarde. Es por otro estudio, en el que atendió por años, donde, por ser un tugurio, estaba

de la mañana a la noche, tanto en invierno como en verano, con la necesidad de hacer girar el interruptor antes de comenzar la consulta. Ahora es tan solo un acto cumplido inconscientemente por Cuadrado. Por lo que Ud. es un lengua larga".
"No respeta el secreto profesional" –repitió con voz cavernosa, pero esta vez por haberse enamorado de la frase.
"Y bien, Andriolli, con el nuevo cariz que Ud. impone" –y el profesor guardó el sobre en el mismo lugar de donde lo había sacado, pero con dificultad para hacerlo entrar– "aquí y en la Antártida, Ud. es un enemigo público. Obra contra sus subordinados, en contra de mí y de un partido que Ud. calumnia y que posee, ¡cuidado!, una estrepitosa fuerza internacional. Está de cuerpo entero en la reacción. ¿Y sabe qué le preparan los capitostes de la empresa? ¡Hambre y siempre más hambre espiritual! Y para cualquier día, ¡la terrible hambre fisiológica, que Ud. todavía no conoce y que no es el hambre común! ¡Infórmese!"
Él lo miró sin creerle, ni lograr entenderlo en esas distinciones respecto del hambre. Piensa que todo eso es meramente retórico, sin sentido definido.
"Algo sé" –dijo el profesor enigmático.
"Mire, lo he ubicado. De todo pretende saber lados abstrusos. Es para influir o darse importancia. Mejor no se interese más por mis problemas"
"Sólo me iré si me toma de un brazo y me echa afuera. Pero antes me tendrá que escuchar"
"Hable" –le dijo él fríamente.
"Esta tarde todo es distinto de lo que hubo hasta hoy entre nosotros" –y el tono de su interlocutor era el de una persona de bien, sinceramente dolida– "y no puede, no debe negárseme. Será, si así lo resuelve, la última vez que nos vemos. Pero en este momento, soy el que necesita de ayuda. Su valiosa ayuda. Ignora que de un consejo de Ud. puede depender mi vida. Como lo sé hombre honesto, me entregaré a esos consejos"
Tanto abandono, lo acompañó con un tono lleno de conmoción. Por su parte, al oírlo hablar en esos términos y verlo tan de repente en un estado depresivo, no sabe qué determinación tomar.
"Temo, sin embargo que. . ." –añadió el profesor y terminó lo que estaba por agregar, en un farfullo incomprensible.
Él permanece callado.
"No me niegue un favor gratuito como una copa de agua a un sediento. Yo invito, yo esta vez pago. A las siete y media de esta tarde, lo esperaré abajo, al lado del portón de la casa"
El profesor se paró. Tiene los ojos más juntos y una arruga nueva de hombre cogitabundo, estampada en la frente.
"¿No puede anticipar algo?" –le preguntó, ya entregado.
"Sería desenvolver una madeja de prisa y confundirlo, haciendo ininteligible una grave situación. Para llegar a un panorama abierto, necesitaremos de una

hora larga. Tengo que mostrarle y hacerle leer con sus propios ojos, cartas, telegramas, citaciones judiciales y en ellos términos increíbles. Y Ud. no puede, sin contar que no traigo ahora conmigo esa literatura infame, olvidarse de que los empleados de aquí ya tendrían que haber cerrado su jornada laboral. Podrían complicarnos"

"Eso es cierto"

"Por lo tanto, a las siete y media en punto. Gracias"

"O mejor y por la portera, en la primera esquina, la de la farmacia, frente al negocio mismo"

El profesor le rozó la mano con la propia, a título de parsimonioso saludo, empleado tal vez para destacarle la gravedad del momento o para dejarlo aún más tonto, al no poder él entender un vuelco tan grande: tras la euforia inicial, la cara, ahora que se retira, con la fuerte desazón de un desesperado. Pero él no quiere pensar en esa diferencia entre el que golpeteaba con los nudillos en la puerta vidriera y esta otra versión del mismo. Por ahora, por espíritu de vindicta genérica, cierra la puerta con dos vueltas de llave. Luego, dándose cuenta, y como el que se ha ido le causa cierta pena, interpreta de haber obrado inconscientemente para evitarse molestias por parte de algún otro.

Algo no encaja en la conducta final de ese fulanito. Quedará a la espera de lo que acontezca en la práctica y de si hay realmente un hecho sensacional.

Volvió a su trabajo pero no lo dejaron ni media hora. En la puerta, y desde afuera, alguien produce ruidos exploratorios, luego trata de insertar algo en la cerradura, tras haber escogido en vano entre un manojo de llaves que hace sonar claramente; a la vez que cada tanto empuja con el cuerpo. Todo con impetuosidad de dueño. Y ya emplea el puño en forma moderada, acompañando esos pequeños golpes con una voz que no es tal, sino el vocejón de uno con algún grueso cigarro en la boca, sin ganas de sacárselo un instante. Y por fin se obstina con la punta del zapato, en la parte inferior de la puerta; amén de puñetazos de obseso, esta vez, que hacen vibrar las jambas y el dintel.

Su mente vuela a Carovino en busca de la revancha y con un punzón oculto debajo de la ropa. Se ha comentado y lo contó él mismo, que de muchacho tuvo un duelo primitivo donde el arma había sido una varita de madera muy puntuda en mano de los contrincantes, tratando ambos de darse en los ojos.

¿O hace ruido para poder programar con él la paz, es decir cuando por su parte, acalorado como está le abra, no se le acercará para abrazarlo fraternalmente? Y si acudieran los demás, de ser así, en verdad sería difícil no aflojarle. Aunque podría ganar cierto tiempo, antes del solemne: 'Muchachos, la paz que Carovino me ofrece, la acepto. Pero quien manda aquí dentro soy yo'. Y todos ellos en coro: 'Sí, mande y Dios lo acompañe. Si Ud. no lo hiciera, ¿a quién traeríamos para que nos ilumine la senda del deber. . . a un forastero, a un cura?'

Estudia mejor los distintos ruidos en todo el tiempo y en especial ahora en la culminación, y tiene que cambiar de enfoque. Ningún empleado está

haciendo esto, pues, por perturbados como han de estar, el carácter de nadie se altera del todo. Ello se aprecia en la recitación pacífica del Rosario. Lo ha visto en el pueblo, al divagar acerca del comportamiento de cada persona: para él una manera instructiva, ese ejercicio suyo, todas las veces durante esa plegaria, de zafarse por tramos largos de un rezo con tantas repeticiones.

Pero puede ser Carovino, disfrazado adrede en cuanto a su propio carácter, con el fin de atraparlo y al abrir él la puerta, clavarle derechamente el punzón en el ojo.

De cualquier modo, para no arriesgar su propia dignidad y como el silencio no le está reportando ventaja alguna y es ilógico seguir aparentando sordera momentánea, abrirá. ¡Cierto que se manda con órdenes y también con abstenciones significativas, pero esto es intolerable!

Descorrió las dos vueltas y bajó la manija a medias. ¿La energía se requiere siempre para un buen éxito, o puede optarse por la moderación sin que se piense en debilidad o vacilaciones? Pregunta para la que no hay respuesta unánime. Todo sirve para todo y nada para nada. Además se manda de cien maneras; o uno no pasa de ser un sargento pegado a la reglamentación respecto de cuándo se configuran los extremos válidos para una orden. . .

También desde afuera empujaron, pero con fuerza provocativa.

Se ve alcanzado por un rayo: es el jefe de personal, el mismo que el día de huelga revisaba en busca de una mujerzuela, la que por su cuenta se había metido en la mollera. El superior se planta en el umbral, dos pasos hacia adentro, no más. Y él que ha quedado oblicuamente, procura, al ponérsele bien de frente, no rozarlo en lo más mínimo, por no admitir este señor ningún contacto con su físico. Acorralado como está, quisiera recular hacia el centro de la pieza, pero comprende que toda la iniciativa se la reserva este otro.

Se mantiene la inmovilidad, hasta que el sobrevenido lo empuja con cierto desdén, indicándole de abrirle paso; con un gesto duro como si a la vez rebanara el aire delante de sí, que también ha de sentir como un obstáculo a su voluntad. Y ahora la señal es de seguirlo a pequeña distancia.

Pero el tipo rehúsa a sí mismo, como dividido en uno que quisiera y otro más resuelto que se negara a ello, tomar asiento; ni en la curul, que mira y descarta, ni en ninguna otra silla. Comienza en cambio a dar pasos largos de extremo a extremo de la habitación y a la vez pensando, a estar a los reflejos cambiantes en esa cara, en distintas cosas en forma tumultuosa.

Por su parte, superada la turbación, se dirigió a la curul y se sentó pero como suspendido sobre ella en la forma que le acaba de ver al profesor; después se dejó caer con todo su peso y por fin se sintió allí, pero encerrado entre el respaldar y los brazos del mueble, casi como si el cuerpo se le hubiese hecho más tosco a la espera de duros acontecimientos.

En verdad está en falta pues hubiera debido quedarse también de pie; pero peor sería reconocerlo tardíamente, parándose ahora, ya que la carta está jugada. ¡Derrúmbese primero el mundo o háganlo sus normas caducas!

Recuerda en especial que en el acto de ceder la puerta y aparecer la fiera, la Srta. Cuadernos, omnipresente hoy, desde lejos y haciéndose la distraída, estaba con los ojos de par en par. Y que donde, a medio camino desde la cocinita del departamento, hay el montón de cajas y demás objetos inútiles que ya se hubieran tenido que entregar por nada al ropavejero, algo acurrucado se veía a alguien curioseando, si no era como tantas veces una falsedad de su fantasía.

El director, todo parado ahora, ha distanciado las piernas entre sí, como si en tal forma su corpachón se sostuviese mejor. Desde ese 'día' por 'buenos días', con que contestó de entrada a su saludo tras esa irrupción inicial con que se le presentó, no ha dicho palabra alguna. Sin embargo está vivo y en combustión por todos sus lados. Y a él, ¿qué debe importarle este guapo? Cuando se ha empezado con las vías de hecho, debe seguirse de la misma manera. También en los filmes, un buen hijo de madre tras haber cometido el primero. . . para no ser capturado, se entrevera y pronto. . . bum. . . bum. . . aun sin necesidad. Y en poco tiempo, son seis, siete, diez homicidios. . .

Este lo ha mirado de reojo ya varias veces, pero tratando que a su vez lo pesque en esa actitud; o sea con el manifiesto propósito de amedrentarlo. En respuesta, yergue la cabeza y le emplea réplicas con la vista, muy muy firmes. Le interesa establecer en este momento, una reciprocidad de trato: al desafío, desafío; a la dureza, dureza.

Se atiesa por táctica sus miembros: algo que el señor ha de notarle, por el reflejo instantáneo que con ello por su lado tiene en la cara: en efecto la siente en ciertos instantes y en correspondencia, como enyesada.

Ha dado en el blanco con el primer puñetazo de que tenga memoria. (Antes de los doce, es verdad, de tanto en tanto: apenas como los cachorritos que se mordisquean y en seguida se vuelven a amigar).

La fuerza se la habrán prestado, ¡vaya a saber quién y cómo y por qué! Pero ha quedado en su músculo y la tendrá definitivamente para sí. Algo como una comezón hasta la mano derecha y en todo ese trayecto una pulsación mayor. La sangre, tiene que ver en el asunto: en alguna forma participa en su producción y luego en su consolidación ulterior. Y asimismo el buen aire que respiró en su pueblo y las piernas descubiertas más arriba de la rodilla, de invierno con la nieve alta, y que el frío enrojecía pero no congelaba.

También intervino en la hazaña de hace un rato, su gana repetida de hacer como los prepotentes, ya que no es cierto que pagan siempre por todas y cada una de sus fechorías. Basta otear el horizonte: doquiera hay muchos de ellos, cuyos restos son transportados al cementerio con la marcha fúnebre y una banda que la despacha en un clima severo de fiesta popular en sordina.

¿Que los harapientos y los pobres de espíritu pasarán por el ojo de la aguja, y uno no? ¡Pues, pasar ladeando la aguja! Además para arrepentirse hay tiempo. Lo hay para hacer una buena muerte. Y para pelear con el Cielo y discutir la cronología respecto de los Evangelios: tendrá para estas tareas, los

años de la vejez.

En cuanto a la prudencia que deberá aun ahora seguir, a despecho de su puño en adelante siempre listo, pensará en ello esta noche, el año próximo y toda vez que se junte con su alma y cuerpo debajo de las cobijas, libre de presiones internas y externas. No debe a la prudencia darle cabida ahora, por ser ella derrotista, frente a este fulano a quien no puede aflojarle por nada. Mantendrá, eso sí, sus dimisiones en forma oral, en medio de la cara. Son las lindas cosas de la vida. ¿No hizo también su voluntad, ese soldadito de la película? Siempre en la estela babosa de ese cabo grandote, fanfarrón y nada más. Esa noche, que había que hacer volar el nido de ametralladoras y todos vacilaban por miedo de perder el pellejo. . . ese oprimido arrebató la granada al primero de la fila de voluntarios, tan indecisos. '¿Qué querés hacer?', pero no consiguieron detenerlo en su determinación: saltó del foso, salió al descubierto, quizá no sabía correr y allí, a pocos metros, el que voló fue él, en muchos pedacitos. ¡Pero lo hizo, aun a medias! ¡Por lo menos empezó la operación! ¿Qué más sofisticar acerca de ese comportamiento, apelando a las cháchalas de la psicología? ¿Qué tiene ella, mil casos archivados? ¿Qué cuentan, si en todo cabe siempre la excepción? ¡Atrás con el poder de la estadística! ¡Buenas noches a todos!

Por fin el superior es quien ahora se rinde: empieza a hablar. Y tras algunas frases de ritual, absolutamente descarnadas y referidas a hechos corrientes, y un par de alusiones a la crisis mundial en puerta, lo acusa con dureza atribuyéndole la culpa 'por un estado de desazón colectiva en este quinto piso, que ya han olido hasta las narices rezagadas del Consejo de Administración'.

Él se siente cada vez más sólido, muy diferente del que este señor; en esa estulta búsqueda de la mujerzuela, el día de huelga, en los rincones más extravagantes, y que pretendía sorprender sin ropa y tiritando de frío por no haber podido, según él se lo imaginaba, recoger las prendas más íntimas ni el resto; había tratado peor que un muñeco de bajo precio.

Dejando pues la curul, fue al encuentro de su déspota, preparado para lo peor.

"Nos dimos un retorcido buenos días, pero desde las once sigue desapacible la jornada" —dijo, empezando el ataque a fondo.

"¿No me tiene algo más consistente como noticia, si antes no cabe una precisa respuesta a mis acusaciones? Está en el banco incómodo de los reos convictos"

"Si tiene nervios encima, por mi parte estoy por estallar" —replicó violentamente.

El director juntó las piernas, quedó sosteniéndose de pie en su forma normal y no ocultó un gesto de contrariedad.

"Ya me han informado que hoy, Ud." —y lo examinó con desconfianza, como si temiera estar frente a un loco cercano a una crisis.

"Muerdo. . . muerdo"

"No haga el chistoso y lleguemos a los hechos de hoy" —le intimó el otro, reaccionando.
"Comenzamos a ir mejor, creo" —murmuró él.
"¿Se rebela abiertamente?"
"En suma, si ha venido para algo. . . hable"
"He venido para una cosa buena"

A él le pareció una respuesta irónica y perdiendo o mejor deseando perder todo freno dentro de sí, lo que necesita para su propia estabilidad emocional y plenitud viril, y puesto que no hay testigos, se inclinó hacia el oído próximo del superior, quien con las piernas esta vez despatarradas queda más bajo que él y susurró:
"Cumpla el entuerto que se ha fijado y con posterioridad nos veremos en cualquier otro terreno"

El superior, al observarle los ojos y una enérgica resolución en la cara y de seguro en conocimiento de lo acontecido con Carovino, aunque no haya hecho mención todavía, pareció hesitar. Luego se recupera pero con medida.
"Nada me apartará de mis deberes. Por la empresa y por el amor que a ella le tengo, estoy listo para llegar a los extremos, tanto como Ud. Lo haré echar. Ya ha deshonrado esta oficina días atrás y eso me arrebata"

Al oírlo, le rió en la cara. Quiere, como Andriolli nuevo, provocar una conclusión rápida. Y en un delirio por acabar con todo; ahora que tiene su puño en el bolsillo cual abrepuertas, y se siente de poder ser libre en un momento de órdenes y horarios tras tantos años de cautiverio aquí dentro, y con gana de sacrificarse en un ara; con una mueca de mofa casi lo indujo a precipitarlo en la ruina. Y para mayor provocación, volvió cómodamente a la curul.

El jefe de personal, entre el asombro y la indignación, quedó pensativo y con una sonrisa incierta.

Él, ya como vencedor, se levantó y tendió un brazo con la mano abierta, por encima del escritorio. El superior,como si no quisiese perder esa invitación que le brindaba una salida honorable, acercándose desde el otro lado del mueble lo enfrentó y alargó el brazo. Así ambos se estrecharon las manos.

Le pareció de su deber, como dueño de casa, tomar la iniciativa, por lo que mostró las sillas alrededor de la mesita hacia el centro de la pieza y allí se sentaron.
"Yo estoy todo oídos" —le dijo al superior, para inclinarlo a llegar pronto a la substancia.
"Pienso que con la rabieta reciente, éstos de aquí fuera. . ." —y el superior con un gesto aludió a los empleados que pudieran quedar en el piso— "Ud. tiene que moderar ese carácter fuerte" —añadió con simpatía.
"El tiempo varía y el carácter depende de ello. . . Dentro de un mes serán corderitos" —respondió él cordialmente.
"Si no fuera por tantas cosas. . . a estas horas estaría aquí peleándome con

Ud. En cambio lo voy a ayudar lealmente"

El adverbio a él no le gustó. Es como alegar la propia honradez en el momento en que otro de buenas a primeras tiene que entregarse en brazos de uno. Uno puede, tras ese autoelogio, pues tiene cómo hacerlo sin más sospechas, arrojarlo por la ventana con mucha sonrisa.

"Seré singular" —reanudó el superior— "pero a cierta persona no puedo negarle nada. Además Ud. tiene muy buenos amigos"

Él lo miró maravillado. Si este señor habla en serio y tiene raíces la versión que corre desde unas horas, según la cual habría alguien, varón o hembra, que desde el arranque de este ascenso lo respalda a ciegas y por razones ignotas, por lógica no podrá ser más que Camosci. Gratitud, quizá, habiéndole proporcionado ese dato para el moquillo, que le devolvió un perro sano.

"Permítame decir, por su intermedio y siguiendo la línea de mando: gracias, dioses de la empresa, por esta condición milagrosa en que se me ha colocado. Y a Ud., gracias por este entendimiento nuestro"

"Si busca al del antojo por Ud.; pues como existe una chifladura de parte de algunos por el cine mudo, hay quien, dentro o fuera de los confines de la empresa, se obstina en quererlo favorecer contra viento y marea; si desea que le haga ese nombre y apellido. . . volvemos a caer en lo intensamente obscuro. Yo mismo tendría que averiguar más, por qué lo han ascendido a Ud. y no a otro. Una gran extravagancia. Por eso no excluyo que el mismo del antojo, llegue una mañana de éstas, se dé a conocer y pida la cabeza de Ud. Mi misión, por bueno que yo quiera ser respecto de Andriolli, terminaría en ese preciso momento. Para mí, echado igual a matado. . . Ya le expliqué otra vez que soy un amante de nuestra Firma, o sea me resulta mi segunda mujer y la quiero como a la legítima. En otro plano, obviamente. En cambio a Camosci y congéneres, no les veo amor sincero ni por ella ni por mí. Los inspira la conveniencia dineraria. Y más extraño todo, pues esta misma mañana, Camosci, que está de vacaciones pero pasó por la oficina central por razones especiales, al sondearlo yo por saber algo. . . se refirió a Ud. como a 'un medio conocido mío'. Eso puede significar una duda, una desconfianza, un rencor o un tema todavía pendiente de resolución definitiva. Y si un día de éstos, para ellos la situación es otra. . . ¿qué escrúpulo podrían tener por haberlo quizá usado a Ud.? Ignoran, qué es un escrúpulo. Para mí; fuera de Camosci, que no excluyo; cabría postular a una mujer interesada en la buena fortuna de Andriolli"

Y el director se paró a observarlo, con cara de estulto que pretende hacer la parte de un iluminado.

"¿Una mujer?" —preguntó él esperanzado.

"Le cuento lo que sé. Un factótum; que han puesto a cargo de funciones indefinidas, de hecho, no aún formalmente; me dijo anteayer que por especial interés de la señora Equis —usó esa calificación o sea la antepenúltima letra del alfabeto—, a Andriolli yo debía apuntalarlo. ¿No vislumbra quién puede ser ella? Sí, no la conoce, por la cara que me está poniendo ahora. Ha de ser

la amiga de la amiga de la amiga de cualquiera de nuestros capitalistas. O la amiga, de un amigo de algunas de las esposas de tales capitalistas. Como ve, algo tal vez turbio sirviéndole a Ud. de basamento. Pero no se alarme. Pregunté al factótum hace una hora, cómo se cotizaban las acciones Andriolli. 'Al mil por ciento', y según esa respuesta parca y demasiado estilizada, Ud. sigue cabalgando bien"

Pero justo en ese momento, el superior le subrayó que en realidad ha venido para cortarle algún ala en exceso. Pues la orden de apuntalarlo, según las prescripciones atribuidas a la desconocida que lo protege, 'no excluye el ejercicio pleno del poder disciplinario respecto de Andriolli'

Tal aclaración, en este instante le cae mal. Hasta duda de la protección y entra a sospechar si este señor no habrá estado haciendo correr la versión para poder aceptar sin demasiada humillación, el avance triunfal de este Andriolli nuevo.

El director dice haber sido llamado por el personal, a fin de que lo librara de un 'lunático'.

Al oírlo, no cree que ese calificativo haya salido de las bocas conocidas. Por lo que lo escudriña de punta a punta, con cara de desenfado, a la espera de lo que, restablecido el orden jerárquico, quiera agregar.

"Sí, lo venía a sacudir como se hace con un arbolito. . . venía a hacerlo, pero hete aquí que recojo la evidencia de que por primera vez Ud. es un hombre interesante. Y eso, hasta sin la recomendación de apuntalarlo, puede gustarme mucho. Estoy hecho de esa manera"

El superior se detuvo como para sopesarlo o hacer un alto con las palabras y se abandonó a un sentimiento cálido y reconfortante.

"¡Fuerza, Andriolli! Estos me los pone en orden y me los hace sudar. Ninguno de ellos se ajusta a mis ideales, en cuanto a lo que debe ser el empleado fiel. Son desleales sucios. Gruesas medidas individuales y colectivas de infidelidad, por el monto de un quintal. De una tonelada, si hubiera equivalencia posible entre el peso de la inmaterialidad y el de la materialidad. Por eso, lo que haga, aun abusivo. . . para mí será infligido a los esquimales. Ya no me incumbe determinar si en el fondo de su designación, están las derivaciones o la metástasis de un amor libertino o el antojo de algún homosexual, de los que no faltan en nuestra madeja de empresas consorciadas, meramente asociadas o recíprocamente fagocitadas. Y tampoco me afecta más, la dura realidad del hijo de una amante mía, ladeado por la irrupción de Andriolli respecto de un cargo que a aquél le estaba reservado casi por derecho natural. Debo ayudarlo a Ud. y nada más. Es ley y la ley no se discute"

Él se encogió de hombros, al apreciar el fuerte aspecto negativo de este apoyo inesperado.

"Tenemos que comer juntos" –insinuó el jefe, esta vez quizá menos hipócrita.

"Mantenga la invitación para el día adecuado, pero pagando cada uno lo suyo"

Y piensa que éste es realmente una ficha en el juego de ajedrez de la empresa, pues recibida una misión la desempeña excluyendo a sí mismo. O sea es posible que lo odie mucho, pero oficialmente lo tratará en adelante según la orden recibida.

El superior, en plena exhibición de su mente muy pegada a las formas, le comenta de haberle dispensado un tiempo suficiente y se dispone a irse.

"No me considere con jurisdicción para mediar, si me los pone derechos. Será ley, su ley"

Por su parte, está contento de sí mismo, de sus pensamientos afortunados, de su puño, de la cara versátil que le ha tocado en la distribución entre los nacidos entonces. Le aparece en la puerta vidriera, donde se ha acercado para mirarse, reflejada familiarmente, y se siente cómodo con ella. Más bien feúcha. Significa mejor definición y algo que uno siente más para sí mismo: la fiel compañera sin reducción a otras.

"¿No estoy dándole carta blanca?"

Tras observarlo de frente, en prueba de sinceridad al pronunciar palabras tan comprometedoras, el superior le apoyó una mano en un hombro y agregó: "Suertudo"

Fue como se despidió. En efecto se dirigió hacia la salida, a pasos largos. Pero antes de superar el umbral, poniéndose un dedo en los labios en una invitación a no hablar ninguno de los dos en voz alta, lo llamó a sí como si tuviese una travesura para proponerle. Él lo ve medio infantil con esa salida de último momento, pero está en el baile.

"Andriolli, Ud. me acompañará hasta el ascensor. . ." —y siguió, hablando casi sin aliento hasta el final:— "Quiero darles, a los que se han quedado para entrevistarme y poder festejar su caída, mientras es su apoteosis. . . la lección de la percepción. Apareceremos hermanados y haremos que a ellos se lo confirmen los oídos, atentos como los tendrán, al escuchar la breve charla de circunstancia que tendremos al separarnos en la puerta del ascensor y que dejaremos a nuestra inspiración del momento. Los dos saliendo casi del brazo; o hasta del bracete, si lo prefiere. Percepciones, no deducciones. La mente, en efecto, podría después desdecirse. Los sentidos son terminantes e informan todo el conocimiento. Estudié para una de las incontables licenciaturas que nos apestan en estos tiempos"

Y sin más, le pasó un brazo por detrás, a la altura de los hombros y siguieron, unidos de ese modo, por todo el largo del corredor, hasta el rellano. Y al pasar tanto delante de la B como de la A, el superior con un pellizco suave lo invitó a moderar la marcha.

Por su lado, como persiguiendo con la mirada un insecto fugaz, ojeó en ambas habitaciones y los vio casi a todos, todavía en sus puestos, con caras de paralizados y alguno con las orejas a punto de moverse como oreja de liebre en el jardín zoológico. Está a la vista que no esperaban esta conclusión.

Al mirar al director, que ya está solo y por empezar la bajada y por la

escalera (acaba de comunicarle que ha cambiado de idea, por ser buen ejercicicio para un corazón galante prescindir del ascensor), lo tomaría del lado de la cabeza, se la pondría en posición y le daría un pellizcón en la mejilla, en prueba de amistad.

CAPITULO XVI

En el hotel adonde por fin ha venido a parar, en otra noche apremiante de un fulano sin residencia estable, antes de dormirse, puestas a buen recaudo en su mente las ventajas conseguidas en las últimas horas (muchas en realidad, por lo menos en apariencia: le interesa destacarlo para su coleto), vuelve obstinadamente sobre el tema Carletti y las caras policíacas que nota por todos lados donde se traslada. Y a punto de apoyar la mejilla en el almohadón, relajar el brazo suelto y depositar el otro livianamente sobre su cadera y completar el resto de los retoques para la posición más apta para adormecerse; y mientras vuelve a ensayar un mejor sostén para la cabeza, pues si ella se hunde como ahora en el lugar que le ha asignado, serán vanos los intentos de sustraerse a la conciencia de sí; cual última reflexión antes de fijar el ojo único en que se le funden los dos, en un punto luminoso del puente de un navío que se aleje del embarcadero envuelto en una impenetrable calígine y tenga muchos árboles para contar en una cuenta difícil con los números asentados en caracteres muy menudos, casi ínfimos, se compromete consigo a agarrarlo al profesor en las primeras horas de mañana por la mañana y en palabras o a sacudones hacerlo confesar acerca de lo realmente acontecido en la pensión. (El consejo, en efecto, del que se había declarado tan necesitado, había sido un engaño para atraerlo a un local de mala muerte y ahí, a sus anchas, jugar en perjuicio de él con el tema Carletti, por más de tres horas de tortura moral).

La mañana siguiente, con un espléndido sol en el cielo desde temprano, ¿qué aclaraciones, estando en día tan brillante, recabar de ese mal protector suyo? Pero que lo cansa en demasía; aun no teniendo por su parte todo en el activo aunque cuente a su favor con la victoria táctica obtenida por ese puñetazo afortunado, impartido como si él hubiese crecido durante años, entre los cazotes que se dan o se ingresan a cargo de uno por ser ésa la historia real y no meramente romántica de la violencia. Dar sí, pero a la vez recibir.

Tan saturado está, que antes del anochecer le intimará de acabarla de una vez por todas. No en este comienzo de su día, en que las horas deben serle fuente de regocijo. Por lo que prosigue en dirección a la oficina de muy buen ánimo, faltándole todavía muchas cuadras por haber intentado con un hotel en los límites de la ciudad: cobran menos y no molestan pidiendo los documentos. No es que sea un fugitivo: se trata de que los extraños no se metan en sus asuntos, ni se enteren de que elige pasar la noche lejos de sus lugares habi-

tuales. Hasta los lobos se refugian en paraje circunspecto, pero sin dejar indicios. No por miedo de agresiones, cree la gente. . . pero ¿quién tiene seguridad de ello? En su caso personal, si no es por miedo estricto, es para propia protección.

Ese profesor de fantasía, quizá por qué motivos, amén del aparente, el de quererlo llevar al Partido. . . elude, como si jugara, profundizar en lo relativo a los presuntos hechos. Pero lanza golpes certeros, como cuando en el local de mala muerte, con ese aire de misterio le dijo: 'A esas fechorías allí, yo solo pondré remedio. Tengo en ejecución un rastreo de pruebas, mediante audaces golpes en grado de quebrar el círculo que la Policía haya tendido alrededor de la pensión'

¿Es tranquilizar a un amigo en estado depresivo? ¿O hacerle saber indirectamente, pero basándose en qué positivos indicios y no meras invenciones, que un grave hecho lo hubo? Hasta el punto de que cuando a su vez le preguntó si tenía algo concreto en la mente, habló de 'demasiados hechos al rojo vivo en la vida de cada uno de nosotros, como para encender piras u hogueras nuevas, al intentar sin mayor ventaja el conocimiento de lo que, ignorado por completo, permite continuar en santa paz aunque fuera por pocos días, antes de tener que subir las gradas del patíbulo'. ¿Es amigo quien contesta en tal forma, retorcida adrede? ¿O la protección que ofrece es la de la tigresa que mantiene a distancia las demás fieras, pero teniéndote a disposición para cuando se le antoje o le sea conveniente devorarte?

Acerca de esa mención de un patíbulo, procuró que le explicase si era figura literaria; pero se limitó a cerrar los ojos en señal de no querer abundar.

¿Es amigo, el que salió con la otra tirada, nada ilustrativa, nada promisoria y acerca de cuyo alcance no logra determinar lo más mínimo? O sea, las palabras. . . 'lo que amenaza a la buena gente, no es lo que haya hecho mal hecho, porque entonces está sobre aviso. Es el rollo de género pesado sin la menor transparencia para captar algo, que cual telón de un último acto se deja caer ante los ojos del infortunado. De ahí que lo agobie la desgracia justo cuando por haber dado un lindo puñetazo en forma y en el blanco, cree tener por fin parte de su destino en las manos'.

En suma, tendrá que verlo a Cuadrado y rogarle que asuma su defensa respecto de tal amigo, que algo trama. . . Pues por lo que se aprecia, está esforzándose por infundirle el pavor de un conejo. Y eso, con la pretensión de quererlo asistir y llegar juntos a los límites del mundo.

Para la exploración que ha programado, le conviene estar in situ cuanto antes a fin de poder curiosear sin inconvenientes. Si hubo un muerto, algo habrá quedado en el aire si se tiene cómo husmear con libertad. La tragedia da cierto color y resonancia, confiere a las cosas próximas, un matiz. De qué manera, lo ignora, pero se comprueba en los hechos. En el instante preciso, surge una evidencia de lo acontecido. Inconfundible.

En cuanto a quienes estén acurrucados o con disimulo, en espera que el cri-

minal haga la proverbial visita al sitio donde mató, está seguro de saber verlos aunque estén alerta detrás de las cortinas o de las persianas, en las aberturas de frente o de costado respecto de la pensión. Sobre todo si es en el condominio aún sin terminar, donde los moradores vivirán como en un panal. Si los testigos positivos o sea los que lo conocen, se mezclan ahí con los albañiles que jamás le han visto la cara de cerca, les será difícil engañar un ojo tan despabilado como el suyo. Lo que no quita que desde tantos agujeros, en los varios edificios de la cuadra, no esté aguardándolo uno de los sabuesos de la Policía: ésos que sin saber quién es uno, por cada movimiento que se haga por obra del inconsciente o el subconsciente, hacen una anotación en una agenda.

Por suerte, de darse lo último, con el disfraz que ha escogido será él, pero no él como él. Facciones, altura, porte, color de tez y demás datos característicos, no serán los suyos verdaderos. Y por esa mala facha y peor aspecto de conjunto, si no se limitarán a reírse de un adefesio de hombre, les resultará el prototipo de quien, la primera vez por lo menos, no se lo para con la excusa de preguntarle por una calle inexistente como hace un pesquisa para estudiar mejor al presunto. Distinto si después volviera, con esa traza o cualquier otra. Ya habría preguntas y presiones, además de algún anticipo de la tortura policial a través de un apretón de mano en forma de una caricia con una pinza. Y al llegarse al pedido de la cédula de identidad, la última esperanza de escapar sobre el filo, se desmoronaría.

Por lo cual es buena idea, según ya lo tiene resuelto, ir por esos lados representando a un viejo sin el menor parecido con él.

De cualquier manera, si esa incursión le costara meterse en algún embrollo y en la comisaría lo retuviesen por la falta de identificación, ¿para que lo tiene a Cuadrado, el de los amigos en la taquería y en los juzgados? Y el abogado, llamado desde el lugar mismo y con esa fuerza de expansión que se le atribuye, obviamente evitará que un policía de bajo nivel tome a un 'viejo' venerable o no y se encapriche con quitarle sin motivo el derecho de libre locomoción.

Por de pronto, a medida que está más cerca del edificio donde en el quinto se juntan sus victorias y derrotas diarias en una interacción recíproca, va poniendo distancia imaginaria respecto de la pensión, aunque en pocos pasos apurados, todas las mañanas hasta ser ascendido, de un punto a otro eran escasos minutos. Lo que tiene muy en claro es el poder suyo de distinguir, sin ideas fijas que alteren el recto juicio, al desocupado de paseo, de la otra variedad también inofensiva en apariencia, que quizá, dentro de unos momentos, al llegar, encuentre mirando cualquier detalle zonzo de la puerta vidriera o la baranda. Ciudadanos muy diferentes de los que, con igual conducta de ociosos o de quien no ocasionaría daño a nadie ni siquiera en función de testigo necesario, en verdad son pesquisantes puestos de vigía. Con las secuelas, para el que a ellos les resulte sospechoso, de las que ahora no desea ocuparse.

Justo en una intersección, una que no lo parecía, le hace una guiñadita. De

ningún modo se trata de una mujer policía o espía de alguien: la boca denuncia la otra profesión. Tan a deshora, tendrá de seguro el alquiler de la pieza, sin pagar, y la estará apretando la locadora o peor aún, una sublocadora a la vez sublocataria segunda o tercera en la fila de sublocaciones. Ha de tener una cama muy cómoda para asegurarse a los clientes para una repetición en días ulteriores. Y no ha de ser una profesional sucia.

Siguió unos metros, luego aflojó la marcha. Le ha saltado una idea.

"¿Dónde tiene la comodidad? Voy, pero con la condición de que me espera allá, dentro de media hora exactamente"

"¿Quién me asegura que vendrás? Aquella ventana, con la macetita de geranios y la lamparita de la pieza, encendida"

Él sacó de su billetera, algo acorde con los precios de mercado y lo partió en dos.

"Tome, una mitad para Ud. La otra la conservo y se la entregaré allá arriba donde tiene tan lindos geranios. Con una cinta adhesiva, reconstituiremos él billete en instantes"

"Lindo loquito" —dijo ella riendo— "Subí directamente al séptimo, primera puerta a la derecha al salir con la escalera. Como si fueras el médico. Estaré tosiendo como una desesperada, ya que todos están creídos, por la forma como toso sin parar, que se me están terminando los bronquios. ¡Por caridad, no me vendas!"

"¿Es realmente experta o hace el trabajo especial sin entusiasmo?"

"¿Querés los platos que no figuran en la lista ordinaria? ¡Arreglaremos precio según la tarifa!"

"Pienso que no será la única vez" —contestó con aire de ingenuo.

"Despachate con tus cosas previas, lo antes posible" —concluyó ella secamente.

Se dejaron y él miró para todos lados en busca de un par de negocios donde hacer las adquisiciones. Se proveyó en efecto, en varios lugares por estar todos bastante mal surtidos a la espera de las nuevas listas de precios, de las esponjitas, de polvos faciales color blanco y otros tirando a color ladrillo y de trozos largos de algodón en rama a fin de poderse rellenar donde sea mejor para la deformación de que necesita. En una tienda de usados, encontró una chaqueta bastante más larga que su saco; que ha de haber pertenecido a alguien muerto unos veinte años antes y dos veces más grueso que él. Y en el mismo lugar, una valija de tela donde poder echar apurado y a lo que venga, lo que acaba de comprar en los varios lugares, pues aquélla ha de haberse impacientado con la mitad del billete que de nada le serviría si no sube a completárselo.

La mañana invita a tomar aire y sol, a correr en un prado gritando libremente, a rodar por la hierba fresca como treinta años ha y sentírsela, todavía mojada de rocío, cómo le deja chorrillos de agüita en la cara. Gritar a lo loco como entonces, pues en abierta campiña, lejos del montón de casas que com-

ponen su villorrio, no se veía a nadie vivo alrededor de uno. O mejor, esta vez prescindir de esos alaridos y esa distracción al aire libre. Tiene algo más urgente. . . liquidar un asunto de macho.

Subió y para colmo, en la parte final es apenas una escalerilla de peldaños de madera y sus pasos se oyen mucho, por más que los quiera disimular en alguna forma.

"¿Qué pretendés, hacerme pedacitos y meterlos en ese valijón? ¿Qué traés en él, una ametralladora? Che, sin vueltas; quiero que dejés la puerta abierta como está ahora, para que pueda pedir auxilio" —y la mujer se hizo pequeñita, permaneciendo apoyada al marco mientras él insiste en solicitarle cordura.

"¿No habíamos quedado en que yo sería el doctor?" —le preguntó.

"Desconfío de una maleta de esas medidas, donde, bien acomodada, puedo entrar con huesos y el remanente"

"Tiene razón, pero le explico. Antes guarde esto" —y le ofreció la parte suya del billete.

"No me engatusás tan fácilmente" —responde ella, rehusando— "Si me cortás la cabeza de parte a parte o sea de un solo golpe, te quedarás con las dos mitades del papel moneda, y luego, con un trocito de tela adhesiva. . ."

" ¡Cállate, bruja!" —mandó, y arrancándola de la jamba de la que seguía tomada, la empujó hacia el interior de la habitación y de una patada cerró la puerta.

Y tras las dos vueltas de llave, se quedó con ésta. La mujer tiembla y lloriquea. Pero de pronto, serenándose, le quita la otra porción del billete y se la mete en el corpiño del que escapan sus mamas.

Como ella lo mira con curiosidad y sacudiendo la cabeza, ya reconciliada consigo, empieza la caracterización de las mejillas y para darles más saliente sitúa las esponjitas; al igual que otras, entre los dientes delanteros y el labio superior. La cara se la recubre con los polvos, pero con la precaución previa de mezclarlos con agua para que se peguen mejor al cutis y obtener con paciencia un tono cobrizo y bien destacado en los cachetes. Lo que le confiere un extraño aspecto fuera de sus expectativas; por lo que, insatisfecho, del hornillo de la cocina próxima recoge con los dedos unas pizcas de ceniza que le sirven para obtener un semblante más viable. Ella se ríe y él continúa graduando el tono general de su piel a la vista, pues lo extiende a las manos. A la postre, el resultado conjunto parece ser un endurecimiento de músculos, como bajo un emplasto para una erupción cutánea.

A la vez, a causa del relleno, su semblante por fuera está como esponjoso y con un aspecto nada natural; además de sentirse él, tenso cerca de la base de la nariz donde se le ensanchan las dos fosas más de la cuenta. Y también el resto de la cara está bajo una visible violencia, y según lo atestigua el vidrio sucio de la única ventana, tiene ella ahora la apariencia dominante de muy hinchada y la rusticidad de un pan casero.

Se mete en el chaquetón, que por el corte es realmente de años; pero, para que lo ensanche en forma sin caérsele para cualquier lado al caminar, bajo las hombreras entre ellas y sus hombros, inserta medio kilo del algodón comprado, obteniendo con otras porciones del mismo material un pecho hacia adelante como si tuviese las mamas de una nodriza.

La mujer le va señalando una por una las exageraciones e incongruencias; y arrogándose un papel activo, lo ayuda, cuidando detalles, a obtener un dejo más viril. Y fue idea de ella, regalándole la lana de un cojín que estaba ya despanzurrado, agravar la novedad de una fuerte joroba, al ver que, caminando encorvado o sea optando sólo por una mera columna arqueada, mortificaba demasiado los tendones del cuelló.

"Le he dicho que volveré y haremos la cosa pendiente. Y según los mejores procedimientos"

"Si en serio te gusto. De lo contrario, no quedás obligado; aunque te cobraré lo mismo. Clientes sobran. Por cada uno que se casa y se retira, por lo menos al principio tal vez por miedo de ser descubierto por los hermanos de ella. . . hay una natural substitución de parte de las nuevas camadas. Pues ésta es la mejor manera, pese a la fuerte competencia de las niñas honradas, para desligarse, el aún imberbe, de la rígida moral familiar"

"Función social asentadora de las pasiones, evitando su desbordamiento en lugares impropios"

"Y en cuanto a culpas, las mías las comparte conmigo la sociedad entera"

"Filosofar Ud. y más a la sombra de mi duro trance de ahora que no me da tiempo para contestarle, no se lo permito ¡perdóneme! Espéreme pronto y verá qué hazañas amatorias, mejores que las del gran Malacarne y que estas charlas trilladas"

Y con esas oportunas palabras, consiguió en paz llenar la valija con la chaqueta buena, el sombrero y lo demás que ha tenido que quitarse para ponerse de esta manera: en especial rebajando. su muy querida cabeza ordinaria, con este sombrerote de alas demasiado anchas que lo asemeja al diablo en ciertas viejas litografías.

"Te veo hinchado, insisto" —dijo ella escudriñándolo a fondo.

"Es tarde para cavilaciones formales. Salgo a buscar fortuna" —contestó, resuelto a mirar de frente los eventos— "Cuando me clavo algo en mi mente, tiro hacia adelante como un tren expreso"

"¿Qué, te llevás la maleta?"

"Me ayuda para la posición encorvada y la gente me mirará poco, pensando en un viajante"

"Pero es como si les dijeras. . . 'che, miren hacia acá'. ¿Quién no observa a un tipo raro con un valijón? ¡De la cabeza a los pies!"

En sus adentros está de acuerdo con ese parecer, pero no puede dejarle sus últimas cosas, con lo que ha abandonado en la pensión, pues así sería, ya que aquí no puede volver. Sin necesidad de venderlo a un periodista, ésta tiene

cara de ir a denunciarlo en la seccional para no verse envuelta en nada. Y ésos, antes que tragarse la historieta del marido burlado que quiere explorar cómo se la hace su mujercita. . . lo aguardarán ocultos en el armario que está viendo, en el que cabe un policía de uno ochenta y otro un poquito más corto. De ésos que de una mirada, ya le dan a uno un fuerte empellón. A ésta en efecto, para tranquilizarla en cuanto a sus propósitos al disfrazarse, le ha hecho hace un rato esa versión, logrando provocarle mucha curiosidad pero sin despertarle demasiada confianza en la verdad de sus dichos. ¡Y con la Policía, ni soñarlo! ¡Piensa siempre en un hecho delictuoso! ¡Por sistema!

Desciende los escalones en la forma estudiada: encorvado y a pasos irregulares y flojos: los que empleó antaño, no para huir de alguien como esta vez, sino para representarse, por diversión o pasatiempo, a tipos extravagantes creados por su fantasía inclusive como apéndices de los personajes en que le gustaba a menudo transmutarse, para verle otras caras a la realidad, al cambiar él la jugada desde donde sacar conclusiones.

Al cruzar delante de la portería, una mujer, que debió ser el revoltijo de trapos que a su venida le parecía estar amontonado en la misma silla de ahora; identificación que no le cuesta por tener el saquito que ella lleva, el mismo color rojo subido que lo había impresionado; hétela exclamar en voz alta, hablando con un muchachito que tiene a su lado, tal vez un hijo:
"Mirá como el doctor se ha puesto un capote, con el calor que está haciendo. . . ¡Claro que es él, la misma cara; aunque, eso sí, más desgarrado"

Se detuvo a su vez en el umbral del portón, para escuchar el resto, pero como si sólo atendiera al tránsito en la calle. Y allí sintió una voz infantil que le preguntaba a la mujer:
"¿No era más delgado y más derecho?"
"¿Qué ves vos, distraído como sos toda la vida? Es él ¡hasta la misma jiba!"

No quiere saber más. Al merodear alrededor de la pensión, lo descubrirán al instante. Aunque la carona la tuviese roída por un ratón nocturno en uno de los cuchitriles donde duerme en estos tiempos. Tras años de no verlo, él mismo reconoció a un molinero del pueblo, que habiendo ganado en las carreras se paseaba por una de las calles céntricas de esta ciudad, como un ricachón de cuna. El tipo se hizo el desentendido, pero él escribió a mamá y confirmó que sin duda era el fulano.

Los perrazos bípedos al acecho en todas las aberturas y que posean su foto; encontrada en algún bolsillo de su ropa a la deriva, o proporcionada por la insigne adúltera; sabrán al minuto que es él. Y quienes desde la mañana, a hora muy temprana, están en el portón justo enfrente de los Carletti, vendrán a decirle sin circunloquios: 'che, ¿qué quiere demostrar disfrazado de ese modo? ¿Que estamos anticipadamente en Carnaval?'.

O sea, daría él mismo a la Policía, la vía legítima para formularle toda clase de imputaciones. Y así el delito más absurdo, cual matar a Carletti para quedarse usufructario de la libido de la mujer. . . podría serle achacado con bas-

tantes presunciones. Nada más urgente pues, que volver a su traje y a su propia cara y fisonomía.

Por de pronto, en el primer bidón para desperdicios escupe las esponjitas. Luego se ajusta en lo posible el chaquetón al cuerpo para que no se le vea tan desproporcionado; a la vez que se yergue al máximo como si se estuviera midiendo la estatura.

Por suerte en ningún lado había encontrado zapatos de doble suela, por lo que la talla es la suya: una dificultad en menos.

Se acurrucó en el primer taxi, que ahora lo lleva hasta los límites de la ciudad. Al bajar, se encaminó por un largo tramo sin mirar a nadie a la cara y con el valijón donde el contenido daba saltos, por lo que, o él o aquél, ambos sonoros, hacían ladrar los perros. Llegó así a un lugar muy solitario: un terreno lleno de abrojos, en el que, muy hacia adentro, se veía una casa de campesinos, apartada del sendero que ahora recorre. Se acercó: no la habita nadie y está cayéndose en pedazos, ya casi en ruinas. En pleno día no comparecen los espíritus. . .

Mientras se pone la corbata de memoria; ya todo en orden y con lo suyo encima, pero con la otra ropa aún para zampar en algún escondite, junto con la maleta; oye pasos lentos en la arena, a sus espaldas y cómo debajo de ellos crujen las hojas a los pies de árboles próximos. Queda paralizado, sin modo de poderse dar vuelta. Pero de golpe, antes de resolverse por alguna cosa, se hace un bosquejo de las excusas para emplear, juntándolas en su cabeza lo mejor posible. Y he allí que ve aparecer a un costado suyo, una cabra y cómo se vuelve hacia él inocentemente. Le acaricia el pelo y curiosea entre las piernas de ella: un hermoso macho bien formado y bien fornido, mejor que el que por su parte había querido representar ante la prostituta, al fingirse marido con la cornamenta. Se ríe, se ríe largo rato, por necesitar de hacerlo. Sí, de su susto inútil al sentir esos pasos caprinos tan amigables.

Tiró la valija y el resto del impedimento, cual armas en desuso, detras de un tramo de pared en la que debió haber sido una habitación principal en esta casa tan derruida. Satisfecho, llega hasta el sendero de antes y sigue tranquilamente por él. Posee por lo menos un título inconmovible: el de ser sí mismo y no una caricatura. Y menos un hazmerreír al sujetarse a tantas exigencias, más para perfección de la caricatura que de uno. Pero una reflexión como ésta la tendrá escondida para no malquistarse con ciertos grandes personajes. Andriolli sabrá vivir.

Un ómnibus lo dejó muy cerca. Se dirigió a su oficina sin querer ver nada ni a nadie en particular, a fin de no llenarse de pulgas para la mente. Rehuyó así de cualquier montón a juicio del rabillo de uno y otro ojo suyo, pues de cerciorarse respecto de lo que por esas vías le pareció en un ángulo de la entrada, bien pudo tratarse o de un canto de la pared o de un sospechoso.

Ante la puerta del quinto, herméticamente cerrada, oye las voces del lado de adentro, sin poder comprender de qué hablan en forma tan movida. Ello le

aconseja redescender, por no poder hacerse ver tan retrasado en hora (está tocando mediodía). Le hace falta una cobertura que los haga meditar y pronunciarse internamente a su favor. Irá pues a un negocio del ramo a comprar carpetas y hojas, para volver cuanto antes con todo eso bajo el brazo y el aspecto de llegar de una larga entrevista. Así se callarán la boca y no harán correr que abandona sus obligaciones y deja la oficina descabezada. ¡Sépalo el mundo entero que él está en todas!

Y como hoy se considera de primera magnitud, el negocio donde hacer esas compras debe estar lejos, para que el diablo no pueda meter la cola. No deben quedar vestigios de que Andriolli en tal fecha, minutos antes de reaparecer vivo, adquirió esos artículos por mera ostentación. ¡Cuidado, ellos tampoco son mancos!

De cuadra en cuadra, a la busca del negocio; pues hasta a un millar de metros la cara del que despachaba plumas y gomas a dos escolares, en ese local tan inmenso para transacciones así de minúsculas, le pareció la de un amigo de la portera y el mayorcito de los niños, uno que habita en el cuarto piso de la casa de enfrente, casi a la altura de su balcón; fue a dar, con el cuerpo muy rendido y a la vuelta de una esquina, con un tumulto de huelguistas. Hay gente de mal humor escuchando al que grita, en la gran plaza, por su propia cuenta; además de grupitos silenciosos, apartados o en espera, y un puñado que acapara casi totalmente los muy pocos aplausos que se gana en forma periódica el acalorado que está haciendo esa aparente usurpación de la plataforma levantada, pues a medida que pasan los minutos se advierte que no es el orador oficial y son cada vez más los que le reclaman que cierre el pico, según la expresión que va ganando adherentes, hasta que ya se la repite en forma cadenciada, en una plaza que de golpe se ha llenado como por milagro. .

En parte por encontrarse encerrado por la multitud y en parte por interesarle lo que oía desde ese púlpito profano, pasó unas tres horas escuchando subvertir varios datos de la historia general, y de la particular del País, y poner el buen sentido común en franca crisis; sin más autoridad que la de los que se siguieron en esa tribuna y la de quienes, meros asistentes como él al acto, se entregaron a tantos comentarios disparatados.

Por lo que, de nuevo siguiendo su camino y la plaza ya lejos, se pregunta qué puede haber de aprovechable, para él y para los demás que allí estuvieron, tras esos fuegos de artificio. Semejantes a los que se estilan en ciertos sitios, como llenando una formalidad más que esperando resultados.

El vientecillo que allá jugueteaba con los cabellos de los concurrentes, ha cubierto las varias calles que atraviesa, de papeles y hojas de árbol, envoltorios de golosinas y demás testimonios de una fiesta popular reciente, como ha sido aquello; pese al aire, en derredor y en las caras, siempre al borde de entrar en combustión. Una fiesta subyacente: como en todo acto en que interviene el pueblo. Subyacente aun en el pleno estallido de una furia destructora, en cuyo transcurso el lado festivo asoma de continuo como un duende travieso.

Pobre este tamarindo, tan exótico por tan lejos de su habitat, en el patio de este café. Le parece la réplica de un hombre huesudo sin la mallita y con frío en el espinazo. Y poco en el bolsillo.

En esa columna que se retiraba, había una recíproca simpatía física entre los cuerpos. Simpatía o alegría especial por moverse juntos en igual dirección. La misma dicha que ahora explota aquí en el local. Y que allá desapareció cuando, por la lluvia ya desordenada, la columna en que él estaba se trocó en una estampida. ¿O no le ofrecía la rubia, poco antes de la desbandada, un rico caramelo de color rojo intenso? Esa feota-hermosita, que tantas veces había vivado al más vociferante de los oradores mientras aturdía de ese modo para decir cosas de tan poco vuelo. La misma que; con la ropa interior a la vista por el efecto travieso de una ráfaga, todo en una visión fugitiva que sus ojos entremezclan ahora con una nidada de pájaros alzándose juntos en una atmósfera muy azulada; al confirmarse que avanzaba la tormenta y más lejos había levantado techos y volcado automóviles, encabezó al instante la fuga. O sea, mujer con fuerza en reserva para las distintas ocasiones y sin escrúpulos si debe contradecirse de un momento a otro.

El caramelo él se lo había echado en la boca y en lugar de permanecer juntito a ella, que era de seguro presa fácil, se había dejado atraer por el modo como un joven introvertido, sin decir palabra, en la columna hacía girar un trozo de rama, verde todavía y con alguna hoja y alguna flor, pero adaptado a los cánones de un palo con que pegar fuerte en las cabezas y lomos de adversarios.

En efecto lo destinaba, según su admisión explícita, para atacar a los capitalistas en el día de la nueva aurora. Le recordaba a sí mismo cuando, en el pueblo, todos los mediodías, y duró la cosa un par de años, recorría las callejuelas polvorientas aporreando las paredes en la parte baja de los frentes de las casas. Lo hacía, con un bastón de viejo: para su mente, no en los muros sino en los miembros de sus enemigos teóricos, los comunistas. Pues algún mayor de edad solía repetir en voz alta; sin reparar en algún oyente imberbe, como en su caso; que había que paralizarlos para no matarlos; y aunque por su parte no conocía a nadie todavía, de ese credo. Y como el peón de la bodega le había enseñado que los rusos son todos membrudos y del aspecto en el conjunto de la persona, de una barrica muy chata, aun ahora lo turba toparse en comunistas de todos los talles y con todas las expresiones: sin diferencia, en la variedad, con quienes salen del templo después de los oficios dominicales.

Hoy tiene otra prueba que desmiente a ese peón de bodega: la que brinda el profesor. Por tanto los comunistas son como los guijarros en la orilla de un río: salpicados de manchitas o cándidos. De ahí tantas divisiones y subdivisiones y como los más grandes son más grandes que los más pequeños y éstos, pececitos en boca de las ballenas del partido.

¿Pero para qué machacar sobre la política, si en este local con la alegría por encima de todo, lo que surge con espontaneidad es este sentirse formando

con los demás una sola cosa, así juntos en el propósito de mantenerse unidos por una eternidad?

Muy cierto; aunque también es obvio que una paz como ésta puede llevar a la miseria espiritual. En efecto, la gran mayoría de los que llenaban la plaza y adherían, aquí dentro reducidos a unos pocos, volvían del gran acto de protesta, como los padres de ellos de la procesión tras el Santo: con apuro cada uno de llegar a su casa o a su cubículo, para dormir a la hora. Y muchos, con un agregado nuevo respecto de igual tramitación de parte de sus progenitores antes de rendirse al sueño: el programa televiso por entregas: en días distintos, casi el mismo refrito. Lo malo es que pretenden mutaciones sociales muy profundas. Si tienen la verdad con ellos, prosigan. Pero no a tirones sino poco a poco y sin pausa, como las estrellas. Jamás el comportamiento de los volcanes. Sepan disciplinar y ordenar el ardor revolucionario. La estrella, al fin y al cabo, pese a sus cosas, a la misma hora astronómica para el ojo por lo menos está en el mismo punto. Esa chapucería es el motivo de sus vacilaciones. De cualquier modo, aunque nada terminara por cambiar en definitiva, no siendo el decorado, está convencido de que la paz de las tumbas perturba. Por lo que se siente contento, en su caso personal, de poseer fuerza para echarse con calma aun en los eventos muy escabrosos. Hasta con riesgo de concluir en la seccional policíaca, muchas veces; y cualquier día. . . detrás de las rejas. . .

Estos en el local, de pronto réplicas de corderitos, lo horrorizan. Él, en cambio, izada una bandera cualquiera, por ella sabrá morir con los zapatos puestos. Pues un espíritu de rebelión efectiva es muy suyo, aunque signo característico de la época.

¡Lástima que el alma individual está comprometida como en los tiempos de Aristóteles! Por lo que frecuentemente todo se reduce a otro semblante sólo por calzar un sombrero ajeno. Nuevo el sombrero. Pero poco como revolución.

Fuera ya del local, tomó una calle secundaria. No puede gritarlo, pero ha estado reapareciéndole la misma asociación de ideas que lo vuelve pesimista respecto de la naturaleza humana. Por tantos defectos, a los que no escapa; aunque cada cual esté ilusoriamente seguro de que baste ser racional por definición. ¿O no los ve a éstos que aún ahora están de regreso de la plaza, cual fugitivos con los ojos perdidos en el infinito? Y alguno que taconea, no al compás de algo sino por golpear en el empedrado a lo largo de una calleja y sólo tiene de notable un cuello de avestruz, mientras el crío que sujeta por la mano se asemeja a un monito con la mirada vuelta a todo lo que flota por el aire. ¿Recoge el niño experiencia o sólo se están haciendo fuertes los cimientos de los traumas del adulto posterior?

A esta altura no comprende nada de nada. Llamaría a reunión a quienes relativamente algo piensan, los sacudiría como ramitas y les diría: '¿Ponemos sí o no, un punto final? ¿O dejamos que nos sigan llamando miembros del fatídico antipueblo por ser tan pocos y con una canción diferente? En suma,

o la razón la hacemos valer por sí, o la repudiamos. En este último caso, eximidos nosotros, sea el número el que rehaga el mundo peor o mejor de lo que es ahora'.

Un torbellino de papeles sueltos y de volantes, además de polvo levantado de todas partes, es lo que ve en este momento en esta plaza de los hechos, por haber vuelto y querer sentarse en algún banco sin la influencia tan manifiesta que le significó el tumulto. Y desde su asiento observa; bajo los voladizos o las marquesinas de los locales que ordenados en sus lugares fijos bordean la plaza por los cuatro costados, lados iguales de un cuadrado perfecto; el alboroto que hacen aún, otros grupos de ex manifestantes. Deben haber llegado tras la confusión inicial causada por la tormenta y conservan la conquista.

Al más exaltado de los que subieron a la plataforma, le preguntaría: '¿Qué somos para Uds., fantasmas con una familia? Y si somos fantasmas, ¿cuándo nos tendrán un saludable miedo como para desistir para siempre de querernos tomar de la nariz?'

Insiste, pero las tres líneas del quinto dan ocupado. Lo hará hasta el Juicio Final. Pero, qué diablos. . . ¿le están tirando pedazos de miga? Y ahora. . . ¿un pancito entero? Alguien que estuvo en la plaza. ¡Lindo saludo, linda educación revolucionaria! Se hará el muerto y no tratará de aclarar. Para bien de la Revolución misma.

Se siente apretar fuerte el antebrazo. Es Carletti en persona, vivo completamente y que lo saluda. Está muy alegre y parece más robusto. Y con la mano le indica una mesita, muy cerca, donde la mujer, toda entera, aguarda sonriente y coqueta, que él cumpla con el deber de cortesía de ir a saludarla. Para ella, hasta los hechos del huerto, saludarla era tocarle ligeramente el brazo. Ahora mantiene el enfoque: le pone el derecho y él cumple el rito.

"Hable, Andriolli, cuéntenos todo. ¿Duerme en algún sitio? ¿En la sala de espera de una estación de ferrocarril, tan desiertas de noche?" –le pidió afligida.

"Por ahí" –murmuró él, sin superar todavía la confusión total que lo embarga.

"¿Y comida le dan?" –prosiguió la mujer, con el mismo sentimiento también en la cara.

" ¡Hasta demasiado!"

"Pero ha bajado por lo menos dos kilos, desnudo" –comentó Carletti marido, muy seguro.

"Gordura, gordura" –replicó él, reanimándose.

"Un temporal otra vez y por parte de Ud., ¡no, en absoluto! ¡En nuestra casa, no!" –dijo la esposa resueltamente– "Le debo un trompis maternal por habernos plantado de ese modo. Caro, ¿algún lío suyo con la Policía? Desabróchese con nosotros, somos un matrimonio muy formal y reservado. Vamos, cuente"

"No; estoy limpio por todos los costados"

"Presumido" —le reprochó Carletti marido— "A mí han querido secuestrarme para intentar cargarme un contrabando de divisas. Justo esta mañana, tras mantenerme demorado varios días en una pieza infame, he recobrado mi libertad. Falta de mérito, ha dicho el juez de la causa"

Por su lado, no hallando otra salida, se sonrió.

"Sé al dedillo lo que le ha pasado a Ud." —se jactó Carletti marido.

"Merecido, por esa trastada a nosotros. Dios no quiera concederle paz en ninguna otra pensión o cuartucho y ojalá pierda hasta la peluca" —dijo la mujer.

Él la miró sin entender esa absurdidez ya que ella ve que tiene todo el pelo y muy tupido.

"Lo sabemos que le falta mucho para llegar a calvo. . . Pero vendrá la moda de la peluca también para los hombres" —suspiró ella sin motivo.

"Beba, beba de mi copa. . . es buena cerveza" —le propuso el marido.

Y ahora trata de obligarlo a beber a sorbos, según el ademán imperativo.

"Hágalo, pues ha de tener una linda sed, después de tres horas de estar apretado entre tanto gentío" —y la mujer, que ahora tiene la palabra, lo insta para que opte por la copa de ella, también de la misma bebida.

Y ante la inutilidad de la invitación, pues se resiste a ambos, la misma completa:

"O roce la espuma con la lengua, como si me besara a mí"

"Les guste o no a los dos, soy un Andriolli muy diferente. Y con las infinitas gracias que les dejo, en este momento me retiro por tener mucho que hacer"

"Oiga, con los señores Carletti, en primer lugar supereducado. No; no merece que le permita dirigirme la palabra. Y a la señora Carletti, le debe un monumento ecuestre. Y tras tantos beneficios recibidos de nosotros, ¡oh muerto de hambre!, nada de groserías. O echo por el aire esta mesita, el servicio y a Ud." —estalló el cónyuge.

Él queda sin aliento. Lleva aún la ropa interior de la tarde en el huerto. Estos tienen todavía lo suyo.

"No, maridito mío, no ha querido ofenderte, lo conozco muy mucho. Venga, Andriolli, póngase bajo el brazo de esta segunda madre para Ud" —y la señora, alargando su miembro, intenta sujetarlo.

"Yo sencillamente le digo a este tipo, que por sus pilchas o paga depósito anticipadamente o las doy al camión de la basura. Tampoco; pues se está envalentonando. Querida mujercita mía, mejor se las lleva librándonos de todo recuerdo de su persona" —barbotó Carletti marido.

"Míralo, mi hermoso compañero: te está pidiendo perdón con la mirada. Obsérvalo, porfiado. Mírale el ojo derecho: implora"

Pero Carletti hombre, mantiene su vista hacia otro lado. Y por su parte, si hasta hace unos instantes se inclinaba a una salida negociada, ahora no está dispuesto a aflojar.

"Veo que subsiste el malentendido" —dijo ella prudentemente— "Andriolli mío, otra vez será que se den la mano"

" ¡Sácamelo!" —bramó el cónyuge, amenazador.

Él se siente en cambio muy calmo. Lo único que le falta es resolverse respecto del **modus operandi** inmediato.

"Estimo, señora, que si el señor Carletti me encuentra en la calle, no deseará que nos saludemos" —metió despacio, para indagar.

"No tengo el menor interés en sus saludos. Ahora supongo que fue este gusano. . ."

"No, marido, él no. Fueron los dos muchachos. Todos lo saben"

Carletti aceptó la tesis, si bien haciendo muecas de insatisfacción.

"Cualquiera de ésos, que tenga a mi alcance. . . No la olvido ni si vivo mil años" —y la cara que empleó era realmente feroz.

"Esos planes no le incumben a Andriolli. ¿O quieres crearte testigos contra ti mismo? Aunque creo que esos cretinos, el castigo lo tendrán del Cielo"

"Serán mis puños, tontita. . . Quebraré a cada uno un hueso importante"

Él se acuerda de esa frase huesuda cual intimidación y está a punto de largar una carcajada. Pero se clava una uña en la palma de la mano hasta sentir dolor y piensa en su madre. En ella que lo ha formado en su matriz y criado a pecho hasta los dos años, por lo que no merece que se haga reducir a pedazos por nada.

Carletti esposa se levanta y le habla al oído.

"¿Te vas sin pedirle perdón? Después en la cama no duerme y pasa la noche dándose vuelta y rezongando. Ah, la fulana te sigue llamando por teléfono. Háblame mañana. Cortas el llamado, como señal convenida y sabré que eres tú. Insiste y te atenderé; y sigue forzando, si me demoro, hasta tenerme. Tengo noticias de otro lado, para un amor a máquina. Conversaremos"

O los demás no son sinceros, o sobrevuelan lo que les acontece para conservar el corazón y los pensamientos sólo para hechos determinados; con lo que se encajonan cada vez más para siempre. Un desacuerdo con él, que se agrava, pues mucho de lo importante para el prójimo, en su caso es importante y nada más, mientras ciertas cositas que son fútiles a juicio del vecino, le dejan huellas imborrables y por ahí le hacen tomar esa determinada calle, en apariencia una de tantas. En la que encuentra a una mujer, quien luego será su esposa y de esa unión él tendrá hijos y de ellos. . . a un Andriolli lejano que, lo mismo que el de ahora, será mero brazo de un orden grosero y autoritario con escasa cabida para el libre albedrío. Un asuntillo este del libre albedrío, que de facultad esbozada como rigiéndose por sí, cuanto más larga es la existencia individual es un valor cada vez más relativo y condicionado.

Esperó mucho rato el ómnibus. Lo que cuenta es encontrar la manera para otra noche en algún hotelito: de las afueras, por razones obvias. Al llegar a la calle que más le gustó hasta ese momento, y bajar, se paró en una de las esquinas a curiosear unos minutos. Una pareja, a pocos metros, reñía. 'El ejemplo te lo brindan las bochas', decía el hombre joven, 'tratando todas de acariciar el bochín o acercársele lo más posible. Una, derecho o ladeando a las demás,

logra el propósito. ¿Y qué hacen las otras en manos de los varios jugadores? Esperan la nueva sucesión de tiros. Y puede acontecer que la que más perspectivas ofrecía por su andar hacia la meta, por prisa o pasión incontrolada sólo logre lanzar al jovenzuelo en brazos de cualquier rival, quedando macho y hembra en profundo contacto y la partida concluida. Así es nuestra historia, querida'

También su reserva de amor es un bien mal aprovechado. Y por reacción, se agarra del respaldo del asiento próximo y lo aprieta con afecto violento, la fuerza sin empleo dentro de sí. Desde los tiempos en que, en esos inviernos interminables, la volcaba en su madre al estrecharla en los brazos con tanto frenesí. Aunque al cerrarla en esas vueltas y espiras, también se sentía una serpiente, como si a la vez hubiese querido ahogarla. Ella se lo echaba en cara de vez en cuando, como si desconfiara o sospechara.

Pero ahora que ha huido también del afecto de ella, ¿qué es sino un tornillo que no encuentra dónde desarrollar su espiral, hallar quietud, sentirse seguro, no ceder a la fuerza del primer sacudón? También él necesita de un alto. No importa si será el más hermoso o el más bueno como sitio de detención por mucho tiempo o quizá todo el tiempo. El camino ya es largo y accidentado. Luego, tal vez morir. . . pero antes haber quedado esculpido un instante en el tiempo y en el espacio. Quizá una ilusión esa parada, breve como un punto frente a la permanencia de la eternidad. ¡Pero valga la ilusión! Cada paso, de otro modo, es achicar el tiempo propio. O tal vez, el tiempo olvidarlo; en lugar de quedar mirando como se despliega y como se consuma. Y por esa ignorancia, el propio, creerlo más extendido. Es vivir, aun en lo fatídico de la existencia, mucho más.

El amor de toda clase, para una correspondencia con el suyo vacante, tiene que salirlo a buscar con urgencia. Hay para cualquiera. Hasta a buen precio. Pero no con la filosofía y ni siquiera con Dios. No, las otras formas. . . siempre con algo de pecado. Ese envoltorio de pecado para sacar lentamente u otras veces envolverse en él hasta la garganta.

El amor trabaja a cara descubierta o disfrazado. Esos constructores de palacios que manifestaban en la plaza de esta tarde, clamaban contra los capitalistas, pero tal vez era amor en un gran trastorno de los varios amores. Gana oculta de convivir mejor entre las dos partes en conflicto, pobres y muy ricos. O por lo menos, de no dejarse del todo. Quién sabe, en el fondo, despecho de enamorados. ¿No dijo, el tercero en la plataforma, que los enemigos deben ser degollados? Pero, ¿quién está parado en la misma idea, en el mismo amor y en el mismo odio? Programáticamente, tal vez. . . pero de manera coherente a todas horas, nadie. La misma Carletti, aun con esa lengüita de áspid, le habrá juntado sus cosas. Y no será definitorio el papel de diario utilizado, que es su estilo con los pensionistas desertores: bultos de apariencia escuálida. Será el verlos, si estarán ya enderezados hacia la salida faltándoles sólo el puntapié que los eche, apilados sin amor. Privados de esa áura que adquieren por reflejo

toda persona o todo objeto cuando los ama, con un saldito de amor, alguien que les está cerca o el fluido está en el aire. Una belleza, que en el espejo que tiene delante en este cuartito de hotelucho ajeno totalmente a ese fluido bienhechor, no encuentra por nada difundida en su semblante.

El día después, dirigido a pie a la oficina, se siente físicamente liviano. El ómnibus lo ha dejado a alguna cuadra y al caminar hacia allá, el viento, otra vez activo, es como si a cada paso suyo estuviese por levantarlo. En su interior, además, es hombre nuevo. Pues, ¿qué le interesan ahora el profesor y sus predicciones? Carletti ni siquiera aludió a los hechos del huerto. Y en todo caso el **modus operandi** con ese violento, está acordado: si se encuentran por casualidad, ni se mirarán. Llamarse o citarse ¡jamás! Pacto cómodo, casi un regalo para él, teniendo en cuenta lo que hubiera podido el otro adjudicarse por tener esa fuerza de buey como título exclusivo. Y el mal privilegio, de una agresividad sin el contrapeso del buen sentido. Victoria suya, pues, que debe a su energía moral. Como cuando dejó a esos cónyuges mudos, al decirles que era de su resorte tener o no cosas para hacer según su criterio, su valuación y sus ganas. O sea tomó el toro por las astas. Fue un lindo corte definitivo.

Las mismas tijeras que tendrá que emplear en la oficina. ¡Aleluya!

También es tiempo que le sonrían, no sólo del lado externo sino también dentro de sí, y con mucha mayor frecuencia. . . los días, las horas y los minutos. O sea, tener la resolución y el coraje, no como hazaña y sí como muy natural, de mantener la felicidad mejor atada a sí mismo. A cadena, en sus estados depresivos. A fin de lograr un destino superior al de una pacífica ovejita.

Ya está viendo los lugares conocidos. Y uno, le sale al encuentro echándole una seca pregunta en la cara.

"Si ha estado siempre tan envuelto o revuelto, ¿cómo no lo han metido preso todavía? A otros, la Policía, casi en todo el mundo, les aplica la picana y. . ." —y el desfachatado, poniendo cara de agente en ropa de paisano, quedó en vano a la espera de su respuesta.

En los últimos metros antes de la aparición imprevista del tipo, le había parecido que un ojo lo observaba desde atrás, sin que a su vez pudiese verlo a menos de darse vuelta. Le sucede en los vehículos públicos cuando alguien, desde las hileras de asientos detrás de la suya se entretiene en mirarle la nuca. Esa insistencia le provoca un fastidio que lo obliga a girarse y tan de golpe, que sorprende al impertinente en plena acción.

"De pensar es libre, Ud. bien lo sabe" —reanuda el desconocido— "Para mí posee esa facultad. Pero como Ud. la maneja, alguien, no yo, podría denunciarlo por alteración del orden vial, tratando de encuadrarlo en una contravención. O sea, el policía que forma parte de una autoridad pública respetuosa, ése no. Sí, el que se empeña en la búsqueda de pelos por querer interpretar la ley a su propio gusto. ¡Y qué decir de las deducciones de ciertos jueces!

Un elástico con el juego deseado, como para incluir a unos y excluir a los amigos y favoritos"

Él, ya no es el de la noche pasada confiado en parte en el porvenir y a la vez con la mente muy confusa. Por lo que ahora exige.

"Demuestre que es autoridad"

"Estoy fuera de servicio" –contestó el otro muy sorprendido y dándolo a entender.

"Siendo así respete la privacía ajena"

"¿Niega haber sido de los principales en el mitín de ayer a la tarde? Un acto para sondear hasta el fondo, pues la democracia tiene armas legales para defenderse en ciertos casos extremos"

"Si espera que le conteste, pierde su tiempo. Lléveme a la seccional. Conmigo, de ahora en adelante se acabó"

Sabe muy bien a quien dirige ese dardo, que le ha salido solo. Al Estado (o la trampa Estado; por lo que significa en cierto momento para el individuo caer en las redes del poder). No es ácrata, pero el Estado que él quisiera tiene un escollo insuperable en el Estado que pretenden los demás y las leyes fundacionales que se sancionan en nombre de una mayoría numérica.

"Creo que no quiere ayudarme. Estoy francamente contrariado. Pero ¿es ganancia para Ud.?"

"Lo que debe lamentar por solidaridad, es el tiempo que está haciéndome perder, si obra por simple fuerza de la costumbre, al estar fuera de servicio"

"Diría que me provoca neciamente. No me lo esperaba de Ud."

En respuesta, él se encogió de hombros.

"Si se crea esa tendencia respecto de un funcionario en día de descanso, puede desobedecer en un momento crucial para el orden público. En tal caso acabaría preso sin tenerse en cuenta determinados tecnicismos, en la medida aplicada"

El tipo hizo sonar sus tacones al cuadrarse en posición de firme, saludó en forma reglamentaria y se marchó.

Justo en ese momento, se le iluminó la cabeza. Lo conoce. Es el policía que intervino en el asunto del mercado, cuando él simuló ante los vendedores ser inspector municipal.

Y tuvo la confirmación, pues desde cierta distancia, deteniéndose y haciendo bocina con las manos, adivinando sus reflexiones le gritó:

"Sí, señor, soy el mismo. Pero ahora ascendido a cabo"

Quisiera correrlo, tomarlo de una manga e irse con él a la seccional más próxima para aclarar todo y los sondeos del sujeto, bastante extraños a esta altura de las cosas. ¿O quieren prohibirle que se haga comunista según la línea de Mao?

Está lejos el fulano, pero ahora duda de si es el que reconoció con casi absoluta seguridad. Quizá una jugada de sus nervios. Porque al dar los pasos, por lo menos visto desde atrás no dice nada. Podría ser un bufón, o un tinte-

rillo de la administración pública y no miembro de las fuerzas de seguridad.

Y como a esa distancia lo divisa haciendo reverencias galantes a una mujer consistente en una grandota entrada en años y con aire de tonta sin remedio, espera que ella llegue y cuando la tiene casi encima se resuelve a abordarla. "Disculpe, señora o señorita. . . el que la molestó ¿es un policía dado de baja por excesos en el trato a detenidos?"

La mujer lo miró muy mal, diciéndole:
"No haga de don Juan matutino"

¿Qué le queda, sujetarla e insistir en la pregunta? No en este día. Ha ido ya bastante lejos en todo, por lo que es mejor echar la curiosidad en la bolsa. Lo importante es haberse hallado la exaltación de quien ya no le teme a nada. De este paso evadirá muy pronto de la mera defensa, en sus problemas, para pasar a la ofensiva abierta y frente a quienquiera. La diferencia consiste en que estas vacilaciones y estos primeros tornos y vueltas de caballo fogoso, César Borgia los habrá vivido a los doce, mientras él está todavía friéndose las nalgas a los treinta y cinco cumplidos. El suyo le resulta el caso del que se gradúa en una profesión, ya vejete y a menudo encuentra en esa sabiduría de última hora más una carga que un beneficio, a falta de clientes a quien distribuirla a precios sin competencia. Él tiene la clientela y son sus ex colegas; su caso pues es algo diferente. Además ya no es un hombrecito ni una cosita. Y el agua bajo los puentes corre ahora también para sus oídos y para alegrarlos y no como en su pasado ingrato en que era tan solo para enriquecer las tierras de cultivo de fuerzas contra la sequía.

Igual progreso respecto del dolor físico. Al pensar en el más lancinante, así como en la plaza los oídos le servían para no abrir ese sentido en su plenitud a las pamplinas de los sindicalistas, y sí dar paso a las formas sonoras aunque esquivando el significado conceptual de lo que le llegaba, le será posible el dolor sustituirlo con un placer vivaz, si bien de otra especie como tal. ¿O no está el ejemplo del faquir? Pues en realidad nada hay en el mundo que no enseñe algo. Sólo hay que salir a aprender y en el momento justo.

Pasitos todos, que dará despacio. Su bandera de combate ya está al tope, sin que sea indispensable que todos la vean flamear. Andriolli definitivamente es otro. A cualquier precio seguirá siendo ese otro. Pues al haberle perdido miedo al dolor, por lo menos en buen porcentaje, uno es más dueño del Todo.

CAPITULO XVII

Más que entrar, quiso irrumpir. Luego, pareciéndole también bueno para amedrentar, dio un fuerte golpe a la puerta detrás de sí y avanzó con ímpetu. Mira a la empleada que lo precede en la dirección hacia su pieza y con ese descaro, pues al mismo tiempo ella lee balanceándose e impidiéndole adelantársele y al rozarla involuntariamente, se le vuelve como una fiera, como si no lo hubiese oído tratando de abrirse camino con su andar enérgico. En respuesta, le arrebata ese diario a hora impropia y le clava una ojeada entre las peores de que sabe disponer, ante lo cual, ella, asustada, se aparta reducida a una cosa pequeñita, como si la hubiese cogido un frío repentino o temiese una agresión. Él sólo adquiere mayor empuje dentro de sí y al asomar repetidamente la cabeza en la A y la B, ve como reina en ambas el orden ideal. Y por los libros y la cantidad de papelería que los empleados consultan nerviosamente y la manera como buscan datos, además de los dedos que uno se metió en la cabellera, revuelta en ese tipo siempre bien peinado, está a la vista que la 'diferencia' no se aclara y grava sobre tantas mentes.

Parece cosa para reírse, pero ¿no acontece en todas las condiciones sociales? En cierto momento, hasta un gran hombre ¿acaso no tiene la personalidad suya en jaque o totalmente anulada por el pequeño objeto que se le ha caído y trata de encontrar tirándose en el piso y con la cabeza que introduce debajo de un mueble como cuando en los tiempos de escolar recogía las bolitas desperdigadas?

Goza. Están todos bajo la tortura específica que les ha buscado: nada en efecto puede afectarlos más por sentarles a la perfección como martirio, que esa noción de incapacidad propia y de conjunto, para resolver ese supuesto exceso en el Debe, o sea en las partidas de cargo. A los de la A, en especial, los golpea en su puntillo de viejos empleados.

Y para retardar la solución del acertijo; tanto más que no les ha proporcionado indicaciones precisas y los ha colocado en posición de examinandos a quienes se les ha pedido vérselas con una incógnita,con sus solas fuerzas; ha escondido en un biblioratto correspondiente al ejercicio fenecido tres años antes, elementos contables de los que ellos necesitan para salir del atolladero. Lo gracioso es que la jugada recaerá sobre Carovino, por haber sido quien recientemente revolvió media oficina provocando un desorden que aún no se ha logrado superar.

Para que sientan el agua llegarles a la garganta, al retirar la cabeza de una

de esas ojeadas de refilón, breves pero bien recelosas, farfulló, pero en tono suficiente para ser oído en ambas habitaciones:
"Si para la última hora de hoy no tenemos luz plena, propondré a la Firma una ayuda externa. ¿Quién nos asegura que el mal no es más extenso?"

Una salida suya muy oportuna.
"Faltan elementos" –murmuró alguien desde la A, ocultándose al decirlo.

No reconoce la voz, pero la frase le sirve de estribo para afirmarse y dar más fuerte el rebencazo.
"Temo que desde años funcione un sabotaje, quizá por razones ideológicas"

Una insinuación que tiene la virtud de mortificarlos aún más, de reducirlos a la apariencia de una manada de culpables. Siempre lobos y por tanto manada y no rebaño como preferiría. Listos para echársele encima si baja la guardia.

La 'diferencia' pues, la mantiene a su lado, como un perro guardián. Si algo teme aún; tras tantos progresos en los últimos días ya que no tiene más miedos inútiles consigo; es la normalidad que rige esta mañana, como si el haber faltado todo el día de ayer no hubiese levantado ninguna ola. Lo sorprendente es que también en este momento que está por empujar la puerta de su pieza, y la ocasión propicia para indagar se les está escapando de las manos, por más que él se demore ante la hoja las preguntas no llegan.

En suma, si la anormalidad en general, al afrontarla causa molestia, la exagerada normalidad obliga con desazón a pensar en que algo incumbe sobre la propia persona. Pues es duro, tras su rabona por tantas horas, tener que pasar bajo el examen punzante, que sin embargo aquí no se ha visto, de gran número de miradas. Por suerte ha paseado una cara de lata que jamás hubiera soñado poder mostrar a nadie, en su vida. Ganas tendría de ser uno de éstos y desde el asiento, echando a un lado el libro o papel en examen, escudriñar a este Andriolli tan mudado y pedirle si ser ascendido significa adquirir el derecho del propietario cuando de sus locales puede hacer salones de baile.

Por un rato más, entra y no entra, así como está a la espera que ellos se resuelvan, consciente que sabrá librarse del peso de esas preguntas que corresponde formalmente que le dirijan; peso que pronto será de una tonelada porque al no producirse el interrogatorio, se incrementa de continuo. Pero quizá por qué motivo, seguramente no favorable, se han prefijado mantener las bocas cerradas, por lo que, no aguantando más la situación y menos ese modo suyo de estar como clavado ahí, empuja, cruza el umbral de la pieza, cierra. Pero no estrépito, pues esta vez se siente al descubierto como un cheque sin fondos.

En el escritorio divisa un nuevo montón de papeles y papeluchos, traídos recientemente, donde han puesto a lucirse un cartelito en el que se lee '28 del mes', con las mencionadas palabras en letra de imprenta y el número, recortado de un calendario. El que ha querido de ese modo ocultar su identidad, le está recordando que falta un día para el envío mensual a la sede social, según una

inveterada costumbre, de la lista de las obligaciones de próximo vencimiento, para que allá arriba puedan negociar con los acreedores las renovaciones o disponer en tiempo los movimientos de fondos para el pago en término.

Se desploma en la curul de muy mala gana; toma la pluma y si bien al comienzo mira con cuidado antes de colocar su firma o inicialar, llegado a la centésima puesta ya ha decaído el sentido de responsabilidad y él se reduce a meter su nombre, entero o en las dos letras, donde le indica la inevitable crucecita en lápiz; pero cada vez menos parecidos, sin intención de su parte, esos caracteres a los de su escritura habitual.

A operación concluida, se encuentra con mucha rabia encima: contra de sí mismo, por no saber ya firmar o inicialar, no siendo apurado y mal; contra ese requisisito, por mirar a una prueba de cargo reservada contra él, ya que desde la septuagésima o por ahí, cuanto ha quedado en las hojas es la trascendencia de actos automáticos o ejecutados en estado casi de beodez; por tanto una caricatura de su firma razonada, pues la entera, más que el mero inicialado, lo echa al agua.

Pulsa el botón de los timbrazos más fuertes, pero no el rojo para llamadas de emergencia, que ensayó el otro día. Insiste sin pausa, con el dedo pegado en el sitio. Está empleando su energía punitiva, pero ponderada en forma; como si este aparato o mecanismo, no acierta con la palabra, tuviera la culpa de su malestar por tanto automatismo en el firmar. O sea como cuando, con plena noción de las relaciones recíprocas y de la neta diferencia entre personas y objetos, castiga con un par de patadas la pared rústica donde, al rozarla inadvertidamente con la mano, se ha lesionado.

La muchacha se asomó y ante una orden suya recogió en una brazada los papeles traídos en su ausencia, no los puestos allí con anterioridad, y salió. A él le parece, y pensando en ello ya no duda, que en esa cara de mona ha pasado una sonrisa cargada de malicia, si bien con los libros se ha cuidado de no expresar sentimientos. Sonrisa pues, si la hubo, distinta de la que es habitual en ella. Casi una ligera ola, que le ha recorrido el semblante y a la vez los ojos, que son los que más la han vendido. Claro que pudo haber sido una mueca casi invisible o una contracción mínima por un escozor fugaz en las comisuras de la boca. Reflexiona y estima un cincuenta por ciento para la tesis del simple prurito en lugar del acto rebelde incipiente, que no excluye. Pero debe admitir que en el otro cincuenta, todo cabe.

Lo que determinó con certeza absoluta o casi, fue un movimiento antes de enfrentar ella la hoja de la puerta, al retirarse con ese estorbo de papeles que quizá le pincharían el mentón. Un sobresalto mínimo en esas espaldas o una especie de temblor por un sentido de triunfo; según lo que, por lo menos para su experiencia, debiera significar un detalle tan igual a un abrir y cerrar de ojos, pero con algo provocatorio. Y por el estilo, al dar el último paso en la pieza y luego el primero fuera de ella y desaparecer muy rauda; todo además con una ondulación corpórea que le recuerda las banderas al

término de esas pértigas, en las ferias internacionales, las que aun renegando allá arriba con las ráfagas de un viento incesante, a la vez exhiben un alma propia y una alegría desbordante.

En efecto, la muchacha flameó. ¿Con qué sentimientos respecto de él? ¿Y si sólo fue corregir una descompensación por esa carga de papeles? También pudo haber sido una instintiva provocación sexual, lo que ya sería halagüeño para él.

Mientras tanto, sigue en su propio pasivo el haber suscrito ese montón de papelería, tras la atención concienzuda con las primeras firmas, prácticamente a ojo cerrado como por una irresponsabilidad repentina, alentada por cierto enojo vengativo. . . ¡quién sabe contra si mismo! O contra su hábito de responsabilidad. De él, que siempre predicó, con la mente puesta en ministros, secretarios de Estado y gruesos funcionarios. . . en contra de la firma como en un barbecho: 'No; Andriolli sería incapaz sin leer atentamente el texto a subscribir'. Así como gritó siempre contra la hipocresía del presidente de un simposio o de una república o del asno con alguna representación, que pronuncian discursos acerca de cuestiones académicas o muy técnicas, que ignoran por completo. Y que hasta leen mal lo preparado por algún topo de biblioteca, que a esas horas sigue delante de un escritorio lleno de libros consultados, sorbiendo el café, de una tacita. ¡A fin de que los aprovechados de siempre, se luzcan con un discurso lleno de citas! ¿Y los analfabetos que publican sus memorias? Y en las recensiones, a veces bien pagas, ¿hasta merecen elogios por los valores estilísticos? Mientras el que al escribir bajo un yo ajeno ha injertado su propia biografía, bebe a las calladas una dietética valiéndose de una pajita, inadvertido por los demás parroquianos. Por suerte, por lo menos a su entender, el asno se conserva asno, a pesar de los adornos con que se lo pasee. Nada cambia porque la mayoría de los sufragantes hayan querido a un burro de Presidente. O si por un rebote de la bola, un pobre diablo llega a ministro. Sigue siendo pobre diablo.

Pero hete que él también, con sus firmas a la ligera, ha empezado a rodar por igual pendiente. Por fortuna, al revés de un presidente de algo, no tendrá que recibir aplausos y agradecerlos con una inclinación de cabeza. Si todo sale bien, no habrá respuesta. El mismo silencio sepulcral de este momento.

Comprobaciones semejantes le cuecen las neuronas y le revuelven el alma. Pero lo acontecido es inmodificable: firmas alocadas, una tras otra. El camino del jefe ordinario, falto de imaginación.

Se sentó enfadado en la curul, quedando en ella como un buey tristón sobre las asentaderas. ¿No habrá firmado su sentencia, o aprobado cifras comprometedoras? Su irresponsabilidad, digna de un Primer Ministro, lo deprime. Su mamá le pasa por la mente, después las mujeres en general, con sus variadas sonrisas. . . Todas juntas, constituyen el espejismo urdido por la Naturaleza para que uno no acabe en el suicidio.

Salió al balcón, se asomó por la baranda, sacó por encima de ella medio

cuerpo y ¿qué faltaba? Un salto y de una buena vez... todo acabado para siempre. Es cierto, el mundo seguiría divirtiéndose, sin preocuparse de su estulto fin. Y Andriolli, ya que está vivo aún... ¿se divirtió de una manera total siquiera una vez? Porque haberse introducido con un pie y tímidamente, en la alegría ajena, no es alegría plena. Reflexionando... aun cuando tuvo en pocas ocasiones la impresión de sentirla ilimitadamente, de regla fue más bien una ilusión de estar disfrutando, ¡nada más! ¿Qué ha sabido con seguridad acerca de la dicha? Y hasta le queda una pregunta todavía más definitiva... ¿tiene cabida real en el ente Andriolli? Sí, le pertenece cuando se ve junto con otros que aplaude las mismas zonceras o se complace con ellos de las bufonadas de un clown cualquiera. Pero durante días está muy solo, como un pez...

Oye chillar el teléfono de su escritorio. Reconoce en seguida la voz: el profesor, el endemoniado.

"Felicitaciones, en este momento ha de estar haciendo el mal benéfico de un dictador. Lo envidio"

Es la linda salida de ese extravagante.

Librado por fin de su propia vocecita para la ocasión, se echó de la mejor manera en la curul, en lugar de sentarse normalmente. Ya no entiende más nada. Cuando estaba por acabar con Andriolli, un importuno lo trata de vencedor. ¿Quién ve la verdad misma? ¿Cómo saber quién la posee a determinada hora? Pues si estuviera escrito en lugar confiable que en este minuto la tiene el lustrabotas de la esquina, iría sin respiro a pedírsela. Y si le revelara esta supuesta misión de dictador, la asumiría como una cruz para cargar. Aun tratando que quedase como una dictadura casera; por tener tan pocos destinatarios, recogidos entre las paredes de esta modesta oficina.

Planta sin más, otros pensamientos en perspectiva: a las once en punto tiene una entrevista rápida, en procura de solucionar un problema muy personal. Un encuentro con un martillero sin matrícula, que debe obtenerle una pieza en arrendamiento, donde vivir.

Al volver de esa cita, su rabia, impotente con ese camorrista, está preparada para volcarse sobre Carovino o quien tuviese la mala inspiración de acercársele desafiantemente, o no fuese respetuoso en el tono de voz. Pero aunque lo reciban como ovejas, la demostración de fuerza la necesita. Y con las cosquillas que tiene en los dedos llegará, de ser necesario, hasta a actos de violencia física.

Por de pronto actúa sobre los pocos muebles en el corredor, en el tramo hasta su pieza. Avanza además despacio y con el sombrero calado hasta los ojos; y no pendiente de su mano, en una leve oscilación, según su costumbre una vez en la oficina. Los muebles que encuentra a su paso, en efecto, uno tras otro los desplaza con el pie; contraviniendo, como señal de autoridad dictatorial, las exigencias del buen gusto en la distribución que cada uno tiene asignada y que él siempre acató y ha seguido acatando hasta este momento.

Tanto más arbitraria esta actitud, según lo siente y de ello se complace, por significar, esas alteraciones en la ubicación y efectuadas a ciegas, prescindir de lo que aconseja el empleo a que esos muebles se destinan.

A una que otra mirada de reproche, responde con su ceño, que mantiene firme. Pues piensa: 'os encajo en un cuadro surrealista, a fin de que a mi llegada diaria sepáis que hay un rey para obedecer. Aquí dentro, en adelante, todo, inclusive el arte, lo dicta Su Majestad. Arte oficial'.

De entrada, esto marcha. Pero al poner sus manos en el perchero; donde Carovino cuelga el sobretodo en los días fríos y el impermeable cuando llueve o el pronóstico anticipa precipitaciones; y desde donde retira, alguna mañana, no siempre, ese guardapolvo de enfermero para resguardo de ciertos trajes suyos, no todos, por lo que quiere el mueble visible desde la puerta de la A, pues, según repite, sus hermosas prendas le reportan satisfacciones de propietario legítimo; el empleado se le acercó, con los aprestos de un felino a punto de lanzarse sobre la presa. Pero de pronto se para y declara públicamente, según la manifiesta intención de emplear la prosopopeya:
"He dicho a todo el mundo que la cobarde agresión de que fui objeto, merecía una lección impartida en el justo momento en que éste estuviese en pleno acceso morboso. Ahora lo está. Asistirán pues y gratis, al espectáculo que ofreceré en dos tiempos, pues serán dos cazotes: uno en la mejilla que mira, desde donde la vemos ahora, a occidente, y otro en la mejilla vuelta, a raíz de ello, por la propia fuerza de los puntos cardinales en su interdependencia, a oriente. Así no hago una diferencia injusta, entre dos puntos contrapuestos del horizonte"

Y sin más, se armó un puño pequeño, por no darle más la mano; y con la izquierda, en una manipulación que holgaba, hizo como si ella lo cerrara con más fuerza.
"Los demás han bajado sus armas y tienen las manos en la cabeza, como el que se rinde. Yo, en cambio, primero te humillo un rato y de distintas maneras; y a renglón seguido paso a los dos cazotes. Hoy definimos el presente, el futuro y cualquier otra alternativa que hubiese fuera del presente y del porvenir. Estoy en forma. Hoy, señores, esta arañita vuelve a la fisura en la pared"

Varios, concurriendo de prisa, procuran evitar el choque. Carovino insiste, esta vez en un decir teatralmente muy quedo:
"Espía que haces reír la Policía y las Policías del orbe. No quisieron siquiera recibir la denuncia; ni en la seccional, ni en tribunales. Se han reído, de los jefes para abajo. Una risa de la que han de estar arrepentidos, por lo menos los de la Policía, por no tener ella entrenamiento ni para reírse ni hacer reír. . ."

Él lo escucha sin replicar, porque su respuesta no será verbal. Ya se lució con éste la otra vez y su puño obrará por sí solo. Lo único que corresponde, es lanzarlo en el momento preciso. Que la cabeza intervenga poco o nada, si bien le está hirviendo. Y su cara esté lista para recibir un golpe, si habrá tal golpe. La sensación dolorosa empieza y termina; después él será rey para

siempre.
"Oficialmente hágote saber, en presencia de todos estos señores. . . que dentro de instantes, con mi derecha en tu mejilla y de lleno, y la izquierda en igual acción respecto de tu otra mejilla por un equilibrio entre los dos puntos cardinales que prefiero y privilegio, ya que no hay ninguna otra razón. . . tendrás dos suficientes golpazos. Los recibirás sensatamente, luego irás a la pieza que detentas por un simple **qui pro quo**, recogerás tus pocas pertenencias, como hace un ministro renunciante, y volverás a tu pueblito. Cuando vengas de nuevo, ya desintoxicado de grandezas, se entiende. . . será una alegría colectiva verte más gordito y de mejor tez. En ese buen estado físico y moral, –lo intelectual tiene poco remedio. . .– saludarás al nuevo jefe quien será una persona de bien. Formales cazotes; no por maldad. Para un pequeño golpe de Estado, a fin de que en lugar de un ritmo de bicicleta antigua, tengamos aquí dentro una nueva oficina a la velocidad de un tren que corre a doscientos kilómetros por ho. . ."

El final de 'hora' se lo cortó en las cuerdas vocales o ya más arriba, un puñetazo andriolesco, por haber sido la mano de él la que se lo aplicó debajo del mentón. Aun así, esa joya se mantuvo de pie, aunque vacilante; allí intentó una mueca distinta a la de dolor que estuvo campeando en esa cara en primer lugar, cerró la manita, la alzó en forma estudiada y lentamente, y a punto de descargar ese producto en un contragolpe, gritó:
"Ahora es mi turno. Te mostraré la diferencia entre un señor y tú, que tienes madre sin merecerlo"

Y alisándose ese puño listo, con la izquierda, busca en forma ostensible el momento para plantárselo en la cara pero con la máxima calma aparente.

Los empleados, como perros azuzados, se han abierto en abanico alrededor de ambos. Carovino aprecia esa adulación colectiva, toda para él. Están en efecto de su parte sin excepción. Y se entretiene explicando con garbo cómo le han enseñado a meter la derecha u optar por un **uppercut**.

Él en cambio siente un gusto nuevo en su mano culpable y por todo el cuerpo se le extiende una gana loca de propinarle al rival una gran zurra. No hay dos sin tres y saldrá vencedor por la misma razón. Una, la otra vez; otra, ahora, y la tercera dentro de unos instantes. Sin perder más tiempo y para no dejarse escapar el vaticinio promisorio de ese dicho en este caso, lo tomó de la solapa y halló cómo menearlo en la forma que hacía el viento con los tamarindos, tras la lluvia y la desbandada, en la plaza.

El empleado procura librarse, pero bien tomado como lo tiene, tan solo baila como un trompo. No conforme él con la simple sacudida, aun violenta como es, apoya firmemente las piernas en el suelo para disponer de más fuerza y se tira sobre el adversario, haciéndolo caer al piso. Y sin dar tregua, empieza a tamborilear con sus puños y mucha gana, sobre ese cuerpo indefenso; inclusive con golpes prohibidos en un cuadrilátero. Tiene la mente clara y escoge los lugares donde pegar, tras el alboroto de ideas inicial. Esta presa

paga por ella y por las groserías del martillero de esta mañana. La teoría del abogadito de la pensión, acerca de la 'justicia-hambre', en esta clara aplicación. Carovino trata por fin de sustraerse al tronco de árbol que tiene encima: una sequoia a peso muerto. Pero al dar, en un mal movimiento, la frente contra el parqué, queda medio desvanecido.

Él, como quien se da cuenta de repente de poseer un don innato para la música pero comprende que su instrumento todavía es de la época del virginal o la espineta, sonrió entre tanta cara seria, calmándose y dando por concluida la tarea. Luego, al ver que la puerta del apartamento está cerrada con llave, prudente iniciativa de alguien tal vez en los momentos más críticos de los recién vividos, se volvió a los presentes:

"Señores, ¿queda alguien que desee medirse conmigo, en cumplimiento de algún pacto con éste que está tirado en el suelo? Acompáñenlo a su asiento y aquí nadie crea que haya pasado algo importante. Al contrario, olvidando este transpié de mi subordinado, termine el recalentamiento general. Hago votos para que así sea"

Los empleados lo ojearon sin expresarse.

"Si alguien les preguntara dónde ha ido a parar el ridículo Andriolli de otros tiempos y quién sabe otras latitudes, no de seguro para la actualidad, digan que era un tapado. Pero contar a extraños lo que acaba de suceder, no es ganancia para nadie. Mutis entonces; gracias a quienes lo han socorrido; pronta recuperación del amigo en mal trance; y todos a continuar con la 'diferencia'. El plazo me lo han extendido hasta las tres de la tarde de mañana"

Todos se encaminaron a sus asientos, en la A o en la B, y los pocos restantes a los lugares de fortuna que tienen adjudicados.

"Hasta pienso" —dijo a alguien todavía al alcance de su voz— "que los elementos que parecen faltarles, pueden estar en algún bibliorato, por transpapelados. En el archivo pongan todo pata para arriba, pero apresuren el trabajo. Estoy invitando a buscar, no confirmando; y menos ordenando en lo que respecta a una pesquisa a fondo. Y quedamos de acuerdo yo y todos ustedes. . . en adelante aquí dentro gente pacífica"

Nadie se detuvo para oír algo más. Los umbrales de la A y de la B y el pasillo han quedado desiertos.

Pero dentro de poco tendrán que apodarlo adivino, pues descuenta que la ayuda principal la recibirán del bibliorato. Otro triunfo para estar mejor afirmado en la curul.

Tras una inspección final, en la que comprobó que todos estaban absorbidos por sus tareas y no vio para nada al golpeado; al ingresar por fin en su pieza (la primera ocasión desde su nueva llegada), antes abriendo la puerta con decisión y en seguida cerrándola de nuevo con un portazo admonitorio aunque no provocativo, dejó sobresalir sus espaldas amplias y extendidas, para quien estuviera valuándolo para un ring.

Ese retumbo de la hoja, que en relación con la fuerza empleada por él se ha morigerado solo, significa, para volver a un mundo extraño que no se ve pero demuestra existir o no puede negarse a priori, que lo que lo circunda en el orden material estaría inclinándose a su favor. Así como antes, su mente se lo hacía ver comprometido en su disfavor: o sea no neutral sino invariablemente adverso, opresor, enemigo declarado.

De cualquier modo, sentirse montado en un hipogrifo depende de la propia resolución, si el hipogrifo no existe, de lograr la concreción en formas similares, de las más audaces fantasías.

Levantó los ojos sin continuar hacia la curul: algo los ha incomodado. En efecto, sentado en ella, hacia donde mira por primera vez desde que ha entrado en la pieza, y ahí que se ríe, lo ve al profesor de cuerpo presente, y no el espíritu de un asesinado o muerto para tranquilidad del prójimo.

" ¡Bravo dictadorcito, bravo! La cosa le ha resultado muy fácil, con esas manos suyas, enderezadas a pasos rápidos al mando, por dictado de la Naturaleza. ¡Felicitaciones, Andriolli!" –y el maldito queda mirándolo fijamente, para agregar con rígida formalidad:– "Así es la Historia y así gira la rueda de la Fortuna. He visto a tiempo lo sustancial y lo mágico lo adivino"

"No sé; pero tendría que dejarme desenvolver solo. En adelante veámonos fuera de aquí. No me agrada que un extraño. . ."

" ¡Desvergonzado! Ayer perdí media hora en esta ominosa silla, para cubrir su misteriosa desaparición. Lina no es omnipotente, por tanto no provoque a Dios"

Él se sintió vencer por esas últimas palabras, casi sensatas. ¿O es por disposición suya a abatirse, tras un tiempo de euforia? Y sin más fuerzas, dejando caer a lo largo de sus brazos sueltos, las pocas que le quedaban de la gran exhibición y como si gotearan desde sus dedos. . . quedó reflexionando, con la cabeza gacha. Implacable contra sí mismo, al exigirse respuestas sin demora que es incapaz de proporcionarse; al cubrirse de insultos de todo color; al entregarse sin resistencia a lo que comprende merecer: justicia sumaria.

"Pero Lina. . . ¿quién es?" –preguntó de pronto el profesor.

Levantó la cabeza, casi hundida hacia abajo. Pues el motivo de derrumbarse tan de repente, se ha debido a la idea improvisa, que detrás de Lina estuviese el profesor, que, por el contrario, ignora quién sea. Lina es su apoyo presunto, según expuso el director de personal al hablar de un misterioso soporte no revelado, al que se debería su ascenso a jefe.

Reanimado por reingresar dicha Lina en lo no descifrado pero que existe, excluible pues como patraña; no dura en esa sensación de alivio pues de ser ella verdadera es raro que nadie conozca su identidad. O sea, bien puede suceder que se reduzca a un biombo, en el plano de un ente ficticio detrás del cual se esconden quizá hombres en traje de moda y camisas de seda, con el curioso antojo respecto de él. Por lo que para calmarse, rompe el fuego con la primera pregunta que se le viene a la cabeza, dejando la del profesor a la deriva sin

contestarla.
"No hable de provocar a Dios si es ateo. En cambio cuénteme, ya que no concurrí ayer por un malestar estomacal que me tuvo postrado todo el día, qué pasó mientras tan gentilmente me reemplazaba" –le dijo; a la vez que aprovechando que el usurpador ha dejado libre la curul, va a sentarse en ella.
"Señor Andriolli, si Nerón murió hace dos mil años, pues es un hecho histórico certificado ¿qué nos importa la peligrosidad que lo caracterizaba? Pues bien, del mismo modo y para nuestra tranquilidad, la omnipotencia y omnipresencia y demás omni de Dios, son de otros tiempos, ¡señor!"

Y tras esas frases, explicó que el director de personal informado por él, de que Andriolli no podía contestar el teléfono por haber salido tras ciertos menesteres oficiales, le había solicitado que le dijese al ausente, que la señora Lina no era un padrenuestro a la mano, para hacer impune mil y una barbaridades.

Como insiste en los comentarios acerca de esa prevención y empieza a canturrear '¡bravo dictador, bravo!', lo interrumpe preguntándole:
"Disculpe, ninguno de nosotros dos cree en la fábula del dictador. Hace unos minutos, por contagiarme la moda de estos días, a puñetazos, yo. . . Durará hasta que uno más fornido me dé una tunda. La mía es una erupción pasajera de fuerza bruta, en la que fui más espectador que actor. ¿No se pregunta delante del espejo, de quién es la cara que se ve, en lugar de la de Ud., cuando acaba de cometer un disparate?'.
"Esquizofrenia" –comentó el profesor riendo– "Los golpes, aunque los reciba un pobre diablo, si se adecua a mi programa recaerán indirectamente sobre este sistema capitalista que como una hidra nos ahoga. Son para el riñón y los testículos capitalistas. De lo contrario Ud. habría castigado a un hombre que come y maneja para sí, una porción inasible del producto neto mundial. Deben regirnos las estadísticas, no las pasiones. ¿Qué posee ese desgraciado, de esta masa de cemento, hierro y acero que es la ciudad moderna? ¿Qué, nosotros dos, al llegar en tren desde afuera y ver por la ventanilla tanto despliegue? ¡Ni un ladrillo! Dictador, sí, pero para cortar los hilos de alimentación para los poderosos. Golpearnos en familia, a falta de un plan, es dividirnos. Y de ese paso, el Minotauro lo tendremos años más de los previsibles. ¡Es infame!"

El quedó de piedra; luego preguntó:
"¿Se ha pasado con todo, al bando contrario?"
"Sigo con Ud., pero no cuando olvida la prioridad absoluta del Partido. El mío, que es el suyo, aunque no lo sepa. Su subconsciente está con nosotros; eso es lo que me hace porfiar y esperar confiado"

Por su parte, ahora que se ha encontrado con un golpe en sus manos capaz de enderezar las piernas a más de uno, no quiere pactos humillantes con nadie.
"¿Pretende que era mi deber ponerle a Carovino primero una mejilla y des-

pués la otra? ¡Por mal que le caiga al santoral, estoy con la violencia cuando es la única salida! Al género humano lo he encontrado siempre flanqueándome pero para tenerme la cabeza hacia abajo"
"Déjeme reír a carcajadas. ¿No le entraron todavía en la mollera ni las ideas más simples? ¿Que es hombre y por ende un átomo social, como cinco mil millones de habitantes sobre la faz de la Tierra? Atomo y no una bola de mesa de juego, que se movería por la Casualidad, la Causalidad, Dios o el Destino. Esta visión de una mera bola, informa la sociedad capitalista; no la que trato de revelarle"
"Sin embargo, en este sistema vigente en mi País, hay instantes en que me veo comiéndome el Universo. Pienso en que es un bocado grande y procedo. Dígame ¿si al Universo le concedo y le quito existencia protagónica, soy un simple átomo como cacarea Ud.?"
"Le han contagiado la esquizofrenia ¿lo sabe, caro Andriolli? Una personalidad dividida entre dos señores: Andriolli Uno, quien, con la seriedad de un loco, en sus adentros se reanima imaginando que hace del mundo un sabroso bocado y se lo come periódicamente, pues le renace en forma constante; y Andriolli Dos, que en otra vuelta de la Fortuna tiembla por nada y se cree tragado por el mismo mundo que en la anterior postura le es comestible. Querido, tiene a un empleado que es progresista y activista, o sea no todos muertos que caminan. Además, si este conglomerado suyo no cupiera en la humanidad futura así como Ud. lo percibe; o él se allana, o lo aplastaremos. El futuro, hombre, será purísimo. No habrá entonces delitos ni fechorías. El enemigo, es este presente que nos quiere seducir a cada rato. No hablemos del pasado: fue una inmensa cloaca. ¿O le cuesta tanto imaginar un mundo disciplinado?"
"Soñar" —contestó él como si hablara consigo— "ha sido mi problema"
"Cierta luz le reconozco en medio de las tinieblas de su ideación enferma. Seré su amigo y confidente"
"Déjeme freír en mi aceite"
"Está frío ese aceite. Además valóreme como me merezco: soy una caja de Pandora. Echo muchas cartas, Ud. ya conoce mi proceder. Inclusive para provocar en otras mentes, asociaciones de ideas. O sea un ejercicio para mí y los demás. La verdad puede estar muy lejos. Y hasta interesarme menos que el ejercicio en sí. ¿Sabe de la sátira contra Ud.?"

Él lo miró, cansado de tanto funambulismo.

"Pero si me mantengo en el aspecto formal, Ud. es un elegido" —dijo el profesor.
"Me falta todo, inclusive la estatura física o moral de los electos. ¿Qué soy, paragonado con el mejor de los terribles Karamazov?" —replicó.
"Guárdese de todo lo apetecible, una ambición secreta. Es la que hace a los dirigentes verdaderos. Natos, puede que no haya pese a las manos de la mayoría de ellos. ¿No huele la podredumbre? Poco falta que se acoplen en la calle, como los perros. Está el que se enriquece robándole a la comunidad toda, ali-

mentos, placeres, suelo, sueño y sueños. . . ¿Y esas estatuas inútiles, la mayoría fraudulentas por izadas a tipos sin merecimientos actuales? Para nuestra axiología, cero ya casi todos, en efecto. La verdad más aproximada a la verdad última de la metafísica ¿es tal vez la feroz atracción de los sexos?"
"¿El amor candente e incandescente?" –preguntó él, sin saber dónde podría llegarse con esa distinta adjetivación.

Pero que le resulta un escape, frente a la forma como su interlocutor sigue confundiendo las cartas en la mesa, fuera de toda regla de juego.
"La Revolución, y las evoluciones en el sistema solar, son formas de atracción parecidas a la que existe entre hombre y mujer. ¿Quién es el sol en el universo humano? ¿El hombre o la hembra? Por suerte los pícaros nos abstenemos de planteos de esa clase, cuando estamos a punto de pasar la valla y desfondar"
"Profesor, ¿qué le parece si salimos a buscar mujeres? Aunque me reconozco medio selvático"
"Yo, por el contrario, exhibicionista. Hay, no lejos de aquí, un lugarcito. La mayoría morochas. Salvo alguna oxigenada pero de piel láctea"
"Prefiero hacer, no hablar"

Tirado por esa mano cambiada, por más acariciante, se dejó llevar. Y media hora después, ambos en la Araña Aterciopelada a buscar aventuras de poco precio. En ese lugar infame, cerca del río, con marineros medio borrachos, o del todo, y alternadoras que dan vuelta entre las mesitas.

El profesor se revela incapaz de una alegría concreta: es grosero e inexperto, ríe demasiado fuerte de los chistes insulsos y a menudo de los procaces sin ingenio, de un actorzuelo con el cargo de un **show floor**; mientras algunos bailan repetidamente el can can, según un disco rayado donde fríe esa parte de la Gaîté Parisienne.

En cierto momento, el profesor agarra un largo título de un diario vespertino en la hoja desplegada por un parroquiano, quien da vuelta las páginas pero no lee, o no parece hacerlo.

Otro de los concurrentes, mientras tanto, anota en formularios de telegrama que le sirven de papel para escribir. Y el que tiene el cuidado del tocadiscos deja caer por quinta o sexta vez el **pickup** en los surcos que corresponden al inicio de esa danza, pero siempre adelantado pues yerra invariablemente en ubicar las primeras notas. Por lo que las dos o tres parejas que lo esperan, protestan; si bien arrastradas por el ritmo se largan a girar en remolino y la velocidad purifica sus meneos subidos.

Él, con el profesor bajo su mirada y en este clima contagioso, se siente liberado de restricciones y de toda formalidad. Es un acompañante que tras la prueba que está rindiendo ahora, tan deficiente, no le resulta merecedor de un trato circunspecto, ni de eufemismos al comentarle las partes y los atributos de las mujeres presentes. Por lo que las malas palabras le vienen a la boca solas y las emplea con gusto, pero al oído de su papá. Los demás no deben tener cabida en esta intimidad nueva entre ambos, ni formar juicio respecto

de sus propias preferencias en la cama.

El profesor, casi agresivo, cambió de tema respecto de las frivolidades que estaban desarrollando, para decirle en un ex abrupto:

"Vio conmigo el espaciado título en el diario de ese analfabeto que no sabe qué lee, y hasta ahora Ud. sin embargo se está callando la boca y me distrae con las tetas de ésta y la cola de esa otra. ¿Qué le parece, que no estoy indignado de que el Vaticano haya adquirido la Babosa, el prostíbulo más caro de Europa? Indígnese también y después la seguimos con los chistes verdes y si acepta, nos elegiremos a dos fulanitas para una orgía separada o de a cuatro. De lo que Ud. prescriba, seré obediente cumplidor. ¡Pero exprese su indignación por la fechoría vaticanense!"

"No; el título tenía un interrogante bien visible. ¡Era como una hoz de grande!"

"Tecnicismos. Dejemos el asunto pues no deseo un arco voltaico con Ud."

Ambos son atraídos, y. por eso dejan caer el encontronazo, por un javanés quien en su idioma cuenta tras haber proclamado su nacionalidad, algo que ha de ser muy divertido, pues se agita como un ciempiés y se retuerce de la risa. Pero todo, moviéndose como en un diálogo de dos o tres, pues emplea entonaciones de preguntas y respuestas a cargo de voces diferentes, y un soliloquio donde su ronquera natural no es suavizada y menos sustituida. Los parroquianos sin entender un rábano, aplauden a intervalos, interpretando una supuesta invitación del hombre a hacerlo.

Otro, mal trajeado, se pone de pie en la silla y grita:

"Encontré a mi mujer en los brazos del lechero. El día anterior, le había obsequiado un par de aritos, absolutamente de oro, rompiendo una alcancía de los tiempos de mi infancia. Comprendo por qué las huchas ya no están de moda: me sirvió lo que allí había, para el paquete y la ida y vuelta en ómnibus. Y todo por los apretones y halagos para con ella, de uno que huele a bosta de vaca" —y se bajó de la silla y se sentó en ella, riendo a lo loco.

Un delgadito, por imitación, volviéndose a los presentes y tratando primero de abarcarlos a todos en una sola mirada, expresa:

"¿Conocen a un hijo de portugueses de buena ascendencia? Yo soy" —y se tocó el pecho varias veces para confirmación de la nueva.

Entonces medió un regordete:

"Yo, y a mucha honra, nacido en un burdel portuario. Por lo menos me gratifique el señor propietario de este famoso local, con una vuelta gratis de ginebra. Quedo aguardando y en silencio"

En ese mismo momento, se oyó un golpe. Era el cornudo, quien, cambiando de actitud, ha dado un puñetazo en la mesa donde está sentado, y ahora sale a la disparada.

"Para mí es el efecto de una casa que levantada en ese lugar, ahora se hubiera derrumbado por vicio de material. La parábola de un matrimonio burgués, tras algún año de discordia" —largó el profesor bostezando.

Una similitud que debe haberle suscitado la vista de la mujercita pequeña, que justo tuvo tiempo de 'salvarse del edificio', según la reflexión complementaria del profesor, pues fue en verdad como si ella hubiese oído ruidos de algo que se venía abajo y amenazaba con aplastarla, por la forma como se desprendió del hombre y la desesperación que la tomó. Y mientras él lo sigue en ese comentrario sin prestarle atención, el profesor hizo oír fingiendo terror:
"O vio una tarántula, en forma de ser humano"
"Pobre, tiene su asunto, es cierto, pero aquí no es lugar para un examen a conciencia" –dijo un marinero de buena apariencia y quizá de buena familia.
"No" –replicó el profesor con suficiencia– "El dolor de la sociedad viciada no debe tratarse con altanería, joven. Si la mujer de él hubiese tenido el mero trámite de pasar por un registro y manifestar su deseo de divorciarse, todo arreglado en esa forma legal tan sencilla. No tendría por qué sentirse hoy la frente con esa ramosidad, como la llamo, francamente molesta para cualquiera"
"El puñal en el corazón, es lo grave. Y si está enamorado, seguirá sufriendo por años con o sin declaración ante un registro" –farfulló un hombre simple.
"Si hay educación social bien impartida desde la infancia, no se llega a esos extremos. El egoísmo individual cederá por fin en los corazones" –replicó el profesor.
" ¡Cállese!" –dijo el hombre simple– "Me casé con una mujer más fea, en todos los sentidos, que el humo de un pajar ardiendo. Nos juntamos y de a poco el humo desapareció alrededor de ella. Lloró ante mí de su pasado. Ante una desgracia ajena se le inundaban los ojos y a la puesta del sol, cuando el cielo estaba de fuego pero triste, suspiraba más hondo que una actriz en una buena película. Volvió a la Misa de Gallo. Tanta gente en la iglesia en Noche Buena le pellizcaba los ojos: se le ponían húmedos, a ella que durante tanto tiempo de los llantos se había reído. Yo; acostumbrado a decir a una mujer: 'has terminado tu parte, vístete, toma tu dinero y fuera de acá', pues si eran pálidas me parecían sin sangre para nada y si tenían manchas como si estuviesen apestadas lamentaba no haberme procurado un cubo de agua para lavarlas preventivamente; hoy que se me ha muerto, no encuentro paz"
"Hay más mujeres de sobra, que camisas en las tiendas" –dijo cínicamente y sin detenerse una de las alternadoras, que circulaba por el local fumando un cigarrillo metido en una boquilla muy larga.
"Dentro de poco Ud. encontrará a otra, mejor para lo que fuere. . . que ésa que se le fue a la Nada" –le comentó el profesor al hombre simple.
" ¡Cállese o lo cacheteo! Estoy cansado del barro, de la vida y de Dios. La vida y Dios me odian y no sé por qué" –replicó el individuo, exasperado.
"No se la agarre conmigo y perdóneme si no me ha gustado su parecer acerca de las mujeres. Pero aun con su desgracia, que lamento, no se deje tomar por la fiebre que asedia a los desdichados: la de Dios. ¡Dios no existe!" –y el profesor quedó esperando una respuesta.

"Yo creo en Dios" —barbotó el hombre simple, volviéndole la espalda.
"¿Saben quién es ateo? El Papa de Roma"

Ante esa salida del profesor, lanzada como un desafío a toda la concurrencia, él Andriolli, contrariado, le murmuró en el oído:
"Me hizo de la cabeza un bombo, en la oficina. Y ahora sigue golpeando el mismo parche. ¿Qué pretende, adoctrinarme en veinticuatro horas seguidas?"
"La indignación, Andriolli, me provoca desvarío; pero yo lo recibo, no lo creo el desvario. Hay pues una responsabilidad compartida. Veinte siglos que nos quieren hacer beber religión, un licor tan flojo en graduación como el hidromel. ¿O no se da cuenta de que las respuestas más comprometedoras para ellos, las ponen en latín para salvarse confundiéndonos?"
"El latín me gusta" —dijo, haciéndose la graciosa, una alternadora que estaba sin cliente, cerca de ellos.
"Ud., profesor de algo, pues su amigo lo llama profesor, es un charlatán y un fresco y sinónimos de ambos epítetos" —declaró un joven fornido.

El profesor, tomado de improviso, quedó sin palabras.
"Y antes que me lo diga, sepa que me paga el imperialismo. ¿Soy cínico, cierto? Pues, qué elige, ¿golpes o intercambio de dialéctica?"

Ante esa vuelta peligrosa, él Andriolli se consideró obligado a una misión de pacificador.
"Exageran ambos. Un parecer, en primer lugar, no puede ofender a nadie en su honra. El profesor es bien intencionado. No la veo como él, pero nos hace pensar. Algo corrosivo, irrita un poco, pero su espuela no pasa más allá de la primera capa; no llega a la dermis, se queda en la epidermis" —dijo, por decir algo que sea calmante pero sin complicarlo frente al joven.

Se acerca el dueño del local y lo toma al profesor de un brazo, sin violencia.
"¿Qué supone Ud., que soy presidente de un centro de estudios espirituales? Las muchachas me cuestan dinero y demoras interminables en la seccional, para dar explicaciones. Mal visto, como si éste fuera un prostíbulo encubierto. No aprecian que es un simple lugar de desahogo, que pone a salvo a madres y hermanas de todos nosotros. Pasan los años y si alguien me demostrara que existe el infierno, me pondré un buen día a ganarme esa residencia final. Un cálculo sencillo: aquí problemas y del otro lado del charco, vida eterna lo mejor posible"

El profesor, al ver a todo el mundo tranquilizado, subraya, pagado de sí mismo:
"No digo jamás, haber yo comprado toda la razón existente"
"No me obligue a hacerlo salir, si sigue distrayendo a mis parroquianos de lo propio en este sitio" —le previno el propietario.
"¿Qué es eso de quererlo echar?" —le preguntó al dueño, el mismo joven fornido.

El propietario lo ve sin chaqueta, le aprecia los bíceps y pensando en una

docena de mesitas rotas antes de podérselo dominar, se limitó a decir, no ocultando su extrañeza:
"¿Cómo, te cambiaste de acera y ahora lo apoyas? Tengan Uds. los jóvenes la certeza de que cada vez los entiendo menos" –y rezongando, volvió a la caja.
"¿Cómo grita que el Papa es ateo?" –recomenzó el mismo joven, dirigiéndose al profesor con una cara desabrida– "Habla de un Papa que está vivo y no está presente"
"Aquí no vendría" –responde el profesor, encogiéndose de hombros.
"Le bastaría pasar del otro lado del muro. ¿Se imagina el recibimiento, las radios y los titulares? Le regalarían una mansión a las orillas del Mar Negro"
"Perdería el oro que le mandan diariamente de todas partes" –replicó el profesor y con el ceño fruncido añadió:– "Joven, haga el oficio de provocador con otro, pues yo no caigo"
" ¡Claro, cuando están sin argumentos ni pruebas. . . al contradictor lo llaman con ese calificativo!"
"Cálmese. Pese a todo, vislumbro una lucecita en medio de alguna de sus tenebrosas palabras. ¡Qué alegría!"
"He de estar en camino hacia el manicomio. Soy judío y por un pelo no le he quebrado una silla en la cabeza. . . ¿y por quién? ¡Por el Papa romano!"
El profesor lo miró mal.
"Ud. es de los que llevan a todos lados paja para un fuego malo. Sólo tienen en claro, que si la paja se enciende será un fuego malo. Bastará que un muchacho amargado acerque un fósforo a la paja. . . ¿Qué cuesta una cerilla? Mientras tanto, Ud. tranquilo en su casa; o, resguardado, tirando piedras o pistoletazos sin que le importe el que caiga, enemigo o amigo. La parte de Uds. es dramatizar el incendio. Algún obrero entre las bajas, ¿qué les hace a los tipos como Ud., sin prole, sin afectos y con mucha rabia? Terminado el gran lío, cuando muchos no entienden aún por qué empezó y si empezó por qué no hubo punto final cuanto antes, llega el más emprendedor de Uds., en un vagón sellado y asume poderes dictatoriales. ¿De qué reyes pasados desciende, para querernos gobernar tan despóticamente? Y. . ."
"Muchacho" –intervino él, como Andriolli prudente– "Puede ser, por la noche que tenemos allí fuera, relámpagos y distintas lluvias separadas pero fuertes, que se haya creado esta tensión que no ayuda. Pero ¿estamos aquí para divertirnos o politiquear? ¿No es justo, mi amigable reproche a los dos?"
El joven se levantó de su asiento y haciendo sonar los tacones, salió del local.
"Si no he visto mal, ¿no le hizo al irse, una ligera inclinación de cabeza?" –le preguntó él Andriolli al profesor– "Y con ese reconocimiento final, por lo que más quiera deje a un lado el sol del porvenir. Las mujeres vacantes nos están mirando enojadas"
De golpe, el que escribe en los formularios para telegrama, se aproxima con muestras de querer entablar conversación.

"Profesor, por de pronto ya conozco su tendencia política y social. Mientras trabajo con el lápiz bien afilado, escucho todas las charlas"
"No advertí que atendía a mi pequeña lección de buen sentido. Raro; pues busco, al hablar, a quienes me secundan y al que me sigue a las mil maravillas pero en forma disimulada"
"Puedo repetirle las palabras suyas, y eso que Ud. copa la conversación de cabo a rabo"
"¿Le gustó lo mío?"
"Ud. no habla en serio. Abusa del lenguaje; que en su decir crea una apariencia, diferente de lo que simultáneamente argumenta en su interior. Diría que una cosa es el significado que trasuntan sus palabras tal como uno las recibe, y de muy distintos alcances en su propia semántica personal"
"Divagaciones suyas, amigo" –replicó el profesor con aspecto de muy aburrido– "Hay algo de lo que Ud. asegura; pero no como lo presenta"
"Diría que se divierte con el ingenuo que toma los dichos de Ud. al pie de la letra, mientras lo que se propone es ponerlo a pensar, en la forma en que el otro pueda hacerlo o le guste. ¿Fue monaguillo Ud.?"
"Es pregunta que a Ud. lo desmerece. Es un ataque vulgar"
"¿Ex seminarista hasta el último año y allí colgó los hábitos?"
"¿Queremos, sí o no, hablar en serio?" –le intimó el profesor, mirándolo de soslayo por desafío– "Me jacto de mi espíritu crítico. Mis juicios son en general inobjetables, para quien tiene mi inteligencia y perspicacia"
"Muy ubicado Ud., como para pensar en juicios independientes"
" ¡Caramba!, ¿duda de mi proverbial imparcialidad?"
"Sí, señor. El crítico debe serlo primero por el lado derecho, por estar la derecha al poder en muchas sociedades actuales; y después, y con la misma fuerza y conservándose entero, respecto del otro extremo. Los hechos, no ya las palabras bonitas, están en crisis en todo el mundo. Si critica a fondo en las dos direcciones, seremos amigos" –dijo con mucha espontaneidad el individuo.
"Y Ud., creo Andriolli como primer o segundo apellido, ¿quiere sólo la línea dura para el Partido?"
"Un momento. Todavía soy cristiano en un treinta y cinco por ciento. ¡Que lo acompañe al profesor, no me convierte en su alter ego!"
"Siendo así, el más torturado por la religión es Ud., profesor" –comentó el individuo acercándosele y sonriendo.
"Opio, nunca. No me siento cómodo con los jesuitas, eso es todo"
"¿Nos encontramos, profesor, en el infierno para el año dos mil treinta?"
"Para entonces el mundo se habrá librado de la noción del infierno" –dijo el profesor en tono catedrático.
"Son siglos que tratan de conseguirlo, pero la cosa no adelanta" –replicó el otro.
"Mientras sigamos siendo hombres, o sea la pasta sea la misma, nada del pasa-

do será jamás liquidado en forma total. Me preocupan en cambio las máquinas, disputándonos cada vez las mejores plazas"
"Ciencia ficción" –ironizó el profesor.
"Y el Absoluto más lejos que antes" –insistió su interlocutor.
"El Partido sencillamente rechaza el Absoluto suyo y el de los demás. Pues hay tantos en esa indefinición, como personas creyentes"
"Sí; Uds. tienen un ucase que resuelve el problema de lo Absoluto, por un no. Y así dan por terminada la discusión de los filósofos"
"Vuelve a la burla" –y molesto, el profesor le dio la espalda a su oponente.

Pero casi en seguida, buscándole los ojos con los suyos, le preguntó:
"¿Para Ud. la izquierda es un pasatiempo sin significación histórica duradera?"
"Que me diga que los dos extremos son útiles para mantener al hombre en la brecha y bien alerta un espíritu tan provechoso como el agonístico, lo admito. Pero que Uds. o los otros cambiarán al individuo, de ningún modo lo creo"
"Cuando la humanidad sea arrancada del barro, tendremos al hombre de la sociedad futura" –tronó el profesor.

En ese momento, él Andriolli, que dormitaba desde hacía unos instantes, se durmió. Al despertarse poco después, oyó una frase salida de la boca de éste que escribe en los formularios:
"No, el milagro no es cosa de risa. ¿No es sobrenatural que obtengan que vayan al frente alegres y cantando?"
"Es el viento de los intereses que empuja a la lucha dentro y fuera de las fronteras" –declaró el profesor, respondiéndole.
"Es el viento secular del mal" –afirmó el otro con gravedad presuntuosa.
"Mire las caras de las mujeres al acecho cerca de la salida" –y el profesor las indicó con la mano.
"¿Qué quieren?" –preguntó su interlocutor, molesto.
"Arañarme la cara, como estuvieron por hacérmelo el mes pasado, por haber distraído hoy también el entero local con mis verdades. Bajan los pedidos y el consumo y con ello baja la participación de las alternadoras"
"Lo he venido observando, y no me caben dudas por más que lo niegue. Ud. no puede desvestirse de la religión que le inocularon de pequeño. Por ciertos gestos que conserva al hablar y pensar, es un archicreyente pero en una lucha infernal"
"Por el Buda que más le guste culturalmente, no soy más cristiano" –gritó el profesor, usando de conjuros con ademanes muy expresivos– "En cuanto a la hostilidad hacia mí, de parte de esas mujeres, vea cómo la historia se repite. . . o sea, la base de toda guerra y como siempre, un motivo económico. Hablo de las que surgen en el mundo capitalista. Aunque alguna vez se creyó ingenuamente, que era por un antojo o arrebato de un príncipe, respecto de su tío, primo, hermano y otros parientes también nobles y con un territorio apete-

cible"

Haciéndoles una guiñadita, el hombre de los formularios volvió a su asiento.

Como Andriolli astuto, comprende que se acerca la hora de la gran prueba, con esas arpías aguardando en la puerta. Y se levanta para retirarse solo. El profesor lo mira fijamente y le recrimina:

"Significa que estas breves charlas que he tenido con la gente, lo han aburrido".

Él se calla.

"Pague Ud." —añadió el profesor— "Dinero suelto no tengo y tampoco billetes grandes. Soy hombre pobre"

Él cumplió dócilmente, aunque se trataba de un lindo rollito. Su acompañante, mientras tanto, con un además acaba de llamar al propietario.

"Ud. las ve. . . esperándome a la salida. Mañana tengo un congreso y necesito de un rostro presentable. ¿Cuántó tenemos que darles?"

"Tres billetes de ese vuelto" —respondió el dueño.

Al salir ambos ya sin inconvenientes tras el pago del rescate, el profesor dijo:

"Agradézcame, Andriolli. Le he hecho conocer un burdel diferente. Nos falta toda la vida, más casa pública, escuela activa realmente eficaz"

Él permanece callado, habiéndose comido la cruda respuesta que tenía a flor de labio.

La noche ha quedado lluviosa y los pocos que se ven en las calles, circulan soñolientos. El profesor empieza el recitado de una poesía simbolista. Al oírlo, le parece que éste en su mundo poético se reconcilia en parte con lo que suele odiar, y tiene cierta ternura por la forma como pronuncia ciertos versos y un trozo de prosa que alude a 'los pajarillos anunciadores de olvido en el océano morado del tiempo'. El profesor pasa de la poesía a otros temas y dice:

"También el burdel es un símbolo. ¿Qué nos dice un símbolo? Que en nuestro plato no hay nada y nos toca llenarlo. Y por la magia de las palabras sabiéndolas usar, ese plato no es plato: es la vida misma"

Él miró a este hombre con ese galimatías para ofrecerle. Como si atendiera a un inspirado, que como de costumbre requiere para entenderlo los escolios de glosadores fantasiosos. Y por un antojo que se le dio, en el mismo terreno de las imprecisiones, dijo:

"¿Sabe que se luciría si recorriera los museos de artes plásticas, para excluir todo lo que se exhibe falto de méritos? Tal vez Ud. sea un artista de excepción, simplemente frustrado por carecer de iniciación a su tiempo"

"Político artista, no agregue más. La política es un arte, como la pintura en su mundillo. A mí me gustan poco los cuadros"

"La política tiene de cualquier modo los convencionalismos y la irracionalidad de ciertas pinturas"

"¿Cómo atajé la guerra que nos amenazaba en la puerta de ese antro? Vea, quisie. . ."
"Profesor, para ventilarnos la mente ¿por qué no hablamos de mujeres desnudas?"
"¿Rubias, morenas o de pelo y vello teñidos?"
"Insisto en que hablemos de la desnudez sin velos" –intentó con más ahinco, ya con tedio invencible.
"¿Como glotones incorregibles?" –y al sonreír con esa codicia a la vista, el profesor mostró su dentadura en pésimo estado.
"¿De los sexos en sus formas anatómicas cambiantes de mujer a mujer? ¿De los acoplamientos lícitos e ilícitos?" –y la voz de él es de hombre con la náusea que desborda– "¿De un caballo en acción con una mona?"
"Una simple apostilla a lo tratado en la Araña Aterciopelada, antes de resolver esto de ahora. . ."
"Compréndame, profesor. Le agradecería que por un largo rato nos aturdiéramos hablando de atributos femeninos, no rehuyendo lo más recóndito de esa maravillosa anatomía en ciertas jovencitas y aun en algunas maduras; aunque en línea general allí hay bastante igualdad de trazado y efectos"
"De acuerdo, pero con tal que desfondemos esta misma noche a alguna mujer con un resto de virginidad real o ilusorio" –insinuó el profesor con ojos de sátiro– "Vayamos a un prostíbulo en serio; no costoso, ni muy lejano. Ud. pagará por ambos, con los accesorios. No son servicios que se vendan a crédito"

Pasaba un ómnibus, él lo corrió, lo alcanzó, se tomó de alguna agarradera y saltó en el vehículo. El profesor quedó pasmado delante de esa escapada imprevista sin siquiera despedirse. Y no reprimiendo su rabia, le gritó al bulto, pues no distinguía ya al fugitivo:
"Llevátelo para que pueda golpearse el pecho: es santurrón"

Y recordando la sarta de insultos dispares que leía en otros tiempos en los diarios cuando en el Este se desgraciaba un jerarca, agregó:
"Es un insecto, una tajada de sebo maloliente"

CAPITULO XVIII

Desde hace tres o cuatro meses, la vida en la oficina viaja sin sobresaltos, de las nueve a las diecinueve y a veces más. Ha reingresado, primero de a poco y luego raudamente, en el quicio habitual. Ha desaparecido la polémica diaria entre él y los empleados, por lo que la convivencia se ha hecho pacífica, casi tediosa por tanta paz. Sin felicidad, es cierto, para ninguno de los dos bandos, el de ellos y el propio. Pero por lo menos, normalidad.

Se anota bien en la papelería y lo registrado se lleva aún mejor a los libros cuidando la estética, o sea dándole a él una satisfacción diaria. Hay saludos entre el jefe y los subordinados, cambiándose un buenos días y un buenas noches claros, sin medias lenguas en el tendido verbal de ambas fórmulas augurales. Y si hay un suceso, especialmente en la crónica policial, se hace una pausa en el trabajo y se comenta el caso con el superior, muy democráticamente. El 'usted' ha quedado firme y la disposición acerca de su empleo obligatorio en horas de trabajo es quizá encontrada lógica tras tantas resistencias iniciales. En cuanto a otras opiniones en conflicto, las dos partes se han sujetado tácitamente a un entendimiento subentendido; y así, por ejemplo, las muchachas de la A y la B hacen sus labores de punto buena parte de sus ocho horas, porque también él ha comprendido que el orden social está cayendo paulatinamente, de nuevo como en tiempos remotos, bajo el matriarcado. En la calle, de cualquier modo, el jefe es el viejo compañero, pues a sus ex iguales les causa placer poder usarle así de pasada el antiguo 'tú', según lo autoriza la norma por él implantada para las horas al margen del empleo y en lugar que no sea el quinto piso. La relación en las horas laborales, ellos en sus sitios y él en el suyo, beneficiada por tan fiel observancia de lo reglamentario, se encamina a parecerse a la que reina en una familia numerosa, habiéndose en ésta, la Torcida y la Recta asignado la función de madres. Tan es así que nadie ya, en la A o en la B, guarda en sus adentros propósitos sexuales respecto de ambas. Ni siquiera cuando, el calor húmedo, con lo tardío del último verano que se prolonga en este otoño vacilante con una fuerte presión atmosférica, las induce a ventilar sus partes, antes bastante más reservadas. Y como en una casa sin prejuicios, eso sí, si alguno del Complejo tiene entre manos una aventura galante, es libre de contar los detalles, aun los picantes, en presencia de las dos que en tal caso suelen aportar su opinión cada día más indulgente. Y si protagonista es una de ellas, que también acontece, el Complejo y en cierto modo él mismo (pues al igual que en el caso de

los varones, si no interviene activamente por lo menos deja entrever que tampoco su vida está desvinculada de hechos de esa naturaleza, dando así una especie de bendición y adhesión de su parte) permanecen absortos siguiendo la narración de la afortunada, con la actitud corpórea de alumnos hacia una maestra de quien se admira la sabiduría. Es que ellas carecen ya de reparos, pese a que la Recta en el pasado fue tan esquiva y pudorosa. Un pasado pisado pues en los últimos tiempos todo da a pensar que están entregadas a cierto sibaritismo, o por lo menos así tratarían de ser juzgadas al mostrarse tan desprejuiciadas en el decir y en el exhibirse. Por lo que le atañe, ha vencido en su interior el atractivo que por semanas desde su promoción, obró sobre su fantasía el color salmón ofrecido a una ojeada suya muy indiscreta, por la bombacha de la Torcida. En el ínterin, se ha hecho **communis opinio** la idea y quizá el convencimiento, de que él se ha despertado plenamente y peca, si no lo suficiente para la medida de ellos, por lo menos con buena puntería. Aun así, es el único que no refiere nada a nadie, si bien ha pasado por la acera de enfrente y se ha detenido en la parada de vehículos contrapuesta al quinto (para dar mejor alcance desde las ventanas de la oficina o desde su propia puerta vidriera para alguna mirada muy curiosa allá arriba), más de una vez en distintas ocasiones, con distintas mujeres y para todo gusto. Del brazo a menudo y con ostentosa familiaridad o algo más. Por lo que las dos le han dicho juntas, sobreponiéndose los respectivos encomios, que 'en ciertos pliegues Ud. es un picarón'. Hasta se diría que traman, para cuando llegase a tener contra cualquiera de ellas alguna queja seria por el trabajo, echarle esa frase cual una forma de generar una inmediata distensión. En efecto él continúa sin tolerar borrones, manchitas o simples números de poca presencia y exigiendo que los libros agraden al ojo al correrse las hojas o folios. Su obsesión por la linda apariencia, se ha robustecido desde el ascenso y su intolerancia en este aspecto, también.

Con motivo de su último cumpleaños; aniversario que lo ha encontrado en pleno ejercicio de sus facultades desde la curul, más suya y firme al lado de él, que nunca; ha sido el pequeño monarca de un minúsculo reino, en un día de buen tiempo y más promisorio que los treinta y cinco que lo precedieron. En nombre del Consejo y del Montón; él con la corbata de seda sin la mancha de grasa; le ofrecieron una taza de café colombiano, amorosamente preparado por una muchacha de la B, quizá porque desde algunas horas le había estado prodigando vibrantes sonrisas afectuosas, enamoradizo fácil como se ha hecho desde la promoción. Una inclinación hacia la joven, que por desgracia tuvo que arrancarse de la cabeza y tal vez del corazón, donde dudaba si ya no hubiese criado las primeras raicillas, por cuanto esa tontita después de la taza cordial ha conocido a 'un cualquiera' y se casarán, sin un centavo, lo más pronto posible. El calificativo de 'un cualquiera', es de la boca de la Torcida y la propia interesada lo encuentra ajustado a las circunstancias: su Juan o Juanito, es uno que ha tenido a mujeres de baja estofa, la mayoría de ellas, y aho-

ra desea una compañera para vivir sujeto a las obligaciones morales y a la decencia protocolar de un gastado hombre maduro. Un acierto o no, ese casamiento que se viene a toda máquina, la chica ya no es progresista, lo que, al saberlo la Torcida, le ha caído a ésta muy mal. A la futura esposa, en cambio, sólo le interesa, más que el advenimiento de un mundo nuevo, un viaje a Asia, inclusive a crédito, para ver a los Budas en sus emplazamientos; aunque todo esto está en veremos, pues el novio gana poco y la inflación toca los dos dígitos mensuales.

El caso entre él y Carovino ha sido de lenta evolución. Pero evolución y no involución. Al principio, el empleado siguió concibiendo una venganza con sangre. Luego, los demás del Complejo; pues por razones de principio Carovino no hubiera aceptado la buena palabra de gente del Montón; empezaron a decirle sin vueltas, que considerase ese día en que fue a parar en el suelo y recibió la gran tunda, no mucho más que un recuerdo borroso. Así se ha llegado ahora a unos tres cuartos de saludo diario y a veces a uno entero y muy formal. Y en ocasiones muy especiales, hasta se tiran palabras frías pero correctas, sin interpósita persona; aunque limitadas a las estrictamente necesarias. Y cuando todo induce a una sonrisa por mero contagio, Carovino, menos tímido y más filósofo que él, la concede en un rictus, siempre algo equívoco, que incluye la recomendación tácita de que ello quede ahí, sin otro estrépito. Difícilmente haya testigos de esa complacencia fugaz, pero si llega a haberlos Carovino simula no haberse dado cuenta de ese plus incipiente en las relaciones de ambos. Claro que en el fuero interior, ha de conservar un rencor flexible y en ciertos instantes todo él ha de estar preparándose. . . convencido de que sonará la hora. Por lo que, si por su parte no puede tener por segura la venganza, tampoco le cabe excluir ese propósito final de parte del adversario. Ya que hay indicios para deducir, sin llegar a la fuerza de un silogismo, la noción en ese hombre de tener que estar listo y recabar con ese apresto espiritual, una ayuda temporaria para ir tirando con la convivencia pacífica. Convivencia moderadamente en suba, en las últimas semanas. O sea en el peor de los casos, una revancha en espera, pero, por el momento, dándosele largas. Y la reserva, en cuanto al monto de la cuenta a cobrarle y en una neta visión de tenedor de libros, de que no habrá finiquito sin la percepción adicional de un fuerte interés compensatorio y resarcitorio. Es decir, la regla aplicable a toda deuda en mora, según la práctica comercial (lo más acorde con el orden primordial para ese empleado: el de los usos acatados desde siglos).

Por eso, únicamente cuando Carovino está invadido por una alegría, cualquier fuere el origen de ella, ha de abandonar la idea de su cortaplumas y de tres centímetros de penetración en el abdomen de su jefe. Herida y castigo, no muerte. Vindicta proporcionada al agravio. Por lo tanto, hasta prueba contraria contundente, sería ilusorio y falto de prudencia, que él Andriolli creyera en un pacto perentorio entre Carovino arrebato y Carovino discernidor, en su

perjuicio. El hombre ha de estar indeciso, oscilando entre el sí y el no en estos momentos; y probablemente continuará vacilante en el futuro. Un sí para parar el no y un no para parar el sí. Y en el punto medio, un Carovino que sin renunciar formalmente a nada, ni menoscabar su amor propio y su altanería, llegaría hasta el tiempo de jubilarse, dejando paulatinamente envejecer y caer en la obsolescencia el propósito. Significa que Andriolli puede con alguna probabilidad esperar que nunca habrá nada. Pero sin dejar por eso de creer que bien podría ser de otro modo.

Ese primer cumpleaños se coronó con un pequeño obsequio; y un conato de discurso, ante unos nueve o diez asistentes espontáneos, por iniciativa de un empleado de la B que se engolfó en palabras celebratorias sin lograr una conexión entre ellas. Lo que motivó la fijación de una política a seguir en los próximos aniversarios. Se habló, ya con una veintena de concurrentes, de emplear cada vez un palabrerío aguachento, en vocablos corridos, para señalar 'cómo lo limitado del tema y su replanteo anual, descalifica la repetición de conceptos ya oídos, por caer espontáneamente el que los presentara al homenajeado y al resto del auditorio, en lo memorizado ya otras veces perdiéndose frescura y haciéndose visible el agotamiento del repertorio utilizable'. Y como regalo por un día, volátil como la verba que lo informa, la titulación de 'hermano mayor de todos nosotros'; con la posibilidad de optar, según el estado de las relaciones con el Poder, por algo más efectista como decir 'oh Andriolli, padre administrativo de esta grey'.

Pero nada de eso gustó. No se quería alusión alguna a un mayorazgo, ni a algo que sonara a una función tutelar, o bien de corte familiar. Y sobre todo, se rechazó cualquier reconocimiento de virtudes carismáticas en él.

Lo que se aprobó, según su servicio de espionaje interno, fue entregarle un 'chiche', en su cumpleaños próximo y, salvo algún agregado en más o en menos según las condiciones existentes para ese tiempo, en cuanto al discursito darlo a leer a la empleada en el último peldaño escalera abajo, la de la pollera muy cortita, para deleite del personal adherente a la celebración. Y para decir ella, que se le agradecía al señor jefe 'habernos llamado con su embrujo y no una coacción, a festejar su año más; y antes del primer sorbo de este vino, a guardar cada uno los sentimientos en el recipiente de la propia conmoción'.

Todo lo que puede esperar, de éstos que se sienten sus compañeros en el alcance etimológico de estar ganando el pan junto a él, es lo que genere la puja existente por la que ya ha comenzado la aproximación de parte de alguno de ellos con chismes y confidencias. Ocasión propicia para emplear el divide et impera, por lo que acoge a los quejosos cada vez con más solicitud. En tal forma, después de la generalizada hostilidad, salvo Carovino y Zama, cada cual vierte en sus oídos, como se hacía con Malacarne, una relación circunstanciada que a veces se pretende documentar, respecto de la conducta ajena. Por su lado, escucha atento y se guarda todo. Una discreción que le

asegurará las llaves de su reino.

Mientras tanto, si él está ausente, lo que, según pruebas que ha recogido, es objeto todavía de análisis casi semanalmente ya que el tema se actualiza en forma constante, es la que llaman 'la hazaña de Andriolli', asunto de rigor junto con otro también muy unido al mismo, el de 'la poquedad de Andriolli'. El primero comprende sus puñetazos en las dos circunstancias, y por los que ha ganado si no una fama, una mala fama. Hay diversidad de criterio, pues se escuchan inclusive a los más acreditados del Montón. El juicio predominante es que él, por su físico privilegiado para ese estricto rendimiento, es asimilable al asno que tira la coz, grosera más allá de toda previsión y demoledora. Esa conclusión unánime ha tenido la fuerza de hacer desaparecer el zumbido que, hasta entonces, había acogido sus palabras al empezar él a hablar en condición de jefe o al dar una orden. Desde la granizada, es decir su segunda vía de hecho con Carovino, cuando, teniéndolo en el suelo lo cubrió de golpes, sólo se respira quizá más fuerte, de parte de algunos que tiene bien ubicados. U otros hacen muecas, pero no ese viento en un desafío tan abierto. Por lo que ya no debe contar con sus músculos ni recurrir a amenazas veladas o no.

En cuanto a la 'poquedad', otra es la razón: axiomáticamente se la define en función de un jefe llegado en paracaídas, como el miembro de un comando en una operación bélica. Por haberlo visto salir de pronto de su concha en espiral, como la de un caracol, y nadar en aguas transparentes. Lo peor es que fuera de esa caparazón en que se quedó encerrado voluntariamente por años y en parte como introvertido por naturaleza, apareció en seguida demasiada arena pegada a él. Apareció a los ojos de ellos, para quienes sigue sin alcanzar brillo en el papel que ha aceptado. De ahí que haya todavía predisposición a verlo el peón de una partida de ajedrez jugada por consejeros de la Firma, en perjuicio del personal. Por eso es para tantos, poquita cosa aún. Pero sin nadie, a esta altura, con coraje de patear abiertamente el tablero.

No es que quisieran al de Tolón, pero estiman que el Complejo se merecía a un hombre de más vuelo. Coincidencia tal vez con su propio concepto acerca del jefe ideal: condición que no se atribuye en lo personal. Y ello, tras la dura experiencia de todos con el autócrata Malacarne.

Además de juzgarlo un necio por el tiempo que ha tardado en hacer valer su puño, ello, según los más agudos haría suponer relaciones adúlteras de su mamá, por lo que el viejo Andriolli de quien él ostenta el mismo nombre de pila, sería según la comedilla aquí en el quinto, un mero padre putativo.

Lo que el tiempo transcurrido hace evidente a los ojos de todos éstos, y el cambio se atribuye a la acción persistente del profesor, es un Andriolli que se está diferenciando día a día del Andriolli anterior. Por de pronto lo ven emitir por docenas ideas avanzadas, que en otras épocas ni siquiera le hubieran pasado por la mente. De ahí que ese protector, que constantemente lo acosa, telefoneándole, o entrándole en la pieza sin cumplidos y apropiándose

de la curul al primer descuido suyo, no pare de repetir a todos, que su dilecto alumno está escurriéndose por gotas pero sin pausa, hacia la izquierda; lo que a algunos de la oficina les hace comentar que mejor sería que se fuese consumiendo de a gotas rápidas, en cuanto a la candela de la vida. No le auguran la muerte en tanto Andriolli originario: quieren que se seque de ese modo, únicamente el usurpador como tal. Pues entonces se reanudaría la guerra de sucesión: forma de distraerse, en el caso de muchos de los empleados, a fin de no seguir muriendo por aburrimiento, o por creerse coagulados en sus asientos, así delante de cuentas insípidas.

Por su parte sigue aguantando a su ángel de la guarda: es una avispa que echándola vuelve con más porfía. Y deja siempre el aguijón, llevándose gotas de su sangre nueva a causa de los Idus favorables y poniéndole un escozor en el cuerpo que ciertas noches lo vuelve insomne. Aun así, con ese bicho no tiene escapatoria: además de serle él deudor por haberle desplegado delante mucho mundo que siempre había rechazado apriorísticamente, antes de una experiencia siquiera sumaria; y aunque se lo ha mostrado con esa lente del activista que termina invariablemente en conclusiones a simple golpe de martillo y no por fuerza lógica, lo ha ayudado en su propósito de librarse de algunos principios y dogmas y con ello le ha acrecentado la alegría. Y aun las extenuantes repeticiones del tipo, le son útiles, por haberlo purgado de su miedo añoso respecto de los 'ismos'. Son en definitiva, ésta es su nueva óptica, de la familia de todas las otras palabras. Se toman o se dejan.

En cuanto a determinados criterios que el profesor despacha como incuestionables y relativos a la significación global de su puño en acción, no tiene por qué dejarse encandilar. Le ha escuchado en materia los más extravagantes diagnósticos y pronósticos; si bien de su parte tiene que admitir que su golpe tan neto en una cara ajena puede abrirle caminos; sobre todo cuando el baluarte derribado se parece a sus castillos en el aire de estos últimos años. O sea, si él es físicamente fuerte, no aflojar ante hermosas palabras por sonar bien. Sin contar que el que es 'un duro', no debe ceder a razones ajenas sólo por no tener a mano elementos expeditivos para rebatir. Pues a la larga, toda afirmación recibe la negación que la hace desmoronarse, aunque por siglos enteros se hayan esforzado las bellas artes en secundarla.

Respecto de la podredumbre que aquél encuentra tan solo en este lado del puente, aparte de todo es un olor al que está acostumbrado. Además si algo se sigue echando a perder, ¿por qué clamar en el desierto? Lo que está pútrido camina solito hacia la destrucción o desaparición, tarde o temprano. Y queriendo revolver la porquería para enviarla al basurero, es fácil ensuciarse los pies y las manos. La acabe pues el profesor de quererlo metido a revoluciones. Es jefe de una oficinita y no pretende otra cosa.

Obviamente alguna razón seria tiene el tipo: entuertos hay como arenas en el Sahara; abusos y ofensas, doquiera; y de rentas desproporcionadas respecto de lo que puede necesitar un hombre para saciarse en todos los órdenes, hay

noticia diaria. Y si todo eso proporciona un argumento a su protector, ¿qué hacer por su parte? ¿Sostener con su sola palma, un sistema que tal vez está viniéndose abajo por varios costados? ¿Aplaudirle entonces aquello en que tiene razón? ¿Se conformaría dentro de tales límites? Pues objetarle una coma es recibir los peores insultos en cadena. ¿Y los gritos? ¿Y los santos que ataca? Una responsabilidad, en suma, hacerle frente, respecto del canonizado contra el que se desate. Ya que él, por lo que le atañe, más que no creer, continúa rechazando la clerecía. Una forma, de paso, para no llegar a decir lisa y llanamente que en su sistema podría estar cuestionado hasta el propio Dios. Eso no desea hasta ahora dilucidarlo. Ya que está el Andriolli pertinente aún involucrado muy mucho, pese a este otro Andriolli en las cuestiones ultraterrenas muy cerca de un librepensador. Sin contar que, de cualquier modo, la blasfemia y la impiedad, si ese asunto de los curas resultara verdadero, habrían sido incrementar estúpidamente su pasivo, a cambio de nada, pues con esas conductas o sin ellas el mundo sigue tal cual.

Para colmo, el profesor lo odia a San Francisco y confuta su vida ejemplar, amonestación para la humanidad toda. Para alejarlo de semejante disparate, a su vez clama contra la madre de Marx o de Lenin, señoras de las que nunca halló nada en los libros, que las rebaje. En ese momento el energúmeno se interrumpe, diciendo que en lo personal no es pertenencia de esos dos, Marx y Lenin, pues sólo se allana al curso inexorable de la historia. Lo resume en las frases, que repite de memoria sin tocarles una palabra: 'No acepto nuevos dioses en reemplazo de los que ya se desplomaron en mi mente y en mi corazón. ¡No más altares para nadie! Yo, caro Andriolli, soy progresista, por ser una carrera hacia una meta. Cuando la alcance, tras las primeras polémicas sobre la manera de orientar la barca del Estado, seré en cambio anarquista'. O sea tiene fachada y contrafrente, con un negocio en cada lado y amoblados en forma distinta.

Con su ángel custodio, un pacto de no beligerancia; pero únicamente por ahora. Pues a él ya le ha dicho, que producido el derrumbe no mirará en la cara a nadie. Para ese señor, el hombre en sí es un ente llegado al azar en seno a la humanidad. Un mero individuo que no puede prevalecer frente a los intereses de millones. Muy dura conclusión en lo que a él Andriolli se refiere, pues si tal concepto adquiriese estado legislativo por voluntad de una mayoría enfervorizada, el hijo de su mamá podría ganarse su tiro en la nuca, en acto o en potencia. Por lo que, cual Andriolli criterioso, no tiene gana alguna de que se eche abajo la actual sociedad organizada para que caiga de una vez en el lado que ya lo ahoga a causa de las palabras de ese visionario cruel.

Además, siempre disconforme, pues si uno está contento de haber ejecutado una buena acción, exclama: '¡Lástima que actúe cristianamente, mientras el deber histórico es de recurrir al bien o al mal, eligiendo de ellos el que más acerque al puerto del fatal destino! Hay mucho que es bueno y parece malo. La vista debe sobrevolar el cieno y sus condicionamientos morales y atender

al futuro luminoso'.

Por tales arbitrariedades de planteo, por su parte maldice a menudo a este importuno, sentado en la curul en una descarada usurpación diaria. Sin embargo a un paso de poderlo arruinar, su alma piadosa afloja: dos veces ha contestado a policías en la tarea de recoger datos incriminatorios, que es persona de sana moral, costumbres sin tacha, prudentes recursos económicos y actividades comunitarias concordantes con el orden aceptado. O sea, en especial respecto de las finanzas; como si toda vez que terminan en un local no pagara invariablemente Andriolli. Es cierto que el tipo hace sonar en el bolsillo las que han de ser siempre las mismas monedas, pero sin contribuir jamás. Por lo tanto, pecunia bien cuidada.

A la Araña Aterciopelada no han vuelto. Quizá porque el profesor guarda un enojo específico y lo mantendrá por mucho tiempo, por haberse él escapado trepándose al primer ómnibus sin importarle el recorrido. El rencor por ese descomedimiento, sigue tan vivo que toda vez que topan con un vehículo de esa clase, la voz del profesor truena: 'un estorbo como el que está pasando, nos divide'. Por eso, de su parte si tiene el ánimo caído, ante ese reproche se augura ver quemados todos los ómnibus de ese color y formato y que así llegue el olvido.

Los días se subsiguen, acontecen cosas extraordinarias en los lugares más remotos, nace y muere gente, etc., etc., pero su custodio continúa creyendo que es idiotez entonar, siquiera a media voz, o entre dientes si más no fuera, un motivo musical en boga, por lo que él se abstiene de contrariarlo aun en ese detalle. Hasta es el canto en general lo que deplora, sin ahorrar palabras agoreras como la frase que él recuerda literalmente: '¿Qué es levantar el tono en forma de canción o de rezongo? ¿Gritar que estamos contentos de tener el barro hasta la rodilla? El que canta alegremente, un día llorará a cántaros.'

El profesor es un sabelotodo. Ya lo ha atiborrado de informaciones estadísticas: ideas en una entrega al por mayor: sentimientos contradictorios. El resultado y las perspectivas, a él, en cuanto a su propia formación y estabilidad intelectual, no le parecen nada convincentes. En sus reflexiones se le cruza ese material de baja o dudosa calidad y le complica todavía más el conocimiento a su alcance. Sus nociones más importantes están ahora perturbadas o directamente en crisis. El profesor en sus afirmaciones, siempre tan categóricas y definitivas, choca con la convicción de él, de que la verdad gira alrededor de las personas pero sin dejarse copar en su integridad. Por eso lo encuentra; aun con los atributos que aquél asigna a la mercadería que ofrece con tanta insistencia, para que uno se la reciba a ciegas y se la acerque al corazón y al intelecto; un abigarrado pedante. Pues en esa promoción de su **stock**, para peor con tantas palabras que emplea mal; llega a ser tan confuso en lo más saliente, que el interlocutor saldría aturdido si no tomara todo eso con pinzas. Por otra parte tampoco es posible para uno, lograr asirlo en una posición definitoria. Es querer sujetar una masa de mercurio. Así, cuando al cabo de escu-

charle una tirada interminable, por su parte días atrás le observó: 'en conclusión, sumando bien, Ud. es un progresista', y con ello él sabía de oponer a la indefinición de ese hablador otra indefinición por caber tanto dentro de esa calificación. . . le respondió asombrado: 'soy democrático, no más allá'. A lo que, por su lado no le quedó más que conformarse, pues (ya le pasó en otra oportunidad) si le hubiera dicho '¡bravo demócrata!', el profesor habría reaccionado vivazmente gritando: 'no confunda, demócrata en cuanto soy esencialmente anarquista'.

Mientras tanto, el color o un simple tono, rojo o tirando a rojo, lo pone en todas partes como la gran maravilla desde 1848 y por los siglos de los siglos. Y si donde debiera resplandecer se lo ve desteñido, porfía en sostener que no hay tal rebaja. La razón siempre la quiere para sí. Su rojo con tendencia a cubrir el Universo, es una obsesión y exige que todos la compartan con él. Tan lleno está de ese color, que es como si le brotara de los ojos y de la punta de los dedos, en ese discurso hecho de palabras y de gesticulaciones. Y cuando se lo ve inspirado y pareciera querer hechizar al interlocutor, surge, en ese embrujo, una sensación de rojo muy vivo, como si se alzaran llamas y las gobernara parado en el foco mismo de ese incendio. Las llamas del diablo en las viejas estampas.

Reflejos de ese color programático se desprenden de una nota de pésame que escriba a quienquiera; del mero recibo de una suma; de los trazos con el lápiz mediante el cual aparentemente sólo ha escrito en negro; y del saludo que emplee para una persona mayor y hasta para un niño.

En suma, el rojo elevado a esencia de lo existente, con predominio sobre los cuatro elementos de los antiguos, en su orden: aire, fuego, tierra y agua.

Por su lado, a menudo no sabe qué hacer con un sujeto semejante. Pues, si como Andriolli buen lector le pide que recorra unas pocas líneas con esa vista de águila que capta fácil aun las letras más pequeñas por el tipo empleado, le esquiva la hoja que le está mostrando y pareciera a punto de gritar: ¡Anatema! Si quiere hacerle un chiste para un desahogo de ambos, muy raramente lo deja terminar, por tener que rectificarle algún dato estadístico erróneo, que bien puede referirse a la producción de aceite de coco o al número de boinas en uso. Y aunque no haya la menor relación, en todo momento concluye agarrándosela con 'la Inquisición de los curas, en 1400'. Y lo cansa a uno, repitiendo anécdotas acerca del 'hebreo Torquemada'.

Pero lo que más lo tedia, son los libros y opúsculos que le empuja bajo el codo, emplazándolo a leerlos, y, hecho, a comentárselos en detalle como en un examen de escuela secundaria. Por suerte él sabe vengarse: si están sin abrir, corta cuidadosamente las hojas y toma por encima, frases sueltas del texto, mientras se esfuerza por aprenderse el temario del índice de la obra. Ese recorrido, de regla le basta para su propósito; aunque es más prudente con los libros que le pasa ya abiertos, sobre todo si aparecen anotaciones. Lo sobrevolado en tan gran escala, lo imagina: por tratarse de asuntos ya muy trillados

y frases hechas, sabe que poco puede equivocarse en líneas generales. El profesor, al escucharle la exposición de lo supuestamente digerido, sólo encuentra que 'traga como de costumbre, por mala masticación y así no gusta el encanto de un buen manjar, aunque de cualquier modo ha cumplido el grueso de la tarea encomendada, por lo que le pongo un siete'. Una calificación casi invariable, aunque ha tenido algún ocho; lo que demuestra que tampoco el examinador ha leído nada, o, habiéndolo hecho, no está en grado de recordar lo bastante como para advertir que él refiere y saca conclusiones, inventando.

En cuanto a los libros sobrecargados de números en columna, cuadros comparativos y demás recursos de la estadística para expresarse, le dan pie para enfrentar al profesor con gran vehemencia respecto de la inutilidad, a su criterio, de tales estudios, en el campo de las ciencias sociales. Y el otro, tras una invariable explosión inicial, todas las veces acaba razonando tranquilo y según un esquema ordenado en el planteo de la réplica, que, eso sí, se hace interminable. Pues lo va cubriendo hasta la cabeza de cifras: de habitantes, de producción de hierro en bruto y de aceros planos, de metales críticos, de carretillas, etc., etc., demostrativas del porqué aun en una guerra convencional el Este derrotará al Oeste. En el curso de estas respuestas de inspiración bélica, hay instantes en que en lugar de junta de números, cada cifra es como un golpe en su cabeza, con un martillo cuyo lado macizo consistiese en un compuesto de erudición comprimida, para modificarle con violencia el contenido de su cerebro. Lo peor es que a él, fuera de su sitio en la contabilidad, los números le producen bostezos. Además ¿cómo acogerle los argumentos, si mientras su protector asigna números contrapuestos a la producción de lingotes en los dos lados en pugna, respecto de la cosecha de soja, él por su parte ignora la precisa identidad de esta última?

Ya en otro sentido, sería reticente si dejara creer que desde la promoción, sólo habla con sus subordinados, o respira, bajo el peso de la dialéctica del profesor. Mantiene el grueso de sus viejas convicciones. Le interesa que se sepa.

Mientras tanto, acaba de alquilar una linda pieza en el barrio de los cines y muchas noches está en platea recorriendo el mundo filtrándose en las vistas que desfilan por la pantalla del Roxy. Luego vuelve a casa y como antes, lee y relee, sin cansarse nunca. Ya no se cepilla, ni nada prepara con anticipación respecto de la mañana siguiente, pues según su nuevo estado y la nueva costumbre no se preocupa más, ni de las advertencias del reloj del nuevo campanario, ni de la prosopopeya administrativa del reloj de un ministerio, que ahora hace las veces, aunque sin ínfulas, del reloj municipal de antaño. Está pues definitivamente libre de horas señaladas, sus toques y repiques.

Al café de los cuatro espejos, el viejo La Arañita, concurre raramente; más por las reverencias del propietario, que tira con sus cardiopatías, y que a las reverencias agrega un gesto como si levantara el sombrero, que obviamente no lleva puesto en el negocio. Saludo obsequioso, sin duda. Pero no podría decir

que vuelva por nostalgia.

En cuanto a mamá; habiéndose él desligado de los lazos de toda clase tan de golpe y por ende con alguna chapucería al creer en la viabilidad de un rechazo total sin hacer distinciones obligadas, y por hallarse en medio del cargo como si estuviera en alta mar; sigue postergando el envío de esa cartita que tiene redactada en su mollera y con la que hacerle saber el resto de los avatares de su Jaimito, después del ascenso a jefe. Y como ella es muy susceptible, mientras él no tome la iniciativa escribiéndole, a su vez lo tiene sin noticias.

Su pueblo de nacimiento, por lo demás, se ha apagado bastante para sus ojos y preocupaciones. Ha de estar sin embargo aún más metido en el fondo de su inconsciente, de seguro a la espera de hacerle alguna de las suyas: no lo duda. Pero pensar lúcidamente en ese villorrio, ya no es una actitud suya habitual. A veces, al sentirlo próximo a manifestarse, es como si su mano se lo apartara de golpe. La ciudad, tras su promoción, lo ha capturado definitivamente. Además, recuerda siempre que en un par de años cambia toda la materia corporal de uno, por lo que ya no tiene ni un átomo de los minerales y del agua de esa proveniencia pueblerina. Se ha rehecho de la cabeza a los pies, con agua y minerales ciudadanos. También se ha montado urbano, en estos pocos meses, y si algo forastero pudiese quedarle y descubrírsele en el toma y daca de una conversación o de un altercado, no será el acento, que se ha desvestido de todo dejo de allá. Le queda tan solo, en su documentación personal, el nombre lugareño de ese pueblito.

Pero, mirando bien a todos estos progresos, en la esencia sigue siendo él; o por lo menos no percibe una sustitución cabal por otro Andriolli absolutamente renovado. La timidez, es verdad, no es más la humillante retirada de sus músculos y cuando reaparece, ya es en forma de un arrebato agresivo de ellos y del cutis, con mayor prescindencia de su interior. Lo toma negativamente algunas veces, todavía ahora, pero la llamarada en la cara es más pasajera. Pues al presente tiene una levadura íntima que lo hace engallarse más pronto, en especial si hay público delante y por ende varios con quien alternar con la mirada. Pero si en tal reacción surge la autocrítica, sí, como entonces, ya está perdido. Se halla sin resguardo y tan flojo como cuando era empleado raso: queda con los ojos clavados en su sitio. Por suerte la noción de un puño nuevo en su bolsillo, le apresura la recuperación, por brindarle la filosofía del profesor y del abogado Cuadrado. Se pone en efecto a valuar las posibilidades suyas y las del oponente; y si no es uno sino hay varios, se complace en representárselos en medio de una aurora donde cada uno reciba el tiro en la nuca y caigan sucesivamente como amapolas arrebatadas por un ventarrón. Así se recupera, aunque no siempre en forma definitiva. Pues no falta a menudo una inmediata recaída y ya le es imposible reconstruir la hilera de los que van a morir. Y se adueña de él y de sus fibras, incluidas las morales, la obsesión invencible de negarse, de empequeñecer y por tres o cuatro días corridos hace

la vida misérrima de la oficina a casa y de casa a la oficina. Pero a la postre el cuerpo reclama y la mente se rebela: necesita de sol y de tensión muscular: corre al gimnasio, hace ejercicios varios y por fin se restituye entero al Andriolli con un futuro promisorio.

Las mujeres siguen siendo una charada. Abordarlas en la calle con la porfía y la paciencia de un Don Juan peripatético, le es imposible por parálisis repentina a la altura de las rodillas. Por lo que, hoy que es más presentable, escribe cartitas a desconocidas en busca de relaciones libres, a través, ellas, de anuncios en ciertas revistas de las que en el pasado siempre desconfió, justo por incluir material de esa clase. Y aunque con algún resultado muy modesto, no se juzga con razón para desanimarse, por lo que ya va por el vigésimo intento. Y si a cuentas hechas no serán las hazañas de Malacarne, algo fríe; aunque sobre un fuego que a menudo se angosta y se apaga. Pero, seguro él de que un día los frutos serán más copiosos y de más jugo, en la duda encuentra un suspiro muy hondo de consuelo.

En cuanto a la novia oficial que se había prometido en la noche insomne después de la gran nueva, ya no hay nada por el estilo en el centro de sus ideas. Los augurios extraídos por el profesor del vuelo de los acontecimientos, no le aconsejan por ahora de asentarse con un matrimonio: la Revolución puede llegar de improviso y mudar todos los valores actuales.

En la casa donde habita desde tan poco, hay una maestra que tose cuando él vuelve del Roxy. Pero además de las campanas a rebato a cargo de su protector; quien siempre le anuncia horas negras y mortuorias al fulminar como hace las justas nupcias, o **justae nuptiae**, en especial desde que ha olfateado la simpatía; la pobre es realmente pálida y ha de tener un último hilito de vida en una voz lánguida como, en estos tiempos de vaivenes políticos y económicos y arrogancia gremial, se ve lánguida la llamita del gas. Pero ostenta un moño para adorno, en la solapa del invariable traje sastre: moño ancho y que mariposea al igual que los que se despliegan con sus pétalos como de florcitas, en las cabezas de las niñas de los primeros grados. Él ya está enamorado, si lo que siente merece esa honrosa palabra, de ese agregado en la solapa, y por reflejo, de la maestra; o sea, como quien por afición al párvulo, se descubre una peligrosa inclinación hacia la madre que lo lleva de paseo todas las tardes. Siente, sí, desde algún día una debilidad por la persona física, pero el moño es más expresivo que la flacucha y ganas tendría de arrancarle pedacitos a esa tela: sería, por los efectos en su mundo íntimo, repetir simbólicamente y para su coleto, la hazaña de Prometeo. La que a los hombres les valió la posesión del fuego del Cielo. Y en su caso, conducirse mejor, por la fuerza redentora del amor, entre las tinieblas de lo externo y entre los recovecos de su vida escondida.

En otros momentos, lejos de buscar similitudes, reconoce en ese propósito un mero capricho y ya no le tomaría un trozo de nada de lo que ella lleva encima, sino que la desvestiría hasta de la ropa íntima, para verla desnuda. Es

tonto, pero esa mujer le causa una impresión agridulce. Como ciertas salsitas que lo hacen fantasear.

Una de las noches, en efecto, soñó con el nudo como punto central y detrás un macronudo y, más hacia el fondo, mirando furtivamente, ella, la mujercita. Era blanca como un narciso. A su vez, la apartaba con una mano pero volvía cual una flor desconocida brotada en el momento. El día siguiente, de frases y dichos que pudo recoger, dedujo que estaba enferma. Más tarde, de noticias muy frescas, que era fiebre alta. Y por fin, le llegaron versiones de que se había pedido una consulta de facultativos y que se reunirían cuanto antes. Con esta información a medias, pero encima de él como un enorme peso, al llegar a la oficina, pues es asunto de las últimas horas, no tiene ganas de nada. Está ansioso de conocer quiénes serán los médicos, aunque no dura sobre esa curiosidad: lo absorbe una visión. En ella campea el bendito moño. Sus manos, ajenas, sólo revuelven la papelería del escritorio, como si fueran manos de un autómata y mala la programación. El moño lo divisa bajo la sábana, muy limpia. Sube y baja agitadamente, como si fuese la enferma. Ahora, sin embargo, en el sello en seco, de forma oval, en el lado libre de un documento de los extendidos sobre su mesa, se le forma la cara de la maestra y esos ojos lustrosos y afiebrados lo observan y lo reprenden. ¡Pobre muchacha, después de todo! ¿No podrá ese mal llevársela? Experimenta una fuerte desazón y de los papeles que tiene delante, por más que se esfuerce no entiende nada, ni puede leer todas sus palabras y menos con precisión las cifras. ¿Y si realmente la moribunda lo está llamando? ¿Puede continuar pegado a la curul como un animal feroz? Está justo entre el sí y el no; pero, abandonánse en manos del espíritu que a su parecer lo está mandando, deja todo abierto o como está, y se apresura a volver a su casa.

Llegado a la esquina, a unos pasos de la meta, se paró para determinar si había algún movimiento desusado, anticipo creíble de una tragedia reciente. Pero debe suponer que no hay para tanto: dos niños de la vecindad están en la acera, delante de la entrada que lo aguarda y juegan a los bolos. Ya en el umbral, siente el olor, más intenso que por la mañana, a desinfectantes; al subir la escalera, es a lisoformo, aunque le crece la duda, tal vez por asociación de ideas y de sonidos y piensa en el cloroformo u otra forma más enérgica de anestesia. En el primer rellano, le impone respeto el apartamento de esa familia (su piecita está en el segundo). La puerta está entornada y desde adentro se oye un cuchicheo, semejante al de médicos tras una consulta, en los instantes de la despedida. Se para delante de la hoja, sin respirar: de la conversación en sí, que ahora no parece final y le llega muy confusa, no pesca absolutamente nada. Pero de pronto, de allí dentro sale un grito desgarrador, choca con lo más sonoro de una araña u otro artefacto o algo por el estilo, que no percibe desde su sitio, y el retintín, para sus oídos se asemeja más a un lamento que a cualquier otra cosa. Contrae sus músculos alrededor de las sienes y cierra fuertemente los párpados, si no los dilató; todo para no estallar

en un llanto, si bien una lagrimita se le escapa del ojo derecho y le baja por ese lado de la cara hasta el mentón. Si no fuese selvático y grosero, saludaría a los padres: hombretón él, de seguro, y pequeñita la madre, muy probablemente; por ser la pobre una mezcla presumible de dos vertientes que no deberían apartarse de ese esquema suyo del papá y la mamá. A pesar de que a ella nunca la ha visto de cuerpo entero sino recortada su figura en la ventana, en distintas formas según se le acercase o no.

Dos padres, a la vez dos tajadas de pueblo auténtico.

Entrando para ese saludo, sería fácil precipitarse en la otra habitación presumible, echársele a la enferma a los pies con el mayor ímpetu, así mal recogidos como habrán de verse al término de la cama, y como locura extrema besarle una mejilla. Y ahí, casi sofocado por la emoción, gritarle que la ama y que de morirse, lo harán juntos estrechados en un abrazo.

Ahora crece el diálogo desde adentro, intervienen más personas que el par de médicos o poco más, de una simple consulta, y hete que lo sorprenden como hecho inaudito, unas risitas sofocadas y de rebote un aparente reclamo, en un siseo, por tamaña desvergüenza.

Pateó en el suelo por indignación: degollaría a quienes en ese sagrado lugar, no parecieran comprender que la muerte puede estar subiendo el tramo de escalera, a punto de concretar su hórrida tarea según su carné de arrebatos para el día. La Parca a él le está rozando la nuca. Es el contacto de manos frías como hojas de acero, que acaba de sentirse encima.

En este momento ve todo clarísimo, como si asistiera a una proyección en el Roxy. En la habitación escuálida, un bisturí de extraños reflejos y muy afilado, está haciéndose un festín con tendones y haces fibrosos, bien ensangrentado ya. Goza el instrumento y quizá goce el cirujano; aquél por el sonido de ese trac trac al penetrar la hoja en la carne profunda de la paciente. Significa que el resultado de esa reunión de doctores sabihondos y el entendimiento entre ellos, han consistido en darle al carnicero de turno, libre iniciativa con el pellejo ajeno. Sin considerar que por ahí, en el instante del corte y por un acceso de locura, ese operador bien podría tajear a mansalva.

Siente cómo le salpica la tez una andanada de esa sangre joven y tibia, que ahora huele en sus fosas nasales.

Recomienza el parloteo, más cerca de la hoja, ahora entreabierta y que alguien mueve dentro de límites muy cercanos, adelante y atrás, en un juego ocioso. ¡Infame distracción en este momento! Pero peor, unas risitas sacrílegas. Las nota muy desprejuiciadas, aun bajo la mordaza de los pañuelos tapando las bocas. Quizá un resto de pudor, que evita el estallido de la carcajada. No se cuidan en cambio de esa trepidación, cual granitos tirados contra los vidrios que allí dentro han de corresponder a varias ventanas, por esas risitas no siempre bien sofocadas.

Pero en el acto de llegarle una clara risotada; quizá por rebeldía a esa represión, o como simple bravata de cínica, pues es de hembra; quiso perder la

cabeza: lanzó un puñetazo contra la puerta. Ante lo cual, una de las de adentro, pues son definitivamente mujeres, formó un grito de espanto. La hoja se abrió entera y él retrocedió unos pasos.

"Diga" —le gritó la portera de este otro edificio, que ha recibido el reflejo del puñetazo en las nalgas— "¿se empuja una puerta de ese modo?"

"Suceden cosas para que a una se le crispen los pelos" —protestó otra— "Hoy, un cualquiera comete cualquier acto. Más que un gran pintor, como en ese filme de reciente estreno en el centro"

"¡La puerta, la puerta!, a ese tipo le tengo pavor" —reclamó una tercera, horrorizada.

Y ésta misma, una maestra amiga de la enferma o muerta ya, cerró tirando la hoja con tanta fuerza, que pareció estar por saltar de los goznes.

Él baja la escalera, aferrándose por primera vez en esta casa, del pasamanos; como si necesitara de usarlo, por casi fallarle las piernas, como le está pareciendo. No consigue explicarse tantas estupideces suyas, en tan breve tiempo. Como si sus últimos meses se hubieran esfumado. Es de nuevo el necio que aguantó a la Carletti, durmió en un banco de iglesia por un miedo imaginario y se debatió en ese dédalo de restos de escaleras y de tablones, para acceder a la oficina de ese rufián esquizofrénico. Ese Coco: cual si fuera no un funcionario petulante, sino el nombre de un sombrerito para ponérselo uno en Carnaval, como parte del disfraz.

Lagartija como antes, no un jefe: eso es él en estos instantes y con pocas probabilidades de salir a la superficie.

A media bajada, lo pasaron dos vecinas muy de prisa. Y a una que no debió haberlo tenido en cuenta, la sintió decirle a la otra:

"Ha hecho un ratoncito. ¡Qué monjita la niña!"

Ya las dos maldicientes en la planta baja, se paró a mirar cómo subían el tramo otras dos moradoras, también con una extraña sonrisita en los labios. Quisiera alcanzarlas y pellizcarles los muslos bien a la vista. Luego tomar a patadítas sus trastes, mal hechos y ambos flor de chismosos. Las oyó llegar al rellano y tamborilear alegremente en esa hoja infernal.

Aquí, a lo largo de la calle, deseos tiene de darse trompadas. ¡Qué facultativos, doctores y médicos, una sinonimia casi perfecta entre las tres denominaciones y para una sola morralla! Comprende por qué al hablarle, la portera le había comentado que la muchacha estaba bastante mal, pero al decirlo medio sonreía. ¿Cómo no haberse dado cuenta de que por superstición, nadie se alegra de una enfermedad ajena? Esa mujer sabía del ratoncito muy al borde de romper las costuras de una panza ya muy a punto. ¿Qué había estado viendo, bizco o ciego en todas esas ocasiones, cada noche al volver del Roxy y desde la acera de enfrente para mejor ángulo visual? ¿A una mujer constante, apoyada a los vidrios de la misma ventana? ¿Pero, a qué fin ella? ¿Reservarle el papel de editor responsable, de un hijo en puerta y espurio? No progresaba, pues, ninguna tisis al galope, en esa entidad pensante. Pensante sí, pero para

mal.

Cierra los ojos con esfuerzo, para no estallar en algo. Quizá nada esté definido. ¿Qué pruebas tiene, no siendo los dichos de las dos maldicientes, las risitas al pasar, las apariencias concordantes y discordantes y cual interpretación global, la suya únicamente? Pero si en realidad acontece lo peor, lo peor cumpla su obra: el escándalo sea escándalo y con gran resonancia. Por ejemplo, si el nacido es un monstruo, un bautizo sólo condicional y según las palabras 'por si eres hombre'. Y si es menos todavía, simplemente una masa carnosa, mola o algo por el estilo, que se sepa que ni siquiera cupo ese acto eclesiástico con reservas. Que no hubo nada, por no haber persona, ni presunción. Y por su lado, respecto de ella cuando se encuentren cara a cara, obtenerse, cueste lo que le costare, un aire zumbón y preguntarle muy encima del rostro: '¿para qué te enchufaste ese antojo de quererme pescar? ¿O jurarás que todas las veces, unas trece o catorce seguidas, sólo repetías el recuento de las resquebrajaduras tan insólitas, en la pared frente a tu ventana, al otro lado de la calle?' Sí; nos hubiéramos casado, aun con el estrafalario paquete en viaje hacia este mundo... Pese a las risitas, cerca del altar de la celebración del contrato, o en el patio de la casa parroquial, o en el registro civil, por el hecho prematrimonial de suyo tan invitante al buen humor y a la risa descosida. Sin que mamá, en la comunicación posterior a las nupcias, tuviese motivo para adivinar nada. Y con el tiempo, en una foto muy coqueta, él, nosotros dos y nuestros hijos, ya viejita ella, formando un retrato de familia sin indicio del fraude. Él a lo mejor el más simpático para mamá, ya muy cieguita. Sí; pues habría llevado mi apellido como harina de mi costal. Unos llantitos tuyos, suficientes para inducirme. ¿Qué no consiguen, esas lágrimas de mujer, de un tonto enamorado? Destino de un pobre Andriolli y del más altanero de los varones, si el llanto es bien empleado y mejor dosificado.

Quizá mejor que este final, si ella se hubiese muerto con el encargo ajeno cerrado aún en su matriz. Harían girar el ataúd, tal vez un cajón de los más pequeños en el mercado, siguiendo la espiral de la escalera. Él lloraría: una semana, dos, tal vez tres o cuatro, con los ojos vítreos. Y después algún lagrimón, siempre no más de uno, durante años, al atardecer. Y con eso, todo, por la eternidad, como cuenta cerrada y con la papelería testigo, archivada.

Pero está viva: una diferencia irritante.

Enfrenta el edificio donde figura en su sitio su oficina. Si le pidieran si ha llegado por una calle terrenal o una vía del cielo, no sabría responder. Haya sido cualquiera su forma de venir, no recuerda haber empleado las piernas, ni visto gente o vehículos, ni casas de un trayecto conocido o ignoto. Sin embargo, esforzándose, le parece recordar una bandera con uno de sus bordes desgarrado, la de una multinacional que conoce y ubica. Ha merodeado, pues, como un sonámbulo, por más de dos horas y con los ojos abiertos. Se observa los zapatos: tienen aire de cansados y de haber recorrido muchas cuadras. Y los ha arrastrado por algún camino de tierra: el cuero está cubierto de polvo y

alguna punta de alambre le ha hecho una marca en forma de signo interrogante bien visible, en el zapato derecho. Ahora algo le viene a la memoria: parte creciente de un material que estuviese apilado en su mente para ir apareciéndole de a poco. Sí, hubo una espiral o algo así, de la que salió, o con el pensamiento o con las piernas; si bien, por rigor lógico, fue por éstas y no por aquél, que logró zafarse.

Lo cierto es que ha dado muchas vueltas: el reloj municipal ostenta las dieciocho, con ese lindo seis en números romanos.

Subió a la carrera para dar la salida a los empleados: todos los que en la oficina le pasan cerca, le observan el calzado, aunque nadie pregunta.

Ordena dejar lo pendiente para el día después y se dispone a meterse en su pieza. Pero antes de ello, una del Montón le advirtió:

"El de siempre" —y se sonrió con suficiencia.

Él sabe de quién se trata y ganas tendría de mandárselo por encomienda a Lucifer. Está en la curul con la cabeza tirada hacia el respaldar, como muerto u objeto inanimado. Nunca lo ha visto en ese estado, ni ha supuesto que, siempre cuidadoso para aparecer un ente perfecto, pueda dormir, tan reducida la cavidad orbital y hundido el contenido de ella, en sitio tan poco guardado. Si sigue vivo, por su parte diría que en algo ha de estar faltándole a la disciplina del Partido.

Escucha en busca de indicios de respiración; y por si acaso, precavido y con temor reverencial mantiene distancia, no queriendo tocar quizá un cadáver.

Pero cuando estaba medio seguro de un hecho cardíaco fatal, desde la garganta salió un quejido, que bien podía ser tanto de un rojo como de un negro al no caber una distinción plausible, políticamente hablando. Y tras las varias travesuras de ese grito trunco y una fuerte sacudida en esa cabeza, el profesor abrió los ojos, despierto normalmente. Se palpó un bolsillo y sacó un diario que desplegó sobre el escritorio.

"No dormía, Andriolli, fingía"

Él en cambio lo ha visto muy bien y no era un hecho ficto.

"Duerme el hombre que vegeta. O quien está envejeciendo inexorablemente. ¿Cuántos años me adjudica?"

"Cien" —contestó molesto.

"Si realmente se hiciese regla adormecerme, como esta vez, durante el día, estaría tocando mi fin corpóreo. Morir antes del tiempo lógico, visto mi óptimo estado de salud y la misión comunitaria que me espera, sería como tirarme de su balcón a la calle"

"¿Ve mis mocasines indecorosos?"

"No miro esas zonceras. Sólo estoy alerta, Ud. lo sabe, respecto de ideas y hechos importantes. Ojee aquello. . ." —y le indicó el titular de un diario.

Por su parte, como por una improvisa regurgitación de lo que había estado barruntando mientras sobrevolaba los hechos concretos, tomado por un deseo

de desahogarse y para esconderle su cara al profesor, se dirige a la puerta ventana y sale al balcón. Tiene gana de llorar, exclusivamente de sí mismo y de su alma, por la manera como se siente hecho, que no le agrada.

"¿Ya lo sabe, verdad?" –preguntó el profesor sin levantarse de la curul y haciendo los cuernos con los dedos– "Ha telefoneado un desconocido diciendo que lo han visto meterse en una iglesia. Y lo peor, mostrando los labios en una plegaria. Ha vuelto a ellos, querido amigo. Si no se explica en seguida, creeré, para el día de los tribunales nuestros, que recibe dinero de los jesuitas. Pero para conseguir ellos, a través de la lengua de Ud., ¿qué informaciones? ¿En mi perjuicio, tal vez? El polvo de ese calzado que lleva, es de una iglesia de los aledaños. Lo conozco por lo blanquecino"

"Entré y brillaban muchas luces. Encendidas unas doscientas velas grandes, todas macizas y nuevas" –murmuró él, sin volverse.

"¿Las contó una por una? ¿Qué se proponía en ese antro? ¿La solución de la cuadratura del círculo? Querido, le ofrezco la verdad, gratis y desde que nos tratamos. Me sobresale de los bolsillos. Hábleme mejor de ese titular: 'El Papa adquirió la ruleta de Montecarlo'"

"Lea una vez más. El periodista emplea un punto interrogante. O sea nos pregunta a los lectores si en realidad hubo tal operación"

"Simple eufemismo, para no acusarlo directamente. Porque el hombre medio vive en el miedo. Además no ha de querer perder a los lectores chupacirios, que son muchos muchos"

"Yo también tengo el miedo multiforme"

"Siente cabeza. La podredumbre de estos países del Oeste y. . ."

"¿Dónde es mayor? ¿A la derecha o a la izquierda?" –le preguntó con desdén, interrumpiéndolo.

"¡Santurrón! ¡Viejo beato bisexual! ¿Está loco? En lugar de seguir hacia el sol, se cierra en una iglesia, en las tinieblas de una iglesia. ¿Qué de grave le ha sucedido para tamaña vileza?"

"No sirvo para nada, profesor. Me siento aguachento: como si desde años llorase en mi interior sin saberlo, aunque al mismo tiempo haya estado riendo. Es mi coraje en crisis definitiva"

"¿Podemos buscar juntos, en las próximas horas, la causa verdadera? El mundo, de suyo, es cero y en ese cero me considero comprendido" –dijo el profesor riendo.

"Locura o sabiduría lo mío, ¿qué queda en pie?"

"¡Miren, ha nacido el superhombre!" –replicó despreciativo el profesor.

Era obvio que no quería adrede ser claro, para aumentarle la angustia. Por su parte volvió al balcón, porque se sentía sofocar. Sus ojos buscan las luces encendidas que serpentean a lo largo de la calle hasta muy lejos salpicando el paño mortuorio de la noche.

CAPITULO XIX

Desde las ocho, anda recogiendo informaciones y ha tenido suerte. Está aclarado que el padre del ratoncito es un funcionario desleal respecto del Estado, que sirve violando el orden público interno; como en su relación con la tísica, a quien le ha manchado el honor. Simple oficial de la Policía, ha trepado en la carrera a fuerza de violencias, traducidas en muertes hechas en actos de servicio y correlativas menciones y recomendaciones.

Sobrándole más tiempo, aprovecha para volver, ya a media mañana, a la pieza donde habita. Consultar un par de temas en el Manual de Policía, del que posee un ejemplar, es su propósito; pero no avanza en lo sustancial, al no encontrar en esas páginas lo que le interesa. Eso no altera su firme decisión: en la duda de hasta dónde alcanza el poder disciplinario en cuanto a aspectos de la conducta individual del personal policíaco, se presentará ante el comisario Pantalani, cuanto antes, y le solicitará que intervenga en el caso. Sabe que habrá maquiavelismo de parte de ese señor, pero confía en llevarlo a una determinación positiva, en salvaguarda de la moral y del resto de la ética. Se referirá al problema con vehemencia, en un planteo breve pero elocuente; o, sin arriesgarse, por el camino pantanoso en que deberá meterse al encarar el asunto serán las suyas pocas palabras usadas en distintas formas y medidas según el curso y las vueltas de su conversación con un hombre tan lleno de malos recursos.

Verlo a Coco hoy, no es como aquel día en que él salvó el hueso del cuello por milagro. Esta vez, para el trámite de subir y bajar, pues ahora aquél ha llevado su despacho dos pisos más arriba, tiene, a sus anchas, la escalera con la calificación pomposa de 'patronal'. Aparte de su mayor crédito a la vista, se le da la ocasión para usarle a algún policía que aparezca propenso a ser fácilmente impresionado, cierta mirada que ha visto emplear. Suficiente para que por ahí; se trate de un agente de plantón en la entrada o de recorrida por el Palacio; contesten a su mohín cuadrándose, por tomarlo por un pez gordo de la Policía o del Ministerio del Interior, de incógnito. Los parecidos, si uno está predispuesto a remedar al tipo de cierto copete, se pueden hacer tan palmarios para los ojos, que al gordo se lo ve menos gordo y al relativamente flaco, estilizado. Además, ya conoce a varios oficiales en la casa, desde ese maldito entonces. Pues ha vuelto en las últimas semanas, por varias razones, meramente administrativas; y su prontuario sigue limpio como cuando él vino al mundo. Hasta ha habido un oficial principal al que sacarle, entre una palabra y

otra, y como el que no quiere la cosa, datos personales acerca del profesor. Los de la cédula de identidad, es cierto; aunque reservándose el informante, el contenido de un papel en el legajo, que, tras ojearlo, le obtuvo a esa fiera una mueca en la cara: la de un policía sobre aviso.

Por todo lo cual descuenta que no tendrá problemas con Pantalani. Además él debe hacerse un hábito: el de concurrir por esos lados con pretextos varios, para pasear un rostro y un porte de ciudadano en perfecta regla con sus obligaciones cívicas. Y saludar muchas veces al año, al mayor número; a fin de que se cree espontáneamente una simpatía beneficiosa. Así si a uno lo llaman para preguntas de ritual, ser recibido como marca la ley, no como un perrazo andariego y poco confiable.

Al oficial principal, de cualquier modo le ha deslizado, por las dudas, siendo uno al que el uniforme le sobra en la espalda quizá por la pretensión de parecer más atareado de lo que está y más campechano de lo que es, que sus contactos con el profesor son muy efímeros. Fue cuando esa mueca de momentos antes, se desvaneció por completo ahorrándole de tener que pensar en ella por días o semanas. Sobre todo al decirle el oficial: 'Las dudas mías no lo incluyen a Ud. Las dudas respecto del otro, están anotadas y a buen recaudo. No se guíe, en cuanto a algún exceso en que lo viera incurrir, por las impresiones de momento. Venga, exponga con absoluta fidelidad sin darle cabida a su imaginación y déjeme las conclusiones. Podría Ud., sin querer, descomponerlo todo. Y eso estaría muy mal, muy mal'.

Obviamente, no aflojará nada que pueda culpar a su ángel de la guarda, aunque llegase a tener pruebas más concretas. Lo tedia mucho, quisiera sacárselo de encima, pero la parte de delator no congenia con él. Además juzga prudente estar nadando entre el rojo y el negro. Poderlo hacer en la ruleta, rendiría para un fortunón.

Ir a ese Pantalani, aun por poca cosa, es frecuentar de paso un lugar atrayente como ese Palacio: uno es a veces saludado a lo militar aun sin aparentar nada; ver en persona a un degollador, fresca aún la noticia de su crimen y ocupando la primera plana de las hojas vespertinas. Esos que, al ser mirados, echan para atrás el infaltable mechón de pelo que tiende a caerles en la frente angosta. Frente de seres poco inteligentes y porfiados. Además de los ojitos crueles. O todo, en ellos, muy coincidente con los rasgos de uno mismo.

Conocer quizá en forma directa el Estado, a través de caras vistas en las publicaciones, y que corresponden a fabricantes de leyes o a quien ejerce la autoridad efectiva, con el brazo y la cabeza estatales confundidos con los propios. Al dicho 'l'Etat c'est moi', la fórmula moderna 'El Estado somos nosotros', no más de un par de miles y con iguales desplantes que ese Luis.

Concurrir al Palacio, en el futuro, hasta para un simple paseo ingenuo a lo largo de los pasillos, ahora que los trabajos de ampliación y reparaciones han concluido y el andamiaje ha sido retirado. Y si bien haya aún corredores interrumpidos por un letrero que se repite: 'Prohibido severamente avanzar',

le gustan tantos patios con algo indefinido pero atrayente. Aunque en esas visitas evitará detenerse en algún lugar dudoso, a fin de no ser interrogado o constreñido a tomar asiento. Ese acto embarazoso, por la orden ajena de apoyar sus nalgas, lo detesta. Puede uno quedar como encolado. Cree algo más en ellos, pero con cierto grado de desconfianza aún. No desconfianza grosera, pero sí sutil.

Esta vez le interesa pasar por delante de las puertas que enfrentó ese día de las ordalías. Al estar haciéndolo, algo capta, pero sin extraer ningún significado unívoco para una moraleja. Muy distinto todo, de entonces. Si se aporrea, han cambiado la hora, pues no está oyendo los gritos que trata empeñosamente de descubrir. Y algún pito que siente sonar, ya no le despierta temor. Fuera de que su cara ahora acepta golpes, pues su puñetazo redimido los devuelve con creces. La ilusión que está acariciando es la de que en materia de derechos humanos aquí se habría progresado, corriendo mejores vientos.

Pantalani es capítulo aparte. Por su lado lo mirará fijamente y le hará preguntas sensatas. O mantendrá un equilibrio, un toma y daca lo más parejo posible, entre él, ciudadano, y su interlocutor, funcionario. Tanto más que la suya es una petición; junto, eso sí, con una queja. Un emplasto que hay que saber manejar. Nada, sin embargo, de enjaularse ya, en los términos de un plan previo. Mejor lo que surja en el momento: ajustado él a la cara que le muestre el déspota. De cualquier modo los caminos son: o el oficial se casa con ella, o deja vía libre. También habrá que poner en el platillo de la balanza, a la muchacha, o víctima, o lo que ella resultare. El juicio suyo no estará comprometido; o sea, las cosas, por su nombre. Si el comisario resolviera enfrentarlo con la puérpera y ésta a él lo rechazara como candidato a editor responsable, no se tirará de un acantilado (por una ventana, suena a poco romántico). Pero un rechazo así; tras haber derrochado su coraje hasta ofrecerse delante de un Pantalani a tomar a cargo, con uso de su apellido, al ratoncito y a la madre; será volver a su casa, a su oficina, a todos los lugares donde concurre permanentemente o sólo de pasada, con las manos vacías. Aceptar eso, sin embargo, ya no lo restituirá a la condición de lagartija, ni lo hará retornar a la hendidura en la pared. Está seguro de haberse convertido en un descarado, capaz de cualquier temeridad. La caída de anoche en el pesimismo, está superada.

Extraño lo que le aconteció cuando, hace una hora larga, tras hojear en vano el Manual de Policía, al descender la escalera pasó cerca del apartamento de ella. Bajaba silbando entre dientes para no claudicar pero era silbar con poca gana, cuando al mirar hacia esa puerta sintió una especie de temor eclesiástico. No es muy precisa la adjetivación, pero no tiene otra para un sentimiento tan complejo. Se paró en ese instante preventivamente: algo le irrumpía en plena cabeza. Quizá una forma de aturdirse sin nada para ello; aunque poniendo atención, muy escondido y casi sacrílego por provenir de un cuerpito tal vez en manos de una muerte inminente, hete un vagido breve y proba-

blemente doloroso. Sólo atina a buscar, uno tras otro, los peldaños. Y a preguntarse: '¿Adónde voy, ante Pantalani, nada menos?'

Por suerte, ya en la acera, lo recibió la mañana, más asentada, plena de sol y alegre por sí misma. Y alegría también a contrasol, donde jugueteaba en el aire el polvillo en suspensión, más simpático que otras veces y en menudos puntitos relucientes. Y muchas fachadas, por él archiconocidas, le parecían rejuvenecidas y con la cara de gente vista o no vista nunca. Hasta los ómnibus con plazo municipal por vetustos, para ser retirados y reemplazados, tenían colores menos desfallecientes y en algunos tramos del recorrido, un blanqueo prestado a ellos por un rato.

Inclusive el primer agente que le tocó a la llegada suya a este Palacio en el que está ahora por enfrentar a Coco, estaba de buen humor, cosa no frecuente en esos atrabiliarios con muy mala paga y a raíz de ello, doble empleo. E igualmente favorables, otros signos previos, durante su venida: los ancianos, al aire libre, en mayor número; las mamás, detrás de la pelota y del párvulo; los adolescentes, colmando las aceras; los transeúntes, sin relieve respecto de los excesos de esos imberbes. Y en los balcones adornados de flores de temporada, en ciertas plantas formas de cabelleras en las que puede haber quedado algún ojito de jabón tras un baño voluptuoso de mujeres totalmente desnudas. Claro, por sobreponerse su fantasía, siempre muy erótica, a su percepción caprichosa de un delicado ramaje. . . Y siempre cambiante, el desfile tempranero de chicas medio desvestidas y sin pensamientos, con quienes él mantenía mientras tanto un paso igual: ellas entremezcladas con las maduritas, a ritmo éstas más nervioso y acelerado, que esta vez a él no lo atrae pues prefiere el perfume a intimidad de las otras. Maduritas con los años que meten su verdad aflorando a pesar de las cremas, aunque más benignos que de costumbre con las estrías y las arrugas, a no ser las muy singulares o las muy arraigadas.

Hasta un cura con diligencias desde la mañana; o que esté haciendo gimnasia para destrabar las piernas. Además de una luz que resplandece y más viva, en la misma iglesia donde entró para enojo del profesor. Ya es de nuevo un edificio y no, como ayer, algo que se halló delante como por un mandato extraterrenal, al que se doblegó buenamente cruzando ese umbral y llegando hasta el altar. Y con resultados que sentía positivos, aun ellos en medio de una gran indefinición.

Y sobresaliendo por su inmadurez, a hora tan anticipada divisaba a alguna parejita en estado de exaltación: jóvenes con las cabezas oblongas como las de gorriones, por lo que estaba tentado de perseguir a esos pares, a pataditas fuertemente aplicadas, al ver los pantalones de los pseudovarones rematar en una bolsita sobrante, en las asentaderas, como cuando los bebés están llenos hasta la cintura; y a las hembritas, sin anuncios de dignidad personal.

En suma, doquiera color lugareño ya en formación y pronto en vías de imponerse. Inclusive color pegado a las paredes que lo flanquean. Sobre las que han de bullir en gran número insectos invisibles o casi; además de las

moscas ya en reuniones fugaces y con su enérgico desafío al levantarse juntas ante un paso cercano. Y vida en alboroto alrededor de los puestos en el mercado de barrio; no el otro monumental de hace unos meses. Y en los ángulos de las calles que va escogiendo, los perros andariegos, infaltables, también más accesibles y en una dirección predominante, como si concurrieran a una gran concentración por temas políticos y sociales del mundo de ellos. Y desde el inicio del viajecito al Palacio, no menos de ocho gatos, votados a dormitar en lugares ajenos, en una repulsa de la exclusividad del dominio individual: en cambio, la propiedad en función social. A veces, algunos de los michinos en sitios curiosos, aun habiendo tantos lugares más accesibles.

Y cual en acto obligado de presencia, tres o cuatro caras de noctámbulos, ya levantados del tibio lecho. Presencia también de un fresco que ha pasado en una carroza de otros tiempos; de las mantenidas en circulación para deleite de forasteros nostálgicos: guarda la cabeza vuelta hacia arriba y el cigarrillo que apunta con fuertes desplazamientos en esa boca, hacia el cielo. Y un mismo desafío al Empíreo, de esa cara y de ese pitillo.

El hecho gordo es que mientras recapitula el viaje hasta aquí como si al evocarlo no estuviese llevando una larga detención en el punto más crítico de este palacio policial, está a cinco pasos suyos el despacho de Pantalani. Pero se siente resuelto a hacer la mayor locura de su vida. Con toda su osadía de hoy. 'Cara rota', lo llama el comisario, poco después. Un Pantalani que no toca el tema de la megalomanía, que le arrimó de espalda y de frente la vez anterior con motivo del caso de la bandera. Tampoco finge de ser un simple sub, ni repite el jueguito de pasar a otra habitación, tal vez porque en este nuevo lugar no hay puerta secundaria sino tan solo la de ingreso desde el pasillo. Ni crea la impresión de un Buda en las cercanías, llamado a iluminarlo.

"Ha crecido, querido Andriella. Más barba, más vello y más ideas"

Mantiene pues el antojo de mudarle el apellido.

"Además ha aprendido a reírse, cual manera de ganar tiempo para contestar en forma sensata. La vez que nos conocimos, era un educando tímido, con temor de ser aplazado en ese examen bondadoso. Ahora tiene cara de bronce y se lo digo para serle sincero según es mi deber profesional"

Por su parte volvió a una sonrisa, pero esta vez más frágil.

"Pero me quitaría autoridad llamarle al oficial Lupi, nuestro seductor de la muchacha y querer yo saber cómo hacían ellos el asunto: si detrás de algún seto en la zona poblada, o en un hotelito para esas actividades amatorias. . . Comprenda, no tengo empacho de llamar gallina, a un oficial cobarde en un procedimiento. Pero en esta otra clase de intervenciones como la que Ud. me plantea, no puedo tirar la primera piedra. Sería el padre cínico que olvidado de su propio currículo, pretende dar consejos morales a su hijo mayor de edad. ¿Comprende dónde está el busilis, Andriolli?"

Por la restitución de su apellido correcto, está claro que esta vez ha hablado con el corazón.

"Soy de otro parecer. Para mí, Lupi sentiría la espuela del superior. . ."
"Pero podría contestarme: 'comisario, quiero irme al infierno después de muerto. Déjeme aquí, menos abajo, ganármelo honradamente'. ¿Qué podría yo hacer ante esa opción? Y ya que estamos. . . Lupi puede enterarse de su queja y, a solas con Ud., apuntarle a la cabeza con la pistola reglamentaria. Sin ganas de apretar el gatillo. . . aunque en un raptus podría hacerlo. Un arma que ha de mostrar para que se doble la mujercita que no afloja. Pero ahí está. . . se habla de conquista amorosa, y, en efecto, en el momento resolutorio el varón debe casi siempre recurrir en cierta medida a formas veladas o no, de coacción. La primera vez, la que no quiere, es tomada con una sacudida, un serio planteo, o reducida a someterse a una orden o una exhortación imperativa. O sea, o nos acercamos a las condiciones de una violación o el higo maduro se lo come el siguiente depredador. Yo, por lo menos, opto por comportarme como un comilón y no suelto la presa hasta no haber llegado al borde de la infracción muy evidente. . ."

Él sonrió una vez más, como vía de salida.

"Se ríe demasiado, esta mañana. Algo no comprendo. . . ¿es parte agraviada, Ud.? No se le disloque algo, haciendo fuerza, Andriella, respecto de una que será excelente pero ha caído rindiendo la plaza, y antes, los bastiones laterales, la defensa posterior y los voladizos delanteros. No se inmole por una desconocida"
"Soy un extraño, pero convencido de prestar un servicio a la honra del cuerpo de seguridad pública"
"¡Pudiera yo creerle!" –replicó Pantalani, expresando en la frente sus dudas, quizá simplemente metódicas– "¿Y si la cito para conocerle las costumbres? Podría ser una incitadora disimulada y hoy estar pagando las consecuencias. Pienso en alguna forma velada de prostitución, atrayendo a mis mejores hombres a sus redes. Podría yo descubrir, quizá, lo que los ojos de Andrione, por tener él un trapito rosa delante, seguramente no estarían viendo. Sí; ahora estoy convenciéndome de que Lupi es víctima y no verdugo"

Él siente su sangre desbordar.

"Sinceramente, a Ud. lo mataría al oírlo hablar así de una pobre muchacha. . ." –se le escapó en voz alta, a la vez que se pone bruscamente de pie.

Pantalani, encolerizado, lo apunta entre ojo y ojo y le ordena de colocarse las manos sobre la cabeza.

"Un gesto y le vacío encima todas las balas de mi arma"

Por fortuna la ira del funcionario está en seguida en vertiginoso descenso, pues recomienda con bastante calma:

"Algunas vecindades le están pudriendo los sesos. . . Si tuviéramos menos democracia liberal, a su consejero lo pondría a limpiar letrinas. A Ud. lo tiene convencido de que una sarta de palabras bonitas lograrán cambiar el mundo. ¿O no le cree una jota a ese blablablero? El romano antiguo era tan bueno y a la vez tan malo como Ud. o yo. Poco cabe esperar de la educación. Gente

como Lupi la habrá siempre, lo mismo que las desigualdades y el resto de los males sociales. Deje en paz a los Santos, y a este Job que lo ha estado escuchando con tanta paciencia"

Y al guardar la pistola en el cajón de su escritorio, le indica de bajar los brazos, que mantenía alzados para obedecer la orden de ponerse las manos en la cabeza. Significa que da por terminado el incidente.

"Los Santos, Andrione, no los hace la Iglesia. Se hacían ellos mismos, en el pasado y al pie de la letra con lo que pensaban con sus propias cabezas como bueno. Y que consideramos, así, por haberlo dicho ellos. O sea, un círculo vicioso, si no me engaño. En conclusión, todos actores y espectadores en el mismo momento. O por lo menos en muchos casos que veo. Actores, el Papa, el presidente de la Academia, el agente que dirige el tráfico con esa mímica. . . Todos sobre escenarios; cada uno recitando su parte en el espectáculo diario, merced al libreto que cada cual intenta hacerse, unos más que los otros y que indefectiblemente nos retoca el Destino. Ese cegatón que tanto chapucea. El Destino o la vocación que uno trae al nacer y de los que no entiendo los cambios frecuentes"

Él, aún aturdido por un desarrollo tan desconcertante de la entrevista, desea retirarse. El comisario, ya dueño de sí al ciento por ciento, le apoya una mano en el hombro. Luego le da un golpecito en la cara, por lo que, por instinto de autodefensa genérica, a su vez sonríe de nuevo.

"Ud. es honesto, pero metido en un conjunto no bien armonizado, de un cuerpo y de una cabeza llenos de faltas y contradicciones. Por eso tiene el deber de hombre probo, de decirse diariamente: 'Si la Policía, el día que despuntara la planta que se aguarda en ciertos niveles del pensamiento, ya no valiese como institución útil. . . Pantalani estaría a la orden del nuevo orden. Como disciplinado ciudadano'. ¿Qué seríamos solos, yo o Ud., si la mayoría cambiara el movimiento de rotación? Trataríamos de pasarla lo mejor posible en la jaula de los locos"

Él protestó:

"Si es un interrogatorio para arrestarme preventivamente cada día que estalle una bomba o llegue un dignatario a esta ciudad, recuerde de memoria lo que ahora le expreso: Andriolli sabe lo que dejaría, de esta sociedad, sin ver qué recibiría en el encuadre futuro. En mi caso particular, temo el tiro en la nuca y eso me estremece hasta mis vergüenzas"

El comisario lo atrajo a sí, casi tocándose ambos, en señal de quererlo amparar a toda costa.

"¡Dios lo salve, Andriolli, de un final así!" —exclamó con voz hipócrita— "Temor fundado; pues, ¡basta de una ilusión que no es más segura que una vela que arde y que ya no tiene razón de ser habiendo la corriente eléctrica! En esos regímenes, el que no obra, en la oficina o en la fábrica o en cualquier momento en que esté despierto, según los ritmos reglamentados y sujeto a la verdad oficial incluso en el color de la corbata, se encamina hacia su liquida-

ción corpórea, espiritual o ambas. Su fantasía es fantasía y la empobrecería el paso de ganso, o sea el mismo ritmo todo el año. El ritmo inmodificable, cansa, atonta, degrada. Hasta una bandera, acaba descolorida si está expuesta siempre. Es cierto, en mi oficio también mucha disciplina, pero uno puede decir: 'cualquiera de estos días, pido el retiro y pondré una tintorería'. Pero cuando la petición puede costarte la testa o trabajos forzados o la ignominia o cualquier destierro moral, ¿cómo abandonar caballo y títeres?"
"Por eso nunca seré un tira bombas"
"Así lo espero, Andriella, la sociedad nosotros la dejaremos como la encontramos al nacer. Viviremos en ciertos aspectos, como borricos pero nuestra muerte será natural. Ya como comisario, observo que su mente inventa demasiado. De ahí una peligrosidad ínsita en Ud. mismo, pues si lo que ella fabrique es temible, Andriolli se hará temible"

Él vuelve a turbarse. El gato juega otra vez y como de pasada, con el ratón. "Desapruebo también su forma pueblerina de defenderse. . . ese silencio porfiado. No me ha contado nada del profesor. En la nota breve que me entregan mis subordinados antes de recibir a una persona, se habla de él y no muy bien"

Se oyó una voz chillona. Pantalani, como quien de pronto recuerda un compromiso, miró su reloj de pulsera.
"Me ha roto media hora larga. Se lo digo ya, en dos palabras: esa magnífica muchacha Ud. no la ha tratado por lo que no hay correspondencia recíproca. Además, ignora el alfabeto del asunto. Lupi, anoche, ha presentado una solicitud. Se casan. Me la trajo para que la conociera. Llevaba un traje sastre, que le regaló el oficial hace unos meses"
"¿Con un moño en la solapa, de seda obscura?" —se le escapó, asombrándose él mismo por la salida inoportuna.
"El moño violeta, dirá. . . Ha de tener alguna anomalía en cuanto a la captación de colores"
"Desde la calle, separados por un vidrio quizá opaco. . ." —objetó él en voz alta, aunque en seguida se mordió los labios por este nuevo desliz.
"¿Se enamoró a distancia? ¿Desde la vereda de enfrente y con un intermediario como el vidrio de una ventana? Y para ella, un vidrio en función de **chaperon**, por si Ud., dotado de manos. . . quizá rápidas. . ."

Él se cierra en un rabioso mutismo.
"Andriolli, represéntese por un minuto a su rival, de uniforme en la ceremonia nupcial; o sea, míreme como si fuese él, trajeado de esa manera. Y ahora compárese con absoluta imparcialidad. . . ¿no se nota a un kilómetro de distancia?"

Pareció querer seguir dándole tiempo para ese parangón y por fin reanudó: "Por eso la letanía suya, sea aquí y para siempre, olvidada. Si Lupi llegara a saber de esta charla, lo llenaría de golpes. La oficina de él está al final del corredor aquí fuera, por el lado derecho al salir de mi despacho. En su pieza

hay manchas de humedad y una, recuerda un animal prehistórico"

Esta vez, por su parte, sonríe conscientemente al ver que éste, en lugar de la Malaca o la Corea Meridional, con el mismo derecho se inclina por un mamut o algún otro mamífero fósil por el estilo.

El comisario echó varios objetos que tenía sobre su escritorio o en los bolsillos, en el cajón central del mueble y lo cerró. Luego se le aproxima, haciendo revolotear el manojo de llaves.

"¿Las siente hablar en el idioma de ellas?" –le preguntó.

"Gracias, comisario, por su tiempo" –dijo él en voz queda.

"Aquí estamos para un consejo gratuito" –y lo empujó hacia la puerta.

Luego, ambos en el corredor, el funcionario se ladeó para cederle paso y lo enderezó hacia la oficina de Lupi, fingiendo, por motivos que él no consigue comprender, haberse molestado a último momento. Quizá esa evidente simulación sea tan solo para restablecer la distancia. Lo concreto es que lo ha plantado sin despedirse.

La cueva de su rival le interesa. A través de la puerta bien abierta, aprecia la mancha pero no reconoce, por más que procure dramatizar la visión que tiene, nada que no sea una mancha en sí. Alguien está agachado para recoger varios papeles del suelo y muestra un trasero que según el movimiento del resto del cuerpo en esa tarea, se levanta en punta o se hace muy ancho. Por fin se endereza el tipo: un grandote de uniforme, del que primero resalta la espalda pues se reconstituye por el lado posterior. Pero hete que se vuelve, como si algo lo hubiera molestado, y ya enfrentándolo a él, lo escudriña con una desconfianza visible. Parece estar por llamarlo para algún reproche o dirigirle quién sabe qué preguntas.

Aun retirándose, como hace adrede, con una cara de papanatas, alcanza con esa distracción para el adversario, a observarle en una ojeada una cara de mastín. Se trata de un braquicéfalo, con la nariz tirante a respingada, que ha de mostrarlo ridículo en un papel de novio con las corridas de un matrimonio de apuro. Es la primera vez que se ven.

La mancha no es la misma de la pieza donde, en su día amargo a causa del asunto de la bandera, pasó momentos críticos por la pistola al borde de esa mesa y vuelta a su bulto corpóreo. Habitación sin embargo idéntica en todo lo demás a aquélla y aparentemente en el mismo sitio. Un cierto aire de familia también entre los dos oficiales, sin ser semejantes ni en estatura ni en los rasgos principales. Pero ahora que recuerda, la otra en un piso distinto.

Lo que no puede concebir, es que ella lo haya escogido, habiendo tantos hombres, cuatro veces más voluminoso que sí misma y feo como un buldog. E impotente sexual, cualquiera de estos días, según la impresión que le ha dejado la captación rápida.

Baja la patronal, o lo que esa escalera haya sido en el siglo último. Lo hace de prisa, corriendo en ciertos tramos y con gana de perder pie y llegar hasta la planta baja dando tumbos, de ésos que resuenan para que nadie los olvide, ya

que no es fácil, aun tras muchos años, silenciarlos en el fondo de los propios oídos.

CAPITULO XX

Para su inminente decisión, en un sentido u otro, le falta un último elemento de juicio. Es sábado, por la mañana y ya ahora delante del consejero señor Pedro, en la casa de éste, se siente como si estuviera citado para dar explicaciones. Tanto por la cara del susodicho, al hablarle, como por la disposición suya, en el día de hoy, a dejarse arrollar o abrumar pero conocer la verdad. Además del estado depresivo en que se encuentra desde las últimas horas.
"Allá en la oficina. . ." —intentó.
"Las cosas no andan. Lo sé desde mi postura absolutamente neutral. Poseo buen pasar por no tener todo en una sola canasta. Propietario, copropietario, no por eso soy verdugo. El verdugo es de padres a hijos y de mi familia, el fundador soy yo. Pero si quiere cortar cabezas, proceda. Córtelas solito, nosotros le daremos el respaldo posterior. Infaltablemente. Conserve la iniciativa, defiéndala como suya, y no mía ni de mis socios, y siéntase orgulloso internamente de asumir esa responsabilidad, tanto frente a sus subordinados como a nuestra compañía. Hágase necesaria esa independencia de criterio"
"Los libros se respetan, al igual que la papelería. Es mi deber declararlo, y si se me pidiera, ponerlo por escrito en nota elevada con firma entera. Pero Ud. lo sabe. . . a causa de la inflación la gente está medio loca"
"Un mal: una desgracia colectiva esta suba generalizada. Oiga bien: no provechosa para nadie"
"Si con el sueldo, el trabajador. . ." —intentó él, en la esperanza de penetrarlo más a fondo.
"Un sueldo, hoy, aun los más altos, es burlarse del trabajador consciente"

Él interpreta que empieza a navegar con viento de popa. Por lo que da el paso.
"Y el empleado, que pretende hacerse de su empleador, diferente y evolucionado. . . una imagen radiante. . . se vuelve como el cristiano que ante una tempestad que destruye su sembrado. . . le reza a Dios blasfemando. Como si Dios hubiese de encontrar aceptable una ofrenda tan contradictoria"
"Dios, pese a su variedad de armas. . . de cualquier modo lo tolera. Los del Consejo de Administración, que no nos consideramos a la altura de Dios. . . con más razón. Que nos insulten, pero trabajen. No caigamos en el proceso a las intenciones. Guiémonos por resultados. Para lo muy práctico, a Ud. lo estamos todavía esperando. Se halla en mora. Sin retenciones, conmigo. Provengo de familia campesina y pobre. Hasta los trece, la ropa, ya bien usada,

de mis hermanos mayores y hasta de primos segundos. Pero, cabezas iguales, los hermanos nos hicimos todos ricos. Doce vástagos de nuestros padres, todos legítimos y ninguno medio hermano. En confianza. . . ¿de Lidia, mi hija mayor, se comenta mucho?" —preguntó pensativo— "Nada malo. Muestra las piernas en las revistas. . . Anecdotario. Que se las arregle su novio e inminente marido. Se casan para Navidad y los sí, los recogerá un purpurado. No me agradan los cardenales, pero la Iglesia en conjunto es gran puntal. La feligresía mundial equivale a las olas juntas del océano Atlántico. ¿Sabe qué infierno el Atlántico Septentrional? Una vez, para escapar a la gélida primera clase del avión. . . viajé a Nueva York por barco. . . ¡Para tirar todas las tripas!"

De esa charla inconexa, que sigue y sigue. . . por su lado toma lo que puede, teniendo apenas tiempo para sonreír o pasar de grave a atónito, de dulce en la mirada a horrorizado o con asco; según se lo requieran las afirmaciones, negaciones, exhortaciones y condenas, todo en un bulto, a cargo del interlocutor. Y como si por esa adhesión a su vez se mereciera cobrar un premio, trata de abrirse camino.

"Y bien, señor. . ." —arranca.

"Pedro, como el fundador del imperio ruso. O el de nuestra Iglesia universal. . ."

"Señor Pedro, por la declinación continua de nuestro papel moneda. . . ¿es posible que el empleado que sufre cada vez más privaciones. . . sea espiritualmente el de años pasados?. . ."

Y al verlo mover los labios como si en silencio desarrollara una réplica, se apresuró a agregar:

". . .¿y que no se cometan descuidos y pequeños sabotajes. . ." —y al emplear esas calificaciones no oculta su horror con muecas y gestos oportunos— ". . .y algún número no sea, o mal asentado u omitido?"

"Sabotearían el Estado, no a nosotros. . ." —y se encogió de hombros dos veces seguidas— "Yo reduciría la oficina suya, pues con el Fisco nos escapamos aquí y nos vuelven a agarrar allá. . . Es cierto que una apariencia de contabilidad ordenada es prescripción legal. . . Pues, yo crearía la apariencia contraria a la que ustedes elaboran; o sea, de una empresa no flojona sino enteramente en rojo. . . Lo que odio son los ojos del inspector del Fisco, por ser de él, no de su oficina estatal, esos ojos de Medusa. Mire, se lo digo con seriedad, por una mayor privacía, mejor sin un centavo y viviendo al día. . ."

Se detuvo y lo miró fijamente:

"Un asilo: todos ustedes acercándose a la tercera edad. . . Hablo de los más presuntuosos, no de los empleaditos. . . De las mujeres, creo haberle visto una tal Quaderni, con lindas piernas. . . No seré el usufructuario, sino uno de esos mozalbetes, que han de ser según usted para exposición internacional pues hasta ahora no ha despedido ni a uno. . . Sé también, que del gentío en esa oficina, hay quien anda en cuatro ruedas y descarto que más de uno ha de tener

la cuentita bancaria. . . Acudan pues, en un momento de coyuntura económica mundial, también a sus otros ingresos. . . ¿Ninguno gana a la lotería y demás juegos? No crean las conclusiones de ciertos políticos petulantes o de algún sabelotodo. Los políticos que con igual soltura, cuando uno de ellos emigra a mejor vida vienen en delegación a pedir que pongamos para una pilastra en memoria. Ya traen confeccionada la lista, en la que Camosci y yo figuramos encabezándola. Productores de dinero nosotros. . . pero todos se llevarían la sorpresa el día que bajáramos la cortina. . . En las constituciones, derecho de propiedad asegurado y propiedad con función social. Pero el problema está en los jueces. Dejan a los políticos socializar más todavía, a través de leyes, decretos y regímenes pseudolegales. Sentencias como ríos de palabras. Todos en la entrega, inclusive nuestros propios hijos, como los segundones que conspiraban contra el mayorazgo"

Él no ha perdido sus esperanzas, pero cambia de táctica.

"Hay que permanecer cerca de su persona" —dijo, sin acompañar con exteriorizaciones la otra entonación, la de sus adentros, bien irónica.

"Lo pienso, lo vomito. Basta de invernar todo el año. Pero, bueno decirlo, peligroso soltar al ángel vengador que tengo en mis entrañas. Su oficina sería la primera etapa, en el proceso de limpieza. Dejemos pues el asunto siendo Ud. mi huésped"

"Inclusive aprender de Ud. cómo hacerse un pequeño ahorro. Y mejor, si es posible, un capital productivo" —continuó él con lo suyo, como si no lo hubiera oído y dijera una letanía.

"No se requiere ingenio" —opuso el señor Pedro con orgullo— "Sobra repetir los pasos; repetir intuitivamente los pasos que dieron millones de predecesores en la carrera por el dinero. . . ¿Pero para qué ansía ser rico?" —le preguntó con aire cansado.

"Para tener un poco de todo. . ."

"Se equivoca. Tendrá todo y será no tener nada. Véame: me levanto a las siete y al abrir los ojos, ya mi mente está metida sola, en los negocios. Ustedes, a la misma hora, sorbiendo el café. Yo, no. . . por tenerlo que beber amargo, por la diabetes. Mi mujer legítima, vieja, cubierta de cosméticos y con un sombrero que al estar al día no le sienta. Las hijas, en el baile de beneficencia en el club principal o en otros de la serie; o cosiendo para los huérfanos sordomudos. Pero huérfano soy yo también. Por suerte, en la cocina está la heladera último modelo y jamás falta medio tomate, tal vez acuoso. . . Pero al cuarto de hora, los calambres. ¿Cuándo nos darán un aparato digestivo sustituto, de aluminio? Para alguna fisura por transcurso del tiempo, un soldador de profesión más que presumidos cirujanos. Libre pues del honorario inflado con el estribillo de que el rico debe pagar por el pobre. ¡Ricos los millonarios en dólares! Algo, uno mismo. . . para criar mejor a la prole. ¡Lindos resultados!. . . a los hijos varones ¿quién los sujeta después de los diecisiete? Hijos de papá como implicancia del patrimonio; no porque uno los haya con-

sentido. Y con los años encima... ¿qué te queda? ¿Viajar? ¿París, Lieja, Nueva York, Londres, Taormina, Roma?... Calles, calles, plazas, gente, gentío, gente atareada, más gente. Los cristales del auto no son mágicos. Algún museo nuevo, eso se sabe: algún cuadro exclusivo, como La Gioconda. En Nueva York, los ciento dos pisos y un rascacielos, cuyo nombre se me ha ido, todavía más alto. En París, el sol corriente, o las luces de un espectáculo de variedades. Bien trajeadas, sin duda. Pero con el mismo cuerpito, una mucama de las que aparecen en casa por un aviso, admitidas sin tino por una esposa vieja y fea... De las que se pueden manipular, sin irse hasta Norteamérica con el riesgo del avión, la molestia con las maletas y peor los baúles. Además, al llegar a un lugar te sientes rendido y no deseas mirar nada. Y el día después, ves muchas cosas juntas... feas y famosas o lindas y no célebres... ¿quién entiende? Otras veces, ya conocías el sitio por foto y la vista directa no agrega nada. Las fachadas, por ejemplo, siempre son mejores en las ilustraciones. Luego, de golpe, el tiempo de la partida... La has deseado en las últimas horas, pero al despegar el jet... alguna amargura o un vacío por lo que a través de la ventanilla del avión se va alejando en un movimiento sucesivamente acelerado... Pasan los días y algún lado de Lieja te parece cierto lado de Milán y una encrucijada de Londres, otra de Bangkok... Por fin de vuelta a casa. En tu ausencia han pasado cosas. Te alcanzan las chancletas y el fajo de diarios: los valores han estado subiendo y has perdido buenas ganancias en la bolsa. En cambio, ¿qué has traído de la larga escapada al extranjero? Regalitos para los amigos y regalos para tu familia. Pero tu baño parece cambiado y en las calles hay un zumbido que no es el de antes o así te resulta... Y después de seis meses, sólo guardas en tu mente, muy nítidas, las figuras de un bulón raro de la torre Eiffel, de un barco que remontaba el Támesis con un hombrecito único en el puente y de un brillante lobby en un hotel no determinable, quizá en Niza o en Estocolmo"

Él se siente contagiado y exclama con franqueza:

"Dele una patada a los negocios"

"¿Sabes, el mío es un destino... no sé si llamarlo barato o burlón... Te levantas por la mañana nauseado. Quisieras volver a comenzar desde el arranque, sin nada más que una camisa y una canción... Pero está la responsabilidad asumida... darle de comer a tu familia y apéndices, y a más de trescientas personas... También estás obligado a figurar; fuera de la maldita envidia recíproca, que corroe. Si trataras de concertar con ellos a fin de que nadie procure aumentar el haber, salvo las ganancias fortuitas, para conservar un equilibrio relativo establecido en papeles claros, ten la certeza de que muchos seguirían enriqueciéndose a escondidas, como las Potencias cuando se arman en secreto a pesar de lo pactado solemnemente"

Por su lado, tan solo frunció el ceño.

"Lo sé muy bien" –reanudó el señor Pedro, en tono grave– "que mis funerales serán ostentosos. Alguien de negro rígido, a pesar de los tiempos que esti-

lizan cada vez más el luto. Varias necrologías abundantes en los diarios: muchas pagas; y los abogados y el Estado que se lanzan sobre el patrimonio del de cuius. Para los acompañantes al cementerio, el auto es un hallazgo: ayuda a librarse pronto. ¡Nuestra edad!"

A su vez, se levantó de la silla. El señor Pedro lo mira y se pone serio, recogiendo la sonrisa que había esparcido hasta entonces salvo breves excepciones: "Mirémonos en los ojos. ¿Recíprocamente nos encontramos locos?"

Al oírlo, se estremeció, pero negó resueltamente.

"En forma solapada está tratando de encontrar pruebas para ofrecerlas en una sesión del Consejo, y es de los nuestros. . . Tal vez para poner en lugar de Ud., a un sobrino. Muchacho que no sabe sacar la raíz cúbica de 81. El médico de mi mujer ha psicoanalizado el problema. Lo ha hecho ante los consejeros que no pensamos como nuestro colega, diciéndonos: 'Si ese Andriolli está loco, hará su trabajo mejor y con mayor seriedad. . . Recuerden las telas de Van Gogh. . . ¿Qué hallamos en ellas prevaleciendo. . . arte y verdad, o locura? Todos sabemos que las sombras y la luz se lo disputaron fieramente mientras estaba internado en. . . Bueno, que no sepa decirles en qué lugar, no altera las cosas. Estuve en la localidad, pero son tantos los rincones que uno ha visto, que la memoria no basta y debería consultarlo en mis notas'. Como ve, Andriolli, un doctor desmemoriado como yo, pero que está con Ud. reivindicándolo como útil a los intereses de nuestra empresa aun en condiciones de loco. . . Sus acciones personales, amigo, están en suba. . . es lo que interesa. Respecto de Van Gogh, los cuadros se los recomiendo in situ. No confíe en las reproducciones. . . Y un viaje hasta alguno de los museos extranjeros: Van Gogh tiene mercadería moderna. . . ésa que gusta" —y se detuvo en ese avalúo en flor, ligeramente insatisfecho consigo mismo— "A mí, para serle franco, no me agrada, pero está en las cumbres aireadas, a juicio de los aficionados y críticos de arte y se vende a alto precio"

Pensando más tarde en cierta vuelta de la conversación con el señor Pedro, siente una herida que empieza a dolerle aunque con tanto retraso: esa salida repentina del fulano, que primero había quedado mirándolo como se observa un animal raro encontrado por un explorador en país lejano: '¿Quién lo hubiera imaginado? Ud., en el sillón grande, por una apuesta. ¿Sabe que fue la única razón? No inventemos otras. Y si se mantiene firme con el personal, mi premio será un cajón de 24 unidades del mejor whisky en el mundo, traído del lugar que fuere. . . O pago, si Ud. falla. Aposté eso, contra todos los consejeros, por extravagancia mía. No es que le tuviera simpatía o confiara en Ud. Se trataba de oponerse a los señores Páoli y Camosci, que llevaban la voz cantante y arrastraban a los demás. Según ellos, Ud. no duraría 48 horas, tras llevarse una zurra y daños materiales en las instalaciones y muebles allá en el quinto. . .'

Al escucharlo, por su lado se había encogido de hombros manteniéndolos semialzados por un rato. El señor Pedro, al verlo tan ofendido había ido dis-

minuyendo la embestida. Y entre otras cosas, fueron sus palabras:
"Nada malo, Andriolli. . . Nosotros, solteros los demás y yo casado, jugamos a menudo durante una sesión de consejo; en especial si es convocada por llenar el número mensual estatutario de reuniones o tiene un orden del día muy breve. O postergamos temas a tratar, si se nos antoja o prospera una moción previa en tal sentido. Somos los gobernadores alegres de una compañía alegre. Yo sostuve entonces, que por ciertas extrañezas positivas de su carácter, habría Ud. conjurado una revuelta. Tenía Ud. un plazo para triunfar, o morir sin pena ni gloria, igual a una espada de Damocles sobre su cabeza sin Ud. saberlo. Por eso ha podido hacer y deshacer, y la dirección de la Firma, ausente y oídos sordos. Ese plazo se ha ido prorrogando por acuerdos sucesivos, por lo que, si tiene suerte y llena unas condiciones algo difíciles, de lo cual no puedo revelarle nada, quedará intocable por muchos años. Tiene mi palabra final' —y el señor Pedro allí le palmeó el hombro.
"Soy pues, desde unos cinco meses. . . la papilla o el preparado, para una probeta o un mortero. Reconfortante" —había contestado.
"No guarde sedimentos para una rebeldía. . . No lo conocíamos. Ahora la cosa está en el tramo final y esperar es lo único posible. Para mí, Ud. es un enigma simpático y lo apoyo con satisfacción. Congratulaciones"

Con el elemento de juicio definitorio, tras esas palabras del tocayo de los fundadores del imperio ruso y de la cátedra de Roma, la opción de esta mañana entre el sí y el no, la resuelve, ahora que está de vuelta en su casa y se ha examinado largo rato en el espejo, por un No que hará historia. Y al atardecer, atardecer sabatino por lo que no habrá alma viva en el quinto, irá allá arriba para un solo propósito: hacer un desorden descomunal y romper bastante, sin que oigan ruidos o sospechen algo los que suban o bajen por la escalera del edificio. Despertar la idea de la búsqueda afanosa de documentación, ante cajones de los escritorios con sus contenidos volcados en el suelo, y otros a medio cerrar sustentando por detalles varios y significativos, la misma impresión. Lograr así el efecto visual de ciertas escenas que tiene bien presentes, de filmes policiales viejos y nuevos; y dar lugar, según las preferencias y la fantasía individual, a varias interpretaciones de una conducta técnicamente dolosa, pero a primera vista con mucho de irracional y absurdo. O quizá, a la idea de un acto cometido por la competencia en forma disfrazada, a la búsqueda de algún secreto de empresa.

Con cuidado de no ser visto y alentado por estar la feroz portera de vacaciones a unos setecientos kilómetros, llega a la oficina con tiempo. Y como su imaginación se apodera de él, apartándose del plan ideado e introduciendo elementos espurios frente a lo esquemático del mismo, clava varias lapiceras en lugares insólitos, ensucia de tinta por todas partes o con ella forma en las paredes y demás superficies signos raros y figuras elaboradas que huelan a una clave o a un rito misterioso. Y por antojo de último momento, arranca folios del Inventario empezando por el que lleva el número 3 y haciendo otro tanto

con los múltiplos, hasta el 33 inclusive. Siete de las hojas sustraídas las guarda incólumes en sus bolsillos y las restantes las rasga minuciosamente y desparrama sus trocitos. Piensen en una cábala. Y sea un suspenso para supersticiosos; y otro dato insoluble para los pesquisantes que intervengan, ante la imposibilidad de obtener que tantas pistas contradictorias confluyan hacia una conclusión aceptable.

Con todo este primer acto, en lo personal se está librando de varios Andriolli bien conocidos por él, de un solo golpe y desmontando irreverentemente la jaula donde ha transcurrido con grandes renuncias, enteros años de su vida librado a los números bien hechos, a una puntualidad ejemplar y a un mundo interior estrafalario.

La otra acción es en su casa, favorecido por la ausencia de todo el mundo. Esto suyo que ya no le importa, si dentro de pocas horas estará yéndose para siempre a algún pueblito. El que escoja, a no menos de quinientos kilómetros de aquí, desde la ventanilla del tren. Pues está por evadir, tomando alguna línea principal. Un conglomerado de casas discretas, donde no sea razonable que alguien lo encuentre nunca; y llevándose nada más que lo puesto, sin paquetes ni maleta y con los bolsillos libres y la cabeza suelta. Hace unos días cobró un premio regular, por ganar a una lotería; dinerillo que ha convertido en dólares USA, para menor bulto y mayor poder estable de compra. Y que ahora tiene, en dos pilitas iguales, debajo de las plantas de sus pies, ya acostumbrado en el pasado a la ligera molestia. Y de yapa, sin llegar a apreciarlo con la vista, sabe que son dos centímetros más de estatura. Por supuesto y para poder moverse, en la billetera, lo indispensable en moneda de curso legal y forzoso. Lo importante: capital en los zapatos a prueba de salteadores, descuideros y toda otra yerba y suficiente para ir tirando un quinquenio, por su parsimonia en gastar y algún 'acrecido' si puede dar esos verdes a interés.

Bien acertado, haberse dirigido al señor Pedro. ¿Servir para un experimento? ¿Ser la incógnita de una apuesta? ¡No el hijo de mamá!

En el pueblito providencial, el apellido de ella en sustitución de su pesado Andriolli de tan vieja data. Y bajo la nueva identidad, algún empleíto que lo haga todavía más corriente a los ojos de la gente lugareña. Lo que cuenta para un plan factible, es rehacerse ex nihilo la ineludible lista de conocidos y amigos (este último vocablo muy poco llevadero para sus preferencias y circunscrito a lo sumo a dos o tres candidatos, muy muy elegidos y sin acceso alguno a su intimidad no siendo la formal y de relativa significación). En suma, las relaciones, de la clase que fueren, a ritmo, y bien medido, con sus conveniencias, previsiones e intuiciones. Manera audaz de ser árbitro al máximo, de la propia suerte y reivindicar como a su exclusivo cargo, todo lo permitido por su complejo psicofísico y su inserción en lo externo. Un ideal que, jamás alcanzado, pondrá en marcha desde una hora cero y con firmeza absoluta de propósitos. Y la ventaja, de mejor cohesión suya; o así por lo menos intentarlo. Y la voluntad, en adelante en primer plano, sustraída en lo posible a los

consabidos factores alienantes. . .

Mamá, obviamente ajena a estos cambios, permanecerá la misma y en todo el esplendor.

El traje que queda aquí, lo tira amontonado en un rincón, con los forros de los bolsillos forzados adrede hacia afuera, en consonancia con el desastre en el quinto. Pero sólo a medias la consonancia, pues en este domicilio debe ser maltrato lo que se aprecie y no intención de castigar y destruir como allá. La empresa debe resultar el objetivo principal de los presuntos facinerosos y lo del refugio de Andriolli, apenas un remezón posterior tras ese gran terremoto. Pero, simultáneamente, exaltar la figura de él como empleado, al hacerlo aparecer batiéndose por la Firma hasta el sacrificio. Para ello se corta con la hojita de afeitar el pulpejo del dedo índice de la mano derecha y con la sangre que brota vivazmente, salpica donde puede y traza en el piso, desde el centro de la habitación hasta la puerta —la única y que accede al rellano— una línea punteada, de horror. . . Pues según otras pruebas que agrega, la conjetura más plausible será la de haber sido arrastrado hasta el umbral, ahí levantado en vilo para ser cargado al hombro y, escalera abajo, transportado hasta algún vehículo en espera en la calle.

Un trabajo inteligente que aquí, como ya lo hizo en el quinto, lleva a término poniéndose y sacándose los guantes, pues hay lugar donde su impresión papilar podría hacer caer toda la patraña. Así como en otros sitios, pasa y vuelve a pasar sus dedos para que el holocausto o lo que pueda llamarse, sea patente y conmovedor.

El factor psicológico para no verse un día, allá en su edén, reproducida su cara en la pantalla de un televisor, por buscado como sospechoso. Ser tomado, significaría, además de la frustración final de su fuga de hoy y la pérdida una vez más pero con mayor dureza de su identidad, ser puesto quizá a disposición de algún instructor larguero con los procedimientos. Y varios artículos de la ley penal, de los que haría formal conocimiento, le serían aplicables como trajes muy ajustados, que por serlo demasiado obrarían respecto de él como las viejas camisas de fuerza con los insanos. O, ya que está en tema y la asociación de ideas esta vez es muy fuerte, confirmando la opinión del señor Pedro que in pectore ha de creer que Andriolli no está en sus cabales, quién sabe el juez de sentencia declare haber él desconocido la criminalidad de sus actos y carecido de la capacidad para dirigir sus acciones. O sea, absuelto Andriolli por inimputable legalmente, pero internado en un manicomio hasta su curación. . .

Si lo que abunda, en algunos casos no daña y, como en éste, es obvio que el secuestrado no tenga cómo hacerse una valija, cuanto más deje de lo suyo con apariencia de abandono forzado, más se ayudará su creación dolosa. Por eso, los dos saquitos de lana que hubieran pasado, simplemente poniéndoselos encima; al igual que los tres pares sobrantes de calcetines y los tres calzoncillos, que, respectivamente, como lo ha comprobado en el espejo, uno sobre

otro no agravan ni su abdomen ni sus tobillos ni el comienzo de la pierna, se los quita y los desparrama sin pudor. Pero hay un souvenir al que no renuncia, metiéndoselo entre sus ropas con las que alzará el vuelo si nadie puede circular desnudo. Sí; pues de no haber ordenanzas de buenas costumbres y reglas de urbanidad y dentro de sí no estar todo eso muy arraigado, las prendas que lo recubren tendría que hacerlas volar. . . y junto con ellas este cuerpo que tiene y al que debe muchos aflojamientos suyos por vergüenzas, fríos, calores, temores, miedos y una infinidad de casos más. O mejor, el físico conducirlo hacia un modus vivendi razonable; no así la vieja ropa, que esta tarde se salva pero será prescindible si apareciera dándole trastadas o imponiéndole un pasado que afortunadamente tendrá que resultarle muy pisado. . .

El souvenir se reduce a un cuchillito y le recuerda, desde tantos años, un amor de adolescencia cuando, de doce él y trece ella, siempre en el mismo rincón detrás del paredón del cementerio, con una ligera puja que no estaba claro si era por el que se sonrojara más o balbuceara menos, con ese pequeño instrumento cortaban exactamente en dos, haciéndose entrega de ese justo pedazo para cada uno, una manzana siempre muy rosada. Pues todo duró como la estación breve de un árbol aún muy primerizo: su pajarillo le voló de las manos por no haber sido capaz de asumir un papel resolutorio, pese a ciertos avances. . .

En su reino próximo, nada de potenciar un encuentro furtivo o una vinculación impuesta desde afuera. Volver mejor a los once o doce años; en ese aspecto limitado, no en otros obviamente; cuando, con las oscilaciones de la bolsita para los libros y útiles escolares colgada del hombro, y si era día para el excedente diccionario de la lengua, el adjunto de los puntazos en su costado por esos cantos tan duros, gritaba alguna cosa con la voz más desabrida que podía encontrarse, cual entusiasta expresión de libertad. U otras veces, en un arrebato imaginativo repentino, era transportado quién sabe adónde junto con las nubes.

Al mirar cómo ha quedado su pieza, ya al borde de levantar anclas siente que su decisión lo coloca por encima moralmente, del consejo de administración de una empresa risueña. Consejo, que se juzga con título para apostar un cajón de 24 unidades de whisky, a que un empleado decoroso es un simple bufón. No superior al título suyo, de esconderse detrás de un árbol y tirarles sendos tiros en la cabeza. Por mera diversión, ellos y él, en sus respectivos ocios.

Pero no tiene que amargarse más, ante los lados reconfortantes y gratuitos, de la difícil sobrevivencia que la suerte depara a algunos, entre los que se cuenta. El hecho compensador se lo debe al médico que, en forma tan inesperada y espontánea, le remodeló la figura señera hasta ayer, del campeador Malacarne. Mejor, que la obra plástica que hubiera ideado un artista insigne, puesto a querer rebajar a ese sultán de Occidente.

"Señor Andriolli, soy el doctor en medicina Temístocles Rebus. Natural que

dude de mi identidad. Muerto mi buen cliente, amigo amigote en serio, hablo de su jefe Malacarne, ya no subí más a la oficina de ustedes por la máquina de escribir: la eléctrica de tipos tan vistosos: hacía resaltar cierta correspondencia atinente a mi profesión. Pobre, de no haber sido por esa carencia anatómica, lo hubiera llamado mujeriego perfecto. Impotente **ad vitam**, por un órgano igual al de un niño. . . Sí, Ud. lo sabía. . . era su confidente"
"Don Juan ideal, de cualquier modo" —contestó sin aliento, por la sorpresa y una malsana alegría por la noticia.

Pero apenas su interlocutor dio vuelta hacia una lateral, buscó un sitio discretísimo para gozarse en pleno una interminable risotada. ¡El Sultán de Occidente, el colonizador. . . rendido a los pies de un juguetito rebelde a las exhortaciones y bueno para nada!

Y ya en terreno afín, la próxima novia conocerla primero de cuerpo entero y estudiarle varios días la panza, previa una lectura científica acerca de eventuales injerencias anteriores y cómo pesquisarlas.

En cuanto a los tres descubrimientos a los que debe los factores desencadenantes de su actual decisión, le es ilustrativo enumerarlos: la aparición de Lupi, modificando un estado de cosas totalmente anómalo; la vulgar apuesta, que explica un ascenso que al no resultar claro para nadie, produjo tantos errores de apreciación de un lado y del otro; y la repentina muerte por segunda vez (esta segunda, a manos del lenguaraz doctor Robus) de un sultán no discutido hasta esa infracción al juramento hipocrático **lato sensu**.

Reclamado por el progreso de la hora, más lento en el día en curso, y resulte o no para su crónica personal un sábado histórico, hacia las veintitrés, tras estudiar en las carteleras el itinerario de varias líneas principales, sin nada más consigo, en un repaso rápido, que los verdes en las dos cajas de seguridad sui generis, el souvenir y un diario vespertino bajo el brazo, trepó a un coche dormitorio. Una de las dos camas está sin armar, por lo que viajará solo.

Al encerrarse en el compartimento, se reconoce, por primera vez en tantos años, perteneciente a sí mismo, o en forma absoluta o con derecho de prioridad respecto de otras contestaciones de dominio que se presentaren desde dentro o desde fuera de sí.

Y los que habitan esta ciudad que deja, le parecen, en el gran teatro del mundo, actores del montón, convencidos, los que cumplen los papeles protagónicos y aun los simples partiquinos con los bocadillos, de valer más de lo que valen y de hacer el triple de lo que logran durante una vida encarada a base de sobresaltos evitables y de mucha maldad. Y otros, a la siga de quimeras, entuertos y porquerías, en un revoltijo.

Tendido entero sobre el colchonchito, sábana y cobertor a un lado, tiene tan solo en contra, un zumbido en la cabeza pero la neta impresión de estar evadiendo de lo conocido. Y en especial, del mundo en sus proyecciones más complejas. Y le sobran ganas de interpretar todo misterio como artilugio, sin más intentos de descifrarlo. Ni de hacerlo con las personas que se le crucen en

su camino.

El tren ya empieza a moverse. Satisfaga su tarea, adecuándose dentro de los carriles sin menearse demasiado. Y de serle posible, acelere. Apaga la luz, entre azulada y violeta. ¿O tirará a rojizo?

INDICE

Impreso en:
Industria Gráfica Marvaez
9 de Julio 2137 (1702)
Ciudadela - Pcia. Buenos Aires
República Argentina
En el mes de enero de 1989

es a lisoformo, aunque le crece la duda, tal vez por asociación de ideas y de sonidos y piensa en el cloroformo u otra forma más enérgica de anestesia. En el primer rellano, le impone respeto el apartamento de esa familia (su piecita está en el segundo). La puerta está entornada y desde adentro se oye un cuchicheo, semejante al de médicos tras una consulta, en los instantes de la despedida. Se para delante de la hoja, sin respirar: de la conversación en sí, que ahora no parece final y le llega muy confusa, no pesca absolutamente nada. Pero de pronto, de allí dentro sale un grito desgarrador, choca con lo más sonoro de una araña u otro artefacto o algo por el estilo, que no percibe desde su sitio, y el ritintín, para sus oídos se asemeja más a un lamento que a cualquier otra cosa. Contrae sus músculos alrededor de las sienes y cierra fuertemente los párpados, si no los dilató; todo para no estallar en un llanto, si bien una lagrimita se le escapa del ojo derecho y le baja por ese lado de la cara hasta el mentón. Si no fuese selvático y grosero, saludaría a los padres: hombretón él, de seguro, y pequeñita la madre, muy probablemente, por ser la pobre una mezcla presumible de dos vertientes que no deberían apartarse de ese esquema suyo de papá y mamá. A pesar de que nunca la ha visto de cuerpo entero sino recortada su figura en la ventana, en distintas formas según ella se acercase o no.

Dos padres, a la vez dos tajadas de pueblo auténtico.

Entrando para ese saludo, sería fácil precipitarse en la otra habitación presumiblemente, echársele a la enferma a los pies con el mayor ímpetu así mal recogidos como ellos han de verse al término de la cama, y como locura extrema besarle una mejilla. Y ahí, casi sofocado por la emoción, gritarle que la ama y que de morirse, lo harán juntos estrechados en un abrazo.

Ediciones Literatura Nueva
Pacheco 2223 (1431)
Buenos Aires - Argentina